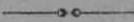


11. 16

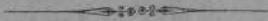
St. Teresa



BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA.



OBRAS DE CHATEAUBRIAND.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

TOMO II.

MADRID: 1850.

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
CALLE DE SANTA TERESA, NÚM. 3.**





ESTUDIOS HISTORICOS.

REVISTA DE HISTORIA

ESTUDIOS HISTORICOS.

B.P. de Soria



61116357
D-1 2040

D-1
2040

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Principe, número 25.

SE SUSCRIBE.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Sr. Mellado, editor de esta publicación.

ESTUDIOS HISTORICOS,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

NUEVA EDICION ESPAÑOLA

TOMO II.

MADRID, 1850.

MELLADO, EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

ESTUDIO QUINTO

QUINTO DISCURSO

SOBRE LA CAIDA

DEL IMPERIO ROMANO,

EL NACIMIENTO Y LOS PROGRESOS

DEL CRISTIANISMO,

Y LA INVASION DE LOS BARBAROS.

—————○○○○○○—————
PRIMERA PARTE.



COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS. EDAD HEROICA.

Apliquemos un momento nuestra atencion para admirar las grandes ruinas que hemos atravesado. De nada sirve conocer las épocas de su destruccion, y haber aprendido los nombres de los mortales empleados en ella: es preciso que sondeemos con mas intimidad las costumbres y la vida de los tres pueblos, cristiano, pagano y bárbaro, que se confundieron para

dar nacimiento á la moderna sociedad. Ya que se encuentra destruido el imperio de Occidente, nace esta sociedad: contemplemos lo que fué el mundo antiguo en los cuatro siglos que precedieron á su muerte, y qué se hizo de él cuando finó. Comenzaremos por los cristianos.

El cristianismo nació en una tumba de Jerusalem, que he visitado yo á la falda del monte Sion: su historia está enlazada á la historia de la religion de los hebreos.

Mientras estuvo en pie el primer templo, todo fué gobernado segun la ley de Moisés: cuando el rey, el pueblo ó alguna parte del pueblo, se entregaban á la idolatría, caía sobre ellos la espada.

Bajo la duración del segundo templo corrompióse la pureza de la ley por la mezcla de los dogmas exóticos, y se formó la sinagoga.

La conquista de Alejandro introdujo á su vez la filosofía griega en el sistema hebráico. Levantáronse las escuelas judáicas: estas escuelas, dilatadas por la Media, la Elimaida, el Asia Menor, el Egipto, la Cirenáica, la isla de Creta, y hasta Roma, aumentaron la influencia de las religiones, de las leyes, de las costumbres, y de la lengua misma de estos diversos países: los libros de los macabeos pintan el escándalo de tales novedades.

«En este tiempo salieron de Israel los hijos de la iniquidad, quedieron á muchos este consejo. Corramos, y hagamos alianza con las naciones que nos cercan....»

«Y edificaron en Jerusalem un colegio, á imitación de las naciones (1).

«Los sacerdotes mismos miraban sin aprecio los objetos venerados de su país, y tenían en la mayor

(1) Machab., lib. I, cap. I.

estima el sobresalir en todo lo que los griegos honraban (1).»

Formáronse luego cuatro sectas principales: la de los fariseos, la de los saduceos, la de los samaritanos y la de los esenios.

Los fariseos alteraban el dogma y la ley, reconociendo una especie de destino impotente, que no quitaba la libertad al hombre: dividíanse en siete gerarquías. Entregados á estravagantes pensamientos, ayunaban y se azotaban; cuidaban al caminar de no tocar los pies de Dios, que no se elevan sino cuarenta y ocho pulgadas de la tierra, y principalmente empleaban un gran celo en propagar su doctrina.

Las sectas judáicas distingúense de las sectas griegas, particularmente por este espíritu de propagación. La sabiduría helénica reduciase en general á la teoría: la sabiduría judáica tenia por objeto la práctica: la una formaba las *escuelas*, la otra las *sociedades*. Moisés habia impreso una virtud legislativa en el carácter de los hebreos; y el cristianismo, que le reconoce por origen, retuvo y poseyó en el mas alto grado esta virtud.

Los saduceos atendian á la letra escrita; desecharon la tradicion, y por consecuencia la ciencia cabalística; y al ver que los libros de Moisés no hablaban cosa alguna del alma, eran materialistas, y preferian Epicuro á Zenon.

Los samaritanos no adoptaban sino el Pentateuco, y remontábanse á la religion patriarcal.

Los esenios de la Judea, que produjeron los terapeutas de Egipto, secta mas contemplativa todavia; rebatian la tradicion como los saduceos, y creian en la inmortalidad del alma como los fariseos. Huian de las ciudades, vivian en las campiñas, renunciaban al

(1) Machab., lib. II, cap. IV.

comercio, y ocupábanse en la labranza. No tenían esclavos, y no amontonaban riquezas: comían en comunidad, llevaban vestidos blancos, que no pertenecían como propiedad á ninguno, y que cada cual tomaba á su vez. Moraban unos en un edificio comun, otros en casas particulares, pero abiertas á todos. Absteníanse del matrimonio, y criaban á los niños que les confiaban. Respetaban á los ancianos; no mentían ni juraban nunca. Ofrecían guardar silencio sobre los *misterios*: estos misterios no eran otros que la moral escrita en la ley.

Los primeros fieles aprendieron de los esenios la sencillez de vida, mientras que los terapeutas dieron nacimiento á la vida monástica cristiana.

Pero por otra parte el esenismo era la única secta judaica que no esperaba al Mesías, y que condenaba el sacrificio, en lo que no la siguieron los cristianos. Una opinion comun se descubria en el fondo de la sociedad israelita: el Salvador de la estirpe de David, en todos tiempos prometido, era esperado de siglo en siglo, de año en año, de día en día, de hora en hora, Hombre y Dios, rey conquistador para los saduceos caraitas ó escriptuarios, sábio ó doctor para los samaritanos.

Hallábase á mas en este pueblo un hecho que solo á él pertenecía; quiero decir, la grande escuela poética de los profetas: remontándonos á la cuna del mundo, vémosla errar por espacio de cuarenta años con el Arca por el desierto. No pudieron interrumpir su escuela el cautiverio de Egipto y de Babilonia, la conquista de Alejandro, la opresion de los reyes de Siria, la dominacion romana, la monarquía de los Herodes, que introdugeron á la fuerza y plantificaron de repente en Judea una educacion estrangera. Esta escuela de lo futuro, resucitando lo pasado y desdeñando lo presente, no careció de maestros ni en la pros-

peridad, ni en la desgracia, ni en las riberas del Nilo, ni en las orillas del Jordán, ni en los ríos de Babilonia, ni en las ruinas de Tiro y de Jerusalén. ¡Y qué maestros! Moisés, Josué, David, Salomón, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Cristo, en quien se cumplieron todas las profecías, y que fué el último profeta.

Cuando apareció, los judíos le desconocieron, y miráronle como á un seductor. Los dos comentarios del Mishna, el Talmud babilónico y el Talmud de Jerusalén, suministran singulares noticias de Jesucristo (1).

«Cierta día, cuando muchos doctores estaban sentados á la puerta de la ciudad, dos mancebos pasaron por delante de ellos: el uno cubrió su cabeza, y el otro pasó con la cabeza descubierta. Eliezer, al ver la desvergüenza de aquel, sospechó que era un hijo ilegítimo; buscó á su madre, que vendía yerbas en el mercado, y supo que no solo el hijo era ilegítimo, sino que habia nacido de una muger impura (2).»

(1) El Mishna es una colección de tradiciones judaicas, hecha á mediados del siglo II de la era cristiana, por el rabino Juda, hijo de Simon, llamado *el Santo*, á causa de la pureza de su vida, y gefe de la escuela hebraica de Tiberiade, en Galilea.

«Ea omnia secundum certa doctrinæ capita disposuit, et in unum volumen redegit, cui nomen hoc *Mishna*, hoc est, impositum.» Tela ignea Satanæ. (Wagemeil., pr., página. 55).

(2) Cum aliquando seniores sederent in porta (urbis) præterierunt ante ipsos duo pueri, quorum alter caput texerat, alter detexerat. Et de eo quidem, qui caput proterve, et contra bonos mores, retexerat pronuntiavit R. Elieser, quod esset spurius. . . . Abiit ergo ad matrem pueri istius, quam cum videret sedentem in foro, et vendentem legumina. . . . Unde apparuit, puerum istum esse non modo spurium, sed et menstruatæ filium.

El Talmud llama á María muchas veces peinadora de mugeres.

Los judíos compusieron dos historias de Cristo con el título *Sepher toldos Jeschu*: libro de las generaciones de Jesus. Joseph Pandera, de Bethleem, se enamoró de una peinadora jóven llamada Mirjan (María), desposada con Jochanaan. Pandera abusó de Mirjan, que dió á luz un hijo llamado Jehoscua (Jesus). Jehoscua, educado por Elchanan, progresó en las letras. Los senadores a quienes Jehoscua no quiso saludar en la puerta de la ciudad, mandaron pregonar al son de trescientas trompetas que su nacimiento era impuro. Huyó á Galilea, volvió á Jerusalem, se introdujo en el templo, aprendió y robó el nombre de Dios, lo escribió sobre un pedazo de piel (1), se abrió la pierna sin dolor, y ocultó su hurto en la incision. Con el inefable nombre Schemhamephoras obró una multitud de prodigios. Jehoscua, condenado a muerte por el sanhedrin, fué coronado de espinas, abofeteado y apedreado: querian clavarle en el leño; pero rompieronse todos los leños, porque los había encantado. Los sábios buscaron una gran planta, que no era madera (2), y clavaron en ella á Jehoscua.

Esta es una de las miserables historias que los judíos oponian á la magestad de las narraciones evangélicas.

La primera iglesia se compuso de tres mil con-

(1) Venit itaque Jesus Nazarenus, et ingressus templum didicit litteras illas, et scripsit in pergamento; deinde scidit carnem cruris sui, et in incisione illa inclusit dictam chartulam, et diceado nomen, nullum sensit dolorem, et rediit cutis continuo sicut ante erat.

(2) Ipse quippe per Schemhamephoras adjuraverat omnia ligna nesusciperent eum. Abierunt itaque, et adduxerunt stipitem unius caulis qui non est de lignis, sed de herbis, et suspenderunt eum super eum.

vertidos. Estos convertidos escuchaban las instrucciones de los apóstoles, oraban juntos, y practicaban en las casas particulares la partición del pan. Depositaban sus bienes en comun, y vendían sus herencias para distribuir el precio á sus hermanos. Su vida, como lo he dicho antes, era poco mas ó menos como la de los esenios.

Conservóse por largo tiempo esta sencillez. Habiendo sabido Domiciano que algunos cristianos judíos se llamaban descendientes de la estirpe real de David, mandóles ir á Roma. Preguntados sobre sus riquezas, respondieron que poseían algunos campos, que pagaban el impuesto, y que se sustentaban del trabajo de sus manos, que enseñaron endurecidas por la fatiga. Preguntóles el emperador lo que era el reino de Cristo; respondiéronle que no era de este mundo, y los despidió. Estos dos labradores eran dos obispos: vivían aun en tiempo de Trajano (4).

Al escribir la historia de la iglesia, se han confundido los tiempos; es muy esencial distinguir dos edades en el primer cristianismo: la edad heroica ó de los mártires; la edad intelectual ó la edad filosófica. Comienza la una en Jesucristo y acaba en Constantino; estiéndese la otra desde este emperador hasta la fundación del reinado de los bárbaros. Hablaré de la edad heroica: voy á retratarosla tal como se pinta ella misma, y tal como la han representado los paganos.

(1) *Nec sibi in pecunia subsistere, sed in æstimatione terræ, quod eis esset in quadraginta minus uno jugeribus constituta, quam suis manibus escolentes, vel ipsi alerentur, vel tributa dependerent. Simul et testes ruralis et diurni operis, manus labore rigidas et callis obduratas præferebant. Interrogati vero de Christo, quale sit regnum ejus. . . . responderunt, quod non hujus mundi regnum. (Hegesip., ap Euseb., lib. III, cap. XX).*

«Entre nosotros, dice un apologista, hallareis ignorantes, obreros, mugeres ancianas, que no podrán quizás inculcar con el raciocinio la verdad de nuestra doctrina; no pronuncian discursos, pero practican buenas obras. Amando á nuestro prógimo como á nosotros mismos, hemos aprendido á no herir á los que nos hieren; á no proceder contra los que nos despojan: si nos dan una bofetada, presentamos la otra mejilla; ni nos piden nuestra túnica, ofrecemos también nuestro manto. Segun la diferencia de las edades, consideramos á los unos como á hijos, á los otros como hermanos y hermanas: honramos á las personas mas ancianas, como á nuestros padres y á nuestras madres. La esperauza de otra vida nos hace despreciar la vida presente, y hasta los placeres del espíritu. Cada uno denosotros, cuando toma una muger, no se propone sino tener hijos, é imita al labrador que aguarda la cosecha con paciencia. Hemos renunciado á vuestros espectáculos sangrientos, creyendo que no hay diferencia entre presenciar el asesinato y cometerlo. Consideramos como homicidio el aborto forzado de las mugeres, y opinamos que esponer á un niño es matarle. Somos iguales en todo, obedeciendo á la razon sin pretender gobernarla (1).»

Observemos que esta no es una *escuela*, una *secta*, sino una *sociedad* fundada en la moral universal, que no conocieron los antiguos.

La comida se regulaba por la necesidad y no por la sensualidad: los hermanos se sustentaban mas de pescado que de carne; tomaban los alimentos crudos con preferencia á los alimentos cocidos. No hacian sino una comida á la puesta del sol; y si alguna vez tomaban alimento por la mañana, era un poco de pan

(1) Athenagbor., *Apolog.*, trad. de Fleury. (*Hist., eccl.*, lib. III, tom. I, pág. 389).

seco. El vino, prohibido á los jóvenes, estaba permitido á las otras personas, pero en corta cantidad. La regla proscribía los muebles lujosos, la vajilla, las coronas, los perfumes, los instrumentos de música. Durante la comida entonaban cánticos piadosos: se prohibía la risa estrepitosa, y reinaba una gravedad modesta.

Concluida la comida de la tarde, daban gracias á Dios por el día que les habia concedido, retirábanse á dormir á un duro lecho, y acertaban el sueño para alargar la vida. Oraban los fieles muchas veces por la noche, y levantábanse antes del alba.

Sus vestidos blancos, sin mezcla de colores, no debían arrastrar por tierra, y componíanse de una tela comun: era una máxima recibida que el hombre debe valer mas que su vestido. Las mugeres llevaban calzado por el bien parecer; los hombres caminaban con los pies desnudos, menos á la guerra; el oro y las piedras nunca entraban en sus adornos: cubrir la cabeza con una peluca, afeitarse, teñirse los cabellos ó la barba, parecia indigno de un cristiano. El uso del baño no era permitido sino por causa de conservar la salud y la limpieza.

Consentíanse, sin embargo, algunos adornos á las mugeres, como incentivos para agradar á sus maridos. O no tenían esclavas, ó tenían las menos que podían; no las servían eunucos, enanos, mónstruos, ni mantenían ninguna de las fieras que las matronas romanas alimentaban á espensas de los pobres.

Para aumentar las fuerzas corporales, durante la juventud, ejercitábanse los hombres en la lucha, en la pelota, en la carrera, y entregábanse principalmente al trabajo de manos: las labores y el servicio doméstico ocupaban á las mugeres. Los dados y los otros juegos de azar, los espectáculos del circo, del teatro y del anfiteatro, estaban prohibidos como un manan-

tial de corrupcion. Dirigianse á la iglesia con comedi-
miento, en silencio y con una caridad sincera. El beso
de paz era la señal para reconocerse los cristianos:
por esto evitaban saludarse en las calles, temerosos
de descubrirse á los infieles. Todas estas reglas de
conducta estaban visiblemente en oposicion con la so-
ciedad romana, y su práctica podia parecer una censu-
ra de aquella sociedad.

La virginidad pasaba por el estado mas perfecto,
y el matrimonio reputábase como la intencion del
Criador. Los ancianos decian con este motivo: «No
existen en las enfermedades y en la edad avanzada
desvelos tan cariñosos como los que uno recibe de la
muger y de los hijos. Aficionaos al alma; no conside-
reis el cuerpo sino como una estátua, cuya belleza
hace pensar en el artifice, é induce á la verdadera be-
lleza.» Reconocian que la muger es susceptible de la
misma educacion que el hombre, y que podian filosofar
sin letras, el griego, el barbaro, el esclavo, el ancia-
no, la muger y el niño: esto era restituir la especie
humana á su naturaleza.

El cristianismo honraba á Dios en todas partes,
porque Dios lo ocupaba todo. «La vida del cristiano
es una fiesta continua: alaba á Dios trabajando, na-
vegando, en los diversos estados de la sociedad.» Sin
embargo, habia horas consagradas principalmente á
la oracion, como tercia, sexta y nona. Oraban de pie,
con el rostro vuelto hácia Oriente, la cabeza y las
manos alzadas al cielo. Al responder á la oracion final,
levantaban tambien simbólicamente un pie, como un
viagero dispuesto á abandonar la tierra (1).

Para los discípulos del Salvador, Dios carecia de
figura y de nombre: cuando le llamaban Uno, Bue-
no, Espiritu, Padre, Criador, era por pobreza de la

(1) Clem. Alex., *Pedag.*, lib. I, II, III; id., in *Strom.*

lengua humana. El alma sola, que es cristiana de origen, halla instintivamente el verdadero nombre de Dios, cuando se entrega á su libre testimonio: todas las veces que despierta de su letargo, espresase de este modo en su interior: *Lo que á Dios plazca. Dios lo quiere. Lo pongo en manos de Dios. Dios me lo pagará.* Y el hombre cuya alma habla así, no fija sus ojos en el Capitolio, fijalos en el cielo (1).

El pastor tenia la sencillez del rebaño: el obispo, el diácono y el sacerdote, cuyos nombres significaban presidente, siervo y anciano, no se distinguian del resto de la multitud por sus vestidos. Mediadores en el altar, árbitros en los hogares, eran tiernos, complacientes, no demasiado crédulos del mal, no demasiado severos, porque todos somos pecadores (2). Si eran casados, no debian tener sino una sola muger; debia conocerseles por sus buenas costumbres, por padres de familia ejemplares, y gozar de una nombradía sin mancha, aun entre los paganos. «Durante las pruebas de su firmeza, decia San Ignacio, permanezcan firmes como el yunque á los golpes del martillo (3).» Este mismo santo escribia á la iglesia de Roma en su esclavitud: «No seré verdadero discipulo de Jesucristo, sino cuando el mundo no vea ya mi cuerpo. Rogad para que quede convertido en victima. No os lo ordeno como Pedro y Pablo; estos eran apóstoles, y yo no soy nada: aquellos estaban libres, y yo soy esclavo (4).»

(1) Quod Deus dederit, Deus videt, et Deo commendo, et Deus mihi reddet . . . Danique pronuntians hoc non ad Capitoliam, sed ad cælum respicit. (Tertull., *Apologeticus*, cap. XVII, pág. 64, Parisiis, 1637).

(2) S. Polyc., Epist.

(3) Sta firmus velut incus quæ verberatur. (Ignat., *ad Polyc.*, pág. 206, Genevæ, 1323).

(4) Tunc ero verus Jesu-Christi discipulus, cum mundus

Eran elegidos los obispos de todas clases y condiciones de la vida: algunos eran labradores, pastores, carboneros. Sus diócesis, especie de repúblicas federativas, elegían sus presidentes según sus necesidades: elocuentes é instruidos para las grandes ciudades, simples y rústicos para las campiñas, y aun belicosos cuando era preciso para defender la comunidad. Huían de estos honores como cargas pesadas; y el pueblo cristiano corría á las cavernas, al corazón de las selvas y á las entrañas de los montes, á buscar y á elevar á estos príncipes de la fé. Ocultábanse, declarábanse indignos de tal dignidad, derramaban abundantes lágrimas, y aun algunos morían de espanto.

Jeres, pequeña ciudad de Egipto, distante cincuenta estados de Peluso, habia elegido obispo á un solitario llamado Nilammon: vivía en una celdilla, cuya entrada habia murado, y obstinábese en no admitir la mitra. Teófilo, obispo de Alejandria, procuró persuadirle. «Mañana, padremio, dijo el ermitaño, hareis lo que os plazca.» Teófilo volvió al día siguiente, y dijo á Nilammon que abriese. «Oremos antes.» respondió el solitario desde el fondo de la roca. Pasaron el día en oración, y á la caída del sol llamóle Teófilo en alta voz; pero observando que no respondía, quitó las piedras que cerraban la entrada de la ermita, y halló al solitario muerto al pie de un crucifijo (1).

Las primeras iglesias eran unos lugares ocultos,

nec corpus meum viderit. Deprecemini Dominum pro me ut per hæc instrumenta Deo efficiar hostia. Non ut Petrus et Paulus hæc præcipio vobis; illi apostoli Jesu-Christi, ego vero minimus; illi liberi ut pote servi Dei, ego vero etiam nunc servus. (Ignatii, *Epistola ad romanos*, pág. 247, Genevæ, 1623).

(1) In oratione spiritum Deo reddidit. (*Martyr*, 6 janv.)

como las selvas, las catacumbas, los cementerios; y una piedra ó la tumba de un mártir servían de altares: por ornamentos veíanse flores, algunos vasos de madera, algunos cirios, algunas lámparas, á cuya luz el sacerdote leía el Evangelio en la oscuridad de los subterráneos. Todavía se descubren las cajas secretas que ocultaban el pan que el viagero traía á los fieles á las minas, á los calabozos, al medio de los leones del anfiteatro.

Tales eran los cristianos de la edad heroica.

Los paganos los consideraban de otro modo.

Segun ellos, estos sectarios groseros, ignorantes, fanáticos, populacho desnudo, complaciáanse en verse rodeados de algunos jóvenes inocentes, y de locos ancianos, para contarles mil puerilidades (1). Pretendian los paganos que los galileos no querian ni dar ni discutir las razones de su religion, acostumbrando á decir: «No os canséis en inútiles preguntas (2), la sabiduría es un mal en esta vida, y la locura un bien.» — «Vuestra herencia, escribia Juliano (3) apostrofando á los discipulos del Evangelio, es la groseria. Toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente: circo.» Los latinos llamaban á la religion de Cristo *insania* (4), *amentia* (5), *dementia* (6), *stultitia*, *fu-*

(1) Qui de ultima face collectis inferioribus et mulieribus credulis... plebem profanae conjurationis instituunt.... miseri... ipsi semi nudi... maxime indoctis. (Theop., *Anthioch.*, lib. II; Minut., Felix, *Apol.*)

(2) Nihil perquiras, sed duntaxat credito... humanam hanc sapientiam pro noxia esse habendam; et pro bona frugique, stultitiam... Malam esse in vita sapientiam. (Orig., *cont. Cels.*, lib. I.)

(3) *Apud.*, Greg. Naz.

(4) S. Cyp., lib. *ad Demet.*

(5) Plin., *epist. ad Traj.*

(6) Tert. *Ap.*, cap. I.

riosa opinio (1), *furoris incipientia* (2). A los fieles mismos daban el sobrenombre de *medio muertos*, á causa de sus largos ayunos y de sus vigalias (3).

Luciano, ó por mejor decir, un autor desconocido anterior á Luciano, pintó en un dialogo satirico, *Philopatris*, una reunion de los primeros cristianos.

Cricias. «Alba paseándome por una calle de la ciudad, y vi una multitud de gentes que estaban cuchucando, y aplicaban el oido á la boca del que hablaba para entender mejor sus acentos. Reparé en tales hombres, y deseando descubrir entre ellos algun amigo mio, vi al político Craton que gozaba mi amistad desde la niñez.

Tricphon. «No sé de quien hablas. ¿Es acaso aquel que fué propuesto para repartir los tributos? ¿Qué es lo que sucedió?

Cricias. «Aceleré el paso y acerquémeme; y habiéndole saludado, vi á un anciano de poca estatura, todo quebrantado, llamado Cariceno, que principió a decir en voz ajada y nasal, despues de haber tosido y escupido: *Aquel de quien acabo de hablar, pagará lo restante de los tributos, satisfará todas las deudas, tanto públicas como particulares, y recibirá á todo el mundo sin informarse de su profesion.*

«Cariceno añadió otras muchas sutilezas, igualmente aplaudidas por los que estaban presentes, y á quienes la novedad de los objetos hacia estar atentos. Otro hermano llamado Clevocarmo, sin sombrero ni zapatos, y cubierto de un manto lleno de girones, hablaba entre dientes: enseñómelo un hombre mal vestido que venia de la montaña, y que tenia la cabeza rasa. . . . Uno de los concur-

(1) Minut. Fel.

(2) *Ac. Proc. Mart Scill.*

(3) *Greg. Naz., cont. Julian.*

rentes, de mirada feroz, tirandome del manto, y creyendo que era de los suyos, quiso persuadirme en mala hora que asistiese á una sesion de esos magos.

«Habíamos pasado ya el *umbral de bronce y las puertas de hierro*, como dijo el poeta, cuando despues de habernos encaramado á un aposento alto, por una escalera de caracol, hallámonos no en el salon de Menelao, brillante con el oro y el marfil, y por el esplendor de la hermosura de Helena, sino en una mala bohardilla: vi que aquellas gentes estaban pálidas, desfallecidas, encorvadas contra el suelo. Apenas me hubieron visto, cercáronme gozosas preguntándome si les traia malas nuevas; parecian desear acontecimientos desgraciados, y semejantes á las furias, regocijábanse con el infortunio.

«Despues de haberse hablado al oido, preguntáronme quién era, cual mi patria, quiénes mis padres.

«Estos hombres, que caminan por el aire, hicieronme muchas preguntas de la ciudad y del mundo. Dijeles:—El pueblo entero vive en el gozo, y así vivirá en lo futuro.—Ellos, enarcando las cejas, respondieronme que no sucederia así, y que estaba próxima una desventura que pronto estallaria.

«En seguida, como si hubiesen ganado alguna victoria, principiaron á asegurar los acontecimientos que esperan: dijeron que los negocios iban á tomar otro rumbo; que las divisiones turbarian la tranquilidad de Roma; que nuestros ejércitos serian destruidos. No pudiendo contenerme ya, y todo encendido en cólera grité: ¡Oh miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que anunciáis, puesto que amais tan poco vuestra patria!

Tricphon. «¿Y qué respondieron esos hombres de la cabeza rasa, que tienen lo mismo el entendimiento?

Cricias. «Recibieron mis injurias con suma dulcedumbre, y recurrieron á sus efugios ordinarios: dijeron que todas estas cosas las veían en sueños, después de haber ayunado diez días, y pasado las noches cantando himnos.—Luego con una falsa sonrisa saltaron de los pobres lechos donde reposaban (1).»

Esta reunion, pintada por un enemigo, difiere enteramente del concilio de Nicca. Los cristianos eran tan despreciados en la época en que se escribió la sátira, que se les consideraba inferiores á los judíos. Sin embargo, aquellos hombres sepultados en las boardillas; aquellos miserables arrastrados al suplicio en el punto en que eran reconocidos; aquellos culpables, no de crimen, sino de nacimiento; aquellas criaturas desgraciadas en quienes no se reconocía el derecho de los siervos mas viles; aquellos esclavos, puestos fuera de la ley, eran los que debían dar al género humano las leyes y la libertad.

El embarazo de los cristianos delante de sus padres paganos, ofrece una semejanza singular con lo que sucede en nuestros dias entre las antiguas generaciones y las generaciones nuevas: las primeras no entienden ni entenderán nunca lo que es claro y exacto para las segundas (2). El cristianismo, verdadera libertad bajo todas las relaciones, parecia á los anti-

(1) *Philopat.*, y en Bull, *Hist. del Establecim de Christ.*, sacada solamente de los autores judios y paganos, pág. 261.

Lardner, *Jewish and heathe testimonies, etc.*, tom. II, pág. 366. He conservado la version de Bullet, corrigiendo los contrasentidos, las negligencias y las oscuridades del estilo: el texto mismo está muy embrollado, y no tiene relacion alguna con la elegancia de Luciano. El *Philopatris* ha sido tambien traducido por d'Ablancourt y por Blin de Saint Maure.

(2) Todo esto se habia escrito mucho tiempo antes de los sucesos de 27, 28 y 29 de julio de 1830.

gnos idólatras, acostumbrados al despotismo político y religioso, una novedad detestable; denunciaban este progreso de la especie humana como subversion de todos los principios sociales. «En las casas particulares se vea, dice Celso, hombres groseros, ignorantes, trabajadores de lana, que callan delante de los ancianos y de los padres de familia; pero si encuentran de paso algunos niños, algunas mugeres, enseñanles su doctrina: dicenles que no deben prestar oídos á sus padres ni á sus maestros; que estos son unos dementes, incapaces de conocer y saborear la verdad. Escitan á los jóvenes á sacudir el yugo; y obliganles á entrar en un gineceo, ó en la tienda de un batanero ó zapatero, para enseñarles lo que es perfecto (1)»

Las virtudes, consecuencia necesaria del primer cristianismo, hacian odiosos á los que las practicaban, porque venian á ser una sátira de los vicios opuestos. Un marido rechazaba á su muger, que era prudente desde que era cristiana; un padre desheredaba á un hijo, en otro tiempo pródigo y liberal, transformado por el cambio de religion en hijo sumiso y obediente (2). Las acusaciones dirigidas contra los cristianos eran la historia misma de su inocencia. «Pongo por testigos á vuestros registros, decia Tertuliano: ¡oh vosotros! que juzgais á los criminales, ¿hay uno solo cristiano? La inocencia es para nosotros una necesidad, habiéndola aprendido de Dios, que es un maestro perfecto. Nos echan en cara que somos inútiles á la vida; y sin embargo vamos á vuestros mercados, á vuestras ferias, á vuestros baños, á vuestras tiendas, á vuestras posadas. Comerciamos, militamos, y ejer-

(1) Orig. cont. Cels.

(2) Uxorem jam pudicam, maritus non jam zelotypus ejecit. Filium subjectum pater retro patiens abdicavit. (Tertull. Apolog., cap. III, tom. II, pág. 46. Parisiis, 1618.)

comos la labranza (1). Es verdad que los traficantes de mugeres perdidas, los asesinos, los emponzoñadores, los magos, los arúspices, los adivinos, los astrólogos, no sacan lucro ninguno de nosotros (2).»

Acusaban á los cristianos de ser una faccion, y ellos respondian: «La faccion de los cristianos consiste en estar reunidos en la misma religion, en la misma moral, en la misma esperanza. Formamos una conjuracion para rogar á Dios en comun, y leer las divinas Escrituras. Si alguno de nosotros ha pecado, vése privado de la comunión de las preces y de nuestras reuniones, hasta que ha hecho penitencia. Preside las asambleas un anciano, cuya sabiduría ha merecido semejante distincion. Paga cada uno algunas monedas de plata al mes, si quiere y si puede. Este tesoro sirve para alimentar y para enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los náufragos, á los desterrados, ó los condenados á las minas ó á la cárcel por la causa de Dios. Nos damos mutuamente el nombre de hermanos, estamos dispuestos á morir los unos por los otros. Todo es comun entre nosotros, menos las mugeres. Nuestra comida comun se expresa con el nombre de Agape, que significa *caridad* (3).

La congregacion apostólica abrazaba entonces el

(1) Ita que non sine foro, non sine macello, non sine balneis, tabernis, officinis, stabulis, nundinis vestris, cæterisque commerciis cohabitamus hoc seculum. Navigamus et nos vobiscum, et rusticamur et mercamur. (Tertull., *Apologet.*, pág. 343, cap. XLII, tom. II.)

(2) Plane confitebor si forte vere de sterilitate christianorum conqueri possunt. Primi erunt lenones, perductores, aquarioli. Tum sicarii, venerarii, magi. Item aruspices, arioli, mathematici. His infructuosos esse magnus fructus est. (Tertull., *Apologetic.*, cap. XLIII, pág. 356.)

(3) Tertull., *Apologetic.*

mundo civilizado, como una inmensa sociedad secreta que se acercaba á su fin, á pesar de las proscipciones y de la débil enemistad de la tierra. Desde la edad heroica del cristianismo adivinábanse las mudanzas radicales que esta religion debia causar en las leyes: era la filosofia puesta en práctica. Caminando á la abolicion de la esclavitud, por las trasformaciones graduales, dió principio á su obra con la emancipacion de las mugeres.

Estas aparecieron solas al pie de la cruz. Jesucristo, durante su vida, perdonó sus debilidades, y no desdeñó su homenaje: emancipólas en la persona de Maria, su divina Madre.

Las mugeres seguian á los apóstoles para servirles, como Magdalena y las otras Marías habian seguido á Jesucristo (1). San Pablo saludó en Roma á las mugeres de la casa de Narciso.

El bello sexo tuvo una relacion inmediata con la iglesia, en virtud de la institucion de las diaconisas. La diaconisa debia ser casta, sóbria y fiel. Las viudas, elegidas para esta funcion, habian de ser de sesenta años de edad; debian haber criado á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los pies de los viajeros, y consolado á los que estaban en afliccion (2).

Las instrucciones de los apóstoles y de los prime-

(1) 53. Erant autem ibi mulieres multæ a longe, quæ secutæ erant Jesum a Galilea, ministrantes ei.

56. Inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Joseph mater. (*Evang. secundum Matæum.*, cap. XXVII, V. 55-56).

(2) 9. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum quæ fuerit uxor unius viri.

10. In operibus bonis testimonium habens si filios educavit, in hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit. (*Epist. B. Pauli ad Thimoth.*, cap. V, V. 9-10).

ros padres demuestran cuan importantes eran las mujeres en el nacimiento mismo de la sociedad cristiana. Tertuliano escribió dos libros sobre sus adornos y el uso de su belleza. «Desechad el afeite, los cabellos postizos y los otros adornos; no concurráis á los templos, á los espectáculos, á las fiestas de los gentiles. No salgais de casa sin un motivo poderoso, como visitar los hermanos enfermos, asistir al santo sacrificio, escuchar la palabra de Dios (1). No os entregéis á las delicias para que las persecuciones no pueden acabar con vosotras. Las manos acostumbradas á los brazaletes, no podrían sufrir el peso de las cadenas; los pies adornados de cintas, llevarían mal los grillos; una cabeza cargada de perlas y de esmeraldas, no daría lugar al filo de la espada (2).»

Las vírgenes no debían presentarse en la iglesia sino cubiertas hasta la cintura con velos: habíaseles concedido, como á las viudas, una pensión. En el tratado *ad Uxorem*, se ve pintada la mujer en un todo diferente de la mujer de la antigüedad, y tal como es al presente. Este, al mismo tiempo, es un cuadro verdadero de lo que pasaba entonces en la comunidad general, y en la familia privada de los cristianos.

Tertuliano invita á su esposa á no casarse segunda vez si moría antes que ella, y encárgale principalmen-

(1) Nam nec templa circuitis, nec spectacula postulatis, nec festos dies gentilium nostis. Nulla est strictius prodeundi causa, nisi imbecillis aliquis ex fratribus visitandus, aut sacrificium affertur, aut Dei verbum administratur. (Tertull., *de Cultu feminar.*, lib. II, pág. 315, Parisius, 1568.)

(2) Discutiendæ enim sunt deliciæ quarum mollitia et fluxu fidei virtus effeminari potest. Cæterum nescio an manus spathali circumdari solita in duritia catenæ stupescere sustineat. Nescio an crus de periscelio in nervum se patiatur arctari. Timeo cervicem, ne margaritarum et smaragdorum laqueis occupata, locum spathæ non det. (*Id.*, *ibid.*)

te no tomar marido infiel. El cristianismo, conformándose con la naturaleza y con el orden, reprobaba la poligamia de las naciones orientales, y el divorcio admitido por griegos y romanos.

«La muger cristiana, dice Tertuliano, habria de cumplir con su esposo pagano los deberes de la pagana: tendria que hacer con él alarde de su hermosura, de los atavíos, del aseo mundano y de vergoazosas caricias. No se obra así viviendo con los santos: todo es moderacion á los ojos de Dios (1).

¿Cómo podrá (la esposa cristiana) servir al cielo teniendo á su lado un esclavo del demonio encargado de retraerla? Si debe asistir á la iglesia, la citará á los baños con mas frecuencia de lo acostumbrado: si debe ayunar, celebrará un festin en el mismo dia: si debe salir, opondrále que nunca los criados han estado mas ocupados (2). ¿Llevará á bien este marido que su esposa visite de calle en calle á sus hermanos en los mas humildes aposentos? ¿Consentirá que se levante de su lecho para concurrir á las reuniones nocturnas? ¿Tolerará que deje su cama en la solemnidad de Pascua? ¿Permitirále que se sienta en la mesa del Señor, tan infamada por los paganos? ¿Le agradará el que se introduzca en las carceles á besar las cadenas de los mártires, á lavar los pies de los santos, á presentar con diligencia el alimento á los confesores? (3) ¿Si llega un hermano de otro pais, ¿cómo le hospedará?

(1) *Tanquam sub oculis Dei modeste et moderate transiguntur.* (Tertull., *ad Uxor.*, lib. II, cap. IV. pág. 332).

(2) *Ut statio facienda est, maritus de die condeat ab balneis. Si jejunia observanda sunt, maritus eodem die convivium exerceat. Si procedendum erit, nunquam magis familiaris occupatio adveniat.* (*Id. ibid.*)

(3) ¿Quis denique in solemnibus Paschæ abnoctantem securus sustinebit? Quis ad convivium dominicum illud quod infamat sine sua suspicione dimittet? Quis in carcerem ad

Si necesita hacer alguna limosna, hallará cerrados el granero y la bodega.

«Aunque el marido pagano consienta en todo esto, es al fin una desgracia verse en la precision de confiarle los usos de la vida cristiana. ¿Os ocultareis de él al hacer la señal de la cruz sobre vuestro lecho, sobre vuestro cuerpo, ó al soplar para arrojar alguna cosa inmunda? ¿No creerá que es una operacion mágica? ¿No sabrá lo que recibís en secreto antes de todo alimento? Y si sabe que es el pan, sospechará que no es tal como le llamáis (1).»

«¿Que cantará en un festín la muger cristiana con su marido pagano? Escuchará los himnos teatrales, no hará mencion de Dios (2), ni invocará á Jesucristo, ni leerá las Escrituras, ni se acordará de la salutación divina.»

«La iglesia estiende el contrato del matrimonio de los cristianos; la oblacion lo confirma, y siendo la bendicion su sello, preséntanlo los ángeles al Padre celestial que lo ratifica. Dos fieles reciben el mismo yugo: son una carne, un espíritu; oran juntos, juntos ayunan, juntos asisten á la iglesia y á la mesa de Dios, en tiempos de persecucion y de paz (3).»

Las mugeres cristianas eran misioneras en sus ho-

osculanda vincula martyris reptare patietur? aquam sanctorum pedibus offerre? (*Id., ibid.*)

(1) Trátase de la Eucaristía, y siempre de la historia del niño que debían comer los cristianos.

Cum aliquid inmundum flatu expuis, non magiæ aliquid videris operari? Non sciet maritus quid secreto ante omnem cibum gustes? et si sciverit panem, non illum credit esse qui dicitur? (*Tertull., Ad. Uxor* pág. 333).

(2) Quid maritus suus illæ, vel marito quid illa cantabit? quæ Dei mentio? quæ Christi invocatio? (*Id. ibid.*)

(3) Ecclesia conciliat, et confirmat oblatio. Obsignatum angeli renuntiant, pater rato habet. . . . duo in carne una,

gares, é inteligencias celestes en el seno de las familias paganas. Acabais de ver que estaban encargadas del cuidado de los enfermos y de los pobres; y cuando principalmente derramaron los tesoros de su celo, fué en los tiempos de persecucion. Penetraban en las cárceles, servian de mensageras, distribuian la plata, curaban las llagas causadas por los tormentos, y morian tambien con un heroismo superior al que cuentan de las mugeres de Esparta y de Roma. Sus virtudes, y hasta sus debilidades, eran un encanto para suavizar á los perseguidores: la nodriza de Caracalla y la dama de Commodo eran cristianas.

Mas adelante, en el siglo filosófico del cristianismo, las mugeres, madres, esposas é hijas de los emperadores, estendieron el poder del Evangelio, mientras que otras mugeres, conducidas esclavas por los barbaros, convertian naciones enteras: asi os lo he dicho á propósito de los iberios. Habeis oido igualmente que las Helenas y las Eudoxias destruian los templos de los idolos, y edificaban iglesias.

Trascurrido algun tiempo, las vírgenes consagradas á Dios en los monasterios, señalaronse con todo género de sacrificios y de ardimiento. San Gerónimo nos ha dado á conocer á Marcela, á Asela su hermana, y á su madre Albina; á Principia, hija de Marcela; á Paula, amiga de Marcela; á Paulina, á Eustoquia, á Lea, á Fabiola, que vendió su patrimonio para edificar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de sangre y prostitucion. En esta casa de misericordia, las descendientes de los cónsules servian á los pobres y á los estrangeros, antes de morir pobres y estrangeras en la gruta de Betlem. ¡Oh destino

ubi et una caro, unus et spiritus. Simul orant, simul jejunia transigunt. In ecclesia Dei pariter, in conubio Dei pariter, in angustiis, in refrigeriis (*Id. ibid.*)

de las cosas! Las mugeres que prestaron las primeras adoraciones en el fondo de las catacumbas, ocuparon las últimas aquellas iglesias donde depositaron a sus padres, donde no pudieron enterrar a sus hijos. Lloraron al pie del Calvario, que vió espirar la sublime víctima: lloran todavía al pie del mismo Calvario; pero aquel cuya tumba miran, encumbróse al cielo: nada queda en la cruz, nada en el santo sepulcro.

La emancipacion de la muger no se ha conseguido aun, no se ha conseguido totalmente, en especial en cuanto á la opresion de las leyes: lograráse en la renovacion cristiana que comienza.

La era de los mártires ofrece un espectáculo extraordinario: en un mismo pueblo los hombres y las mugeres corrian á los juegos públicos con todo el esplendor del lujo y la embriaguez de los placeres; y otros hombres y otras mugeres, consagrados á todos los deberes, componian una parte esencial de los juegos vertiendo su sangre. El siglo heroico del paganismo tuvo sus Hércules guerreros; el siglo heroico del cristianismo produjo sus Hércules pacíficos, que domaron otra especie de monstruos, los vicios, las pasiones, los errores: héroes cuya victoria consistia, no en matar, sino en sufrir la muerte.

De todos los fundadores célebres de religiones, solo Jesus no era poderoso por el nacimiento, las armas, la política, la poesía ó la filosofía: no empuñaba el cetro, la espada, la pluma ó la lira: vivió pobre, ignorado, calumniado, y fué el primer mártir de su culto. Sus apóstoles sufrieron la muerte despues de él: su suplicio formó la cadena que une la pasion á las pasiones particulares, renovadas por espacio de cuatro siglos. La hostia espiritual reemplazó la hostia material; pero la fusion de sangre cristiana (que era la sangre misma de Cristo) no se detuvo hasta que el holocausto pagano desapareció. Asi queda esplicada, pres-

cindiendo de los fundamentos de la fé, la duracion de las persecuciones: no faltaron las victimas cristianas en el anfiteatro, mientras hubo victimas paganas en los templos; la inmolacion de los primeros continuó en proporcion á la de los segundos. Constantino y sus hijos abolieron el sacrificio, y cesó el martirio: restableció Juliano el sacrificio, y el martirio comenzó otra vez.

Los cristianos, amaestrados por la esperiencia, habian perfeccionado el arte de socorrerse mutuamente. ¡Cuántos artificios no inventó la caridad para penetrar en los calabozos, para persuadir á los carceleros, es decir, para convertirlos al cristianismo y conducirlos con sus prisioneros á la muerte! La historia del filósofo Peregrino, quemado al son de trompetas, y en el dia señalado, nos ha trasmitido una prueba inesperada de la actividad evangélica.

Estando viajando Peregrino, hízose neófito; y detenido en Palestina, diéronse prisa los cristianos á rodearle. Desde la mañana, las mugeres, las viudas, los niños sitiaban la cárcel, y por la noche introduciase algun sacerdote, á fuerza de derramar plata, adonde estaba el filósofo. Corrian de todas las ciudades del Asia hermanos enviados por la comunidad á alentar al prisionero. «Parece increíble, dice Luciano, la diligencia de estos hombres, cuando algunos de ellos padecen infortunios, nada perdonan. Imagínanse los miserables que vivirán despues de esta vida. Desprecian la muerte, y muchos se entregan voluntariamente á los suplicios (1).»

Contáronse diez batallas generales, diez persecuciones terribles, sin tomar en cuenta una multitud de acciones particulares; y distinguiéronse las mugeres en estos combates. Simforiano fué conducido al martirio en Autua de las Galias; su madre le gritaba de lo

(1) Lucian., in *Pereg.*

alto de las murallas de la ciudad: «Hijo mio, hijo mio Sinforiano, levanta tu corazón al cielo: no vas á perder la vida; vas á trocarla por una vida mejor (1).»

Blandina, esclava, recibió la última corona entre los confesores de Lion: sufrió los azotes, las fieras, la silla de hierro ardiendo: caminaba á la muerte como al tálamo nupcial, como al festin de las bodas (2).

Vivia en Egipto otra esclava de asombrosa hermosura llamada Potamia: habiéndose enamorado de ella su dueño, quiso primero seducirla, y despues robarla por fuerza; pero rechazado por la virtuosa doncella, delatóla al prefecto Aquila como cristiana. El prefecto invitó á Potamia á ceder á los deseos de su dueño, y habiéndose negado á ello, condenóla á ser zambullida en una caldera de pez hirviendo, y la amenazó con entregarla á los gladiadores para que la violasen. Potamia dijo: «Os ruego por la vida del emperador que no me despojeis de mis vestidos, ni me espongaís al público desnuda. Que me sumerjan poco á poco en la caldera con mi traje.» Concedióla el favor, y Marcela su madre sufrió el suplicio del fuego (3).

La burla, unida á la disoluta crueldad, aumentaba la gravedad del infortunio. Las siete virgenes de Ancira, entregadas á algunos mancebos desenfrenados, antes de ser ahogadas desconcertaron con una sola palabra la risa que les causaba su desgraciada vejez. La mas anciana se quitó el velo, y enseñando su cana cabeza al jóven, le dijo: «Quizás tendrás una madre

(1) Nate, nate, Symphoriano . . . Sursum cor suspende, fili; hodie tibi vita non tollitur, sed mutatur in melius. (*Act. Martyr, in Symphor.*, pág. 72, Parisiis, 1689.)

(2) Beata vero Blandina ultima omnium . . . festinat, exsultans, ovans, velud ad thalamum sponsi invitata, et ad nuptiale convivium. Euseb., lib. IV, cap. III, pág. 539.

(3) Cum venerabili matre Marcella ignis supplicii consummata est. Euseb., lib. VI, cap. V.

llena de canas como yo: déjanos nuestras lágrimas, y reserva para ti la esperanza (1).»

Felicidad, matrona romana de un rango ilustre, fué sentenciada á muerte con sus siete hijos, á quienes alentó á confesar su fé con valor.

Sinforosa de Tivoli tenia tambien siete hijos: Adriano la llamó, y habiéndola exortado á sacrificar, le respondió: «Jetulio mi marido, y su hermano Amanccio, eran buenos tribunos, y antepusieron la muerte á vuestros ídolos.» Arrebatada Sinforosa de los cabellos, fué precipitada en el abismo de aquellas cascadas que habian suministrado agua á los baños de las cortesanas, y refrescado el vino de Horacio. Los siete hijos imitaron á su madre (2).

Uno de los cuarenta mártires de Sebaste habia resistido á los tormentos del hielo y del fuego: sus verdugos, olvidándole de intento, y dejándole en la plaza, aguardaban que abjurase su fé; y su madre le puso con sus propias manos en la carreta. «¡Ve, le dijo, hijo mio! Llega al término de tu dichoso viage con tus compañeros, y no te presentes el último á Dios (3).»

Las *Actas sinceras* no describen otro martirio mas famoso que el de Perpétua y Felicidad en Cartago: Perpétua, muger de nobleza, tenia veinte y dos años; vivian su padre y su madre: tenia dos hermanos: era

(1) Velum raptim discerpens ostendebat ei capitis sui canitiem: et ac inquit: Reverere, fili, nam et tu forsitam matrem jam canam habes. Et nobis quidem miseris relinque lacrymas; tibi vero spem habe. *Act. Mart. sincera* pág. 360, Parisiis, 1689.

(2) Alia vero die jussit Adrianus imperator simul omnes septem filios ejus sibi præsentari et ad trochleas extendi. *Act. Mart. sincera*, pág. 29.

(3) O nate, inquit, perfice cum tuis contubernalibus iter beatum, ne unus desis illorum choro, ne reliquis serius Domino præsenderis. *Act. sinc.*, pág. 469, Veron., 1734.

casada y criaba un niño: Felicidad era esclava, y estaba en cinta.

El padre de Perpétua, celoso por el paganismo, quería obligarla á sacrificar. «Había pasado algunos días sin ver á mi padre (asi se explica la misma Perpétua, que escribió el principio de su martirio), y daba yo gracias al Señor porque me consolaba su ausencia. No hacia mucho tiempo que habíamos recibido el bautismo, y al acabarse la ceremonia rogaba solo al cielo que me otorgara la paciencia necesaria para sufrir las penas corporales. Pocos días despues nos encarcelaron: horricéme, porque nunca había estado sepultada en tales tinieblas. ¡Oh día aciago! (1) ahogábanos el calor á causa de la multitud, y los soldados nos empujaban: la inquietud que me causaba mi hijo ponía colmo á mis penas. Los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio que nos asistian, lograron con el dinero que nos permitiesen salir, y pasar algunas horas en un lugar mas cómodo de la cárcel. Salimos en efecto; cada cual pensaba en su situacion: yo daba de mamar á mi hijo (2), encargándole al cuidado de mi madre; alentaba á mi hermano, y consumíame el tormento de ver los dolores que les causaba. En tales agonías estuvimos sumergidos por algun tiempo.

«Corrió la voz de que debíamos sufrir un interrogatorio. Trasladóse mi padre desde la ciudad á la cárcel lleno de tristeza, y decíame: ¡Hija mia, compadécete de mis canas! compadécete de tu padre (3): si soy digno de que me des este nombre; si te he criado hasta ahora; si te he preferido á tus hermanos, haz

(1) ¡O diem asperum!

(2) Ego infantem lactaban. *Act. sino.*, pág. 81.

(3) ¡Misere, filia, canis meis; misere patri! *Act. sino.*, pág. 82.

que no caiga sobre mi el oprobio de los hombres. Mira á tu madre, mira á tu hijo, que no podrá sobrevivirte: deja esa fiereza por temor de perdernos á todos; porque ninguno de nosotros osará ya abrir los labios si te acontece algun infortunio.

«Asise esplicaba mi padre enternecido, besándome las manos, arrojándose á mis pies, sollozando, llamándome, no su hija, sino *su señora* (1). Compadecíale al ver que él solo de toda mi familia no se regocijaria de mi martirio. Díjele para consolarle: Succederá en el cadalso lo que á Dios plazca; porque habeis de saber que no dependemos de nosotros, sino de su voluntad (2). Retiróse poseido de melancolía.

«Al dia siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á buscarnos para el interrogatorio. Divulgóse tambien la voz por los cuarteles vecinos, y agolpóse un numeroso pueblo: subimos al tribunal.

«El procurador Hilarion me dijo: Ten presente á tu anciano padre; ten presente á tu tierno hijo, y sacrifica por la prosperidad los emperadores.—No haré tal, respondí.—¿Eres cristiana? me preguntó; y contesté: Cristiana soy (3). Mi padre se esforzaba en sacarme del tribunal, é Hilarion ordenó que lo arrojasen de alli, en cuyo acto recibió un golpe de vara: sentilo como si hubiese sido herida yo propia: tanto dolor me causaba ver maltratado á mi padre en su vejez (4). Entonces Hilarion pronunció nuestra sentencia, condenándonos á ser entregados á las fieras. Volvimos gozosos á la cárcel; y como mi hijo se ha-

(1) Et lacrymis non filiam sed dominam vocabat.

(2) Scito enim nos non in nostra potestate esse constitutos, sed Dei.

(3) Christiana sum. (*Act sine.*, pág. 82 y 83.)

(4) ¡Sic dolui pro senecta ejus misera!

flaba acostumbrado á estar conmigo, y á alimentarse con la leche de mis venas, envié al diácono Pomponio para que lo pidiera á mi padre. Pero éste no quiso entregarlo (1); é hizo Dios que el niño no pidiese ya de mamar, y que la leche no me causara incomodidad alguna.»

Termina la relacion de Perpétua con la tercer vision que tuvo en su calabozo.

«Felicidad estaba embarazada de ocho meses; y al ver tan cercano el dia del espectáculo, estaba muy afligida con el temor de que no difiriesen su martirio; porque estaba prohibido martirizar á las mugeres preñadas antes del término del alumbramiento. Sus compañeros en el sacrificio mostrábase notablemente afligidos por su parte, al dejarla sola en el camino de su comun esperanza (2). Tres dias antes de la ejecucion reuniéronse todos á orar y á llorar por ella. Apenas habian concluido la oracion comenzáronle los dolores; y como el alumbramiento es naturalmente mas difícil en el octavo mes, quejábase de lo mucho que sufría. Uno de los criados del carcelero le dijo: Si te quejas ahora, ¿qué será cuando seas entregada á las fieras? (3) Dió á luz una hija, que crió como á propia una muger cristiana. . . . Los hermanos y los demas lograron permiso de entrar en la cárcel, y de animar las fuerzas de los encarcelados: el carcelero habíase convertido ya á la fé. La vispera del combate presentáronles, segun acostumbraban, la última comida, á la que daban el nombre de cena libre (4), y que servian en público; pero los mártires la

(1) Sed dare pater noluit.

(2) Ne tam bonam sociam quasi comitem solam in via ejusdem spei relinquerent.

(3) ¿Quid facies objecta bestiis? (*Act sinc.*, pág. 86).

(4) Illa cæna ultima quam liberam vocant.

convirtieron en una agape. Hablaron al público con su ordinaria firmeza.

Miradnos bien los rostros, les decian para que podais conocernos el dia del juicio (1).

«Llegó la hora del combate, y los mártires dirigiéndose desde la cárcel al anfiteatro cual si caminasen al cielo, placenteros, mas pronto mudos de alegría que de temor. Seguíalos Perpétua con rostro sereno y paso firme, como una persona amada de Jesucristo, bajando los ojos para ocultar á los espectadores su viveza (2). Felicidad estaba enagenada de gozo al ver que recobrada de su alumbramiento podia combatir con las fieras. Habiendo llegado á la puerta, quisieron obligarlas, conforme al uso, á ponerse los vestidos de los que se presentaban en aquel espectáculo. Consistian en un manto colorado, que llevaban los sacerdotes de Saturno (3), para los hombres; y ceñian la cabeza de las mugeres con unas cintillas, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron los distintivos de la idolatría.

«Despojaron de sus vestidos á Perpétua y á Felicidad, y colocáronlas en una red para entregarlas á una vaca furiosa. Horrorizóse el pueblo (4) al ver tan delicada á la una y á la otra recien parida: retiráronlas, y las cubrieron con trages flotantes. Acometió primero á Perpétua, que cayó de espaldas: incorporóse, y observando que el vestido se habia desgarrado por un lado, recogiólo para cubrirse la pierna, atendiendo mas al pudor que al tormento (5). Volvióse á atar los

(1) Ut cognoscatis nos in die illo judicii.

(2) Vigorem oculorum dejiciens. (*Act. sinc.*, pág. 77).

(3) Viri quidem sacerdotum Saturni.

(4) Horruit populus.

(5) Ad velamentum femorum adduxit; pudoris potius memor quam doloris.

cabellos sueltos para no parecer de luto, y observando á Felicidad toda magullada, alargóle la mano para ayudarla á levantarse (1). Llegaron así á la puerta de Sana-Vivaria, donde recibió á Perpétua un catecúmeno llamado Rústico. Despertó entonces como de un profundo sueño, y mirando á su rededor, exclamó: ¿Cuándo nos entregarán á esa vaca? Refiriéronle lo que habia sucedido, y no quiso creerlo hasta que descubrió en su cuerpo y en su vestido las señales de lo que habia sufrido (2). Mandó llamar á su hermano, y dirigiendo la palabra á éste y á Rústico, dijoles: Permaneced firmes en la fé; amaos mutuamente, y no os intimiden nuestros sufrimientos.

Pidió el pueblo que las condujeran al medio del anfiteatro. Los mártires, despues de haberse dado el beso de paz, dirigiéronse allí por sí mismos (3). Felicidad cupo en suerte á un gladiador poco diestro, que la hirió en los huesos, obligándola á lanzar un grito; porque la ejecucion de los moribundos arrojados á las fieras, servia de aprendizaje á los gladiadores noveles. Perpétua aplicó por sí propia la vacilante mano del verdugo á su garganta (4).»

En la misma Cartago, que reunia tantas memorias, llevóse Cipriano la palma debida á su elocuencia y á su fé; cortaron la cabeza á este primer Fenelon, que se vendó él mismo los ojos; atáronle las manos Julian

(1) Sed manum ei tradidit, et sublevavit illam.

(2) Quando, inquit, producimur ad vaccam, nescio ... Non prius credidit nisi quasdam notas vexationis in corpore et habitu suo recognovisset. (*Act. sinc.*, pág. 590.)

(3) Osculati invicem ut martyrium per solemnia pacis nsumarent.

(4) Inter costas puncta exululavit . . . et errantem dexteram tirunculi gladiatoris ipsa in jugulum suum posuit. (*Act. sinc.*, pág. 88.)

sacerdote y Julian diácono; sus neófitos tendieron pañuelos para recibir su sangre.

Mucho tiempo antes verificó su entrada con permiso del cónsul, caballero sobre un asno, en su ciudad episcopal, como Cristo en Jerusalem, Policarpo, que gobernaba la iglesia de Esmirna á los setenta años, colocado por el apóstol Juan. El pueblo gritaba: «Ese es el doctor de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses: arrojad un leon contra Policarpo.» No fué posible acceder á sus deseos, porque se habian concluido los combates de las fieras. Entonces volvió á clamar el pueblo á una voz: «Que Policarpo sea quemado vivo.»

Preparada la hoguera, quitóse Policarpo el ceñidor, y despojóse de sus vestidos. Querian clavarle en la hoguera como á su Señor en la cruz, y manifestó que era inútil la precaucion, porque permanecería firme. Atáronle, pues, sencillamente, y parecia un cordero escogido en el ganado, como un holocausto agradable y acepto á Dios (1). El anciano miró al cielo y exclamó: «¡Gracias te doy, Dios de todas las criaturas! Cábeme parte del cáliz de la pasion de tu Cristo, para resucitar á la vida eterna. Bendigote, glorifícote por el pontífice Jesucristo, tu amado Hijo, á quien gloria sea tributada, á ti y al Espiritu Santo, en los siglos futuros. Amen (2).»

Cuando acabó de hablar, prendieron fuego á la hoguera: desplegaronse las llamas alrededor de la ca-

(1) Tamquam aries insignis ex inmenso grege delectus, ut holocaustum gratum et acceptum Deo.

(2) ¡Deus totius creaturæ, tibi gratias ago. In calice passionis, Christi tui particeps fiam in resurrectionem vitæ æternæ! Te laudo, te benedico, te glorifico per Jesum Christum dilectum tuum filium pontificem: gloria nunc et in secula seculorum! Amen. (Euseb., *Hist. eccles.*, lib. IV, pág. 73.)

beza del mártir, como la vela de un bagel hinchada por el viento (1). Refieren sus actas que estaba semejante al oro ó á la plata probada en el crisol (2), y que exhalaba un olor de incienso ó de un perfume vital (3). El verdugo encargado de poner fin á las fieras moribundas hirió á Policarpo, y salió tanta sangre de las venas del anciano, que apagó el fuego (4).

Pothino, obispo de Lion, anciano de mas de noventa años, débil y enfermizo, fué apaleado, hollado, arrastrado por la arena, y arrojado á la cárcel, donde exhaló el último aliento. Sus compañeros en los tormentos, parecian en medio del suplicio curarse una llaga con otra llaga nueva: los ejecutores, atormentándoles, no tanto aparecian verdugos que abren heridas como cirujanos que las cierran; tanta era la alegría de los confesores. Muchos de ellos escribieron en griego la relacion de su martirio desde el fondo de los calabozos donde los sepultaban antes de darles la muerte. La carta tenia este sobrescrito: *Los siervos de Jesucristo, que viven en Viena y en Lion de Francia, á sus hermanos del Asia y de Frigia, que profesan la misma fé y la misma esperanza de la redencion: Paz, gracia y gloria de parte de Dios Padre, y de Jesucristo nuestro Señor* (5).

No hablaré del martirio de seducciones empleado despues que salian vanas las amenazas y las penas:

(1) Tamquam volum navigii ventorum flatibus turgescens, caput martyris undique obvallat. (*Ibid.*)

(2) Tamquam aurum et argentum in camino ignis ardore probatum. (*Ibid.*)

(3) Fragrantem odorem inde hauriebamus, velut ex thuro odorifero, aut quovis alio aromate. (*Ibid.*)

(4) Tanta cruoris copia effluxit ut ignem prorsus extingueret. (Euseb., *Hist.*, lib. IV, cap. XIV; pág. 72).

(5) Servi J. C. qui Viennam et Lugdunum Galliæ incolunt, fratribus in Asia et Phrygia qui eamdem nobiscum redemp-

dignidades, honores y placeres, ensayados por hermosas mugeres, no produjeron éxito como los leones y las llamas.

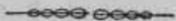
Hay poderío en la sangre: estas generaciones de la edad heroica cristiana, que subyugaron á las clases industriales, dieron vida á las generaciones de la edad filosófica-cristiana, que conquistaron á su vez á los hombres de inteligencia. Esta edad filosófica no está separada bruscamente de la edad heroica, toma nacimiento en ella; sus primeros genios enseñan y mueren en el cadalso; pero su doctrina reina y triunfa en sus sucesores cuando ha pasado la hora de los confesores. El cristianismo filosófico no destruyó al heroico; pero los sacrificios se cumplieron de distinto modo en los combates contra los heresiarcas, y bajo el hierro de las bárbaros.

tionis fidem spem habent, pax, gratia et gloria, a Deo Patre et Christo Jesu Domino nostro sit vobis. (Euseb., *Hist.* lib. V, cap. I, pág. 84).

DISCURSO QUINTO.



SEGUNDA PARTE.



CONTINUACION SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.
EDAD FILOSOFICA. HEREGIAS.

En esta segunda edad del cristianismo, la grandeza de las costumbres públicas y la sublimidad intelectual, reemplazan á la virtud de las costumbres privadas y belleza moral evangélica. No es la iglesia militante, esclava, democrática en los calabozos y suplicios; es la iglesia triunfante, libre, real, en la tribuna y en la púrpura. Los doctores suceden á los mártires: estos poseyeron la fé, aquellos la fé y el genio. La parte escogida del mundo pagano, que no habia cedido ni á la simplicidad apostólica ni á la autoridad de las hogueras, escucha, se pasma, y se rinde inmediatamente al encontrar en los sistemas de los padres los de los sábios explicados con mas claridad y elocuencia.

Las elevadas escuelas cristianas parecíanse á las escuelas filosóficas, y las cátedras contaban una serie no interrumpida de profesores como en Atenas. A Taciano siguió Rodon, y Máximo, sucesor de Rodon,

examinó el origen del mal y de la eternidad de la materia (1). Clemente de Alejandría, que reemplazó á Panteno, habíase alimentado con las obras de Platon: cita en sus *Stromatas* los maestros con quienes habia estudiado, y que residian uno en Grecia, otro en Italia y dos en Oriente: «Mi maestro de Palestina, dice, era una abeja, que chupando las flores de la pradería apostólica y profética, dejaba en el espíritu de sus oyentes un tesoro de inmortal suavidad.»

En su tratado del verdadero *Gnostico*, Clemente pinta el retrato del sábio mismo de los filósofos. «El gnóstico no vive sujeto á las pasiones, nada le enfada en esta vida, porque ha recibido la luz inaccesible: no hace salir voluntariamente su cuerpo de la vida, porque Dios se lo prohíbe; pero aparta su alma de las pasiones (2). El gnóstico se aprovecha de todos los conocimientos humanos (3). Debilidad es el temer la filosofía de los paganos; muy frágil sería la fé que vacilase á sus inspiraciones (4). El gnóstico hace uso de la música para adornar las costumbres; vive libre, y si se ha casado y tiene hijos, mira á su esposa como á su hermana, porque esta esposa no será ya para él mas que hermana suya cuando estén en el cielo. Los sacrificios agradables á Dios son las virtudes y la humildad juntamente con la sabiduría.»

(1) Rodon.... eruditus a Tatiano, libros quamplurimos ét contra Marcionis hæresim scripsit. (Eus., *Hist.*, l. v. c. XIII).

(2) Seipsum quidem a vita non educit: non est enim ei permissum, sed animam abducit a motibus et affectionibus. (Clem. Alexand., *Stromatum.*, lib. VI, pág. 652, Lutetiæ Parisiorum, 1644).

(3) Sive judaicas, sive philosophorum discit scripturas... communem facit veritatem. (*Id. ibid.*, pág. 941).

(4) Multi autem, non secus ac picti larvas, timent græcam philosophiam, dum verentur ne eos abducat. Veritas enim est insuperabilis, dissolvitur autem falsa opinio. (*Id.*, pág. 635).

La fama de Orígenes habíase derramado por todo el mundo romano, y los politeístas mismos admiraban al doctor cristiano: habiendo entrado un día en la escuela de Plotino, en el momento en que éste explicaba sus lecciones, Plotino se avergonzó, interrumpió su discurso, y no lo continuó sino á ruegos de su ilustre oyente, de quien hizo un pomposo elogio al volver á tomar el hilo de su discurso (1).

Plotino, fundador del neoplatonismo, no era el inventor; éralo Ammonio Saccas, que habia enseñado misteriosamente su doctrina á Plotino y á Orígenes: Orígenes faltó al secreto.

Estos padres de la iglesia, salidos la mayor parte de las escuelas filosóficas, y oriundos de familias paganas, fueron no solo profesores elocuentes, sino tambien hombres políticos: entonces brillaron aquellos obispos que desafiaban el poder de los emperadores y la brutalidad de los reyes bárbaros. Atanasio peleó contra los arrianos: citado al concilio de Tiro, depuesto en el de Jerusalem, fué desterrado á Tréveris por Constantino. Regresa: los pueblos corren á verle pasar, y entra en triunfo en su ciudad episcopal. Noventa obispos arrianos, á cuya cabeza se hallaba Eusebio de Nicomedia, le condenaron de nuevo en Antioquia: cien obispos ortodoxos le declararon inocente en Alejandria, y el papa Julio confirmó su sentencia en Roma. El prelado vuelve á sentarse en su silla; y arrójanlo por orden de Constancio, que mandó ejecutar los decretos arrianos de los concilios de Arlés y de Milan. Atanasio celebraba una fiesta solemne en la iglesia de San Theon en Alejandria; y cuando cantaba el salmo del triunfo de Israel sobre Faraon y el pueblo respondia al fin de cada versículo: «La misericordia del Señor es eterna,» los soldados derribaron

(1) Euseb., *Hist. eccles.*, lib. VI, cap. XIX.

las puertas: el pueblo huyó, y Atanasio permaneció en el altar rodeado de sacerdotes y de frailes, que le libertaron de la pesquisa de los soldados. Retiróse á los sitios mas apartados de Egipto, y los religiosos que le albergaron viéronse inquietados: este genio entusiasta se abismó aun mas en la soledad, como un acero ardiente en la vaina. Un criado que le quedo iba todos los dias con peligro de la vida á buscar el alimento de su amo. ¿Qué hace Atanasio en el desierto? Escribe: los sepulcros de los príncipes de Tanis, los pozos en que duermen las momias de los perseguidores de Moisés, son las bibliotecas del solitario viviente; allí traza las páginas que desde el fondo del desierto conmueven las pasiones del mundo. A la muerte de Constancio, Atanasio vuelve á aparecer en medio de su pueblo; Juliano le fuerza á regresar á la Tebaida, y aun vuelve cuando Juliano ha pasado. Valente le proscribió, y se oculta en la tumba de su padre. Finalmente, sale por última vez de las sombras, y torrente calmado acaba pacíficamente su curso. De los cuarenta y seis años que duró el episcopado de Atanasio, pasó veinte en el desierto.

Gregorio de Nacianzo, nombrado obispo ortodoxo de Constantinopla, de la que primero solo fué el misionero, tuvo que sufrir los ultrages de los arrianos; y Teodosio, que lo habia entronizado á mano armada, le abandonó. Gregorio, obligado á alejarse de la iglesia que habia creado y amado tanto, escribió su patética despedida que ha llegado hasta nosotros. Pasó el fin de sus dias en el retiro de Capadocia cantando, porque era poeta, la inconstancia de las amistades humanas, la fidelidad del trato con Dios, y la hermosura que hace olvidar todas las otras; esto es, la de la virtud.

Basilio, arzobispo de Cesárea, mereció el sobrenombre de Grande. Dictó reglas en Oriente á la vida

cenobítica; poseemos mas de trescientas y cincuenta cartas suyas, homilias, y un panegirico de los cuarenta mártires. Tales obras nos enseñan muchas cosas: escribiólas en un estilo muy elegante, porque San Basilio es quizás, con San Efrem, uno de los padres que mas se aleja del genio antiguo, y mas se acerca al genio moderno. Sobresale en las descripciones de la naturaleza: no citaré, porque es harto conocida, su carta á Gregorio de Nacianzo sobre el sitio solitario que el mismo Basilio habia escogido en el Ponto (1): sus nueve homilias sobre el *Hexameron*, ó la obra de los seis dias, son una especie de curso de historia natural; predicábalas en cuaresma por mañana y tarde, y cuando tomaba la palabra, referia á sus oyentes lo que habia dicho la vispera. La fisica del *Hexameron* es defectuosa; pero los detalles son encantadores. El orador procura deducir de la historia de las plantas y de los animales las instrucciones de la moral. Un dia hablando de los reptiles y de los cuadrúpedos, pasaba en silencio á las aves (2): al punto la rústica asamblea le indicó su olvido con señas. El naturalista cristiano, candorosamente interrumpido, reconoció su error: mudó de rumbo, y describió el instinto de las aves con un acierto extraordinario: sacó tambien una consecuencia religiosa de una equivocacion: en su opinion hay aves castas que se reproducen sin unirse, y de ahí la virginidad de María (3).

(1) Véanse tambien las nuevas *Melanges historiques et litteraires* de Mr. Villemain, pág. 322 y sig. Existen á mas otras dos traducciones.

(2) Et sermo hujusmodi nobis cum avibus evolaverat. (San Ambr., *Hexameron.*, lib. V, pág. 9, tom. I, Paris, 1586).

(3) Impossibile putatur in Dei matre quod in vulturibus possibile non negatur. Avis sine masculino parit, et nullus refellit: et quia virgo Maria peperit, pudoris ejus quæstionem faciunt. (*Id.*, *ibid.* lib. V, cap. XX, pág. 97).

Valente intentó obligar á Basilio á que abrazase el arrianismo, y le envió á Modesto, prefecto de Oriente, con orden de aterrarle con amenazas. Modesto se admiró de la firmeza de Basilio. «Al parecer, le dijo el santo, nunca habeis tratado á ningun obispo.» Después de muerto logró Basilio tanto fama, que procuraban imitarle hasta en sus defectos: afectaban su palidez, su barba, su andar, su hablar mesurado, porque era pensativo y recogido. Vestianse á su semejanza, acostábanse á su modo, y alimentábanse de las cosas que preferia para su sustento. Este obispo universal fundó los primeros hospitales de Asia.

Flaviano y Juan Crisóstomo se mezclaron aun mas que Basilio en la politica. En la sedicion de Antioquia, Crisóstomo, entonces simple sacerdote, sembró consuelos en sus discursos; y Flaviano, no obstante su edad avanzada, partió á Constantinopla. Llegado al palacio del emperador, é introducido en los salones, se mantuvo en pie sin hablar, bajando la cabeza y ocultando el rostro, cual si fuera el único culpable del crimen de su pueblo. Teodosio se acercó y le representó la ingratitude de los vecinos de Antioquia. Entonces el obispo; prorumpiendo en lágrimas, dijo: «Podeis en esta ocasion adornar vuestra cabeza con una diadema mas brillante que la que llevais. Han destruido vuestras estatuas; levantad otras mas preciosas en el corazon de vuestros vasallos.

«¡Qué gloria será para vos cuando digan un dia: Una ciudad populosa era culpable: gobernadores y jueces horrorizados no osaban abrir los labios: presentóse un anciano, y conmovió al príncipe! No vengo solamente de parte del pueblo; vengo de parte de Dios á declararos que si perdonais á los hombres sus errores, vuestro padre celestial os perdonará vuestros pecados. Otros os presentan oro, plata, regalos; yo no os ofrezco sino las leyes santas, exortandoos á imi-

tar á nuestro Señor, que nos colma de bienes; aunque le ofendamos todos los días. No dejéis fallidas mis esperanzas: si perdonais á mi ciudad, regresaré lleno de alegría; si la condenais, no volveré á entrar en ella.»

Al oír su discurso, exclamó Teodosio: «¿Seremos implacables con los hombres nosotros que somos hombres, cuando el Señor de los hombres oró en la cruz por sus verdugos?» (1). El cristianismo era al mismo tiempo un principio y un modelo: no es posible formarse una idea de cuán saludable ha sido para la humanidad el ejemplo del perdón de Cristo, recordado sin cesar durante los siglos de barbarie y de esclavitud.

San Crisóstomo había practicado cuatro años la vida ascética en las montañas; había pasado dos años enteros en una cueva sin acostarse y casi sin dormir, y habíase escapado, porque soñaron en nombrarle obispo. Si en la edad heroica cristiana, cuando se trataba de subir el primero al martirio, no era el obispado una carga leve, esta misma carga pesaba mucho en la edad filosófica del cristianismo; necesitábanse el don de la palabra, la instrucción del literato, la destreza del hombre de estado, y la firmeza del hombre de bien. Mas tarde, cuando sobrevino la invasión de los bárbaros, todas las tribulaciones de los tiempos caían sobre los preladados. Juan Boca de Oro, nombrado obispo de Constantinopla, corrigió al clero, gobernó con sus consejos las iglesias de Tracia y de Asia, y resistió á las empresas del godo Gainas. Algunas veces veíase obligado á retirarse del altar, porque sentía su espíritu demasiado agitado para ofrecer el sacrificio. Conspiraron contra su persona acusándole de orgullo, de injusticia, de violencia y de amor á las mugeres; y á fin de justificarse de la última debilidad

(1) Chrysost., *Homel.*

ofreció hacer ver el estado á que le habian reducido las austeridades de su juventud. Condenado en el concilio de Chenes, desterrado de Constantinopla, y vuelto luego á llamar, se atrevió á contrarestar á Eudoxia, que juró su muerte. Entonces fué cuando pronuvió el famoso discurso en que decia: «Herodiades está todavía furiosa, baila aun, y aun pide la cabeza de Juan.» Crisóstomo, precipitado con Demóstenes de la tribuna cuya gloria era, arrebatado del altar en que habia dado un asilo á Eutropio, recibió la orden de salir de Constantinopla, y dijo á los obispos amigos suyos: «Venid, oremos: despedámonos del ángel de esta iglesia.» Despues añadió á las diaconisas: «Mi fin se acerca: no volveréis á ver ya mi rostro.» Bajó por un camino secreto á la ribera del Bósforo, para evitar la vista de la muchedumbre, y habiéndose embarcado, pasó á Bitinia. Desterrado á Cucuso, los pueblos, los frailes y las vírgenes corrian á su encuentro, gritando: «Mas valdria que el sol perdiere sus rayos, que Boca de Oro, la palabra.»

Aun desterrado como estaba, temianle sus enemigos, y solicitaron que se le enviase á un destierro mas remoto: notificaron pues al confesor que se trasladase á Pytonto, en las orillas de Ponto Euxino. El viage duró tres meses: los dos soldados que conducian á Crisóstomo obligábanle á marchar lloviendo, y en las horas mas ardientes del dia, porque estaba calvo. Cuando hubieron pasado de Comana, detuviéronse en una iglesia dedicada á Santa Basilisa mártir. El santo se sentia enfermo: mudóse el vestido, se vistió de blanco, comulgó (estaba en ayunas), distribuyó á los asistentes lo que le quedaba, y pronunció estas palabras que tenia por lo comun en los labios: «Alabado sea Dios por todo;» y despues, alargando los pies, pronunció el último *amen* (1).

(1) Candidas vestes requirit, exutisque prioribus eas sihi

La vida de los prelados de los siglos IV y V es un modelo de perfección que nada deja que desear. El obispo bautizaba, confesaba, predicaba, ordenaba penitencias privadas ó públicas, lanzaba anatemas ó levantaba escomuniones, visitaba á los enfermos, asistía á los moribundos, enterraba á los muertos, redimía á los cautivos, alimentaba á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, fundaba hospicios y enfermerías, administraba los bienes de su clero, pronunciaba como juez de paz en las causas particulares, ó decidía de las diferencias entre las ciudades: publicaba al propio tiempo tratados de moral, de disciplina y de teología, escribía contra los heresiarcas y contra los filósofos, ocupábale las ciencias y la historia, dictaba cartas á las personas que le consultaban en ambas religiones, mantenía correspondencia con los obispos y con las iglesias, con los frailes y con los ermitaños, asistía á los concilios y á los sínodos: los emperadores llamábale á su consejo, encargábale negociaciones, enviábale á los usurpadores ó á los príncipes bárbaros, para desarmarlos ó contenerlos: de suerte que los tres poderes, religioso, político y filosófico, venían á concentrarse en la dignidad episcopal. San Ambrosio va de embajador cerca de Máximo, hace salir á Teodosio del santuario, reclama las cenizas de Graciano, no logra salvar á Valentiniano II, y se niega á comunicar con Eugenio: en medio de sus inmensas ocupaciones, compone las obras que han llegado hasta nosotros, introduce la música en las iglesias de Occidente, y deja cánticos tan famosos, que en los si-

jejunus induit, omnibus ad calceamenta usque mutatis, atque reliquas presentibus distribuit: et cum dixisset more suo: *Gloria Dei propter omnia, et ultimum Amen* obsignasset, extendit pedes. (Pallad., *Dialog. de vit. S. Chrysost.*, página 101).

glos siguientes la palabra *himno* y la palabra *Ambrosiano* fueron sinónimas.

Los trabajos de San Agustín no son inferiores á los de San Ambrosio: noventa y tres obras en doscientos treinta y dos libros, sin contar sus cartas, testifican la fecundidad y la variedad del ingenio del hijo de Mónica. «Si pudiera, dice en una carta á Marcelino, daros cuenta de mi tiempo, y de las obras en que me veo obligado á poner mano, os sorprenderia y afligiria la multitud de los negocios que me abruma. . . . Cuando encuentro algun descanso por parte de aquellos que recurren á mí, no me faltan otros trabajos: siempre tengo que dictar alguna cosa, que me priva de seguir las obras que son mas de mi gusto, en los cortos intervalos de reposo que me dejan las necesidades ó las pasiones de los otros (1).» Agustín escribe contra los donatistas, que quieren quitarle la vida, y por quienes intercede: tiene una desavenencia con San Jerónimo; ocúpase de las sentencias de árbitros, y recibe á los fugitivos despues del saqueo de Roma. Su amistad y sus relaciones con el conde Bonifacio son célebres; la carta que escribió á aquel hombre ofendido, recordándole el amor á la patria, le honra en gran manera. «Juzgad por vos mismo: si el imperio romano os ha ocasionado bienes, no le volvais mal por bien; si os ha ocasionado males, no le volvais mal

(1) Si autem rationem omnium dierum et lucubrationum aliis necessitatibus impensarum tibi possem reddere, graviter contristatus mirareris quanta me distendat... Cum enim ab eorum hominum necessitatibus aliquantulum vaco, qui me sic angariant, non desunt quæ dictanda propono... Tales ergo mihi necessitates dictandi aliquit, quod me ab eis dictationibus impediatur quibus magis inardesco, deesse non possunt: cum paululum spatii vix datur inter acervos occupationum, quibus nos alienæ vel cupiditates vel necessitates angariatæ trahunt. (Aug. epist., pág. 139).

por mal.» Agustín vestía con decencia y con sencillez. «Mi vestido, decía, debe ser tal, que pueda darlo á mis hermanos si lo necesitan, pero debe también por su modestia acomodarse á mi profesión, á un cuerpo encorvado por la vejez, y á mis cabellos blancos (1).» Iba calzado, y decía á los que llevaban los pies desnudos: «Admiro vuestro valor; sufrid con paciencia mi debilidad.» Ninguna muger entraba en su casa, ni aun su hermana: si se veía absolutamente precisado á comunicar con personas de otro sexo, hablábala en presencia de un sacerdote, porque se acordaba de su caída. Murió en Hippona cuando estaba sitiada, sin hacer testamento, porque en su estremada pobreza nada tenía que dejar á persona alguna.

San Gerónimo es otra figura gigantesca de aquellos tiempos; pero de distinta naturaleza: tempestuoso, apasionado, solitario, echando menos el mundo en el desierto, y el desierto en el mundo; es un viagero que busca por todas partes un abrigo, y que se sobrecarga de trabajos, del mismo modo que se cubre de arena para ahogar lo que no es posible ahogar: marinero náufrago, peregrino selvático y desnudo, que lleva su dolor al lugar de los dolores del Hijo del Hombre, y que encorvado bajo el peso de los años, apenas puede tenerse al pie de la cruz.

Agustín y Gerónimo pertenecen á los tiempos modernos: percíbese en ellos un orden de ideas y una manera de sentir, que ignoraba la antigüedad. El cristianismo hizo vibrar en sus corazones una cuerda muda hasta entonces, y que forma y produce esos hombres de ensueños, de tristeza, de disgusto, de in-

(1) Vestes ejus vel lectualia ex moderato et competenti habitu erant, nec nitida nimium nec abjecta plurimum. (Posid., in *Vit. Aug.*, cap. XXII).

quietud, de pasion, que solo encuentran un refugio en la eternidad.

El clero regular formaba una parte considerable de la organizacion cristiana: en el mundo romano civilizado los frailes eran los hombres de la naturaleza, como fueron los hombres de la civilizacion en el mundo bárbaro. Distinguíanse tres suertes de religiosos: los recludos y encerrados en sus celdas, los anacoretas dispersos por los desiertos, y los cenobitas que vivian en comunidad. Las reglas de algunas órdenes monásticas eran obras clásicas de legislacion. Tres causas generales poblaron los claustros: la religion, la filosofia y la desgracia: sepárase uno de la sociedad cuando ésta ha perdido el poder de protegerle. Los conventos se convirtieron por la misma razon en un plantel de hombres de ingenio é independientes.

La ocupacion manual de los cenobitas era fabricar cuerdas, cestas, esteras y papel: copiaban tambien libros (1): trabajos de los que San Efren se complace en deducir lecciones.

Pablo ermitaño, Antonio, Pacomio, Hilario, Macario y Simeon Estilita, son personajes desconocidos del helenismo: sus vestidos, sus palmeras, sus fuentes, sus cuervos, sus leones, sus montañas, sus grutas, sus viejas tumbas, las ruinas en que los demonios los tentaban, y las columnas que les elevaban otra soledad en los aires, pertenecen al poderío de la imaginacion oriental cristiana.

Los ascetas iban errantes en silencio por el Sinai

(1) *¿Funiculos efficis?.. In mente habeto illos qui per mare navigant. Sportulas exiguas operaris? Quæ nuncupatur mallaccia cogita... Pulchre et eleganter scribis? Odiorum fabricatores cogita. (S. patris Ephræm. Syri Parænesis quadragesima septima, pág. 337, Antuerpiæ, 1619).*

como las sombras del pueblo de Dios, y aspirando al cielo, ejercian gran poder sobre la tierra: los emperadores los enviaban á consultar. Constantino dirigió una carta á San Antonio llamándole padre, y San Antonio reunió á sus frailes y les dijo: «No os admire el que un emperador nos escriba, porque no es mas que un hombre; mas debe pasmaros el que Dios haya escrito una ley para los hombres (1).» Antonio no quería dar respuesta; sus discípulos le apremiaban, y escribió á Constantino y á sus dos hijos: «Despreciad el mundo, pensad en el juicio final, acordaos que Jesucristo es el único rey verdadero y eterno; practicad la humanidad y la justicia (2).»

En la sedición de Antioquia los frailes descendieron de sus montañas, y estableciéronse en las puertas de palacio implorando la gracia de los culpables. Uno de ellos, Maccedonio, por sobrenombre Critófago, encontró en la ciudad dos comisarios del emperador; asió al uno del manto, y ordenó á ambos que se apeasen: la osadía de este viejo, de corta estatura y cubierto de harapos, indignó á los comisarios: mas habiendo sabido quien era, abrazáronle las rodillas. «Amigos, gritó el ermitaño, interceded por la vida de los culpables: decid al emperador que á sus súbditos los crió tambien Dios á semejanza suya; que si le irritan las estatuas de bronce, una imágen viva y dotada de razon es preferible á tales estatuas. Cuando estas quedan destruidas, pueden edificarse otras; pero

(1) Ne miremini si ad nos scribat imperator, homo cum sit; sed miramini potius quod legem hominibus scripserit Deus. (*San Anasthasii archiepiscop. San Antonii vita.* tom. II, pág. 856, Parisiis, 1698).

(2) Sed potius diei judicii recordarentur, scirentque Christum solum et æternum esse imperatorem. Rogabat ut humanitati studerent ac curam justitiæ pauperumque gererent. *Id. ibid.*)

¿quién dará un solo cabello al hombre á quien hemos hecho morir? (1)» Asi, gracias al cristianismo, renacian la libertad y la dignidad del hombre: aquellos ermitaños, estenuados con los ayunos, encontraban en la independencia y en el menosprecio de la vida, los derechos que la sociedad habia perdido en el seno del lujo y de la esclavitud.

No economizaban las lecciones á los emperadores. Lucifero de Caller apostrofa á Constancio con motivo de Atanasio: «Si hubieras caido en las manos de Matatias ó de Fineas te hubieran traspasado con la espada: ¡y yo te injurio porque hiero con mis palabras tu espíritu empapado en sangre cristiana! ¿Por qué no te vengas de un mendigo? ¿Respetaremos tu diadema, tus pendientes, tus brazaletes y tu rico vestido con menosprecio del Criador? Me acusas de que te ultrajo: ¿á quién te quejarás? ¡á Dios, á quien tú no conoces! ¿á ti mismo, hombre mortal, que nada puedes contra los siervos de Dios? Si nos haces morir, pasaremos á una vida mejor. Debemos obedecerte, pero tan solo para practicar obras buenas y no malas, no para condenar un inocente (2).»

Lucifero era legado del papa Liberio: vese despun-

(1) Ad principes ipsos accedentes cum fiducia loquebantur pro reis, et omnes sanguinem effundere parati erant, et capita deponere, ut captos ab expectatis tribulationibus eriperent..... Statuæ quidem defectæ rursum erectæ fuerunt; si autem vos Dei imaginem occideretis, quomodo rursum poteritis preemptum revocare, etc. (S. J. Chrysost., *Hom. XVII*, pág. 175, tom. II, Parisiis, 1718).

(2) Subditos nos debere esse in bonis operibus, non in malis. An bonum est opus si eum quem innocentem scimus... interimamus..... (De non percendo in Deum delinquentibus. *Luciferi, episcopi Calaritaní, ad Constantium, Constantini magni Imp. Aug. Opuscula*, pág. 299, Parisiis, 1568).

tar ya el espíritu vehemente y dominador del futuro Gregorio VII.

Los vicios se habían introducido al través de las virtudes: las pasiones privadas aliméntanse en el silencio del retiro, y las pasiones públicas nacen entre el estruendo del mundo. San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, San Gerónimo, San Agustín, Salviano y otros padres, se quejan de la ambición de los preladados, de la avaricia de los sacerdotes, y de las costumbres de los frailes. Hemos citado ya ejemplos en apoyo de tales acusaciones, y recordado las leyes que se oponían á las usurpaciones del clero; porque el hombre triunfa con la virtud ó con las armas, y la victoria le corrompe. Donde principalmente se verificaron los mayores desórdenes, fué en las sectas separadas de la unidad de la iglesia: las heregias causaron al cristianismo los mismo males que los sistemas filosóficos al paganismo; con la diferencia de que los sistemas filosóficos eran las verdades del culto pagano, y las heregias los errores de la religion cristiana.

Casi todas las heregias salían de las escuelas de la sabiduría humana. Se había concentrado en el Asia bajo la dominación romana la filosofía hebrea, india, egipcia, pérsica y griega; de este horno iluminado con la chispa evangélica, saltaron una multitud de heregias, tan diferentes como las costumbres de los herejarcas. Se pudiera ordenar un catálogo de los sistemas filosóficos, y colocar al lado de cada sistema la heregia que le corresponde. Tertuliano lo había reconocido. «La filosofía, que, intenta temerariamente profundizar la naturaleza de la Divinidad y de sus decretos, ha inspirado todas las heregias. De ella provienen los *Eonos*, y no sé qué formas estrañas, y la trinidad humana de Valentin, que había sido platónico: de ella el dios bueno é indolente de Marcion, salido de los estoicos: los epicúreos enseñan que el alma es mortal.

Todas las escuelas de filosofía se conforman en negar la resurreccion de los cuerpos. La doctrina que confunde la materia con Dios es la doctrina de Zenon. ¿Se habla de un dios de fuego? Siguen á Heráclito. Los filósofos y los hereges tratan los mismos asuntos, y se enredan en las mismas cuestiones. *De dónde viene el mal y por qué existe? ¿De dónde viene el hombre y cómo?* y poco despues propuso Valentin: *¿Cuál es el principio de Dios?* Si le prestamos oídos, es el pensamiento y un aborto (1).»

San Agustín contaba en su tiempo ochenta y ocho heregias, comenzando en los simonianos y concluyendo en los pelagianos, y confiesa que no las conocia todas. Como el entendimiento no hace con frecuencia mas que repetirse, no será inútil advertir que la palabra *heregía* significa *eleccion*, y esto mismo quiere decir la voz *electismo*, que tan en boga está en el día: el electismo es la heregía de las heregias, ó la eleccion de las elecciones filosóficas.

Así es que en el momento de la destruccion del imperio romano en Occidente, el cristianismo marchaba contrariado por doce persecuciones generales (2), las persecuciones de Neron, de Domiciano, de Trajano, de Marco Aurelio, de Severo, de Maximino, de Decio, de Valeriano, de Aureliano, de Diocleciano, de Constancio (persecucion arriana) y de Juliano: con tres cismas de la iglesia romana, los cismas de los antipapas Novaciano, Ursicino y Euladio, y con mas de cien heregias. Debemos reputar por cisma lo que entonces se reputaba: el disentimiento por lo que

(1) *Præscrip. contr. haret.*, Fleury.

(2) Las *Actas de los apóstoles* manifiestan que hubo persecuciones particulares aun antes de la persecucion de Neron. San Lucas lo atestigua, y las *Actas de los apóstoles*, por mas que se haya dicho, son auténticas.

mira á las personas, y por heregía las diferencias en las doctrinas.

Las heregías del primer siglo fueron de tres clases: pertenecian las primeras á los bellacos, que querian pasar plaza del verdadero Mesías, ó al menos de una inteligencia divina que poseía la virtud de los milagros: las segundas dimanaron de esos espíritus fútiles, que recurrían al sistema de las emanaciones para explicar los prodigios de los apóstoles: las terceras fueron el producto de la imaginacion de ciertos visionarios, que consideraban á Jesucristo como un genio bajo la forma de un hombre, ó como un hombre dirigido por un genio: decían también que Jesucristo habia enseñado dos doctrinas, la una pública y la otra secreta: Mutilaban los libros del Nuevo Testamento, componían falsos evangelios y falsificaban cartas de los apóstoles. En estas tres clases de heregías sobresalen Simón, Dositeo, Menandro, Teodoto, Gorteo, Cleobulo, Himeneo, Fileto, Alejandro, Hermógenes, Cerinto, los ebionistas y los nazarenos. Casi todas las heregías del primer siglo fueron estraidas de los judíos.

En el siglo II las heregías fueron griegas y orientales. Muchos filósofos del Asia habian abrazado el cristianismo, y comunicáronle las ideas especulativas con que se habian alimentado: la doctrina de los dos principios, la creencia de los genios, la emanaciones caldeas, y en una palabra todas las ideas abstractas de Oriente, modificadas por la filosofía griega, amasada y reamasada en la escuela de Alejandría. Hubo también reformadores del cristianismo, que hallaban ya alterado: Montano, Praxeas, Marcio, Saturnino, Hermias, Artemas, Basilides, Hermógenes, Apeles, Taliano, Herácleo, Cerdon, Severo, Bardesanes y Valentin fueron los hereges mas célebres de este tiempo.

Praxeas, que seguía la heregía de Montano, sostenía que Dios Padre era el mismo Jesucristo, y que

en su consecuencia habia sufrido. Los discípulos de Praxeas fueron llamados *patropasianos*, porque atribuian al Padre lo mismo que al Hijo la pasion y la cruz (1).

Valentin, siguiendo al ingenio griego que todo lo personifica, trasformaba los *nombres* en *personas*: los siglos que en la Escritura se llaman Eones ó Aiones, convertianse en seres que cada uno tenia su nombre. El primer, Eone, decíase *Proono*, preexistente, ó *Bythos*, profundidad; habia vivido largo tiempo desconocido con *Ennoia*, el pensamiento, ó *Charis*, la gracia, ó *Sigè*, el silencio. *Bythos* engendró con *Sigè* á *Nosotros* ó la inteligencia, su hijo único. *Nosotros* fué padre de todas las cosas: *Nosotros* dió á luz otros dos Eones, *Logos* y *Zoe*, el verbo y la vida: de *Logos* y *Zoe* nacieron *Anthropos* y *Ecclesia*, el hombre y la iglesia. En fin, despues de treinta Eones, que formaban el *Pleroma* ó la plenitud, hallábase la virtud del *Pleroma*, *Horos* ó *Stauros*, el término ó la cruz (2). Estendiase semejante teología mucho mas lejos; pero el entendimiento humano cuenta locuras demasiado numerosas para que las sigamos en todas sus modificaciones.

En el tercer siglo la filosofía griega continuó sus estragos en el cristianismo: los hombres que pasaban sin cesar de las escuelas de Atenas y de Alejandría á la religion evangélica, procuraban hacer á esta *natural*; es decir, que se esforzaban en esplicar los misterios, para responder á las objeciones de los paganos. Esta falsa vergüenza del entendimiento, produjo los errores de Sabelio, de Noet, de Hierax, de Beryllo, de Pablo de Samosata, contándose tambien los de los ofitos, los de los cainitos, de los setianos y de los melquisedecianos.

(1) *Append. ad Tertul. Præscrip. in fin.*

(2) *Tertul, adv. Valent.*

Manete, cuya heregía comenzó hácia el año 277, era un esclavo llamado Coubric, por sobrenombre Manés, que en persa significaba el *arte de la palabra*, en la que procuraba descollar. Tuvo por discípulo á Tomás, y trajo de la Persia la antigua doctrina de los dos principios: el buen principio es la luz, el mal principio las tinieblas. El mundo era la invasion del mal principio ó del principio tenebroso, en el buen principio ó el principio luminoso. Apoyaba su doctrina, aplicada al cristianismo, en la historia de la tentacion del hombre obra de Satanás, y en la mision de Jesucristo, enviado por el buen principio para destruir la accion de Satanás ó del mal principio (1).

Los hereges procuraban con mucha frecuencia volver á entrar en el seno de la iglesia; no se les negaba; pero disputábase sobre las condiciones de su reintegracion: otro manantial de cismas en el siglo III, de los que uno de los mas conocidos fué el de los novacianos.

Distínguese el siglo IV por la gran heregía de Arrio. El mundo filosófico en aquella época era neoplatónico; el neoplatonismo no hallaba ya contradictores, y aproximábase á la teología cristiana, á la que se habia asemejado. Habiendo pasado el poder político al lado de los cristianos, las heregias afectaron el carácter de la dominacion y las costumbres del palacio; intentaron reinar y encumbráronse en efecto al sólio con Constancio, y sirvieron de peana al paganismo para que volviera por un momento á vestirse la púrpura con Juliano. Habiendo dividido Constancio la doctrina ortodoxa con el arrianismo, pareció muy natural que la religion se mudase en el reinado de Juliano

(1) Beausobre, *Hist. de Manech.*; Herbelot, *Theodor. Hæret.*; *Acta disput. Arch.*; *Monument. eccl.*, græc. et lat., ap. Vales, *el D. Cel.*

como se habia mudado en el reinado de Constancio, y que el uno forzase á sus súbditos á adoptar su comunión, así como el otro los habia obligado á ello.

Sabelio habia establecido la distincion de las personas de la Trinidad; Marcion y Cerdon reconocian tres sustancias increadas: Arrio quiso conciliar tales opiniones haciendo de la Trinidad tres sustancias; pero sentando por principio que el Padre solo era increado, venia á ser el Verbo una criatura, y Macedonio negó despues la divinidad del Espíritu Santo. La palabra *consustancial* se inventó para separar las sutilezas de los arrianos; palabra latina que nos traducia exactamente la famosa palabra griega *homoousios*, empleada por los padres de Nicea. Eusebio y Teognis se valieron de la superchería al aprobar el símbolo (1): introdujeron una *j* en la palabra *homoousios*, y escribieron *homojousios*, semejante en sustancia, en vez de la misma sustancia. Armáronse disputas sobre esta jota, que causó muchas persecuciones, é hizo correr la sangre con abundancia. San Hilario, con la rectitud y la razon de los pueblos occidentales, admitió ambas espressiones, diciendo que nada podia ser semejante segun la naturaleza, que no fuese de la misma naturaleza (2). El arrianismo dividido en muchas ramas, eusebiana, semi-arriana, etc., pasó de los romanos á los godos; su carácter iba en el fondo envuelto en la violencia y en la crueldad. Arrio su fundador era, sin embargo, un hombre dulce, aunque obstinado; ya sabeis que el antagonista de Arrio fué el famoso Atanasio.

Con Arrio, en el siglo IV, vinieron tambien los reformadores, que atacaron la disciplina de la iglesia y el culto de la Virgen: por la austeridad de las costumbres llegaban á la depravacion. Cuéntanse Helvidio,

(1) Philost., lib. I, cap. IX.

(2) Sulp. Sev., lib. XIII.

Bonosio, Audeo, Colatho, Joviniano, Priscilio y otros muchos.

El siglo V vió las heregias concentradas en los prelados, y estalló la del violento Nestorio, obispo de Constantinopla. Negó la union hipostatica, admitiendo, sin embargo la encarnacion de Cristo, pero diciendo que no habia salido del seno de la Virgen. El Oriente se dividió: hubo concilios contra concilios, anatemas contra anatemas, persecuciones, deposiciones, destierros. Despues del concilio de Efeso triunfó el nestorianismo: no tardó Eutiques en combatir á Nestorio, y reemplazar un error por otro error. El nestorianismo suponía dos personas en Jesucristo; Eutiques por otro exceso, pretendia que las dos naturalezas del Hombre-Dios, la naturaleza humana y la naturaleza divina, estaban de tal suerte reunidas, que componian una sola. Los frailes habian sostenido contra los nestorianos la maternidad de la Virgen, y alistaronse casi todos bajo las banderas de Eutiques. El imperio de Oriente, cuna de todas las heregias, continuó engolfándose en tan deplorables sutilezas. Los patriarcas de Constantinopla adquirieron un poder que ponía á su disposicion la púrpura. Despues de Eutiques los frailes escitas, en el siglo VI, sentaron por principio que una de las personas de la Trinidad habia padecido: en el siglo VII reinaron otras quimeras: en el VIII, Leon Isaurico dió nacimiento á la secta de los iconoclastas; y en fin, hácia la mitad del siglo IX establecióse el gran cisma de los griegos.

El Occidente, desolado por los bárbaros, en el siglo V dió á luz las heregias que sabian al infortunio de la época: los cristianos, oprimidos, buscaban una causa ciega á los padecimientos no merecidos en apariencia; y Pelagio, fraile breton que habia viajado mucho, fué el autor de un nuevo sistema, en el que decia que el hombre era capaz del mas alto grado de perfeccion

por sus propias fuerzas. De esta altura estoica, fácil era pasar al rigor del destino, que persigue al justo sin abatirle; y arrastrado Pelagio de consecuencia en consecuencia, y admitiendo al parecer la necesidad de la gracia, veíase obligado a negar esta necesidad, y á desechar la fuerza del pecado original que hubiera destruido la posibilidad de la perfeccion sin la gracia. Juliano, obispo de Eclana, sucedió á Pelagio. Los semi-pelagianos engendraron la predestinacion: sostienen que la caída de Adán suspendió el libre albedrío, y que Jesucristo no había muerto para todos: el resultado era la condenacion eterna y la salvacion eterna, forzadas por la presciencia de Dios. Esta heregía duró largo tiempo (1), llegando hasta Gohescala, y aun hasta Juan Escot Erigenes.

En el VI, VII, VIII y IX siglos, la unidad siempre en aumento de la iglesia catolica, y la autoridad de Carlo-Magno, disminuyeron las heregias dogmáticas; pero nacieron las heregias hijas de la imaginacion: tuvieron su origen en una nueva especie de maravillas dimanadas de los falsos milagros, de las vidas de los santos, del poder de las reliquias, y del carácter crédulo y guerrero pronto á procrear la edad media. La luz clásica arrojó un rayo que se perdió entre las tinieblas del siglo IX, y produjo una supersticion escusable al menos: un sacerdote de Mayencia probó que Ciceron y Virgilio se habían salvado. El estudio de la Escritura originó sutiles discusiones sobre el nombre de Jesus, la palabra Querubin, el Apocalipsis, los Números aritméticos y el parto de la Virgen. Tal fué aquella larga cadena de mentiras, de locuras y de puerilidades.

De las doctrinas pasemos á los hombres, del cua-

(1) Noris., *Hist. Pelag.*, lib. II: Duchesne, *Prædest.*; *Anna. Benedict.*, t. II, an. 829.

dro de las creencias á la pintura de las costumbres, y de la heregía al heresiarca: es muy raro que los errores del entendimiento no tuerzan la rectitud del corazón, y que una falsedad no engendre un vicio.

Marco, discípulo de Valentino, seducía á las mugeres pretendiendo comunicarlas el don de la profecía; hacíase amar apasionadamente, y seguíanle por todas partes. Sus discípulos (1) poseían el mismo talismán, y tropas de mugeres iban tras ellos en las Galias. Llamábanse *perfectos*, y pretendían haber llegado á una virtud indecible. Según ellos, el dios Sabaoth tenía por hijo al diablo, de quien Eva había tenido á Cain y á Abel.

Los docitos maldecían la union de los sexos, diciendo que el *fruto prohibido* era el matrimonio, y los *hábitos de piel* la carne que viste al hombre (2).

Los carpocracianos, discípulos de Carpocrates, defendían que el alma lo era todo, que el cuerpo era nada, y que podía hacerse del cuerpo cuanto se quisiese. Epifanio predicaba la misma doctrina, y de aquí vino el que estos heresiarcas restableciesen entre sí la igualdad y la comunidad de la naturaleza. Oraban desnudos en señal de libertad; tenían horror al ayuno; daban banquetes, se bañaban y se perfumaban. Los bienes y las mugeres pertenecían á todos, y cuando recibían huéspedes, el marido ofrecía su compañera al extranjero. Concluido el banquete apagaban las luces, y abismábanse en los desórdenes y excesos de que calumniaban á los primeros cristianos; pero disminuían cuanto era posible la generacion, porque siendo el cuerpo infame, no era al propósito para reproducirla (3).

(1) Iren., lib. I, cap. VIII y IX; Theodor., *Her.*, lib. I capítulo X y XI.

(2) Clem. III, *Strom.*

(3) *Nudi toto corpore precantur, tanquam per hujusmo-*

Montano corria el mundo con dos profetisas, Prisca y Maximila: llamábase Espiritu Santo, y el continuador de los profetas. A las prácticas de los montanistas presidia un rigor escesivo.

Pablo de Samosata se creó una inmensa fortuna con el comercio de sus errores. En las asambleas eclesiásticas sentábase en un trono, y al hablar al pueblo golpeábase la pierna con la mano, y oía los canticos que entonaban en su alabanza.

En Africa, en medio de los donatistas, formáronse los circunceliones, hombres furiosos que robaban las cabañas de los paisanos, aparecían en medio de las poblaciones y de los mercados, ponían en libertad á los esclavos, y abrían las puertas de las cárceles á los presos por deudas. Mataban á los católicos con palos, que llamaban *israelitas*, y daban principio á sus matanzas cantando: *Alabado sea Dios*. A semejanza de algunos discípulos de Platon, y dominados por el frenesí del suicidio, dábanse la muerte, ó se la hacían dar á precio de plata. Hombres, mugeres, niños, se lanzaban en los precipicios ó en las hogueras (1).

Muchos concilios, y entre ellos el de Nicea, imponen penas contra los eunucos voluntarios. A imita-

di operationem inveniant dicendi apud Deum libertatem; corpora autem sua tum muliebria, tum virilia noctu ac diu curant unguentis, balneis epulationibus, concubitibusque et ebrietatibus vocantes et detestantur jejunantem. Atque humanæ carnis usu peracto. . . Non ad generandam sobolem corruptio apud ipsos instituta est, sed voluptatis gratia, diabolo illudente talibus, et seductam errorem Dei creaturam subsannante. (Epiph., *episcop. Constantiæ contra hæreses*, página 74, Lutetiæ Parisiorum, 1642).

(1) Altorum montium cacuminibus viles animas projicientes, se præcipites dabant. (Optati Afri. *Nilevitani episcopi de schismate Donatistarum*, lib. III, pág. 59, Lutetiæ Parisiorum, 1700).

cion de Orígenes habíase formado una secta de aquellos hombres degradados, á quienes llamaban vale-sianos: mutilaban no solo á sus discípulos, sino tambien á sus huéspedes (1), y acechaban á los extranjeros en los caminos, para librarlos de los peligros del de-leite. Habitaban mas allá del Jordan, á la entrada de la Arabia (2).

Los gnósticos dividian la especie humana en tres clases: los hombres materiales ó hilicos, los hombres animales ó psíquicos, y los hombres espirituales ó pneumáticos. Los gnósticos se subdividían en una multitud de sectas; la de los ofitas soñaba que la serpiente habia prestado el mayor servicio á nuestro primer padre, dándole á conocer el árbol de la ciencia, del bien y del mal. Tenían una serpiente encerrada en una jaula, y el día que suponían ser el de la seducción de Eva y de Adán, abrían la puerta al reptil que se deslizaba por la mesa y enroscábase á la torta que le presentaban: esta torta venía á ser la eucaristía de los ofitas (3).

Los gnósticos de otra especie creían que todos eran seres sensibles, y dejábanse casi morir de hambre, por temor de herir á una criatura de Dios. Cuando se veían obligados por fin á tomar un poco de alimento, decían al trigo: «No soy yo quien te ha molido, quien te ha amasado, quien te ha puesto en el horno ni cocido.» Rogaban al pan que les perdonase, y lo comían con piedad y remordimiento.

(1) Non solum proprios hoc modo perficiunt, sed sæpe etiam peregrinos accidentes, et adhuc apud ipsos hospitio exceptos: abripiunt enim tales intus et vinculis alligatos per vim castrant, ut non amplius sint in voluptatis periculoimpulsi.

(2) In Bacathis regione Philadelphina ultra Jordanem. Epiph., *episcop. Const. adversus hæres.* LVIII, pág. 407.

(3) Orig. *cont. Cels.*

Los priscilianos, cuya doctrina era una mezcla de la de los maniqueos y de los gnosticos, rompian los matrimonios por odio á la generacion, porque la carne no era obra de Dios, sino de los ángeles malos: reuníanse de noche hombres y mugeres, oraban desnudos como los carpocracianos, y entregábanse á mil excesos justificados siempre por la vileza del cuerpo (1). España, infestada con semejante secta, se convirtió en una escuela de impudicia.

La iglesia resistia á tantas heregias; su lucha perpétua nos da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos, de aquellas asambleas de distintos nombres y de todas clases que encontramos desde el nacimiento del cristianismo. Es verdaderamente un prodigio la infatigable actividad de la comunidad cristiana: ocupada en defenderse de los edictos de los emperadores y de los suplicios, veíase tambien forzada á combatir contra sus hijos y enemigos domésticos. Tratábase en verdad de la existencia misma de la fé: si no se hubiesen estirpado continuamente las heregias del seno de la iglesia con los cánones, y si no hubiesen sido denunciados y anatematizados en los escritos, los pueblos no hubieran sabido ya á qué religion pertenecian. Rodeado de las sectas, que se hubieran propagado sin obstáculos, y ramificádose lo infinito, el principio cristiano se hubiera perdido en sus numerosas derivaciones, como se agota un rio con la multitud de canales.

De este analisis resulta que las heregias llevaron consigo el sello de los siglos en que se sucedieron. Sus consecuencias políticas fueron inmensas: debilitaron y dividieron el mundo romano: los frailes arrianos abrieron la Grecia á los godos, los donatistas el Africa á los vándalos; y para libertarse de la opresion de

(1) Sulp. Sev. lib. III; Aug. *Hæres.*, LXX.

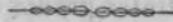
los arrianos, los obispos católicos entregaron la Galia a los francos. En Oriente el nestorianismo concentrado sobre la Persia, recorrió las Indias y uni6se al culto de Lama, constituyendo en los altares de un dios extraño la gerarquía y las 6rdenes monásticas de la iglesia cristiana, originando tambien la especie de poder problemático y fantástico del sacerdote Juan. Por otra parte, una porción de sectas varias que proscribía el fanatismo griego, refugióse confundida en Arabia; de la confusion de sus doctrinas, profesadas juntamente en el destierro, y trabajadas por la palabra oriental, salió el mahometismo, heregia judaico-cristiana, en la que el odio ciego contra los adoradores de la cruz, se compone de los odios diversos de todas las infidelidades con que se formó la religion del Alcoran.

Contemplando las cosas desde un punto de vista mas alto en su relacion con la gran familia de las naciones, las heregias no fueron otra cosa que la verdad filos6fica 6 la independenciam del espíritu del hombre, que negaba su adhesion a la cosa adoptada. Tomadas en este sentido las heregias produjeron saludables efectos: ejercitaban el pensamiento, evitaban la completa barbarie, y mantenian la inteligencia dispierta en los siglos mas rudos 6 ignorantes: conservaban un derecho natural y sagrado, el derecho de eleccion. Siempre habra heregias, porque el hombre nacido libre, querrá hacer eleccion. Aun cuando la heregia es contraria a la razon, da testimonio de una de nuestras mas nobles facultades, la de inquirir sin registro, y obrar sin trahas.

DISCURSO QUINTO.



TERCERA PARTE.



COSTUMBRES DE LOS PAGANOS.

Prolongado por mucho tiempo el paganismo y las instituciones contrarias á la verdad humana, habian producido la gangrena en el corazon del mundo romano. El Evangelio podia muy bien formar santos aislados, y familias caritativas, piadosas y heróicas, pero no podia cortar de repente un mal arraigado por medio de una civilizacion antinatural. Reformó el cristianismo las costumbres públicas antes de perfeccionar las particulares, corrigió las leyes, y fundó los dogmas de la moral universal antes de obrar con eficacia sobre la generalidad de los individuos. Asi hemos visto la esclavitud, la prostitucion, la esposicion de los recién nacidos, los combates de los gladiadores, atacados legalmente por Constantino y sus sucesores, efecto glorioso de haberse encumbrado al solio el cristianismo; pero hemos observado tambien el mismo fondo de corrupcion en el poder. Los emperadores, es cierto, no se hacian ya culpables de aquellas infa-

mes desvergüenzas con que se habian manchado á la faz del sol, Tiberio Calígula, Neron, Domiciano, Cómodo y Eliogáballo; pero comenzaron los crímenes interiores de palacio, la depravacion secreta, la vida de intrigas, y la semejanza con las córtés modernas: el cristianismo solo pudo conseguir primero la ocultacion de los vicios.

La corrupcion del imperio romano dimanó de tres causas principales: el culto, las leyes y las costumbres. Y como aquel imperio encerraba en su seno una multitud de naciones situadas en diversos climas, y que habian llegado á distintos grados de civilizacion, mezclaban tales pueblos su privada perversidad á la perversidad del pueblo dominador; de aqui provino el que Egipto comunicase á Roma sus supersticiones, el Asia su molicie, y el Occidente y el Norte de Europa su desprecio de la humanidad.

La sociedad romana hablaba dos lenguas, y componíase de dos genios: la lengua latina y la lengua griega, el genio griego y el genio latino. La lengua latina se concretaba á una parte de Italia, á varias colonias africanas, ilirias, dálicas, galas, germánicas, bretonas, mientras que Alejandro habia llevado su lengua materna hasta los confines de la Etiopía y de las Indias: servia tambien de idioma intermedio entre los pueblos que no se entendian, y hablábanla en Roma hasta los esclavos y herbolarios. El genio griego comunicó á los romanos la corrupcion intelectual, las sutilezas, la mentira, la vana filosofia, y cuanto menoscaba la sencillez natural; y el genio latino entregó los mismos romanos á la corrupcion material, á los excesos de los sentidos, al desórden y á la crueldad.

Si de estas generalidades pasamos al exámen particular de la religion, de las leyes y de las costumbres, encontraremos á la idolatría calculada muy exac-

tamente para autorizar los vicios: el hombre no hacia mas que imitar las acciones de los dioses (1). Júpiter sedujo á una muger trasformándose en lluvia de oro: ¿por qué yo, miserable mortal, no he de hacer otro tanto? (2) Ovidio (y la autoridad es original) no quiere que las doncellas vayan á los templos, porque verian alli cómo Júpiter ha hecho madres (3). Las mugeres se prostituian públicamente en el templo de Venus en Babilonia (4). En la Armenia las familias mas ilustres consagraban sus hijas vírgenes aun á la diosa (5). Las mugeres de Byblis, que no consentian cortarse los cabellos en el luto de Adonis, para lavarse de aquella impiedad se entregaban un dia á los estrangeros. El dinero que dimanaba de tan santa mancha consagrábalo á la diosa (6). Las doncellas de la isla de Chipre corrian á la orilla del mar antes de casarse, y ganaban con el primero que se presentaba el dinero de su dote (7).

Mucha celebridad gozaba el templo de Corinto, que contenia mil ó mil y doscientas prostitutas consagradas á la madre de los amores. Tales cortesanas eran consultadas y empleadas en los negocios de la república como las vestales (8).

Luciano, en los *Diálogos de los dioses*, censura riéndose, las torpezas de la mitología: Juno se queja á

(1) Eurip., *ap. Just.*

(2) ¿Ego homuntio, hoc non facerem?

Ter., *Eun.*, act, III.

(3) Quam multas matres fecerit ille Deus.

Trist., lib. II.

(4) Herodot., lib. I.

(5) Strab., lib. XVI.

(6) Lucian., *de Assyria, in it.*

(7) Dotalem pecuniam quæsituras.... pro reliqua pudicitia libamenta Veneri soluturas. Just., lib. XVIII.

(8) Athen., lib. XIII.

Júpiter de que no la acaricia ya desde que ha robado á Ganimedes: Mercurio se burla con Apolo de la aventura de Marte, encadenado por Vulcano en los brazos de Venus, y Venus incita á París al adulterio. «Helena no es negra porque nació de un cisue; ni grosera, pues estuvo encerrada en la cascara de un buevo. Tengo dos hijos: el uno hace amable el objeto, y el otro inspira amor; pondré el primero en tus ojos, y al segundo en el corazón de Helena, y te enviaré las Gracias por compañeras, juntamente con el Deseo.» Mercurio dice á Pan: «¿Con qué acaricias á las cabras?»

Los ladrones, los homicidas y demas criminales, tenían sus protectores en el cielo. «Hermosa Laverna, enséñame el arte de engañar y de que me crean justo y santo (1).»

Los misterios de Adonis, de Cibeles, de Priapo, de Flora, representábanse en los templos y en los juegos consagrados á las mismas divinidades. Vetase á la luz del sol lo que ocultamos entre las tinieblas, y el sudor del oprobio helaba algunas veces el infame estímulo de los actores (2).

El orden legal, en armonía con el orden religioso, convertía tales desórdenes en costumbres aprobadas. Pensaban que la ley Escantinia era rigorosa, porque exceptuaba de la prostitucion pública á los *mancebos de calidad*. Incluíase en el tesoro el tributo que paga-

(1) pulchra Laverna,
Da mihi fallere, da justum santumque videri.
Horat., ep. XVI, lib. I.

(2) Exuuntur etiam vestibus populo flagitante meretrices, quæ tunc mimorum funguntur officio, et in conspectu populi usque ad satietatem impudicorum luminum cum pudendis motibus detinentur. Lactano., *de falsa religione*, lib. I, pag. 64, Basileæ.

ban las prostitutas, y Alejandro Severo aplicó aquel dinero á la reparacion del circo y de los teatros (1).

En una sociedad en que diez millones escasos de hombres disponian de la libertad de mas de ciento y veinte millones de sus semejantes, concibese la facilidad con que podian satisfacer de mil distintos modos sus pasiones. La esclavitud era un manantial inagotable de corrupcion: la definicion legal de la esclavitud era esta: *No tam vilis quam nullus*: no tan vil cual ninguno. El señor tenia el derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, y el esclavo no podia adquirir sino en provecho del señor. Leemos en el libro vigésimo primero del edicto *Ediles*, hablando de la venta de los esclavos: «Los que venden esclavos deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos: si son inclinados á la fuga ó á la vagancia, y si han cometido algun delito ó causado perjuicios. . . .

«Si desde la venta ha perdido el esclavo de su valor, ó si por el contrario ha adquirido alguna cosa, como una muger que le haya parido un hijo. . . .

. . . . si el esclavo se ha hecho culpable de un delito que merezca la pena capital; si ha intentado darse la muerte; si se ha empleado en combatir contra las fieras en la arena, etc.»

Inmediatamente despues del titulo anterior, viene un artículo sobre la venta de los caballos y otros ganados, que comienza del mismo modo que el de la venta de los esclavos: «Los que venden caballos deben declarar sus defectos, sus vicios y sus enfermedades, etc.»

(1) *Lenonum vectigal et meretricium et exoletorum in sacrum ararium inferri vetuit, sed sumptibus publicis ad instaurationem theatri, circi, amphitheatri et ararii deputavit. Lamprid., in Alex. Sev.*

Todas las miserias humanas se encierran en aquellos textos que los legistas romanos anunciaban, sin dudar de la abominacion de semejante orden social.

Las crueldades ejercidas con los esclavos horrorizan: ¿rompiase un vaso? mandaban echar en los viveros de peces al torpe criado, cuyo cuerpo servia para engordar las murenas favoritas ornadas de anillos y de collares. El señor hacia dar la muerte á un esclavo por haber herido un jabalí con un venablo, clase de armas prohibidas á la servidumbre (1). Abandonaban ó mataban á los esclavos enfermos, los esclavos agricultores pasaban la noche encadenados en los subterráneos: distribuíanles una poca sal, y no recibian el aire sino por una estrecha ventanilla. El dueño de un siervo podia condenarle á las fieras, venderle á los gladiadores, ó forzarle á acciones infames. Los romanos castigaban con el trato mas cruel, por la mas ligera falta, á las mugeres destinadas á su servicio. Si un esclavo mataba á su señor, perecian con el culpable todos sus compañeros inocentes. La ley Petronia, el edicto del emperador Claudio, los esfuerzos de Antonino el Piadoso, de Adriano y de Constantino, no pudieron remediar los abusos que hizo desaparecer el cristianismo.

El instinto de la crueldad romana encuéntrase en las penas aplicables á los crímenes y á los delitos. La ley imponia el castigo de la cruz (á la que sustituyó la horca) (2), el fuego, la decapitacion, el precipitar á los reos, el ahogamiento en la cárcel, los azotes hasta morir, el entregarlos á las fieras, los trabajos en las minas, el destierro á las islas, y la pérdida de la libertad.

(1) Cicer., *in Ver.*, V, cap. III.

(2) Callistratus scripserat crucem, Tribonianus furcam substituit, quia Constantinus supplicium crucis abrogaverat. Pandect., lib. XLVIII, tit IX, *de pœn.*

En los primeros tiempos colgaban al culpable, con la cabeza envuelta en un velo, de los árboles llamados *malhadados* y maldecidos por la religion, tales como el álamo (1), el aliso y el olmo, reputados estériles. No se podía dar la muerte sino con la cuchilla, no con el hacha, la espada, el puñal y el palo: permitiéndose primero la muerte con veneno ó con la privacion de alimentos; pero despues quedó abolida esta ley.

Estaban exceptuados del tormento los militares y las personas ilustres ó distinguidas por su virtud, las que trasmitian el privilegio á su posteridad hasta la tercera generacion. Tambien se hallan exentos del tormento los hombres libres de estirpe no plebeya, excepto en el caso de ser acusados del crimen de lesa magestad contra el primer gefe del estado; pero el pavor de los tiranos y la vileza de los jueces implicaban tal acusacion en todas las causas.

Los tormentos se reducian al potro, que estiraba los miembros y separaba los huesos del cuerpo; á las planchas de hierro rojo, á los garfios con que arrasaban (2), y á las garras con que despedazaban. El mismo hombre podia ser puesto muchas veces en el tormento; y si varios individuos eran acusados del mismo crimen, daban principio á los tormentos por el mas tímido ó el mas jóven (3).

Tan espantosas invenciones de la inhumanidad no bastaban, y dejábanse á arbitrio del juez (4) los limi-

(1) Erant autem *infelices arbores*, damnatæque religione, quæ nec seruntur nec fructum ferunt; quales populus, alnus, ulmus. Plin., *Hist. nat.*, lib. XXVI; *Pandect.*, *loc. cit.*

(2) Unco trahebantur. Plin., Senec.

(3) Ut ab eo primum incipiatur qui timidior est, vel teneræ ætatis videtur. *Pandect.*, lib XLVIII, tit. XVIII.

(4) Quæstionis modum magis et iudices arbitrari oportere. *Id.*, *ibid.*

tes de los tormentos. De aquí nació la arbitrariedad de los suplicios, de que hablé antes.

Antes de aplicar á los esclavos el tormento, el acusador depositaba el precio, y el gobierno confiscaba á los esclavos que sobrevivían, cuando habían declarado contra sus señores (1).

De la breve narracion de la perversidad de Roma pagana, á causa de su culto y de sus leyes, pasemos á la pintura de la corrupcion de las costumbres.

El único pueblo que convirtió el homicidio en espectáculo, es el pueblo romano: tan pronto eran los gladiadores, y aun las *gladiatrices* oriundas de familias nobles (2), los que se entretenían en matarse para divertir al populacho mas vil ó deleitar la sociedad mas escogida; tan pronto eran los prisioneros de guerra á quienes armaban unos contra otros, y que se asesinaban en medio de las fiestas, de noche, á la luz de las antorchas, y en presencia de las cortesanías enteramente desnudas; y obligaban á los padres, á los hijos y á los hermanos, á degollarse mutuamente para desenfadar á un Neron, y tambien á un Vespasiano y á un Tito.

Las panteras, los tigres, los osos, eran llamados á estos juegos de los hombres por una exacta igualdad y fraternidad. La muerte quiso aparecer un dia en medio del palenque con toda su opulencia, y presentó á la vez una multitud de leones: tantas hambrientas bocas hubieran carecido de pasto, si no se hubiesen

(1) Tal es el horrible titulo de *Quæstionibus*. El espíritu de esta última ley es lógico en su crueldad.

(2) Per id tempus factum est mulierum certamen... Cum crudele pugnassent, essentque ob eam causam cæteras nobilissimas feminas conviciis consecratae, cautum est nequæ mulierusquam in reliquum tempus muneribus gladiatoris fungeretur. (Dion., *Hist. rom.*, lib. LXXVI, pág. 838, Hano-viæ, 1806).

felizmente encontrado los mártires para suministrar su sangre y su carne á aquellas cohortes del desierto. Inmoláronse once mil animales de distintas especies, despues del triunfo que Trajano obtuvo de los dacios, y diez mil gladiadores sucumbieron en los juegos, que duraron ciento veinte y tres dias.

La ley romana estendia sus cuidados maternales á las fieras carnívoras, prohibiendo darles la muerte en Africa, del mismo modo que se prohíbe matar á las ovejas madres de los ganados. El estruendo de las cuchillas, los rugidos de los animales, y los gemidos de las víctimas cuyas entrañas se veian esparcidas por la arena, perfumada con esencia de azafran ó con aguas de olor (1), encantaban á la muchedumbre: al salir del anfiteatro corria á deleitarse en los baños, ó á los sitios cuyas muestras brillaban bajo las bóvedas que han dado su nombre al quebrantamiento de la castidad. Aquellos espectadores desapiadados de la muerte, que la miraban sin aprender á morir, rara vez concedian la vida: si el gladiador pedia gracia, las Délias, las Lésbias, las Cintias, las Lidias, esposas de los Tibulos, de los Catulos, de los Propercios y de los Horacios, hacian la señal de muerte con la misma mano cuyas muelles caricias habian cantado las musas (2).

Un romano ordenó en su testamento que peleasen

(1) Croco diluto aut aliis fragantibus liquoribus. (Martial., v. 26 et de Spect. III).

(2) Policem vertebant. (Juvenal., Sat. III, v. 36).

Quis nescit? vel quis non vidit vulnera pali?

Quem cavat assiduis sudibus, scutoque lacessit,

Atque omnes implet numeros, dignissima prorsus

Floralí matrona-tuba; nisi quid in illo,

Pectore plus agitat veræque paratur arenæ.

Quem præstare potest mulier galeata pudorem,

Quæ fugit a sexu?

Juven., sat. VI, pág. 454, Lugd. Batav., 1693.

del mismo modo mugeres hermosas que habia comprado, y otras las lindas esclavas á quienes habia tenido amor (1).

El placer de la sangre daba nuevo realce á los festines particulares: cuando se habian hartado y comenzaba á despuntar la embriaguez, llamaban á los gladiadores, y el salon resonaba con los aplausos cuando caia muerto uno de los dos combatientes.

El lujo de los edificios superaba en Roma cuanto pueda decirse: la casa de un rico era una ciudad entera, donde se encontraban foro, circos, pórticos, baños públicos y bibliotecas. Los señores vivian allí durante el dia en los salones adornados de pinturas que la luz del sol no alumbraba: al presente no podemos verlas sino al esplendor de las antorchas, porque la noche de los siglos y las tinieblas de las ruinas, han añadido su oscuridad á la de aquellas bóvedas. Una obra falsamente atribuida á Luciano hace el elogio de un edificio, que compara á una muger modesta cuyo adorno son sus encantos, como la *púrpura lo es del vestido*. Y sin embargo, la habitacion que tan sencilla parece al autor de este tratado de retórica, tiene paredes pintadas al fresco, techos cuadrados de oro, y una magnificencia tan grande, que la colocaria ahora en la clase de un rico palacio.

Pasando de la crueldad á la lujuria, ¿quién ignora las *spintriæ* de Tiberio y los incestos de Caligula? ¿Quién no ha oido hablar de Mesalina, y del tálamo á que llevaba el olor de sus manchas? Neron se casaba públicamente con los hombres (2). Con la herida

(1) Quidam testamento formosissimas mulieres quas emerat, eo pugnae genere configere inter se: alius, impuberes pueros quos vivus in deliciis habebat. (Athen., lib. IV, página 154, edic. 1598).

(2) Nero tanto Sabinæ desiderio teneri cœpit ut puerum libertum (Sporus nominabatur) exsecari jusserit quod Sabinæ

que causó á Sporo inventó una nueva muger. No hablaré una palabra de Vitelio y de Domiciano.

El lujo de los banquetes y de las fiestas agotaba los tesoros del estado y la fortuna de las familias ; era preciso buscar las aves y los pescados mas raros por los paises y las costas mas remotas. Engordaban toda clase de bestias para la mesa, hasta los ratones. De las puercas solo comian las tetillas, dejando lo demas para los esclavos.

Ateneo consagra once libros de su *Banquete* á la descripcion de los pescados, mariscos, cuadrúpedos, aves, insectos, frutas, vegetales y vinos que usaban los antiguos en sus comidas. Tómate el trabajo de instruir á la posteridad de que los cocineros eran unos personajes importantes, familiarizados con la lengua de Homero, y que aprendian de memoria los diálogos de Platon. Ponia los platos en la mesa, cantando: *uno, dos, tres* (1), y repitiendo de este modo el principio del *Timeo*. Habian encontrado el medio de presentar un lechon entero asado por una parte y hervido por la otra (2). Molian juntos sesos de gallinas y de puercos, yemas de huevos y hojas de rosas, y formaban del todo una masa odorifera, que cocian á fuego lento, con aceite, garo, pimienta y vino (3). Antes del festin comian cigarras para entrar en apetito (4).

simillimus erat, eoque in cæteris rebus pro uxore usus sit, quin etiam progrediente tempore eum in uxorem duxit, quamquam ipsæ nuptus Pythagoræ liberto. (Dion., lib. LXII, pág. 715).

(1) Athen., lib. IX, cap. VII.

(2) *Id.*, lib. IX, cap. VI ad fin.

(3) Fragrantissimis rosis in mortario tritis, addo gallinarum et porcorum elixa cerebra, deinde oleum, garum, piper, vinum, omnia curiose trita in ollam novam effundens, subjecto igni blando et continuo. (Athen., *Deipnosoph.*, lib. IX, pág. 406).

(4) Lib. IV, cap. VI.

He hablado ya de Eliogábalo, á quien sus compañeros daban el sobrenombre de Vario, porque le suponían hijo de una muger pública y de muchos padres. Alimentaba á los oficiales de su palacio con tripas de barbo de mar, sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos (1). Daba á sus perros hígados de anades, á sus caballos uvas de Apamenes, y á sus leones papagayos y faisanes (2). Por su parte comía calcañares de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, tetas y vulvas de jabalinas, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz junto con perlas (3); también usaba las perlas en vez de la pimienta blanca para salpicar las criadillas y los pescados. Inventor de manjares y de bebidas, mezclaba almáciga con el vino de rosa. Un día ofreció á sus parasitos el ave fénix, y á falta de ella, mil libras de oro (4).

En verano daba convites cuyos adornos variaban cada día de color: en las estufillas, en las ollas, en los vasos de plata, que pesaban cien libras, veíanse

(1) Exhibuit palatinis ingentes dapes extis mullorum refertas, et cerebellis phœnicopterum, et perdicum ovis, et cerebellis turdorum, et capitibus psittacorum et fasianorum et pavonum. (Ælii Lamprid., *Hist. Aug., Vit. Heliogab.*, página 108, Parisiis, 1620).

(2) Canes jecinoribus anserum pavit. Misitet uvas apamenas in præsepia equis suis. Et psittacis atque phasianis leones pavit. (*Id.*, *ibid.*)

(3) Comedit calcanea camelorum et cristas vivis gallinæis demptas; linguas pavonum et losciniarum pisum cum aureis lentem cum cerauniis, fabam cum electris et orizam cum albis. (*Id.* *ibid.*)

(4) Fertur et promississe phœnicem conviviis, vel pro ea libras auri mille. (*Id.*, pág. 109).

cinceladas figuras en la mas impúdica posicion (1). Delatores viejos, sentados en torno del señor del banquete acariciábanle al comer.

Los salamos de mesa de plata maciza, estaban sembrados de rosas, de violetas, de jacintos y de narcisos. El artesonado dando vueltas vertia flores con tanta profusion, que los convidados casi estaban ahogados (2). El nardo y los perfumes preciosos alimentaban las lámparas de los festines, en los que se contaban á veces veinte y dos servicios. A cada servicio lavábanse y pasaban á los brazos de otra muger (3).

Nunca Eliogábalo comia pescado cerca del mar; pero cuando se hallaba distante mandaba distribuir á sus gentes lechecillas de lamprea y de lobos marinos. Arrojabán al pueblo piedras preciosas con frutas y flores, y enviábanle á beber á las piscinas, y á los baños llenos de vino de rosa y de absintio (4).

He mencionado las impurezas y las bodas de Eliogábalo. Agradábale sobre todo representar la historia

(1) Deinde æstiva convivía coloribus exhibuit... Semper varie per dies omnes æstivos... Vasa centenaria argentea sculpta, et nonnulla schematibus libidinis inquinata. (*Id.*, pág. 107).

(2) Oppressit in tricliniis versatilibus parasitos suos violis et floribus, sic ut animam aliqui efflaverint, quum crepero ad summum non possent. (*Id.*, pág. 103).

(3) Idem in lucernis balsamum exhibuit, Exhibuit et aliquando tale convivium ut haberet viginti et duo fercula ingentium epularum, sed per singula lavaret, et mulieribus uteretur ipso et amici cum Jurejurando quod voluptatem efficerent. (*Id.* pág. 111).

(4) Ad mare piscem nunquam comedit in longissimis a mari, locis omnia marina semper exhibuit: murænarum lactibus, et luporum in lucis mediterraneis pavit, et rosis piscinas exhibuit, et bibit cum omnibus suis caldaria, miscuit gemmas pomis ac floribus; jecit et per fenestram cibos. (*Id.*, pág. 409).

de París; caían sus vestidos de repente, y aparecía desnudo teniendo en la mano una de sus telas, y con la otra mano tapándose como la Venus de Praxiteles: arrodillabase, y se presentaba á los ministros de sus deleites (1). Abandonó á Zotico el cochero, y dióse en matrimonio á Hiérocles, llevando su pasión al postre- ro á tal grado de oscenidad, que no sería posible decirla: así pretendia celebrar los juegos sagrados de Flora (2). Cual buen romano unia la inmolacion de las víctimas humanas á los excesos, eligiéndolas entre los hijos de las familias mas distinguidas, y cuidando de que viviesen sus padres y sus madres, para que el dolor fuese mas agudo (3).

Eliogábalo llevaba un vestido de seda bordado de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado, la misma sortija, la misma túnica (4): ni conoció jamás dos veces á una misma muger (5). Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices (6). A un carro de oro embutido de piedras preciosas, porque Eliogábalo despreciaba los carros de plata y de marfil, uncia dos, tres y cuatro mugeres hermosas con el seno descubierta, y hacia que le arrastrasen en su cuadriga. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y

(1) Posterioribus eminentibus in subactorem rejectis et oppositis. *Id.*, pág. 109).

(2) Ut eidem inguina oscularetur. *Id.*, *ibid.*

(3) Credo ut major esset utrique parenti dolor. *Id.* *ibid.*

(4) Calceamentum nunquam iteravit; annulos etiam negatur iterasse, pretiosas vestes sæpe conscidit. *Id.*, página 112.

(5) Idem mulierem nunquam iteravit præter uxorem. *Id.*, pág. 109.

(6) Nec cubuit in accubitis facile, nisi iis quæ pilum leporinum haberent, aut plumas perdiccum, sub alares culcitra; sæpe permutans. *Id.*, pág. 108.

rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro (1), como el Sol conducido por las Horas.

Si tales iniquidades y locuras perteneciesen á un solo hombre, nada tendrían que ver con las costumbres de un pueblo; mas Eliogábalo habia reunido en su persona los vicios que habian dominado antes de su reinado desde Augusto hasta Commodo. No debe admirarnos, pues, que existiese al propio tiempo en las catacumbas de Roma, y en las armas de la Tebaida, otro pueblo que con sus austeridades y sus lágrimas invocase la creacion de otro universo. Desaparecer debían de la tierra aquellos cocheros del circo, aquellas prostitutas de los templos de Cibeles, que avergonzaban á la luna (2) con sus horribles desenfrenos, aquellos perseguidores de testamentos, aquellos emponzoñadores, aquellos Trimalciones, aquella peste del anfiteatro, raza juzgada y condenada.

No era la obscuridad fruto peculiar de la educacion de los tiranos, privilegio de los palacios, y gracia cortesana; era el vicio dominante del paganismo griego y latino. En el cristianismo nació el pudor como virtud, no como instinto. Si en alguna parte son excusables los antiguos, es porque se elevaban sobre el instinto animal, por carecer, en lo que toca á la castidad de las ideas que nosotros tenemos.

Los sábios, en Atenas, examinaron doctamente cuando comenzó el amor en los manebos. Los unos

(1) *Habuit et gemmata vehicula et aurata, contempsit argentatis et eboratis et aratis. Junsit et quaternas mulieres pulcherrimas et binas ad papillam, vel ternas, et amplius, et sic vectatus est; sed plerumque nudas, cum nudum illis traherent. (Id., pág. 111). Scobe auri porticum stravit. . . . ut fit de aurosa arena. Id., pág. 112.*

(2) *Inque vices equitant, ac, luna teste, moventur.*
Juv., sat. VI.

remontáronle al tiempo de Júpiter, y los otros al de Minos, que se enamoró de Tesea, y aquellos al de Laño, que robó á Crisippo, hijo de Pelope su huésped. Gerónimo el Peripatético alabó este amor, é hizo el elogio de la legion de Tebas, y Agnon el Académico contó que entre los espartanos era licito á la juventud de ambos sexos el prostituirse legalmente antes del matrimonio.

En el diálogo de *los Amores*, que verosíblemente no es de Luciano, el autor introduce en la escena dos personajes, Caricles y Calicratidas, los cuales se quejan en un bosque del templo de Gnido, el uno del amor de las mugeres, y el otro del amor de los mancebos. Licino y Theomnesto son jueces del combate. Caricles, atacando á su adversario despues de haber hecho el elogio de las mugeres, le dice: «Tu victima padece y llora tus odiosas caricias (1): si se permiten tales desórdenes á los hombres, es preciso dejar á las Lesbianas su estéril deleite (2).»

Calicratidas toma la palabra, y niega algunos argumentos de Caricles: «¿Los leones no se casan con los leones, dices tú? Es que los leones no filosofan (3).» Calicratidas hace en seguida una pintura satirica de la muger: «Por la mañana al levantarse del lecho párecese la muger á una mona; las viejas y las criadas ordenadas en fila como en una procesion, le presentan los instrumentos y las drogas de su tocador, una palangana de plata, el agua-manil, los hierros para ri-

(1) Principio quidem dolores ac lacrymæ oboriuntur, ubi per tempus dolor aliquid remisit, nihil quicquam, ut aiunt, moleste feceris, voluptas autem ne ulla quidem. *Luciani Amores*, pág. 572. Lutetiæ Parisiorum, an 1615.

(2) Congrediantur et illæ inter se mutuo. Tribadum obscenitatis istius passim ac libere vegetur. *Id. ibid.*

(3) Non amant sese leones, nec enim philosophantur. *Luciani Amores*, pág. 576.

zarse, los afeites, los botes llenos de opiatas y de ungüentos para limpiarse los dientes, ennegrecer las cejas, teñir y perfumar los cabellos: parécenos asistir al laboratorio de un farmacéutico. Cubre la mitad de su frente con los rizos de su cabellera, mientras que la parte restante de la misma cabellera flota sobre sus hombros. Las cintas de su calzado están tan apretadas que entran en su carne; y no tanto puede decirse que se ha vestido, como encerrado en una tela trasparente que deja ver lo que parece ocultar. Adorna con perlas preciosas sus orejas, con brazaletes de figura de serpientes de oro sus puños y sus brazos; ciñe su cabeza una corona de diamantes y de piedras de las Indias; largos collares penden de su cuello; brillan en su calzado de púrpura talones de oro, y colora sus impúdicas megillas para disimular su palidez. A si adornada, sale á adorar diosas desconocidas y fatales á su marido, á cuya adoracion siguense iniciaciones de mala nota y misterios sospechosos (1). Vuelve á casa y pasa de un largo baño á una mesa suntuosa, donde se harta de alimentos, gustando todos los manjares con la punta del dedo. Aguárdala un lecho voluptuoso, donde la recrea un sueño inesplicable, si es sueño, y cuando sale de su muelle tálamo, corre presurosa á las termas vecinas (2).

De esta sátira, Calicratidas pasa á la alabanza de los jóvenes: «Levántase antes de la aurora, entra en una agua pura, estudia las máximas de la sabiduría,

(1) *Etiam corona caput circumcirca ambit, lapillis indicis stellata, pretiosa autem de cervicibus monilia dependent. Impudentes etiam genas rubefaciunt illitis fucis,.... Nempe statim e domo egressæ, sacrificia faciunt arcana et absque viris suspecta mysteria. Id., pág. 579.*

(2) *Domi statim proluxa balnea ac sumptuosa quidem ac lauta mensa. Posteaquam enim nimis quam repletæ fuerint sua ipsarum gulositate, summis digitis velut inscribentes ap-*

toca la lira, doma un vigor en los caballos de la Tesalia, arroja el venablo: tales fueron Mercurio, Apolo y Castor. ¿Quién no será amigo de semejante mancebo? (1) El amor era el medianero de la amistad entre Orestes y Pilades, que bogaban juntos en el mismo barco de la vida (2): útil es estimular á las acciones heroicas por la triple comunidad de placeres, de peligros y de gloria. El alma de los que aman con este amor celeste habita las regiones divinas, y tales dos amantes reciben despues de la vida el premio inmortal de la virtud (3).» Caliceratidas espresa aqui la opinion de Platon y de Sócrates, declarado el mas sábio de los hombres.

Lucinio sentencia el proceso: deja las mugeres á los hombres vulgares, y los mancebos á los filósofos. Theomnesto se rie de la pretendida pureza del amor filosófico, y concluye con la pintura de una seduccion, cuya desnudez apenas puede soportarse bajo el velo de la lengua griega ó latina.

Los personages mas heroicos de la Grecia y mas célebres, sufrieron el yugo de tan degradantes pasio-

positorum unumquodque degustant. Et diversorum corporum somnos et muliebritate lectum refertum, ex quo surgens statim lavacro opus habet. (*Id. ibid.*) Este latin no traduce bien el texto griego.

(1) Mane surgens ex lecto, postquam residentem in oculis somnum reliquum aqua simplici abstersit. Illi apta atque sonora lyra, Thessali equi illi curæ sunt, ac breviter juventutem domant ac subjugant, in pace meditantur res bellicas, evibrando jacula..... Quomodo vero, non amaret illum in palæstris quidem Mercurium, inter lyras autem Apollinem, equitorem vero Castorem?

(2) Amor Orestem et Pyladem conjunxit: atque in uno ædemque vitæ navigio simul navigarunt.

(3) Etiam æther post terram excipit eos qui hæc sectantur: illi autem meliori facto morientes, virtutis præmium hoc incorruptibile consequuntur. Luciani *Amores*, pág. 585.

nes: Alejandro avergonzó á sus soldados con sus familiaridades con el eunuco Bagoas. Pericles vivia públicamente con la esposa de su hijo (1), y defendió ante los tribunales á Cimon, acusado de incesto con su hermana Elpinice, y Elpinice fué el precio de la elocuencia viciada del triunfante orador (2). Sófoeles sale de Atenas con un mancebo que le roba el manto, y Eurípides se burla de Sófoeles declarandole que ha poseído por nada á la misma criatura (3). Sófoeles le responde en verso: «Eurípides, fué el sol y no un mancebo quien medespojó del manto, agoviandome con su calor; pero á ti te ha helado Bóreas en los brazos de una muger adúltera (4).» El estravagante Diógenes bailaba con la elegante Laïs, que se entregaba á él, y el voluptuoso Aristippo, amante de Laïs, aprobaba la particion. En la tumba de Diocles celebraban los mancebos todos los años la fiesta de los besos, y el mas lascivo obtenia la corona (5). Diocles habia sido un infame. Ateneo nos enseña tambien el papel que represen-

(1) Athen., lib. XIII, cap. V.

(2) *Id.*, *ibid.*

(3) Sophoclem venustum puerum extra mœnia civitatis duxisse ut cum eo coiret, eumque Sophoclis penula directa dicessisse. Euripides cachinnans per ludibrium dixit illo se aliquando puero usum fuisse, verum sibi furto nihil amissum. (Athen., pág. 604).

(4) Hoc ubi Sophocles audiit, in Euripidem epigramma scripsit hujusmodi:

Sol quidem, o Euripides, non puer, cum me tepesceret
Veste nudavit: tibi vero alienam exorem osculanti
Inaccessit Boreas, etc.

Athen., *Deipnosoph.*, pág. 604.

(5) Quicque labra labris dulcius applicaverit,
Is coronis oneratus ad suam matrem revertitur.

Theoc., *Idyl.* XII.

taban las cortesanas, y Luciano las lecciones que se daban mutuamente: Aspacia, Frinea, Lais, Glicera, Flora, Guathena, Guathenion, Mania y tantas otras, son personajes que se confunden con los mas graves, como unidas á los hermosos recuerdos de la historia, de las artes y del ingenio.

Un rasgo particular distingue el diálogo de las *Cortesanas* de Luciano. El autor saca frecuentemente á la escena á una madre y á una hija, y la madre es la que corrompe á la hija, la que procura quitarle los remordimientos y el pudor, la que la instruye en el libertinage, en la mentira, en el robo, la que la aconseja prostituirse al mas villano, al mas cobarde, al mas infame, con tal que pague bien, y que sea fácil despojarle de sus riquezas. En cuanto á las cortesanas jóvenes, casi siempre experimentan una pasión sincera y natural; recurren á los encantos, como la magia de Teócrito, para llamar á los amantes veleidosos, ocupándose en arrancarlos no solo de los brazos de las rivales, sino tambien de los rivales filósofos. Quelidonion propone á Drosa escribir con carbon en la pared de Ceramico: *Aristeneto corrompe á Clinias*: Aristeneto era un filósofo que habia quitado Clinias á Drosa. En fin, encuéntrase entre los dialogos de Luciano el de Clonarion y Leaena, consagrado á la pintura de los desórdenes de las mugeres, que están trazados como los desórdenes de los hombres. Leaena es amada de una muger rica de Lesbos, Megila, ya ligada con Demonassa, vecina de Corintho. Las dos hijas de Safo invitan á Leaena á participar de su lecho comun. Megila arroja lejos de sí su cabellera postiza, quedase desnuda y con la cabeza rasa como un atleta (1). Leac-

(1) Megilla comam ut illam fictitiam habebat a capite rejecit, ipsa autem jacebat omnino similis atque æquiparanda gladiatori, alicui vehementer virili atque robusto ad vivum usque cute detonsa.

na entra en detalles bastante estensos con Clonarion, y niégase á darle los postreros (1).

Formareis una idea falsa de tales obras si las juzgais como tantos libros malos destinados entre nosotros á la depravacion de la juventud, y que no pintan el estado general de la sociedad. Los padres de la iglesia se esplican como Luciano y como Ateneo: Clemente de Alejandría indica escenas de la misma naturaleza que las referidas en los diálogos de los *Amores*, y cita en otra parte hechos contados por el mismo Luciano (2): habla de la Venus de Gnido, mancillada en su templo, y de Filoënis, á quien dice Fleury se atribuia un escrito que trataba de las lascivias mas criminales de que son capaces las mugeres. Justino, en su *Apología*, asegura que la obra de Filoënis andaba en manos de todos (3).

En algunas naciones habia un premio destinado á mas impúdico (4). Habia ciudades enteras consagradas á la prostitucion: las inscripciones escritas en los sitios del libertinage, y la multitud de simulacros oscenos encontrados en Pompeya, hacen pensar que aquella ciudad gozaba de semejante privilegio. Los filósofos meditaban, sin embargo, sobre la natura-

(1) Ne quære acuratius omnia, turpia enim sunt.

(Luciani *dialogi meretricii Clonarium et Læna*, ad finem, pág. 970).

(2) In *Pædagog.*, lib. II, cap. X. In *Protreptico*, página 24 y 38.

(3) Un autor italiano harto célebre ha reproducido la obra de Philœnis. Antes de él, un grave y religioso sábio del siglo undécimo habia escrito un libro de la misma especie, y Brantome renovó las mismas historias; pero el verdadero autor de la obra griega no era la cortesana Philœnis, sino un sofista llamado Polycrates, como nos enseña Atheneo.

(4) Impios infamia turpissima.
(Philo. *de præmiis et pœnis*, pág. 586 in fol. Parisiis, 1552).

leza de Dios y del hombre en esta Sodoma: sus libros desenterrados han resistido menos á las cenizas del Vesubio que las imágenes de bronce del museo secreto de Portici. Catón el censor alababa á los jóvenes abandonados al vicio que cantaban los poetas (1). Concluidos los banquetes, veíanse en los lechos del festín á los desventurados niños que aguardaban los ultrajes (2).

Ammiano Marcelino ha pintado á los descendientes de Cincinato y de Publicola del siglo IV (3). «Distingúense en sus altos carros: sudan bajo el peso de su manto, tan ligero, sin embargo, que el menor soplo del viento lo levanta. Despréndenlo frecuentemente del lado izquierdo para descubrir las franjas y dejar ver su túnica, donde hay bordadas diversas figuras de animales. Estrangeros, id á verlos, y os abrumarán á caricias y á preguntas: volved allí, y parecerá que nunca os hayan visto. Recorren las calles con sus esclavos y sus bufones... Delante de estas familias ociosas, marchan primero los cocineros ahumados, en seguida los esclavos con sus parásitos, y cierran el acompañamiento los eunucos viejos y jóvenes, pálidos, lívidos y horrorosos.

«Si envían á enterarse del estado de un enfermo,

(1) Horat., *satyr.*, lib. I.

(2) *Transeo puerorum infelicitum greges quos post transacta convivia aliæ cubiculi contumeliæ expectant.* Sen. ep. 95.

(3) Los romanos en el reinado de Trajano, de Antonino el Piadoso y de Marco Aurelio, se parecían ya mucho á los romanos de que habla Ammiano Marcelino. Luciano, que vivía en tiempo de tales emperadores, nos ha dejado en el *Nigrino* un cuadro de las costumbres romanas, del que el historiador parece haber copiado muchos rasgos. El primero se estiende principalmente sobre el gusto en los caballos, sobre el lujo, los funerales, los testamentos, etc.

el criado no se atreve á entrar en el aposento, antes de haberse lavado desde la cabeza hasta los pies. El populacho no tiene otro abrigo durante la noche que las tabernas y los lienzos tendidos que cubren los teatros: juega á los dados con furor, ó se divierte en hacer un ruido innoble con las narices (1).

«Los que se ensoberbecen porque llevan los nombres de Reburro, Faburro, Payonio, Jerio, Dalio, Tarascio y Perrasio, van á los baños cubiertos de seda, y acompañados de cincuenta esclavos; y apenas entran en la piscina, gritan: ¿Dónde están mis criados? Si hallan alguna criatura en otro tiempo entregada al servicio público, alguna vieja que traficó con su cuerpo, corren á ella y le prodigan extravagantes caricias. ¿Y estos son los hombres cuyos antepasados reprendieron á un senador por haber dado un beso á su esposa delante de su hija? ¿Quereis saludarlos? Semejantes á los toros que van á herir con los cuernos, inclinan la cabeza de lado, y no dejan libre sino la rodilla ó la mano para que las bese el humilde cliente.

«En medio de los festines pedian las balanzas para pesar los pescados y las aves. Treinta secretarios con las tablillas en la mano enumeraban los servicios. Si un esclavo traia tarde el agua tibia, dábanle trescientos latigazos; mas si un vil favorito cometa un asesinato, ¿qué quereis? decia el señor. Es un miserable: castigaré al primero de mis dependientes que obre asi.

«Si estos ilustres patricios desean ver una casa de campo, ó asistir á una partida de caza, quedan otros en su presencia, trasladanse en barcas pintadas, en tiempo templado, de Picteoli á Cayeta, y comparan sus viages á los de César y Alejandro. Una mosca

(1) Amm. Marcel., lib. XIV.

que se pare en las franjas de su dorado abanico, un rayo del sol que atravesase algun agujero de su quitasol los desconsuela, y quisieran haber nacido entre los Cimmericos (1).

«Cincinato hubiera perdido la gloria de la pobreza si, despues de su dictadura, hubiese cultivado un campo tan vasto, como el espacio que ocupa uno solo de los palacios de sus descendientes (2). El pueblo no vale mas que los senadores: no lleva sandalias en los pies, y se hace dar nombres retumbantes: bebe, juega y se abisma en los escesos; y el gran circo es su templo, su morada, su foro. Los viejos juran por sus arrugas y sus cabellos canos que la república está perdida, si tal cochero no parte el primero, y llega diestramente á la meta. Los señores del mundo, estimulados por el olor de los manjares, siguen á las mugeres que gritan como pavos reales hambrientos; y se deslizan á la sala á comerse hasta á los amos (3).»

La molicie del pueblo pasó al ejército, y el soldado preferia los cantares oscenos al grito de guerra; ya no le servia como antes una piedra de almohada sobre una cama de armas, y bebia en copas mas pesadas que su espada (4): sabia el valor del oro y de

(1) Ubi si inter aurata flabella laciniis sericis insederint muscæ, vel per foramen umbraculi pensilis radius irruerit solis, queruntur quod non sunt apud Cimmericos nati. (Amm. Marcell., lib. XXVIII, cap. IV, p. 414, Lugduni Batavorum, 4693).

(2) Quorum mensuram si in agris consul Quintius possedisset, amiserat etiam post dictaturam gloriam paupertatis. (Amm., lib. XXII, cap. IV).

(3) *Id.*, lib. XXVIII, cap. IV.

(4) Cum miles cantilenas meditaretur pro júbilo molliores, et non saxum erat ut antehac armato cubile.... et graviora gladiis pocula, testá enim bibere jam pudebat. (Amm., lib. XXII, cap. IV).

las piedras preciosas: habia pasado ya el tiempo en que habiendo encontrado cierto legionario en el campo de un rey de Persia un saco de piel lleno de perlas, las arrojó sin saber lo que era, y solo guardó el saco (1).

El soldado romano abandonó la coraza, y dejó el dardo y la espada corta; y desnudo entonces como los bárbaros, é inferior en fuerza, fácilmente fué vencido. Vegecio atribuye las derrotas sucesivas de las legiones al abandono de las armas antiguas (2).

Los desórdenes de la policía de Roma eran extraordinarios: júzguese por un suceso ocurrido en el reinado de Teodosio I.

Los emperadores habian construido grandes molinos y hornos, que servian para moler la harina y cocer el pan distribuido al pueblo. Habian levantado varias tabernas cerca de los molinos, y las mugeres públicas atraian á los que pasaban á aquellas tabernas; donde apenas fijaban el pie caian en los subterráneos por medio de trampas. Allí permanecian presos el resto de su vida, obligados á dar vueltas á la muela, sin que jamás supiesen sus parientes lo que habia sido de ellos. Un soldado de Teodosio, cogido en el lazo, sacó su puñal, mató á los que le detenian y se escapó. Teodosio mandó demoler los edificios que cubrian tales madrigueras, é hizo desaparecer igualmente las casas de prostitucion donde se retiraban las mugeres adúlteras (3).

La anarquía de las provincias era igual á la que reinaba en la capital del imperio: Salviano declara que no hay castigos que no mereciesen los romanos, que compara con los bárbaros, hallándolos inferiores

(1) *Id. ibid.*

(2) *De re milit.*, cap. X.

(3) *Socrat.*, lib. V, cap. XVIII.

en caridad, sinceridad, castidad, generosidad y arrojo. Describenos la Septimania: «Todo se encuentra allí, viñas, prados esmaltados de flores, huertas, campos cultivados, bosques, árboles frutales, rios y arroyuelos. ¿No deberían los habitantes de esta provincia ser agradecidos con un Dios que tan liberal se ha portado con ellos? Pues bien: el pueblo mas venturoso de las Galias es al propio tiempo el mas desordenado (1). La gula y la impureza dominan en todas partes. Los ricos menosprecian la religion y la beneficencia: la fé del matrimonio no es ya un freno, y la esposa legítima hallase confundida con las concubinas. Los señores se aprovechan de su autoridad para obligar á sus esclavos á rendirse á sus deseos; y la abominacion reina en aquellos sitios donde las doncellas no gozan la libertad de ser castas. No faltan romanos que se entregan á todos los desórdenes, no en su casa, sino en medio de los enemigos y entre el hierro de los bárbaros.

«Llenan las ciudades sitios infames, que no menos frecuentan las mugeres de calidad que las de humilde origen; miran el libertinage como un privilegio de su nacimiento, y no se glorian menos de aventajar á las otras mugeres en lujuria que en nobleza (2).

«No existe quizás uno, continúa el nuevo Jeremías, para quien no sea un suplicio la prosperidad de otro. Los ciudadanos se proscriben los unos á los

(1) In omnibus quippe Galliis sicut divitiis primi fuere, sic vitiis. (Saly., *de Gubern. Dei.*, lib. XII, pág. 230).

(2) Apud Aquitanicas vero quæ civitas in locupletissima ac nobilissima sui parte non quasi lupanar fuit? quis potentum ac divitum non in luto libidinis vixit? Quis non se barathro sordidissime colluvionis immersit? Haud multum matrona abest a vilitate ancillarum. (Saly., *de Gubern. Dei.*, lib. VII, pág. 232).

otros: las ciudades y las poblaciones son presa de una multitud de tiranuelos, jueces y publicanos. Los pobres se ven despojados, y las viudas y los huérfanos oprimidos; y los romanos van á buscar entre los bárbaros una humanidad y un abrigo que no encuentran entre los romanos. Otros reducidos á la desesperacion se sublevan y viven del robo y del salteamiento: dánles el nombre de rebeldes (1), convirtiendo su crimen en infortunio; y sin embargo, ¿no son las procripciones, las rapiñas, las concusiones de los magistrados las que han sepultado á estos desgraciados en semejantes escesos? Los propietarios de escasa fortuna que no se han fugado, se echan en los brazos de los ricos para que los socorran, y les entregan sus herencias. ¡Felices los que recobran enteros los bienes que han dado! Mas no los poseen largo tiempo; caen de infortunio en infortunio, y del estado de colonos á que se han reducido voluntariamente, pasan luego al de esclavos (2).»

Este paso de Salviano es el mas importante documento de la historia; pues nos enseña como cambió en el sexto siglo el estado de las propiedades y personas, y el modo con que el pequeño propietario entregó sus bienes y en seguida su persona al grande propietario, para recibir su amparo y proteccion. Este efecto violento de la necesidad se convirtió en uso, y despues en ley: dieron el alodio al bárbaro que

(1) Quos compulimus esse criminosos, imputatur his infelicitas sua: quibus enim aliis rebus Bagaudæ facti sunt nisi iniquitatibus nostris, nisi eorum proscriptionibus et rapiis qui exactionis publicæ in quæstus proprii emolumenta vertant? (Salv. de Gubern. Dei., lib. V, pág. 159).

(2) Coloni divitum fiant... in hanc necessitatem redacti ut et jus libertatis amittant. (De Gubern. Dei., lib. X, c. V, pág. 169).

lo trocó en feudo, mediante servicio, y así se estableció la dependencia feudal.

Falta añadir á las causas de la destrucción de las leyes y de las costumbres paganas una última causa, poderosa en las clases elevadas de la ciudad: la filosofía.

He observado ya que las sectas filosóficas eran respecto del paganismo lo que las heregias respecto del cristianismo, en su relación inversa de la verdad con el error. La verdad filosófica no fué en su origen sino la verdad religiosa, ó hablando más correctamente, la filosofía tuvo nacimiento en los templos, y cultiváronla primero en secreto los sacerdotes. La verdad filosófica ó la independencia del espíritu del hombre en la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales, hallóse alterada según los tiempos y los lugares. Los hombres en la infancia del mundo buscaron y creyeron descubrir las leyes misteriosas de la naturaleza en la causa que más obraba á sus ojos.

Así es que los sacerdotes de Caldea miraron la luz de que estaban inundados en su hermoso clima como una emanación del alma universal; y no tardaron en atribuir á los astros que observaban una influencia particular sobre el hombre y sobre la naturaleza. La luz, disminuyendo su fuerza al alejarse de su centro, creaba en el camino del cielo á la tierra seres cuya inteligencia variaba según el grado de fecundidad, que quedaba al rayo creador. El sistema de los sacerdotes caldeos originó la teoría de los genios; y los usos y las costumbres se enlazaron con el orden de las diferentes estaciones.

Los magos, no considerando en la luz sino el calor, hicieron del fuego el principio de todo; y como había, según los magos, una materia tosca que resistía la acción del fuego, dedujeron de ahí los dos prin-

cipios: el espíritu y la materia, el bien y el mal. Por el fuego ó el calor se reproducian el alma humana y los genios de la religion secreta de los caldeos.

Los sacerdotes de Egipto se persuadieron en las orillas del Nilo, que el agua era el agente del alma universal por la produccion de los cuerpos. Habiendo observado que existen en el hombre un espíritu, y en el animal un instinto, dedujeron una inteligencia que tiende á unirse á la materia, y que quiere siempre producir las cosas perfectas, mientras que la materia se opone incesantemente á la perfeccion. Mas parece que miraba el bueno y el mal principio como igualmente materiales, que era una doctrina de ateismo y de materialismo, profesada por el pueblo mas supersticioso del globo.

Al presente, que conocemos mejor las Indias, y que los sábios de Europa han descornado el velo de sus lenguas sagradas, hallamos en aquellas inmensas regiones sistemas metafisicos de todas clases, cultos de todas las formas, hasta de la forma cristiana; hallamos tres principios escelentes, aunque confundidos con ideas extravagantes: la existencia de un Dios supremo, la inmortalidad del alma, y la necesidad moral de obrar bien.

Mas esta necesidad moral de la filosofia india produjo una consecuencia tan inesperada como desastrosa: de la necesidad del bien seguíase que el alma del hombre debia volver al seno de Dios, si practicaba la virtud, ó encarcelarse en otros cuerpos en la tierra si se abandonaba á los vicios. Semejante círculo inevitable de la sociedad religiosa hizo estacionaria la sociedad política: todo quedó incrustado en las castas que no se renovaban ni tenian mas movimiento que el de los bonzos permaneciendo dias enteros en la misma actitud por espíritu de sacrificio y de perfeccion. El resultado que se propuso el materialis-

mo en la China, y la superstición en Egipto, lo obtuvo la filosofía en las Indias: ató al hombre en su cuna y en su tumba.

La alta ciencia vivió, pues, cautiva en los colegios sacerdotales de Caldea, de Persia, de las Indias y de Egipto. Hagamos justicia á los griegos: sacaron la filosofía, y este fué su primer paso: estudiáronla algunos ingenios superiores de la Grecia fuera de los santuarios, con lo que dió el segundo paso, y generalizaronla los cristianos entre el pueblo: tal fué su tercero y último paso.

Los griegos que fueron los primeros en robar la filosofía á las iniciaciones, fueron los poetas y los legisladores, como Lino, Orfeo, Museo, Eumolpo y Melampo. Siguiéronles, cuando la sociedad estaba mas ilustrada, Thales, Pitágoras y Ferecido; viajeros de las Indias, de Persia, de Caldea, de Egipto, penetraron sus sistemas por las doctrinas que habian estudiado con los sacerdotes de sus comarcas. Thales, como los egipcios, admitió el agua por elemento general, y fué el jefe de la filosofía experimental: una rama de su escuela produjo la filosofía moral, personificada en Sócrates. Pitágoras inventó la filosofía intelectual que divinizó Platon. Aristóteles, espíritu positivo y universal, supuso una materia eterna y formas matemáticas invariables, encerradas en la misma materia. El mundo vino á dividirse entre las dos escuelas de Platon y de Aristóteles, entre el sistema de las formas y de las ideas.

Las conquistas de Alejandro dilataron la filosofía griega por el globo, donde ella se enriqueció con nuevos conocimientos.

«Alejandro quiso persuadir á todos los vivientes que tuviesen por su país la tierra habitable, y por su castillo y torres el campamento: que todos los hombres de bien se reputasen por parientes, teniendo

únicamente por estraños á los malvados: que creyesen que el griego y el bárbaro no se distinguian por el manto, ni por la forma del broquel, ni por la cimitarra, ni por el alto capacete; sino que se conocian y diferenciaban, el griego por la virtud, y el bárbaro por el vicio, de donde resultaba que todos los hombres virtuosos eran griegos, y todos los viciosos bárbaros ¡Qué placer causaba el ver á aquellas lindas y santas esposas persianas, casadas con cien mancebos macedonios y griegos, coronado él mismo de flores, y entonando el primero el cántico nupcial de himeneo, con un cántico de amistad general!» (1)

Amyot, que introduce aqui sin saberlo la lengua y el reflejo de las costumbres de su siglo en la pintura de la edad filosófica é ilustrada de la Grecia, no altera en nada la verdad de los hechos, y les añade un nuevo encanto. No es de mi incumbencia el entrar en el detalle de las sectas filosóficas (2); pero debo recordar que la filosofía de Platon, unida á los dogmas caldeos y á las tradiciones judaicas, se estableció en Alejandría bajo el reinado de los Ptolomeos: todos los sistemas, todas las opiniones vinieron á parar á este centro de luces y de tinieblas, cuyo caos disipó el cristianismo.

La filosofía de los griegos introducida en Roma conmovió el culto nacional en la ciudad mas religiosa de la tierra. El poeta satírico Lucilo, amigo de Escipion, habíase burlado de los dioses de Numa; y Lucre-

(1) Plutarco. *de la fortuna de Alejandro*, trad. de Amyot.

(2) El *Ensayo histórico* contiene una noticia rápida de estas sectas: debe consultarse en aquella obra el cuadro sinóptico que he presentado en el tomo 2.º de esta edicion. Fácil es corregirle con la ayuda del *Manual de la historia de la filosofía* de Tenneman, traducido escelentemente por Mr. Cousin.

cio quiso reemplazarlos con la voluptuosa nada de Epicuro. César había declarado en senado pleno que con la muerte se acababa todo, y Ciceron, que inquiriendo la causa de la superioridad de Roma no la encontraba sino en su piedad, decía contradictoriamente, que en la tumba concluía enteramente todo el hombre. El epicurismo reinó entre los romanos casi todo el siglo I de la era cristiana: Plinio, Séneca, los poetas y los historiadores lo testifican en sus escritos, en sus máximas y en sus versos. El estoicismo recobró la superioridad cuando la virtud se elevó al trono.

Estas diversas filosofías, que no descendían al vulgo, descomponían la sociedad; no curaban la superstición de los esclavos, y quitaban el temor de los dioses á sus señores. Las artes mágicas, mas ó menos unidas á los dogmas escolásticos, la teurgia y la goecia, producían errores deplorables como las mentiras de la mitología.

Los filósofos, tan pronto desterrados de Roma, tan pronto llamados á su seno, convertíanse en personajes importantes ó ridiculos, que se prestaban por complacencia á la idolatría, á las costumbres y á los crímenes de sus siglos. Encuéntranse al lado de todos los tiranos, y en medio de los excesos de Eliogábalo: es verdad que en honor de la virtud se velaban la cabeza, como Agamenon se cubría el rostro en el sacrificio de su hija (1). El mismo Plotino asistía á los desórdenes de Graciano.

Estos sábios se atribuían dones sobrenaturales: desde Apolenio, que se trasladaba por el aire donde quería, hasta Proclo, que conversaba con Pan, Esculapio y Minerva, no hay prodigios de que no fuesen capaces. Las maneras de vida que afectaban hacían

(1) Erant amici et senes quídam et specie philosophi, qui caput, reticulo componerent. (Lamprid., *in vit. Elag.* p. 405).

sospechosos sus naturales principios. Menedo de Lampsaca se presentaba en público vestido con una ropa negra, cubierto con un sombrero de corteza, en el que se veían grabados los doce signos del Zodiaco: su larga barba caía hasta la cintura, y elevado sobre el coturno, sostenía un baston de fresno en la mano: decía que era un espíritu venido de los infiernos á predicar la sabiduría á los hombres (1).

Habiendo caído en una avenida Anaxarques, maestro de Pirron, negóse el discípulo á sacar al maestro, porque todo es indiferente en sí, y lo mismo era vivir en un hoyo que en la tierra (2).

Cuando Zenon marchaba á las ciudades acompañábale sus amigos, de miedo que lo atropellasen los carros, porque no se tomaba el trabajo de escapar de la fatalidad (3). Diógenes hacia el perro en un tonel; Demócrito se encerraba en un sepulcro (4); Heráclito pacía la yerba de las montañas (5); Empedocles, queriendo ser tenido por una divinidad, se precipitó en el Etna: el volcan volvió á echar las sandalias de bronce del impio, y descubrióse la superchería (6).

Los sofistas, lo mismo que los heresiarcas, entregábase á toda clase de locuras: los platónicos se quitaban la vida como los circunceliones; y los cínicos desafiaban al pudor como los priscilianos. En las escuelas de Atenas y de Alejandría los maestros atraían el pueblo á sus facciones; sus discípulos corrían delante de los recién venidos para grangearse su voluntad, gritando, saltando y golpeándose á manera de furiosos.

(1) Suid. Athen., lib. IV, pág. 162.

(2) Lært., lib. in *Pyrrhon*.

(3) Id., lib. VII.

(4) Id., lib. IX. in *Dem*.

(5) Id., in *Heracl*.

(6) Id. lib. VIII; Lucian.; Strab., lib. VI.

Luciano representa á Menippo disfrazado con una clava, una lira y una piel de leon, y gritando: «¡Yo te saludo, pórtico soberbio, entrada de mi palacio!» En seguida Menippo cuenta á Filonidas, que cansado de la incertidumbre de las doctrinas, habiase dirigido á un discípulo de Zoroastro, cuyo mago, es por excelencia llamado Mithrobarzanes, tenia largos los cabellos y la barba. Tomó á Menippo bajo su cargo, le lavó tres meses enteros en el Eufrates, siguiendo el curso de la luna y murmurando largas preces: le escupió tres veces en la nariz; le zambulló del Eufrates en el Tigris; le purificó con la cebolla marina; le condujo á su morada, caminando hácia atrás; le armó con la clava, la lira y la piel del leon, y le encargó que se llamase Ulises, Hércules ú Orfeo. Acabada la iniciacion, Menippo descendió á los infiernos, conducido por Mithrobarzanes: alli le aconsejó Tiresias que olvidase las quimeras filosóficas, diciéndole: «La mejor vida es la mas comun.»

Las *sectas en almoneda* presentan el cuadro completo de las diversas sectas. Júpiter manda preparar sillas: Mercurio, investido con el cargo de ugier, llama á los mercaderes para que compren toda suerte de vidas filosóficas, que se pagarán dentro de un año, mediante caucion. Júpiter manda comenzar por la secta itálica.

MERCURIO.

¡Hola, Pitágoras, descende y da una vuelta por la plaza! ¡Qué vida tan celestial! ¿Quién la comprará? ¿Quién quiere ser mas grande que el hombre? ¿Quién quiere conocer la armonía de las esferas y revivir despues de muerto?

UN MERCADER.

¿De dónde eres tú?

PITAGORAS.

De Samos.

EL MERCADER.

¿En dónde has estudiado?

PITAGORAS.

En Egipto, entre los sábios.

EL MERCADER.

Si te compro, ¿qué me enseñarás?

PITAGORAS.

Haré que te acuerdes de lo que supiste en otro tiempo.

EL MERCADER.

¿Cómo?

PITAGORAS.

Purificando tu alma.

EL MERCADER.

¿Cómo la instruirás?

PITAGORAS.

Por medio del silencio. Estarás cinco años sin hablar.

EL MERCADER.

¿Y despues?

PITAGORAS.

Te enseñaré la geometría, la música y la aritmética.

EL MERCADER.

La aritmética la sé.

PITAGORAS.

¿Cómo cuentas tú?

EL MERCADER.

Uno, dos, tres, cuatro.

PITAGORAS.

Te equivocas: cuatro es diez, el triángulo perfecto y el juramento, etc.

(Desnudan á Pitágoras y se le ve una pierna de oro. Trescientos mercaderes le compran por diez minas).

(Llaman á Diógenes).

UN MERCADER.

¿Qué haré de este animal sino un sepulturero ó un aguador?

MERCURIO.

No, un portero, porque ladra y se llama á sí mismo perro.

EL MERCADER.

Temo que me muerda, porque rechina los dientes y me mira de reojo.

MERCURIO.

No temas, está domesticado.

EL MERCADER.

Amigo, ¿de qué país eres?

DIÓGENES.

De todos los paises.

EL MERCADER.

¿Qué profesion es la tuya?

DIÓGENES.

Médico del alma , heraldo de la libertad y de la verdad.

EL MERCADER.

Maestro, si te compro ¿qué me enseñarás?

DIÓGENES.

Te encerraré con la miseria, y no curarás ni de tus parientes ni de tu patria; abandonarás la casa paterna; habitarás algunas ruinas, algun sepulcro, ó como yo, un tonel. Tu renta consistirá en tu alforja llena de mendrugos y de libracos viejos: disputarás con Júpiter sobre la felicidad, y si te azotan te reirás.

EL MERCADER.

Para eso habia de tener mi piel una escama como la de la ostra ó la tortuga.

DIÓGENES.

Voy á esplicarte mi doctrina: censurarle todo , tener la voz áspera como el perro, el aspecto bárbaro, el talento feroz y selvático; vivir en medio de la multitud como si no hubiese nadie ; estar solo en medio de todos; preferir la Venus ridícula, y entregarse en público á las cosas que otros se avergüenzan de hacer en secreto. Si te fastidias tomarás un poco de cicuta, y te irás de este mundo: tal es la ventura, ¿la quieres?

Despues de Diógenes, por el que dieron dos óbo-

los, Mercurio hizo venir á Aristippo, que estaba ébrio y no podía responder. Mercurio esplicó su doctrina, que consistía en no cuidarse de nada, en servirse de todo, y en buscar el deleite sin mirar donde.

Heráclito y Demócrito, compendio de la sabiduría y de la locura, sucedieron á Aristippo: el uno reía y el otro lloraba. Demócrito reía porque todo es vanidad, y el hombre no es sino un concurso de átomos producidos por el acaso. Heráclito lloraba porque el placer es dolor, el saber ignorancia, la grandeza baja, la salud enfermedad, y el mundo un niño que juega á la taba y se atormenta por un sueño. Heráclito se lamenta de lo pasado, se acusa de lo presente, y se asusta de lo futuro.

Júpiter mandó avisar á Sócrates.

UN MERCADER.

¿Quién eres tú?

SÓCRATES.

Un amator de los mancebos y maestro en el arte de amar.

EL MERCADER.

En ese caso mi hijo es demasiado hermoso para que te confie su educacion.

SÓCRATES.

No soy apasionado del cuerpo sino del espíritu: aun cuando durmiese con tu hijo, no mediaría entre nosotros deshonestidad alguna.

EL MERCADER.

Eso es muy sospechoso....

SÓCRATES.

Lo juro por el perro y el plátano.

EL MERCADER.

¿Cuál es tu doctrina?

SÓCRATES.

He inventado una república, y me gobierno segun sus leyes.

EL MERCADER.

¿Qué se hace en tu república?

SÓCRATES.

Las mugeres no pertenecen á un solo marido, porque cada hombre puede tener comercio con todas.

EL MERCADER.

¿Quedarán abolidas, pues, las leyes contra el adulterio?

SÓCRATES.

Simplezas.

EL MERCADER.

¿Y qué ley has promulgado para los mancebos hermosos?

SÓCRATES.

Serán el premio de la virtud, y su amor la recompensa del denuedo.

Vendieron á Sócrates por dos talentos.

Epicuro llega despues de Sócrates. Este, dijo Mercurio, es el discípulo del ruseño Demócrito, y del gran bebedor Aristippo: agrádanle las cosas dulces y melosas.

Crisippo el estoico, con la barba larga y los cabellos cortos, es pregonado como la virtud misma, y el censor del género humano. Crisippo es el solo sabio;

rico, elocuente, bueno, justo: explica al mercader ab-sorto que existen cosas principales, y cosas menos principales; accidentes, y accidentes de accidentes; pretende enseñarle silogismos: *El segador, el predominante, el electa, el enmascarado*; pruébale que el mercader no conoce á su padre, que es una piedra ó un animal, un animal ó una piedra (1).

El peripatético sucede al estóico: sabe cuanto tiempo vive un mosquito; hasta qué profundidad penetran los rayos del sol en el mar, y cual es el alma de las ostras (2). El diálogo termina en Pirrias.

EL MERCADER.

¿Tú qué sabes, Pirrias?

EL FILÓSOFO.

Nada (3).

EL MERCADER.

¿Cómo nada?

EL FILÓSOFO.

Porque no sé si existe alguna cosa.

EL MERCADER.

¿Y nosotros no existimos?

EL FILÓSOFO.

No sé (4).

(1) *Lapis est corpus: nonne et animal corpus est. Tu vero lapis et animal.* (*Lucian., Vitar. Auct.*, pág. 497).

(2) *Quam profunde sol radios emittat in mare;*

Denique qualem animam habeant ostra.

(*Id.*, pág. 498).

(3) *Id., ibid.*

(4) *Id.* pág. 498.

EL MERCADER.
¿Y tú no existes?

EL FILÓSOFO.
Aun lo sé menos (1).

EL MERCADER.
Acabo de comprarte: ¿no eres mío?

EL FILÓSOFO.
Me abstengo y considero (2).

EL MERCADER.
Sígueme, eres mi esclavo.

EL FILÓSOFO.
¿Quién lo sabe?

EL MERCADER.
Los que están aquí.

EL FILÓSOFO.
¿Qué, hay aquí alguno?

EL MERCADER.
Te probaré que soy tu dueño. (*Le golpea*).

EL FILÓSOFO.
Me abstengo y considero.

Luciano, en la *Hermotina* ó las *Sectas*, acaba de destruir el edificio del orgullo humano.

De este modo aparecían vencidos y agostados por el tiempo los filósofos que fueron en otro tiempo honor de

(1) *Id. ibid.*

(2) *Id.*, pág. 699.

la humanidad; los sabios que entre las naciones manchadas y materialistas habían conservado las verdades de la ciencia, de la moral y de la religion natural, hasta que se corrompieron con la muchedumbre, á causa de la misma enfermedad de la sabiduria.

Tal era la sociedad romana: sus generaciones habían caducado, y los bárbaros se presentaban como segadores que vienen de provincias remotas á cortar nuestras yerbas y nuestras mieses: los cristianos y los paganos iban á caer en los sulcos, conforme al peso de su valor respectivo. Embelesado el hombre con las delicias de la vida, no veía como se iban acercando el franco, el godo, el vándalo, sino cuando tenía próxima su muerte; y entretanto el anacoreta, el sacerdote y el obispo, buscaban los medios de aplacar á los vencedores, y convertir las calamidades públicas en un motivo y medio de alistar nuevos soldados en el estandarte del Crucificado.

ESTUDIO SESTO
ó
SESTO DISCURSO

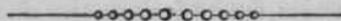
SOBRE LA CAIDA

DEL IMPERIO ROMANO,

EL NACIMIENTO Y LOS PROGRESOS

DEL CRISTIANISMO,

Y LA INVASION DE LOS BARBAROS.



PRIMERA PARTE.



COSTUMBRES DE LOS BARBAROS.

Todo lo que se puede encontrar de mas diferente y extraordinario y feroz en las costumbres de los salvages, se ofreció á la vista de Roma: vió poco á poco primero, y despues de un golpe, en el corazon y provincias de su imperio, hombres de pequeña estatura, flacos y morenos, ó cierta raza de gigantes, de ojos

verdes (1), los cabellos rubios lavados en agua de cal, y frotados con manteca agria, ó con cenizas de fresno (2); los unos desnudos, adornados de collares, de anillos de hierro, de brazaletes de oro; los otros cubiertos de pieles, de sayos, de bragas largas, y túnicas estrechas y pintadas (3); unos cubiertos con cascos que remedaban hocicos de bestias feroces (4), y otros rasos de barba y colodrillo (5), ó con largas barbas y bigotes. Los unos esgrimian á pie mazos, martillos, lanzas, armas arrojadizas de dos ganchos, hachas de dos filos (6), hondas, flechas armadas con huesos agu-

- (1) Tum lumine glauco
Albet aquosa acies.
Apollin., in *Paneg. Major.*
- (2) Calcis enim lixivia frequenter capillos lavant.
Diod., lib. V.
Infundens acido comam butyro...
Apollin., carm. XII.
- (3) Strictius assuetæ vestes proceræ cœrcent. (*Franci.*)
Membra virum, patet his altato tegmine poples. (*Ibid.*)
Coloratis sagulis pube tenus amictu.
Amm., lib. XIV, cap. IV.
- (4) Todos los caballeros cimbrros llevaban cascos en figura de bocas abiertas, y de hocicos de toda especie de fieras raras y horribles, y hacíanles aun mas altos con penachos en forma de alas, de una altura prodigiosa, con lo que su estatura parecia gigantesca. Iban armados de corazas brillantísimas, y cubríanse con escudos blancos del todo. (*Plut., in Mar.*)
- (5) Ad frontem coma tracta jacet, mudata cervix
Setarum per summa nitet.
Apollin. in *Paneg. Major.*
- (6) Ancipitibus, securibus et angonibus præcipue rem gerunt (*Franci*); sunt vero angones hastæ quædam neque admodum parvæ, neque admodum magnæ ad jactu feriendum, sic ubi opus fuerit, et ubi cominus collato pede configendum est, impetusque faciendus accommodatæ. Hæplera que sui parti

dos (4), redes y tiras de cuero (2), espadas cortas y largas; y los otros cabalgando sobre altos caballos cubiertos de hierro (3), ó yeguas feas y ruines, pero rápidas como las águilas (4). En las llanuras los bárbaros peleaban desparramados (5), ó formados en punta (6), ó arrollados en masa: en los bosques se encaramaban á los árboles, objetos de su culto, y combatian (7) llevados en hombros y en brazos de sus dioses.

ferro sunt obductæ, ita ut perparum ligni a laminis ferreis nudum conspiciatur, atque adeo vix totæ imæ hastæ cuspis. (Agath. *Hist.*, lib. II).

(1) Sola in sagittis spes, quas inopia ferri ossibus asperant. (Tac., *de Mor. Ger.*) Missilibus telis acutis ossibus arte mira coagmentatis. (Amm., lib. XXXI, cap. II).

(2) Contortis laciniis illigant, ut laqueatis resistentium membris equitandi vel gravandi adimant facultatem. (Amm., lib. XXXI, cap. II). Laqueis interceperunt hostes, trahendo conficere. (Pomp. Mel., lib. I, *cap. últ.*)

(3) Aquellos cabalgan sobre los bridones armados de hierro. (*Panegy. veter.*, VI-VII, pág. 138, 166, 167.) Vemos aqui que la armadura completa de hierro imitada de los persas por los romanos, era conocida mucho antes de la caballería. Del mismo modo existen una porcion de usos que se han colocado algunos siglos demasiado bajos.

(4) Equis. . . duris. . . sed deformibus. (Amm., l. XXXI, c. II).

(5) Et his artibus Hunni Gothis superiores evasere, partim enim circumequitando, partim excurrando et opportune retrocedendo, jaculantes ex equis maximam Gothorum caedem fecere. (*Teste Zosimo*, pág. 747: *Vales. Annot. in Amm.*, lib. XXXI, cap. II, pág. 473).

(6) Acies per cuneos componitur. (Tac., *de Mor. Germ.*, c. VI).

(7) Molientibus hostium rari apparuere, qui conjunctis arborum truncis . . . velut e fastigiis turrium, sagittas tormentorum ritu effudere. . . (Greg. Tur., lib. II, cap. IX. Herodian, lib. VII, cap. V).

Volúmenes enteros apenas bastarían para describir las costumbres y usos de tantos pueblos.

Los agathirsos, como igualmente los pictos, manchábanse el cuerpo y cabellos con color azul: las gentes de clase inferior pintaban las motas raras y pequeñas, mientras que los nobles las llevaban grandes y unidas (1).

Los alanos no cultivaban la tierra: alimentábanse con leche y con carne de los ganados, y erraban en sus carromatos de corteza, de desierto en desierto. Cuando sus animales habían consumido todas las yerbas de los contornos, colocaban sus ciudades sobre sus carros, y marchaban á plantarlas á otra parte (2), y el sitio donde se paraban era su patria (3). Los alanos eran altos y hermosos; tenían la cabellera casi rubia, y había en sus miradas un no sé qué terrible y suave al propio tiempo (4). No conocían la esclavitud, porque todos descendían de origen libre (5).

Los godos, que eran como los alanos, de raza escandinava, asemejábanse á los postreros; pero habíanse entregado menos á las costumbres esclavas, y propendían mas á la civilización. Apolinario nos pintó un consejo de godos de edad avanzada. «Conforme á su antigua costumbre, reúnen sus ancianos al salir el

(1) Agathyrsi interstincti colore cæruleo corpora simul et crines, et humiles quidem minutis atque raris, nobiles vero latis, fucatis et densioribus notis. (Amm. Marc., l. XXXI, c. II.)

(2) Velut carpentis civitates impositas vehunt. (*Id.*, lib. XIII, cap. II.)

(3) Quocumque ierint illic genuinum existimant larem. (*Id.*, *ibid.*)

(4) Crinibus mediocriter flavis, oculorum temperata torvitate, terribiles (*Id.*, *ibid.*)

(5) El latín dico mas: *Omnes generoso semine procreavit.* (*Id.*, *ibid.*)

sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No es posible ver sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos; y las pieles con que se visten apenas descienden más allá de las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta (1). » Y ¿para qué se habían reunido aquellos godos? para indignarse de que un vándalo hubiese tomado á Roma, y para elegir un emperador romano.

El sarraceno, así como el alano, era nómada: montado en su dromedario, vagando por las soledades sin límites, mudando á cada instante de tierra y de clima, su vida parecía una fuga (2).

Los hunos parecieron horribles á los bárbaros mismos: miraban con horror á aquellos caballeros de cuello grueso, las mejillas picadas, el rostro ennegrecido, aplastado y sin barba, la cabeza en figura de bola de hueso y de carne, los ojos parecidos á dos hoyos (3), la voz aguda y el aspecto selvático. La fama los pintaba en Roma como unas bestias de dos pies, ó como las eligies disformes que colocaba la antigüedad en los puentes (4). Suponíaseles un origen

(1) Apoll., *in Avit.*

(2) Errant semper per spatia longe lateque distenta,.... Nec idem perferunt diutius cælum, aut tractus unius soli illis unquam placet. Vita est illis semper in fuga. (Amm. Mar., lib. XIV, cap. V.)

(3) Eo quod erat eis species pavenda nigredine, sed velut quædam (si dici fas est) deformis offa, non facies, habensque magis puncta quam lumina. . . . nam maribus ferro genas secant. . . . hinc imberbes senescunt. (Jornand., *de reb. Get.*, cap. XXIV.) Ubi quoniam ab ipsis nascendi primitus infantum ferro sulcantur altius genæ. (Amm. Marcell.)

(4) Prodigiosa formæ et pandi, ut bipedes existimes bestias, vel quales in commarguandis pontibus effigiati stipites dolantur incompte. (Amm., lib. XXXI, cap. II.)

digno del terror que inspiraban: habíase divulgado que descendían de ciertas hechiceras llamadas *Aliorumna*, que espulsadas de la sociedad por el rey de los godos Felimer, se habían juntado en el desierto con los demonios (1).

Los hunos, diferentes en todo de los otros hombres, no usaban el fuego ni viandas preparadas: alimentábanse de yerbas bravias y de carnes medio crudas, puestas un instante entre sus piernas, ó calentadas entre la silla y la espalda de sus caballos (2). Llevaban atadas al cuello sus túnicas de tela colorada y de pieles de turones, las que no se quitaban hasta que caían hechas pedazos (3). Sepultaban la cabeza en gorros redondos de piel, y sus velludas piernas en una especie de cañones de piel de cabra (4). Hubiérase dicho que estaban clavados en sus caballos pequeños y

(1) Sicut a nobis dictum est, reperit in populo suo (Felimer, rex Gothorum (quasdam magas mulieres quas patrio sermone *Aliorumnas* is ipse cognominat, easque habens suspectas de medio sui proturbat, longeque ab exercitu suo fugatas in soletudinem cœgit terræ. Quas spiritus inmundi per eremum vagantes dum vidissent, et earum se complexibus in coitu miscuissent, genus hoc ferocissimum edidere. (Jornand., cap. XXIV.)

(2) In hominum autem figura licet insuavi ita viri sunt asperi, ut neque igni, neque saporatis indigeant cibis, sed radicibus herbarum agrestium et semicruda cujusvis pecoris carne vescantur, quam inter femora sua et equorum terga subsertam, fotu calefaciunt brevi, (Amm., lib. XXXI, cap. II).

(3) Indumentis operiuntur linteis, vel ex pellibus silvestrium murium consarcinatis. . . . Sed semel obsoleti coloris tunica collo inserta non ante deponitur aut mutatur, quam diuturna carie in pannulus defluxerit defrustata. (*Id.*, *ibid.*)

(4) Galeris incurvis capita tegunt, hirsuta crura coriis munientes hædinis. (*Id.*, *ibid.*) San Gerónimo da á estos gorros el nombre de tiaras, *tiaras galeis*. (*In epitaph. Nepot.*)

mal formados, pero infatigables. Muchas veces se sostenian en ellos sentados como las mugeres, y alli trataban de negocios, deliberando, vendiendo, comprando, bebiendo, comiendo, durmiendo sobre el cuello angosto del animal, y entregándose profundamente á toda clase de ensueños (1).

Los hunos, sin morada fija, sin hogar, sin leyes y sin hábitos domésticos, iban errantes en los carros que habitaban. En estas chozas móviles las mugeres componian sus vestidos, se entregaban á sus maridos, parian y daban de mamar á sus hijos hasta la edad de la pubertad. En aquellas generaciones ninguno podia decir de donde provenia, porque habia sido concebido lejos del lugar de su nacimiento, y educado mas lejos todavía (2). Semejante modo de vivir en carruages con ruedas estaba en uso en muchos pueblos, y principalmente entre los francos. Mavoriano sorprendió un matrimonio de aquel pueblo. «La comarca vecina resonaba con el estruendo de una boda: los enemigos

(1) Verum equis prope affixi duris quidem, sed deformibus, et muliebriter iisdem nonnumque incidentes funguntur muneribus consuetis. Ex ipsis quivis in hac natione pernox et per dies emit et vendit, cibumque sumit et potum, et inclinatus cervici augustæ jumenti, in altum soporem adusque varietatem effunditur somniorum. (*Id.*, *ibid*).

Nec plus nubigenas duplex natura biformes
Cognatis aptavit equis.

Claudiam., in *Ruf. de Hunn.*, lib. I.

(2) Omnes enim sine sedibus fixis, absque laro vel lege aut ritu stabili dispalantur, semper fugientium similes cum carpentis in quibus habitant: ubi conjuges tetra illis vestimenta contexunt, et cœunt cum maritis, et pariunt et adusque pubertatem nutriunt pueros. Nullusque apud eos interrogatus respondere unde oritur potest, alibi conceptus, natusque procul et longius educatus. (*Id.*, *ibid*).

celebraban bailando á manera de los escitas, el himeneo de un mancebo de rubia cabellera. Después de la derrota halláronse los preparativos de la errante fiesta; las ollas, los manjares de los convidados, todo el festin quedó prisionero, y las odoríferas coronas de flores. . . . El vencedor se apoderó del carro de la desposada (1).»

Sidonio es un testigo muy notable de las costumbres de los bárbaros, cuya invasión presenciaba. «Hállome, dice, en medio de los pueblos de larga cabellera, obligado á oír el carruage del germano, y á aplaudir con un gesto forzado el canto del ébrio borgoñés con los cabellos untados con manteca agria. . . .

Felices vuestros ojos, felices vuestros oídos, que no los ven ni los oyen: dichosa vuestra nariz, que no percibe diez veces cada mañana el olor pestífero del ajo y de la cebolla (2).»

- (1) fors ripæ colle propinquo,
Barbaricus resonabat hymen, scythicisque choreis
Erudebat flavo similis nova nupta marito.

.
Barbarici vaga festa tori convictaque passim
Fercula captivasque dapes, cirroque madente
Ferre coronatos redolentia sarta lebetes.
. rapit esseda victor
Nebentemque nurum.

Apollin., in *Panegyri. Major.*

- (2) Inter crinigenas situm catervas,
Et germanica verba sustinentem,
Laudentem tetro subinde vultu,
Quos Burgundio cantat esculentus,
Infundens acido comam butyro?
Felices oculos tuos et aures,
Felicem atque libet vocare nasum,
Cui non alia sordidæque cepæ
Ruetant mane novo ducem apparatus.

Apollin., *carm. XII.*

Todos los bárbaros no eran igualmente brutos: los francos, confundidos hacia largo tiempo con los romanos, habían adoptado parte de sus modales y de su elegancia. «Su jefe, de juvenil edad, caminaba á pie en medio de los suyos: su vestido de escarlata y de seda blanca, veíase enriquecido con el oro; y su cabellera y su color participaban del esplendor de su vestido. Sus compañeros iban calzados de pieles velludas de animales; llevaban las piernas y las rodillas desnudas; los sobre-todos pintarrajados de aquellos guerreros subían muy altos, ajustaban las caderas y bajaban hasta las pantorrillas; pero sus mangas no pasaban del codo. Encima de este primer vestido llevaban una especie de saya de color verde, bordada de oro, y despues como un manto aforrado y sujetado por un broche (1). Las espadas de los guerreros colgaban de un estrecho cinturón, y sus armas les servían tanto de adorno como de defensa: asian con la mano derecha picas de dos ganchos ó hachas para arrojarlas, y ocultaban el brazo izquierdo debajo de un escudo con adornos de plata y con la abolladura dorada (2).» Tales eran nuestros padres.

Sidonio llegó á Burdeos, y encontró cerca de Eurico, rey de los visogodos, á diversos bárbaros que sufrían el yugo de la conquista. «Aqui se presenta el sajón con los ojos azules; firme en las ondas, vacila en la tierra. Aqui el antiguo sicambro, con el colodriño rapado, se echa atrás, cuando queda vencido, los cabellos renacientes sobre el envejecido cuello: aqui vaga el herulo con las megillas verdosas, que labra el fondo del Océano, y disputa su color al alga; aqui el

(1) Especie de manto que se usaba en los pueblos que habitaban las orillas del Rin.

(2) Apollin., lib. IV, *Épist. ad Domnit.*

borgoñés, que tiene siete pies de alto, mendiga la paz doblando la rodilla (1).

Acostumbraban generalmente todos los bárbaros á beber la cerveza, el agua, la leche y el vino en el cráneo de los enemigos. Cuando salían vencedores entregábanse á mil actos feroces; las cabezas de los romanos rodeaban el campo de Varo, y degollaron á los centuriones en los altares de la divinidad de la guerra (2); y si quedaban vencidos convertían contra sí propios su furor. Los compañeros de la primera línea de los cimbras, á quienes derrotó Mario, estaban atados los unos á los otros, porque habían querido imposibilitarse para retroceder y verse en la necesidad de morir. Sus esposas se armaron con espadas y con hachas: aullando, rechinando los dientes de rabia y de dolor, herían á cimbras y á romanos, á los primeros por cobardes, y á los segundos por enemigos; y en medio de la pelea cogían las espadas cortantes de los legionarios con las manos desnudas, arrancábanles los

- (1) Istic Saxona cærum videmus,
 Assuetum ante salo, solum timero,
 Hic tonso occipiti, senex Sicamber,
 Potsquam victus est, elicit retrorsum
 Cervicem ad veterem novos capillos:
 Hic glaucis Herulus genis vagatur,
 Imos Oceani colens recessus.
 Algos prope concolor profundo.
 Hic Burgundio septipes frequenter
 Flexo poplite supplicat quietem.

Apollin., lib. VIII, epist. IX.

- (2) Medio campi albertia ossa, ut fugerant, ut restiterant, disjecta vel aggerata. Adjacebant fragmina telorum, equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora; lucis propinquis barbaræ aræ, apud quod tribunos, ac primorum ordinum centuriones mactaverant et cladis ejus superstites, pugnam aut vincula elapsi, referebant, hic cecidisse legatos. illic raptas aquilas. (Tacit., Ann. 1, 61.)

escudos, y se hacian dar la muerte. Vióselas sangrientas, desahenadas, vestidas de negro, subir á los carros, matar á sus maridos, á sus hermanos, á sus padres, á sus hijos; ahogar á los recién nacidos, arrojarlos á los pies de los caballos, y traspasarse á puñaladas. Una de ellas se ahorcó de la punta del timon de su carro, despues de haber atado del cuello á sus dos hijos uno de cada pie. A falta de árboles para lograr el mismo suplicio, los vencidos cimbrós se ponian un lazo corredizo al cuello, y ataban el extremo de la cuerda del lazo á las piernas ó á los cuernos de sus toros, y estimulando a la yunta con el aguijon aquellos labradores de nueva especie, abrianse la tumba (1).

Tan terribles costumbres pertenecen á los bárbaros del siglo V. Su grito de guerra hacia palpitar el corazon del mas intrépido romano, y los germanos lanzaban este grito sobre el borde de sus escudos aplicados á sus labios (2): ya he dicho que el sonido del cuerno de los godos era célebre.

A mas de las semejanzas y diferencias de costumbres, aquellos pueblos se distinguian los unos de los otros por los matices del carácter. «Los godos son bellacos, pero castos, dice Salviano; los alemanes impúdicos, pero sinceros; los francos mentirosos, pero hospitalarios; y los sajones crueles, pero enemigos del deleite (3).» El mismo autor hace el elogio de la ho-

(1) Plut., *in Vit Marii*.

(2) Nec tam voces illæ quam virtutis concentus videntur. Adfectatur præcipue asperitas soni, et fractum murmur objectis ad os scutis, quo plenior et gravior vox repercussu intumescat. (Tacit., *de Mor. Germ.* III.)

(3) Gothorum gens perfida, sed pudica est: Alamanorum impudica, sed minus perfida: Franci mendaces, sed hospitales: Saxones crudelitate efferi, sed castitate mirandi. (Salv., *de Gubern. Dei.*, lib. VII, pág. 256. Parisiis, 1608.)

nestidad de los godos, y principalmente de la de los vándalos. Los taifalas, poblacion de la Dacia, pecaban por el extremo contrario: obligaban á los mancebos á casarse por medio de un contrato con los hombres, consumiéndose la flor de la juventud en tan execrables uniones, y no se libraban de sus incestos hasta despues de haber muerto un jabali ú un oso (1).

La sed del oro devoraba á los hunos, pérfidos en las treguas: abandonados al instinto de los brutos, ignoraban la honestidad y la deshonestidad. Oscuros en su language, libres de toda religion y supersticion, ningun respeto divino les sujetaba. Coléricos y caprichosos, separábanse en un mismo dia de sus amigos, sin que los hubiesen irritado con una sola palabra, y volvian, sin que se hubiese procurado calmarlos (2).

Algunas de estas razas eran antropófagas. Un sarraceno velludo, y desnudo hasta la cintura, lanzando un grito ronco y lúgubre, precipitóse con espada en mano sobre los godos llegados al pie de las murallas de Constantinopla, despues de la derrota de Valente; aplicó sus labios á la garganta del enemigo que habia herido, y chupó la sangre, mientras le miraban horrorizados los espectadores (3). Los escitas de Europa mostraban ese mismo instinto del huron y de la hie-

(4) *Ut apud eos nefandi concubitus fœdere copulentur maribus puberes; ætatis viriditatem in eorum pollutis usibus consumpturi. Porro si quis jam adultus aprum exceperit solus, vel interemerit ursum immanem, colluvione liberatur incesti.* (Amm., lib. XXXI, cap. IX.)

(2) *Amm. Marcell., lib. XXXI, cap. II.*

(3) *Ex ea enim crinitus quidam, nudus omnia præter pubem, subraucum et lugubre strepens, educto pugione agmini se medio Gothorum inseruit, et interfecti hostis jugulo labra admovit, effusumque cruorem exsuxit.* (Amm., libro XXXI, cap. XVI.)

na (1). San Geronimo vió en las Galias á los atticotas, hordas de bretones, que se alimentaban de carne humana, y que á pesar de tener en los bosques ganados de puercos y de otros animales, cortaban los pechos á las pastoras, las partes mas succulentas á los pastores, porque era para ellos un delicioso festin (2). Los alanos arrancaban la cabeza del enemigo vencido, y cubrian los caballos con la piel de su cadáver (3). Los budinos y los gelones hacianse tambien vestidos y mantillas para los caballos con la piel de los vencidos (4), cuya cabeza se reservaban (5). Los mismos gelones se cortaban las megillas: el rostro acuchillado, y las heridas que tenian costras lívidas y una cresta roja, honraban sobre todo (6).

La independendencia componia el fondo del bárbaro, como la patria componia el fondo del romano, segun

(1) *Ipsis ex vulneribus ebibere.* (Pom. Mela, *de Scyt. Europ.*, lib. II, cap. I.)

(2) *Quid loquar de cæteris nationibus, quum ipse adolescentulus in Gallia viderim Atticotos, gentem britannicam, humanis vesci carnibus; et quum per silvas porcorum greges et armentorum pecudumque reperiant, pastorum nates et feminarum, et papillas solere abscindere, et has solas ciborum delicias arbitrari?* (S. Hieron.; tom. IV, pág. 201, *adv. Jovin.*, lib. II.)

(3) *Interfectorum avulsis capitibus detractas pelles pro phaleris jumentis accomodant bellatois.* (Amm. Marc., lib. XXI, cap. II.)

(4) *Budini sunt et Geloni perquam feri, qui detractis cutibus hostium indumenta sibi, equisque tegmina conficiunt.* (*Id. ibid.*)

(5) *Illos reliqui corpori; se, capitum.* .. (Pom. Mela, libro XI, cap. IV.)

(6) *Illustri jam tum donatur celsus honore,
Squameus et rutulis etiamnum livida crestis
Ora gerens.*

Apollin., *in Paneg. Avit.*, V. 211.

la expresión de Bo-suet. Ser vencido ó encadenado, parecía á estos hombres de batallas y de bosques mas insufrible que la muerte: la risa al espirar era la señal distintiva del héroe. Sajon el Gramático dice de un guerrero: «Cayó, rióse, y murió (1).» Las lenguas germánicas tenían un nombre particular para designar á los entusiastas de la muerte; tales eran los hombres que debían hacer la conquista del mundo.

En su edad heroica las naciones enteras son poetas; los bárbaros sentían la pasión de la música y de los versos, y su musa se despertaba al son de los combates, de los festines y de los funerales. Los germanos celebraban á su dios Tuiston (2) en cánticos antiguos: cuando se movían para dar la carga, entonaban en coro el Bardito, y por la manera mas ó menos vigorosa con que resonaba este himno, presagiaban el éxito futuro del combate (3).

Entre los galos, los bardos estaban encargados de transmitir á la posteridad el recuerdo de las cosas dignas de alabanza (4).

Jornandés cuenta que en la época en que escribía, oía repetir todavía á los godos los versos consagrados á su legislador (5). En el banquete real de Atila, dos gepidos celebraron las hazañas de los antiguos guerreros, y sus cánticos de gloria en la mesa, animaban con un enternecimiento marcial el rostro de los convidados. Los caballeros que ejecutaron en torno del fé-

(1) Mallet., *Intraduc. á la hist. de Danem.*, cap. XIX. Sax Gramm.

(2) Celebrant carminibus antiquis Tuistonem Deum.

(3) Sunt illis hæc quoque carmina quorum relatu, quem *Barditum* vocant, accendunt animos futuræque pugnae fortunam ipso cantu augurantur. (Tac., *de Mort. Germ.* III.)

(4) Bardí, qui de laudationibus rebusque poeticis student. (Strab. lib. VI.)

(5) Jornand., lib. VIII.

retro del héroe tártaro una especie de torneo fúnebre, cantaban: «Aquí yace Atila, rey de los hunos, engendrado por su padre Mundzuch. Vencedor de las más fieras naciones, reunió bajo su poder la Escitia y la Germania, que ninguno había conseguido antes de Atila. Ambas capitales del imperio romano temblaban al oír su nombre; y aplacado con su sumisión, contentóse con hacerlas tributarias. Atila, amado del destino hasta su postrer aliento, terminó sus días, no á manos del hierro enemigo ni de la traición doméstica, sino sin dolor, y en medio de la alegría. ¿Hay muerte más dulce que la que no recuerda venganza alguna?» (1)

Un manuscrito original de la abadía de Fulda, que ahora se halla en Cassel (2), ha salvado casualmente de la destrucción el fragmento de un poema teutónico, que reúne los nombres de Hildebrando, de Teodorico, de Hermanrico, de Odoacro y de Atila. Hildebrando, á quien su hijo no quiere reconocer, grita: «¡Qué destino es el mío! He marchado errante fuera de mi país sesenta inviernos y sesenta estíos, y ahora es preciso que mi propio hijo me tienda muerto con su hacha, ó sea yo su asesino.»

El Edda (la abuela), colección de la mitología escandinava; los Sagga, ó las tradiciones históricas de

(1) Præcipuus Hunnorum rex Attila, patre genitus Mundzucco, fortissimarum gentium dominus, qui inaudita ante se potentia solus scythica et germanica regna possedit, nec non utraque romanæ urbis imperia captis civitatibus terruit, et ne præda reliqua subderent, placatus precibus, annum vectigal accepit. Quumque hæc omnis proventu felicitatis egerit, non vulnere hostium, non fraude suorum, sed gente incolumi inter gaudia lætus, sine sensu doloris occubuit. Quis ego huna dicat exitum, quem nullus æstimat vindicandum? (Jornand., cap. XLV.)

(2) Véase la nota 4, pág. 205.

los mismos países; los cantos de los Escaldas, transcritos por Sajon el Gramático, ó conservados por Olao-Wormsins en su *Literatura rúnica*, presentan una multitud de ejemplos de tales poetas. He copiado en otra parte una imitación del poema lírico de Lodbrog, guerrero escalda y pirata. «Hemos combatido con la espada. . . .

. . . . Las águilas y las aves de pies amarillos, lanzaban chillidos de alegría. . . . Las vírgenes han llorado largo tiempo. . . . Deslizanse las horas de la vida: sonreiremos cuando hayamos de morir (1).» Otro canto sacado del Edda se espresa con la misma energía y con la propia ferocidad.

Hogni y Gunar, dos héroes de la raza de los Nifflungos, caen prisioneros de Atila. Dicen á Gunar que revele donde existe el tesoro de los Nifflungos, y que rescate su vida con el oro.

El héroe responde:

«Quiero tener en mi mano el corazón de Hogni, estraido, ensangrentado del pecho del valeroso héroe, y arrancado con un puñal embotado del seno de ese hijo del rey.

«Arrebataron el corazón de un cobarde que se llamaba Hialli, y pusieronlo sangriento aun en un plato, y se lo presentaron á Gunar.

(1) *Martyr.*, lib. VI.

Pugnavimos ensibus. . . .

Vitæ elapsæ sunt horæ;

Ridens moriar.

Wormio publicó el texto escandinavo de esta oda en letras rúnicas, *Litt. run.*, pág. 197; y Biorner lo trasladó á su coleccion: tiene veinte y nueve estrofas.

«Entonces Gunar, gefe del pueblo, cantó: Veo aquí el corazon sangriento de Hialli: no es como el corazon de Hogni el Bravo: tiembla en el plato donde le han colocado, y temblaba aun mas, cuando estaba dentro del pecho del cobarde.

«Cuando arrancaron el corazon de Hogni del pecho, rióse el guerrero valeroso, ni aun pensó en quejarse. Dejaron el corazon sangriento en un plato, y lo llevaron á Gunar.

«Entonces este héroe ilustre, de la raza de los Nifflungos, cantó: Aquí veo el corazon de Hogni el Bravo: no se parece al corazon de Hialli el Cobarde: tiembla muy poco en el plato donde le han puesto, y temblaba aun menos, cuando lo encerraba el pecho del bravo.

«Que no te vea yo ¡oh Atili! (Atila) tan lejos de mis ojos como lo estarás siempre de nuestros tesoros. En mi poder está, sin embargo, el tesoro oculto de los Nifflungos, porque Hognj no vive ya.

«Devorábame sin cesar la inquietud cuando vivíamos ambos; pero ya no temo nada, porque soy solo (1).»

(1) «Debo este canto sacado del Edda, y el fragmento del poema épico del manuscrito de Fulde, á Mr. Ampere, de quien he hablado en el prólogo de estos *Estudios*. Causará placer el oír á un literato joven, lleno de saber y de talento, en un género de estudio que ha profundizado, y que faltaba á la Francia. Mi trabajo hubiera parecido menos árido á los lectores, si hubiera podido enriquecerlo con trozos parecidos al siguiente:

«La gran familia de las naciones germánicas (habla Mr. Ampere) puede dividirse en tres ramas, la rama gótica, la rama teutónica, y la rama escandinava.

«No queda mas monumento de las lenguas de los godos, que la traduccion de la Biblia por Ulfilas.»

«El mas antiguo monumento de las lenguas teutónicas es

Resplandece en el último rasgo una sublime ter-
dura.

El carácter de la poesía heroica primitiva es el mismo en todos los pueblos bárbaros: encuéntrase en

un fragmento épico conservado en un manuscrito que contiene el libro de la sabiduría y algunos otros tratados religiosos. Este manuscrito, originario de la abadía de Fulda, se conserva ahora en Cassel, donde lo he visto. En el interior de la cubierta, una mano desconocida trazó el fragmento de que hablo á últimos del siglo octavo, ó en la primera mitad del nono (*). Los personajes que aparecen en este corto trozo, aquellos de quienes habla, su situación respectiva, y los acontecimientos á que alude, todo pertenece al gran ciclo épico de la antigua poesía alemana, de la que los *Nibelungos* y el *Libro de los Héroe*s son ya manantiales mas modernos. El pasaje del manuscrito de Cassel es, pues, el mas antiguo y mas curioso resto de aquel ciclo. Interésanos con doble razon, porque este monumento germánico es para nosotros un monumento nacional. La lengua en que está escrito es el alto alemán, del que el idioma de los francos era un dialecto. El indicado retazo componia parte probablemente de aquellos poemas *bárbaros y ya muy viejos* en el comienzo del siglo nono, que Carlo-Magno mandó recoger, y copió de su propia mano (**).

«Este fragmento contiene la narracion de un encuentro entre dos guerreros del ciclo de que he hablado: el anciano Hildebrand y su hijo Hadebrand. Hildebrand es el amigo, el Mentor del héroe por escelencia de Teodorico. Segun la leyenda, y no segun la historia, Teodorico se habia visto forzado á dejar su reino en manos de Hermanrico, que por instigacion de Odoacro se habia apoderado de él. El héroe fugitivo habia encontrado un asilo al lado del rey de los hunos, Atila. Asi se habia unido de una manera fabulosa el recuer-

(*) Grimm die Beyden altesten deutschen gedichte. Cassel, 1812, pág. 35.

(**) La opinion tantas veces anunciada de que Carlo-Magno no sabia escribir, pareceme una fabula. Veamos lo que dice del mismo un contemporáneo: «It- m barbara et antiquissima carmina quibus vaterum actus et bella cantabantur scripsit memoriaque mandavit.» (Eginhart., Vita Car. Magni., cap. 29.)

el iroqués que precedió á la sociedad en los bosques del Canadá, del mismo modo que en el griego convertido en salvaje que sobrevivió á la sociedad en las montañas del Pindo, donde solo habia quedado la mu-

do de estos cuatro nombres históricos que han permanecido confusamente en la memoria de los pueblos. Habiendo muerto el usurpador, Teodorico volvia á sus estados con el anciano Hildebrand, cuando este encontró á su hijo Hadebrand, que habia permanecido en *Bern* (Verona). No se conocia el uno al otro: y aqui comienza el fragmento cuyo sublime estillo recuerda la escuela homérica:

He oido decir que se provocaron en un encuentro Hildebrand y Hadebrand, el padre y el hijo. Entonces los héroes se quitaron sus mantos () de guerra, vistieron su trage de batalla, y ciñeron por encima sus espadas. Y cuando lanzaban sus caballos al combate, Hildebrand, hijo de Hedebrand, habló: era un varon noble, dotado de prudencia. Preguntó brevemente quien era su padre en la estirpe de los hombres, ó ¿de qué familia provienes tú? Si me lo dices, te daré un vestido de guerra de triple hilo; porque conozco, ¡oh guerrero! toda la raza de los hombres.*

Hadebrand, hijo de Hildebrand, respondió: Los ancianos y sabios de mi pais que al presente han muerto, dijeronme que mi padre se llamaba Hildebrand, y yo me llamo Hadebrand. Un dia fuese hácia Oeste huyendo del odio de Odoacro (Othchr): iba en compañía de Teodorico (Theothrich) y de un gran número de sus héroes. Dejó solos en su pais á su esposa, aun jóven, á su hijo, niño todavia, y á sus armas, que ya no tenian dueño; encaminóse por el lado de Oeste. Despues, cuando comenzaron los infortunios de mi primo Teodorico, cuando se vió sin amigos, mi padre no quiso ya permanecer con Odoacro. Los guerreros valerosos conocian á mi padre, porque este héroe intrépido peleaba siempre á la cabeza del ejército, y se complacia mucho con la pelea: pienso que ya no vive.—Señor de los hombres, dijo Hildebrand, jamás desde lo alto de los cielos consentirás seme-

(*) Esta palabra es de origen al-man, y está empleada en el texto *sacro*. La he conservado, no sabiendo como reemplazarla.

sa armada. «No temo la muerte, decía el iroqués, y ríome de los tormentos. ¡Que no pueda devorar el corazón de mis enemigos!

«Come, ave (es una cabeza que habla á una águila

jante combate entre hombres de la misma sangre. Entonces se quitó un precioso brazalete de oro que ornaba su brazo, y que le habia dado el rey de los hunos: tómale, dijo á su hijo, te lo regalo. Hadebrand, hijo de Hildebrand, respondió: Con la lanza en la mano, punta contra punta, debo recibir tales presentes. Viejo huno, tú eres un perverso compañero; espía diestro, quieres engañarme con tus palabras, y yo quiero echarte abajo con mi lanza. ¿Tan viejo y te atreves á inventar semejantes mentiras? Los hombres de mar, que han navegado en las aguas de los Vendos, me han hablado de un combate, en el que fué muerto Hildebrand, hijo de Herebrand. Hildebrand, hijo de Herebrand, dijo: Veo por tu armadura que no sirves á ningun gese ilustre, y que en este reino no has hecho acciones valerosas. ¡Ay, ay! Dios poderoso, ¿qué destino es el mio? He errado fuera de mi país: sesenta inviernos y sesenta estios. Colocábanme siempre á la cabeza de los combatientes: en ningun fuerte me han puesto las cadenas á los pies, y sin embargo es necesario que mi propio hijo me traspase con su espada, me tienda muerto con su hacha, ó que yo sea su asesino. Puede acontecerte fácilmente, si tu brazo te sirve bien, el que despojes de su armadura á un hombre de corazón, y que desnudes su cadáver: hazlo si crees tener derecho, y sea el mas infame de los hombres del Oeste el que te disuada de este combate que tanto deseas. Buenos compañeros que nos mirais, juzgad en vuestro arrojo quien de los dos puede alabarse de asestar mejor un golpe, quien sabrá apoderarse de ambas armaduras. Entonces hicieron volar sus lanzas arrojadas de puntas cortantes, que se pararon en sus escudos, y despues precipitáronse el uno contra el otro. Resonaban las hachas de piedra. . . . Herian con fuerza sus blancos escudos: sus armaduras estaban rotas, pero sus cuerpos permanecian inmóviles....

«Aquí acaba el fragmento: citaré los primeros versos del

en la enérgica traducción de Mr. Fauriel); come, ave, cómete mi juventud; cobra mi bravura, y tus alas crecerán una vara, y tus uñas un palmo (1).»

Las leyes mismas estaban bajo el dominio de la poesía. Un hombre de un talento raro para la historia, Mr. Thierry, ha observado muy ingeniosamente que

texto para dar una idea del alemán de aquel tiempo; y conoceremos que era mucho, mas sonoro que el alemán de nuestros días.

Ik gihorta that seggen, that sih urhettum anon muotin
Hildibrant enti Hathubrand untar heriuntuem.
Sunu fatar ungo. Iro saro rithun,
Garutun se iro guthamun, gutur sih iro suert ana.
Helidos, uber ringa do si to dero hiltu ritum.

«Para ejemplo de la antigua poesía escandinava citaré el siguiente rasgo sacado del Edda. En él hallaremos tanta grandeza, pero menos calma; mas violencia y ferocidad, pero una fiereza sublime.»

(Aqui Mr. Ampere copia el canto de Gunar que he entretenido en mi texto, y que habrá encontrado el lector.)

«Ved, continua el sabio traductor, un resto de la lengua escandinava antigua, de la que existe este pedazo notable, como lo son en general todos los del Edda, por su tipo sombrío y grande.

Hiarta skal mér Havgna
i hendi liggja
Blóthugt ór briósti
Scorit bald-ritha
Saxi slithr-beito
Syni thio thaus.
Skaro their biarta
Hjalla or briosti
Blothuet that a bjoth langtho
Ok baro for gunar.

(1) Cantos populares de Grecia.

las *primeras líneas del prólogo* de la ley sálica, se parecen al texto literal de una canción antigua; y las traduce así en su estilo vigoroso y noble.

«La nación de los francos, ilustre porque tiene á Dios por fundador, poderosa en las armas, firme en los tratados de paz, profunda en los consejos, noble y robusta, dotada de una blancura y de una belleza singular, osada, ágil y diestra en el combate, convertida hace poco á la fé católica, libre de heregias, buscaba por inspiracion de Dios la llave de la ciencia, cuando profesaba todavía una creencia bárbara, y deseaba la justicia según la naturaleza de sus cualidades, guardando la piedad. Entonces los gefes de la nación que en aquel tiempo estaban á su cabeza, dictaron la *ley sálica*.

«¡Viva Cristo que ama á los francos, y guarde su reino! . . . Este es aquel pueblo que reducido en número, pero valeroso y fuerte, sacudió de su cabeza el duro yugo de los romanos.»

Las metáforas abundaban en los cantos de los escaldas: los rios eran el *sudor de la tierra y la sangre de los valles*; las flechas son *las hijas del infortunio*; el hacha es *la mano del homicida*; las yerbas *la cabellera de la tierra*, la tierra es *la nave que flota por las edades*; el mar el *campo de las piratas*, y un batel es su *patria*, ó *el caballo* de las olas.

Los escandinavos tenían también algunas poesías mitológicas. «Las diosas que presiden los combates, las hermosas Walkirias, estaban á caballo cubiertas con el casco y el escudo. Vamos, dijeron, y crucemos con nuestros caballos este mundo entapizado de verdura que es la morada de los dioses.»

Fiaban también á la memoria en verso los primeros preceptos morales. «Abrigad junto al fuego al huésped que se os presenta con las rodillas frias. No hay cosa mas inútil que beber demasiada cerveza: el

ave del elvido canta delante de los que se embriagan y les roba el alma. El gloton come su muerte. Cuando un hombre enciende fuego, la muerte entra en su morada antes que se apague aquel fuego. Alabad la hermosura del día cuando haya pasado. No os fieis ni del hielo de la noche, ni de la serpiente que duerme, ni de los trozos de la espada, ni de un campo recientemente sembrado.»

Por último, los bárbaros conocían también los cánticos eróticos. «Yo he luchado en mi juventud con los pueblos de Devonstheim, quité la vida á su joven rey, y ahora una hija de Rusia me desprecia.»

«Estoy practico en ocho cosas: me mantengo firme á caballo, se nadar, patinar, y arrojar el venablo; también manejo el remo, y me veo despreciado por una hija de Rusia (1).»

El uso de los himnos guerreros continuó algunos siglos después de la conquista del imperio romano: las derrotas producían lamentos latinos, cuyo tono advierten varias veces los manuscritos antiguos: Angelberto llora la batalla de Fontenay y la muerte de Hugo, bastardo de Carlo-Magno. El furor de la poesía era tal, que se encuentran versos de todas medidas hasta en los diplomas del siglo VII, IX y X (2). Un canto teutónico conserva la memoria de un triunfo conseguido sobre los normandos el año 881 por Luis, hijo de Luis el Tartamudo. «He conocido un rey llamado el señor Luis, que servía á Dios con todo su corazón, porque Dios le recompensaba. Tomó la lanza y el escudo, montó rápidamente á caballo, y volo á vengarse de sus enemigos (3).» Nadie

(1) *Los dos Edda, los Sagha; Worm., Litt. Runic.; Mallot., Hist. de Danem.*

(2) Ved entre otras una carta del año 835.

(3) *Rerum Gall. et Franc. scrip., tom. IX, pág. 99.*

ignora que Carlo-Magno mandó recoger las canciones antiguas de los germanos.

La crónica sajona da en verso la narracion de una victoria conseguida por los ingleses contra los daneses; y la historia de Noruega el apoteosis de un pirata de Dinamarca, muerto con otros cinco gefes tambien corsarios de las costas de Albion (1).

Los marineros normandos celebraban por sí mismos sus correrías; uno de ellos se esplicaba así: «He nacido en el alto país de Noruega, en medio de pueblos diestros en manejar el arco; mas he preferido izar mi vela, espanto de los labradores de la playa. He lanzado tambien mi batel por medio de los escollos, lejos de las moradas de los hombres.» Y este escalda de los mares tenia razon, porque los daneses descubrieron el Vineland ó la América.

Los rithmos militares terminan en la cancion de Rolando, que fué el último cántico de la Europa bárbara «En la batalla de Hasting, dice admirablemente el gran pintor de historia que acabo de citar, un normando llamado Taillefer, sacó su caballo delante de la línea de batalla, y entonó el cántico de las hazañas de Carlo-Magno y de Rolando, cántico célebre en toda la Galia. Mientras cantaba, manejaba la espada, lanzábala al aire con fuerza, y recibíala en su mano derecha: los normandos repetian estos refranes, ó gritaban: ¡Dios nos ayude! ¡Dios nos ayude! (2)»

Taillefer, que bien cantaba
Dirigiendo su caballo,
Veloz como el mismo viento

(1) Véanse estos cantos en la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, de Mr. A. Thierry, tom. I, pág. 434 de la 3.^a edicion.

(2) Thierry, *Hist. de la conquista de Inglaterra por los norm.*, t. I, pág. 213.

Iba delante encomiando
 El pais de la Alemania,
 Y á Olivier y al gran Rolando,
 Y á los súbditos valientes
 Los que en Rainschevaux finaron.

En la batalla de Poitiers todavía cantaron esta batalla heroica, que deberia encontrarse en el romance de Rolando y de Olivier, de la biblioteca de los reyes Carlos V, VI y VII (1).

Los bárbaros entonaban sus poesias nacionales al son del pifano, del tambor y de la gaita: los escitas, en la alegría de los festines, hacian resonar la cuerda de su arco (2); usábanse en las Galias la cítara ó la guitarra (3), y el arpa en la isla de los bretones; tres cosas no podian embargarse por deudas á un hombre libre del pais de Gales: el caballo, la espada y el arpa.

¿En qué lenguas se escribian ó cantaban todos estos poemas? Los principales en la lengua céltica, eslava, teutónica y escandinava: difícil es averiguar á que raiz pertenecia el idioma de los hunos. Al oido delicado de los griegos y de los romanos, parecian las voces de los francos y de los tártaros graznidos de cuervos (4), ó sonidos no articulados, sin relacion alguna con la voz humana (5); pero cuando los bárbaros triunfaron, fuerza fué entender las órdenes que el señor dictaba al esclavo. Sidonio Apolinar felicita á Syagrius porque se espresa con pureza en la lengua de los

(1) Du Cange, voce *Cantinelæ Rollandi*; *Mem. de la Ac. de las Inscip.*, t. I, part. 1, pág. 347, *Hist. litt. de la Franc.*, tom. VII, pág. 73.

(2) Diod. Sic.

(3) Plut. in *Demetr.*

(4) Julian, *Op.*

(5) Nec alia voce notum, nisi quæ humani sermonis imaginem assignabat. (Jornand. cap. XXIV, *de Reb. Get.*)

germanos. «Riome, dice el pueril literato, al ver á un bárbaro que teme cometer en vuestra presencia un *barbarismo* en su lengua (1).» El cónon cuarto del concilio de Tours ordena que cada obispo traduzca sus sermones latinos en lengua romana y tudesca (2). Luis el Piadoso mandó verter en versos teutónicos la Biblia; y sabemos por Loup de Ferrieres que en él reinado de Carlos el Calvo enviaban á los frailes desde Ferrieres á Pruym para que se familiarizasen con la lengua germánica (3). Diéronse á conocer en la misma época los caracteres de que se servian los normandos para conservar la memoria de sus canciones: llamábase aquellos caracteres *runstabath*, que son las letras *rúnicas*; y uniéronlas á las que Ethico habia inventado en tiempo anterior: y cuyos signos habia explicado San Gerónimo.

La palabra usada en los bosques es desde su nacimiento una palabra completa para la poesia, porque en su relacion con las pasiones y con las imágenes, degenera cuando se perfecciona. El hombre pierde en imaginacion lo que gana en inteligencia; encadenado en la sociedad, asústase su espíritu con una espresion independiente, y entraba su libre y fiero paso. No hay nada tan vivo como el griego de Homero, no obstante que hace largo tiempo que pasó con Ulises y Aquiles: no son las lenguas primitivas las que mueren, sino el ingenio que se apaga, y no puede ya hablarlas ni entenderlas.

Réstannos algunos monumentos de las lenguas de nuestros antepasados, y debemos confesar que eran

(1) *Æstimari minime potest, quanto mihi, caterisque sit risui, quoties audio quod te præsentí formidet facere linguæ suæ barbarus barbarismum. (Rer. Gall. et Franc. scrip., tom. I, p. 794).*

(2) *Concil. Gall.*

(3) *Lup. Ferr. ep. LXX et XCI.*

mas dulces y mas armoniosas en su edad heróica, que lo son al presente en su edad varonil. Ulfilas, obispo de los godos, tradujo en su idioma paternal en el siglo IV los Evangelios, que habiéndose conservado hasta nuestros días, se han impreso con glosas y sábios comentarios (1). Si comparamos el teutónico de Ulfilas con el teutónico del juramento de Carlos y de Luis, tal como Nithard (2) nos lo ha transmitido, y con el teutónico del canto de victoria de Luis, hijo de Luis el Tartamudo (3), hallaremos que á medida que nos acercamos al alemán moderno, la pronunciacion es mas áspera y mas difícil. Las palabras del idioma de Ulfilas acaban casi siempre con vocales, y principalmente con la vocal *a*: *wisandona* (existencia), *Gotha* (Dios), *waldufuja* (potencia), *godamma* (bueno) etc. Este godo tiene mucha semejanza con el escandinavo del fragmento manuscrito de Fulde, y del canto de Gunar, copiado del Edda (4). No se encuentra en el *fac simile* del texto de Ulfilas las letras que segun dicen se vió obligado á inventar para fijar la pronunciacion de sus compatriotas: nótanse solo algunas ligaduras griegas mezcladas á los caracteres latinos; pero que no conservan en su agregacion el mismo poder labial, lingual y gutural que tienen en el idioma griego.

Un sistema digno de elogio, deducido de cierto pasage de Herodoto, señala á los pueblos de la Finlandia y de la Gothia un origen asiático: supónese que descienden de una colonia de medos, y se han encontrado analogías entre la lengua de los persas y la de los suecos y daneses. Los nombres propios, sobre todo,

(1) Ulfilas, *Gothische Bibel übersetzung*. (Edit. de Jean. Christ. Zahn, Weissenfels. 1805).

(2) Nithardi, *Hist.*, lib. III, pág. 327, in *Res. Gall. scrip.*, t. VII.

(3) *Res. Gall. scrip.*, tom. IX, pág. 99.

(4) Véanse mas arriba este canto y este fragmento,

han parecido los mismos en ambos idiomas: el *Gustaff* ó *Gustaw* de los suecos, corresponde á *Gustapse* ó *Hystaspe* de los persas: *Oten*, *Olstanus*, *Ostanus*, reyes de Suecia, tienen los nombres persas *Otanus*, *Oltanes* y *Ostanes*. Gibert (1) hubiera debido observar en apoyo de su sistema desenvuelto y reproducido al presente, que el Edda hace mención de un pueblo conquistador, venido de Asia á las regiones septentrionales del Báltico. El sábio Roberto Henri, ministro de la comunión calvinista en Edimburgo, ha enriquecido su historia de Inglaterra con distintos *specimen* de los dialectos bretones y anglo-sajones en varias épocas: la tabla colocada al fin de este tomo da una idea de las lenguas que hablaban los destructores del mundo romano.

Pasemos á la religion de los bárbaros. Dicen los historiadores que los hunos no tenían ninguna (2), y observamos que únicamente creían como los turcos en una especie de fatalidad. Los alanos, á la manera de los pueblos de origen céltico, reverenciaban una espada desnuda clavada en tierra (3). Los galos tenían su terrible *Dis*, padre de la noche, á quien inmolvaban á los ancianos sobre el *dolmin*, ó la piedra druídica (4); y los germanos adoraban el secreto horror de los bosques (5). La religion de estos pueblos era tanto mas sencilla, cuanto mas complicada era la de los escandinavos.

El gigante Imer murió á manos de los tres hijos de Bore, Odin, Vile y Ve. La carne de Imer formó la

(1) *Memorias para servir á la historia de las Galias*, pág. 244.

(2) Sino iare, vel lege aut ritu stabili. (Amm. Mar.)

(3) Gladius barbarico ritu humi figitur nudus. (*Id.* libro XXXI, cap. IX).

(4) Tertull. et August.

(5) Tacit. *de Mor. Germ.*

tierra, su sangre el mar, y su cráneo el cielo (4). El sol no sabia entonces donde estaba su palacio, la luna ignoraba su fuerza, y las estrellas no conocian el sitio que debian ocupar.

Otro gigante llamado Noro fué el padre de la Noche. La Noche, casada con un hijo de la familia de los dioses, dió á luz al Dia. Colocaron al Dia y á la Noche en el cielo en dos carros, conducidos por dos caballos: Hrim-Fax (crines heladas), conduce a la Noche: las gotas de su sudor forman el rocío: Skin-Fax (crines luminosas), guia al Dia (2). Bajo de cada caba-

(4) Texto escandinavo.

Or ymis holdi
 Var iorp vm skaypvd,
 En or sveita sær,

 En or hausi himin

Traduccion latina:

Ex Ymeris carne
 Terra creata est;
 Ex sanguine autem mare;

 Ex cranio autem cœlum.

(Edda scemundar hinns froda, pág. 58, Hafniac, 1787).

(2) Skin-Faxi (juba splendens) vocatur
 Qui serenum trahit
 Diem super humanum genus.

.
 Hrim-Faxi (juba pruinosis) vocatur
 Qui singulas trahit
 Noctes super benefica numina.
 De lupatis stillare facit guttas
 Quo vis mane,
 Inde venit ros in convalles.

(Edda, pág. 8 y 9).

llo hay un odre lleno de aire que produce la frescura de la mañana.

Un camino ó un puente da comunicacion á la tierra con el firmamento: tiene tres colores, y se llama el arco del cielo. Romperáse cuando los genios malos, despues de haber atravesado los rios de los infiernos, pasarán á caballo este puente.

La ciudad de los dioses está situada debajo de la encina Ygg-Drasill (1), que hace sombra al mundo: hay en el cielo varias ciudades.

El dios Thor es el hijo mayor de Odin: Tyr es la divinidad de las victorias. Nueve vírgenes engendraron á Heindall de los dientes de oro: Loke es el inventor de los engaños: el lobo Feuris es hijo de Loke (2): que habiendo sido dificilmente encadenado por los dioses, arrojó de su boca una espuma, que fué el origen del rio Vam (los vicios).

Las diosas guerreras ascienden á doce, y la principal es Frigga: llámanse walkirias: Gadur, Rosta y Skulda (el porvenir), la mas jóven de las doce hadas, van todos los dias á caballo á escoger los muertos (3),

Hay en el cielo un gran salon, el Valhalla, en donde entran los bravos cuando termina su vida: el salon tiene quinientas y cuarenta puertas, y por cada una de ellas salen ocho guerreros muertos para batirse con el lobo (4). Aquellos valerosos esqueletos se entretienen en romperse los huesos, y comen en seguida

(1) Subtus ab arbore Ygg-Drasilli.

.....
Qui curret

Par æsculum Ygg-Drasilli.

(2) Snor. Edda, fáb. XXIX.

(3) Snor., Edda, fáb. XXIX.

(4) Quingenta ostiorum.
Et ultra quadraginta,
Ita puto in *Valhalla* esse;

juntos, y beben la leche de la cabra Heidruna que se come las hojas del árbol Loerada (1). La leche es de agua-miel: todos los días llenan un cántaro grande para embriagar á los héroes muertos. El mundo perecerá en un incendio.

Encuéntanse en el culto de ciertos bárbaros, magos, hadas, profetisas y dioses desfigurados, tomados de la mitología griega. Lo sobrenatural es la naturaleza misma del espíritu del hombre. ¿Qué cosa mas admirable que ver á los esquimales reñidos en torno de un brujo encima de su sólido mar, y en la entrada misma del paso tan largo tiempo buscado, y que una barrera eterna de hielo cerraba al navío del intrépido capitán Parry? (2).

De la religión de los bárbaros descendamos á sus gobiernos.

Parece que sus gobiernos fueron en general especies de repúblicas militares, cuyos gefes eran electivos ó pasageramente hereditarios, por efecto de la ternura,

Octingenti Einheriorum

Exeunt simul per unum ostium,

Cum contra lupum pugnantem eunt.

(Edda scæmundar hinus froda. pág. 53).

(1)

Heidruna vocatur capra

Quæ stat supra aulam Odini

Et pabulum sibi carpit ex Loeradi ramis:

Craterem illa (quotidie) implebit

Liquidi illius melonis.

Non potis est iste potus deficere.

(Id. ibid.)

Ved tambien á Malet, *Introduccion ó la hist. de Dinamarca*, y los *Monumentos de la mitología de los antiguos escandinavos*, para servir de prueba á la introduccion, por el mismo autor, en 4.º, Copenhague, 1766.

(2) Segundo viage del capitán Parry para descubrir el paso al Noroeste de América.

de la gloria ó de la tiranía paterna. Toda la Europa antigua del paganismo y de la barbarie, no conoció mas que la soberanía electiva: la soberanía hereditaria fué obra del cristianismo: soberanía que se estableció por una especie de sorpresa, dejando dormir el derecho al lado del hecho.

La sociedad natural presenta las mismas variedades de gobierno que la sociedad civilizada: el despotismo, la monarquía absoluta, la monarquía templada, la república aristocrática ó democrática (4). Frecuentemente las naciones selváticas han inventado formas políticas de una complicacion y de un arte prodigiosa, como lo prueba el gobierno de los hurones. Algunas tribus germánicas, con la eleccion del rey y del gefe de la guerra, creaban dos autoridades soberanas independientes la una de la otra, que era una combinacion extraordinaria.

Los pueblos venidos del Oriente de Asia, diferenciábanse en su constitucion de los pueblos que habian salido del Norte de Europa: la corte de Atila presentaba el espectáculo del serrallo de Stamboul ó de los palacios de Pekin; pero con una diferencia notable: las mugeres se presentaban públicamente entre los hurones: Maximino fué presentado á Cerca, principal reina ó sultana favorita de Atila: estaba acostada sobre un divan, y sus damas bordaban sentadas á la redonda en los tapices que cubrian el piso. La viuda de Bleda habia enviado á los embajadores un presente de hermosas esclavas.

Los bárbaros, que en varios usos particulares se parecian á los salvages que he visto en el Nuevo Mundo, diferenciábanse esencialmente de ellos bajo otros puntos de vista. Unos cien hurones, cuyo gefe enteramente desnudo llevaba un sombrero de tres picos bordado,

(1) Ved en el viage á América el gobierno de los salvages.

servian en otro tiempo al gobernador francés del Canadá: ¿se les podría comparar á esas tropas de raza eslava ó germánica, auxiliares de las legiones romanas? Los iroqueses en tiempo de su mayor prosperidad no armaban mas de diez mil guerreros: solo los godos ponian por sobrante de su conscripcion militar, un cuerpo de cincuenta mil hombres al sueldo de los emperadores; y en los siglos IV y V las legiones enteras se componian de bárbaros. Atila reunia en sus banderas setecientos mil combatientes, número que apenas podría suministrar ahora la nacion mas populosa de Europa. Figuran tambien en los cargos del palacio y del imperio los francos, los godos, los suevos y los vándalos; y para alimentar, vestir y equipar á tantos hombres, necesario es que la sociedad haya hecho progresos en las artes industriales, asi como para tomar parte en la civilizacion griega y romana, se necesita un desarrollo considerable de inteligencia. La estravagancia de los trages y de las costumbres no destruye el anterior aserto, porque el estado político de un pueblo puede subir muchos grados, y conservar, sin embargo, los individuos del mismo pueblo las costumbres del estado de la naturaleza.

Todas aquellas hordas amotinadas contra el Capitolio, conocian la esclavitud: este derecho horroroso, emanado de la conquista, es no obstante el primer paso de la civilizacion: el hombre enteramente salvaje, mata y se come á sus prisioneros, y únicamente cuando tiene una idea del orden social, les conserva la vida para ocuparlos en el trabajo.

La nobleza era conocida de los bárbaros como la esclavitud: por haber confundido la especie de igualdad militar, que nace de la fraternidad de las armas, con la igualdad de las clases, se ha dudado de un hecho enteramente cierto. La historia prueba de un modo indestructible que existian diferentes rangos socia-

les en las dos grandes divisiones de la sangre escandinava y caucasiana. Los godos tenian sus *Ases* ó *semidioses*, y dos familias dominaban á todas las otras, los *Amilis* y los *Baltos*.

El derecho de primogenitura era ignorado de la mayor parte de los bárbaros, y costó mucho trabajo á la ley canónica el hacérselo adoptar. No solo subsistia entre ellos la herencia en partes iguales, sino que muchas veces, reputando por mas débil al menor de los hijos, concedíale ventajas en la sucesion. « Cuando los hermanos se han repartido los bienes paternos, dice la ley gálica, el mas jóven obtiene la mejor casa, los instrumentos de labranza, la caldera de su padre, su cuchillo y su hacha (1). » Lejos de que estuviese en vigor el espíritu de lo que se llama la *ley sálica* en la verdadera ley sálica, la linea materna era llamada antes que la linea paterna en las herencias y en los negocios que de ellas resultaban. No tardaremos en ver un ejemplo al hablar de la pena del homicidio (2).

El gobierno seguia la regla de la familia; el rey al morir dividia su sucesion entre sus hijos, salvo el consentimiento ó la ratificacion popular: la ley política era en su sencillez la ley doméstica.

En muchas tribus germánicas la posesion era anual; propietarios de lo que cultivaban, volvian las tierras despues de la cosecha á la comunidad (3). Los galos

(1) *Leg. Wall.*, lib. II, cap. XVII.

(2) Hallase una excelente nota sobre la sucesion de la *Tierra sálica*, art. 5.º del tit. 62, en la nueva traduccion de las leyes de los francos, por M. J. F. A. Peyré. Tengo tanto mas placer en hacer justicia á este estimable autor, cuanto menos se ha hablado de su trabajo, al que Mr. Isambert ha unido un prefacio. Nunca se encarecerán bastante estos estudios serios que tanto cuestan, y tan poca gloria producen.

(3) *Arva per annos mutant.* (Tac., *de Mor. Germ.*, capitulo XXVI).

estendian el poder paterno sobre la vida de sus hijos: los germanos no podian disponer sino de su libertad (1). En el pais de Gales el pencenedlt ó gefe del clan, gobernaba todas las familias (2).

Las leyes de los bárbaros, separando lo que el cristianismo ó el código romano introdujeron en ellas, redúcense á leyes penales para la defensa de las personas y de las cosas. La ley sálica habla del robo de puercos, de bestias, de carneros, de cabras y de perros, desde el lechon hasta la puerca que marcha á la cabeza del ganado; desde el ternero hasta el toro, desde el cordero recién nacido hasta el carnero; desde el cabrito hasta el macho de cabrio, y desde el perro conductor de jaurias hasta el perro del pastor. La ley gálica prohíbe tirar una piedra al buey uncido á la carreta, y apretarle demasiado el yugo (3).

La ley protege principalmente al caballo, y condena á una multa de quince hasta treinta sueldos de oro al que ha montado un caballo ó un jumento sin el permiso del dueño. El robo del caballo de guerra de un franco, de un caballo capon, de un caballo entero y de sus yeguas, obliga á una fuerte composicion (4). La caza y la pesca tienen sus garantías: señálanse retribuciones por una tórtola ó avecilla, cogidas en los lagos en que se habia parado; por un halcon atrapado en un árbol; por la muerte de un ciervo particular que servia para atraer á los ciervos selváticos; por el robo de un jabali forzado por otro cazador; por el destierro de la caza ó de la pesca ocultas, y por el hurto de un barco ó de un anzuelo. Disposiciones especiales defienden toda especie de árboles; velar por

(1) *Cæsar, de Bell. Gall.*, lib. VI, cap. XIX.

(2) *Leg. Wal.*, pág. 164.

(3) *Leg. Wal.*, lib. III, cap. IX.

(4) *Lex Salic.*, tit, XXV.—*Lex Ripu.*, tit. XLII.

la conservacion de los bosques (1) era hacer leyes en favor de la patria.

La asociacion militar ó la responsabilidad de la tribu, y las obligaciones de la familia, encuéntranse en la institucion de los co-jurandos ó compurgadores: cuando acusan á un hombre de un delito ó de un crimen, puede, segun la ley alemana y otras muchas, librarse de la pena, si halla cierto número de *iguales* suyos que juren con él que está inocente. Si el acusado es una muger, los compurgadores deben ser mugeres (2).

Castígase la injuria que supone la falta de valor, porque esta es la primera cualidad del bárbaro: así, llamar á un hombre LEPUS, *liebre*, ó CONCATUS, *ciscado*, obliga á una composicion de tres hasta seis sueldos de oro (3); y la misma tarifa rige para la reconvenccion hecha á un guerrero de haber arrojado su escudo en presencia del enemigo.

La barbarie se descubre entera en la legislacion de las heridas, y la ley sajona es la que descende á mas detalles sobre este punto: cuatro dientes rotos delante de la boca no cuestan mas que seis eschilines; pero un solo diente roto despues de los cuatro anteriores, vale cuatro eschilines: la uña del dedo pulgar está valuada en tres eschilines, y una de las membranas de la nariz tiene el mismo valor (4).

La ley ripuaria se espresa con mas nobleza: exige treinta y seis sueldos de oro por la mutilacion del dedo que sirve para lanzar las flechas (5): manda que

(1) *Lex Salic.*, tit. VIII.—*Lex Ripu.*, tit. LXVIII.

(2) *Leg. Wal.*

(3) *Lex Salic.*, tit. XXXII.

(4) *Lex anglo-sajon*, pág. 7.

(5) Si secundus digitus, unde sagittatur. (*Lex Ripuar.*, tit. V. art. XII).

un ingénuo pague diez y ocho sueldos de oro por la herida de otro ingénuo, cuya sangre haya llegado á tierra (1). Compénsase con treinta y seis sueldos de oro una herida en la cabeza ó en otra parte, si sale de la herida un hueso capaz de hacer sonido arrojado contra un escudo, que deberá colocarse á doce pies de distancia (2). El animal doméstico que mata á un hombre ha de entregarse á los parientes del muerto con una composicion: lo mismo sucede con la pieza de madera que cae sobre el que pasa. Los hebreos tenían tambien reglamentos semejantes.

Y sin embargo aquellas leyes tan violentas en las cosas que pintan, son mucho mas suaves en la realidad que nuestras leyes: únicamente se pronuncia la pena de muerte cinco veces en la ley sálica, y seis veces en la ley ripuaria; y cosa muy digna de notarse, nunca se pronuncia, escepto un solo caso, para castigar el asesinato: el homicida no sufre la pena capital, mientras que se castigan con la pena capital el rapto, la prevaricacion, la violacion de un privilegio, restando tambien á tales crímenes el recurso de los co-jurandos.

El procedimiento relativo al caso único de muerte en reparacion del homicidio, es un cuadro de costumbres. El que quita la vida á un hombre, y no tiene con qué pagar la composicion, ha de presentar doce co-jurandos que declaren que el delincuente no posee nada ni en la tierra ni fuera de ella, sino lo que ofrece para compensar el homicidio. En seguida el acusado entra en su casa y toma tierra con la mano en los cuatro extremos de ella: vuelve á la puerta, y

(1) Ut sanguis exeat, terram tangat. (*Id.*, tit. II, artículo XII).

(2) Os exinde exierit, quod, super viam duodecim pedum in scuto jactum, sonaverit. (*Id.*, tit. LXX, art. I).

mantiénese en pié en el lindar con el rostro vuelto al interior de la habitación; despues por encima de sus hombros derrama la tierra sobre su mas cercano pariente. Si su padre, su madre y sus hermanos han abandonado cuanto tenían, echa la tierra sobre la hermana de su madre, ó sobre los hijos de esta hermana, ó sobre los tres parientes mas cercanos en la línea materna (1). Esto lo practica descalzo y en camisa; salta con la ayuda de una vara larga el cercado que hay en torno de su casa, y entonces los parientes de la línea materna se encargan de pagar lo que falta á la composición. A falta de los parientes maternos son llamados los parientes paternos. El pariente pobre que no puede pagar, echa á su turno la tierra recogida en los cuatro extremos de la casa sobre el pariente mas rico: si este pariente no acaba de pagar el complemento de la composición, obligase al asesino á comparecer en cuatro audiencias sucesivas: finalmente, si ningano de los parientes del postrero quiere redimirle, queda condenado á muerte: *de vita componat*.

De las multiplicadas precauciones que adoptaban para salvar los dias de un culpable, resulta que los bárbaros trataban la ley como tirano, y se precavían contra ella: no haciendo caso de su vida ni de la vida de los otros, consideraban como un derecho natural el matar ó ser muertos. El rey mismo en la ley de los sajones podia ser castigado, y quedaba libre si pagaba setecientas veinte libras de plata. El germano no comprendía que un ser abstracto, la ley, pudiese derramar su sangre. De este modo en la naciente sociedad, el instinto del hombre rechazaba la pena capital, asi como en la sociedad perfecta la razon del

(1) Ved el ejemplo de la preferencia en la línea materna.

hombre la abolirá: luego esta pena se habrá establecido entre el estado puramente salvaje y el estado completo de civilización, cuando la sociedad no tenía la independencia de la primera edad, ni la perfección de la segunda.

DISCURSO SESTO.



SEGUNDA PARTE.



CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS BARBAROS.

Los conductores de las naciones bárbaras reunian en sí alguna cosa de extraordinario como ellas mismas. En medio del sacudimiento de la sociedad, parecia que Atila habia nacido para ser el terror del mundo; no sé qué espanto se asociaba á su destino, y el vulgo se formaba de él una idea formidable. Su modo de marchar era altanero, su poder se descubria en sus movimientos corporales y en su mirada. Apasionado por la guerra, pero conteniéndose en su vigor, era sábio en el consejo, facil á los suplicantes, y propicio á los que le habian prometido su fé. Su corta estatura, su pecho dilatado, su cabeza grande tambien, ojos pequeños, barba escasa, cabellos encanecidos, nariz roma, y color atezado, manifestaban su origen (1).

(1) Vir in concussionem gentis natus in mundo, terrarum omnium metus: qui nescio qua sorte terrebat cuncta, formidabili de se opinione vulgata. Erat namque superbus incessu, huc atque illuc circumferens oculos, ut elati potentia

Su capital era un campo ó un gran aprisco de madera en los pastos del Danubio : los reyes á quienes habia sometido, velaban por turno en la puerta de su cabaña, y sus mugeres habitaban otros aposentos en torno del suyo. Cubria su mesa con platos de madera y groseros manjares, dejando los vasos de oro y de plata, trofeos de la victoria y obras maestras de las artes de Grecia, en manos de sus compañeros (1). Sentado allí el tártaro en un escabel, recibia á los embajadores de Roma y de Constantinopla : á su lado sentábanse tambien, no los embajadores, sino bárbaros desconocidos, sus generales y capitanes: bebia á su salud, concluyendo en la magnificencia del vino por perdonar á los señores del mundo (2). Cuando Atila se encaminó á la Galia, iban en su compañía muchos príncipes tributarios que esperaban con miedo y temblando una señal del dominador de los monarcas para ejecutar lo que les ordenase (3).

ipso quoque motu corporis appareret. Bellorum quidem amator, sed ipse manu temperans, consilio validissimus, supplicatibus exorabilis, propitius in fide semel receptis. Forma brevis, lato pectore, capite grandiori, minutis oculis, rarus barba, canis aspersus, simo naso, teter colore, originis suæ signa restituens. (Jornand., cap. XXXV, de *Reb. Get.*)

(1) Attilæ in quadra lignea, et nihil præter carnes. Conviviis aurea et argentea pocula quibus bibebant suppeditantur. Attilæ poculum erat ligneum. (*Ex Prisco rhetore gothicæ historie excerpta Carolo Cantocluro interprete*, página 60, Parisiis, 1606).

(2) Tum convivarum primum ordinem, ad Attilæ dextram sedere constituerunt, secundum ad lævam; in quo nos et Berichus, vir apud Scythas nobilis, sed Berichus superiore loco. (*Ex Prisc. reht. goth. Hist. excerpt.* pág. 48).

Sedentes ordine salutavit. Reliquis deinceps ad hunc modum honore affectis, Attilas nos, ex Thracum instituto, ad parium poculorum certamen provocavit. (*Id.*, pág. 49).

(3) Turba regum, diversarumque nationum ductores, æ

Pueblos y gefes llenaban una mision que ellos mismos no podian explicar: llegaban de todos lados á las riberas de la desolacion, los unos á pié, los otros á caballo ó en carros; unos arrastrados por ciervos (1) ó por rengíferos, ó llevados por camellos, y aquellos flotando sobre sus escudos (2), ó en barcas de cuero y de corteza de árboles (3). Navegantes intrépidos entre los hielos del norte y las tempestades del mediodía, parecia que hubiesen visto descubierto el fondo del Océano (4). Los vándalos que pasaron á Africa confesaban que no tanto cedian á su voluntad, como á un impulso irresistible (5).

Aquellos soldados del Dios de los ejércitos eran los ciegos ejecutores de un designio eterno: de ahí nacian el furor de destruir, la sed de sangre que no podian apagar: por eso todas las cosas se combinaban para su triunfo; la vileza de los hombres y la falta de valor, de virtud, de talento y de genio. Genserico era un príncipe sombrío, sujeto á accesos de negra melancolía; y en medio del desquiciamiento del mundo, pare-

si satellites, absque aliqua murmuratione cum timore et tremore unusquisque adstabat, aut certe quod jussu fuerat exsequabatur. (Jornand., cap. XXXVIII, *de reb. Get.*)

(1) Fuit alius currus quatuor cervis junctus, qui fuisse dicitur regis Gothorum. (Vopisc., *in Vit. Aurelian.*)

(2) Enatantes super parma positi annem, in ulteriorem egressi sunt ripam. (Greg. Tur., lib. III, pág. 45).

(3) Quin et Arémoricus piratum Saxona tractus Superabat, cui pelle salum sulcare Britannum Ludus, et aperto glaucum mare findere lembo.

Apoll. *in Panegy. Avit.*

(4) Imos Oceanicolens recessus. (*Id.*, lib. VIII, epist. IX).

(5) Cœlestis manus ad puniendam Hispanorum flagitia, etiam ad vestandam Africam transire cogebat. Ipsi denique fatebantur non suum esse quod facerent, agi enim se divino jussu ac perurgeri. (Salvian. *de Gubernat. Dei*, lib. VII, página 250).

cia grande porque se habia encumbrado sobre las ruinas. En una de sus expediciones maritimas, cuando todo estaba preparado, y él propio se habia embarcado, no sabia donde iba. «Señor, le dijo el piloto, ¿á qué pueblos quieres hacer la guerra?—A aquellos, respondió el viejo vándalo, contra quienes Dios está irritado (1).»

Alarico marchaba hácia Roma, y un ermitaño atajó el camino al conquistador, advirtiéndole (2) que el cielo venga los infortunios de la tierra. «No puedo detenerme, dijo Alarico: alguno me aguja y me estimula á saquear á Roma.» Tres veces sitió la ciudad eterna antes de apoderarse de ella: Juan y Brazilio, que se le presentaron como diputados despues del primer sitio para lograr que se retirase, representaronle que si persistia en su empresa, tendria que combatir con una muchedumbre desesperada. «La yerba tupida, repuso el diezmador de los hombres, se siega mejor (3).» Sin embargo, dejóse aplacar, y contentóse con exigir de los demandantes el oro, la plata, los muebles preciosos, y los esclavos de origen bárbaro.

(1) Cum e Carthaginis portu velis passis soluturus esset interrogatus a nauclero, quo tendere populabundus vellet, respondisse: Quo Deus impulerit. (Zosim de bello Vandalico, lib. I, pág. 488).

Narrant cum e Carthaginis portu solvens a nauta interrogaretur quo bellum inferre vellet, respondisse: In eos quibus iratus est Deus. (Procop. *Hist. Vand.*, lib. I).

(2) Probus, aliquis monachus ex his qui in Italia erant, Romam festinanti Alarico cosuluisse ut urbi parceret, nec se tantorum malorum auctorem constitueret. Alaricus respondisse dicitur, se non volentem hoc tentare: sed esse quemdam qui se obtutendo urgeat, ac præcipiat ut Romam evertat. (Sozom., lib. IX, cap. VI, pág. 481).

(3) Ipsius, inquit, fœnum rariore facilius resecatur. (Zosim., lib. V, pág. 406).

«Rey, gritaron los enviados del senado, ¿qué quedará, pues, a los romanos? La vida (1).»

He dicho ya en otra parte que despojaron las imágenes de los dioses, y que fundieron las estatuas de oro del Valor y de la Virtud. Alarico recibió cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, cuatro mil túnicas de seda, tres mil pieles teñidas de escarlata, y tres mil libras de pimienta (2). Con el hierro había rescatado Camilo de los galos a los antiguos romanos.

Ataulfo, sucesor de Alarico, decía: «He tenido el designio de borrar el nombre romano de la faz de la tierra, y de sustituir al imperio de los Césares el imperio de los godos, con el nombre de Gothia. Mas habiéndome demostrado la experiencia la imposibilidad de que mis compatriotas soporten el yugo de las leyes, he mudado de acuerdo; he querido ser el restaurador del imperio romano, en vez de ser su destructor.» Un sacerdote, llamado Gerónimo, cuenta en 416 en su gruta de Bethleem á otro sacerdote llamado Orosio estas novedades del mundo (3); otra maravilla.

(1) *Aicbat enim non aliter se finem obsidionis facturum nisi aurum omne, quod in urbe foret, et argentum accepisset præterea quidquid suppellectilis in urbe reperiret: itemque mancipia barbara. Huic cum dixisset alter legatorum si quidem hæc abstulisset quid eis tandem relinqueret in urbe qui essent? Animas, respondit.* (Zosim., lib. V, pág. 406.)

(2) *Quidquies mille libras auri, et præter has tricies millo libras argenti, quater mille tunicas sericas, et ter mille pelles coccineas, et piperis pondus quod ter mille libras æquaret.* (*Id.*, pág. 407.)

(3) *Nam ego quoque ipse virum quemdam Narbonensem, illustris sub Theodosio militiæ, etiam religiosum prudentemque et gravem apud Bethleem oppidum Palestinæ, beatissimo Hieronymo presbytero referente, audiivi se familiarissimum Ataulpho apud Narbonam fuisse, ac de eo sæpe sub testificatione didicisse quod ille, quam esset animo, viribus in-*

Un ciervo abrió el camino á los hunos al través de la laguna Meotis, y desapareció (1). La ternera de un pastor se hirió el pié en un prado, y este pastor descubrió una espada oculta entre la yerba, la que presentó al príncipe tártaro: Atila tomó la espada, y sobre aquella espada, que llamó la espada de Marte (2), juró sus derechos á la dominacion del mundo. Decia: «La estrella cae, la tierra tiembla; soy el martillo del universo.» Añadió él mismo á sus titulos el de Azote de Dios, que le daba la tierra (3).

Tal era el hombre á quien la vanidad de los romanos llamaba *general al servicio del imperio*: el tributo que le pagaban era á sus ojos *el sueldo* del gene-

genioque nimius, referre solitus esset se in primis ardentem inhiasse, ut obliterato romano nomine, romanum omne solum Gothorum imperium et fieret et vocaret; essetque, ut vulgariter loquar, Gothia quod Romania fuisset. At ubi multa experientia probavisset, neque Gothos ullo modo parere legibus posse propter effrenatam barbariem, neque reipublice interdici leges oportere, elegisse se saltem, ut gloriam sibi et restituendo in integrum augendoque Romano nomine, Gotherum viribus, quæreret, habereturque apud posteros Romanæ restitutionis auctor, postquam esse non poterat immutator. (Oros., lib. VII).

(1) Mox quoque ut Scythica terra ignotis apparuit, cervus disparuit. (Jornand., *de reb. Get.* cap. XXIV).

(2) Quum pastor quidam gregis unam buculam conspiceret claudicantem, nec causam tanti vulneris inveniret, sollicitus vestigia cruoris insequitur: tandemque venit ad gladium, quem depascens herbas bucula incaute calcaverat, effossumque protinus ad Attilam defert. Quo ille munere gratulatus, ut erat magnanimus, arbitratur se totius mundi principem constitutum, et per Martis gladium potestatem sibi concessam esse bellorum. (*Pric. ap. Jornand., cap. XXXV*).

(3) *Stella cadit: tellus tremit; en ego malleus orbis.* Sequæ juxta eremitæ dictum *Flagellum Dei* jussit appellari. (*Rerum hungararum scriptores varii*, Francforti, 1660).

ral; y lo mismo hacian con los gefes de los godos y de los borgñeses. El huno decia con este motivo: «Los generales de los emperadores son criados, y los generales de Atila emperadores (1).»

Vió Atila en Milan un cuadro que representaba á los godos y á los hunos prosternados delante de los emperadores; y mandó que le pintasen á él propio sentado en un trono, y á los emperadores llevando en los hombros sacos de oro, y vaciándolos á sus pies (2).

«¿Creeis vosotros, decia á los embajadores de Teodosio II, que pueda existir una fortaleza ó una ciudad si me da la gana de hacerla desaparecer del suelo (3).»

Despues de haber quitado la vida á su hermano Bleda, envió dos godos, el uno á Teodosio y el otro á Valentianiano, con este mensage: «Atila, mi señor y el vuestro, os manda prepararle un palacio (4).»

«La yerba no crece ya, decia tambien aquel esterminador, en los sitios por donde ha pasado el caballo de Atila.»

(1) Jam tum enim cum irascebatur dicebat exercituum duces, suos esse servos: qui quidem Attilæ, non tamen imperatoribus romanis, erant honore et dignitate pares. (*Ex Prisc. rhet. Gothic. hist. excerpt.*, pág. 46).

(2) Cum autem in pictura vidisset Romanorum quidem reges, in aureis thronis sedentes, Scythas vero cæsos et ante pedes ipsorum jacentes, pictorem accersitum jussit se pingere sedentem in solio: Romanorum vero reges ferentes saccos in humeris, et ante ipsius pedes aurum effundentes. Suid., pág. 517.

(3) Quæ enim urbs, quæ arx qua late patet Romanorum imperium, salva et incolumis evadere potuit quam evertere aut diruere apud se constitutum habuerit. (*Excerpta ex historia gothica Prisci rhetoris de legationibus, in corpore historiae Byzant.*, pág. 53).

(4) Imperat tibi per me dominus meus et dominus tuus Attila, ut sibi palatium seu regiam Romæ egregie adornes. (*Chronicon Alexandrinum*, pág. 734).

El instinto de una vida misteriosa perseguía hasta en la muerte á estos mandatarios de la Providencia. Alarico sobrevivió poco tiempo á su triunfo: los godos desviaron el curso de las aguas de Busentum, cerca de Cozencia; cavaron una sepultura en medio de su lecho enjuto; depositaron el cuerpo de su gefe con gran cantidad de plata y telas preciosas; despues volvieron el Busentum á su lecho, y su rápida corriente pasó por encima de la tumba de un conquistador (1). Los esclavos empleados en la obra fueron ahorcados, para que ningun testigo pudiese declarar donde descansaba el que habia tomado á Roma, cual si temiesen que por méritos de aquella, ó de aquel crimen buscasen sus cenizas.

Atila, que habia espirado en el regazo de una muger, fué colocado primero en su campo entre dos largas filas de tiendas de seda. Los hunos se arrancaron los cabellos y cortaron las megillas para llorar á Atila, no con lágrimas de muger, sino con sangre de hombres (2). Los caballeros daban vueltas alrededor del catafalco, cantando las alabanzas del héroe. Terminada la ceremonia, pusieron una mesa encima de la tumba preparada, y los asistentes se sentaron á un festin mezclado de alegría y de dolor. Despues del banquete confiaron el cadáver á la tierra en el secreto de la noche: estaba encerrado en un triple féretro de oro, de plata y de hierro. Sepultaron con el féretro las armas arrebatadas al enemigo, las alhajas enriquecidas

(1) Hujus ergo in medio alveo, collecto captivorum agmine, sepulturæ locum effodiunt. In cujus fodiæ gremio Alaricum multis opibus obruunt: rursusque aquas in suum alveum reducentes, ne a quoquam quandoque locus cognosceretur, fossores omnes interemerunt. Jornand *de reb. Get.* cap. XXX.

(2) Ut præliator eximius non femineis lamentationibus et lacrymis, sed sanguine lugeretur virili. Jornand., capitulo XLIX.

con piedras preciosas, los adornos militares y las banderas; y para privar a los hombres del conocimiento de tales riquezas, los enterradores fueron enterrados juntamente con el difunto (1).

Segun relacion de Prisco, la noche misma en que murió el tártaro, el emperador Marciano vió roto en sueños en Constantinopla el arco de Atila (2). El mismo Atila, despues que le derrotó Ecio, habia formado el proyecto de quemarse vivo en una hoguera formada con sillas y arneses de caballos, para que ninguno pudiese alabarse de haber hecho prisionero ó muerto al que tantas victorias habia conseguido (3): asi hubiera desaparecido en las llamas como Alarico en un torrente: imágenes de la grandeza y de las ruinas de que habian llenado su vida y cubierto la tierra.

(1) Nam de tota gente Hunnorum electissimi equites in eo loco quo erat positus, in modum circensium cursibus ambientes, facta ejus cantu funereo tali ordine referebant.... Postquam talibus lamentis est defietus, stravam super tumulum ejus, quam appellant ipsi, ingenti comessatione concelebrant, et contraria invicem sibi copulantes, luctum funereum mixto gaudio explicabant, noctuque secreto cadaver est terra reconditum. Cujus fercula primum auro, secundo argento, tertio ferri rigore communiunt. Addunt arma hostium cædibus acquisita phaleras vario gemmarum fulgore pretiosas, et diversi generis insignia, quibus colitur aulicum decus. Et ut tot et tantis divitiis humano curiositas arceretur, operi deputatos detestabili mercede trucidarunt, emersitque momentanea mors sepelientibus cum sepulto. (Jornand., *de reb. Get.*, cap. XLIX).

(2) Arcum Attilæ in eadem nocte fractum ostenderet. (Prisco., *in Jornand.*, cap. XL).

(3) Equinis sellis construxisse pyram, seseque, si adversarii irrumperent, flammis injicere voluisse: ne aut aliquis ejus vulnere lætaretur, aut in potestatem hostium tantorum hostium gentium dominus perveniret. . . . Multarum victoriarum dominus. (Jornand., *de reb. Get.*; cap. XL-XLIII).

Los hijos de Atila, que formaban por sí solos un pueblo (1), se dividieron. Las naciones que el guerrero había reunido bajo el poder de su espada, citáronse para la Panonia, en las orillas del río Netad, para manumitirse y despedazarse. Matáronse á competencia una multitud de soldados sin jefe (2), el godo esgrimiendo la espada, el gépido moviendo el venablo, el huno arrojando la flecha, el suevo á pié y el alano y el herulo armados el uno pesadamente y el otro á la ligera (3): treinta mil hunos quedaron en el campo, sin contar á sus aliados y á sus enemigos. Ellac, hijo querido de Atila, murió á manos de Alarico, jefe de los gépidos. Nada tenía de real la herencia del mundo que había dejado el rey de los hunos: era una especie de ficción ó de mudanza producida por su espada: roto el talisman de la gloria, todo se desvanecía. Los pueblos pasaron con el torbellino que los había conducido; y el reino de Atila fué una invasión.

La imaginación popular, conmovida fuertemente con tan repetidas escenas de matanza, había inventado una historia, que parece la alegoría de tanto furor y de tanto esterminio. En un fragmento de Damascio

(1) Filii Attilæ, quorum per licentiam libidinis pene populus fuit. (Jornand., cap. L).

(2) Committitur in Pannonia juxta flumen cui nomen est *Netad*. Illic concursus factus est gentium variarum, quas in sua Attila tenuerat ditio. Dividuntur regna cum populis, fluntque ex uno corpore membra diversa, nec quæ unius passioni compaterentur, sed quæ exciso capite invicem insanirent; quæ nunquam contra se pares invenerant, nisi ipsi mutis se vulneribus sauciantes, se ipsos discernerent fortissimæ nationes. (Jornand., cap. L).

(3) Pugnantem Gothum ense furentem, Gepidam in vulnere suorum cuncta tela frangentem, Suevum pede, Hunnum sagitta præsumere, Alanum gravi, Herulum levi armatura aciem instruere. (*Id. ibid.*)

se lee que Atila dió una batalla en las puertas de Roma, y que todos perecieron por una y otra parte, exceptuando los generales y muy pocos soldados. Cuando hubieron perecido los cuerpos, permanecieron en pie las almas, continuando la accion durante tres dias y tres noches: los guerreros no combatieron con menos ardimiento muertos que vivos (1).

Mas si por un lado los bárbaros se sentian estimulados a destruir, por otro se hallaban contenidos: el mundo antiguo que tocaba a su ruina, no debia desaparecer enteramente en el punto donde comenzaba la nueva sociedad. Cuando Alarico tomó la ciudad eterna, señaló la iglesia de San Pablo y de San Pedro para retiro de los que quisiesen encerrarse en ellas; sobre lo cual San Agustin hace esta bellissima observacion: Qué si el fundador de Roma habia abierto en su naciente ciudad un asilo, Cristo estableció alli otro mas glorioso que el de Rómulo (2).

En medio de los horrores de una ciudad saqueada, en medio de una capital caida por vez primera y para siempre del rango de dominadora y de señora de la tierra, vióse á los soldados ¡y qué soldados! protegiendo la traslacion de los tesoros del altar. Llevaban los vasos sagrados uno a uno y descubiertos: a ambos la-

(1) *Commissa pugna contra Scythas ante conspectum urbis Romæ, tanta utrinque facta es cæles ut nemo pugnantium ab utraque parte servaretur, præter quam duces paucique satellites eorum: cum cecidissent pugnantes, corpore defatigati, animo adhuc erecti, pugnabant tres integras noctos et dies, nihil viventibus pugnando inferiores, neque manibus neque animo. (Phot., Bibl., pág. 4039).*

(2) *Romulus et Remus asylum constituisse perhibentur quærentes creandæ multitudinem civitatis; mirandum in honorem Christi præcessit exemplum. Hoc constituerunt eversores urbis quod instituerant antea conditores (Aug., Civ., lib. I, cap. XXXIV, pág. 22, Basileæ).*

dos marchaban los godos con espada en mano, y los romanos y los bárbaros cantaban juntos himnos en alabanza de Cristo (1).

Lo que Alarico perdonó no hubiera escapado de las manos de Atila, que marchaba contra Roma. San Leon salió á su encuentro; el sacerdote de Dios detuvo al azote de Dios (2), y el prodigio de las artes dió la vida al milagro de la historia en el nuevo Capitolio que cae á su turno.

Hechos cristianos los bárbaros unian á su aspereza las austeridades del anacoreta: Teodorico, antes de atacar el campo de Litorio, pasó la noche vestido de estera (3), y no la dejó sino para tomar el sayo de piel.

Si los romanos aventajaban á los vencedores en civilizacion, estos les eran superiores en virtudes. «Cuando queremos insultar á un enemigo, dice Luitprand, le llamamos *romano*, cuyo nombre significa baja-za, cobardía, avaricia, lujuria, mentira, porque él solo encierra todos los vicios (4).» Los bárbaros desde-

(1) Super capita elata palam, aurea atque argentea vasa portantur, exsertis undique ad defensionem gladiis pia pompa munitur. Hymnis Deo, Romanis Barbarisque concinentibus, canitur. — Personat late in excidio urbis salutis tuba..... (Oros., *Historiar.*, lib. VII, c. XXXIX, p. 574. Lugduni Bavorum, 1767).

(2) Occurrente sibi (Genserico) extra portas sancto Leone episcopo, cujus supplicatio ita eum Deo agente lenivit, ut cum omnia in potestate ipsius essent, tradita sibi civitate, ab igne tamen et cæde adque suppliciis abstineret. (Prosp., *Chron.*)

(3) Indutus cilicio pernoctavit. (Salvian *de Gubern. Dei.*, pág. 165).

(4) Vocamus Romanum hoc solo, id est quidquid luxuriæ, quidquid mendacii, imo quidquid vitiorum est comprehendentes. (Luitprand. *legat. apud. Murat., Scritor. Ital.*, vol. II, part. I, pág. 481).

ñaban el estudio de las letras, diciendo: «El niño que tiembla á la vista de la vara, nunca podrá mirar una espada sin temblar (1).» En la ley sálica, el asesinato de un franco se valuaba en doscientos sueldos de oro; el de un romano propietario en cien sueldos, la mitad de un hombre (2).

Ni las dignidades, ni la edad, ni la profesion, ni el culto, contuvieron los furores del desórden: en medio de las provincias incendiadas, los ojos no se apartaban del circo y del teatro: saqueada Roma, los romanos fugitivos vienen á hacer alarde de su depravacion á la vista de Cartago, romana todavía por algunos dias (3). Cuatro veces fué invadida Tréveris, y el resto de sus ciudadanos se sentó rodeado de sangre y de ruinas en las gradas desiertas de su anfiteatro.

«Fugitivos de la ciudad de Tréveris, grita Salviano, os habeis dirigido á los emperadores solicitando el permiso de volver á abrir el teatro y el circo; mas ¿dón-

(1) Eos nunquam hastam aut gladium despecturos mente intrepida, si scuticam tremuissent. (Procop., *de Bell. gothico*, lib. I. pág. 312).

(2) Si quis ingenuus Francum, aut hominum barbarum, occiderit qui lege salica vivit, VIII denariis qui faciunt solidos CC, culpabilis judicetur. (Tit. XLIII, art. I). Si Romanus homo posesor occisus fuerit, IV denariis qui faciunt solidos C, culpabilis judicetur. (Tit. XLIII; art. VII).

(3) Quæ (pestilentia dæmonum) animos miserorum adeo obcæcabit tenebris, tanta deformitate scævavit ut etiam modo, romana urbe vastata fugientes, Carthaginem venire poterunt, in theatris quotidie certatim pro histrionibus delirarent. . . . Vos nec contristi ab hoste luxuriam representistis: perdidistis utilitatem calamitatis et miserimi facti estis, et pessimi permansistis. Aug., *de Civ. Dei*, lib. I, capitulo XXXII.

de está la ciudad, dónde está el pueblo en cuyo nombre presentais la petición? (1).»

Colonia sucumbió en medio de una orgía general: los principales ciudadanos no estaban en estado de levantarse de la mesa, cuando el enemigo, apoderado de las murallas, se precipitaba en la ciudad (2).

Casi todas las casas de Cartago eran sitios de prostitución: los hombres vagaban por las calles coronados de flores, esparciendo á lo lejos la fragancia de los perfumes, vestidos como las mugeres, con la cabeza velada como ellas, y vendiendo á los pasajeros sus abominables favores (3). Llegó Genserico, y fuera de la ciudad resonaba el estruendo de las armas, y dentro la algazara de los juegos: confundianse los ayes de los moribundos con las voces de un populacho ébrio, y apenas podia distinguirse el grito de las víctimas de la guerra, de las aclamaciones de la muchedumbre que ocupaba el circo (4).

(1) *Theatra igitur quæritis, circum a principibus postulatis: quæso cui statui, cui populo, cui civitati?* (Salvian., *de Gubern. Dei*, lib. VI, pág. 247).

(2) *Ad gressum nutabundi* (p. 243). *Barbaris pene in conspectu omnium sitis, nullus metus erat hominum, non custodia civitatum.* (Salv., *de Gubern. Dei*, lib. VI, pág. 244).

(3) *Adeo omnia pene compita, omnes vias, quasi foveæ libidinum... Fœtebant, ut ita dixerim, cuncti urbis illius cives cœno libidinis spurcum sibimetipsis mutuo impudiciæ nidorem inhalantes* (pág. 260).

Indicia sibi quædam monstruosæ impuritatis innectebant ut femineis tegminum illigamentis capita velarent atque publice in civitate (pág. 266). *Latrono quodam modo excubias videret.* (pág. 269. *Id.*, lib. VII).

(4) *Fragor, ut ita dixerim, extra muros et intra muros, præliorum et ludicrorum confundebantur; vox morientium voxque bacchantium: ac vix discerni forsitan poterat plebis ejulatio quæ cadebat in bello, et sonus populi qui clamabat in circo.* (*Id.*, lib. VI, pág. 210).

Acordaos, para no perder de vista el curso del mundo, que en esta época Rutilio ponía en verso su viage de Roma á Etruria, como Horacio en los hermosos dias de Augusto su viage de Roma á Brindis: que Sidonio Apolinar cantaba sus deliciosos jardines en la Auvernia, invadida por los visogodos: que los discípulos de Hipacia no respiraban sino por ella en las dulces relaciones de la ciencia y del amor: que Damascio en Atenas daba mas importancia á los sueños filosoficos que á la destruccion de la tierra: que Orosio y San Agustin estaban mas ocupados del cisma de Pelagio que de la desolacion del Africa y de las Galias: que los eunucos de palacio se disputaban los destinos que solo debian gozar una hora: finalmente, que habia historiadores que escudriñaban como yo los archivos de lo pasado en medio de las ruinas de lo presente, y que escribían los anales de las revoluciones antiguas al estruendo de las revoluciones modernas, sirviendo de mesa á ellos y á mí en el edificio que se desploma, la piedra caída á nuestros pies, y esperando la que ha de aplastar nuestras cabezas.

No es posible formarse una idea en el dia del espectáculo que presentaba el mundo romano despues de la invasion de los bárbaros: la tercera parte, y quizás la mitad de la poblacion de Europa y parte de la de Africa y de Asia, pereció por causa de la guerra, de la peste y del hambre.

La reunion de las tribus germánicas durante el reinado de Marco Aurelio, dejó en las orillas del Danubio huellas que no tardaron en borrarse; pero cuando aparecieron los godos en tiempo de Filipo y de Decio, la desolacion se estendió y duró. Valeriano y Galieno vestian la púrpura cuando los francos y los alemanes asolaron las Galias y pasaron á España.

En su primera expedicion naval los godos saquearon el Ponto; en la segunda se precipitaron sobre el

Asia Menor, y en la tercera redujeron á cenizas la Grecia. Tales invasiones produjeron una hambre y una peste que duró quince años, y que recorrió todas las provincias y todas las ciudades, muriendo en un solo día cinco mil personas (1). Se averiguó por el registro de los ciudadanos que recibían una retribucion de trigo en Alejandria, que aquella ciudad habia perdido la mitad de sus habitantes (2).

Una invasion de trescientos veinte mil godos en el reinado de Claudio, cubrió la Grecia; y en Italia en tiempo de Probo otros bárbaros multiplicaron los mismos infortunios. Cuando Juliano pasó á la Galia, acababan de ser destruidas por los alemanes cuarenta y cinco ciudades: los habitantes habian abandonado los pueblos abiertos, y no cultivaban ya sino las tierras cerradas dentro de las murallas de los puntos fortificados. El año 442 los bárbaros recorrieron las diez y siete provincias de las Galias, impeliendo delante de ellos como un rebaño, senadores y matronas, señores y esclavos, hombres y mugeres, doncellas y mancebos. Un cautivo que caminaba á pié en medio de los carros y de las armas, no tenía mas consuelo que ir junto á su obispo, tambien prisionero: poeta y cristiano este cautivo, tomaba por asunto de sus cantos los infortunios de que era testigo y víctima. «Si el Océano hubiese inundado las Galias, no hubiera causado tan horribles estragos como esta guerra. Si nos han tomado nuestras bestias, nuestros frutos y nuestros granos; si nos han destruido nuestras viñas y nuestros oliva-

(1) Nam et pestilentia tanta existebat vel Romæ, vel in Achaicis urbibus, ut uno die quinque millia hominum pari morbo perirent. (*Hist. Aug.* pág. 177).

(2) Querunt etiam quamobrem civitas ista maxima, non amplius tantam habitatorum multitudinem ferat, quantam senm.... quorum nomina in tabulas publicas pro divisione frumenti factitatas. (Euseb., *Hist. eccl.*, lib. VII, cap. XXI).

res; si el fuego y el agua han arruinado nuestras casas de campo, y si, lo que todavía es mas triste, permanece desierto, y abandonado lo poco que nos resta; todo esto no compone mas que la menor parte de nuestros males. Mas ¡ay! diez años ha que los godos y los vándalos hacen de nosotros una horrible carnicería. Los castillos edificadas sobre las rocas, las poblaciones situadas en las mas altas montañas, las ciudades rodeadas de rios, no han bastado á libertar á los habitantes del furor de los bárbaros, y en todas partes han estado espuestos á los últimos extremos. Si no debo quejarme de la carnicería verificada sin discernimiento en tantos pueblos, en tantas personas considerables por su rango, que pueden no haber recibido sino el justo castigo de los crímenes que habian cometido, séame permitido al menos preguntar: ¿qué culpa tenian tantos niños envueltos en la misma destruccion; tantos niños cuya edad era incapaz de pecar? ¿por qué ha permitido Dios que se consumiesen tantos templos? (1).»

La invasion de Atila coronó tantas ruinas: únicamente se salvaron dos ciudades al Norte de la Loira, Troyes y París. En Metz los hunos ahorcaron hasta los niños, á quienes el obispo se daba prisa á bautizar, y luego entregaron la ciudad á las llamas: algun tiempo despues no era posible reconocer el sitio donde habia existido, sino por un oratorio que se habia escapado solo del incendio (2). Salviano habia visto ciudades llenas de cuerpos muertos: los perros y las aves de

(1) Si totus Gallos sese effudisset in agros
Oceanus, vastis plus superesset aquis, etc.

(De Provid. div., trad. de Tillemond, *Hist. des emp.*)

(2) Nec remansit in ea locus inustus, præter oratorium
beati Stephani, primi martyris ac levitæ. (Greg. Tur., lib. II,
cap. VI).

presa, cebadas en la carne infecta de los cadáveres, eran los únicos seres vivientes de aquel osario (1).

Los thuringios, que servían en el ejército de Atila, practicaron al retirarse por medio del país de los francos, crueldades inauditas que Teodorico, hijo de Khlovigh, recordaba ochenta años después, para estimular á los francos á la venganza. «Precipitándose contra nuestros padres lo saquearon todo, y colgaron en los árboles á los niños de los nervios de las piernas. Dieron á más de doscientas doncellas una muerte cruel, ataron los brazos de las unas á la cola de los caballos, que estimulados por un aguijón de acero las hicieron pedazos: tendieron á otras en los carriles de los caminos, y claváronlas con estacas en la tierra: pasaron por encima de ellas carretas cargadas, rompiendo sus huesos, y quedaron para pasto de los cuervos y de los perros (2).»

Los documentos mas antiguos que hablan de las concesiones de terrenos á los monasterios, declaran que tales terrenos se sacan de los bosques (3) que están desiertos, *eremi*, ó mas enérgicamente, que se toman del desierto (4), *ab eremo*. Los cánones del

(1) *Jacebant si quidem passim, quod ipsi vidi atque sustinui, utriusque sexus cadavera nuda, lacerata, urbis oculos incessantia, avibus canibusque laniata.* (Salv., *de Gubern. Dei*, lib. VI, pág. 216).

(2) *Inruentes super parentes nostros, omnem substantiam abstulerunt, pueros per nervum femoris ad arbores appendentes, puellas amplius ducentas crudeli nece interfecerunt; ita ut ligatis brachiis super equorum cervicibus ipsique acerrimo moti stimulo per diversa petentes, diversas in partes feminas diviserunt. Aliis vero super orbitas viarum extensis, sudibusque in terram confixis, plaustra desuper onerata transire fecerunt, confractisque ossibus, canibus, avibusque eas in cibaria dederunt.* (Greg. Tur., lib. III, cap. VII).

(3) *Act. S. Sever.*

(4) *S. Bernard. Vit.*

concilio de Angers (4 de octubre de 453), ordenan á los clérigos proveerse de cartas episcopales para viajar; prohíben usar armas; vedan las violencias y las mutilaciones, y escomulgan al que hubiese entregado las ciudades: estas prohibiciones testifican los desórdenes y los infortunios de las Galias.

El título cuarenta y siete de la ley salica: *Del que se ha establecido en una propiedad que no le pertenece, y del que la posee hace doce meses*, manifiesta la incertidumbre de la propiedad, y el gran número de propiedades sin dueño. «El que se haya establecido en una propiedad extraña, y permanezca en ella doce meses sin contestación legal, puede continuar en su goce con la misma seguridad que los demás habitantes (1).»

Si saliendo de las Galias, dirigís vuestros pasos al Oriente de Europa, herirá vuestros ojos un espectáculo no menos triste. Después de la derrota de Valente, no quedó cosa alguna en pie en las comarcas que se extienden desde las murallas de Constantinopla hasta el pie de los Alpes Julianos: las dos Tracias ofrecían á lo lejos una soledad verde y entapizada de huesos emblanquecidos. El año 448 enviaron á Atila embajadores romanos: tres días tardaron en llegar á Sardica, incendiada, y de Sardica pasaron á Naissa: la ciudad natal de Constantino no era ya sino un montón informe de piedras: varios enfermos desfallecían en los escombros de las iglesias, y la campiña de los contornos veíase sembrada de esqueletos (2). «Devastaron

(1) Si autem quis migraverit in villam alienam, et ei aliquid infra duodecim menses secundum legem contestatum non fuerit, securus ibidem consistat sicut et alii vicini. (Art. IV).

(2) Venimus Naissum quæ ab hostibus fuerat eversa et solo æquata: itaque eam desertam hominibus ostendimus, præterquam quod in ruinis sacrarum ædium erant quidam

las ciudades, y degollaron á los hombres, dice San Gerónimo: desaparecieron los cuadrúpedos, las aves y los peces, y la tierra se cubrió de zarzales y de espesos bosques (1).»

España tuvo su parte en aquellas calamidades. En tiempo de Grosio, Tarragona y Lérida presentaban el estado de desolacion en que las habian dejado los suevos y los francos; apenas se descubrian algunas cabañas levantadas en el recinto de las metrópolis arruinadas. Los vándalos y los godos aumentaron estas ruinas, y el hambre y la peste consumaron la destruccion. En los campos, las fieras cebadas en los cadáveres allí tendidos, acometian á los infelices que respiraban aun: en las ciudades, hacinadas las poblaciones, despues de haberse alimentado de excrementos, devorabanse entre sí: una muger tenia cuatro hijos, les quitó la vida, y se los comió todos. (2).

Los pictos, los caledonios, y despues los anglosajones, esterminaron á los bretones, esceptuando las familias que se refugiaron al pais de Gales ó á la Armórica. Los insulares dirigieron á Ecio una carta cuyo sobrescrito decia asi: «*El gemido de la Bretaña*

ægroti. Omnia enim circa ripam erant plena ossibus eorum qui bello ceciderant. (Excerpta e legationibus ex Hist. Goth. Prisci. rhetoris, in corp. Byz. histor., pág. 59. Parisiis), e typographia regia, 1660).

(1) *Vastatis urbibus, hominibusque interfectis, solitudinem et raritatem bestiarum quoque fieri, et volatilium pisciumque. . . crescentes vepres et condensa sylvarum cuncta perierunt. (Hier. ad Sophon.)*

(2) *Fames dira grassatur, adeo ut humanæ carnes ab humano genere vi famis fuerint devoratæ, matres quoque necatis vel coctis per se natorum suorum sint pastæ corporibus.*

Bestiæ occisorum gladio, fame, pestilentia, cadaveribus aduetæ, quousque hominum fortiores interimunt. (Idatii episcop. Chronicon, pág. 41: Lutetiæ Parisiorum, 1619).

á *Ecio*, tres veces *cónsul*. «Decian: Los bárbaros nos arrojan hácia el mar, y el mar nos repele hácia los bárbaros: quédanos solo la eleccion de la muerte; el filo de la espada ó las ondas (1).»

Gildas acaba el cuadro: «La mano sacrílega de los bárbaros venidos de Oriente, pasea el incendio de un mar á otro: el fuego no se detuvo hasta despues de haber abrasado las ciudades y los campos en toda la superficie de la tierra, y haberla barrido como con una lengua roja hasta el Océano occidental. Las columnas se desplomaron con el choque del ariete: los habitantes de la campiña con los guardianes de los templos, los sacerdotes y el pueblo perecieron á manos del hierro y del fuego. Elévase una torre venerable en medio de las plazas públicas, y cae: los fragmentos de los muros, las piedras, los sagrados altares, los trozos de los cadáveres amasados y mezclados con la sangre, parecíanse á la uva pisada en un horrible lagar.

«Algunos infelices que se habian escapado de estos desastres fueron alcanzados y degollados en las montañas: otros obligados por el hambre, volvian y se entregaban al enemigo para sufrir una eterna servidumbre, lo que se consideraba como un señalado favor: otros pasaban á los pueblos de Ultramar, y durante la travesía cantaban con grandes suspiros, tendiendo las velas: *Tú ¡oh Dios! nos has destinado como carneros para un festin: tú nos has dispersado entre las naciones* (2).»

(1) «*Ætio ter consuli gemitus britannorum.*» — Et in processu epistolæ ita calamitates suas explicant: Repellunt barbari ad mare, mare ad barbaros. Inter hæc oriuntur duo genera funerum, aut jugulamur aut mergimur. (Bedæ *presb. Hist. eccles. gentis Anglorum*, cap. XIII. Colonix, año 1642).

(2) De mari usque ad mare, ignis orientali sacrilegorum manu exageratus, et finitimas quasque civitates agrosque po-

Una ley gálica pinta entera la miseria de la Gran Bretaña: determina la indicada ley que no se reciba compensacion alguna por el robo de la leche de una yegua, de una perra ó de una gata (1).

Los vándalos aniquilaron las tierras fértiles en Africa, del mismo modo que el sol aniquiló sus estériles arenas (2). «Semejante devastacion, dice Possidonio, testigo ocular, hizo muy amargo á San Agustín el último tiempo de su vida: veía las ciudades arruinadas, y en el campo los edificios derrocados, los habitantes muertos ó huyendo, las iglesias sin sacerdotes, y las vírgenes y los religiosos dispersados. Unos habian sucumbido á los tormentos, otros perecido al rigor del acero; y estos reducidos al cautiverio y habiendo perdido la integridad del cuerpo, del es-

pulans, qui non quievit accensus donec cunctam pene exurens insulæ superficiem rubra occidentalem trucique oceanum lingua delamberet. Ita ut cunctæ columnæ crebro impetu, cebris arietibus, omnesque coloni cum præpositis ecclesiæ, cum sacerdotibus ac populo, mucronibus undique micantibus ac flammis crepitantibus, simul solo sternerentur; et venerabili visu, in medio platearum una turrium, edito carmine evulsarum, murorumque celsorum, saxa, sacra altaria, cadaverum frustra, crustis ac gelantibus purpurei cruoris tecta velut in quodam horrendo torculari mixta viderentur.

Itaque nonnulli miserarum reliquiarum in montibus deprehensi acervatim jugulabantur; alii, fame confecti accedentes, manus hostibus dabant in ævum servituri. . . . quod altissimæ gratiæ stabat in loco. Alii transmarinas petebant regiones cum ululatu magno, hoc modo sub velarum sinibus cantantes: *Dedisti non tanquam oves escarum, et in gentibus dispersisti nos Deus. Histor. Gildæ liber querulus de excidio Britannicæ, pág. 8, in Hist. Brit. et Angl. scrip., tom. II).*

(1) *Leges Wallicæ*, lib. III, cap. III, pág. 207-260.

(2) Buffon, *Hist. natur.*

piritu y de la fé, servian á enemigos duros y brutales. . . . Los que se fugaban á los bosques, á las cuevas y rocas, ó á las fortalezas, caian prisioneros, y perecian ó se morian de hambre. En Africa, de tanto número de iglesias, apenas quedaban tres, Cartago, Hippona y Cirtha, que no hubiesen sido arruinadas, y cuyas ciudades subsistiesen (1).»

Los vándalos arrancaron las viñas, los árboles frutales, y particularmente los olivos, para que los habitantes retirados á las montañas no tuviesen de qué alimentarse (2). Demolieron los edificios públicos que se habian escapado de las llamas, y en algunas ciudades no quedó ni un solo hombre con vida. Inventores de un nuevo medio de tomar las ciudades fortificadas, pasaban á cuchillo á los prisioneros alrededor de las murallas: la infeccion de aquellos muladares, bajo de un sol ardiente, comunicabase al aire, y los bárbaros dejaban al viento el cuidado de llevar la muerte al interior de los muros que no habian podido asaltar (3).

Finalmente, la Italia vió precipitarse sobre sus pueblos por turno torrentes de alemanes, de godos, de hunos y de lombardos; cual si los rios que descienden de los Alpes, y se dirigen á opuestos mares, hubiesen de repente, mudando de curso, lanzádose

(1) Traduc. de Fleury, *Hist. eccles.*

(2) Sed nec arbustis fructiferis parcebant ne forte quos antra montium occultaverant, post eorum transitum, illis pabulis nutrentur; ab eorum contagione nullus remansit locus immunis. (Victor, *Vitensis episc.*, lib. I, de *Persecutione africana*, pág. 2, Divione, 1654)

(3) Ubi vero munitiones aliqua videbantur, quas hostilitas barbarici furoris oppugnare nequiret congregatis in circumcincta castrorum innumerabilis turbis, gladiis feralibus cruciabant, ut putrefactis cadaveribus, quos adire non poterant arcente murorum defensione, corporum liquescentium enecarent factore. (*Id.*, pág. 3).

sobre la Italia á oleadas. Roma, cuatro veces sitiada y dos veces tomada, sufrió los infortunios mismos con que habia abrumado á la tierra. «Las mugeres, segun San Gerónimo, no perdonaron ni á los niños quetenian á los pechos, é hicieron entrar en su vientre el fruto que acababa de salir de él (1). Roma fué la tumba de los pueblos, asi como habia sido su madre La lumbrera de las naciones se apagó, y cortando la cabeza del imperio romano, se humilló la del mundo (2). — Circulan terribles noticias, clamaba San Agustin desde lo alto de la cátedra, al hablar del saqueo de Roma: ¡carnicería, incendio, rapiña, esterminio! Gemimos, lloramos y no encontramos consuelo! (3)»

Formáronse reglamentos para aliviar del tributo las provincias de la Peninsula, principalmente la Campania, Toscana, Pisenio, Samnio, Apulia, Calabria, Brucio y Lucania, y diéronse á los estrangeros que consentian en cultivarlas, las tierras que habian quedado eriales (4). Mayoriano (5) y Teodorico trata-

(1) Ad
 dum mater non parcit lactenti infantie,
 et suo recipit utero quem paulo ante effuderat. (Hieron., ep. XVI, pág. 121. *Epistolæ tribus prioribus contentæ in eodem volumine*, tom. II, pág. 486. Parisiis, 1579).

(2) Quis credat ut totius orbis extracta victoriis Roma corrueret, ut ipsa suis populis et mater fieret et sepulchrum. Postquam vero clarissimum terrarum omnium lumen extinctum est, imo romani imperii truncatum caput, et, ut verius dicam in una urbe totus orbis interiret. obmetui. (Hieron., in *Ezech.*)

(3) Horrenda nobis nuntiata sunt: estrages facta incendia, rapinæ, interfectiones, excruciationes hominum. . . . Omnia gemuimus, sæpe flevimus, vix consolati sumus. (Aug. *de Urb. excidia*, tom. VI, pág. 624).

(4) *Cod. Theodos.*, lib. XI, XIII, XV.

(5) Antiquarum ædium dissipatur speciosa constructio, et,

ron de reparar los edificios de Roma, de los que no habia quedado ni uno entero, si damos crédito á Procopio (1). La ruina se acrecentó con el tiempo: los nuevos sitios, el fanatismo de los cristianos, y las guerras intestinas, contribuyeron á ella: Roma vió renovarse sus conflictos con Alba y Tivoli: batiase á las puertas mismas de la ciudad, y los espacios que habian quedado vacios eran el campo de las batallas que en otro tiempo daba en los confines de la tierra. Su poblacion que ascendia á tres millones de habitantes, quedó reducida á ochenta mil (2). En principios del siglo VIII cubrian la Italia bosques y pantanos: los lobos y las fieras de los montes frecuentaban los anfiteatros edificadas para ellos, pero no habia ya hombres para devorarlos.

Los despojos del imperio pasaron á los bárbaros: los carros de los godos y de los hunos, los barcos de los sajones y de los vándalos, se veian cargados de cuanto habian acumulado por espacio de tantos siglos las artes de Grecia y el lujo de Roma: despojaban el mundo como una casa que se deja. Genserico mandó á los ciudadanos de Cartago que le entregasen, bajo pena de la vida, las riquezas que poseian: di-

ut aliquid reparetur, magna diruuntur, etc. (Nov. Majorian., tit VI, pág. 35).

(1) Omnique direpta, magna romanorum cæde edita pergunt alio. (Procop., *Hist. Vand.*) La crónica de Marcelino añade: *Partem urbis Romæ cremavit*; y Filostorgio pasa mucho mas adelante.

(2) Brottier y Gibbon no dan á esta poblacion mas que un millon doscientos mil habitantes, cálculo visiblemente muy bajo, asi como el de Justo Lipsio, y el de Vosio es demasiado alto, porque los últimos autores lo remontan á cuatro, ocho y catorce millones. Un crítico moderno italiano ha calculado con mucha sagacidad los distintos censos de la antigua Roma.

vidió las tierras de la provincia proconsular entre sus compañeros, y conservó para sí mismo el territorio de Bizancio y las tierras fértiles de Numidia y de Gétulia (1). El mismo príncipe despojó á Roma y al Capitolio en la guerra que Sidonio llama la cuarta guerra púnica (2), y reunió una masa de cobre, bronce, oro y plata, que ascendia á muchos millones de talentos (3).

El tesoro de los godos era célebre: consistia en cien palanganas llenas de oro, de perlas y de diamantes que Ataúlfo ofreció á Placidia; en sesenta cálices, quince patenas y veinte cofres preciosos para encerrar el Evangelio (4). El *Missorium*, que componia parte de las riquezas, era un plato de oro de quinientas libras de peso, elegantemente cincelado. Sisenando, rey godo, lo empeñó á Dagoberto, que le socorrió con tropas: el godo hizo que lo robasen en el camino, y apaciguó al franco con una suma de doscientos mil sueldos de oro, precio que se creyó muy inferior al valor del plato (5). Pero la mayor maravilla de este

(1) Procop., *de Bell. Vand.*, lib. I, cap. V; Victor Vitens., *de Persecut. Vandal.*, lib. I, cap. IV.

(2) Sid. Apoll., *Paneg. Avit.*

(3) Ne æs quidem, aut quicquam aliud unde pretium fieri posset in palatio reliquerat. Diripuerat et Capitolium. Jovis templum, tegularumque partem abstulerat alteram, quæ ex ære purissimo factæ, auroque largiter oblitæ, magnificam plane mirandamque speciem præbebant. (Procop., *Hist. Vand.*, lib. I).

(4) Nam sexaginta calices, quindecim patenas viginti Evangeliorum capsas detulit, omnia ex auro puro, ac gemmis pretiosis ornata. Sed non est passus ea confringi. (Greg. Turon., lib. III, cap. X).

Les gestes des Francks., pág. 557, repiten el mismo hecho.

(5) In hujus beneficii repensionem missorium aureum nobilissimum ex thesauris Gothorum. . . Dagoberto dare pro-

tesoro era una mesa formada de una sola esmeralda: rodeabanla tres órdenes de perlas, y sosteníase sobre sesenta y cinco pies de oro macizo, embutido de piedras preciosas: estimábanla en quinientas mil piezas de oro: de los visogodos pasó á los árabes (1): conquista digna de su imaginacion.

La historia, presentandonos la pintura general de los desastres de la especie humana en aquella época, ha dejado en el olvido las calamidades privadas, pareciéndole imposible dar cuenta de tantos infortunios. Sabemos únicamente de los apóstoles cristianos una parte de las lágrimas que enjugaban en secreto. La sociedad destruida en sus fundamentos, privó tambien á la cabaña de la inviolabilidad de su indigencia, y no se vió ya segura á semejanza del palacio: en tan aciago tiempo, cada tumba encerraba un desgraciado.

El concilio de Braga, en Lusitania, suscrito por diez obispos, da una idea sencilla de lo que pasaba y de lo que se padecía en las invasiones. El obispo Pancraciano tomó la palabra: «Ya veis, hermanos míos, cómo los bárbaros destruyen á España, arruinan las iglesias, matan á los servidores de Dios, profanan la memoria de los santos, sus huesos, sus sepuleros, los cementerios. Poned delante de los ojos de nuestra grey el ejemplo de nuestra constancia, sufriendo por Jesucristo una parte

mist, pensantem auri pondus quingentos. . . . Cumque a Sisenando rege missorius ille legatariis fuisset traditus, a Gothis per vim tollitur, nec cum exinde exhibere permiserunt. Portea discurrentibus legatis ducenta millia solidorum missorii hujus pretii Dagobertus a Sisenando accipiens, ipsumque pensavit. (Fredeg., *Chron.*, cap, LXXIII).

El tercer fragmento de Fredegario, y los *Gestes* de Dagobert, capítulo XXIX, repiten esta anécdota.

(1) *Historia de Africa y de España bajo la dominacion de los árabes*, por Mr. Cardonne.

de los tormentos que sufrió por nosotros (1).
 »Entonces Pancraciano hizo la profesion de fé de la iglesia católica, y á cada artículo los obispos respondian: *Creemos* (2). «Y qué haremos ahora, dijo Pancraciano, de las reliquias de los santos?» Clipand de Coimbra respondió: «Obre cada uno segun la ocasion: los bárbaros se hallan cerca de nosotros, y apremian á Lisboa: se han apoderado de Mérida y de Astracán: el día que menos pensemos, vendrán sobre nosotros: vaya cada uno á su pueblo y consuele á los fieles, ocultando poco á poco los cuerpos de los santos, y remitiéndonos la relacion de los sitios ó cuevas donde los haya colocado, no sea que los olvide con el tiempo.» Pancraciano dijo: «Id en paz. Nuestro hermano Pontamio permanecerá solo á causa de la destruccion de su iglesia de Eminia que los bárbaros talan.» Pontamio contestó: «Quiero ir á consolar á mi grey, y sufrir con ella por Jesucristo: no he recibido el cargo de obispo para vivir en la prosperidad, sino en el trabajo.» Pancraciano le respondió: «Decis muy bien: Dios os conserve.» Los obispos repitieron: «Dios os conserve (3). Todos juntos vayamos en paz á Jesucristo.»

Quando Atila apareció en las Galias, precedíale el terror: Genoveva de Nanterre tranquilizó á los habitantes de París: exhortaba á las mugeres á orar reuni-

(1) Notum vobis est, et fratres socii mei, quomodo barbaræ gentes devastant universam Hispaniam: templa everunt, servos Christi occidunt in ore gladii, et memorias sanctorum, ossa, sepulchra, cœmenteria profanant. (*Lab. Concil.*, pág. 4508).

(2) Similiter et nos credimus. (*Id. ib.*)

(3) *Pancratianus dixit*: Abite in pace omnes, solus remaneat frater noster propter destructionem ecclesiæ suæ quam barbari vexant.

Pontamius dixit: Abeam et ego ut confortem oves meas,

das en el baptisterio, y prometíalas la salud de la ciudad: los hombres que no creían en las profecías de la pastora, escitábanse á apedrearla ó á ahogarla (1). El archi-diacono de Auxerre los disuadió de su perverso designio, asegurándoles que San German publicaba las virtudes de Genoveva. Los hunos no llegaron á las tierras de París (2). Perdonaron á Troyes, por recomendacion de San Lupo, y en su retirada el Azote de Dios hizo que le escoltase el santo (3). San Lupo, et simul cum eis pro nomine Christi patiar labores et anxietates; non enim suscepi munus episcopi in prosperitate, sed in labore.

Pancreat.: Optimum verbum, justum consilium: profer-
tum approbo. Deus te conservet.

Omnes episcopi: Servet te Deus.

Omnes simul: Abcamus in pace Jesu-Christi. (*Conc.*, to-
mo II, pág. 4509).

(1) Dies aliquot in baptisterio vigilias exercentes jejuniis et orationibus ac vigiliis insisterent ut suaserat Genovefa, Deo vacarunt. Viris quoque suadebat ne bona sua a Parisio auferrent. Urbem Parisium fore incontaminatam ab inimicis. Insurrexerunt in eam cives, dicentes pseudoprophetis-
sam: tractaverunt ut Genovefam, aut lapidibus obrutam, aut vasto gurgite submersam punirent. (*Boll.* III, página 459).

(2) Interea adveniente Autissiodorensi urbe archidiacono, qui olim audierat sanctum Germanum magnificum testimonium de Genovefa dedisse. . . . dixit: Nolite tantum admit-
tere facinus. . . . Prædictum exercitum ne Parisium circumdaret procul abegit. (*Vita S. Genov.*, ap. *Boll.*, 3 janv).

(3) Redux in Gallias, Lupus urbem suam ab Attilæ hun-
norum regis furore servavit, an. 451, qui post vastas romani imperii plurimas provincias, Thraciam, Illyriam, etc., Gal-
liam quoque invaserat, ubi Remos Cameracum. Lingonas Au-
tissiodorum aliasque urbes ferro flammisque vastarat Attilam
Rhenum usque committatus Lupus, inde reversus tum et se
arctius vocationibus divinis implicaret. (*Gal. Christ.*, to-
mo XII, pág. 485; *Vit. S. Lup. ap. Suri.*, pág. 348).

esclavo y prisionero, protegiendo á Atila, ofrece un rasgo admirable de la historia de aquellos tiempos.

San Agnan, obispo de Orleans, yacia encerrado en su ciudad sitiada por los hunos, y envió á las murallas á esperar y descubrir á los libertadores; pero nada parecia: «Orad, dijo el santo, orad con fé,» y envió de nuevo al muro. Tampoco se distinguia cosa alguna: «Orad, repitió el santo, orad con fé,» y envió tercera vez á mirar desde lo alto de las torres. Distinguíase como una ligera nube que se levantaba de la tierra. «Es el auxilio del Señor, gritó el obispo (1).»

Genserico condujo cautivas desde Roma á Eudoxia y á sus dos hijas, únicos restos de la familia de Teodosio (2). Miles de romanos se vieron hacinados en los bageles del vencedor, que por exceso de barbarie mandó separar á las mugeres de sus maridos, y á los padres de sus hijos (3). Deogracias, obispo de Carta-

(1) Adspicite de muro civitatis, si Dei miseratio jam succurrat. Adspicientes autem de muro neminem viderunt. Et ille: Orate, inquit, fideliter Orantibus autem illis, ait: Adspicite iterum. Et cum adspexissent, neminem viderunt qui ferret auxilium. Ait eis tertio: Si fideliter petitis, Dominus velociter adest. Exacta quoque oratione, tertio juxta senis imperium adspicientes de muro, viderunt a longe quasi nebulam de terra consurgere. Quod renuntiantes ait sacerdos: Domini auxilium est. (Greg. Tur., lib. II, pág. 464).

De la relacion de los guerreros que combatieron despues de su muerte, y de la historia de San Agnan, de Orleans, debe deducirse que los poemas y cuentos que se hicieron populares en el último siglo, tienen su origen en el fondo y en la forma en las crónicas del quinto ó sexto siglo.

(2) At Eudoxiam Gizerichus filiasque ejus ex Valentiniano duas, Eudociam et Placidiam, captivas abduxit. (Procop., *Hist. Vand.*, lib. I).

(3) Victor Vitens, lib. I, cap. VIII.

4334 Biblioteca popular,

T. II. 42

go, consagró los santos vasos al rescate de los prisioneros. Convirtió las iglesias en hospitales, y no obstante su edad avanzada, cuidaba de los enfermos, á quienes visitaba de día y de noche. Murió, y aquellos á quienes habia libertado, creyeron que iban á recaer en la esclavitud (1).

Cuando Alarico entró en Roma, Proba, viuda del prefecto Petronio, jefe de su poderosa y antigua familia, se salvó en un batel del Tiber (2); su hija Leta y su nieta Demetriade le acompañaron, cuyas tres mugeres vieron desde su fugitiva barca las llamas que consumian la ciudad eterna. Proba poseía numerosos bienes en Africa, y los vendió para consolar á sus compañeros de destierro y de infortunio (3).

Huyendo de los bárbaros de Europa, los romanos se refugiaban en Africa y en Asia; mas en estas remotas provincias encontraban otros bárbaros: arrojados del corazon del imperio á los extremos, repelidos de las fronteras al centro, podian decir que la tierra se habia convertido en un parque, donde los batia un círculo de cazadores.

San Gerónimo recibió un resto de tantas grandezas en aquella gruta en que el Rey de los reyes habia nacido pobre y desnudo. ¡Qué espectáculo y qué leccion para los descendientes de los Escipiones y de los Gracos, refugiados al pie del Calvario! San Gerónimo comentaba entonces á Ezequiel, y aplicaba á Roma las palabras del profeta sobre las ruinas de Tiro y de Jerusalem: «Haré que suban contra vosotros muchos pueblos,

(1) *Id. ibid.*: Fleury, *Hist. eccles.*, tom. VI, pág. 491.

(2) *Probam fuisse matronam inter senatorias fama ac divitiis insignem. . . . Jam et portum et amnem, potito hoste, familie suæ præcepisse, ut noctu portam panderent.* (Procop., *Hist. Vand.*, lib. I).

(3) Hier., *epist.* VIII, *ad Demet.*, tom. I, pág. 62-73; Sulp. XXIX, N. ult.; Till., *Vida de San Agustin.*

como el mar hace subir las olas; y destruirán las murallas hasta el polvo. . . . Caerá sobre los hijos de Judea el peso de sus crímenes. . . . y verán venir horrores sobre horrores (1).» Mas al leer aquellas palabras, *pasarán de un país á otro país, y serán conducidos cautivos*, el solitario clavaba los ojos en sus huéspedes, y prorumpia en lágrimas.

Y sin embargo, la gruta de Bethleem no era ya un asilo seguro: otros destructores despojaban la Fenicia, la Siria y el Egipto (2). El desierto dilatado por los bárbaros, y como mudando de sitio con ellos, extendiase á las provincias, en otro tiempo mas fértiles; y en las comarcas que se habian visto animadas con innumerables pueblos, no quedaban mas que la tierra y el cielo (3). Las arenas mismas de la Arabia que seguian á estos campos devastados, experimentaban la plaga comun: San Gerónimo habia escapado con harta pena de las manos de las tribus errantes, y los religiosos del Sinaí habian sido degollados: Roma faltaba al mundo, y la Tebaida á los solitarios.

Cuando el polvo que se levantaba de los pies de tantos ejércitos, y de la ruina de tantos monumentos, cayó; cuando se desvanecieron los torbellinos de humo que despedian tantas ciudades abrasadas; cuando apagó la muerte los gemidos de tantas víctimas; cuando el estruendo de la caída del coloso romano cesó, entonces se descubrió una cruz, y al pie de ella un mundo nuevo. Algunos sacerdotes con el Evangelio en la mano, sentados sobre ruinas, resucitaron la sociedad en medio de las tumbas, así como Jesucristo volvió la vida á los hijos de aquellos que habian dado fé á sus palabras.

(1) Cap. VII, v. 25; cap. XII, v. 44.

(2) *Invasis excisisque civitatibus atque castellis. . . .*
(Amm. Marcel).

(3) *Ubi præter cœlum et terram.*
euncta perierunt. (Hieron. ad Sophron.)

comentando sobre las obras y destruyendo las mu-
 rallas de la parte de la guerra.
 Y así como los
 fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.

Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.

Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.
 Y así como los fines de la guerra son los mismos.
 con estos fines se han de hacer las cosas.

(1) *De re publica*, lib. II, c. 1.

(2) *De re publica*, lib. II, c. 1.

(3) *De re publica*, lib. II, c. 1.

(4) *De re publica*, lib. II, c. 1.

(5) *De re publica*, lib. II, c. 1.

ACLARACIONES.



SOBRE ATILA.

El nombre de Etzel no es evidentemente sino la forma teutónica del nombre caucásico *Atila*. Los impresos y los manuscritos no difieren en este nombre, demasiado conocido de los romanos para que lo alterasen, y cuya composición y eufonía no eran extraños á su oído. Vémoslos por el contrario variando á cada paso los nombres que su oído aprendía mal, y para los que su alfabeto no ofrecía sino letras compuestas. Así escribían Gaiserico, Geiserico, Gizerico, Gensericco, etc. Alteran hasta el nombre mismo de *Huno*, pues muchas veces hallamos escrito *Chuno*: los partidarios del origen chino de los hunos, pueden sacar de ahí una de esas inducciones tomada de las lenguas, de que tanto caso se hace en el día. La ciencia etimológica puede comunicar alguna luz á la historia; pero tiene también sus sistemas más propios muchas veces para embrollar los orígenes que para aclararlos. El filólogo Brigant demostraba doctamente, que todos los idiomas de la tierra se derivan del bajo-breton, y pareciale muy probable que Adán y Eva hubiesen hablado en el paraíso terrenal la lengua que se habla en Quimper-Corentin; solo que no sabia con exactitud si la hablaron antes ó después de pecar.

Volviendo al nombre de Atila, la sílaba *la* no es en este nombre una asociación latina; porque las antiguas lenguas bárbaras tenían una porción de palabras que terminaban con la vocal *a*. Etzel no es el nombre primitivo de Atila, pues hasta en un canto del *Edda* se escribe *Attil*, omitiendo la vocal final: citaré este canto cuando hable de la poesía de los pueblos septentrionales.

Sea lo que fuere, se leerán con estremo placer las notas siguientes sobre el poema de los *Nibelungos*, que debo á la finura y amistad de S. E. M. Bunsen, digno y sabio amigo de Mr. Niebuhr, ministro de S. Mr. el rey de Prusia en Roma, y del que he cesado de ser colega harto pronto, por una triste prevision de lo futuro.

NOTAS

COMUNICADAS POR S. E. MR. BUNSEN.

El poema épico germánico conocido con el título de *Der Nibelunge Not*, es decir, «fin trágico (ó infortunios) de los Nibelungos,» debe su forma actual á uno de los primeros poetas de fines del duodécimo ó principios del siglo decimotercero: no es seguro que este poeta fuese *Wolfram von Eschenbach*, segun la opinion general, ó *Heinrich von Ofterdingen*, como cree Mr. Augusto-Guillermo de Schlegel.

El nombre de *Nibelungo* (que al parecer significa pais de las nieblas) podria ser muy bien la Noruega; pero en el poema los héroes de la Borgoña se llaman tambien *Nibelungos*.

Los personajes históricos que se encuentran en el poema son los siguientes:

I. Quinto y sexto siglos.

1. *Etzel*: este era el nombre original de Atila (+545), como lo ha notado ya Juan Muler en su historia de la Suiza (I, 7, nota 30). Este nombre tal vez significa príncipe del Wolga, porque los tártaros llamaban á este rio *Etzel*. Entre los vasallos de *Etzel* aparece el gran rey de los ostrogodos, Teodorico (+527), llamado en el poema *Dietrich* de Bern (Verona). Segun la historia nació cuatro años despues de la muerte de Atila. El poema habla tambien de *Irnfrid*, probablemente *Hermenfrido*, rey de Thuringa, que se habia casado con la sobrina de Teodorico, y del rey de los ostrogodos, *Vitigas*, llamado *Wittich* (+542).

2. Al lado de estos personajes de los siglos V y VI se encuentra el margrave Rudiger de Pechlarn, personaje histórico que vivía en mitad del siglo X: era margrave del país que se estiende mas allá del Ens (en Austria).

El poema nombra á *Blodel*, hermano del rey de los hunos, á quien la historia llama *Bleda*.

3. *Gunther*, rey de los burguiñones, que residía en Worms, hermano de Chriemhilda, casada con Sigfrido: Próspero Aquitano escribió lo que sigue en 431.

«*Gundicarium Burgundionum regem, intra Gallias habitantem, Actius bello obtinuit, pacemque ei supplicanti dedit: qua non diu potitus est, siquidem illum Huni cum populo suo ac stirpe deleverunt.*»

El nombre del hermano *Giselther* se halla en un documento del rey Gundobaldo, del año 517, entre los reyes de Borgoña. Entre los caballeros de su corte, *Volcher* recuerda el nombre de *Talco*, que asesinó en 577 á Chilperico por orden de Brunhilda, su cuñada.

4. *Sigfrido* es el Aquiles del poema, invulnerable como el héroe griego, á escepcion de un solo punto. Sigfrido, vencedor de los nibelungos, de una serpiente, y de la reina de Igenlanda, la amazona Brunhilda, que se casó con el rey Gunther, y fué reina de Borgoña. Su padre, llamado *Sigmunto*, es rey de los Países Bajos (*Niderlant*), y reside en Santen, sobre el bajo Rhin.

Es muy notable que el monumento sepulcral del rey Siegbert (este es un modo distinto de escribir el mismo nombre), levantado en Soissons en la iglesia de Saint-Medardo, que edificó aquel príncipe, tenga la serpiente á los pies del rey. La vida de este desventurado príncipe presenta tambien mucha semejanza con el héroe del poema, pues venció como Sigfrido, á los sajones y á los daneses, y fué asesinado en 575 por instigaciones de su cuñada Fredegonda, como Sigfrido por las sugerencias de Brunhilda. Siegberto era rey de Austrasia, en la que se encuentra *Santen*. *Guntran*, que parece ser el mismo nombre que Gunther ó *Gundar*, era su hermano. En fin, la muger de Siegberto se llama *Brunehilda*, hija del rey de los visogodos, Atanagildo de España, que fué asesinado en 613. La version de la historia del poema, en el *Edda*, nombra á Sigurdo (Sigfrido), primer esposo de Brunehilda.

Estos son todos los personajes del poema: los unos recuerdan los nombres, los otros las vidas y los hechos ilustres de los burguñones, los francos y los godos de los siglos V y VII, á escepcion del margrave Rudijer, que pertenece á un tiempo posterior al nono y décimo siglo: citaré ahora los principales nombres históricos de estos dos últimos siglos.

II. Nono y décimo siglos.

El poema hace mencion de los *rusos* que se presentan en la escena en 862, los húngaros y los hunos, que aparecen en ella segun la opinion antigua en 900. Entre los personajes que recojen los burguñones cuando pasan por la Baviera y el Austria á buscar á Atila en Hungria, hállase el obispo *Piligrin ó Pilgerin de Passau* (en Baviera). Este es el gran apóstol de los húngaros: fué obispo de una parte de Hungria y de Austria desde 971 hasta 991. Los burguñones le encuentran en Passau, y allí recibe á *Chriemhilda* como su sobrina.

III. Undécimo y duodécimo siglos.

Solamente al siglo XI puede pertenecer la mencion de los *polacos*, y al XII la de la ciudad de *Viena*, edificada en 1162.

El gran ingenio de este siglo XII, que supo reunir tales elementos épicos del mismo modo que se habian formado en el curso de la historia de los pueblos germánicos, enlazando los héroes de varias épocas al principal acontecimiento de la historia de los burguñones, la derrota del rey Gunther por los hunos; este ingenio, digo, dió á su narracion el color de la edad media feudal y caballeresco. El poema no es, pues, histórico propiamente hablando, sino para este tiempo, y no presenta de las épocas anteriores sino la imagen trasmitida por la tradicion popular. Asi, la córte de Gunther es la de un príncipe del siglo XII, la armadura de los héroes, y toda su vida social, es la del mismo tiempo: los hunos del siglo V viven como los húngaros del XI.

Las noticias detalladas sobre el origen y la historia de este poema épico, al que se puede con mucha probabilidad aplicar

el pasage célebre de la vida Carlo-Magno, «Item barbara et antiquissima carmina, quibus veterum regnum actus et bella canebantur, scripsit memoriaeque mandavit;» han sido recogidas por los sábios *hermanos Grimm*, en su diario el *Deutsches Walder*. La mejor disertacion sobre su importancia nacional y su belleza épica, es de Mr. Aug.-G. Schlegel, en el Museo germánico (*Deutsches Museum*), publicado por Mr. Federico Schlegel.

La primera edicion de 1757 por Bodmer, se dedicó á Federico el Grande, á cuyo ingenio no se escapó la grandeza de la concepcion de este poema, que no apreció en su justo valor la nacion hasta el comenzamiento de nuestro siglo. Publicado sucesivamente por Hajen y Zeune, ha sido últimamente impreso segun el manuscrito mas antiguo, con un talento y critica eminente, por el célebre filólogo de Berlin Mr. Lachmann.

Una traduccion francesa de este poema, que los Goethe y los Schlegel han hallado digno del nombre de *Iliada germánica*; una traduccion hecha en el estilo sencillo y natural de las crónicas, y precedida de una noticia histórica, y de un analisis que hiciese resaltar la sublimidad de la concepcion y las bellezas de esta epopeya, obtendria un éxito general. Exige sin embargo un literato muy versado en la literatura alemana antigua para que entienda bien la lengua en que se escribió el poema original.

EXTRACTO

DEL POEMA DE LOS NIBELUNGOS.

Escrito en mil trescientas diez y seis estrofas de cuatro versos rimados (especie de alejandrinos), y dividido en cuarenta aventuras.

Gunther, hijo de Danckart y de Ute, rey de Borgoña, que residia en Worms, tenia dos hermanos *Cernot* y *Gieslher*, y una hermana, objeto de sus cuidados, llamada *Chriemhilda*: su córte era la primera de aquel tiempo, y los mas célebres caballeros servian en ella: la princesa era igualmente célebre en todo el mundo por su hermosura y la nobleza de su corazón. Tuvo un sueño: soñó que teniendo en las manos un halcon, precipitábanse dos águilas sobre él y lo mataban. Su madre le esplicó el ensueño: el halcon significaba un noble caballero que tendria por esposo, y que perderia por una muerte violenta.

En aquel tiempo habia en Santen un héroe que por su belleza y bravura sobrepujaba á todos los caballeros: *Sigfrido*, hijo de *Sigmunt* y de *Sigelint*. Despues de haber muerto á una serpiente, cuya sangre le hizo invulnerable, á escepcion de un punto entre los dos hombros: despues de haber vencido á los hermanos Nibelungo y Schilbungo, dueños de un tesoro, fué á la córte de Worms á solicitar la mano de *Chriemhilda*. Oponiase *Hagen*, el primero de los caballeros del rey; pero habiendo *Sigfrido* prestado dos grandes servicios al rey, este le ofreció darle su hija en matrimonio.

Consistió el primer servicio en combatir á los poderosos enemigos de Gunther, los sajones y los daneses: el segundo fué ayudarle á vencer á la célebre amazona *Brunehilda*, reina de Iselant, que obligaba á todos los que iban á pedir su mano á pelear tres veces con ella: perdian los combatientes la cabeza si quedaban vencidos, y conseguian la mano de la reina si la vencian. Hasta entonces todos habian perecido;

y Gunther hubiera sufrido la misma suerte, si Sigfrido no le hubiese asistido invisiblemente: procuróle semejante ventaja el vestido mágico que habia robado al enano *Albrico*, guarda del tesoro de los nibelungos.

Vencida Brunehilda fué conducida á Worms, donde se celebraron las bodas de Gunther y de Sigfrido. La fiera Brunehilda no permitió á Gunther que usase de sus derechos; cuando se acercó á ella, atóle, y le hizo prometer que nunca atentaria á su virginidad. Mas Sigfrido ayudó tambien á su cuñado á vencer á la linda amazona: ligaron una noche á Brunehilda sin que lo percibiese; pidió favor, y fué desde entonces esposa obediente de Gunther.

En su lucha con Brunehilda, Sigfrido le quitó el cinturon y se lo llevó: este cinturon fué la primera causa de su desgracia, y de la caída de la casa de Borgoña.

Habiendo descubierto este cinturon Chriemhilda, atormentó á su marido con celos, hasta que este, en un momento de debilidad, y faltando á la palabra dada á Gunther, hizo traicion al misterio, y dió el cinturon de Brunehilda á su esposa, que por su parte prometió guardar el secreto.

Algun tiempo despues las dos princesas fueron á la iglesia, y Brunehilda no quiso permitir á la esposa de Sigfrido, que habia sido presentada como vasalla de Gunther, que entrase á su lado. Chriemhilda, ofendida, le enseñó el cinturon, y la llamó concubina de su marido. Brunehilda juró vengarse de aquella afrenta: acusó á Sigfrido de haberse alabado de haber gozado los favores de la reina y aquel probó su inocencia con un juramento público. El rey estaba satisfecho; pero la reina llamó á Hagen, que la ofreció tomar venganza con la muerte de Sigfrido. Comunicó su designio á los príncipes y al rey, que cedió á las insinuaciones del traidor y á las lágrimas de su esposa. Hagen fingió la mas estrecha amistad con Sigfrido; y viendo á Chriemhilda que no olvidaba su sueño, inquieta sobre la suerte de su marido, le ofreció no alejarse jamás de su lado, añadiendo sin embargo que lo creia inútil, porque el héroe era invulnerable. Entonces Chriemhilda reveló á Hagen el punto vulnerable, y señaló con una cruz roja el sitio de los hombros en que la sangre de la serpiente no habia penetrado.

Asegurado el éxito de la traicion, dispúsose una caza á la

isla del Rhin; y cuando el héroe fué á refrescarse á una fuente del bosque, Hagen le hirió; mandó colocar el cuerpo inanimado de Sigfrido delante de la puerta de Chriemhilda, que al día siguiente se horrorizó con tal espectáculo cuando salió de sus aposentos.

La primera parte del poema termina aquí. Chriemhilda vivió envuelta en el luto por espacio de trece años, llorando la pérdida de su marido, y el tesoro de los Nibelungos que le habian robado.

Habiendo Etzel oido hablar de la gloria de Sigfrido y de la hermosura de su viuda, resolvió, muerta su primera esposa *Elche*, pedir la mano de Brunehilda. La idea de volverse á casar, y principalmente con un pagano, horrorizó á Chriemhilda, y no cedió hasta que uno de los vasallos alemanes de Etzel, el margrave Rudiger, le ofreció no abandonarla nunca, y ayudarla á vengar el asesinato de su primer marido y el robo del tesoro de los Nibelungos.

Chriemhilda se casó con el rey de los hunos, que la recibió en Viena. Siguió en su dolor, y acrecentando su sed de venganza contra Hagen, fingió morir de deseos de volver á ver á sus parientes. Etzel, para consolarla, prometió convidar á toda la corte de los burguñones para que viniese á verla. Gunther fué tambien convidado: Hagen le aconsejó no asistir; pero el rey partió con mil y sesenta caballeros y nueve mil de sus agentes.

Llegados al Danubio, Hagen hizo que le predijesen el éxito del viage las ninfas del río, á las que quitó los vestidos: las ninfas le declararon que todos debian perecer en aquella expedicion, escepto el capellan del rey. Hagen, para dejar falso al destino, precipitó al sacerdote en el río; pero se salvó milagrosamente. Entonces Hagen rompió el único batel en que habian atravesado el Danubio, y anunció á sus compañeros que no regresarian á sus hogares.

Etzel recibió á sus huéspedes cordialmente; mas la reina no ocultó su furor contra Hagen. Intentó hacer dar la muerte á él solo, y no habiéndolo logrado resolvió que perciesen todos. Mientras que los héroes de Borgoña estaban sentados en un banquete, el mariscal del rey llegó todo ensangrentado con la noticia de que sus nueve mil soldados habian sido pasados á cuchillo por Blodel, hermano de Etzel, á quien aca-

baba de matar. Hagen se levanta, corta la cabeza del príncipe, hijo de Etzel y de Chriemhilda, sentado á la mesa, y se retira con los otros burguñones al castillo donde se habían alojado. Los hunos, enviados por la reina, no pudiendo penetrar allí, pegaron fuego á los cuatro ángulos de la fortaleza: los caballeros de Borgoña apagaron el incendio con los cadáveres de los enemigos, y reanimaron sus fuerzas agotadas bebiendo sangre por consejo de Hagen, cuya sangre les comunicó una rabia y un arrojo invencibles.

Al día siguiente Rudiger y Teodorico quisieron en vano obtener el libre regreso de los burguñones: Chriemhilda quiso la cabeza de Hagen; pero el rey se negó tenazmente á entregarla á su venganza. Rudiger, cuya hija debía casarse con el príncipe Gieslher, de Borgoña, se vió obligado como vasallo de Etzel á renovar el ataque: despues de una escena muy patética entre este príncipe y Hagen, á quien dió su escudo (conmovido por el heroísmo de su enemigo que se lo pidió por última señal de su estimacion), atacó á los héroes de Borgoña: el príncipe Jernot cayó entre sus manos: finalmente, el príncipe y Gieslher perecieron á un mismo tiempo, combatiendo cuerpo á cuerpo el uno contra el otro.

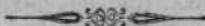
Las gentes de Rudiger recibieron todas la muerte. Cuando los vasallos de Dietrich, rey de los amelungos (ostrogodos), supieron esta noticia, pidieron permiso para enterrar el cuerpo del margrave. El rey Gunther se hallaba dispuesto á concederlo; pero Volkner y Hagen exigieron de ellos que viniesen á reconocerlos entre los otros muertos. Asi principió una querrela, de que resultó un nuevo combate, en que todos los hombres de Dietrich, enviados á los burguñones, quedaron en el campo.

El gran príncipe de los amelungos se adelantó entonces con Hildebrandt, el mas bravo de sus compañeros. Rogó al rey que se entregase á él con los pocos héroes que vivian aun, y con esta condicion prometió salvar su vida.

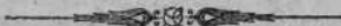
Los orgullosos burguñones no quisieron rendirse: el héroe de los ostrogodos venció al rey y á Hagen, uno despues de otro, y los llevó atados á la presencia de Chriemhilda, exhortándola á respetar su vida. Chriemhilda habló primero á Hagen solo, y prometió salvar sus dias si declaraba lo que se habia hecho el tesoro de los nibelungos. Hagen se negó á ven-

der el secreto mientras viviese el rey, y Chriembilda mandó que le enseñasen la cabeza de Gunther. Al verla Hagen le dijo que habia preveido su crueldad, que habia deseado llegase hasta el asesinato de su propio hermano: le declaró que nunca sabria el secreto, que al presente él solo poseia, sino despues de la muerte de todos los príncipes de Borgoña.

Al oír estas palabras Chriembilda, tomó una espada e hizo volar la cabeza del héroe: Hildebrandt, compañero de Dietrich, á quien estaba confiada la guardia de Hagen, horrorizado mató á la reina. Así perecieron los burguiñones, y Etzel quedó solo con Dietrich para llorar los muertos.



Añadiré á estas notas comunicadas por S. E. Mr. Bunsen, que los alemanes tienen una tragedia de Atila, de Warner. Existe una vida de Atila, escrita en el siglo XII por Juvenco Cecilio Calano Delmático, y otra vida escrita en el XVI por Olaus, arzobispo de Upsal. Ultimamente, se ha publicado en Alemania una historia de los hunos.



ANÁLISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA,

DESDE EL REINADO DE CLOVIS HASTA EL DE
FELIPE VI, LLAMADO DE VALOIS.

PRIMERA RAZA.

Cuando se desplomó el imperio de Occidente, ¿en dónde estaban las tres verdades del orden social? Un paso inmenso había dado la verdad religiosa: el politeísmo estaba destruido, y con la creencia de un Dios se ponían los fundamentos de las verdades, que son como los corolarios de este dogma.

La verdad filosófica habíase fundido en la verdad religiosa como en la cuna de la civilización.

La verdad política progresaba como la verdad religiosa. Los que destruyeron el mundo romano eran libres; en su camino hallaron una sociedad organizada en la esclavitud: la joven libertad salvaje se sentó desde luego sobre esta sociedad, como lo había practica-

do el viejo despotismo romano: las repúblicas militares de francos, burguñones, visogodos y sajones, gobernaron esclavos, como las antiguas repúblicas civiles, griegas y latinas.

Ved aquí el punto en que se habían encontrado los hechos nacidos del choque de las generaciones paganas, cristianas y bárbaras, que comenzó en el reinado de Augusto y terminó en el de Augustulo.

Sin embargo, las tres verdades fundamentales combinadas de otro modo, van á producir también los hechos de la edad media: la verdad religiosa dominándolas todas ordenará la guerra y mandará la paz, favorecerá la verdad política (la libertad) en las clases inferiores de la sociedad, ó sostendrá igualmente el poder en los intereses privados; perseguirá con el hierro y el fuego á la verdad filosófica escapada de nuevo del santuario en hábito de fraile sábio ó herético. Así continuará la lucha hasta el día en que, igualándose las tres verdades, producirán la sociedad perfeccionada de la época presente.

He indicado que el imperio romano-latino se había convertido en el imperio romano-bárbaro, siglo y medio antes de la caída de Augustulo, y este imperio mismo subsistió aun más de cuatro siglos después de la deposición de aquel príncipe. Los francos, los burguñones y los visogodos en Galia, los ostrogodos y los lombardos en Italia, fueron los poseedores á quienes los pueblos conocían, á quienes habían visto en las legiones, y que sometidos á sus leyes nacionales dejaban al mundo esclavizado sus costumbres, sus hábitos, y también algunas veces sus propiedades: una religión común era el lazo que unía á los vencidos y á los vencedores. Hasta después de la invasión de los normandos, y en el reinado de los últimos reyes francos de la estirpe carlovingiana, no comenzó á herir los ojos la transformación de la sociedad.

Nunca existió una completa barbarie como se ha querido persuadir, porque no puede decirse que un pueblo es enteramente bárbaro cuando ha conservado la cultura de la inteligencia y el conocimiento de la administración. El estudio, pues, de las letras, de la filosofía y de la teología, continuó entre el clero, y la administración municipal, fiscal, pública y doméstica, permaneció largo tiempo en el estado mismo que había tenido bajo el imperio. La ciencia militar pereció por lo que toca á la disciplina, pero el arte de las fortificaciones no se menoscabó, y también se perfeccionaron las máquinas de guerra. No hallamos, pues, nuevos objetos que notar en los reinados de las dos primeras dinastías, como no sean las costumbres privadas de las familias investidas con el poder, el complemento de la monarquía de la iglesia, y los grandes manantiales, que como de unas presas, soltaron sobre Europa el torrente de los siglos feudales.

Debemos sin embargo hacer dos observaciones. El jefe del gobierno era electivo bajo las razas merovingiana y carlovingiana, del mismo modo que lo había sido en tiempo de los Césares; pero en el gobierno de los francos existía una institución que lo diferenciaba de la antigüedad romana. Los consejos compuestos de obispos y de jefes militares decidían los negocios con el rey; las asambleas generales, ó por mejor decir, las grandes revitas de los meses de marzo y de mayo, recibían una comunicación, aunque ligera, de los trabajos que habían ocupado á las asambleas particulares, nacidas de la tradición de los estados de las Galias, restablecidos un momento por Arcadio y por Honorio; pero habían sido modeladas sobre la organización de los concilios. Si queremos formarnos una idea de aquellos tiempos, sin buscar en ellos novedades que no se encuentran, es necesario que reconozcamos que la sociedad entera tomó la forma eclesiástica: todo se go-

berno por la iglesia y para la iglesia, desde las naciones hasta los reyes, cuya consagración era puramente de un obispo. El que los legos fuesen admitidos á sentarse con la clerecía, no era una costumbre nueva; en muchas convenciones religiosas presidian los emperadores romanos, y los grandes oficiales de la corona deliberaban, y hemos visto á los filósofos y á los paganos asistir también al concilio de Nicea.

La segunda observación sobre aquella época histórica, es relativa á los mayordomos de palacio. El primer mayordomo de que se ha hecho mención es Goggon, que fué enviado á Atanagildo de parte de Sigheberto, para pedirle la mano de Brunehilda.

Debemos señalar dos orígenes á la *mayordomía*, el uno romano y el otro franco ó germánico. El *mayordomo* representaba al *magister officiorum*, quien adquirió en el palacio de los emperadores el poder que obtuvo el *mayordomo* en el alcázar del rey franco. Considerado en su origen romano, el cargo de *mayordomo* de palacio fué temporal en el reinado de Sigheberto y sus antepasados, vitalicio en el de Chlothero, y hereditario en el de Clovis II: y era incompatible con la dignidad de sacerdote y de obispo. Los autores le dan el nombre de *magister palatii*, *præfectus aulæ*, *rector aulæ*, *gubernator palatii*, *major domus*, *rector palatii*, *moderator palatii*, *præpositus palatii*, *provisor aulæ regiæ*, *provisor palatii*.

Tomado en su origen franco ó germánico, el *mayordomo* de palacio era el *capitan* ó jefe de la guerra, cuya elección pertenecía á la nación del mismo modo que la elección del rey: *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt*. He indicado ya cuán extraordinaria era esta institución, que creaba en un mismo pueblo dos poderes supremos independientes: así debía suceder, y sucedió en efecto que uno de los dos poderes prevaleció. Siendo los *mayordomos* hombres mas grandes

que los soberanos, los suplantaron, y despues de haber comenzado por abolir las asambleas generales confiscaron la corona en provecho suyo, apoderándose á un mismo tiempo del poder y de la libertad. Los mayordomos no eran rebeldes: tenian el derecho de conquistar, porque su autoridad emanaba del pueblo, ó de lo que creian representarle, y no del monarca: su eleccion nacional, como gefes del ejército, les daba un poder legitimo. Debemos, pues, reformar las ideas antiguas que tenemos de vasallos opresores de sus amos y atentadores á su corona: un rey y un general de ejército, igualmente soberanos por una eleccion separada (*reges et duces sumunt*), se atacan, y el uno triunfa del otro, este es el hecho. Una de las dos dignidades pereció, y la mayordomía se confundió con la dignidad real por una sola y misma eleccion. No se hubiera perdido tanto tiempo en la lectura y en indagaciones, para vituperar ó justificar la usurpacion de los mayordomos de palacio, y hubiéranse ahorrado profundas reflexiones sobre los peligros de un cargo que tenia demasiada preponderancia, si se hubiera fijado la atencion en el doble origen de aquel destino, sino hubiesen pretendido ver siempre *al mayordomo mayor del rey*, en la persona del que debian tambien reconocer como gefe militar libremente elegido por sus compañeros: «*Omnes Austrasii, cum eligerent Chrodimum majorem domus.*»

He observado ya que no seria rigurosamente exacto comparar las naciones germánicas ó eslavas con las hordas selváticas de América. En el cuadro general que he delineado de las costumbres de los bárbaros, las de los francos ocupan un lugar distinguido, y no me queda rasgo alguno que añadir ahora. Debo sin embargo notar que los francos gozaban la opinion de ser el pueblo menos rústico de todos los pueblos, y el testimonio de Agathias asi lo confirma: «Los francos, di-

ce, no se parecen á los otros bárbaros que no quieren vivir sino en los campos, y á quienes causan horror las casas de las ciudades ... Viven muy sometidos á las leyes, tienen mucha policia, y únicamente se diferencian de nosotros en el language y en el vestido: *nihiloque a nobis differre quam solum modo barbarico vestitu et lingue proprietate.*» Mucho tiempo antes del siglo VI, sus relaciones con los romanos habian suavizado sus costumbres, ya que no habian hecho mas humano su carácter. Salviano dice que eran *hospitarios*, lo que aqui significa *sociables*. En el sepulcro de Childerico I, descubierto en 1633 en Tournay, se encontró una piedra esculpida: el emperador representaba á un hombre de muy buena figura con los cabellos largos y separados, que caian sobre la frente y sobre la espalda, y que tenia un venablo en la mano derecha: alrededor de la figura se veia escrito el nombre de Childerico en letras romanas: habia mezclados con los huesos un globo de cristal, signo del poder, un punzon con tablillas, sortijas, medallas de muchos emperadores y retazos de una tela de púrpura: objetos que no denotan mucha barbarie. Léese en las historias que los germanos endulzaban su aspereza pasado el Rhin, por su vecindad con los francos. Segun Constantino Porphyrogeneto, Constantino el Grande fué el autor de una ley que autorizaba á los emperadores á que pudiesen enlazarse con la sangre de los francos. ¡Por tan noble se tenia esta raza!

Fuese cual fuese el grado de sociabilidad de los francos, me parece que no debemos mirarlos como un pueblo civilizado, ni como un pueblo salvaje, y que debemos dejarles su ligereza, su crueldad, su perfidia y sus furor militar, que atestiguan los autores contemporáneos. Vopisco, y despues de él Procopio, dicen de los francos, que tenian por juego faltar á su fé; y Salviano les achaca la indiferencia con que mi-

raban el perjurio. Nazairo dice: «Los francos aventajan á todas las naciones bárbaras en ferocidad.» Un anónimo panegirista pretende que comian la carne de las bestias feroces, y Libanio afirma que tenían la paz por una verdadera desgracia.

La opinion dominante hace de los francos una liga de algunas tribus germánicas, reunidas en defensa de su libertad: esta es una de las opiniones sin prueba que ningun documento histórico apoya. Los francos eran simplemente germanos, como lo atestiguan San Gerónimo, Procopio y Agathias. O bien nuestros antepasados recibiesen su nombre de la libertad, ó bien se lo comunicasen, nada sufre nuestro orgullo nacional con una ó con otra hipótesis. Libanio, alterando el nombre de *franco* para encontrarle una etimología griega, lo hace derivar de *diestros en fortificarse*: otros quieren que signifique indomable en una lengua llamada *lingua attica* ó *hattica*, sin decirnos qué lengua es ésta. El sábio y juicioso cartulario Tillet, hermano del erudito obispo de Meaux, asegura que el nombre de *franco* se deriva de las dos palabras teutónicas, *freien ausen*, jóvenes libres, ó libres compañías pronunciadas por sineresis *frunen*, y observa que un privilegio de comercio concedido por Luis el Gordo, conserva la palabra *anse société*. Una grande autoridad (Mr. Thierry) supone en la palabra tedesca *franco* el poder de la palabra latina *ferox*: nos confirmamos siempre en la cancion de los soldados de Probo, porque la reputamos primera autoridad. ¿*Franco* era el sobrenombre militar dado por los soldados de Probo al puñado de germanos que vencieron en los contornos de Mayencia? ¿Qué queria decir este sobrenombre? Un sábio (1) lo esplica por la palabra *fram*

(1) Gibert.

ó *framea*, como si los soldados de Probo hubiesen oído gritar á los bárbaros: ¡á la lanza! ¡á la lanza! ¡á las armas! ¡á las armas! Pero entonces todos los germanos se hubieran llamado francos, porque todos llevaban *frameas* ó azagayas: *Frameas gerunt augusto et brevi ferro*, dice Tácito.

Sea lo que fuere, los francos habitaban al otro lado del Rhin, poco mas ó menos en el sitio en que los colóca el mapa de Peutinger, en el país que comprende ahora la Franconia, la Turingia, el Hesse y la Westfalia. Asolaron las Galias en tiempo de Galieno, y penetraron hasta España, y volvieron á aparecer en los reinados de Probo, Constancio y Constantino. Constancio trasladó una de sus colonias al país de Amiens, de Beauvais, de Langres, de Troyes, y concluyó un tratado con el resto. Desde esta época los francos entraron al servicio de los emperadores: vemos sucesivamente á Silvano, Mellobaldo, Merobaldo, Balton, Rikhomer, Carietton y Arbogastes desempeñando grandes cargos militares del imperio. Mas otros francos independientes, Jenobaldo, Markhomer y Sunnon se conservaron enemigos, é hicieron en tiempo Máximo una irrupcion en las Galias, donde parece que se fijaron durante el reinado de Honorio, hácia el año 420, y les señalan por conductor al rey Faramondas. No olvidemos que este nombre de rey no significa mas que *gefe* militar (*coning*) de diferentes grados: sobre-rey, bajo-rey, semi-rey: *ober, under, halfskoning*. (THIERRY).

No es de todo punto seguro que haya existido un Faramondas, y que este Faramondas fuese el padre de Chlodion; pero es cierto que Chlodion, ó por mejor decir Chlojion el Cabelludo, era rey de los francos occidentales en 427, y que se apoderó de Tournay y de Cambray en 445. Ecio le arrojó de sus conquistas mas allá del Rhin: Chlodion murió en 447 ó 448.

Los unos le dan dos hijos, los otros tres, entre

los que se contaría Auberón, de quien descendería entonces Anberto, tronco de la familia de la segunda dinastía.

Ignórase quien fué el padre de Moroveo ó Merovigho, sucesor de Chlodion: ¿era su hijo? ¿tenia un hermano mayor que imploró el socorro de Atila, mientras que Merovigho se acogió á la proteccion de los romanos? Probado está que Merovigho no era el hermoso jóven franco que llevaba una larga y blonda cabellera, á quien Ecio adoptó por hijo, y á quien Prisco habia visto en Roma. Los sábios han discurrido mucho sobre estos asuntos, sin reflexionar que la *dignidad real*, ó por mejor decir, la *dignidad de gefe*, era electiva entre los francos, y que es muy natural el hallar gefes sucesivos que no sean hijos los unos de los otros. Roricon dice, que muerto Chlodion, Merovigho fué elegido rey de los francos: Fredegheer cuenta, que bañándose un dia en el mar la esposa de Chlodion, fué sorprendida por un mónstruo, de quien tuvo á Merovigho: fábula que es una mezcla de mitología griega y escandinava.

«Segun cierto poeta llamado Virgilio, dice el mismo autor, Priamo fué el primer rey de los francos, y Friga, el sucesor de Priamo. Tomada Troya, los francos se dividieron en dos fracciones: la una mandada por el rey Francio, se adelantó á Europa, y se estableció en las orillas del Rhin.» El autor de las *Hazañas de los reyes francos*, Pablo Diacono, Roricon, Amoin, Sigheberto de Ghemblours, refieren lo mismo. Annio de Viterbo, sobrepujando á sus crónicas, compone una genealogía de los reyes galos y de los reyes francos, y señala veinte y dos monarcas á los galos anteriores á la guerra de Troya. En el reinado de Remo, el postretero de aquellos príncipes, ocurrió la toma de Troya; y Franco, hijo de Hector, se casó en las Galias con la hija de Remo. Pretenden que los francos que comba-

tieron en el ejército romano en los campos cataláunicos, iban á las órdenes de Merovigho.

Merovigho tuvo por sucesor en el año 456 á Childerico I, su hijo: Childerico, que habia sido arrebatado por una partida del ejército de los hunos, fué libertado por un franco llamado Viomades. Childerico era un gefe disoluto, á quien arrojaron del mando los francos, y que se retiró á Turingia al lado de un rey llamado Bisingha. Los francos nombraron gefe á Egidio, que mandaba los ejércitos romanos: al cabo de ocho años volvieron á llamar á Childerico: Viomades le envió la mitad de una pieza de oro que habian roto juntos, y que debia ser la señal de la reconciliacion con su pais. La verdad de todo esto se reduce á que Childerico habia ido á Constantinopla, de donde el emperador le despachó á la Galia para contrabalancear la autoridad sospechosa de Egidio.

Bazina, muger del rey de Turingia, corrió al encuentro de su huésped Childerico, y le dijo: «Vengo á habitar contigo: si supiera que existia á la otra parte del mar alguno que me fuese mas útil que tú, iria á buscarle para dormir con él.» Childerico se regocijó y la tomó por esposa. La primera noche de matrimonio, Bazina dijo á Childerico: «Abstengámonos; levántate y dirás á tu sierva lo que veas en el patio del alcázar.» Childerico se levantó, y vió pasar unas fieras parecidas á leones, unicornios y leopardos. Volvió en busca de su muger, y le dijo lo que habia visto, y Bazina le respondió: «Señor, ve de nuevo y contarás lo que observes á tu esclava.» Childerico salió otra vez, y vió pasar unas fieras que se asemejaban á los osos y á los lobos; y habiéndolo referido á su esposa, le obligó á salir tercera vez, y vió unas fieras de raza inferior. Entonces Bazina esplicó á Childerico toda su posteridad, y engendró un hijo llamado Clovis, que fué grande, guerrero ilustre, y semejante á un leon entre los

reyes. Aquí hallamos ya retratada la imaginación de la edad media, que brilla en la historia del matrimonio de Clotilde ó Crotechilde, hija de Chilperico y sobrina de Gondebaldo, rey de Borgoña.

El galo Aureliano, disfrazado de mendigo, y llevando á la espalda una alforja pendiente de la punta del palo, se encargó del mensaje: debía poner en manos de Clotilde un anillo que le enviaba Clovis, para que diese fé á las palabras del mensajero. Aureliano, llegado á las puertas de la ciudad de Génova, encontró á Clotilde sentada con su hermana Sedeleuba, porque ambas hermanas ejercían la hospitalidad con los viajeros, en razón de que eran cristianas. Clotilde se dió prisa á lavar los pies á Aureliano, quien inclinándose á ella, le dijo en voz baja: «Señora tengo que anunciarte una gran nueva si quieres conducirme á un sitio donde pueda hablarte en secreto.—Habla, le respondió Clotilde.» Aureliano dijo: «Clovis, rey de los francos, me envía á tí: si es esta la voluntad de Dios, desea ardientemente darte la mano, y para que me creas, aquí tienes su anillo.» Clotilde lo aceptó, y resplandeció en su rostro la alegría, diciendo al viajero: «Toma estos cien sueldos de oro en recompensa de tu trabajo, y toma mi anillo. Vuelve á tu señor y dile, que si quiere casarse conmigo envíe prontamente embajadores á mi tío Gondebaldo.» Esta escena parece de la *Odissea*.

Partió Aureliano: durmióse en el camino, y un mendigo le robó su alforja, en la que estaba el anillo de Clotilde; mas prendieron al mendigo, azotáronle con varas, y recobraron el anillo. Clovis despachó embajadores á Gondebaldo, que no se atrevió á negar á Clotilde: los embajadores presentaron un sueldo y un dinero segun costumbre, desposaron á Clotilde en nombre de Clovis, y la condujeron á una especie de carro tirado por bueyes. Clotilde advirtió que no ca-

minaba bastante aprisa, y que temia que la persiguiese Aridio su enemigo, que podia conseguir que Gondebaldo mudase de opinion. Saltó encima de un caballo, y la comitiva salvó las colinas y los valles.

Habiendo llegado entretanto de Marsella á Génova Aridio, contó á Gondebaldo que habia muerto á su hermano Childerico, padre de Clotilde; que habia atado una piedra al cuello de la madre de su sobrina y precipitádola en un pozo; donde tambien habia arrojado las cabezas de los dos hermanos de Clotilde; y que Clotilde no dejaria de correr á la venganza auxiliada por todo el poderío de los francos. Gondebaldo horrorizado envió á sus gentes en seguimiento de Clotilde; mas esta, previendo lo que iba á suceder, habia mandado incendiar y talar doce leguas del pais que dejaba á sus espaldas. Salvada Clotilde, gritó: «¡Gracias te doy, omnipotente Dios, por ver el principio de la venganza que debia á mis padres y á mis hermanos! (1)» Verdaderas costumbres bárbaras, que no escluyen la mansedumbre de las costumbres cristianas mezcladas en Clotilde á las pasiones de su naturaleza selvática.

Antes de su matrimonio, Clovis, de edad de veinte años, habia atacado la Galia: los monumentos históricos prueban que su invasion fué favorecida, principalmente en el Mediodía de la Francia, por los obispos católicos, á causa del odio que tenian á los visogodos arrianos. Clovis batió á los romanos en Soissons, y á los alemanes en Tolbaik: hizose en seguida cristiano, y San Remis le administró el bautismo el dia de Navidad del año 496.

Los burguñones y los visogodos sufrieron á su vez el yugo de las armas de Clovis: los armóricos de la

(1) *Hist. Franc.*, epit.

Bretaña, sustraídos hacia mucho tiempo á la autoridad de los romanos, consintieron en reconocer la del hijo de Merovigho. Anastasio, emperador de Oriente, envió á Clovis el título y las insignias de patricio, de cónsul y de Augusto.

Por esta época fué cuando Clovis vino a París: Childerico, su padre, habia ocupado la ciudad cuando penetró en las Galias.

Clovis mató ó mandó matar á todos sus parientes, reyezuelos de Colonia, de Saint-Omer, de Cambray y de Mans.

El primer concilio de la iglesia galicana se celebró en el reinado de Clovis en Orleans el año 511. En él se encuentran los principios del derecho del patronato regio, derecho que destinaba al fisco las rentas de un beneficio que habia quedado sin poseedor mientras duraba la vacante del beneficio. Clovis consideró sin duda este derecho como un impuesto que los sacerdotes le concedian sobre sus bienes: algunos legados testamentarios del gefe de los francos me hacen presumir que no hablaba latin. Basta recordar el derecho de patronato para entrever los abismos que nos separan de lo pasado: estraños á nuestra propia historia, ¿no nos parece que se trata de alguna costumbre de la Persia ó de las Indias? Fijan en este mismo año 511 la redaccion de la ley sálica, la muerte de Santa Genoveva y la de Clovis. La pastora gala y el rey franco fueron enterrados en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que tomó despues el nombre de la patrona de París: celebrábase todavia al comenzar la revolucion una misa por el descanso del alma del sicambro, en la iglesia misma en que habia sido enterrado. La verdad religiosa cuenta una vida de que carecen la verdad filosófica y la verdad política: ¿cuántas veces se han renovado las generaciones, cuántas veces ha mudado la sociedad de costumbres, de opiniones y de leyes en

el espacio de 1820 años! ¿Quién se hubiera acordado de Clovis al traves de tantas ruinas y de tantos siglos? un sacerdote sobre una tumba.

Clovis dejó cuatro hijos: Thierry, hijo de una concubina; Clodomiro, Childeberto y Clotero, hijos de Clotilde. Dividióse el reino segun la ley salica, como los bienes de familia: hicieron cuatro porciones que sacaron por suerte: no habia derecho de primogenitura, porque ya hemos visto que las leyes de los barbaros favorecian á los menores. La Francia se estendia entonces desde el Rhin á los Pirineos, y desde el Océano hasta los Alpes: poseía ademas la tierra natal de los francos mas allá del Rhin hasta la Westfalia; mas estos límites cambiaban á cada momento. Existia una particion geográfica mas fija: el reino de esta parte del Loira se dividia en oriental y occidental, Oster-Rike y Neoster-Rike: la Austrasia comprendia el pais que se estiende entre el Rhin, el Mosa y el Moselle: la Neustria abrazaba el territorio entre el Meuse, el Loire y el Océano. Mas allá del Saone y del Loire estaba la Galia conquistada á los burgondos ó burguiñones y á los visogodos. Los cronistas y los agiógrafos dicen muchas veces la Francia y la Galia distinguiendo la una de la otra.

Los cuatro reyes obtuvieron el consentimiento de los francos para suceder en la corona. Eran federativos los cuatro reinos bajo una misma ley política; existia una asamblea comun que deliberaba sobre los asuntos pertenecientes á los cuatro estados.

Los hijos de Clovis se vieron obligados á sostener la guerra contra Teodorico, rey de Italia; contra Amalrico, rey de los visogodos de España; contra Balrico, rey de Turingia; contra Sigismundo y Gondemar, reyes de Borgoña. La Borgoña, despues de subyugada, fué unida á la Francia: este reino de los burgondos tenia de existencia ciento veinte años. Clodomiro,

rey de Orleans, fué muerto en la batalla de Vesperonza, cerca de Viena.

Dejó tres hijos, Teodoberto, Gontero y Clodoaldo, educados por Clotilde, viuda de Clovis. Childeberto y Clotero, para apoderarse de estos niños enviaron de diputado á Arcadio, con el fin de que se presentase á Clotilde: era aquel un senador de la ciudad de Clermont, hombre elegido entre esos vencidos que no rehusan ninguna de las condiciones de la esclavitud, y que se inclinan al crimen como á la tierra. Se acercó á Clotilde con unas tijeras y una espada desnuda, y le dijo: «Oh gloriosa reina, tus hijos mis señores desean saber tu voluntad por lo que toca á tus nietos: ¿mandas que les corte los cabellos ó que los degüelle?» Al oír este mensaje, horrorizada Clotilde, y mirando primero la espada desnuda y despues las tijeras, respondió: «Si mis nietos no deben reinar, mas quiero verlos muertos que mutilados.» Arcadio, sin dejar tiempo á la abuela para que se esplicase con mas claridad, corrió en busca de los dos reyes, y les dijo: «Cumplid vuestro deseo: la reina os es favorable, y quiere seguir vuestro consejo.» Palabras ambiguas, que podian esplicarse en distinto sentido, segun el resultado. Clotero asió al mayor de los niños, le arrojó en el suelo, y le metió su cuchillo por el sobaco: al oír los gritos su hermano, se prosternó á las plantas de Childeberto, abrazó sus rodillas, y le dijo llorando: «Socórreme, mi amadisimo padre, para que no me suceda lo mismo que á mi hermano.» Entonces Childeberto prorumpió en llanto, y dijo: «Yo te ruego, mi caro hermano, que por generosidad me concedas la vida de este niño: con tal que no muera, te otorgaré cuanto me pidas.» Clotero, obstinado en el asesinato, respondió: «Aparta al niño lejos de ti, o perez por él: tú has sido el instigador del hecho, y ahora quieres faltar á la fe!» Childeberto, al oír la

amenaza, separó al niño, y Clotero le abrió el costado con el cuchillo como había hecho con su hermano: en seguida Clotero y Childeberto asesinaron á los maridos de las amas de leche de sus sobrinos y á los compañeros de su infancia: el uno contaba diez años y el otro siete. Clodoaldo, hijo tercero de Clodomiro se salvó por el auxilio de hombres poderosos (1). Clodoaldo, llegado á mayor edad, abandonó el reino de la tierra, pasó á Dios, cortó sus cabellos, y persistiendo en sus buenas obras, salió sacerdote aun de esta vida el 7 de setiembre de 560. Edificó un monasterio en la villa de Novencio, que trocó el nombre en el del hijo menor de Clovis. ¡Y Saint-Cloud acaba de presenciar la partida para el último destierro del postrer sucesor del primero de nuestros monarcas!

En estos crímenes de Clotero y de Childeberto, debemos distinguir los que pertenecen á la civilización, de los que son propios de la barbarie. El asesinato por las manos mismas de Clotero, es del salvaje: el deseo de invadir un trono y de acrecentar un estado, es del hombre civilizado. Habiendo muerto todos los hermanos de Clotero, reunió su herencia: dió una batalla á su hijo Chramn, que ya se había sublevado: derrotóle, y le quemó con toda su familia en una cabaña. Clotero murió en Compiègne (562).

Sus cuatro hijos dividiéronse de nuevo sus estados, siempre con el consentimiento de los francos; mas los cuatro reinos no tuvieron siempre los mismos términos.

Sigeberto se casó con Brunehilda, hija segunda de Atanagildo, rey de los visogodos; era arriana y se hizo católica. Chilperico I estuvo amancebado con Fredegonda, con quien se desposó cuando Galswinta, su

(1) Viros fortes. . . . qui postea vulgo barones appellati sunt.

muger, hermana mayor de Brunehilda, descendió al sepulcro.

Las desavenencias y los furores de aquellas dos hermosas mugeres produjeron guerras civiles, envenenamientos y asesinatos, y ocuparon los confusos reinados de Cariberto, Gontran, Sigeberto I, Chilperico I, Childeberto II, Clotero II, Thierry I y Teodoberto II. Clotero II se encontro al fin dueño único del reino de los francos en 613.

Los lombardos se habian establecido en Italia en 563, diez y seis años despues de la estincion del reino de los ostrogodos. El exarcado de Ravena habia comenzado en tiempo del patricio Longino, enviado del emperador Justino: los mayordomos de palacio hicieron sentir el peso de su creciente autoridad en la Austrasia y en la Borgoña.

Los gascones ó wascones descendieron hácia el año 593 de los Pirineos, y se establecieron en la Novempopulania, á la que dieron su nombre: estendiéronse poco á poco hasta el Garona, donde pelearon con aquellos pueblos, y Teodoberto II, despues de haberlos derrotado, les dió por gefe á Genialis, primer duque de Gascuña.

No debemos creer ni todos los elogios que Fortunato, Gregorio de Tours y San Gregorio papa, prodigan á Brunehilda, ni las maldades que de ella han contado Fredegher, Aimoin y Adon, que por otra parte no eran contemporáneos de la princesa: era en resúmen una muger de talento, y cuyos monumentos se han conservado. Si fué puesta en el tormento durante tres dias, paseada sobre un camello por medio de un campo, atada á la cola de un caballo, desgarrada y hecha pedazos por la violencia de aquel fogoso animal, ciertamente que no seria para castigarla de sus adulterios, puesto que tenia cerca de ochenta años. Si habia dado muerte á diez reyes, lo cual se ha

probado ser falso, hubiera sido mas justo hacerla un crimen de los príncipes que habia dado al mundo, que de aquellos de quienes habia libertado á la Francia.

Clotero murió el año 628: tuvo dos hijos; Dagoberto y Cariberto. Cariberto murió pronto, y Dagoberto envenenó á Childerico, hijo mayor de Cariberto. Otro hijo de este príncipe, Bogghis, se contentó con la Aquitania á título de ducado hereditario.

El rey Dagoberto llevaba siempre consigo gran turba de concubinas; es decir, de mugeres que no eran sus esposas, sin contar las que tenia en otra parte, y que usaban el nombre y los ornamentos de reinas: Nantilde, Vulfgunda y Bertilda: escúsase de nombrar á las concubinas, porque son, dice, en muy gran número. Los tesoros de Dagoberto y de San Dionisio son famosos.

En la cacería, el rey se apartaba de la costumbre. (Mer. de Hist.) Réstanos una bella y poética historia del ciervo que se refugió en una capilla edificada en Catulliac por Santa Genoveva, sobre los cuerpos de San Dionisio y de sus compañeros. Allí fué donde Dagoberto puso los cimientos del Capitolio de los franceses, donde se conservaban sus crónicas juntamente con las cenizas reales, como las piezas en apoyo de los hechos. Bonaparte mandó reconstruir los subterráneos devastados, y les prometió su polvo para indemnizarlos de las antiguas glorias robadas: tambien ha faltado su tumba. Luis XVIII ocupa apenas un rincon oscuro de las vacías bóvedas, con los despojos mas ó menos encontrados de Maria Antonieta, de Luis XVI, y algunos huesos traídos del destierro. Despues vino á ocultarse al lado de su padre el último de los Condés, ante cuyo féretro Bossuet habia permanecido mudo. En fin, el duque de Berry aguarda en vano á su pa-

dre, á su hermano y á su hijo en esos sepulcros de esperanza. ¿De qué sirve preparar de antemano un asilo á la nada, cuando el hombre es cosa tan vana que ni aun está seguro de nacer?

Los dos hijos de Dagoberto, Sigeberto II ó III, rey de Austrasia, Clovis II, rey de Borgoña y de Neustria, gobernaron el imperio de los francos. Pepino el Viejo habia sido mayordomo de palacio en el reinado de Dagoberto, y continuó siéndolo en el de Sigeberto.

Sigue la historia confusa de Dagoberto II y III, de Clotero III, de Childerico II y de Thierry III. El poder real habia pasado á los mayordomos de palacio despues de las sangrientas revueltas de Grimoaldo, de Arkembaldo, del obispo Leger y de Ebroin.

Ebroin fué asesinado, y eligieron á varios mayordomos de palacio: Berther se presenta el postrero. Pepino de Heristal, duque de Austrasia, hijo menor de Pepino el Viejo, padre de Carlos Martel, abuelo de Pepino el Breve, y tercer abuelo de Carlo-Magno, hizo la guerra á Thierry, á quien daba siempre el nombre de rey. Thierry fué batido, y Pepino, en vez de destronarle, reinó á su lado con el nombre de mayordomo de palacio. Pepino logró que volviesen á la obediencia los pueblos que se habian sustraído á la autoridad de los francos.

En Thierry III comienza la série de los reyes llamados *haraganes*. La áspera savia de la primera dinastía se desabrió prontamente, y los hijos de Clovis cayeron al punto del pavés á un carro arrastrado por bueyes.

Pepino siguió reinando bajo Clovis III, bajo Childeberto III, hijo de Thierry, y bajo una parte del reinado de Dagoberto III, hijo de Childeberto III (de 692 á 744). Pepino murió, y parece que antes de morir, ó desconocía las grandes cualidades de su hijo Carlos Martel, ó no se atrevía á que le eligiesen en lugar su-

yo; porque Carlos era hijo de la concubina Alpaída, y le substituyó su hijo menor Teudoaldes. Un niño fué señor del palacio bajo la tutela de Plectruda, su abuela, como si fuera un rey hereditario. Carlos, que no era aun conocido por su sobrenombre, se vió encarcelado por el querer de Plectruda: los francos se sublevaron: Teudoaldes huyó; Carlos se libró de la prision, y los austrasianos le reconocieron por duque.

Los sarracenos llamados por el conde Julian arrojaban entonces de España á los visogodos, é invadíanla, y los pueblos del Norte se arrojaban sobre Francia.

Dagoberto murió y dejó un hijo llamado Thierry; mas los francos eligieron á Daniel, hijo de Chilperico II, que reinó con el nombre de Chilperico II.

Peleó contra Carlos, duque de Austrasia, que lo venció, é hizo nombrar rey á Clotero IV, que no tardó en morir: entonces Carlos llamó á Chilperico II retirado á Aquitania, y se contentó con ser su mayordomo de palacio.

Thierry IV, llamado de Chelles, hijo de Dagoberto III, sucedió á Chilperico II en 720. En este reinado desplegó Carlos Martel sus talentos victoriosos, que le valieron el sobrenombre que adquirió. Los sarracenos habian ya atravesado la España, pasado los Pirineos, é inundado la Francia hasta el Loira: Carlos Martel los destrozó entre Tours y Poitiers, y les mató mas de trescientos mil hombres (732). Ved aqui uno de los mas grandes acontecimientos de la historia: si los sarracenos hubiesen vencido, el mundo se hubiera hecho mahometano. Carlos abatió tambien á los frisonos: los hizo católicos con voluntad ó sin ella, y reunió su país á la Francia.

Carlos venció á Eudes, duque de Aquitania, y obligó á Heraldo, hijo de Eudes, á que le prestase homenaje de los dominios de su padre.

Habiendo muerto Thierry, Carlos reinó solo en

toda la Francia, como duque de los francos, desde 737 hasta 744: contuvo á los sajones sublevados de nuevo, y arrojó á los sarracenos de la Provenza. Gregorio III quiso que le sustrajese de la dominacion del emperador Leon, y ofreció que proclamaria á Carlos cónsul de Roma: principio de la autoridad temporal de los papas.

Carlos muere (744). Se dividen la autoridad real sus hijos Carlomano y Pepino: éste, nombrado gefe de la Neustría, de la Borgoña y de la Provenza, proclamó rey á Childerico III, hijo de Childerico II, por lo que respecta á esta parte del reino; quedóse Carlomano gobernando la Austrasia, despues entrando en Roma abrazó la vida y profesion monástica.

Asi que el viagero francés contempla el Soracte en el horizonte de la campiña romana, ¿trae á su memoria que un franco, hijo de Carlos Martel, hermano de Pepino el Breve, y tio de Carlo-Magno, tenia por habitacion una pequeña celda en la cumbre de esta montaña?

Childerico III fué destronado, mutilado y encerrado en el monasterio de Sithin ó San Bertino: murió en 754. Su hijo Thierry pasó la vida á la sombra de los claustros en el convento de Fontenelle, en Normandia. Los merovingianos habian obtenido el mando doscientos setenta años.

Si los *Estudios* que preceden están fundados sobre hechos incontestables, tambien es verdad que el lector no se ha encontrado en un pais nuevo en el reino de los francos, sino siempre en el *imperio bárbaro romano*, tal como existia un siglo antes de la invasion de Clovis. Unicamente el pueblo vencedor que habia sucedido á la soberania de los Césares, hablaba su lengua materna, y se distinguia por algunas costumbres de los bosques: el fondo de la sociedad se habia conservado el mismo. En vez de generales romanos

vemos gefes germánicos, que se glorian de cubrir su sobretodo estrecho y pintarrajado con la púrpura consular que les envian de Constantinopla, y á la que no son estraños. Todo era romano, religion, leyes, administracion: las Galias, y principalmente el Leonesado, la Auvernia, la Provenza, el Languedoc y la Guyena, estaban cubiertos de templos, de anfiteatros, de acueductos, de arcos de triunfo, y de ciudades adornadas con capitolios: los caminos militares se cruzaban por todas partes, y Brunchilda los mandó reparar. Verdad es que los reyes de la primera raza y los mayordomos de palacio más famosos, entre otros Carlos Martel, saquearon las ciudades que habian perdonado los anteriores bárbaros. Avignon fué destruida hasta los cimientos, y Agde y Beziers experimentaron la misma suerte. Tambien fué Carlos Martel el que destruyó á Nimes en 738, y sepultó las ruinas que procuramos exhumar.

La naturaleza de las propiedades no cambió ya con la dominacion de los francos; la esclavitud era de derecho comun entre los bárbaros como entre los romanos, aunque fuese mas suave entre los primeros. Asi la servidumbre que observamos reinar entre los francos no era el resultado de la conquista, era simplemente lo que existia en el pueblo vencedor y en el pueblo vencido, el efecto de aquellas leyes rudas hijas de la áspera libertad germánica y de las leyes cuidadosamente trabajadas, y producidas por el despotismo alambicado de la civilizacion romana. Los galos á quienes la conquista de los francos halló libres, permanecieron libres: los que no lo eran, sufrieron el yugo á que los condenaban el código romano y las leyes sálicas, ripuaria, sajona, gombeta y visogoda. La propiedad de la clase media siguió perdiéndose en la gran propiedad por las razones que da Salviano: *De Gub.* (Véase el *Estudio quinto, parte tercera*).

Por lo que respecta al estado de las personas, la tarifa de las *composiciones* anuncia perfectamente la degradacion moral de los individuos, pero no prueba el cambio de su estado. Los nombres solos bastan para indicar la posicion de los hombres: casi todos los apellidos de los obispos y de los gefes de los empleos civiles son latinos á esta parte del Loira en los primeros siglos de la monarquía, y casi todos los hombres del ejército, francos; pero en Provenza, Auvernia y al otro lado del Loira, hasta en los Pirineos, casi todos los nombres son de origen latino ó gótico en el ejército, la iglesia y la administracion. Cuando los gefes francos comenzaron á entrar en la clerecía, y el soldado se hizo monge, el obispo y el fraile se convirtieron á su vez en soldados. Vemos desde la primera dinastía al obispo de Auxerre Hainemar, combatiendo con Cárlos Martel contra los sarracenos, y contribuyendo poderosamente á la victoria. (*Hist. epis. Autis*).

Las ciencias y las letras estaban en esta época en el mismo grado en las Galias que en el mundo romano, segun la instruccion y la mayor ó menor tranquilidad de las diversas provincias del imperio. Fortunato, Fredegher, Gregorio de Tours, Marculfo, San Remis y una multitud de eclesiásticos y de legos eruditos sobresalian entonces como escritores.

Por lo que mira á la política, observamos al postremo de los merovigianos motilado y encerrado en un claustro; y esta no era una novedad; remontábase mas alta la costumbre, porque motilaban á los últimos emperadores de Occidente para convertirlos en sacerdotes y en obispos.

Mas no me parece cierto que Chilperico entrase monge, aunque le cortasen los cabellos y le confinasen á un monasterio: cortar los cabellos á un merovigiano era simplemente deponerle y confundirle con la clase popular. Despojaban á un rey franco de su cabellera

como á un emperador de su diadema: los germanos en su sencillez habian atribuido el signo del poder á la corona natural del hombre.

Sucedió que la desigualdad de las clases se apoyó en la nacion en esta costumbre: para que los gefes se distinguiesen de los soldados fué preciso que estos se cortasen los cabellos, y el simple franco llevaba los cabellos cortos por detrás y largos por delante (Sidonio). Clovis y sus primeros compañeros al volver de la conquista del reino de los visogodos, ofrecieron algunos cabellos de su cabeza á los obispos: estos sansones dejabanles aquella prenda como un signo de fuerza y de proteccion. Un pescador encontró el cuerpo de un jóven en el Marne, y conoció que era el de Clovis II por la larga cabellera que adornaba su cabeza, y cuyas trenzas no habia enteramente destruido el agua. (Gregorio Tur., lib. VIII). Los burguñones en la batalla de Vesperoncia, conocieron por la misma señal que un gefe franco, Clodomiro, habia sido muerto. «Estos gefes, dice Agathias, llevan una larga cabellera; divídenla sobre la frente, y la dejan caer por sus hombros: rizanla, y la untan con aceite: no es sucia como la de algunos pueblos, ni trenzada en hebras como la de los godos. Los simples francos tienen los cabellos cortados redondamente, y no les es permitido dejarlos crecer.»

Juraban por sus cabellos.

A los doce años cortaban por la vez primera la cabellera á los niños de la clase comun, cuyo acto se celebraba con una fiesta de familia llamada *capitolatoria*.

Los clérigos iban motilados como siervos de Dios, y la tonsura tiene el mismo origen.

Condenaban á los conspiradores á cortarse mutuamente el cabello.

Al parecer los visogodos señalaban á los cabellos

el mismo poder que los francos: un cánon del concilio de Toledo del año 628 declara, que no podrá ser rey el que se hubiese hecho cortar los cabellos.

Cuando los cabellos renacian volvía el poder: Thierry III recobró la dignidad real que habia perdido cuando perdió los cabellos. (*Quam nuper tonsoratus amiserat, recepit dignitatem*). Clovis habia mandado cortar los cabellos al rey Chararico y á su hijo: Chararico lloraba de vergüenza, y su hijo le dijo: «Las hojas arrancadas de las ramas verdes no se secan y renacen al instante.» (*In viridi ligno hæ frondes succisæ sunt, nec omnino arescunt; sed velociter emergunt*).

La corona misma de Carlo-Magno no usurpó á la cabellera del franco la autoridad soberana: Lotero queria apoderarse de Carlos, su hermano, para motilarle é inhabilitarle para la dignidad real; la naturaleza se habia adelantado á la enemistad fraterna, y la cabeza de Carlos el Calvo presentaba la imagen de su impotencia para ceñir la corona.

Mas á fines del siglo VI ya habia galos-romanos que dejaban crecer su barba y sus cabellos: los francos toleraban quizás esta imitacion para ocultar su reducido número. «Gregorio de Tours observa, que el bienaventurado Leobardo no era de aquellos que procuran agradar á los barbaros, dejando flotar esparcidos los rizos de su cabellera.» (*Dimisis capillorum flagellis Barbarum plaudebat*. De Vit. Patrum.) Saurdreghesilo, preceptor de Dagoberto, tenia una larga barba, puesto que Dagoberto se la cortó. Finalmente, en el siglo XII los reyes anularon la ley que prohibia á los siervos llevar los cabellos largos, cuya anulacion se obtuvo á solicitud de Pedro Lombardo, obispo de Paris, y de otros muchos prelados. Los eclesiásticos, enviando sus siervos á la guerra, y haciéndolos sus campeones, quisieron que tuviesen el exterior de los ingenuos contra los cuales combatian. De este modo

la cabellera larga marca entre nosotros una grande época histórica, de la misma manera que sirve para señalar el paso de la esclavitud á la libertad, y la transformación del franco en francés. Debemos, sin embargo, observar que habia galos llamados *Capillati*, *Crinosi*; una Gaula cabelluda, *Gallia comata*, que los bretones llevaban los cabellos largos como los francos (Fredegher), y que en las vidas de muchos santos galos se les ve arrancarse la cabellera. ¿Es probable que los francos, al fijarse en medio de sus conquistas, forzasen á todos los pueblos que reconocian su dominio á abandonar sus costumbres? A la nacion victoriosa en particular pertenece, pues, cuanto llevamos dicho en nuestra historia tocante á los cabellos.

No me detendré en el examen de esa segunda invasion de los francos, que suelen colocar en el advenimiento de los mayordomos de la dinastía carlovigiana, cuya invasion hubiera dado entonces la corona á esta estirpe. Que hubo guerras civiles sin cesar entre los francos de la Austrasia y los francos de la Neustria, es muy verdadero; tambien es exacto que aquellas guerras dieron el poder á los que tenian talento, y que sentaron á los carlovigianos en el lugar que ocupaban los merovigianos; pero en todo esto, preciso es decirlo, no descubrimos ni huellas de una nueva invasion. Esperando las pruebas que hasta ahora no encuentro, no pienso como los hombres sábios, cuyo mérito me glorió por otra parte de reconocer (1).

Se observó que reinaba en la primera raza, y hasta en la segunda en las familias soberanas de los bárbaros, un desórden que no existió en las familias soberanas de los romanos: los príncipes francos tenian muchas mugeres y concubinas, y la herencia se dividia entre los hijos de estas mugeres, sin distincion del

(1) Véase el prólogo.

derecho de primogenitura, sin diferencia entre el bastardo y el legítimo.

Reasumiéndolo todo, la sociedad en su descomposicion y recomposicion gradual y lenta, fué casi inmóvil bajo el dominio merovingiano: hasta el fin de la segunda raza no se pudo notar una trasformacion sensible. No creemos, pues, importante examinar cosa alguna en los quinientos años primeros de la monarquía, esceptuando el progreso ascendente de la iglesia, hasta la cúspide de su dominacion. Fueron enteramente obra y reinado de la iglesia los primeros siglos: procuraré manifestar pronto su posicion cuando lleguemos á la entrada misma de otra especie de barbarie, que se llama la edad media; barbarie de la cual han salido las naciones modernas por la fusion completa del pueblo pagano, cristiano y bárbaro.

ANALISIS RAZONADO
DE LA
HISTORIA DE FRANCIA,

DESDE EL REINADO DE CLOVIS HASTA EL DE
FELIPE VI, LLAMADO DE VALOIS.

SEGUNDA RAZA.

Es una de las fabulas añejas de la historia, que llegan á ser verdades á fuerza de repetirlas, que el advenimiento de Pepino al trono fué una usurpacion. Ya hemos anotado que no hay usurpacion cuando la monarquía es electiva. El primer continuador de Fredeger dice (cap. XII): «Pepino fué elegido por eleccion y consentimiento de todos los francos.» Consultado el papa Zacarías por Pepino, tuvo razon en responder: «Me parece bueno y conveniente que sea rey aquel que sin tener el nombre tiene el poder, con preferencia á otro, que teniendo el nombre de rey no guarda su autoridad.»

Los papas por otra parte, padres comunes de los fieles, no deben entrar en estas cuestiones de derecho;

no deben reconocer sino el hecho: á no hacerlo así, la corte de Roma se hallaría envuelta en todas las revoluciones de las cortes cristianas, y la caída del trono mas insignificante en el extremo de la tierra, como vería el Vaticano. «El príncipe, dice Eghinardo, se contentaba con llevar los cabellos flotantes y la barba larga: estaba reducido á una pensión alimenticia, señalada por el mayordomo de palacio; no poseía sino una casa de campo con una renta moderada, y cuando viajaba verificábalo en un carro tirado por dos bueyes, que guiaba un boyero á semejanza de los campesinos.»

Los intereses apoyaron sin duda las realidades políticas: habían existido grandes relaciones entre los papas Gregorio II, Gregorio III, y el mayordomo de palacio Cárlos Martel. Pepino deseaba ser rey de los francos, como Zacarías ansiaba sustraerse al yugo de los emperadores de Constantinopla, protectores de los iconoclastas y á la opresión de los lombardos. San Bonifacio, obispo de Maguncia, necesitando la mediación de los francos para estender sus misiones por Germania, fué el negociador que arregló el asunto entre Zacarías y Pepino. Y sin embargo, Pepino juzgó deber pedir la absolución de su infidelidad con Childerico III al papa Estéban, en quien reconoció el derecho de condenarle ó de absolverle.

Por otra parte, los duques de Aquitania rehusaron por largo tiempo someterse á Pepino, y vémoslos hasta la tercera dinastía negar obediencia á Hugo Capeto, y datar las actas públicas: *Rege terreno deficiente, Christo regnante*. Guillermo el Grande, duque de Aquitania, en aquella época no reconoció de una manera auténtica sino á Roberto, hijo de Hugo: *Regnante Roberto, regetheosopho*. Hubiéranse ignorado las causas secretas de las ásperas guerras que Pepino de Heristal, Cárlos Martel, Pepino el Breve y Carlo-Magno, tuvie-

ron con los aquitanios, si el pergamino de Alaon, impreso en los concilios de España, comentado é ilustrado por Vaissette, no nos hubiese probado que los duques de Aquitania descendían de Hariberto por Bogghis, familia ilustre que se perpetuó hasta Luis de Armañaque, duque de Nemours, muerto en la batalla de Cérignoles en 1503. Así los duques de Aquitania venían en línea recta de Clovis: la fuerza sola pudo reducirlos á vasallos de una corona, de que sus padres habían sido dueños y poseedores. Es curioso notar al presente la ignorancia ó la mala fé de Eghinard, que despues de haber dicho que Cárlos y Carlomano sucedieron á Pepino su padre, añade: «La Aquitania no pudo permanecer largo tiempo tranquila, por consecuencia de las guerras de que habia sido teatro. *Un cierto Hunold*, que ambicionaba el poder, escitó á los habitantes, etc.» Ahora bien: este cierto Hunold era hijo de Eudes, duque de Aquitania, y padre de Vaiffer, igualmente duque de Aquitania, heredero de la casa de los merovigianos. Me he detenido en las guerras de Aquitania, porque ningun historiador, escepto Gaillard y La Bruere, han tocado su verdadera causa: reducense simplemente á una lucha entre un hecho antiguo y un hecho nuevo, entre la primera y segunda dinastía.

Despues que Pepino fué elegido rey en Soissons (751), derrotó á los sajones, y pasó á Italia á ruegos del papa Estéban III, para combatir á Astolfo, rey de los lombardos, que amenazaba á Roma despues de haberse apoderado del Exacardo de Rávena. Pepino se posesionó del Exacardo, lo dió al papa, y echó los cimientos al poder temporal de los sumos pontífices.

Despues de Pepino viene su hijo, que resucitó el imperio de Occidente: Carlo-Magno siguió combatiendo contra los sajones, cuya guerra duró treinta y tres años: destruyó en Italia la monarquía de los lombar-

dos, y encerró á los sarracenos en España. La derrota de su retaguardia en Roncesvalles prodújole una gloria romántica, que igualó su gloria histórica.

Cuéntanse cincuenta y tres expediciones militares de Carlo-Magno, cuyo cuadro nos ha dado un historiador moderno. Mr. Guizot observa juiciosamente que la mayor parte de aquellas expediciones tuvieron por causa el contener y terminar las dos grandes invasiones de los bárbaros del Norte y del Mediodía.

Carlo-Magno fué coronado emperador de Occidente en Roma por Leon III (800). Después de un intervalo de trescientos veinte y cuatro años quedó restablecido aquel imperio, cuya sombra y nombre duran todavía después de la desaparición del cuerpo y del poder.

El natural interés que inspira el honor de un hombre grande, ha inducido á casi todos los escritores á guardar silencio sobre el destino de los primos de Carlo-Magno: Pepino el Breve había dejado dos hijos, Carlomano y Cárlos, y Carlomano tuvo á su vez dos hijos, Pepino y Siaghre. El primero ha desaparecido en la historia, y por espacio de nueve siglos se ha ignorado la suerte del segundo. Un manuscrito de la abadía de Saint-Pons de Niza, enviado al obispo de Meaux, nos ha hecho volver á encontrar á Siaghre en un monje de aquella abadía. Siaghre, elevado á la dignidad de obispo de Niza, fué inscrito en el catálogo de los santos, y estaba reservado á Bossuet purgar de un crimen la memoria de Carlo-Magno.

Este príncipe, que había ido á buscar á los bárbaros hasta en su mismo territorio para aniquilarlos, vió las primeras velas de los normandos, quienes abandonaron á toda prisa la costa que protegía el emperador con su presencia. Carlo-Magno se levantó de la mesa, se asomó á una ventana que miraba al Oriente, y permaneció en ella inmóvil largo rato; las lágrimas regaban sus mejillas, y nadie se atrevía á preguntarle

la causa. «Fieles vasallos, dijo á los grandes que le rodeaban, ¿sabéis por qué lloro? No temo por mí á esos piratas, pero me allige el que viviendo yo, hayan osado insultar esta playa; y preveo los males que harán sufrir á mis descendientes y á sus pueblos.» (*Monje de Saint-Gall*).

El mismo príncipe, asociando al imperio á su hijo Clovis el Benigno, le dijo: «Hijo querido del cielo, de tu padre y de este pueblo, tú que eres el precioso alivio que Dios me ha dejado, ya lo ves, mi edad declina, mi vejez vuela, y el tiempo de mi muerte se acerca.... El país de los francos me ha visto nacer, Cristo me ha concedido tal honor, y Cristo me ha permitido poseer los reinos paternos, los cuales he conservado tan florecientes como los recibí. El primero entre los francos obtuvo el nombre de César, y he trasportado á la dinastía de los francos el imperio de la dinastía de Rómulo. Hijo mio, recibe mi corona con consentimiento de Cristo, y con ella las atribuciones del mando....»

«Carlos abrazó tiernamente á su hijo, y le dijo el último adios.» (*Ermold Nigél*).

El viejo cristiano Carlo-Magno llorando á la vista del mar, por el presentimiento de los males que experimentaría su patria cuando ya él no existiese; después, asociando al imperio con un corazón enteramente paternal á aquel hijo que debía ser tan desgraciado padre; refiriendo á su hijo su propia historia, diciéndole que había nacido en el país de los francos, y que había trasportado á aquella dinastía el imperio de la dinastía de Rómulo: Carlo-Magno anunciando que su edad declinaba, y aun que su vejez volaba, ofrece hermosas escenas que esperan al futuro pintor de nuestra historia. Las últimas palabras de un padre de familia en medio de sus hijos, tienen un no sé qué triste y respetable: el género humano es la familia de un

grande hombre, y ella es la que le rodea en su último lecho mortuorio.

El poeta de Clovis pretende que su nombre *Ludovico*, trae su origen de la palabra latina *ludus*, ó lo que es mucho mas verdadero, de las dos palabras teutónicas *hlut*, famoso, y *wigh*, dios de la guerra. Clovis el Benigno era por desgracia muy buen escolar; sabia el griego y el latin; y la educacion literaria dada á los hijos de Carlo-Magno fué una de las causas de la pronta degeneracion de su raza. Clovis heredó el titulo de emperador y de rey de los francos; y á Pepino, otro hijo de Carlo-Magno, le ocupó en parte el reinado de Italia.

Clovis el Benigno asoció al imperio á su hijo Lotero (817), creó duque de Aquitania á otro hijo llamado Pepino, y rey de Francia á otro hijo llamado Clovis. Su cuarto hijo Carlos II, apellidado el Calvo, que habia tenido de Judith su segunda esposa, no tuvo al principio ninguna parte.

Las desavenencias de Clovis el Benigno y de sus hijos dieron por resultado dos deposiciones y dos restauraciones de este principe, que espiró en 840 de desfallecimiento y de tristeza.

Carlos el Calvo apenas contaba diez y siete años cuando murió su padre: era rey de Francia, de Borgoña y de Aquitania. Unióse con Clovis, rey de Baviera, su hermano por parte de padre, contra Lotero, emperador y rey de Italia y de Roma. Dióse la batalla de Fontenai, en Borgoña, el 25 de junio del año 844: Carlos el Calvo y Clovis de Baviera quedaron vencedores de Lotero y del jóven Pepino, hijo de Pepino, rey de Aquitania, cuyos despojos habia dado Clovis el Benigno á Carlos el Calvo.

Han querido suponer que el número de los muertos subió hasta cien mil: exageracion manifiesta (*Véase la docta Disertacion del abad Leboeuf*). Mas tales suce-

sos entre los francos eran en extremo crueles, y el orden profundo que afectaban en su infantería producía resultados extraordinarios. Thierry consiguió en 642 una victoria sobre su hermano Teodoberto, en Tolbiac, lugar ya célebre. «Fué tal la mortandad en ambas partes, dice la crónica de Fredegher, que no teniendo bastante lugar los cuerpos para caer, quedaron derechos apretados unos contra otros, como si estuviesen vivos.» (*Stabant mortui inter cæterorum cadavera stricti, quasi viventes*, cap. XXXVIII).

Un historiador de los principales en los tiempos modernos, Mr. Thierry, con rara perspicacia ha fijado en la batalla de Fontenai la primera trasformacion del pueblo franco en nacion francesa. Habiendo recaído la pérdida mas considerable en las tribus que usaban aun la lengua germánica, los vencedores gradualmente lograron que prevaleciesen las costumbres y el idioma romano. Además, esta batalla preparó una revolucion por otro efecto: el mayor número de los gefes francos pereció, así como los antiguos nobles franceses quedaron en el campo de Crecy; esto elevó al rango superior de la sociedad á los gefes de segundo orden, así como la segunda nobleza de Francia se levantó después de las derrotas de Crecy y Poitiers. Estos segundos francos, fijándose en sus feudos, llegaron á ser, bajo el dominio de la tercer raza, el tronco de la alta nobleza de Francia.

El emperador Lotero, retirado en Aix-la-Chapelle, levantó un nuevo ejército de sajones y de neustrianos. Sobrevinieron entonces el tratado y el juramento entre Carlos y Luis, escritos y pronunciados en las dos lenguas del imperio, la lengua romana y la lengua tudesca. Observaré tambien que existia un tercer idioma, el céltico puro, que era distinto de la lengua gala ó romana, como lo prueba este pasage de Sulpicio Severo: Hablad céltico ó galo si os place mas: *In vero cel-*

tice, vel si mavis, gallice loquere. En medio de tales turbulencias aparecieron los normandos, que debían acabar de componer con los galo-romanos, los burgondos ó burguñones, los visogodos, los bretones, los wascones ó gascones y los francos, la nación francesa: Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto, y que poseía el ducado de París, fué muerto de un flechazo combatiendo contra los normandos en las cercanías de Mans.

El emperador Lotero murió vestido de monge (855): príncipe turbulento, perseguidor de su padre y de sus hermanos.

El judío Sedecias envenenó á Cárlos el Calvo en una aldea situada á la falda del Monte-Cenis, al volver á Francia (3 de octubre 877).

Clovis el Balbuciente sucedió en el reino de los francos, y le coronó emperador el papa Juan VIII. Carlomano, hijo de Clovis el Germánico, le disputó el imperio, y quizás fué emperador; pero despues de la muerte de Carlomano obtuvo el imperio Cárlos el Grueso, su hermano.

Cárlos el Grueso, emperador, fué tambien rey de Francia con esclusion de Cárlos, hijo de Clovis el Balbuciente: poseyó casi todos los estados de Carlomagno. Los normandos sitiaron á París, cuyo sitio duró dos años, y lo hizo levantar Cárlos el Grueso por medio de un tratado vergonzoso. Se habia grangeado tanto desprecio como grandezas; y le despojaron de la dignidad imperial antes de su muerte, que acaeció en 888.

Propusieron por emperadores á Cárlos, hijo de Clovis el Balbuciente; y no le quisieron mas para esto que para rey de Francia. Arnoul, bastardo del emperador Carlomano, sucedió en el imperio á Cárlos el Grueso; y Eudes, conde de París, é hijo de Roberto el Fuerte, fué proclamado rey de los francos en la asamblea de

Compiègne: Eudes había defendido á París contra los normandos. En 892 proclamaron por fin rey á Carlos III en la ciudad de Laon. Partiéronse el reino Eudes y Carlos: á Eudes le tocó el país situado entre el Sena y los Pirineos, y á Carlos las provincias que hay desde el Sena hasta el Mosa.

Después de la muerte de Eudes (898), Carlos III, apellidado el Simple, reasumió la monarquía entera. Entonces principiaron las guerras particulares entre los gefes soberanos de las provincias, de que habían sido comandantes. Concluyóse en Saint-Clair-sur-Ept (942), el tratado en virtud del cual, Carlos el Simple dá su hija Gisela en matrimonio á Rollon, y cede á su yerno aquella parte de la Neustria que los conquistadores llamaban ya con su nombre. Poseyóla Rollon á título de ducado, con condicion de rendir homenaje á Carlos, y de abrazar la religion cristiana: pidió y obtuvo tambien el señorío directo é inmediato de la Bretaña: grande hombre en la justicia y en la espada, fué gefe de aquel pueblo que encerraba en sí mismo un espíritu vital y creador, propio para formar otros pueblos.

Habiendo muerto el emperador Clovis IV, Carlos, encerrado en estrecho dominio por los señoríos usurpados, no pudo intervenir, y el imperio salio de la Francia. Conrado, duque de Franconia, y luego Enrique I, tronco de la casa imperial de Sajonia, fueron elegidos emperadores. El hijo de Enrique Othoo, apellidado el Grande, coronado en Roma (962), reunió el reino de Italia al reino de Germania.

Roberto, hermano del rey Eudes, fué proclamado rey, y consagrado en Reims (922). Carlos el Simple le presentó la batalla, le derrotó y le mató: atemorizado de su victoria, huyó cerca de Enrique, rey de Germania, y le cedió una parte de la Lotingaria. Desde allí se fugó á casa de Herberto, conde de Vermand-

dois, desde donde pasó por último á la tumba (929). Ogina, hija de Eduardo I, rey de los ingleses, se retiró á Londres cerca de Adelstano, su hermano, y condujo consigo á su hijo Clovis, que tomó el sobrenombre de Ultramar.

En 923 quisieron conceder la corona á Hugo, quien la hizo dar á su cuñado Raoul, duque y conde de Borgoña: en las provincias meridionales de la Francia nunca reconocieron por rey á Raoul: murió éste en Autun en 936. Hugo, apellidado el Grande, apellidado el Abad, apellidado el Blanco, no quiso ceñirse la corona, é hizo volver á Clovis de Ultramar, hijo de Carlos el Simple. Este subió al trono cuando tenia diez y seis años de edad.

En 954 murió de una caída del caballo, y dejó dos hijos, Lotero y Carlos, duque de Lotingaria.

Eligieron rey á Lotero bajo el patronazgo de Hugo el Grande: el reino, que era ya muy reducido, no se dividió entre los dos hermanos. Hugo murió (956). Lotero casi vió reducidos sus estados á la ciudad de Laon, por la usurpacion de los grandes vasallos: á estos estrechos límites habia llegado la grande herencia de Carlo-Magno. Carlos VII fué tambien *rey de Burges*, pero salió de esta ciudad para reconquistar su reino, y Lotero no volvió á ocupar el suyo. Murió en Reims en 986 del veneno que le dió su esposa, hija de Lotero, rey de Italia. Su hijo Luis V, apellidado injustamente el Haragan, fué el último rey de la dinastía carlovigiana. No reinó mas que un año, y sufrió el destino de su padre; le emponzoñó su muger Blanca de Aquitania, y murió sin dejar posteridad. Carlos, su tío, tenia pretensiones á la corona; mas la eleccion recayó en favor de Hugo Capeto, duque de los franceses. Hugo principió la dinastía de aquellos reyes, de los cuales el último acaba de descender del trono: fuerza es reconocer aquella grandeza de lo pasado en la vida

y movimiento que promueve y causa en el mundo al retirarse.

Los sesenta años primeros de la segunda dinastía, no ofrecen ninguna mudanza notable en las costumbres ni en el gobierno: pues siempre era la sociedad romana dominada por algunos conquistadores. El restablecimiento del imperio de Occidente da aun á aquella época mayor semejanza con los tiempos anteriores. Bajo el aspecto militar, Carlo-Magno no hizo mas que lo que muchos emperadores habian hecho antes de él; se trasladó á diversas provincias de la Europa para repeler á los bárbaros, del mismo modo que habian corrido de un cabo á otro del mundo con igual necesidad Probo, Aureliano, Diocleciano, Constantino y Juliano. Bajo el aspecto de la legislacion y de los estudios, habia tenido tambien modelos Carlo-Magno; los emperadores, hasta los mas igaorados y los mas débiles, se habian distinguido por la promulgacion de varias leyes, y por el establecimiento de varias escuelas; mas es preciso convenir en que aquellas nobles empresas de Carlo-Magno produjeron otros resultados; eran tambien mas meritorias en un soldado teuton que hizo recoger las canciones de los antiguos germanos. *«Que puso nombre á los doce meses, segun la lengua teutónica, y nombres propios á los doce vientos, porque antes se llamaban los cuatro vientos cardinales: en un soldado que se vestia al modo de Francia, en invierno un traje forrado de pieles de nutria ó de marta; en un soldado que levantaba un caballero armado sobre su palma, y cuya espada partia en dos un caballero tambien armado.»* (Cron. Saint-Denis.)

Volvemos á encontrar en la corte de los reyes de las dos primeras dinastías los cargos y las dignidades de la corte de los Césares, duques, condes, cancilleres, referendarios, camareros, domésticos, condestables y mayordomos del rey: solo Carlo-Magno guardó la

primitiva sencillez de los francos, y sus antecesores y sus sucesores afectaron la magnificencia romana. Vemos despues de Clovis el Benigno á Heroldo el Danés llevar una clámide de púrpura, adornada de preciosas piedras y de una bordadura de oro; su esposa, por los cuidados de la reina Judith, vestia una túnica igualmente bordada de oro y de piedras; cubria su frente con la diadema, y un largo collar le bajaba hasta el seno. Es verdad que la reina danesa llevaba tambien escarcelas de mallas de oro y de perlas, y que sobre sus hombros caia una capucha de oro: estos son unos salvages adornándose segun su fantasia en la guardaropía de palacio. Sentado el niño Carlos (Carlos el Calvo) en una brillante silla, *hiere con sus ligeras armas á una cierva que le habian conducido sus jóvenes compañeros*. Virgilio no decia mas de Ascanio.

Las ordenanzas reales de Carlo-Magno relativas á la legislacion civil y religiosa, reprodujeron poco mas ó menos lo que encontramos en las leyes romanas y en los cánones de los concilios; pero las que conciernen á la legislacion doméstica, son curiosas por el detalle de las costumbres.

La ordenanza de *Villis fisci* se compone de setenta artículos, recogidos verosimilmente de otras muchas ordenanzas.

Los administradores estaban obligados á llevar al palacio donde se hallase Carlo-Magno el dia de San Martin de invierno, todos los potros de cualquier edad que fuesen, á fin de que el emperador despues de haber oido misa, los revistase.

Debían criar á lo menos en los corrales de las principales alquerías cien gallinas y treinta gansos.

Debían tener siempre en aquellas alquerías algunos carneros y algunos lechones, y al menos dos bueyes para llevarlos, en caso de necesidad, al palacio.

Los procuradores habian de hacer salar el cerdo,

y cuidar de la confeccion de las salchichas, de las morcillas, del vino, del vinagre, del jarabe de moras, de la mostaza, del queso, de la manteca, de la cerveza, del aguamiel, de la miel y de la cera.

Para la dignidad de las casas reales, debian los procuradores criar jabalinas, pavones, faisanes, cercetas, pichones, perdices y tórtolas.

Los colonos de las alquerías habian de aprontar para las manufacturas del emperador, lino y lana, pastel, rubia, bermellon, instrumentos de cardar, aceite y jabon.

Los procuradores habian de prohibir hollar con los pies la vendimia: Carlo-Magno y la reina, que mandaban igualmente en todos estos pormenores, querian que la vendimia se hiciese con curiosidad.

Mandaban los artículos 39 y 65 vender en el mercado en provecho del emperador los huevos sobrantes de las alquerías y los pescados de los viveros.

Los carros destinados para el ejército debian conservarse en buen estado, las literas habian de estar cubiertas de buen cuero, y construidas de modo que fuera posible servirse de ellas en casos de necesidad, como si fuesen bateles para atravesar un rio.

Debian cultivarse en los jardines del emperador y de la emperatriz toda suerte de plantas, de legumbres y de flores: rosas, bálsamo, sálvia, cohombros, habichuelas, lechugas, malpica, menta romana, ordinaria y selvática, yerba de gatos, coles, cebollas, ajos y perifollo.

El restaurador del imperio de Occidente, el fundador de los nuevos estudios, el hombre que tendiendo sus dos brazos desde el medio de la Francia detenia en el Norte y el Mediodía los últimos ejércitos de una invasion de seis siglos, Carlo-Magno en fin, era el que hacia vender en el mercado los huevos de sus

alquerías, y arreglaba de este modo con su esposa las cosas domésticas.

Cuando hable de la caballería, manifestaré que debemos atribuir su origen á la segunda dinastía, y que los romanceros del siglo XI, trasformando á Carlomagno en caballero, han sido mas fieles de lo que ha creído la verdad histórica.

Las ordenanzas de los reyes francos gozaron de la mayor autoridad: las papas las observaban como leyes: los germanos se sometieron á ellas hasta el reinado de los Othones, época en que los pueblos de la otra parte del Rhin desecharon el nombre de francos que se gloriaban de llevar. Carlos el Calvo, en el edicto de Pitres (cap. VII.) nos refiere como se erigan las ordenanzas. «La ley, dice este príncipe, se hace irrefragable por el consentimiento de la nación y la constitucion del rey.» La publicacion de las ordenanzas, estendidas con consentimiento de las asambleas nacionales, la hacian en las provincias los obispos y los mensajeros del rey, *missi dominici*.

Todas estas capitulares ú ordenanzas fueron obligatorias hasta la época de Felipe el Hermoso, en la cual fueron reemplaçadas por decretos. En 1531 las dió á conocer Renano: habian sido recopiladas incompletamente en dos libros por Angesiso, abad de Fontenelles (y no por Lobes), hacia el año 827. Benito, de la iglesia de Mayenza, aumentó esta coleccion en el año 845. La primera edicion impresa de los Capitulares, es de Vítus, que vió la luz en 1545.

Las asambleas generales en que se trataban los asuntos de la nación, se verificaban dos veces al año en el lugar en que las convocaba el rey ó el emperador. El rey proponía el objeto de la ordenanza: cuando hacia buen tiempo se verificaba la deliberacion al cielo raso, y sino se retiraban á las salas preparadas espresamente. Los obispos, los abades y los clérigos

de elevada clase se juntaban aparte, y lo mismo hacían los condes y principales jefes militares. Cuando los obispos y los condes juzgaban á propósito se sentaban juntos, y el rey se colocaba en medio de ellos: el pueblo era escluido; pero formada la ley, le llamaban á sancionarla (HINCMAR. *Hunold*): la libertad individual del franco se cambiaba poco á poco en libertad política en ese género representativo, desconocido de los antiguos. Las asambleas del octavo y noveno siglo eran verdaderos estados, tales como volvieron á aparecer bajo el reinado de San Luis y de Felipe el Hermoso; pero los estados de los carlovigianos tenían una base mas amplia, porque se acercaban mas á la independencia primitiva de los bárbaros; el *pueblo* existía aun en las dos primeras dinastías, y había desaparecido en la tercera, para renacer en los *siervos* y en los *paisanos*.

La libertad política carlovigiana perdió pronto lo que le quedaba de popular, y se hizo puramente aristocrática, cuando la creciente division del reino quitó las fuerzas á la autoridad real.

La justicia en la monarquía franca se administraba del modo establecido por los romanos; pero los reyes cabelludos, á fin de detener la corrupcion de esta justicia, instituyeron los *missi dominici*, especie de comisarios ambulantes que celebraban juntas extraordinarias, daban decretos en nombre del soberano, y castigaban á los magistrados culpables. Cuando tratemos del feudalismo y de los parlamentos, manifestaré cómo la fuente de la justicia en los pueblos modernos fué distinta de la fuente de la justicia entre griegos y latinos.

En tiempo de los sucesores de Carlo-Magno se verificó la grande revolucion social que mudó el mundo antiguo en el mundo feudal; segundo paso de la libertad general de los hombres, ó tránsito de la *esclavitud*

á la *servidumbre*. En su lugar explicaré tan memorable trasformacion.

Carlo-Magno, como todos los hombres grandes, concentró la administracion y el movimiento social en su persona, con la atraccion natural del genio: con su muerte desapareció la unidad, y sus contemporáneos que habian visto su imperio, se lamentaban de la division introducida.

Alejandro, careciendo de familia, entregó á sus capitanes, como si fuesen hijos, los restos de su conquista: al dejar la Macedonia no se habia reservado mas que la esperanza; y al dejar la vida no se conservó mas que la gloria. Carlo-Magno no se hallaba en la misma posición, pues comenzaba un mundo, y Alejandro acababa otro. Carlo-Magno dividió su imperio entre sus tres hijos; y sus hijos le dividieron entre los suyos. En 888, al morir Carlos el Grueso, habia ya siete reinos en la monarquia del hijo de Carlos Martel: el reino de Francia, el reino de Navarra, el reino de Borgoña Cisjurana, el reino de Borgoña Trasjurana, el reino de Lorena, el reino de Alemania, y el reino de Italia. Carlos el Calvo estableció el derecho hereditario de los beneficios. «Si despues de nuestra muerte, dijo, alguno de nuestros fieles tiene un hijo ó algun otro pariente... sera libre de transmitirle sus beneficios y honores segun le plazca.» Esto no era mas que cambiar el hecho en derecho, porque los duques, condes y vizcondes, retenian ya los castillos, ciudades, y provincias de que habian recibido el mando. Al fin del siglo IX se hallaban establecidos veinte y nueve feudos ó soberantias aristocraticas. Un siglo despues, á la caida de la dinastia carlovigiana habia crecido el número hasta cincuenta y cinco. A medida que se multiplicaban los estados feudales, disminuian los grandes estados monárquicos: los siete reinos existentes en tiempo de Carlos el Grueso,

quedaban reducidos á cuatro cuando Hugo Capeto se coronó.

Los feudos usurpados dieron nacimiento á las casas aristocráticas que vemos se levantaron en aquella época: entonces los bárbaros sustituyeron á sus nombres germánicos, y añadieron á sus pronombres cristianos los nombres de los dominios de que se habian apoderado. Los nombres propios de lugares precedieron á los nombres propios de individuos: el salvaje dió á su tierra una denominacion sacada de sus accidentes, de sus cualidades, de sus productos, antes de tomar por sí mismo nombre particular en la familia comun de los hombres; un globo podria tener una geografia, y no tener un solo habitador.

El hidalgo propiamente dicho, en el sentido que damos á esta palabra, principió á aparecer hacia el fin de la segunda dinastía. La nobleza titulada que Constantino puso en lugar del patriciado, se infiltró en los francos por su mezcla en las generaciones romanas, por los empleos que ocuparon en el imperio, y por la influencia que ejercieron los vencidos civilizados en la intimidad del hogar sobre sus rústicos vencedores.

En las demas partes de la Europa obró la misma causa los propios efectos: el monarca no era mas que el gefe, en el nombre, de una aristocracia religiosa y política, cuyos círculos concéntricos se estrechaban en rededor de la corona; en cada uno de estos círculos se inscribian otros círculos que tenian centros propios en su movimiento: el poder real era el eje en torno del cual giraba esta complicada esfera, república de diversas tiranias.

La iglesia tuvo la parte principal en la creacion de este sistema; habia logrado el complemento de sus instituciones en el período en que las dos primeras dinastías principiaron á decaer: habia puesto freno á todas las facultades del hombre; y ahora mismo no

podemos dirigir la vista á su derredor sin percibir que el mundo extraordinario de que hemos salido, era casi enteramente la obra de la religion y de sus ministros.

Los *Estudios* precedentes nos han descubierto al cristianismo avanzando al través de los siglos, cambiando, no de principios, sino de medios, de edad en edad, suavizando sus medidas á fin de adaptarse á las sucesivas modificaciones de la sociedad, aumentando su poderio con las persecuciones, y elevándose cuando todo se humillaba. La iglesia (que debemos siempre distinguir de la comunidad cristiana, pero que era la forma visible de la fé, y la constitucion política del cristianismo) se organizaba cada dia mas: sus milicias se habian estendido desde Oriente á Occidente, y Benito habia fundado su órden célebre en el monte Casino.

El dilatado uso de los concilios les habia dado mas regularidad, se reunian mejor, y conocian su poderio. Los cuerpos deliberantes de las dos primeras razas se modelaron en los concilios, y los prelados que en la sociedad religiosa tenian la representacion de los grandes, fueron admitidos al mismo rango de la sociedad política. Halláronse los obispos naturalmente en el primer órden del estado, y la razon era, porque estaban al frente de la civilizacion por la inteligencia. Las pruebas de la consideracion y de la autoridad de los obispos durante las razas merovigiana y carlovigiana están en todas partes.

La composicion por el asesinato de un obispo en la ley sálica era de novecientos sueldos de oro, mientras que la del asesinato de un franco no era mas que de doscientos sueldos; se podia matar á un romano convidado del rey por trescientos sueldos y á un *an-trustion* (1) por seiscientos.

(1) Voluntarios que seguian á los príncipes en sus empresas. (Ed. E.)

Uno de los primeros actos de Clovis está dirigido á los *obispos y abades*, á los hombres ilustres, los magníficos duques, etc., *omnibus episcopis, abbatibus*, etc., Clotero hacia lo mismo en 516.

Guntran y Chilperico se remitieron en sus diferencias al juicio de los *obispos* y de los ancianos del pueblo: *ut quidquid sacerdotes vel seniores populi judicarent*. Guntran y Childeberto se sometieron á la mediación de los *sacerdotes: mediantibus sacerdotibus* (588). Clotero II reúne los *obispos* de Borgoña para deliberar acerca de los negocios del estado y la salud de la patria: *Cum pontifices et universi proceres regni sui... pro utilitate regia et salute patrie conjunxissent* (627).

Los obispos eran siempre nombrados en primer lugar en los diplomas, y no habia asamblea alguna donde no se les viera aparecer; juzgaban las causas junto con los reyes, y ponian su nombre bajo de la sentencia inmediato al del rey: eran soberanos de sus ciudades episcopales, y estaban al frente de la justicia: acuñaban moneda, é imponian contribuciones y quintas: Savarico, obispo de Auxerre, se apoderó del Orleanesado, del Niverneasado, y de los territorios de Tonnerre, de Avalón y de Troyes, y los unió á sus dominios. El sacerdote en el campo se llamaba el *abad de los ejércitos*.

La unidad de la iglesia, que se habia establecido por la doctrina, tomó nueva fuerza con la creación de la potestad temporal de la corte de Roma. Así que los papas se ciñeron la corona, se aumentó su influencia política, y trataron como iguales á los señores de los pueblos. Así es que vemos á los pontífices firmar testamentos de reyes, aprobar ó desaprobár la division de los reinos, y lograr en fin aquel esceso de autoridad que hacia que dispusiesen de los cetros, y que obligaba á los emperadores á besarles los pies. No

obstante, este poder sin ejemplo, no era mas que un poder de opinion, puesto que los papas cuyas tiaras imponian al mundo, apenas eran obedecidos dentro de los muros de Roma.

Los sucesores de San Pedro habian ascendido al rango de soberanos, y lo mismo sucedió con los obispos: la mayor parte de los prelados de Alemania eran príncipes: por una consecuencia natural, pero singular, cuando el imperio se hizo electivo, las dignidades fueron hereditarias; el elegido fué amovible, y el elector inamovible.

El grande nombre de Roma, de Roma caída en manos de los papas, añadió autoridad á la supremacia rodeándola de la ilusion de los recuerdos: Roma, reconocida por los mismos bárbaros como el antiguo manantial de la dominacion, pareció que volvía á principiar su existencia, ó á continuar la ciudad eterna.

La corte teocrática daba movimiento á la sociedad universal; y así como los fieles se hallaban por do quiera, así la iglesia estaba en todos los lugares. Su gerarquía, que principiaba en el obispo y se elevaba hasta el soberano pontífice, descendía al último clérigo de parroquia por medio del sacerdote, del diácono, del subdiácono, del cura y del vicario. A mas del clero secular existía el clero regular, milicia inmensa que abrazaba con sus constituciones todos los accidentes y necesidades de la sociedad seglar; habia eclesiásticos y monges para toda especie de enseñanza y trabajos. El sacerdote célibe de la unidad católica no se vió libre como el ministro casado separado de esta comunión, de las calamidades populares; debía morir en tiempo de peste socorriendo á los contagiados; debía morir en tiempo de guerra defendiendo las ciudades, y montando á caballo á pesar de la prohibición canónica; debía morir acudiendo á los incendios; de-

bia morir por rescatar los cautivos, y á él estaban confiadas la cuna y la tumba: el niño instruido por él, cuando llegaba á hombre, no podia tomar esposa sino de su mano. Las comunidades de mugeres llenaban con las mugeres los mismos deberes: añadamos á esto la soledad de los claustros propia para los profundos estudios y grandes pasiones, y conoceremos que un sistema religioso enlazado de este modo con la humanidad, habia de ser forzosamente el mismo orden social.

Las riquezas del clero, tan considerables ya en tiempo de los emperadores romanos, que se habian visto obligados á señalarles limites, continuaron aumentándose hasta el siglo XII, aunque á veces se veian atacadas, arrebatadas y vendidas en las urgencias del estado. El monasterio de San Martin de Autun poseia en tiempo de los merovingianos cien mil mansas: la mansa era una propiedad con que un colono se podia alimentar con su familia y pagar el censo al propietario. La abadia de Saint-Riquier, mas rica todavia, nos manifiesta lo que era una ciudad de Francia en el siglo IX.

Herico presentó en 831 á Clovis el Benigno el estado de los bienes de la dicha abadia. En la ciudad de Saint-Riquier, propiedad de los monges, habia dos mil y quinientas mansas de seculares; cada mansa pagaba doce dineros, tres sextarios de trigo, de avena y de habas, cuatro pollos y treinta huevos; cuatro molinos que debian pagar seiscientos moyos de granos mezclados, ocho cerdos y doce vacas. El mercado de cada semana producia cuarenta sueldos de oro, y el pontazgo veinte sueldos de oro. Trece hornos daban cada uno de ellos al año diez sueldos de oro, trescientos panes y treinta tortas en el tiempo de las letanias. El curato de San Miguel producia una renta de quinientos sueldos de oro, distribuidos en limosnas por

los hermanos de la abadía. El gasto de los entierros de los pobres y de los extranjeros estaba valuado en aquel año sobre cien sueldos de oro distribuidos igualmente en limosnas. El abad repartía todos los días á los mendigos cinco ó seis sueldos de oro; alimentaba trescientos pobres, ciento y cincuenta viudas y sesenta clérigos. Los casamientos ascendían anualmente á veinte libras de plata, y el juicio de los procesos á sesenta y ocho libras.

La calle de los Comerciantes (en la ciudad de Saint-Riquier) había de dar todos los años á la abadía un tapiz del valor de cien sueldos de oro, y la calle de los Herreros todo el hierro necesario para la abadía; la calle de los Fabricantes de escudos estaba encargada de proveer las cubiertas de libros, de encuadernarlos y de coserlos, lo que estimaban en treinta sueldos de oro. La calle de los Silleros procuraba sillas al abad y á los hermanos; la calle de los Panaderos daba cien panes por semana; la calle de los Escuderos estaba libre de toda carga (*vicus Servientium per omnia liber est*); la calle de los Zapateros abastecía de zapatos á los criados y á los cocineros de la abadía; la calle de los Tablajeros pagaba todos los años quince sextarios de manteca; la calle de los Bataneros fabricaba los colchones de lana para los monges, y la calle de los Curtidores las pieles que necesitaban; la calle de los Viñadores daba por semana diez y seis sextarios de vino y uno de aceite; la calle de los Taberneros treinta sextarios de cerveza al día; y la calle de los Ciento y diez *Soldados*, caballeros, debía mantener para cada uno de ellos un caballo, un escudo, una espada, una lanza y las demás armas.

La capilla de los nobles concedía todos los años doce libras de incienso y de perfume; las cuatro capillas del pueblo plebeyo (*populi vulgaris*) pagaban cien libras de cera y tres de incienso. Las oblaciones pre-

sentadas en el sepulcro de Saint Riquier valian por semana doscientos marcos ó trescientas libras de plata.

Sigue el número de los vasos de oro y de plata de las tres iglesias de Saint-Riquier, y el catálogo de los libros de la biblioteca. Luego la lista de las aldeas de Saint-Riquier en número de veinte: Buniac, Vallés, Drusiac, Neuville, Gaspanne, Guibrantium, Bagarde, Cruticelle, Croix, Civinocurtis; Haidulficurtis, Maris, Nialla, Langradus, Alteica, Rochonismons, Sidrunis, Concilio, Buxidis, Ingoaldieurtis. En estas aldeas se hallaban algunos vasallos de Saint Riquier, que poseían varias tierras con título de beneficios militares. Encontramos á mas trece aldeas sin mezcla de feudo: y estas aldeas, dice la noticia, no tanto son aldeas, cuanto villas y ciudades.

La enumeracion de las iglesias, de las villas, aldeas y tierras dependientes de Saint-Riquier presentan los nombres de cien caballeros afectos al monasterio, los cuales componian con el abad, en las fiestas de Navidad, de Pascua y de Pentecostés, una corte casi real. Por último, el monasterio poseía la ciudad de Saint-Riquier, trece ciudades mas, trece aldeas, y un número infinito de alquerias, lo que producía inmensas rentas. Las solas ofrendas de plata que hacían al sepulcro de Saint-Riquier, ascendían anualmente á quince mil seiscientas libras de peso, cerca de dos millones numéricos de la moneda actual.

Clovis hizo donacion á la iglesia de Reims de terrenos en Bélgica, Turingia, Austrasia, Septimania y Aquitania; además regaló al prelado que le había administrado el bautismo, todo el espacio de tierra que pudiese recorrer mientras Clovis dormía su siesta. La iglesia de Besançon era como soberana. Su arzobispado tenía por vasallos al vizconde de Besançon, á los señores de Salins, Montfaucon, Montferraud, de Dur-

nes, Montbeillard y Saint-Sene. El mismo conde de Borgoña se realizaba con el señorío de Gray, de Vesoul y de Choye, del arzobispado de Besanzon.

Carlo-Magno mandó en 805 la renovacion del testamento de Abbon en favor del monasterio de Novalaise; contiene aquel escrito la nomenclatura de los lugares dados: el señor Lancelot ha buscado con afan su situacion, y puede verse este curioso documento.

Sería imposible calcular la cantidad de oro y plata que existia en los primeros siglos, ya en moneda, ya empleada en objetos artísticos; y sin duda era considerable, si atendemos á la opulencia de las iglesias, á la increíble abundancia de las limosnas y ofrendas, y á la infinita multitud de los impuestos. Los bárbaros habian despojado al mundo, y sus rapiñas habian quedado en los lugares en que se habian establecido: hoy dia es cosa sabida que un ejército fertiliza los campos que devasta.

La única cosa que hay que notar en las riquezas del clero, es el modo como servian á la sociedad, y de qué propiedades se formaron.

Entiempo de las razas merovigianas y carlovigianas dominaba el derecho de conquista: las tierras no fueron usurpadas al propietario por la ley positiva; mas el hecho se debió poner, y se puso, muchas veces en contradiccion con el derecho. Cuando un franco se queria apoderar del campo de un galo romano, ¿quién podia impedirselo? Cuando Clovis da á San Remigio el espacio que el santo pueda correr mientras que el rey duerme (1), es claro que el santo pasaria por tierras ya poseidas, que ya no pertenecian á su dueño cuando

(1) Cárlos Martel hizo una concesion de la misma naturaleza; indemnizaba al clero, á espensas de sus vecinos, de los bienes que les habia usurpado.

el rey se despertó. Mas aquellas tierras que cambiaron de poseedores, no cambiaron de régimen: y acerca de este punto han sido falsas todas las nociones históricas que han quedado hasta nuestro tiempo.

La imaginación se ha representado los poseedores de un monasterio como cosa que no tenía relación alguna con lo que existía antes: error grave.

Una abadía no era más que la morada de un rico patricio romano, con las diversas clases de esclavos y de operarios anejos al servicio de la propiedad y del propietario, con las ciudades y aldeas de su dependencia. El padre abad era el dueño; los monges, como los ingenuos de este señor, cultivaban las ciencias, las letras y las artes. La misma vista no percibía ninguna diferencia en el exterior de la abadía y de sus habitantes; un monasterio era una casa romana por la arquitectura: el pórtico ó el claustro en medio, con las salidas correspondientes en el circuito del claustro. Y como en tiempo de los últimos Césares se había permitido, y aun mandado, á los particulares que fortificasen sus moradas, un convento rodeado de murallas almenadas se parecía á todas las habitaciones algo considerables. El vestido de los monges era el de todos los demás hombres: los romanos habían dejado desde mucho tiempo el manto y la toga; se habían visto obligados á espedir una ley para prohibirles que vistiesen á lo *gótico*; los vestidos de los galos y las batas de los persas se usaban ya comunmente. Los religiosos nos parecen hoy día tan extraordinarios en su vestido, porque es tan antiguo como su institución.

La abadía, digo otra vez, no era pues más que una casa romana; pero esta casa llegó á ser mano muerta por la ley eclesiástica, y adquirió por la ley feudal una especie de soberanía: tuvo su justicia, sus caballeros y sus soldados; era un estado completo en todas sus partes, y al mismo tiempo una granja experimental,

una fábrica (donde se hacian lienzos y paños) y escuela.

No es posible imaginar vida mas favorable á los trabajos del espíritu y á la independencia individual, que la vida cenobítica. Una comunidad religiosa representaba una familia artificial siempre en su virilidad, y que no tenia que pasar por la imbecilidad de la infancia y de la vejez, como la familia natural: no sabia que éran los tiempos de tutela y de minoria, é ignoraba todos los inconvenientes anejos á la flaqueza de la muger. Esta familia, que no moria, aumentaba sus bienes sin poderlos perder, y desprendida de los cuidados mundanos, ejercia en el mundo prodigioso imperio. Al presente que la sociedad no tiene ya que sufrir el monopolio de una propiedad inmóvil, el celibato nocivo á la poblacion, y el abuso del poder monacal, juzga con imparcialidad unas instituciones, que fueron útiles bajo muchos aspectos á la especie humana en la época de su primer origen.

Los conventos se convirtieron en unas fortalezas, donde la civilizacion se puso al abrigo bajo la bandera de algun santo: la cultura de la alta inteligencia conservóse allí con la verdad filosófica, que volvió á nacer de la verdad religiosa. La verdad política, ó la libertad, halló un intérprete y un cómplice en la independencia del monge, que todo lo inquiria, todo lo decia, y no temia nada. Aquellos grandes descubrimientos, de que se vanagloria la Europa, no se hubieran verificado en la sociedad bárbara, sin la inviolabilidad y el ocio del claustro; los libros y las lenguas de la antigüedad no nos hubieran sido transmitidas, y la cadena que ata lo pasado con lo presente se hubiera roto. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, todas las artes tuvieron una série no inter-

rumpida de maestros, desde los primeros tiempos de Clovis hasta el siglo en que las universidades, aunque también religiosas, hicieron salir las ciencias de los monasterios. Para probar este hecho basta nombrar á Alcuino, Angilberto, Eginardo, Teghan, Loup de Ferrieres, Erico de Auxerre, Hincmaro, Odon de Cluny, Gerberto, Abbon y Fulberto, lo cual nos conduce al reinado de Roberto, segundo rey de la tercera dinastía. Entonces se creaban nuevas órdenes religiosas, y la de Cluny no tuvo ya el gran privilegio de ser casi el único depósito de la cultura y ciencia.

Sabido es lo que sucedía relativamente á los libros: tan pronto multiplicaban los monges los ejemplares por celo ú por orden, tan pronto sacaban copias por penitencia, ó trasladaban á Tito Livio, durante la cuaresma, por espíritu de mortificación. Por desgracia es verdad que rasparon algunos manuscritos, para substituir á un texto precioso, el testimonio de una donación ó alguna obra escolástica. Vemos en el catálogo de la biblioteca de la abadía de Saint-Riquier, año 831, ejemplares de Cicerón, de Homero y de Virgilio. Hallamos en el siglo X, en la biblioteca de Reims, las obras de Julio César, de Tito Livio, de Virgilio y de Lucano. San Benigno de Dijon poseía un Horacio. En San Benito, en el Loire, cada escolar (eran cinco mil) daba á sus maestros dos volúmenes por estipendio. En Montierender enseñaban en 990 la retórica de Cicerón y dos Terencios. Loup de Ferrieres hizo corregir un Plinio mal copiado, y envió á Roma algunos Suetonios y Quintos-Curcios. En la abadía de Fleury tenían el tratado de Cicerón *de la República*, el cual no se ha vuelto á encontrar hasta en nuestros días, y no completo. No tengo presente haber visto mencionado en los catálogos de aquellas antiguas bibliotecas de Francia un solo ejemplar de Tácito.

La música, la pintura, el grabado, y sobre todo

la arquitectura, deben infinito realce á los eclesiásticos. Carlo-Magno manifestaba por la música el gusto natural que conserva aun hoy día la dinastía germánica: habia hecho venir algunos cantores de Roma; indicaba él mismo en su capilla con el dedo ó con una varilla el turno del clérigo que habia de cantar; señalaba el fin del motete con un sonido gutural, que era el diapason de la frase que principiaban. El monje de Saint-Gall refiere que un clérigo, ignorando las reglas establecidas, y obligado á figurar en el coro, agitó circularmente la cabeza, y abrió enorme boca para imitar á los cantores que le rodeaban. Carlo-Magno conservó su serenidad, y mandó dar á este clérigo tan voluntario una libra de plata por su trabajo.

Se habian establecido escuelas de música, y los monges sabian tocar el órgano y los instrumentos de cuerda y de aire. En el siglo X las secuencias de la misa eran célebres: se entonaban con toda la estension de la voz, y producian efectos tan extraordinarios, que una muger falleció de sorpresa y entusiasmo. Las secuencias, que tenian un origen bárbaro, se llamaban *Frigdora*.

El arte de grabar sobre piedras preciosas no estaba perdido en el VIII y IX siglos: dos canónigos de Sens, Bernelin y Bernuin, construyeron una mesa de oro adornada de pedrerías y de inscripciones: Helderico, abad de San German de Auxerre, pintaba: Tutilon, monje de Saint-Gall, ejercia en Metz el arte de grabador y escultor. La arquitectura llamada *lombarda* se refiere á la época religiosa de Carlo-Magno: el monje de Gozze era un hábil arquitecto del siglo X. Mas tarde la arquitectura que llamamos fuera de propósito *gótica*, debió principalmente su gloria en los siglos XII y XIII á varios clérigos, abades, monges, y otros hombres prohijados en los establecimientos eclesiásticos. Hugo Libergier y Roberto de Coucy, *maestro de Nues-*

tra Señora y de San Nicasio de Reims, suministraron los planes, y dirigieron la construcción de la iglesia metrópoli de aquella ciudad, como también la de la iglesia de San Nicasio, soberbia obra que destruyeron los bárbaros del siglo XVIII. Aroun al Rascheld, amigo y contemporáneo de Carlo-Magno, amaba y protegía, como él, las ciencias y las artes: mas las letras perecieron en la edad media del mahometismo, y rejuvenecieron y se renovaron en la edad media del culto cristiano.

El cuerpo del clero estaba constituido de modo que pudiera favorecer el movimiento de progresión: la ley romana que él oponía á las costumbres absurdas y arbitrarias, las exenciones que no cesaba de ordenar, las inmunidades de que gozaban sus vasallos, y las excomuniones locales con que hería á ciertos usos y á ciertos tiranos, estaban en armonía con las necesidades de la muchedumbre. Es verdad que al hacer esto los sacerdotes tenían por principal objeto el aumento de su poder; mas este poder era en sí mismo plebeyo: aquellas libertades, reclamadas en nombre de los pueblos, no les eran dadas incesantemente; pero esparcían en la sociedad ideas, que habían de desenvolverse, y girar en ella con provecho de la especie en general.

El clero regular era aun mas democrático que el clero secular. Las órdenes mendicantes tenían relaciones de simpatía y de familia con las clases inferiores; en todas partes eran las cabezas de las insurrecciones populares; y con la cruz en la mano capitaneaban así las bandas de *pastorcillos* por los campos, como las *procesiones* de la Liga dentro de los muros de París. En el púlpito exaltaban á los pequeños delante de los grandes, y humillaban á los grandes delante de los pequeños; cuanto mas supersticiosos eran los siglos, mas ceremonias se hacían, y mas ocasiones te-

nia el monje de explicar aquellas verdades de la naturaleza depositadas en el Evangelio; y era imposible que á la larga no descendiesen del órden religioso al órden político. La milicia de San Francisco se multiplicó, porque el pueblo se alistó en ella de tropel; trocó este su cadena por una cuerda, y recibió con ella la independenciam que aquella le quitaba; pudo de este modo desafiar á los poderosos de la tierra, é ir con un baston en la mano, la barba sucia, y los pies enlodados y desnudos, á dar á aquellos terribles castellanos injuriosas lecciones. El señor indignado interiormente estaba obligado á sufrir las reprensiones de su vasallo transformado *en ingénuo*, porque habia mudado de vestido. La capucha manumitia con mas presteza que el yelmo, y la libertad se introducía en las sociedades por caminos inesperados. En aquella época el pueblo se hizo *sacerdote*, y bajo este difraz es preciso que le busquemos.

En fin, se ha clamado con razon contra las riquezas de la iglesia, que poseía la mitad de las propiedades de Francia: pero para no alterar la verdad histórica, hubiera sido justo notar que los dos tercios al menos de aquellas inmensas riquezas estaban en manos de la parte *plebeya* del clero. Insisto en la palabra *plebeyo*, porque desenvolviendo todo lo que encierra, llegaremos á una vista nueva y á una vista exactísima, acerca de un asunto mal comprendido y mal pintado hasta el presente.

El espíritu de igualdad y de libertad de la *república* cristiana habia pasado á la *monarquía* de la iglesia. Esta monarquía era electiva y representativa; todos los cristianos, aun los legos, cualquiera que fuese su rango, podían llegar á la primera dignidad en virtud de la eleccion. El papismo no era mas que una soberanía vitalicia: en ciertos casos hasta los concilios generales podían deponer al soberano, y elegir otro; así

sucedía con los obispos elegidos primitivamente por la comunidad diocesana.

Sucedía, pues, que el supremo pontífice era muy á menudo un individuo extractado de la clase mas inferior; tribuno dictador que el pueblo enviaba para doblar la coyunda de los reyes y de los nobles opresores de su libertad. Gregorio VII, que redujo á práctica la teoría de aquella soberanía, y que cumplió con todo el rigor su mandato popular, era un monge levantado de la nada; Bonifacio VIII, que declaraba á los papas competentes para quitar y dar coronas, era un obscuro legista; Sixto V, que aprobaba el regicidio, habia guardado puercos. Aun al presente, despues de tantos siglos, no se ha alterado el espíritu de igualdad; y es raro que el soberano pontífice haya salido del seno de las grandes familias italianas. Un sacerdote llega á ser cardenal, y su hermano, tratante de poca importancia, ilumina su tienda en Roma, celebrando la elevacion de su hermano. El papa futuro, nacido en medio de la igualdad, entraba en el claustro, donde encontraba otra vez cierta especie de igualdad mezclada con la teoría y la práctica de la obediencia pasiva, y salia de esta escuela con el amor de la nivelacion y la sed de dominar.

Para esplicar el poder temporal de la santa silla, se buscaron razones de ignorancia y de religion, que contribuyeron sin duda á aumentarle, pero que no eran su único manantial: los papas sacaban este poder de la libertad republicana; representaban en Europa la verdad política destruida casi en todas partes, y fueron en el mundo gótico los defensores de las comunidades populares. La querella del sacerdocio y del imperio es la lucha de los dos principios sociales de la edad media, el poder y la libertad: los güelfos eran los demócratas del tiempo, y los gibelinos los aristócratas. Aquellos tronos declarados vacantes y entrega-

dos al primero que los ocupaba; aquellos emperadores que iban á implorar de rodillas el perdón de un pontífice; aquellos reinos puestos en entredicho; aquellas iglesias cerradas, y una nacion entera privada del culto por una palabra mágica; aquellos soberanos heridos por el anatema, abandonados no solamente de sus vasallos, sino tambien de sus criados y parientes; aquellos príncipes, de quienes huian todos como de los leprosos, separados de la raza mortal, y aguardando ser borrados de la eterna raza; el quemar los alimentos que habian probado, como tambien los objetos que habian tocado, cual si fuesen cosas tiznadas: todo esto no era sino los efectos enérgicos de la soberanía popular delegada por la religion, y ejercida por ella.

El papismo marchaba entonces á la cabeza de la civilizacion, y se avanzaba hácia el objeto de la sociedad general. ¿Y cómo aquellos monarcas sin vasallos, sin ejércitos, algunas veces fugitivos y perseguidos cuando lanzaban sus rayos; cómo aquellos soberanos sobrado á menudo desmoralizados, algunos cubiertos de crímenes, y otros no creyendo en el mismo Dios á quien servian, hubieran podido destronar á los reyes con un fraile, una palabra, una idea, sino hubiesen sido los gefes de la opinion? ¿Cómo hubieran obedecido los cristianos en todas las regiones del globo á un sacerdote, cuyo nombre apenas les era conocido, si este sacerdote no hubiese sido la personificacion de alguna verdad fundamental? Asi es que los papas fueron dueños de todo mientras permanecieron güelfos ó demócratas, y su poder se debilitó cuando se hicieron gibelinos ó aristócratas. La ambicion de los Médicis fué la causa de tal revolucion: por obtener la tiara favorecieron en Italia las armas imperiales, y vendieron al partido popular: desde aquel momento declinó la autoridad papal, porque habia faltado á su propia naturaleza, y abandonado su principio de vida. Desde

luego el genio de las artes marcó á los ojos de la muchedumbre este interior desfallecimiento; pero los prodigios y obras maestras de Rafael y Miguel Angel, que se están desluciendo en el Vaticano, no han podido reemplazar el poder de que se despojaron los sumos pontífices, rasgando el contrato primitivo. Esta es la misma inclinacion á un poder falso que arruinó la autoridad real en tiempo de Luis XIV; la autoridad que hasta el reino de Luis XIII, habiéndose mezclado con las libertades públicas, creyó aumentar su poder ahogándolas, y se mató á si misma. Las artes vinieron del mismo modo á hermohear la defraudacion de nuestras inmunidades nacionales: el Louvre del gran rey está en pie como el Vaticano; pero ¿qué tropa lo tomó y lo custodia?

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA,

DESDE EL REINADO DE CLOVIS HASTA EL DE
FELIPE VI, LLAMADO DE VALOIS.

TERCERA RAZA.

La historia de los francos acaba con la tercera raza y comienza la historia de los franceses.

Cuatro transformaciones principales sufrió la monarquía de Hugo Capeto.

Fué feudal pura hasta el tiempo de Felipe el Hermoso.

Con este rey se elevó la monarquía de los tres estados (1).

Luis XIV estableció la monarquía absoluta, que destruyó la monarquía constitucional ó representativa de Luis XVI.

(1) Llamados despues Estados Generales.

Se reducen á los siguientes los hechos de la monarquía puramente feudal: la formacion y carácter de su gobierno, el movimiento insurreccional y libertad de los comunes, la conquista de Inglaterra por los normandos, las cruzadas exteriores é interiores, y las quejas del sacerdocio y del imperio.

La monarquía de los tres estados y del parlamento vió nacer las leyes generales, civiles y políticas, la administracion, y la pequeña propiedad; vió los altercados de Felipe el Hermoso con el papa, la destruccion de la orden de los templarios, el advenimiento al trono de las dos líneas de los Valois, la larga rivalidad de la Francia y de la Inglaterra con todos sus acontecimientos y desgracias, la destruccion de la primera nobleza alta, el levantamiento de los aldeanos y ciudadanos, las turbulencias de los tres estados, el establecimiento del impuesto regular y de las tropas asalariadas, la separacion del parlamento de los consejos del rey por la creacion del consejo de estado, la estincion de las dos casas de Borgoña, la reunion sucesiva de los grandes feudos á la corona, las guerras de Italia, y las mudanzas en las leyes, en las costumbres, en la lengua, en los usos y en las armas. Renacieron las letras; verificáronse grandes descubrimientos: apareció Lutero; estallaron las guerras de religion; ciñéronse la corona los Borbones, y la monarquía de los estados y constitucion aristocrática espiran en tiempo de Luis XIII. El parlamento conserva las tradiciones al través del absolutismo monárquico.

La breve monarquía absoluta de Luis XIV se compone de la gloria de este príncipe, de la afrenta de Luis XV, y de la introduccion de las ideas en el orden social como hechos.

La monarquía constitucional ó representativa tuvo por accidentes el juicio de Luis XVI, el tránsito de la república al imperio, del imperio á la restauracion, y

de la restauracion á la monarquía republicana, si pueden estas dos palabras unirse.

No pretendo establecer aqui divisiones cortadas, principiando fijamente desde tal fecha, y acabando puntualmente en otra; las cosas están mas mezcladas en la sociedad: los siglos se levantan lentamente al abrigo de los siglos; las costumbres nuevas, en medio de las costumbres antiguas, son como las generaciones nuevas, que se engrandecen bajo la proteccion de las generaciones antiguas, á las cuales deben su origen. Asi Luis el Gordo no examinó los comunes en el sentido absoluto de la palabra: habia comunes libres y comunes sublevados antes que él les concediese varios privilegios; pero desde su reinado principiaron á multiplicarse las inmunidades, asi por el rey como por los señores. Felipe el Hermoso no fué, pues, el primero que convocase el estado llano á las deliberaciones públicas: muchos reyes antes de él habian congregado varias asambleas de notables, y en particular el rey San Luis; y desde Felipe el Hermoso, en 1303, hasta Luis XIII, en 1644, hallamos una serie de convocaciones de estados, que no tuvo interrupcion sino al fin del siglo XIV.

Lo mismo debo decir de otras divisiones que no admito sino como una formula de historia, que puedo servir de caja á los hechos y de socorro á la memoria. Conozco tan bien como cualquiera que la monarquía feudal no cae cuando la monarquía de los estados y del parlamento se eleva: al contrario, está en su apogeo: baja durante el siglo XIV, y se abisma en el reinado de Carlos VII.

HUGO CAPETO.

Desde 987 hasta 996.

Es preciso decir de la autoridad real de Hugo Capeto lo que espresé de la de Pepino: no pudo haber usurpacion, porque hubo eleccion: la legitimidad era un dogma que no se conocia. Cárlos, duque de la Lorena Baja, hijo de Luis de Ultramar, y tio de Luis V, el postrero de los carlovigianos, fué un preteniente que no quiso admitir la mayoría de los votos. Asi está dicho todo. Se puso sobre las armas, tomó la ciudad de Laon, pero el obispo de esta ciudad la entregó á Hugo Capeto (2 de abril 991). Cárlos, acabando sus dias en una cárcel, dejó dos hijos que no reinaron, y de los cuales nadie se acordó.

Mas en la persona de Hugo Capeto se verificó una importante revolucion; la monarquía electiva hizose hereditaria; la causa inmediata de esto, que ningun historiador, al menos que yo sepa, ha observado aun, fué que la consagracion usurpó el derecho de la eleccion.

Los seis primeros reyes de la tercera dinastía hicieron consagrar á sus hijos primogénitos viviendo ellos. Esta eleccion religiosa reemplazó la eleccion política, afirmó el derecho de primogenitura, y fijó la corona en la casa de Hugo Capeto. Felipe Augusto se creyó bastante poderoso para no presentar durante su vida á la consagracion á su hijo Luis VIII; pero Luis VIII se alarmó estando cerca de morir, porque dejaba en menor edad á su hijo Luis IX, que no estaba consagrado: hizo que le prestasen juramento los

señores y los obispos, y no contento con esto, escribió una carta á sus vasallos, invitándoles á reconocer por rey á su hijo primogénito. Tantas precauciones hacen ver que doscientos treinta y nueve años no habian sido suficientes para la confirmacion del derecho hereditario absoluto, y del orden de primogenitura en la monarquía de Capeto. La memoria del derecho de eleccion se perpetuaba en una fórmula de la consagracion: preguntaban al pueblo presente si consentia en recibir al nuevo rey.

Cuando la corona cayó por línea colateral en manos de los descendientes de Hugo Capeto, nada pareció menos cierto que la existencia de la ley sálica, cuya ley litigada ponía igualmente en duda el derecho de sucesion. Estas cuestiones se agitaron vivamente en tiempo de Felipe el Largo, Carlos el Hermoso y Felipe de Valois. En tiempo de Carlos VI heredó la corona una hija. Un decreto decidió en 1376, que los príncipes de la sangre precerian á todos los pares, y que se colocarian segun su proximidad al trono; sobre esto dijo Cristóbal de Thou á Enrique III, que desde el reinado de Felipe de Valois no se habia hecho ninguna cosa tan útil para la conservacion de la ley sálica: necesitábase ciertamente que la duda hubiese arraigado en los espíritus, para que un magistrado mirase al fin del siglo XVI como ley política un reglamento de precedencia. Catalina de Médicis pensó en trasladar el cetro á su hija. Los estados de la Liga hablaron de colocar á la infanta de España en el trono de Francia. En fin, en tiempo de la regencia del duque de Orleans, durante la minoría de Luis XV, declaróse que si la familia real llegase á extinguirse, los franceses serían dueños de elegirse un gefe: ¿y esto no era reconocer su derecho primitivo?

El derecho de sucesion masculino constituido en la familia real, fué á un tiempo el germen destructor

de la feudalidad, y el principio generador de la monarquía absoluta. La aristocracia subsistió en el imperio de Alemania, y se destruyó en el reinado de Francia, porque la dignidad imperial permaneció electiva, y porque la corona francesa pasó á ser hereditaria.

Las asambleas nacionales cesaron en tiempo de los primeros reyes de la tercera dinastía, así como se habían interrumpido en tiempo de los últimos reyes de la segunda. Hugo Capeto era un señor de poca consideración. «El reino, dice Montesquieu, se halló sin dominio, como está hoy día el imperio: dióse la corona á uno de los mas poderosos vasallos.» Hugo no hubiera podido reunir estados, aunque hubiese querido, los demas vasallos poderosos no lo hubiesen consentido: soberanos como el duque de Francia, no le hubieran obedecido. La libertad política que se descubría en aquellas asambleas no existía ya; y colocóse en otras partes; pero bajo otras formas.

La Francia era entonces una república aristocrática federativa, que reconocía un gefe débil; y esta aristocracia carecía de pueblo: todos eran esclavos ó siervos. La servidumbre no se había tragado todavía la esclavitud; aun no había nacido el ciudadano; el artesano y el comerciante pertenecían á varios señores en los obradores de las abadías y de los señoríos; la clase media todavía no había vuelto á aparecer; de suerte que esta monarquía (aristocracia de derecho y de nombre) era de hecho una verdadera democracia, porque todos los miembros de la sociedad eran iguales, ó creían serlo. No se encontraba bajo la aristocracia aquella clase distinta y plebeya, que por la inferioridad relativa del rango fija la naturaleza del poder que la domina. Ved aquí por qué las crónicas de aquellos tiempos no hablan nunca del *pueblo*: si buscamos este pueblo, casi creemos que le han ocultado los historiadores, y que registrando papeles le desenterrarán

algun dia, y descubrirán una nacion francesa desconocida, que obraba, administraba, ganaba las batallas, y de la cual han obscurecido hasta la memoria. Mas despues de muchas investigaciones no encontramos nada, porque no existia nada, y porque aquella aristocracia sin pueblo, era la verdadera nacion francesa en la época que describimos.

Señalemos el principio de la institucion de los pares: los pares habian existido ya antes de esta institucion, pues en su origen eran jurados, que fallaban en las diferentes cuestiones entre sus iguales. La dignidad de par tomó un carácter político cuando los feudos se convirtieron en bienes patrimoniales y hereditarios. Los pares del rey fueron señores mas poderosos que los pares de un conde ó de un duque: todos los sistemas que colocan el origen de los pares mas alto ó mas bajo al reinado de Hugo Capeto no pueden sostenerse.

La introduccion de la dignidad de par favoreció la eleccion de los Capetos. Habia siete pares seculares; Hugo era uno de ellos: los otros seis pares, cuyos señoríos dependian inmediatamente de la corona, se entendian como se entienden hoy dia los electores en un colegio electoral, para sobreponerse á su compañero. La dignidad de par se halló asi reunida á la dignidad real, y no quedaron mas que seis pares de Francia. La igualdad era tan completa entre los pares, que habiendo Hugo Capeto preguntado á Adalberto *quien le habia hecho conde*, Adalberto le respondió: *los que te han hecho rey*.

A mas de los pares legos habia pares eclesiásticos, que pertenecian al trono, con diferencia de los otros señoríos que no tenian pares eclesiásticos. Podemos decir de la dignidad de par, que antes de sus diferentes degeneraciones era una especie de senado de reyes, ó exactamente un consejo aristocrático superior á la misma autoridad real.

Elisez douze pairs qui soyent compaignons,
Qui mènent vos batailles par grand' devotion.

Cuando los pares fueron doce, se intitularon *los doce compañeros*, y Froissard les da el nombre de los *hermanos del reino de Francia*. Los grandes efectos políticos de la dignidad de par se vieron en el juicio de Juan sin Tierra y del príncipe de Gales.

Hugo Capeto murió en 996. Diré para no hablar mas de las sucesiones reales, que en la tercera dinastía el infantazgo reemplazó á la division de los bienes patrimoniales entre los hijos.

ROBERTO.

Desde 996 hasta 1031.

Roberto, heredero del trono de Hugo, era un príncipe piadoso y docto para su siglo; era poeta: la iglesia canta aun algunos responsos y secuencias compuestas por este hijo primogénito suyo: *¡Oh constantia martyrum! ¡Veni, Sancte Spiritus!* Temia mucho á su muger, y se dejaba robar por los pobres. Su reinado fué largo; esto es lo que se necesitaba en un mundo que estaba en las fajas.

ENRIQUE I.

Desde 1031 hasta 1060.

El reinado de Enrique, que siguió al de Roberto, fué un reinado de infancia, lleno de pequeñas guerras feudales.

Roberto Guiscard aparecia en Italia cuando Guillermo el Bastardo poseia el señorío de su padre Ro-

berto el Diablo: estos dos normandos debían hacer importante papel en el Occidente y en el Oriente de la Europa, y cuando murió Enrique, Gregorio VII no tardó mas que algunos años en seguirle al sepulcro.

El nieto de Hugo Capeto fué un hombre de héroe valor: fué el primero que llevó en el trono de Francia un nombre poco repetido y funesto á todos los reyes de este nombre.

FELIPE I

Desde 1060 hasta 1108.

Los ochenta años que pasaron desde Hugo Capeto hasta Felipe I fueron época de concepción, de trabajo, de primera educación; pero en el reinado de Felipe I se desvaneció la noche que enlutaba una social infancia trabajosa: la edad media resplandeció con la energía de su juventud, con el alma toda religiosa, el cuerpo todo bárbaro, y el espíritu tan fuerte y vigoroso como los brazos.

Guillermo el Bastardo convocó á los aventureros de Europa para ir á subyugar la Inglaterra; triunfó en la batalla de Hastings, y el rey de Francia se encontró con un vasallo mas poderoso que él.

Este acontecimiento, al que siguieron en breve las cruzadas, dió nuevo movimiento á los pueblos. Habían visto invasiones fortuitas, pueblos caminando hacia adelante y al acaso, sin saber donde se detendrían, y yendo mas en busca de descubrimientos que de conquistas, como aquellos navegantes que buscan tierras desconocidas: el intento de Guillermo y sus huestes era muy distinto. Vieron subyugado metódicamente un pueblo por primera vez: el suelo invadido adquirió nuevos bosques; las antiguas propiedades fueron examinadas á fin de cargarlas de impuestos ó de tomar-

las; la lengua y las leyes de los vencidos se mudaron por sistema; algunos como monges armados, levantaron por todas partes alcázares, medio castillos y medio iglesias, y todas las tardes se ocultaba el pueblo conquistado al sonido de una campana, como en un convento; gran cuadro que no debe tocarse después que le ha pintado la mano de Mr. Thierry. Gildas había dicho que los ingleses no eran ni poderosos en la guerra, ni fieles en la paz: *Angli nec in bello fortes, nec in pace fideles*; los historiadores que escribieron de los sicilianos y de los normandos, observan que la Gran Bretaña y la Sicilia mudaron de aspecto, y se hicieron países famosos así que recibieron a la raza normanda: *Juan inde Anglia non minus belli gloria quam humanitatis cultu inter florentissimas orbis christiani gentes in primis floruit* (Malmesh). *Siculi quod in patrio solo sunt, quod liberi sunt, quod omnes hodie christiani sunt ingenio Normannis acceptum ferant.* (Prosp. Fasel., de reb. sic.)

En Italia un ruin muchacho de mezquina figura fué al principio monje de Cluny, luego cardenal, y por fin papa, con el nombre de Gregorio VII. Hildebrando depuso á Boleslao, rey de Polonia, arrebató el título de reino á la Polonia misma, mandó que abdicase el victorioso emperador de Constantinopla, hizo á los aventureros normandos de la Pulla feudatarios de la santa silla, escribió al arzobispo de Reims, que el rey de Francia era un tirano indigno del cetro, y dijo á los príncipes cristianos de España que San Pedro era señor feudal de sus pequeños estados, y la Hungría un dominio de la iglesia de Roma. En una carta de Gregorio VII al rey Demetrio le añade: «Vuestro hijo nos declaró que anhelaba ser coronado por nosotros: esta petición nos pareció justa, y le hemos dado vuestro reino de parte de San Pedro.»

Sabemos de qué modo depuso Hildebrando al em-

perador Enrique IV, y cómo le obligó, para perdonarle, á presentarse bajo las murallas de la fortaleza de Canosa, sin guardias, despojado de los vestidos imperiales, con los pies desnudos, y cubierto de un cilicio. Despues de tres dias de ayuno y de lágrimas, fué admitido á besar humildemente los pies del pontifice: un cambio de fortuna volvió el imperio á Enrique IV. Despues de diversas empresas guerreras, en que vemos aparecer á Gofredo de Bullon, y del saqueo de Roma, Hildebrando murió fugitivo, no vencido, en Salerno, dejando un gran nombre mezclado con los de la condesa Matilde y del aventurero Guiscard. Una pluma hábil (1) nos prepara la historia de este famoso pontificado. La querella de las investiduras no acabó con Enrique IV y Gregorio VII; el espíritu de dominacion popular y religiosa se perpetuó en tiempo de los sucesores de Hildebrando. Matilde legó sus estados á la Santa Sede.

Felipe I, cuidando poco de sí mismo, era uno de aquellos hombres que viven solamente para arreglarlo todo á su rededor: amaba á las mugeres, y repudió á la reina Berta con pretesto de parentesco. Robó á Bertrada de Monfort, muger de Foulque le Rechein, conde de Anjou: de aqui las escomuniones y guerras de que triunfó Felipe por su firmeza en el mal. Destinado á los grandes espectáculos sin tomar parte en ellos, Felipe vió la primera cruzada deliberada y resuelta en su reino en el concilio de Clermont, que presidió Urbano II. (1098). En este mismo concilio atribuyóse esclusivamente el nombre de papa al soberano pontifice.

Las oleadas de los bárbaros se habian calmado en el reducto de la Francia, adonde las habia arrojado Dios, y donde las habia contenido la mano de Carlos

(1) Mr. Villemain.

Martel y la de su hijo; pero después de dos siglos de inacción, se desbordaron hinchadas por las nuevas generaciones. Las cruzadas fueron como una memoria, ó como una prolongación de aquella invasión general que había talado el mundo, y produjeron á mas guerras de represalias. Los sarracenos habían amenazado la Europa con su yugo tres siglos antes que la Europa tomara las armas contra ellos: su emigración de la Arabia conquistó la Siria y el Egipto, avanzó por toda la extensión del Africa, de Oriente á Occidente, hasta el estrecho de Gades, pasó el estrecho, inundó la España, atravesó los Pirineos, y no se detuvo sino en medio de las Galias por la espada de Carlos Martel.

Sobrado ocupadas entonces las poblaciones cristianas, dejaron para otro tiempo la venganza; mas cuando llegó su tiempo, moviéronse á su vez, se dirigieron desde Occidente á Oriente por la Europa, atravesaron el Bósforo, y fueron á atacar á los hijos del Profeta á los lugares mismos de donde habían salido. No sé que haya habido espectáculo mas grande que aquellas invasiones de los pueblos del Asia y de los pueblos de la Europa, marchando en sentido opuesto, los unos bajo el estandarte de Mahoma, y los otros bajo el estandarte de Cristo, en torno de aquel mar que había servido de barrera á la civilización griega y romana. Los portugueses y los españoles han sido los únicos que han producido tales prodigios, cuando los primeros navegando por los mares del Oriente, y los segundos por los mares del Occidente, volvían á encontrar un mundo perdido, y descubrían un mundo nuevo.

Costumbres brillantes y sencillas, creencias ardientes, hazañas, recuerdos maravillosos, é inmensos resultados materiales y morales, es lo que presentan las cruzadas. Las rudas y simples expresiones de los cronistas dan nuevo realce á los hechos: los ermitaños

refieren la historia de los caballeros, y los monjes cuentan con humildad de religion y toscó language el orgullo de la conquista y las grandes acciones de guerra, y las peregrinaciones comenzadas con el bordon y seguidas con la espada. Débese á las cruzadas la recomposicion de los ejércitos nacionales, descompuestos por los acantonamientos militares del feudalismo: tantos gefes derramados por el suelo, y estraños unos á otros, aprendieron á conocerse al frente de sus vasallos; los siervos volvieron á principiari el pueblo francés en los campos, como los ciudadanos las ciudades. La cristiandad apareció tambien por primera vez bajo la forma de una inmensa nacion obrando por el impulso de un solo gefe. ¿Y qué iba á conquistar? una tumba.

Los últimos cruzados que se embarcaron con el intento de volver á tomar á Jerusalem, mandados por un soldado mahometano, tomaron á Constantinopla, defendida por un emperador cristiano; fin estraordinario de una aventura de cuatro siglos, de la caballería romántica animada en Rodas delante de Mahoma, y desvanecida en Malta delante del hombre histórico que debia tambien ir á tocar la ciudad santa, para producir en ella otra diferente maravilla.

LUIS VI.

Desde 1108 hasta 1137.

Luis VI, que fué llamado el Gueso, sucesor de su padre Felipe, no tuvo mas reino que el ducado de Francia y treinta señoríos. Peleó contra sus vasallos en Corbeil, en Mantes, en Montlery, en Montfort y en

Puysaye, en cuyo castillo empleó tres años de sitio: no había costado tanto á los franceses destruir el Asia y tomar á Jerusalem.

Esta es la ocasion de observar que los nombres mas repetidos en nuestra historia, no tienen por semejante motivo un origen mas antiguo que los otros nombres. Los nobles, cuyas tierras se hallaban en el ducado de París, eran por la misma razon mencionados en las crónicas del pequeño dominio real; tales crónicas referian las guerras que aquellos vasallos habían tenido con la corona, ó los honores que habían obtenido del monarca. Los demas nobles, acantonados á lo lejos en sus castillos, quedaron en olvido; y no se hizo mencion de ellos sino al hablar de algunas batallas, á las que habían sido llamados en virtud de los servicios del feudo. Resultó de aqui que un centenar de nombres ha llenado los fastos nacionales en la monarquía feudal; en vez de los anales de Francia, no leemos en realidad mas que los del ducado de Francia, y por decirlo mejor, de los vecinos del rey.

En la monarquía absoluta, Versalles y la córte se apoderaron á su vez de nuestra historia, como el ducado de Francia lo había hecho en otro tiempo: unos cien hombres del distrito de París, tan pronto caballeros como criados condecorados, son siempre los personajes de la nacion; héroes domésticos, cuya gloria remedaba el vuelo del capon alrededor de las antecámaras de su señor. En fin, si queremos conocer á nuestra antigua patria, es preciso que recompongamos el cuadro general con los cuadros particulares de las provincias, único medio de restablecer el carácter aristocrático que debe tener nuestra historia, en vez del carácter monárquico que se le ha dado falsamente.

En tiempo de Luis el Gordo los cuatro hermanos Guerlande y el abad Suger hicieron dar un paso al po-

der real, disminuyendo la autoridad de las justicias particulares, libertando á los esclavos, y estableciendo los comunes: este establecimiento que movió tanto ruido, debe entenderse con restriccion.

La Francia, al principio del siglo XI, lejos de ser homogénea, se componia de tres ó cuatro pueblos diferentes en costumbres, leyes y language; no debemos confundir lo que pasaba en el ducado de París, en Picardía, en Champaña, en la estension de la corriente del Marne y del Oise, del Sena y del Yonne, con lo que acontecia mas allá del Loira y del Ródano, mas allá del Orne, del Sarta y de la Vilaine. Nuestros reyes no han podido manumitir á los que no estaban bajo de su dependencia.

Pero la historia que no admite mas que los hechos probados, al rehusar á Luis el Gordo el honor de haber creado la clase intermedia y libre de los ciudadanos, no puede dejar de recibir como verdad incontestable aquel espíritu general de libertad, de que pensamos que fueron simultáneamente sobrecogidas las ciudades en el siglo XI: semejante coincidencia no existe. Casi todos los comunes del Mediodia de la Francia eran libres, y permanecieron libres despues de la administracion romana y visogoda; algunos privilegios añadidos á su libertad primitiva, no constituyen los títulos comunales de fecha del siglo XII.

Por otra parte, no podemos decir que Luis el Gordo, al conceder privilegios á siete ú ocho comunes, no hizo mas que seguir el impulso de un movimiento que no hubiera podido detener. Vemos á los reyes ahogar con la mayor facilidad las libertades municipales renacientes, sacar sucesivamente moneda del comun que habia sacudido el yugo de su señor, y del señor, que con ayuda de la fuerza real habia puesto otra vez al comun bajo del yugo.

No me niego al gusto de citar un pasaje de la car-

la diez y nueve sobre la *Historia de Francia*. El autor (Mr. A. Thierry), despues de haber citado los nombres de los trece ciudadanos echados del comun de Laon, termina su narrativa con estas palabras de profética gravedad: «No sé si os animará la impresion que experimento al trasladar aqui los nombres oscuros de aquellos proscritos del siglo XII. No puedo menos de leerlos y pronunciarlos muchas veces, como si debieran revelarme el secreto de lo que sintieron y quisieron los hombres que así se llamaron setecientos años ha. Una pasión ardiente por la justicia, y el consentimiento de que valian mas que su fortuna, había arrancado á aquellos hombres de sus profesiones, de su comercio, de su vida apacible, pero sin dignidad, que podian disfrutar tambien los dóciles siervos bajo la proteccion de sus señores. Arrojadados sin luces y sin esperiencia en medio de las convulsiones políticas, mostraron en ellas aquel instinto de energia que siempre es el mismo en todos tiempos, generoso en su principio, pero irritable con el exceso, y sujeto á conducir á los hombres mas allá de las vias de la humanidad. Los trece desterrados, espulsados para siempre de su tierra natal en el momento que adquiria su libertad, se habían señalado quizás entre todos los vecinos de Laon, por su oposición contra el poder señorial: quizás habían manchado con violencias su oposición patriótica; quizás, en fin, los cogieron por casualidad, para que cargasen solos con el crimen de sus conciudadanos. Sea lo que fuere, no puedo mirar con indiferencia estos pocos nombres y esta corta historia, único monumento de una revolucion, que aunque hace mucho tiempo que aconteció, hizo latir corazones nobles, y escitó aquellas grandes emociones, que todos hemos experimentado, poco ó mucho, cuarenta años despues.»

El ciudadano de la edad media, que creó la propie-

dad media en las ciudades, no era enteramente el ciudadano de la monarquía absoluta: era un personaje importante llamado con frecuencia para deliberar acerca de los más graves negocios de la patria. Los había grandes, pequeños, y francos ciudadanos: el ciudadano podía poseer ciertos feudos. El nombre de ciudadano significaba algunas veces *hombre guerrero*, y no derogaba la nobleza. *Hombre noble, doncel y ciudadano*, son cualidades dadas á una misma persona en los títulos del siglo XV. Los nobles que eran *ciudadanos* de ciertas ciudades estaban dispensados de servir al rey en la guerra. Los vecinos de París se llamaban los *ciudadanos del rey*. «Respecto á los que no son nobles, los hay de dos maneras: unos son personas francas, ciudadanos del rey ó de los señoríos en que moran, y los otros siervos y de servil condicion.» (*Coutum. gén.*)

Lo que dió nacimiento á una porcion del *pueblo*, fué esta clase intermedia entre nobles y siervos. Carlos V concedió patentes de nobleza á todos los habitantes de París, y estas patentes fueron confirmadas por Carlos VI, Luis XI, Francisco I y Enrique II. La ciudad de París nunca se reputó como un comun, porque era franca con la presencia del monarca.

LUIS VII.

Desde 1137 hasta 1180.

Reinando Luis VII, que se llamó el Joven, hubo muchos acontecimientos; á saber: el hallazgo del código de Justiniano, la condenacion de la doctrina de Abelardo en el concilio de Soissons, la faccion de los güelfos y gibelinos diseminada en Italia, y la segunda cruzada predicada por San Bernardo. Sugero y San

Bernardo eran dos hombres superiores, de naturaleza antipática, entre sí; pero Bernardo sin ser ministro, tenía el gobierno del mundo por la doble cualidad de santo y de monje reformador.

Luis el Joven, cuando volvió de la cruzada, repudió á Eleonora de Aquitania, por presumir que había cometido adulterio con un joven sarraceno: restituyóle la Guyena y el Poitou. Eleonora se volvió á casar con Enrique, conde de Anjou y duque de Normandía, el que al subir al trono de Inglaterra, con el nombre de Enrique II, se halló rey de Inglaterra, duque de Normandía y de Aquitania, conde de Anjou, de Poitou, de Turena y de Maine. Aquella restitucion íntegra, pero impolítica, á la que se había opuesto Suger, por que preveía los resultados, desmembró la monarquía, introdujo al enemigo en el corazón del país, y favoreció las grandes guerras que la Inglaterra hizo á la Francia con algunos franceses.

El siglo XII es memorable por los rápidos progresos que hacían las ideas. Alejandro III declaró en el tercer concilio de Letran, que todos los cristianos debían estar exentos de la servidumbre: la cruz cogía su fruto.

Las escuelas se multiplicaron en las catedrales y en los monasterios; establecieronse colegios fuera de los monasterios: la universidad tomaba nuevas fuerzas, y los estudiantes extranjeros igualaban en París al número de los habitantes.

En Inglaterra se suscitó la famosa cuestion entre Enrique II y Tomás Beket, relativamente á las inmunidades de la iglesia.

FELIPE II.

Desde 1180 hasta 1223.

Así que Felipe Augusto ocupó el trono, unió á la corona, por medio de la confiscacion feudal sostenida con la fuerza de las armas, la Normandía, el Maine, el Anjou, la Turena, y el Poitu: hizo la adquisicion de los condados de Auvernia y Artois, recobró la Picardía y gran número de plazas en diversos condados, castellanías y señoríos. Dió nuevo establecimiento á la subordinacion entre los súbditos poderosos, y ejerció la monarquía: además, citó delante de la corte de los pares á Juan sin Tierra, para que fuese juzgado sobre el asesinato de Arturo, verificado en el territorio del reino; y esta es la primera causa política importante de esta alta corte.

Felipe hizo coronar á su hijo rey de Inglaterra en Lóndres. Los ingleses conquistaron en aquella época la gran carta: entre muchos artículos favorables á los comunes, y á la independencía de los tribunales, el treinta y tres manda que nadie pueda ser arrestado, aprisionado, despojado, desterrado ni muerto arbitrariamente; que el rey no procederá ni hará proceder contra cualquiera que sea de otro modo que por el juicio legal de los pares del acusado, ó el tenor de las leyes del país; tal es el fundamento de las libertades de todos los pueblos.

La batalla de Bouvines es la primera en que se reconoce cierto espíritu de nacionalidad; la trasformacion fué completa, y los francos se hicieron franceses. Felipe no ofreció su corona antes del combate al más digno; pero al conseguir la victoria contra el emperador Othon, su vida corrió riesgo. Arrojado del caballo,

«le hubiera muerto, dice Guillermo el Breton, sino le protegieran la mano de Dios, y su armadura de buen temple.»

Al reinado de Felipe Augusto pertenecen dos incidentes notables: la cruzada contra Saladino, y la cruzada contra los albigenses: peleando contra los infieles habian aprendido á pelear contra los mismos cristianos.

Saladino habia vuelto á tomar á Jerusalem en el año 1187 de Jesucristo; dejó salir á todos los cristianos por el precio de un módico rescate. Un historiador árabe le aplica este pasaje del Alcorán: «¡Cómo abandonaron entonces jardines y fuentes, campos sembrados y moradas nobles que hacian sus delicias, y que nosotros dimos en herencia á otro pueblo!» (*Bibl. de las Cruz.* por Mr. Michaud, *chron Arab.*)

Los principes de Occidente se cruzaron para ir segunda vez á librar la ciudad santa. Felipe pasó á Oriente, mas eclipsóle aquel Ricardo Corazon de Leon, cuya sombra hacia estremecer los caballos sarracenos, y él que volvía del combate *con la coraza erizada de flechas como una almohadilla cubierta de alfileres* (Vini-sanf); aquel Ricardo, al que Blondel no libertó de su prision con un cantar que el mismo entonaba en la torre:

La nus hom pris non dira sa raison;
 Adreitameit se com hom dolent non:
 Ma per conort port il faire chanson;
 Pro a d'amis, enas pouve son li don;
 Onta i aouro se por una reezon,
 Sois fait dos yver prison.

A la tercera cruzada, principiada en 1187, siguió la cuarta en 1204, que se terminó con la toma de Constantinopla por los cruzados. Baudovin, conde de

Flandes fué elegido emperador, y estableció aquel imperio de los latinos, que no duró mas que cincuenta y ocho años.

El año 4206 abrió la cruzada contra los albigenses. Inocencio III, Santo Domingo, Raimundo conde de Tolosa, y Simon conde de Monfort, son los personajes de aquel abominable episodio de nuestra historia.

El progreso del espíritu filosófico, renaciendo por la heregía, es notable en las diversas opiniones de los albigenses. Los principales gefes ligados contra Raimundo VI, su protector, fueron Eudes, duque de Borgoña, Enrique, conde de Nevers, y Simon, conde de Monfort. Simon era un hombre disimulado y ambicioso; fuera de esto valiente, arreglado en sus costumbres, y que mandaba á la fortuna como todos los hombres de ingenio.

Aquella guerra vió nacer la inquisición, y se distinguió por sus autos de fé. Echaron á las mugeres en los pozos, mataban sin piedad, y durante las mortandades, los sacerdotes del condado de Monfort cantaban el *Veni creator*. Beziers fué tomada por asalto: «Allí hubo la mayor mortandad que nunca se hizo en el mundo entero; porque no perdonaron ni á viejos, ni á jóvenes, ni aun á los niños que mamaban: entregábanlos á la muerte. Viendo esto se retiraron los de la ciudad, los que pudieron, así hombres como mugeres, á la iglesia de San Nazario. Los sacerdotes de aquella iglesia habian de mandar tocar las campanas cuando todos hubiesen muerto; pero no tocaron, porque no quedó ninguno con vida, ni clérigos ni sacerdotes revestidos con sus hábitos.»

Tolosa, cuyas casas estaban todas fortificadas, y cuyos vecinos se defendieron de calle en calle, fué tomada una y otra vez, inundada de sangre, y medio incendiada.

Largo tiempo despues, los huesos del viejo Raimundo, que nunca fueron sepultados, aparecieron en un cofre, enteramente *profanados y medio comidos de los ratones*, en casa de los hermanos hospitalarios de San Juan de Tolosa. Un simple comun de Francia, la pequeña república de Tolosa, desafió por espacio de veinte años los anatemas de los papas, los furoros de la inquisicion, y los asaltos de tres reyes de Francia, entre los que se contaban Felipe Augusto y San Luis. Simon de Monfort introdujo con sus *franceses* la lengua picarda, ó el *francés wallon*, en las ciudades de Languedoc. Perdióse la hermosa lengua romana, y no subsistió mas que alterada en el patués de los campos.

La inquisicion, hija de las turbulencias, no pudo establecerse en Francia, porque dió con una rival poderosa, la justicia parlamentaria. La inquisicion existió algun tiempo en Francia en ciertos lugares; pero propiamente hablando no hizo en nuestra patria mas que algunas apariciones. De ella no queda sino un vestigio en una aldea llamada Quingey, situada entre Besanzon y Dole, donde un dominico que vive allí en una hospederia, lleva el nombre de *Papa de Quingey*. Todo su poder está reducido, gracias á Dios, á dar permiso para leer libros prohibidos. Antes de la conquista del Franco Condado, este pequeño papa de Quingey hizo brillar mas de una vez con clara y asombrosa luz el poder del inquisidor. (*Nota á Boullainvilliers*).

Felipe Augusto mandó murar y pavimentar París, «El buen monarca... se asomó á una de las ventanas, en que solia apoyarse algunas veces para mirar como corria el Sena... sucedió que un carro removi6 tanto el lodo y la basura... que el rey olió aquel hedor tan corrompido, y se retiró de la ventana abominando de ello. Entonces mandó al prevoste de

París que todas las calles estuviesen pavimentadas con mucho cuidado, y con piedras gordas y fuertes.»

Las doscientas treinta y seis calles de París se llenaron de gentes que gritaban:

Seigneurs, voulez-vous baigner,
Entrez dons sans délaïer;
Les bains sont chauds, c'est sans mentir.

Le bon vin fort á trente deux,
A seize, á douze, á dix, á huit.

LUIS VIII.

Desde 1223 hasta 1226.

De Haillant dice: «Luis VIII fué un príncipe honrado y virtuoso, y su reinado fué de tan corta duracion, que no tuvo otro sobrenombre que el de padre del rey San Luis.» Este autor se equivoca: hijo de un gran rey, y padre de otro rey mas famoso aun, Luis se llamó *Corazon de Leon* ó *Leon Pacífico*, por causa de su valor y de su benignidad. Eligió á su hijo mayor para sucederle, dejando á sus otros hijos heredamientos; la ascension del hijo mayor á la corona no era todavía un derecho independiente de la *voluntad* paterna.

En el reinado de Luis VIII hallamos el establecimiento de la primera orden de los monges mendicantes. Hubo tambien multitud de leprosos. *Prohibióse á las mugeres enamoradas, rameras y livianas, el llevar vestidos con cuellos vueltos, colas y ceñidores dorados.*

LUIS IX.

Desde 1226 hasta 1270.

Un hombre es siempre el que representa cada época histórica. San Luis es el hombre modelo de la edad media, y en su persona vemos un legislador, un héroe y un santo. El tiempo mismo en que disfrutó de la vida, sube de punto su gloria por el contraste de la simplicidad y sencillez propias de la época. Ya combata Luis en el puente de Taillebourg ó en la Massoure; ya dé cuenta de un libro en una biblioteca á los que van á preguntarle; ya dé audiencias públicas, ó falle los altercados en los pleitos de la Puerta, ó bajo el haya de Vincennes, *sin ugieres ó guardias*; ya resista á las empresas de los papas; ya le elijan por árbitro los príncipes estrangeros; ya moré en las ruinas de Cartago, no sabemos como debemos admirarle mas, si como caballero, si como clérigo, si como patriarca, si como rey, si como hombre. Marco Aurelio ostentó el poder unido á la filosofía, y Luis IX el poder unido á la santidad: el cristiano lleva ventaja al pagano.

Los amores y las canciones de Thibaut, conde de Champaña, han impreso un sello romántico al tiempo tempestuoso de la tutela de San Luis.

San Luis resistió á las usurpaciones de la córte de Roma, y se declaró en favor de las libertades de la iglesia galicana: todas las libertades tienen su hermandad.

Las *Instituciones de San Luis* son una especie de código, en el que se hallan mezcladas con el derecho romano las diversas costumbres de la monarquía, las ordenanzas de los reyes, los cánones de los concilios, y las decisiones de las decretales.

Luis habia aventajado á su siglo: sus *Instituciones* no fueron admitidas; si las hubiera publicado al principio de su reinado, tal vez pudiera haberles comunicado alguna parte de la autoridad de su vida; pero las *Instituciones* fueron el último presente, y como la postera despedida que hacia un santo en la tierra. La ignorancia, los intereses y las pasiones que nada pudieron maquinar contra la memoria de este grande hombre, tuvieron mucho poder contra sus leyes.

Embarcóse en 4.º de julio de 1270 en Aguas Muertas, ciudad á la que concedió un privilegio que tenemos todavia. El tiempo que todo lo muda, ha retirado el mar que bañaba la ciudad de donde San Luis partió para siempre de Francia. Las murallas que levantó, y que debieran ser cosa sagrada, están á punto de ser destruidas por las nuevas generaciones, que se retirarán á su vez como las olas.

He visto el lugar en que murió San Luis: los historiadores futuros hallarán tal vez en la relacion que he hecho de su muerte (1), algunos pormenores que ignoraron mis abuelos, y cuyo conocimiento no lo he debido mas que á las vicisitudes de mi vida. *Vita est in fuga.*

Algunas monedas que nos quedan de San Luis están agugereadas; creian que curaban todos los males, y las llevaban colgadas al cuello como reliquias: imaginaban que este rey habia conservado el poder de consolar á sus pueblos hasta despues de su muerte.

FELIPE III.

Desde 1270 hasta 1285.

Hállase colocado Felipe el Osado entre San Luis, su padre, y Felipe el Hermoso, su hijo, asi como lo

(1) *Itinerario de París á Jerusalem.*

había estado Luis entre Felipe Augusto y San Luis: á la manera que el agricultor deja sin cultivo un terreno entre dos cosechas, la divina Providencia brindaba con el reposo á la Francia entre dos grandes reinados. Felipe salió de Tunez, desembarcó en Sicilia, pasó á las Calabrias, y entró en Roma, ciudad de las tumbas, llevando consigo los huesos del rey su padre, del conde de Nevers, su hermano, y de Isabel de Aragon, su esposa. Llegado á Francia, depositó los restos de su familia en San Dionisio, y diez y seis años despues murió en Perpiñan, no lejos del punto donde se habia embarcado su padre para desembarcar en Africa.

Felipe el Osado concedió las primeras gracias de nobleza: lo que fué un ataque á la constitucion aristocrática.

La naturaleza de los acontecimientos que ocurrían fuera de Francia, abría la puerta en el reino á nuevas ideas. El gran cuerpo del feudalismo francés estaba defendido en Alemania por un imperio, cuyo gefe era electivo, lo que producía disturbios, y suscitaba dudas acerca del derecho divino de los reyes; en Inglaterra una monarquía representativa tenia parlamentos que votaban los subsidios, y llegaban hasta juzgar al soberano; en España las córtes y las leyes del estado no concedian los tronos sino con restricciones; y en Italia, donde continuaban las guerras de los güelfos y gibelinos, se habian eximido de cargas la mayor parte de las ciudades. Carlos de Anjou, que no murió hasta el reinado de Felipe el Osado, rey de Francia, ceñase la corona de Sicilia en virtud de la donacion de un papa que no tenia derecho para hacerlo; el primero en Europa, que mandó decapitar á un príncipe soberano injustamente condenado. Dispuesto á presentar su cabeza al acero, Conrado echó su guante sobre la muchedumbre: ¿y quién le alzó? Luis XVI, descendiente de San Luis, de quien era hermano. Carlos de Anjou.

FELIPE IV.

Desde 1285 hasta 1344.

La monarquía de los tres estados y la del parlamento tiene principio en el reinado de Felipe el Hermoso.

Dominando los soberanos de las dos primeras razas, todo el pueblo (á saber, los soldados y los conquistadores) comparecían en las asambleas de los meses de marzo y mayo, y votaban en la formación de las leyes y elección de soberanos. No debemos confundir el *tercer estado*, llamado por Felipe, y antes de él por San Luis, con aquellas masas militares. El tercer estado se componía de los *ciudadanos*, nacidos en las ciudades de la edad media, de las gentes de oficios inmundos, y de los antiguos magistrados municipales romanos. Estos ciudadanos fueron los que se sublevaron en el siglo XII, los que se hicieron *propietarios colectivos*, y por consiguiente *señores*; obtuvieron de Luis el Gordo algunos privilegios, y tomaron el nombre de *comunes*, nombre *nuevo y execrable*, dice un autor contemporáneo. Estos ciudadanos fueron los que, llegando á los *estados*, comenzaron, el *pueblo francés* en las ciudades, despues que desapareció la *poblacion franca*, y la metamorfosis de la *esclavitud en servidumbre*.

He dicho ya que antes del reinado de Felipe el Hermoso no se encuentran *asambleas de notables* de los ciudadanos de las ciudades, convidados por nuestros reyes, sino cuando los altercados de Felipe IV con el papa Bonifacio, y sobre todo con ocasion de una cuota general de seis dineros sobre los géneros vendidos. «Enguerrando de Marigny, superintendente de hacienda, y ministro mas celebre aun por sus desgracias

que por su gran talento en la administración de los negocios, á fin de evitar tales tumultos, imaginó obtener esto del pueblo con mas suavidad. Con esta mira indujo al monarca á convocar en París los estados generales del reino. Mandó construir un tablado; allí, en presencia del rey, el superintendente; despues de ensalzar en extremo la capital, llamándola la cámara real, donde antiguamente tomaban los soberanos sus primeros alimentos, espuso con mucha fuerza los motivos que asistian á aquel principe para ir á castigar la desobediencia de los flamencos, exhortando vivamente á los tres estados á socorrerle en aquella necesidad pública, que era del interés general (*Pasquier.*)»

En el momento en que tomaron asiento los tres estados, el parlamento de París, que debia heredar el poder político de aquellos estados, se hizo sedentario; el mismo rey que constituyó aquellos dos poderes, estableció al propio tiempo una nueva especie de pares: tres golpes mortales que recibió la feudal monarquía.

Los tres estados, llamados despues *estados generales*, que produjeron frecuentemente talentos distinguidos, y un alto instituto político, no tomaron con todo mucha parte en las costumbres del pais. Al principio no eran una monarquía homogénea: habia allí estados de la lengua de Oe y de la lengua de Oyle, y algunos estados particulares de provincias. Los vasallos poderosos y los reducidos señoríos independientes, no se sometieron sino segun su gusto á las decisiones de los estados.

En cuanto á las tres órdenes, la nobleza minada gradualmente por la corona, no conoció ni apreció nunca el otro poder colectivo que le daban en aquellas asambleas mezcladas del tercer estado y del clero, en resarcimiento de su poder aristocrático; mostróse

allí muy independiente en cuanto á las opiniones, pero no pensó, al entrar en los intereses comunes de la patria, en volver á tomar la autoridad sobre la corona que habia perdido: esta idea en abstracto político no podia llegar por otra parte á los hidalgos de la edad media.

El clero, que tenia seis sínodos particulares y generales, se cuidaba poco de aquellas reuniones mistas, donde su voz no contaba sino una tercera parte de votos. Sus intereses, defendidos en los concilios, no le incitaban á hacer importante papel en los estados: dejaba ver en ellos un enfado, una oposicion facciosa, y conocimientos en la administracion, que eran suyos entonces esclusivamente.

El tercer estado dejaba oír algunas quejas, pero tan solo se ocupaba en permanecer adicto al trono, que era su abrigo natural contra las otras dos órdenes; inclinábale aun la natural propension que tiene la democracia al poder absoluto.

Las guerras civiles y estrangeñas, las invasiones, la sublevacion de los pueblos, la desconfianza de los reyes, las resistencias de los señores, y la confusion que reinaba en las atribuciones políticas, opusieron algunos obstáculos á la permanencia regular de los estados. Hay tiempos en que estos estados, enredados con las asambleas de los diputados, con las cámaras del parlamento de París, y con el consejo del monarca, apenas pueden distinguirse de los poderes á que se habian reunido.

Digamos dos palabras acerca del parlamento.

Cuando el rey cesó de juzgar, juzgó su consejo por él: este consejo, con el nombre de parlamento, *parlamentum* (por el año 1000), sucedió á los *placita* de Gregorio de Tours y de Fredegero, y al *mallum* (1)

(1) De esta palabra *mallum* derivó la otra voz *mail*, lugar plantado de árboles.

imperatoris de los capitulares. El parlamento, ambulante al principio con el monarca, hizose en seguida sedentario; tuvo sesiones fijas, y permaneció perenne: componíale algunos consejeros *juzadores*, sacados de la nobleza y de la iglesia, y algunos consejeros *relatores*, elegidos entre los clérigos y los ciudadanos. La nobleza militar se retiró paulatinamente del parlamento; quedó sola la nobleza de la toga, de la que resultó que los jueces inamovibles (los nobles) dejaron el depósito de la justicia á los jueces amovibles (los ciudadanos). Al crear Carlos VII el consejo de estado, acabó de separar el parlamento de la corona, y trató de reducirle á las puras funciones judiciarias. Luis XI espidió en 1467 un edicto para perpetuar los oficios de la judicatura; á la verdad no observó su edicto, por que no era fiel sino á su despotismo. La venalidad de los cargos, tan enojosa en su principio, acarreó otra vez la inamovilidad, y en fin estableció la herencia de la magistratura.

Cuando el rey, gran justiciero de su reino, moria, cesaba la justicia (1), porque la justicia procedía del rey. El parlamento asistía á las exequias del príncipe, y rodeaba el féretro; cuando resonaba el grito de *la perpetuidad del imperio: ¡El rey ha muerto! ¡viva el rey!* se volvian á abrir los tribunales, y renacia la justicia con la monarquía.

Erigiéronse sucesivamente otros parlamentos, á ejemplo del parlamento de París, en diversas provincias. Aquel usurpó varios derechos políticos que no ejercian los tres estados en los largos é irregulares intervalos de sus sesiones; los pueblos se acostumbraron á mirarle como el defensor de sus derechos. «Con el uso de registrar el impuesto adquirió, segun la enérgica espresion de Pasquier, el derecho de verificar

(1) Veremos despues el origen de la justicia entre los francos.

las voluntades de nuestros príncipes.» La monarquía parlamentaria sobrevivió á la de los estados, fué independiente en tiempo de la Fronda, perdió su independencia en el gobierno absoluto de Luis XIV, abolióse en tiempo de Luis XV, restableció en tiempo de Luis XVI, y sirvió para convocar los estados generales de 1789.

En la justicia civil, el parlamento de París juzgaba segun las costumbres de los países que dependían de su tribunal; en la justicia criminal empleaba el derecho real (los estatutos) junto con el derecho romano, y el derecho canónico cuando la religion era la causa del delito ó crimen. Los personajes parecidos á los mas graves é ilustres que presenta la historia, fueron los Flotte, los L'Hopital, los de Thou, los Harlay, los Nicolai, los Lamoignon, los d'Aguesseau, los Brisson, los Molé y los Segnier; que con las gentes dependientes de la iglesia, los clérigos, los letrados, los sábios, los artistas, y unos cien militares de tierra y de mar, forman los grandes hombres de la clase plebeya de la antigua monarquía. Muchos magistrados eran asimismo de familias nobles; algunos parlamentos eran nobles, y la alta magistratura tomó el nombre de nobleza de la toga.

Una multitud de reyes habian desaparecido á un tiempo cuando subió al trono Felipe: principió su reinado en medio de las generaciones renovadas. Son célebres sus cuestiones con Bonifacio VIII: tratabase primero de algunas exacciones de dinero hechas ó por hacer al clero. Airóse Bonifacio, y Felipe replicó que no se someteria nunca al papa en los asuntos de intereses temporal.

El obispo de Pamiers, legado de Bonifacio, insultó al rey en plena audiencia; el rey le echó de su consejo y le hizo acusar del crimen de alta traicion: una bula de Bonifacio ordenó entregar el obispo al tribunal

eclesiástico. Otra bula declaró que el rey de Francia debía someterse al papa, así en lo temporal como en lo espiritual. El guarda-sellos, Pedro Flotte, dirigió al papa de parte del rey una carta que principiaba así: «Felipe, por la gracia de Dios, rey de los franceses, á Bonifacio, papa intruso, poca ó ninguna salud. Sepa vuestra grandísima fatuidad que nosotros no nos sometemos á nadie en lo temporal, etc.»

Siguióse á esto una bula que describía las principales faltas de Felipe: «Llena de impuestos á sus vasallos; altera el valor de las monedas; percibe las rentas de los beneficios vacantes: en vano achacará semejantes faltas á los malos ministros, pues debía mudarlos según las amonestaciones de la santa sede.» Si estos cargos eran fuera de sazón, también eran justos, y sus violencias útiles. La autoridad del papa era la única entonces que tenía derecho de hablar, y reemplazaba la opinión pública de las naciones: las réplicas que los reyes se veían obligados á hacer, revelaban los abusos de la corte de Roma: por medio de las pasiones de la corona y de la tiara, obtenían los pueblos una parte de las luces que son hoy día el resultado de la libertad de la imprenta.

Las tres órdenes escribieron á Roma, el clero en latín, la nobleza, y verosimilmente el tercer estado, en francés. La carta del clero era respetuosa, pero firme; la de la nobleza, violenta, y la del tercer estado, que no existe ya, tan vigorosa sin duda como la de la nobleza, si juzgamos por la respuesta de los cardenales. El papa trató á la iglesia galicana de hija loca, y se lamentaba de que la nobleza y los comunes no se habían dignado concederle el título de soberano pontífice.

Después que se celebró un consistorio, después de la asamblea de un concilio en Roma, y promulgación de las nuevas bulas, Guillermo de Nogaret, que era caballero del rey, declaró en una reunión pública de pre-

lados y de barones (4303), que Bonifacio no era verdadero papa; que segun las mismas frases del Evangelio, era un ladron ó bandido; que era ya época oportuna de cortar los pasos á un hombre tan miserable, ponerlo en un calabozo, y reunir un concilio para juzgarle, lo cual si se efectuaba, tendrian los cardenales un verdadero papa. Bonifacio lanzó una bula de excomunion contra Felipe, y puso el reino en entredicho; pero se equivocaba en el conocimiento de épocas, y el siglo de Gregorio VII estaba lejos.

Los dos nuncios encargados de llevar al rey la sentencia papal, fueron encerrados en una prision; tomaronles las bulas; confiscaron la temporalidad de los eclesiásticos franceses que habian ido á Roma, y convocaronse en el Louvre las órdenes del reino, á fin de acordar el medio de vengarse del pontifice. Intentó en esta reunion levantar un proceso contra Bonifacio Guillermo Plasian; los principales articulos decian: «Que el papa negaba la inmortalidad del alma; que dudaba de la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía; que estaba manchado con el pecado infame, y que llamaba á los franceses *Patarinos*.» Apoyándose el rey en las conclusiones de Nogaret y Plasian, remitió las bulas de Bonifacio al examen de los concilios futuros y de los papas futuros: los tres estados adhirieron á su declaracion.

Nogaret estaba á la sazón en Italia, y se encargó de manifestar al papa la resolucion de la asamblea general de Francia. El violento pontifice retirado á Agnania, su ciudad natal, preparaba nuevos rayos. Nogaret habia recibido órden de aprisionarle y de conducirle á Leon, donde le privarian de las llaves en un concilio general: tambien los reyes deponian á los papas.

Nogaret se puso de acuerdo con Colonne, poderosa familia romana, perseguida por Bonifacio, y la em-

presa se llevó á cabo con secreto, y tuvo buen éxito. Nogaret y Colonne, con ayuda de algunos señores ganados, y de algunos aventureros alistados, se introdujeron en Agnania el 7 de setiembre de 1303, al despuntar el día. El pueblo se juntó con los acometedores, y forzó el palacio del papa: rompieron las puertas de su estancia, entraron y vieron al pontífice sentado en el trono llevando en sus hombros la capa de San Pedro, en su cabeza una tiara adornada de dos coronas, símbolo de dos potencias, y empuñando la cruz y las llaves.

Admirado Nogaret se acercó con respeto á Bonifacio, cumplió su comision, y le invitó á convocar en Leon el concilio general. «Me consolaré, respondió Bonifacio, con haber sido condenado por los *Patarinos*.» El abuelo de Nogaret era *Patarino*, es decir, albigense, y habia sido quemado vivo por herege. «¿Quieres deponer la tiara?» exclamó Colonne. «Primero morir, repuso Bonifacio; si muero, moriré en la silla donde Dios me ha sentado.» Pio VI, prisionero, medio moribundo, y despojado de las señales de su poder, habia llegado á Valencia; el pueblo rodeando la casa donde le habian depositado, le llamaba á grandes voces; el vicario de Jesucristo se asomó á una ventana, y mostrándose á la muchedumbre, dijo: ¡*Ecce homo!* Esta era una grandeza de muy diversa especie, y un modo de morir muy diverso.

Bonifacio, despues de dar su alta respuesta á Colonne, prorumpió en baldones contra Felipe. Colonne dió un bofetón al papa, y le hubiera metido la espada en el pecho sino le detuviera Nogaret. «Vil papa, exclamó Colonne, mira la bondad de monseñor el rey de Francia, que por medio de mi persona te guarda y te defiende de tus enemigos.» Bonifacio rehusó tomar alimento por miedo al veneno, y una pobre muger le alimentó durante tres dias con un poco de pan y cua-

tro huevos. El pueblo, por una de sus inconstancias acostumbradas, libertó al soberano pontifice, quien partió para Roma, donde murió de fiebre frenética (11 de octubre de 1303). Dicen algunos autores que se rompió la cabeza contra las paredes después de haberse devorado los dedos.

Volvieron á principiar las turbulencias de Flandes, conquistada apenas por Felipe el Hermoso: hubo grandes mortandades, particularmente en Brujas. Para reconocer á los franceses, á quienes querian degollar, les obligaban á repetir estas palabras en bajo alemán: *Scilt ende wriendt, escudo y amigo*; la palabra *civeri* habia servido tambien de orden de muerte en las visperas sicilianas. Hay palabras con que los galos y los franceses han denunciado aun mejor sus dos estirpes; para ahorrarse el trabajo de aprender las lenguas estrangeras, enseñaron la suya con las armas en la mano á toda la tierra; es probable que Breno no pronunció en latin en el Capitolio el *ve victis*.

A la mortandad de Brujas se siguió la batalla de Courtray: una porcion de labradores y ciudadanos, mandados por el tejedor Pedro le Roy, que se hizo armar caballero en el campo, vencieron señaladamente á los mayores capitanes y á la mas alta nobleza de Francia. Quedó probado que el valor no estaba exclusivamente de parte de la caballeria; una luz mas descubierta por los pueblos. La *buena gente* de Flandes (1303) quitó cuatro mil pares de espuelas doradas á cuatro mil *caballeros*.

Esta victoria ocasionó una singular aventura. Algunos flamencos disfrazados de mendigos pasaron plaza de señores franceses que habian escapado de la jornada de Courtray, y habian jurado vivir siete años con el vestido de pobres sin revelar su nacimiento. Las viudas pretendieron reconocerles, y los admitieron al goce de sus derechos.

Felipe tomó satisfaccion de tales agravios en la batalla de Mons, en Puele: la consagracion de la grosera estátua que se veia aun antes de la revolucion en la catedral de París atestiguaba el triunfo.

El descubrimiento de la brújula se hizo en el reinado de Felipe el Hermoso, y coincide con el de la pólvora: invenciones que han cambiado, la una el globo, y la otra la sociedad material, esperando el descubrimiento de la imprenta, que debia trasformar el mundo de la inteligencia. No es cosa probada que Juan Gira, ó Goya, ó Flavio Givia de Amalfi, sea el inventor de la brújula: Marco-Paulo podia haberla traído de la China por el año 1260; y un poeta antiguo, Francisco Guyot de Provins, describió exactamente la brújula con el nombre de *pie dra marinera*, hácia el fin del siglo XII, cincuenta años y mas antes del viage del veneciano á la China. La flor de lis, que en todos los pueblos señala el Norte en la rosa náutica, parece asegurar á la Francia la invencion ó la perfeccion de la brújula: esta flor ha indicado asimismo otras muchas glorias antes de la época en que solo ha señalado desgracias.

El movimiento general de los espíritus que hace del siglo XIV un siglo para siempre memorable, suscitó en 1308 la insurreccion de las comarcas de Schweitz, de Uri y de Undervalden; la libertad se disputó en medio de los lagos y de las rocas de los Alpes; mientras que los comunes de Flandes preparaban en sus llanuras las repúblicas industriales de Artavelle, la república agrícola y guerrera de Guillermo Tell se formaba en las montañas suizas.

Reunióse á la corona Leon en 1310: en el mismo año conquistaron la isla de Rodas los caballeros de San Juan de Jerusalem.

El concilio de Viena en 1311 terminó la cuestion entre la corona de Francia y la tiara, porque Felipe

habia perseguido hasta la memoria de Bonifacio. El mismo concilio trató tambien de la abolicion de la órden de los templarios, la cual llenó el fin del reinado de Felipe.

Nueve hidalgos franceses establecieron en 1118 la órden de los templarios de Jerusalem. Esta órden adquirió inmensas riquezas, y se hizo sospechosa á los pueblos y á los reyes. Acusaban á los templarios de que se entregaban entre ellos á infames voluptuosidades; de que renegaban de Cristo; de que escupian al Crucifijo; de que adoraban un idolo de largas barbas y bigotes, ojos de carbunco y cubierto de piel humana; de que mataban á los niños que nacia de un templario; de que los mandaban asar; de que frotaban con su sebo las barbas y los bigotes del idolo; de que quemaban los cuerpos de templarios muertos, y bebian sus cenizas mezcladas en un filtro. Siempre se pueden adivinar los siglos en el género de las calumnias históricas; brutales y absurdas en los tiempos groseros, y crédulas, sùtiles y casi verosímiles en los tiempos de civilizacion y de dudas.

La abolicion de la órden de los templarios no fué con todo un mero negocio de interés. Parece haberse probado bastante que los caballeros pertenecian á la secta de los maniqueos, y que Felipe se manifestó mas celoso de su autoridad que ávido de sus tesoros. Sea lo que fuere, la humanidad y la justicia se violaron igualmente en aquel proceso: la naturaleza de las acusaciones se calculó tan bien para herir el espíritu de la muchedumbre, que la opinion vulgar trasformó en mónstruos á aquellos monges caballeros, que no eran en verdad culpables sino de pasiones y de errores. En el principio del siglo XIX, ha vengado su memoria un sabio y un poeta (Mr. Raynouard). Preciso es descender casi hasta nuestros dias, para encontrar en la abolicion de la de los jesuitas (admitida la diferencia de

las épocas), el aparato y el estruendo que movió en el mundo católico la abolición de la orden.

El ministro de Felipe el Hermoso, Enguerrando de Marigny, fué víctima en el reinado siguiente, de aquella misma iniquidad de los hombres que él había suscitado contra los templarios; espíó con una injusta muerte el suplicio también injusto de Jacobo de Molay: Dios paciente y vengador suspende algunas veces su brazo, pero no vuelve nunca los ojos.

Si damos crédito á una antigua crónica, los caballeros del Temple citaron en la hoguera á Felipe el Hermoso y á Clemente V, para que compareciesen en el año y día en el tribunal supremo, y el príncipe y el pontífice se presentaron en el término legal en la sala jurídica de la eternidad. Fernando IV, rey de Castilla, llamado así mismo á la audiencia de Dios por dos hidalgos á quienes había hecho morir, espiró cabalmente en el término del emplazamiento, por lo cual le quedó el terrible sobrenombre de *Fernando el Emplazado*. Tales cuentos no carecen de dignidad moral; la historia se complace con las cosas graves y trágicas: no debemos pasar por alto los hechos que pintan las creencias, las costumbres, la disposición de los espíritus, y que dan saludables lecciones. En todos casos será siempre verdadero que el cielo oye la voz de la inocencia y de la desgracia, y que el opresor y el oprimido aparecerán pronto ó tarde á los pies del mismo juez.

Abrió Felipe el Hermoso el siglo mas fecundo en trasformaciones sociales, y este mismo monarca puede considerarse como una novedad; conoció perfectamente la razon de estado, y dió principio á la conversion del vasallo en súbdito. Si contemplado todo por una parte, la libertad religiosa, política y civil avanzó considerablemente en su reinado por el choque del poder espiritual y temporal, por la convocacion de los

tres estados, y por el establecimiento del parlamento sedentario; por otra parte, Felipe engendró el espíritu de la monarquía absoluta, y mostró en el porvenir tales reyes, que la Francia no debía soportar mucho tiempo.

LUIS X.

Desde 1314 hasta 1316.

Tres hijos dejó Felipe el Hermoso: Luis X, que se llamó el Pendenciero; Felipe V, conocido por el Largo, y Carlos IV, el Hermoso. Los tres acabaron pronto sus días, y fueron igualmente deshonorados por sus esposas. La sucesión de tres hermanos se presenta dos veces mas en nuestra historia, y siempre en mala ocasión: Francisco II, Carlos IX y Enrique III; Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. Margarita, reina de Navarra, esposa de Luis el Pendenciero, y Blanca, hija segunda de Othon IV, conde palatino de Borgoña, esposa de Carlos el Hermoso, fueron encerradas en el castillo Gaillard, construido por Ricardo Corazon de Leon, y en el que contaban que habia llovido sangre: cortaron y arrasaron sus cabellos, castigo de adulterio: ahogaron á Margarita con la sábana de su féretro; Blanca repudiada, tomó el velo en la abadía de Maubuisson. Juana condesa de Borgoña, hermana mayor de Blanca, y muger de Felipe el Largo, aprisionada al pronto en el castillo de Doardan, y libre despues por orden del parlamento, volvió á entrar en el lecho de Felipe. Los seductores de Margarita y de Blanca eran dos hermanos gibosos, Felipe y Gauquier de Aulnay: los desollaron vivos, los arrastraron por la pradera de Maubuisson recién segada, los mutilaron y colgaron en un patíbulo por bajo de los brazos.

Qui il furent vif escorchiez,
 Puis tu lor nature copée
 Aux chiens et aux bestes jetée.

Con todo no creyeron haber comprado sobrado caro su suplicio.

Persiguieron entonces á Enguerrando de Marigny por sus antiguas exacciones en el reinado de Felipe el Hermoso. El abogado que litigó contra él *alegó los ejemplos de las serpientes que echaban á perder la tierra de Poitou en tiempo de monseñor San Hilario, y aplicó y comparó las serpientes á Enguerrando y á sus parientes y allegados*. Ni aun permitieron hablar al acusado: *no le dieron de modo alguno audiencia para defenderse*. El conde de Valois perseguía á Marigny por causa de algunas palabras altaneras que habia proferido en tiempo de su prosperidad. Con todo, no pudieron salir en condenar á este hombre ilustre, sino produciendo la acusacion de hechicería, último recurso de la justicia y de la delacion en aquellos tiempos, como empleaban la acusacion de traicion en la república romana, y de lesa magestad en el imperio romano: todas las conciencias se cerraban y callaban al mentar la hechicería, y el inocente se volvía culpable. El rey declaró que *quitaba su mano* de Marigny: Carlos I quitó su mano de Strafford. El parlamento no juzgó á Marigny, quien fué colgado (30 de abril, 1345) en la horca de Montfaucon antes del alba, por orden de una comision de barones y de caballeros convocada en el bosque de Vincennes; esta es la primera comision congregada en aquel bosque; sabido es cual fué la última. «Montfaucon ha sido tan azaroso, dice Pasquier (en el capitulo titulado: *Mas desgraciado que el árbol de que hacen la horca*, lib. VIII, cap. XL., pagina 742), para los que se mezclan en sus cosas, que el primero que hizo construir el patibulo (que fué En-

guerrando de Marigny), fué colgado en él; y despues, habiendo sido reedificado por orden de un tal Pedro Remy (tesorero general en tiempo de Carlos el Hermoso), fué tambien colgado en él (en tiempo de Felipe de Valois); y en nuestros dias, el señor Juan Moulmier, teniente corregidor de París, que puso mano en él, sino fué colgado como los otros dos, al menos fué condenado á pagar una multa considerable.»

Aqui retrocedió la civilizacion; la justicia volvió atras, y se encuentra mas atrasada que en las *Instituciones de San Luis*, y en los *reglamentos de Felipe el Hermoso*: mas la ejecucion nocturna y la cuerda para el hidalgo, no fueron como se ha creído tal vez, infracciones de la ley que regia. *Las instituciones de San Luis* estipulaban que fuese colgado el hidalgo que deshonzase á una hija de familia: en este caso eran iguales en el castigo el noble y el plebeyo, pues suponian que el crimen hacia degenerar la condicion. Despues han pretendido los hidalgos que habia crímenes de estirpe, como habia una nobleza de estraccion, y han reclamado el privilegio del cadalso.

Los pesares del rey y del pueblo vengaron á Marigny. En aquel tiempo la imaginacion de los hombres, mas sensible porque era mas crédula en todas las cosas, espiaba las faltas de las pasiones: si sobrevenia una calamidad general despues de una injusticia individual, la tomaban por un castigo del cielo. Sentaban y establecian como máxima, que Dios juzgaba como último medio, y enviaba el castigo tras la pena: grave sistema, que enlazaba por medio de la moral los destinos de todo un pueblo con la iniquidad cumplida por un solo hombre; sistema sin peligro, que no debilitaba el poder ordenándole el arrepentimiento, porque el mandato procedia del eterno poder.

Pero si la civilizacion volvió atras en el orden civil, como lo vemos en el suplicio de Enguerrando,

avanzó en el orden político. Luis el Pendenciero publicó en 3 de julio de 1305 unas *cédulas*, que merecen referirse en honor de los reyes *libres* y pueblo *libre*.

«Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, etc. Según el derecho natural, cada uno debe nacer *libre*; y por algunos usos y costumbres que de remota antigüedad han sido introducidos y conservados hasta aquí en nuestro reino, y *por un mal proceder de sus predecesores* ha sucedido que muchos de nuestros vasallos *han quedado esclavos*, y de diversas condiciones, lo cual desagradanos en extremo. Nos, considerando que nuestro reino es llamado *el reino de los francos*, y queriendo que las cosas concuerden con el nombre, y que *se enmiende con la llegada de nuestro nuevo gobierno la condicion de las gentes*: por deliberacion de nuestro consejo *hemos ordenado y ordenamos*, que generalmente en todo nuestro reino, y en cuanto puede pertenecer á nos y á nuestros sucesores, *queden abolidas semejantes servidumbres*, y que á todos aquellos que por *nacimiento, antigüedad ó matrimonio, ó residencia de servil condicion*, son ó pueden ser siervos, *se les dé franquicia, ó buenas y convenientes condiciones.*»

El espíritu filosófico de esta ley, sus consideraciones generales *sobre la libertad, que es un derecho natural*, contrastan con la infancia del dialecto: las ideas son mas antiguas que los idiomas.

Han imaginado algunos historiadores que aquellas *cédulas* no fueron sino un medio imaginado de economía política, con el objeto de obtener por el rescate de la esclavitud un metálico de que necesitaban en gran manera. Aunque esta observacion de tales historiadores fuese verdadera, diria yo: poco importa el modo como llega la libertad á los hombres, con tal que llegue; todas las interpretaciones posibles no destruyen el hecho que indica una importante revolucion principiada

en el estado social. Mas la observacion resulta ser falsa: el rey, manumitiendo á sus siervos, disminuia sus rentas, porque los siervos estaban sometidos á ciertos contingentes; era, pues, equitativo que la corona, concediéndoles la libertad, no lo hiciese á espensas de sus fuerzas: «Os encargamos y mandamos (colectores, sargentos, etc.) que trateis y acordeis con ellos (los siervos) ciertas composiciones, por medio de las cuales se nos dé suficiente *recompensacion* de las emolumentos que de las *mencionadas servidumbres* puedan tocarnos á nosotros y á nuestros sucesores.»

Si las ideas eran mas antiguas que el idioma, hallamos tambien que el rey se adelantaba al pueblo: muy pocos siervos consintieron en redimirse: vemos otras cédulas por las cuales declara Luis X que *muchos no han conocido la grandeza del beneficio que se les habia concedido*, y ordena que los obliguen á pagar considerables sumas; es decir, que los obliguen á hacerse libres. Toda revolución que no está realizada en las costumbres y en las ideas se malogra: la degradacion que acarrea la dependencia, es para el hombre acostumbrado á obedecer una especie de temperamento, una naturaleza que cumple sus leyes en el último orden de la inteligencia; así, pues, hay en las leyes realizadas cierta facilidad. Libre de los desasosiegos del ánimo y de los cuidados de lo futuro, el esclavo se acostumbra á su ignominia; sin lazos sociales en la tierra, la servidumbre llega á ser su independencia; y si le emancipais de repente, atemorizado de su libertad, torna á pedir sus cadenas. El genio del hombre es como el águila que alimentan en casa, que cuando la quieren sacar á campo abierto, rehusa volar, y no sabe usar ni de sus garras ni de sus alas.

Luis volvió á llamar á los judíos echados por Felipe el Hermoso (en 28 de julio de 1315). Prohibiéndoles prestar dinero, quedándose por prenda *vasos ú orna-*

mentos de iglesia, vestidos ensangrentados ó mojados (1); ordenábaseles llevar el signo en el lugar en que tenían de costumbre, y debía ser ancho y de color blanco caído, semejante lo mas á la plata, y el vestido de diverso color, para que resalte mas (2). Los judíos eran gente de servidumbre perpetua; si sus hijos tenían una nodriza cristiana, los clérigos podían escomunicarla: *Sed benevolunt quod nutrices judeorum excommunicentur*, dice una institución de Felipe Augusto. Un comentador cree que se puede leer *meretrices* por *nutrices* (3) (prostitutas en vez de nodrizas). ¡Qué querían decir tantos desprecios á aquel pueblo que en todos tiempos vivía aparte; desterrado en medio de todos los demas pueblos; no cambiando nunca de suerte; sin haber pasado, como los linages renovados, ni por la barbarie, ni por la civilización; hallándose siempre en el mismo grado de sociabilidad; nunca conquistado, porque lo fué una vez para siempre; nunca libre, porque todas las naciones le miraban como un esclavo poseído de derecho, y como si llevase un origen misterioso, fatal, incontestable, de servidumbre! ¿Acaso era Dios quien había puesto en el pecho de los judíos, en la edad media, el signo de su mano? Estábales prohibido prestar dinero, quedándose con prendas ensangrentadas ó vestidos mojados; luego se sospechaba que pudiesen aprovecharse de los despojos del hombre asesinado ú ahogado. ¿No parecían perseguidos por la memoria de aquel ropage sorteado y vendido por el

(1) Este artículo se encuentra en una carta latina de Felipe Augusto. (Febrero 1248).

(2) Esta señal era una rueda amarilla, ó medio blanca y colorada, que debía llevar el judío, en virtud del capítulo 68 del concilio de Letran del año 1215: *Ut omni tempore in medio pectoris rotam portent*, añade un estatuto de la iglesia de Rodas.

(3) Brussel, *trac. de usu feud.*, tom. I, pág. 583.

precio de treinta dineros? En fin, sus hijos no se juzgaban dignos de ser alimentados con legitima leche: la nodriza cristiana que tomaba en su seno al hijo de un judío, caía en la eterna reprobacion que heria á la inocente criatura que la piedad habia puesto en sus brazos.

Luis X acabó sus dias, despues de haber reinado diez y nueve meses, contando veinte y cuatro ó veinte y seis años de edad. Habia proseguido la guerra infortunada de Flandes. Este jóven principe no careció de buenas cualidades, y confirmó útiles ordenanzas en favor de los agricultores. *Nadie podrá apoderarse de sus bienes, bajo la pena de pagar el cuádruplo, y de infamia.* Tambien anhelaba prohibir á los señores el derecho de labrar moneda, pero no lo pudo alcanzar: la dignidad real no habia destrona o aun á la aristocracia. Luis X amó las ciencias, las letras y las artes, y se dejó aconsejar por el *clero secular*.

FELIPE V.

Desde 1316 hasta 1322.

Luis X habia tenido de su primera muger adúltera una hija que se llamó Juana, la cual, heredando el reino de Navarra, hizo que recayese en la casa de Evreux, con cuyo gefe se habia desposado. La muger segunda de Luis, Clemencia de Hungría, estaba embarazada cuando murió él, y de consiguiente hubo un interregno, durante el cual Felipe, hermano segundo de Luis, tuvo la regencia. Los doce pares decidieron que si la criatura que habia de nacer era hembra, la corona pasase á Felipe: esta fué la primera vez que se habló en nuestra historia de la ley sálica, y de la aplicacion de esta ley. Clemencia dió á luz un hijo,

Juan I, que no vivió mas que cinco dias (1) (año 1316); muchos historiadores le han colocado en el catálogo de los reyes, á pesar de ser su vida tan fugaz; no volveremos á encontrar sino en los privilegios antiguos las fechas cercanas de su nacimiento y de su muerte ¡Ojalá otro huérfano real hubiese ocultado tambien su corta existencia en el polvoroso tesoro de nuestros privilegios! y ¡ojalá no hubiese sentido nunca el peso de la corona, aunque nunca la ciñó!

Felipe V, llamado el Largo, fué proclamado rey; hubo oposicion: varios príncipes, y entre otros el hermano del rey, que fué despues Cárlos el Hermoso, querían que se examinasen los derechos que pudiera tener á las coronas de Francia y de Navarra Juana, hija de Luis X. La consagracion se hizo á puerta cerrada. Una asamblea de obispos, de señores y de vecinos de París declaró que en el reino de Francia la muger no sucede (2); y esto contra la máxima del derecho feudal, por el cual casi todos los grandes feudos pasaban de la lanza á la rueca. Un tratado concluido en 1316 entre Felipe V, regente á la sazón, y el duque de Borgoña, habia estipulado que si la viuda de Luis X daba á luz una hija, esta princesa y Juana su hermana, del primer matrimonio, ó la una de las dos, en caso que la otra muriese, tendrían el reino de Navarra con los condados de Champaña y de Brie, y *que darian ellas finiquito del resto del reino de Francia* (3). Cualquiera creerá ver á unos oscuros herederos repartiéndose familiarmente una posicion. Aquellas antiguas

(1) *Spicil.*, tom. III, pág. 72. *Tresor des Chartes*.

(2) *Contin. Chron. Guill. de Nangis; Spicil.*, tom. III, pág. 72.

(3) *Très des Cha. Nav.* layette III, piece VII; Dupuis, *Trate de la maison des rois*; Leibnitz, *in eod. diplom.*, página 70. *Memorias de la Academia de bellas letras*, tomo XVII, pág. 495.

monarquías cristianas eran singulares, así por el derecho, como por las costumbres; las cuales tenían á un tiempo cierta cosa de rústico y de violento, de equitativo y de injusto, como la antigua república romana: dos mugeres *daban finiquito* de aquella patria masculina que, llevando su gloria á todas partes, daba muchas veces al retirarse finiquito de sus conquistas.

Juana se casó con Felipe, hijo primogénito del conde de Evreux, á quien dió en dote el reino de Navarra; y fué madre de Carlos el Malo. Felipe el Hermoso habia casado su hija Isabel con Eduardo II, rey de Inglaterra; la que fué madre de Eduardo III, otro azote de la Francia. El reino de Navarra, reunido por el matrimonio de Felipe el Hermoso con la casa de Francia, se separó de ella en el reinado de sus hijos, para volver á entrar cuatro siglos despues por el enlace de otra princesa llamada Juana, madre de Enrique IV; época en que nuestros monarcas tornaron á tomar este titulo, y no lo dejaron ya sino perdiendo las dos coronas. Digamos, pues, de una vez, que Carlos el Hermoso, erigiendo la baronía de Borbon en ducado y dignidad de par en favor de Luis I, hijo primogénito de Roberto, hijo sexto de San Luis, obligóle á renunciar el nombre de Clermont, y á tomar el de la madre de su esposa, Inés de Borbon: ved aqui el origen de este nombre de Borbon, al cual no ha faltado por espacio de tantos siglos mas que la gloria de la adversidad, que ha obtenido por último magníficamente. Así se dejaron ver casi en la misma época en nuestra historia los Borbones y Navarreses; los cuales, rendidos bajo la misma corona, debian ver caer á su primer rey por las puñaladas del fanático, y al último por el hacha del ateaista.

Felipe V, así como sus predecesores, estaba siempre en querrela con los principes flamencos; y acabó sin embargo, con poner término á una guerra que ha-

bia durado veinte y cinco años, dando su hija Margarita en matrimonio al conde de Nevers, á condici6n de que seria sucesor del condado de Flandes. La Alemania estaba dividida entre los dos pretendientes del imperio, Federico de Austria y Luis de Baviera. La Italia tomaba parte en esta divisi6n con los dos partidos güelfo y gibelino: los Visconti se levantaron en estas turbulencias. El papa public6 contra ellos una cruzada como lo habia hecho otras veces contra los condes de Tolosa.

Volvieron á aparecer en tiempo de Felipe el Largo aquellas tropas de labradores armados, que bajo el nombre de pastorcillos habian ya desolado la Francia durante la cautividad de San Luis, y que so pretexto de ir á librar la Tierra Santa, talaron su propio pais y asesinaron á los judios. El movimiento que habia impelido á los germanos hácia el Mediodía por espacio de muchos siglos, y á los árabes hácia el Norte, conserv6 su principio en las estirpes que le habian operado: el natural vagabundo é inquieto de los bárbaros continu6 agitándose, mientras que la sociedad permaneci6 privada de sus derechos: era la independéncia natural del individuo que se dejaba ver en lugar de la libertad política de toda la especie.

Honran á Felipe V algunos reglamentos acerca de la justicia: prohibia á los jueces esparcir *noticias* durante las audiencias, ni recibir palabras privadamente (1). Prohibe aconsejar al rey ninguna carta contraria á los antiguos reglamentos (2). *Dios nuestro Señor, que tiene bajo su poder á todos los reyes, no los ha establecido en la tierra, sino á fin de que la gobiernen con justicia* (3). Fijan en el reinado de Felipe V la época del derecho que

(1) *Ordon. des R.*, tom. I, pág. 673, 702, 729.

(2) *Ordon. des R.*, tom. I, pág. 672, 673.

(3) *Ordon. des R.*, tom. I, pág. 669.

hace inalienable el dominio de la corona (4) (1321): las leyes generales tomaban el lugar de las leyes privadas. El rey no podía ya adquirir ni vender, como los otros poseedores de los grandes feudos; salía de menor edad; pero á parte de la aristocracia y de la democracia, principiaba aquel poder inviolable que la libertad le concede hoy día para su propia garantía, y para la conservación del orden. Pero la nación renaciente, al mismo tiempo que elevaba la autoridad real á inaccesible altura, regularizaba el movimiento de esta autoridad real, y había una ley superior á la voluntad de la corona, la inamovibilidad.

Felipe el largo se dedicó á la administracion, y arregló los gastos de su casa. Guardémonos de confundir las ideas por la semejanza de las palabras: los antiguos reyes no tenían lista civil; vivían de las rentas de sus dominios; cuando administraban su casa, administraban de hecho las rentas de la corona; el impuesto, que tenía siempre un destino especial, era aplicable á los lugares en que se recogía, y no entraba en los cofres del rey sino por abuso. Todas estas cargas considerables que hoy día son antiguallas del poder real, que no tienen ya lugar en la constitucion del estado, y que cuestan mucho, y no son buenas para nada, eran en su origen puestos administrativos. El encargado de la caballeriza del rey llegó á ser en tiempo de Felipe V el primer caballerizo, y trocó este título por el de caballerizo mayor en tiempo de Luis XI. Felipe estableció los capitanes generales en las grandes ciudades; el sistema de eleccion prevalecía siempre, y elegía aquellos capitanes el consejo de los prohombres. Por fin, Felipe pensó en establecer la igualdad de los pesos y medidas, y una sola moneda para la Francia. Los siglos iban en progreso.

(1) *Ordon. des R.*, tom. I, pág. 663.

Felipe amaba las letras: rodeóse de poetas y de sábios, lo que notamos en sus estatutos, en los cuales se percibe un espíritu algo filosófico, desconocido en aquella edad. Tolosa se hizo metrópoli, y se establecieron diez y seis obispados nuevos.

Cerca de estos tiempos murió el Dante en Italia y el señor de Joinville en Francia: este último pasaba de los cien años: siendo el representante de los tiempos de San Luis entre hombres que en nada se le parecían, debió transmitirnos esa crónica llena de bellezas, cuyo language ya no es el nuestro: debémosle, pues, el primer monumento de nuestra literatura; porque como el Dante, ha realzado á su patria con esta obra, retrato vivo y estatua colosal de la edad media.

CARLOS IV.

Desde 1322 hasta 1328.

Finó su vida en Longchamp Felipe V el dia 3 de enero, á los veinte y ocho años de edad y seis de reinado. Dejó cuatro hijas: un hijo que habia tenido de Juana, heredero del condado de Borgoña, murió de pocos años. Carlos IV, que se llamó el Hermoso, se siguió á Felipe. El arzobispo de Reims, Roberto de Courtenai, consagró á los tres hermanos, Luis el Pendenciero, Felipe el Largo y Carlos el Hermoso (1): honores repetidos, de los cuales ofrece en su persona el único ejemplo, y que prueban al mismo tiempo la vanidad y rapidez de las cosas del mundo.

Carlos IV trató vivamente, en los primeros momentos de su reinado, de una cruzada para socorrer á los cristianos de Chipre y de Armenia (2). Este proyec-

(1) Baluze, tom. II, pág. 440.

(2) Ruin., an. 1322. núm. 36 y sig.

to fué costoso: hizose averiguacion de los prestamistas, casi todos lombardos. Gerardo Laguette, recaudador general de las rentas de la corona (1), murió en cuestion de tormento.

Algunas comisiones reales fueron á las provincias á castigar á los jueces prevaricadores y á los nobles que se apoderaban de los bienes ajenos. Acusaron á Jordan de Lila, señor de Cazaubon, de raptó, robo y asesinato: citado á la corte del rey, aporreó al ugiere que fué á comunicarle la orden, y osó comparecer ante sus jueces, acompañado de la principal nobleza de su provincia. No por esto dejó de ser condenado á muerte, arrastrado á la cola de un caballo, y ahorcado (2). El hecho anterior prueba la usurpacion de la corona y la decadencia del poder feudal. Jordan de Lila era un malvado, mas era soberano en su castillo; si hubiese faltado al homenaje que debía al rey, como su vasallo feudal, hubiera sido digno de castigo; no habia cometido mas que *crímenes privados*, y segun la ley de aquel tiempo, Dios le habia dado el poder, y Dios era el único que podia castigarle. Pero la monarquía no era ya la monarquía de Hugo Capeto, y las masas plebeyas habian ganado con la intervencion del trono lo que habian perdido sus opresores aristocráticos.

Varias contestaciones en Flandes para la sucesion del condado entre Luis II, nieto del anciano conde de Nevers, y Roberto de Cassel, hijo de este mismo conde (desde 1323 hasta 1325): la derrota de los navarros por los vascos; una guerra en Guyena ocasionada por la construccion de un castillo, entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra, como duque de Aquí-

(1) *Abr. Chron.*, tom. II, pág. 839.

(2) *Spicil.*, tom. III, pág. 80, 81; *Hist. des Lang.*, tomo IV, pág. 491.

tania, fueron los acontecimientos de los años 1323, 1324 y 1325. Establecieronse en Tolosa debates mas pacíficos: la academia de la *gaya sociedad de los siete trovadores* dió nacimiento á la de los juegos florales. El reinado de seis años de Carlos el Hermoso no es notable mas que por la revolucion que acarreó al acabarse, y por las ideas que se desarrollaron en Inglaterra.

Eduardo II se habia casado con Isabel de Francia, hermana de Carlos el Hermoso, del cual tuvo á Eduardo III, como ya dije. Eduardo II se habia entregado á los favoritos: los señores le habian ya arrebatado á Gaveston, hidalgo de Gascuña; tomó otro favorito, Hugo Spencer, quien, con su padre, llamado tambien Hugo, dominó el estado.

Los barones se reunieron; los Spencer hicieron decapitar veinte y dos, entre los cuales se hallaba Tomás de Lancaestre, tio del rey. Despues de muchos acaecimientos y aventuras, Eduardo II, acusado en el parlamento de haber violado las leyes del pais, y de haberse entregado á indignos ministros, fué depuesto por disposicion del mismo parlamento, y condenado á prision perpetua, pasando inmediatamente la corona á Eduardo III (1). Leyéronle la orden en la prision, y decia asi: *Yo Guillermo Trussel, procurador del parlamento y de toda la nacion inglesa, os declaro en su nombre y con autoridad suya, que revoco y retracto el homenaje que os he rendido, y desde este momento os privo del poder real, y protesto que no os obedeceré ya como á mi rey.*

Ved desde el año de 1327 (14 de enero) á un rey juzgado y depuesto por sus vasallos.

La Inglaterra debia multiplicar tales ejemplos. El rey Juan habia ya concedido la grande carta; los

(1) Thory., *Hist. d'Angl.*, tom. III, pag. 132; Hum.

comunes habian entrado en el parlamento como en nuestros estados; en 1265 el parlamento llamado Leicester habia ofrecido el primer modelo de la division del parlamento en dos camaras; acontecimiento que no se observó, pero cuyas consecuencias debian sentirse tan lejos y en tanto grado. Hicieron decir á Eduardo III en su proclamacion, que su padre se *habia separado de la gobernacion del reino de su grado* (1); pero estos principios de soberantia absoluta, de sucesion, de no eleccion, estaban todavia tan poco reconocidos, que á pesar de lo dicho veremos á Eduardo III disputar la corona de Francia á Felipe de Valois, no obstante la ley sálica. Eduardo II, encerrado en el castillo de Barclay, fué asesinado por medio de un hierro candente que le hundieron en el ano al través de un tubo de cuerno.

Un antiguo poeta inglés pinta á Eduardo mirando á los pastores en el campo por detras de las ventanas de las celosias de su torre, y exclamando como Lucrecio: «Felices vosotros que mirais desde la ribera, y que estais libres de la tormenta que hiere vuestros ojos.»

Oh! happy you who look as from the shore,
And had no venture in the wreck you see!

El obispo de Herford, á quien habian consultado si era ó no permitido asesinar á un rey destronado, habia respondido con una frase que, segun la puntuacion, podia significar las dos cosas (2): al crimen tocaba ser intérprete del sentido.

Encerraron á la madre de Eduardo en el castillo de Rising (3), y Morimer su favorito sufrió el suplicio

(1) Rym., tom. II, pág. 474.

(2) Rym., tom. X, pág. 63 en la nota.

(3) Froissard.

que Spencer había también sufrido; y por razón de los derechos de esta reina prisionera, infiel, deshonrada, que había privado á su marido de la corona y de la vida, reclamó Eduardo III la corona de Francia.

Carlos IV, que pasó en su tiempo por un filósofo, murió en Vincennes el 4.º de febrero de 1328. Había corrido á sostener la sangrienta y ridícula guerra de los *bastardos*, vagabundos que habían salido de Gascuña, y que se llamaban hijos naturales de los hidalgos gascones: estos eran los *pastores* bajo otra forma. Carlos había contraído tres matrimonios: con Blanca de Borgoña, con María de Luxemburgo, y con Juana de Evreux. Los hijos de las dos primeras murieron en la cuna; y de Juana tuvo dos hijas. Dejéla al morir preñada de siete meses, y dijo á los nobles reunidos en torno de su lecho, que si la reina daba á luz una hija, *debía la nobleza ofrecer ó adjudicar la corona á quien de derecho le perteneciese*. Nombró á Felipe de Valois regente de la nación durante el interregno (1): lo cual confirma cuanto llevo dicho acerca de lo poco fijado que estaba el principio hereditario.

Con el reinado de Felipe VI, llamado de Valois, comienza una nueva era en Francia: hemos tocado el punto mas alto de los tiempos feudales que van desde ahora á declinar. Si las revoluciones no corriesen con tanta rapidez en mi patria; si las horas que son suficientes hoy día para la necesidad de los siglos, no me arrastrasen consigo, aquí hubiese yo retratado los cuatro grandes asuntos de la monarquía feudal: el feudalismo, la caballería, la educación y las costumbres generales de los siglos duodécimo, décimo tercero y décimo cuarto. Pero apenas me es permitido consagrar cien páginas á un asunto que exige volúmenes

(1) Froissard.

enteros. Presentaré un bosquejo que otras manos más hábiles y felices acabarán.

FEUDALISMO, CABALLERIA, EDUCACION, COSTUMBRES GENERALES DE LOS SIGLOS DUODECIMO, DECIMO TERCERO Y DECIMO CUARTO.

Así que se establecieron en las Galias los francos, este país pudo contener diez y siete ó diez y ocho millones de hombres; de los cuales quinientos mil gefes de familia debían pagar la capitación, y esto quiere dar á entender que más de dos tercias partes de habitantes eran de condición servil. Su esclavitud llevaba consigo el castigo: las invasiones eran fáciles en unos pueblos cuyos dos tercios desarmados y oprimidos ningún interés tenían en defender la patria. El terreno mismo, que mantendrá al presente más de quince mil hombres en estado de resistir, no contaba dos mil ciudadanos para oponerlos á una invasión ó conquista.

Los esclavos entre los romanos y entre los griegos eran de dos especies principales: los unos adictos á la cosa y á la persona de su señor, los otros establecidos en el pueblo que cultivaban. Los germanos no conocían más que esta última clase de esclavos: tratábanlos con dulzura, y convertíanlos en colonos mejor que en siervos.

Los francos multiplicaron estos esclavos de la tierra en las Galias: poco á poco la *esclavitud* se convirtió en *servidumbre*, y esta en *salario*, que con el tiempo sufrió igualmente modificaciones: nueva perfección de las ideas que distinguen la tercera era, y el tercero y gran combate del cristianismo.

Si la propiedad media de la industria comenzó con la vecindad, la débil propiedad agrícola principió por los siervos manumitidos y convertidos en arrendata-

rios propietarios mediante un tributo, cuando la servidumbre germánica prevaleció sobre la servidumbre romana: aquella quedó también de todo punto abolida en el reinado de los monarcas de la segunda dinastía, porque en su tiempo no hubo ya *siervos personales* o *esclavos domésticos* en las casas (1). Establecióse el bello axioma de jurisprudencia nacional: cualquiera esclavo que fija su planta en el territorio francés queda en libertad.

Es bien cierto, por más extraño que parezca, que el feudalismo ha contribuido poderosamente á la abolición de la esclavitud con el establecimiento de la servidumbre. Contribuyó también por otro estilo poniendo las armas en manos de los vasallos: convirtió el siervo sometido á la espada en soldado, siguiendo el estandarte de su parroquia: si le vendían en compañía de los campos, no le vendían ya como individuo juntamente con los animales. El siervo en los muros de la escalada Jerusalem, ó vencedor de los ingleses con Du Guesclin, no arrastraba el hierro que encadena, sino empuñaba el hierro que liberta. El siervo, medio soldado, medio agricultor, medio pastor en la edad me-

(1) La esclavitud personal no cesó á un mismo tiempo en todas partes: duró principalmente en Inglaterra por tres causas: el espíritu duro de los habitantes, la invasión normanda, que reanimó el derecho de conquista, y los usos del país que no consienten la abolición formal de ley alguna. En 1283 los anales del priorato de Dunstale suministran esta nota. «En el mes de julio de este año hemos vendido á Guillermo Pyke, nuestro esclavo, y recibido un marco en retribución del comprador. «Este precio era menor que el de un caballo. Hasta mitad del siglo XVII, en la guerra que los ingleses seguían contra Carlos I por la libertad de los hombres, hemos visto á estos famosos niveladores vender como esclavos á los realistas á quienes hacían prisioneros en el campo de batalla.

dia, estaba tal vez menos oprimido, y era menos ignorante y menos grosero que el paisano libre de los últimos tiempos del gobierno y monarquía absoluta.

Es preciso sin embargo hacer una advertencia que explicará la lentitud de la manumisión completa bajo el régimen feudal. La manumisión entre los romanos casi no causaba perjuicio al señor del manumitido; no se privaba sino de un *individuo*. El siervo constituía una parte del *feudo*: manumitiéndole se *abreviaba* el feudo: es decir, se disminuía, se mermaba á la vez la *cualidad*, el *derecho* y la *fortuna* del poseedor. Era, pues, difícil á un hombre tener valor para despojarse, humillarse, y reducirse por sí mismo á una especie de servidumbre, por conceder la libertad á otro hombre.

Examinaremos ahora cual era la clase de los hombres que dominaba á los siervos; los villanos sujetos á impuestos arbitrarios absolutamente.

La igualdad reinaba en su origen entre los francos: sus dignidades en la milicia eran electivas. El gefe ó el rey tenia sus *fieles* ó *compañeros*; sus *leudes*, sus *antrustiones*. El título de *leude* era personal; el derecho hereditario estaba del todo desconocido. El leude era de derecho miembro del gran consejo nacional y de la especie de tribunal supremo de justicia que presidia el rey: me valgo de espresiones modernas para ser mas claro.

He dicho que esta primitiva nobleza de francos, si esta era una nobleza, pereció en gran parte en la batalla de Fontenai. Otros gefes de los francos ocuparon las plazas de aquellos gefes principales, usurparon ó recibieron en don las provincias y los castillos confiados á su guardia: de esta segunda nobleza personal de los francos descende la primera nobleza hereditaria francesa.

Aquella, segun la cualidad y la importancia de los feudos, se dividió en cuatro ramas: 1.º los grandes

:

vasallos de la corona y los otros señores que, sin contarse en el número de los grandes vasallos, poseían feudos con dependencia: 2.º los poseedores de privilegio de banderas: 3.º los poseedores del privilegio de loriga: 4.º los poseedores del privilegio de simple escudero.

De aquí provienen cuatro grados de nobleza: nobleza de sangre real, alta nobleza, nobleza ordinaria, y nobleza por ennoblecimiento.

El servicio militar introdujo en la nobleza la distinción de caballero, *miles*, y de escudero, *servitium scuti*. Los nobles abandonaron en seguida una de sus más bellas prerogativas, la de juzgar. Contábase en Francia cuatro mil familias de antigua nobleza, y noventa mil familias nobles que podían suministrar cien mil combatientes. Esta era, propiamente hablando, la población militar libre.

Los nombres de los nobles en los primeros tiempos no eran hereditarios, aunque la sangre, el privilegio y la propiedad lo fuesen: ya hallamos en la ley sálica, que los parientes se reunían la noche que hacía nueve para dar nombre al niño recién nacido. Bernardo el Danés fué padre de Torfe, padre de Turchtil, padre de Anchtil, padre de Roberto de *Harcourt*: el nombre hereditario no se encuentra aquí hasta la quinta generación.

Las armas conferían la nobleza, y esta se perdía por la cobardía: dormía únicamente cuando el noble ejercía una profesión plebeya no degradante: algunos cargos la comunicaban, pero el alto empleo de canciller permaneció largo tiempo en cuestión. En algunas provincias el *vientre ennoblecía*: es decir, que la madre transmitía la nobleza.

Los regidores de algunas ciudades obtenían la nobleza: dábanle el nombre de *nobleza de la campana*, porque los regidores se reunían al son de una campa-

na. El extranjero noble que se naturalizaba en Francia, permanecía noble.

Los nobles tomaron título según la cualidad de sus feudos (estos títulos, á escepción de los de baron y de marqués, eran de origen romano): fueron duques, barones, marqueses, condes, vizcondes, hijosdalgo, caballeros; cuando poseían ducados, marquesados, condados, vizcondados y baronías. Tales títulos pertenecían á los nombres sin ir unidos á los feudos: caso que es rarísimo.

Los gentiles hombres no pagaban el tributo personal mientras no cultivaban con sus propias manos los campos de un solo cortijo: no daban alojamiento á los militares, y en las costumbres privadas gozaban de una multitud de otros privilegios.

Los nobles se distinguían por sus escudos de armas, que se multiplicaron en tiempo de las cruzadas. Llevaban por lo común una ave en el puño, tanto en los viajes como en los combates: y cuando los normandos asaltaron á París en el reinado de Eudes, los francos que defendían el reducido puente, perdida la esperanza de conservarle, dieron libertad á sus halcones. Los torneos en las ciudades, la caza en los castillos, eran las principales diversiones de la gente noble.

No es posible formarse una idea de la fiereza que imprimió en el carácter general el régimen feudal: el mas débil señor se creía igual á un rey. Atravesaba la ciudad de Thonga el emperador Federico I; el baron de Krenkingen, señor del lugar, no se levantó delante de él, y tan solo removi6 su caperuza en señal de cortesía. El cuerpo aristocrático era á un mismo tiempo opresor de la libertad común, y enemigo del poder real; fiel á la persona del monarca cuando este monarca era criminal, y rebelde á su poder cuando su poder era justo. De semejante fidelidad nació el honor de

los tiempos modernos: virtud que consiste muchas veces en sacrificar las otras virtudes; virtud á la que puede vender la prosperidad, pero nunca la desgracia; virtud implacable cuando se cree ofendida; virtud egoísta, y la mas noble de las personalidades; virtud, en fin, que se presta á sí misma juramento, y que es su propia fatalidad, su propio destino. Un caballero del Norte cae bajo el poder de su enemigo; no teniendo el vencedor armas para acabar su victoria, conviene con el vencido en que irá á buscar su espada; el vencido permanece religiosamente en la misma actitud hasta que el vencedor vuelve á matarle: ved aquí el honor primogénito de la sociedad bárbara. (Mallet, *Introd. á la hist. du Danem*)

Pasemos del estado de los hombres al estado de las propiedades.

El feudo, que tuvo origen en la época en que la servidumbre germánica derribó la servidumbre romana, constituyó el feudalismo. En los tiempos de revoluciones y de invasiones sucesivas, los propietarios de poca consideracion, no estando ya protegidos por la ley, dieron sus campos á los que podian defenderlos: esto es lo que nos enseña Salviano. De este estado de cosas á la creacion del feudo, no faltaba dar mas que un paso, y le dieron los bárbaros: tenian ya el ejemplo del beneficio militar: es decir, de la donacion de un terreno con el cargo de algun servicio, aunque los *feods* no sean exactamente los *prædia militaria*. Sucedió que el rey y los demas gefes no quisieron aceptar ya los bienes raices, instalando al propietario donador como arrendador de su antigua propiedad; pero se la devolvieron con condicion de tomar las armas en favor de sus protectores, y estos se obligaban por su parte á socorrer aquella especie de súbdito voluntario. Aquí se ven el vasallage y el señorío.

Todas las propiedades se dividian en el feudalismo

en dos grandes clases: el *aleu* ó el *fran-aleu*, el feudo y el subfeudo. «Poseer el *aleu*, dice la *Suma rural*, es tan solo poseer tierra de Dios, sin deber ningun censo, renta, ni reconocimiento, ni ningun otro tributo en vida ni en muerte.»

Cujas hace derivar la palabra *aleu* (*alodium*) de un propietario de tierras *sine lode*. Es mas natural que se derive de la tierra del *leude*, fiel, ó del *drude*, amigo: *drudi et vassalli* se encuentran á menudo juntos en las actas. *Leude* es el *compañero* de Tacito, *el hombre de la fé* del rey en la ley sálica, y el *antrustion del rey* de las fórmulas de Marculfo.

El *aleu* fué en su origen inalienable sin consentimiento del heredero. Hubo dos especies de *fran-aleu*: el noble y el plebeyo; el noble era el que arrastraba tras sí la justicia, censual ó semovencia, y el plebeyo aquel á quien faltaban tales condiciones; este último, el mas antiguo de los dos, representaba el débil resto de la propiedad romana.

Los parlamentos diferian de principios acerca de la conservacion del *fran-aleu*. Los paises consuetudinarios y de derecho escrito, en el distrito de los parlamentos de París y de Normandía, no reconocian el *fran-aleu* sino por *títulos*; títulos que era casi imposible presentar. La costumbre de Bretaña, bajo el parlamento de la misma provincia, desechaba absolutamente el *fran-aleu*. Los cuatro parlamentos de derecho escrito, Burdeos, Tolosa, Aix y Grenoble, variaban de *usos*, y daban órdenes en sentidos contrarios: el parlamento de Provenza no recibia el *fran-aleu*, y el parlamento del Delfinado le admitia en algunas pertenencias de títulos. El Languedoc queria gozar del *fran-aleu* antes de los estatutos de Simon de Monfort, que trasportó al condado de Tolosa la costumbre de París. «Despues de este grande progreso de las armas, Simon, conde de Monfort, viéndose señor de

tantas tierras, de enojoso y penoso tributo, repartiólas entre los hidalgos, así franceses como otros... Para contener el espíritu de sus vasallos y asegurar sus derechos, estableció leyes generales en sus tierras, por consejo de ocho arzobispos ú obispos, y de otros personages de consideracion.» *Tam inter barones, ac milites, quam inter burgenses et rurales, seu succedant hæredes, in hæreditatibus suis, secundum morem et usum Franciæ, circa Parisiis.*

«Las costumbres de Troyes, de Vitry y de Chaumont miraban todas las tierras como francas: el feudo y el *aleu* eran la lucha y la coexistencia de la propiedad según la sociedad antigua, y de la propiedad según la sociedad nueva.»

Algunas veces el feudo se cambió en *aleu*, pero el *aleu* se acabó casi generalmente para perderse en el feudo. *No hay tierra sin señor*, llegó á ser un adagio entre los legistas. El espíritu de los feudos se apoderó hasta tal punto de la comunidad, que hasta las pensiones concedidas, los cargos conferidos, los títulos recibidos, la concesion de una caza ó de una pesca, el don de una colmena de abejas, el aire mismo que se respiraba, se enfeudó; de donde provino aquella locucion: *feudo en el aire, feudo volando, sin tierra, sin dominio.*

Feudo, *feudum, feodum, fædum, fochundum, fedum, fedium, fenum*, provienen de *á fide*, latin, ó antes bien de *fehod*, sajón, precio. La fórmula del vasallage es del tiempo de Carlo-Magno: *Juro ad hæc sancta Dei Evangelia... ut vassalum domino.*

El feudo era la confusion de la propiedad y de la soberanía: de este modo se volvía á la cuna de la sociedad, al tiempo patriarcal, á aquella época en que el padre de familia era rey en el espacio que corrian sus ganados, pero se volvía con notable diferencia: la propiedad habia conservado el carácter de su poseedor;

era conquistadora, y avasallaba las propiedades vecinas. Los campos alrededor de los cuales habia podido trazar el dueño un círculo con su espada, aumentaban su propio campo: tal es la edad primera del feudalismo.

Esta voz *vasallo*, que siempre se ha usado para indicar un hombre dependiente de feudo, no aparece en los documentos públicos sino despues del siglo XIII. *Vassus* ó *vassallus*, se deriva de la voz antigua franca *gessel*, compañero, conversion de letras que usaban con frecuencia los autores latinos: *wacta*, acecho, *wadium*, prenda, *wanti*, guantes, etc.

Habia feudos de tres especies generales: feudo de bandera, feudo de loriga, feudo de simple escudero.

El feudo de bandera presentaba diez ó veinte y cinco vasallos bajo su bandera.

El feudo de loriga debía presentar un caballero armado de todas armas, bien montado y acompañado de dos ó tres criados.

El feudo de simple escudero proveia tan solo un vasallo armado á la ligera.

Todos los feudos y sub-feudos dependian tanto del palacio de los señores, como de la tienda del capitán: la gruesa torre de Louvre era el feudo dominante ó el pabellon del general. El terreno en que la habia alzado Felipe Augusto le habia comprado al priorado de San Dionisio de la Chartre por una renta de treinta sueldos: así, aquella torre mayor, de la cual provenian todos los feudos grandes y pequeños de la corona, provenia en sí misma del priorado de San Dionisio.

Cuando el rey poseia algunas tierras en el término de un señorío, era vasallo del propietario de aquel señorío; pero entonces hacia que *le representase* otro, para prestar, como vasallo, fe y homenaje á su propio vasallo; usaban con él de esta indulgencia, pero no por esto debía sustraerse á la ley general del feu-

dalismo. Felipe III rendía homenaje en 1284 á la abadía de Moissac. En 1350 el camarero mayor rendía homenaje, en nombre del rey Juan, al obispo de París, por las castellanías de Tournant y de Torcy: *Joannes, Dei gratia, Francorum rex.... Robertus de Loriaco, de præcepto nostro, homagium fecit*. Citaré aun otro ejemplo, por ser raro en su especie, y porque hará tanta impresion á los lectores franceses, como ha hecho al historiador que lo refiere. Enrique VI, *rey de Inglaterra*, rindió homenajes á *algunos vecinos de París*.

«Enrique, por la gracia de Dios, rey de *Francia y de Inglaterra*, á todos los que la presente vieren, salud. Hacemos saber, que segun hizo otra vez nuestro carísimo señor y abuelo difunto, el rey Cárlos (Cárlos VI), último antecesor, *que paz haya*, por su decreto de 24 de mayo último pasado, debemos deputar y deputamos á Juan le Roy, nuestro procurador en el castillejo de París, para que rinda en lugar de nos, como hombre y vasallo, homenaje á quien pertenezca, etc. Dado en París á 15 de mayo de 1423, y primero de nuestro reinado. Firmado por el rey con intervencion del consejo, celebrado de órden de monseñor el regente de Francia, duque de Belfort.»

París era una reunion de feudos: nueve de ellos dependían del obispado: le Roule, la Granja Bateliere, el otro Puentecillo, etc. Los demas feudos de la ciudad de París pertencian á las abadías de Santa Genoveva, de San German, de San Victor, del gran priorado de Francia, y del priorado de San Martin de los Campos. Contábanse en Francia setenta mil feudos ó sub-feudos, de los cuales tres mil tenían titulo. El vasallo prestaba homenaje con la cabeza desnuda, sin espada, sin espuelas, de rodillas, con las manos puestas encima de las del señor, que estaba sentado y con

la cabeza cubierta; y decía el vasallo: *Desde hoy en adelante os pertenecen mi vida, mis miembros, mis honores terrestres, y os seré fiel y leal, salvo la fé que debo á nuestro señor el rey.* Cuando pronunciaba la fórmula un tercero, el vasallo respondia: «Si lo juro.» Entonces el señor recibia al vasallo para darle un beso, con tal de que el vasallo no fuese villano. «Algunas veces un hidalgo de buen lugar se veia precisado á ponerse de rodillas ante otro que era menos que él, y á colocar sus manos fuertes y generosas en las de un cobarde y afeminado.» (*Tratado de los feudos*).

Cuando rendia homenaje una muger, no podia decir: *Seré vuestra muger para todo aquello que no es decoroso que una muger diga, que no seré muger de otro hombre, sino de aquel con quien me caso, etc.*

Main, hijo de Gualon, con consentimiento de su hijo Eudon y de Vieta, su nuera, da á Dios y á San Albino, en Anjou, la tierra de Britchiot; en fé de lo cual el padre y el hijo besaron al monge Gualtero; pero como era cosa inusitada el que una muger besase á un monge, comisionóse á Lamberto, defensor de San Albino, para que recibiese el beso de la donadora con el permiso del monge Gualtero: *Juente Walterio monacho.*

Roberto de Artois, duque de Beaumont, teniendo que recibir dos homenages de su *amada prima, madama María de Brabante, dama de Arschoy y de Vierzon*, mandó: «Que nos y la dama de Vierzon debemos estar montados, y nuestro caballo con los dos pies de delante en el agua del vado de Noies, y los dos pies de detrás en tierra seca, teniendo delante nuestra tierra de Meun; y el caballo de la dicha dama de Vierzon con los dos pies de detrás en el agua del dicho vado, y los dos de delante en tierra seca hácia nuestra tierra de Meun.»

El homenaje era *ligio* ó *simple*, pues el homenaje ordinario no debe contarse. El hombre *ligio* (había seis especies de hombres en la antigüedad franca) se obligaba á servir *en persona* á su señor *contra toda criatura que pueda vivir y morir*. El vasallo simple podía poner otro en su lugar. Quieren que *ligio* se derive ó del latín *ligare, liga, ligumen, etc.*, ó del franco *leude: Sois de Tournay, la cual es enteramente ligia al rey de Francia*.

Tan pronto se veía obligado el vasallo á salir *fiador*, tan pronto á prestar algun servicio *personalmente*, ó hacer de campeón por su señor: esto era la continuación de la clientela franca y de la inscripción al papel *Vassaticum*.

Cuando los reyes *convidaban* para el servicio del feudo militar á sus vasallos *directos*, los duques, condes, barones, caballeros y castellanos, su llamamiento tomaba el nombre de el *ban*; cuando *convidaban* á sus vasallos directos, y á sus vasallos *indirectos*, es decir, á los señores y á los vasallos de los señores, los poseedores de los sub-feudos, su llamamiento tomaba el nombre del *arriere-ban*. Esta palabra se compone de dos palabras de la lengua antigua: *har*, campo, y *ban*, llamamiento, de donde salió la palabra de la baja latinidad *heribannum*. No es verdad que el *arriere-ban* sea una repetición del *ban*.

«Los vasallos, hombres y caballeros se veían opuestos á los enemigos, como diques, murallas ó muros de bronce; víctimas consagradas á la fortuna del estado, llevaban una vida fluctuante, incierta, y lo mas á menudo envuelta en las ruinas comunes.» (*Del Franc-aleu*).

Los vasallos debían ayudar con metálico á su señor en tres casos: cuando partía para la Tierra Santa, cuando se casaba su hermana ó su hijo primogénito, y cuando este hijo recibía las espuelas de la caballería.

Habia feudos *rendables* y *receptables*: el feudo era *rendable* cuando en ciertos casos el vasallo entregaba los castillos del feudo al señor, salía de ellos con toda su familia, y no volvía á entrar hasta cuarenta dias despues de acabada la guerra; el feudo era *receptable* cuando el feudatario, sin salir de los castillos que tenia, se veía obligado á dar en ellos asilo á su señor. Uno y otro eran *jurables*, á causa del juramento mútuo.

La investidura, que sube al origen de la monarquía, se hacia en el reino en la primera dinastía por el hacha, en la segunda dinastía por la corona y el manto, en la tercera por la cuchilla, el cetro y la mano de justicia.

La investidura ó posesion de un feudo se verificaba por medio de alguna señal exterior y simbólica, segun la naturaleza del feudo eclesiástico ó militar, titulado ó simple; juraban sobre un báculo, sobre un anillo, sobre un misal, sobre algunas llaves, sobre algunos granos de incienso, sobre una lanza, sobre una celada, sobre un estandarte, sobre una espada, sobre un martillo, sobre un arco, sobre una flecha, sobre un guante, sobre una almohaza, sobre una correa, sobre unas espuelas, sobre algunos cabellos, sobre una rama de laurel, sobre un baston, sobre una bolsa, sobre un dinero, sobre un cuchillo, sobre un asador, sobre una copa, sobre un cántaro lleno de agua del mar, sobre una paja, sobre una poca verba, sobre un pedazo de madera, y sobre un puñado de tierra. Se encuentran todavia antiguos autos públicos, dentro de los cuales se han conservado estos frágiles símbolos; la prenda no era nada, porque la fé lo hacia todo. La sociedad á un tiempo libre y oprimida, inocente y corrompida, razonable y absurda, sencilla, caprichosa, afecta á lo pasado, como la ancianidad; fuerte, fecunda, ansiosa de lo futuro, como la juventud; la sociedad

entera descansó en simples empeños, y no tuvo mas ley de existencia que una palabra.

La creacion de las tierras nobles en el régimen feudal era una idea política la mas extraordinaria, y al mismo tiempo la mas profunda: la tierra no muere como el hombre, carece de pasiones, y no está sujeta á cambios ni á revoluciones; atribuirle derechos, era comunicar á las instituciones la fijeza del suelo, así es que el feudalismo ha durado ochocientos años, y dura todavía en una parte de la Europa. Si supusiéramos que ciertas tierras confieren la libertad en vez de dar la nobleza, tendríamos una república de ocho siglos: debemos observar que la nobleza feudal era, para aquel que la poseía, una verdadera libertad.

El que es plebeyo no puede adquirir feudo porque no puede enristrar *lanza* y calzar *espuela*, que es el distintivo del servicio militar: con el tiempo se perdió esta costumbre, y el rey, que se hallaba sin caudales y el señor agoviado de deudas, tuvieron á bien dejar vender las tierras nobles á vecinos ricos: trasmitió, pues, la tierra comprada el privilegio, y el hombre de la plebe, investido del feudo, fué noble en la tercera generacion.

El feudatario podia tomar las armas contra su señor por denegacion de justicia ó por venganza de familia: tradiciones de la independencia y de las costumbres de los francos. La querrela podia terminarse por el duelo, por la *seguridad* (caucion), ó por una sentencia empadronada en el despacho señorial del señor feudal. «Esta es la paz de Raolin de Arjees, de sus hijos y de su linage, por una parte; y el ermitaño de Stanay, de sus hijos, de su linage y de todos sus consortes, por otra parte. El ermitaño ha jurado por los sautos, siendo así que es el octavo de sus amigos, que sintió en extremo la muerte de Roalin, ha dado cien libras para fundar una capilla, donde se

cantará por el reposo del alma del difunto; y se ha obligado á enviar incesantemente uno de sus hijos á Palestina.»

Echamos de ver en este tratado del fin del siglo XIII los *co-jurants* de las leyes ripuaria y sajona.

Si una viuda noble casaba su hija huérfana sin consentimiento del señor feudal, confiscaban sus muebles, y le dejaban tan solo dos vestidos, uno para los días de trabajo, y otro para los domingos, una cama, un palafren, una carreta y dos caballos.

La heredera de alto linage estaba obligada á casarse para deservir al feudo, como vemos hoy día á las esposas de mercadores que pierden el marido, casarse con el primer factor para continuar su establecimiento. Si la heredera contaba mas de sesenta años, no estaba obligada á casarse.

Los derechos señoriales se sacaban de las mismas entrañas del feudo. En su origen se llamaban *honores*, *favores*, como reconocimientos que hacia el vasallo al señor por la enagenacion y trasmision de los feudos de una persona á otra. Eso quiere decir *laudemio*, y ventas: *laudimia*, *laudæ*, *laudationes*, *lausus*, de alabar, complacer, agradar. Estos derechos eran ó militares, ó fiscales, ú honoríficos.

No solamente el rey, gran señor feudal que se sustentaba de la renta de sus dominios, imponia ademas contribuciones, sino que todos los señores feudales y no feudales, eclesiásticos ó legos, lo hacian tambien por su parte. Los derechos de quinto y requinto, de laudemio y ventas, de mi-laudemio, de ventrolles, de reventas, de reventons, de sextas, de octavas, décimaterciás, de cetimiones y reconocimientos, de plait, de mano muerta, de rettiers, de pellaje, de couletaje, de cortar árboles, de hacer cerveza, de cottaje, de portazgo, de villanaje, de chevaje, de fisco regio, de ostize, de champart, de molienda y de hornos de poya, se

habian reunido á los derechos de justicia, al casual eclesiástico, á los impuestos de gremios, maestrías y cofradías, y á las antiguas cuotas romanas: en invenciones asentistas somos muy inferiores á nuestros padres. Es probable que la masa entera del numerario pasaba todos los años á manos del fisco real y particular, porque los tratantes y los artifices, esclavos todavía, pertenecian á corporaciones de ciudades, ó á algunos señores; no formaban una clase generalmente independiente, apenas tocaban un corto salario, y el precio de sus géneros y el trabajo de sus jornales á menudo no era para ellos.

En cuanto á los derechos *honoríficos*, servian de señales de la soberanía local: tales feudos, por ejemplo, tenian la facultad de tomar el caballo del rey cuando pasaba este por las tierras del propietario de los feudos. Otros derechos no eran mas que diversiones rústicas, que la filosofía ha tomado con bastante ridiculez por abusos de la fuerza: cuando llevaban un huevo ligado en una carreta arrastrada por cuatro bueyes; cuando los pescadores saltaban á un vivero el día de San Juan, en honor de la dama del lugar; cuando corrian *el pilar* con una lanza de madera, y cuando para la investidura del feudo hacian que uno bajase la cerraja, el picaporte ó el cerrojo de una casa, y que fuese como un borracho á hacer tres cabriolas acompañadas de un ruido innoble é impuro, todo esto eran placeres groseros, fiestas dignas del señor y del vasallo, juegos inventados en el fastidio de los castillos y de los campos de parroquia, pero que no tenian ningun origen opresivo. Todos los días vemos en los teatros pequeños, en este siglo civilizado, diversiones que no son mas elegantes.

Si, por otra parte, los esclavos estaban obligados á menear el agua de los estanques cuando se hallaba en cama la castellana; si el castellano se reservaba el

derecho de *markette* (*cullagium, marcheta*); si los mismos curas reclamaban semejante derecho, y si los obispos le convertian en dinero, preciso es restituir tales abusos á la *servidumbre griega y romana*: los rescriptos de los emperadores prohiben á los señores el forzar á sus esclavos á *hacer cosas infames*; sea ignorancia, sea falta de reflexion, no se ha visto, ó no se ha querido ver, lo que la *esclavitud* habia comunicado á la *servidumbre*. En cuanto á la multitud y á la diversidad de las costumbres, esplicanlas naturalmente los reglamentos de diferentes gefes de aquella nacion armada, acantonada en el suelo de la Francia.

En medio de la propiedad móvil del feudo, se elevaba una propiedad inmóvil, como una roca en medio de las aguas, la cual se aumentaba con cotidianas adhesiones: la amortizacion era la facultad de adquirir concedida á gentes de mano muerta. Una vez consumada la adquisicion por medio de resarcimiento ó de recobro para el señorío, del cual dependia la adquisicion, la propiedad *moria*, es decir, que dejaba de estar en circulacion, y que todos los derechos de mudanza se perdian. La tierra que caia de este modo en manos de las iglesias, de las abadías, de los hospitales y de las órdenes de caballería, representaba para el fisco y para el señor del feudo un capital enterrado y sin intereses. De suerte que con la mano muerta, el dominio inalienable de la corona, las sustituciones, y el retracto hereditario y feudal, es decir, el derecho de retirar un bien de familia ó una tierra semoviente del feudo, hubieran sido á la larga un hecho increíble en la naturaleza, tan extraordinaria ya de la posesion territorial de la edad media: todas las propiedades hubiesen venido á parar en poder de propietarios hereditarios, y como estas propiedades hubiesen sido privilegiadas, el impuesto directo y posesional hubiese tenido fin; y el estado se hubiese hallado reducido á los do-

nes voluntarios, el mas casual de los impuestos. El derecho de justicia ocupaba un alto lugar en el feudalismo.

La justicia emanaba, entre los romanos y griegos, del pueblo: este pueblo, habiendo sido subyugado, la justicia quedó imbécil en los tribunales, en donde, como soberana destronada, apenas pudo amparar y esconder á la libertad que se habia refugiado con ella. No se levantó en el seno de estos tribunales un gran cuerpo de magistratura independiente, que fuese llamado á tomar parte en los negocios del gobierno.

Al contrario, la justicia en las naciones de estirpe germánica manaba de tres fuentes: la autoridad real, la propiedad y la religion. Los reyes, así entre los francos como entre los germanos sus padres, eran los primeros magistrados: *principes qui jura per pagos red- dunt*. Así, pues, cuando San Luis y Luis XII adminis- traban justicia al pie de un haya, no hacian mas que sentarse en el tribunal de sus abuelos. La justicia tomó en ellos cierta cosa de augustó, como las genera- ciones reales, que la llevaban en su seno y la hacian reinar.

Por la misma razon porque los francos enlazaron la soberanía y la nobleza con el suelo, le unieron tam- bien la justicia: hija de la tierra, volvióse inmutable como ella. El señor que poseia *bienes libres*, tenia de- recho de justicia. El axioma del antiguo derecho fran- cés era: «La justicia es patrimonial.» ¿Y esto por qué? porque el patrimonio era la soberanía.

La religion añadió nueva grandeza á nuestra ma- gistratura: la ley eclesiástica puso la justicia en el al- tar. En vez del público, un crucifijo asistia en la sala de audiencia á la defensa del acusado y á la sentencia del juez: este testigo era á un tiempo mismo el Dios, el soberano árbitro, y el inocente condenado.

Nacida de la tierra, y apoyada en el cetro, la es-

pada y la cruz, la justicia lo arregló todo. En las naciones antiguas el derecho civil se derivó del derecho político: entre los franceses el derecho político dimanó del derecho civil: la justicia era para nosotros la libertad.

La justicia señorial se dividía en dos grados, alta y baja justicia: ambas eran jurisdicción del señor de tres castellanías y de una ciudad cerrada, con derecho de mercados, de portazgo y de *lige estage*; es decir, del señor que podía obligar a sus vasallos á guardar sus fortalezas.

Senescal y *baile* eran nombres atribuidos á los jueces: llamaban *senescal del duque* al oficial mayor de los duques de Normandía, encargado de despachar los negocios contenciosos en el intervalo de las sesiones del tribunal.

El baron no podía ser juzgado sino por sus pares: habia pares vecinos para los vecinos. San Luis quiso que los hombres del baron no fuesen responsables ni de las deudas que este habia contraído, ni de los crímenes que habia cometido. Hasta entonces habia suicidios, porque los muebles volvian por confiscación al señor en cuyas tierras se habia dado muerte al hombre. Un tesoro hallado pertenecia al señor de la tierra, si era de plata; si era de oro, pertenecia al rey: *Nadie tiene la fortuna del oro sino es el rey.*

La viuda noble tenia el *bail* y el cuidado de sus hijos: el *bail* era el goce de los bienes del menor hasta su mayoría. *Para los villanos no habia bail de derecho.*

La viudedad se arreglaba á la puerta de la iglesia en que se habia contraído el matrimonio: el matrimonio *solemne* era uno de aquellos actos que los romanos llamaban *legítimos*.

La abominable legislación de las producciones naturales, y las dos especies de derechos del fisco regio, *los mescuos* y *los desconocidos*, consistian en apoderar-

se de las cosas perdidas, de los despojos y de la sucesión de los extranjeros.

Por el derecho de *bastardía*, cuando los bastardos morían sin heredero, los bienes recaían en el señor, con condición de pagar los legados y la viudedad de la mujer.

Mas esto debe entenderse de los bastardos plebeyos, esclavos ó mano-muertas de corporaciones, incapaces de sucesión, pues no podían casarse, ni adquirir, ni enagenar sin licencia del señor. En cuanto á los bastardos de los nobles, no habia ninguna diferencia entre ellos y los hijos legítimos cuando el padre los habia reconocido: eran libres de cruzar las armas paternas con una barra diagonal que perpetuaba la memoria de la desgracia ó de la vergüenza de su madre. Los bastardos eran casi siempre hombres notables; porque habian tenido que luchar con los inconvenientes de su cuna.

En algunos lugares el recién casado no podia cohabitar con su mujer durante las tres primeras noches de sus bodas á menos que no hubiese obtenido el permiso de su obispo. Sacaban la razon de esta costumbre de la historia del jóven Tobias: hubieran podido encontrar algo semejante en las instituciones de Licurgo, si los barones hubiesen conocido su nombre.

Los *deconfés* ó *intestados*, los que morían sin confesion ó sin hacer testamento, perdían sus bienes, que pasaban al poder del señor. La muerte repentina acarrea la misma confiscacion: el hombre muerto súbitamente no se habia confesado; luego Dios le habia juzgado á él solo, y le habia herido vivo con su reprobacion eterna. Los *estatutos* de San Luis remediaban esta absurda iniquidad: mandaban que los bienes de uno que no se hubiese confesado por haber muerto repentinamente, pasasen á sus hijos. Sabido es hasta qué punto abusó el clero de los testamentos: era pre-

ciso que el moribundo dejase una parte á la iglesia, al menos el diezmo de su fortuna, bajo pena de condenacion y de no enterrarle: una pobre muger ofreció un gatito por rescate de su alma.

El procedimiento civil y criminal se arreglaba segun el estado de las personas. La citacion tenia quince dias de término: habia hasta ocho pruebas, entre las cuales figuraba el combate judicial.

La deposicion de los testigos debia ser secreta; pero San Luis habia ordenado que la deposicion fuese sin dilacion comunicada á las partes.

La apelacion á las justicias reales era permitida, no de derecho, sino á modo de *queja*: esta apelacion iba directamente al rey, á quien se suplicaba que *desmembrase* el juicio. La penalidad se reputaba casi como falso juicio, ó inobservancia de la ley.

La multiplicacion de los casos de muertos manifiesta que estaba ya lejos el espíritu de los tiempos bárbaros.

La causa de tal mudanza fué la introduccion del órden moral en el órden legal: la moral va delante de la accion, y la ley la espera. En el órden moral la muerte hace el crimen, y en el órden legal el crimen hace la muerte.

La sentencia se pronunciaba por boca de ciertos jurados llamados *juzgadores*, que no podian ser de la clase de los *villanos*. Vemos algunas veces vecinos juzgadores en alguno que otro proceso de hidalgos; el acusado recurría en semejante caso á la apelacion, por incapacidad de los jueces.

La acusacion de asesinato, de traicion ó de rapto, acarrecaba un caso extraordinario: era laudable en el acusado reaccriminar al acusador; ambos iban á la cárcel, se principiaban dos procesos por un mismo hecho, y las dos partes eran al propio tiempo querellantes y demandantes.

Admitíase la caución, como no fuese por crimen que mereciese pena capital.

El robo equivalía al asesinato: demoliase la casa del culpable, destruíanse sus cosechas, incendiaban sus henos y talaban sus viñas; no cortaban sus árboles, pero los despojaban de la corteza. Matar un hombre, robar una muger, ser traidor á su señor y á su patria, no constituía un crimen mayor á los ojos de la ley, que robar un caballo ó un jumento. Arrancaban los ojos á los ladrones de iglesia y á los monederos falsos. El vicio, que fué el desdoro de la antigüedad, requería la mutilacion en primera ofensa, la pérdida de un miembro por reincidencia, y la hoguera por tercer delito. La muger, convencida de igual vicio en la misma progresion, perdía sucesivamente los dos labios y llegaba á la hoguera. En cosas *de poca entidad*, el robo pedía el cercenamiento de una oreja ó de un pie: volvemos á encontrar en tales disposiciones el carácter de las leyes sálica y ripuaria. En el primer infanticidio de una madre se enviaba la causa de la desgraciada al tribunal de la penitencia; y si le cometía segunda vez, la quemaban muerta. No se castigaba la voluntad, cuando no habia principio de ejecucion: lo que es hoy día un principio universal.

El encarcelado, aunque fuése inocente, era ahorcado cuando forzaba la puerta de la prision porque la sociedad entera descansaba en la palabra dada ó recibida. El clérigo, el cruzado y el monge competían en los juzgados eclesiásticos, que no condenaban nunca á muerte: sabido es cuanto favorecía entonces el título de *cruzado* á la clase servil y á la de los vecinos. El herege, el hechicero y el *hacedor de maleficio* eran arrojados al fuego; el despojo de los muebles era el castigo del usurero. Si un animal ruin mataba á una muger ó á un hombre, y el propietario del animal confesaba saber que era vicioso, colgaban al propietario, y algunas

veces ataban junto á él al animal. A un lechón, acusado y convencido de haberse comido un niño, se le formó proceso, despues de lo cual fué ajusticiado por mano del verdugo: la ley se esforzaba por manifestar horror al asesinato en aquellos tiempos de asesinatos. El niño culpable sufría la pena capital como el hombre de razon: concedíale dispensa de edad para morir.

En la puerta de cada edificio elegido de los señorios, se elevaba un cadalso compuesto de cuatro pilares de piedras, de los cuales pendían algunos esqueletos que se rozaban unos con otros.

Todo lo que concierne á la familia, dote, tutela, patrimonio, donacion y viudedad, se carelaba, en la antigua jurisprudencia de la edad media, con el estado de los hombres y de las cosas. A esta complicacion que volvemos á encontrar en parte en las leyes romanas por razon de la clientela y de la esclavitud, se reunia la confusion introducida en el feudalismo; á saber, del *franc-aleu*, del feudo y del sub-feudo de las tierras nobles é innobles, de los bienes de mano muerta, de las diversas semovencias, de los derechos señoriales y eclesiásticos, y de las costumbres, no solamente de las provincias, sino tambien de las conarcas. Los matrimonios en las familias reales y otras principales, producian composiciones y descomposiciones de feudos: el suelo, cambiando sin cesar de límites, tenia la movilidad de la vida y de la fortuna de los hombres.

Independientemente de las razones de ambicion, de envidia, de intereses mercantiles y politicos, bastaba el servicio de un feudo para poner el acero en la mano á dos naciones. Un hombre ligio del rey rehusaba rendir homenaje, y como este hombre ligio era ó aleman, ó flamenco, ó saboyano, ó catalan, ó navarro, ó inglés, cogian sus bienes, y la Europa ardía en fuego. Un proceso civil ó criminal producía un pro-

ceso político, que se defendía y sentenciaba entre dos armadas en un campo de batalla. El rey de Inglaterra Juan tuvo los estados confiados por una ley de la corte de los pares de Francia; el príncipe Negro se ve precisado a comparecer en presencia de Carlos V, para dar satisfacción á los cargos de los barones de Gascuña, y un ugiar con vara toma el encargo de aprisionar al vencedor de Poitiers, y de significar una hazaña á la gloria.

Podría decir mucho más sobre el feudalismo; pero tal vez he sido ya difuso: vamos á tratar de la caballería.

CABALLERÍA.

Remóntase á una data mucho anterior la caballería, cuya institucion por lo regular se pone en la época de la primera cruzada. Tuvo principio en la mezcla de las naciones arabes y de los pueblos septentrionales, cuando las dos grandes invasiones del Norte y del Mediodía se estrellaron chocando en las costas de Sicilia, Italia, España y Provenza, y centro de la Galla: todo lo cual nos presenta una época casi cierta comprendida entre el año 700 y 753.

El carácter de la caballería se formó entre nosotros de la naturaleza fiel y sentimental del teuton, y de la naturaleza galante y prodigiosa del moro; una y otra naturaleza penetradas del espíritu, y envueltas en la forma del cristianismo. La opinion exaltada que tanto ha contribuido á la emancipacion del sexo femenino en las naciones modernas, nos viene de los bárbaros del Norte; los germanos reconocian en las mugeres un no sé qué divino (*in esse quin etiam sanctum aliquid et providum putant*). La mitología del *Edda*, y las poesías de los scaldas, manifiestan el mismo entusiasmo entre los escandinavos; hasta el sol, en sus poesías, es

una muger, la brillante *Suna*. Las leyes conservan estas impresiones delicadas; el que cortaba la cabellera de una doncella era condenado á pagar setenta y dos sueldos y medio de oro; el ingenuo que apretaba la mano ó el dedo á una muger de condicion libre, pagaba una multa de quince sueldos de oro; de treinta si le apretaba el principio del brazo, de treinta y cinco si lo apretaba más arriba del codo, y de cuarenta y cinco si le apretaba el seno (*si mamillam strinxerit*).

Los primeros árabes profesaban por su parte gran respeto á las mugeres, si juzgamos por la novela ó poema de *Antar*, escrito ó recogido por Asmai el Gramático en el reinado del califa Aroun-al Rached. *Antar* se vió sometido á pruebas, como los caballeros; amaba constante y timidamente á la hermosa *Ibla*; corrió muchas aventuras, é hizo proezas dignas de *Roland*; tenia un caballo llamado *Abjir*, y una espada llamada de *Hamy*, pero en todo se conservan las costumbres árabes: las mugeres beben leche, y *Antar*, que sufre que le *hieran*, pasea á menudo los ganados (1). *Saladino* era un caballero tan bravo y no menos cruel que *Ricardo*. Sabidos son los torneos, los combates y los amores de los moros de *Cordoba* y de *Granada*.

Pero si *Asmai* escribía la historia de *Antar* para el califa *Aroun-al-Rached*, contemporáneo de *Carlo-Magno*, *Carlo-Magno* no esperaba, como se ha creído, al falso *Turpin* para transformarse en caballero él y sus padres.

La novela publicada bajo el nombre de *Turpin*, ar-

(1) Véase en la *Revista francesa* de julio de 1830. un artículo muy ingenioso de Mr. de l'Ecluse sobre *Antar*. Parece que el sábio orientalista Mr. Hammer de Vienne ha formado una traduccion francesa de ese romance-poema, cuya impresion seria encargada en París al cuidado de Mr. Trebutien, á quien debemos los *Cuentos inéditos de las Mil y una Noches*.

zobispo de Reims, fué compuesta por cierto monge llamado Roberto, al fin del siglo XI, en tiempo de la primera cruzada. El monge se proponia animar á los cristianos en la guerra contra los infieles, con el ejemplo de Carlo Magno y de sus doce pares. Sobre su crónica han calcado los ingleses la historia de su rey Arturo y de los caballeros de la Mesa Redonda.

El supuesto Turpin no era en si mismo mas que un imitador, hecho que me parece se ha escapado hasta aqui á todos los historiadores. Setenta años despues de la muerte de Carlo-Magno, el monge de Saint-Gall escribió la vida de Carlos el Grande, verdadera novela del género de la de *Antar*. ¿No es cosa curiosa hallar la caballería cabalmente en la misma época entre los francos y entre los árabes? El monge de Saint-Gall traia sus autoridades para la legislación eclesiastica de Wernbert, célebre abad de Saint-Gall, y para las acciones militares, del padre de este mismo Wernbert. El padre del abad Wernbert se llamaba Adalberto, y habia seguido á su señor Gherold a la guerra contra los hunos (avaros), los sajones y los esclavones. El novelista dice ingeniosamente: «Adalberto ya anciano, me educó cuando era yo todavía muy pequeño, y muchas veces, á pesar de mis esfuerzos para escaparme, me cogia y me obligaba á escuchar sus relaciones.»

El viejo soldado refiere, pues, al futuro monge, que los hunos habitaban un pais rodeado de nueve círculos. El primero encerraba un espacio tan grande como la distancia que hay desde Constanza hasta Turs, cuyo círculo estaba construido con troncos de robles, de hayas, de abetos y de piedras durísimas; tenia veinte pies de ancho y otro tanto de alto; habia tambien otros varios círculos, y el terrible Carlo-Magno los destruyó todos. En seguida se dirigió contra los bárbaros que asolaban la Francia Oriental; los esterminó é hizo cortar la cabeza á todos los niños que fuesen

mas altos que una espada. Vendió á Carlo-Magno uno de sus bastardos, enano, jorobado, desterrado al monasterio de Saint-Gall. Carlos tenia en sus ejércitos algunos héroes á la manera de Rolando: Cisher valia solo por un ejército, y si se creyera que pertenecía á la estirpe Enachim, tan gigantesco era; montaba un enorme caballo, y cuando el caballo no queria pasar el Doria hinchado con los torrentes de los Alpes, le arrastraba tras sí por medio de las ondas, diciéndole: «Valgame monseñor Gall, que de grado ó á la fuerza me has de seguir.» Cisher destruía á los gitanos como á la yerba de una pradera. «¿Qué me importan, esclamaba, esas yerbas? Yo me llevo siete, ocho, y hasta nueve enhilados en el extremo de mi lanza, murmurando no sé qué.»

Carlos atacó á Didier en Italia. Didier preguntó á Oggero si Carlos se hallaba en el ejército que descubria. «No, dijo Oggero: cuando veas las mieses agitarse de horror en los campos, y al sombrío Pó y al Tesino inundar los muros de la ciudad con sus olas ennegrecidas por el hierro, creed entonces que llega Carlos.» Levantóse por la parte de Occidente una nube que mudó el dia en tinieblas: Carlos, aquel hombre de hierro, tenia cubierta la cabeza con un casco de acero y las manos guarnecidas de férreas manoplas; su pecho de hierro y sus espaldas veíanse cubiertas de una armadura de acero: su mano izquierda levantaba en el aire terrible lanza, y su mano derecha empuñaba la invencible espada; sus martingalas eran de hierro sus bolines de hierro, su escudo de hierro, su caballo tenia el color y la fuerza del hierro; el hierro cubria los campos y los caminos, y aquel hierro, tan duro, le llevaba un pueblo cuyo corazon era mas duro que el hierro. Todo el pueblo de la ciudad de Didier esclamo: «¡Oh hierro! ¡Ah! ¡cuanto hierro!» ¡*O ferrum!* ¡*Heu ferrum!*

Otra vez Cárlos, ataviado con una ropa de piel de oveja, fué á la casa de los grandes de Pavia vestidos con pieles de aves de Fenicia, con plumas de cuclillos, con colas de pavos reales mezcladas con la púrpura de Tiro, y adornados con franjas de corteza de cedro. Vemos en la historia á Carlo-Magno armar caballero á su segundo hijo Luis, ciñéndole la espada.

El monge de Saint-Gall, que se dice era tartamudo y desdentado, hace también mención del leon muerto por Pepino el Breve. El veterano Adalberto, revelando las hazañas de Carlo-Magno á un niño que debía escribirlas cuando á su vez llegase á ser viejo, se parece algo á un granadero de Napoleon, refiriendo la campaña de Egipto á un conscripto; tanto se han mezclado la fabula y la historia en la vida de los hombres extraordinarios.

Ernold Nigel, ó el Negro, en su poema de Clovis el Benigno, describió el sitio de Barcelona, y esta es también una obra de caballería. Clovis habia ceñido la espada que llevaba á su lado Cárlos el Grande. Los moros, ordenados en las murallas, defendieron la ciudad; Zadun, su gefe, se sacrifica por salvarles; corre por las largas murallas para ir á apresurar el socorro de los sarracenos de Cordoba, y le prenden. Conducido ante Luis, gritó á los suyos: «¡Abrid las puertas!» y les hizo al mismo tiempo una señal convenida para animarlos á defenderse. La ciudad es tomada á la fuerza: en el botin enviado á Cárlos se hallaban corazas, ricos vestidos, cascos adornados con crines y un caballo parto con su arnés y su freno de oro. La armadura de hierro de los caballeros no es (como se ha creído fuera de propósito) del siglo XI; no trae su origen ni de los francos ni de los árabes; lo trae de los persas, de quienes lo tomaron los romanos: ya se ha visto la descripción que hace Amiano Marcelino hablando del

triunfo de Constancio en Roma: volvemos á encontrar igualmente la misma armadura en el escuadron de caballeria que Constantino destruyó cuando descendió de los Alpes para ir á atacar á Magencio.

Los combates singulares y las fiestas caballerescas, la construccion de aquellos monumentos llamados *góticos* que vieron orar á los caballeros de las cruzadas, coinciden tambien con el advenimiento de los reyes de la segunda dinastia. Clovis el Benigno envió al obispo Ebbon á predicar la fé entre los daneses: Ebbon condujo á Clovis Heroldo, rey de aquellos pueblos. Clovis se dirigió á Ingelheim á las orillas del Rhin: «Allí se levanta sobre cien columnas un palacio soberbio..... No lejos del palacio hay una isla que el Rhin circunda con sus abundantes aguas, retiro entapizado de yerba siempre verde, y cubierto por un sombrío bosque;» caza soberbia donde Judith, esposa de Clovis, magníficamente adornada, montaba un noble palafren.

Bero y Samilon, dos guerreros de nacion gótica, combatieron en campo abierto delante de Clovis, cerca del castillo de Aix, en un lugar rodeado de murallas de mármol, y adornado de azoteas cubiertas de césped y de arboles. «Los campeones de desmesurada talla montan fogosos caballos; ambos esperan la señal que debe dar el rey. En la arena aparece Gundolfo, que se hace acompañar de un féretro, segun el uso en tales ocasiones.» Bero quedó vencido; los jóvenes francos le arrancaron de la muerte, y Gundolfo volvió á enviar el féretro al cobertizo de donde lo habia sacado.

Miratur Gundoldus enim, feretrumque remittit
Absque onore tectis, venerat unde, suum! (1).

(1) Los sábios benedictinos no pueden menos de esclamar en una nota con toda la ingenua alegría de la erudicion. *Gratiae sint Nigello qui veterum ritus nobis ediscerit.*

La arquitectura llamada lombarda, de la época de los carlovigianos en Italia, no era mas que la invasión de la arquitectura oriental ó neogriega en la arquitectura romana. Hakem construyó en el siglo VIII la mezquita de Córdoba, tipo primitivo de la arquitectura sarracena occidental. Al principio del siglo IX el palacio de Ingelheim tenía algunos centenares de columnas y techos de variadas formas, y millares de reductos, de aberturas y de puertas. *centum perfixa columnis... tectaque multimoda: mille aditus, reditus, millenaque claustra domorum*. La iglesia presentaba grandes puertas de cobre, y otras mas pequeñas enriquecidas de oro: *Templa Dei... ærati postes, aurea ostiola*. Heroldo, su esposa, sus hijos y sus compañeros, contemplaban con admiracion la inmensa cúpula de la iglesia: *miratur Herold, conjunx miratur, et omnes proles et socii culmina tanta Dei*. Ved, pues, claramente en los siglos VIII y IX las costumbres, las aventuras, los cantos, las relaciones, los campeones, los enanos, las fiestas, las armas y la arquitectura de la época vulgar de la caballería; vedlas á un mismo tiempo y á la vez, de una manera espontánea, en los moros y en los cristianos; ved á Carlo-Magno y al califa Aroun, Cisher y Antar, y á sus historiadores contemporáneos, Asmai y el monge de Saint-Gall.

Los novelistas del siglo XII que cantaron como á sus héroes á Carlo-Magno, á Rolando y á Ogiero, no se equivocaron con relacion á la historia; pero no acertaron en la pretension de hacer de los caballeros un cuerpo de caballería. Las ceremonias de la recepcion de un caballero, las espuelas, la espada, el abrazo, la vela de las armas, los grados de page, doncel, prosevante ó escudero, son instituciones militares que se sustituían á otras caídas en desuso; pero no constituían un cuerpo de tropas homogéneo disciplinado, operando bajo un gefé y con la misma subordinacion.

Las órdenes religiosas caballerescas han sido la causa de esta confusión de ideas: han hecho suponer una caballería histórica *colectiva*, cuando no existía mas que una caballería histórica *individual*. Además de esto, la caballería individual fué delicada, valiente, generosa, y guardó el sello de los dos climas que la produjeron; tuvo la inconstancia y los ensueños del cielo nebuloso de los escandinavos, y el brillo y el ardor del cielo puro de la Arabia. La caballería histórica produjo a mas una caballería novelesca, que se mezcló con las realidades, y resonó con prolongado eco hasta en el reinado de Francisco I, en el cual dió nacimiento a Bayardo, como habia producido a Du Guesclin cerca del trono de Carlos V. El héroe de Cervantes fué el último de los caballeros; y es tal el atractivo de aquellas costumbres de la edad media, y del prestigio del talento, que la sátira de la caballería ha venido á ser su inmortal panegírico.

Para ser recibido caballero, en el origen de la caballería, era menester ser noble de padre y madre, y contar veinte y un años de edad. Si un hidalgo que no era de elevada *alcurnia* se hacia armar caballero, *le cortaban las espuelas doradas encima del estiércol*. Los hijos de los reyes de Francia eran caballeros desde las fuentes del bautismo: San Luis armó caballeros á sus hermanos; Du Guesclin, segundo padrino del segundo hijo de Carlos V, el duque de Orleans, sacó su espada, y la puso desenvainada en la mano del niño desnudo: *Nudo tradidit ensem nudum*. Bayardo, *sin mancilla*, confirió la caballería á Francisco I. El rey le dijo: «Bayardo, amigo mio, quiero que hoy me armen caballero tus manos... Has combatido virtuosamente en muchos reinos y provincias contra varias naciones... Yo abandono la Francia, en la que te conocen bastante.... Vamos., despacha.» Entonces tomó su espada Bayardo, y dijo: «Señor, tanto valgo como si

fuera Rolando, ú Oliver, ó Godofredo, ó Bodaino, su hermano. » Y poco despues exclamó altamente con la espada en la mano derecha: «Eres muy feliz en haber conferido hoy la orden de caballería á un tan hermoso y poderoso rey. Ciertamente, mi buena espada, que os guardaré como reliquia, y os honraré mas que á todas las demas; y no os confiré nunca sino es contra turcos, sarracenos ó moros » Y despues dió dos saltos, y luego envainó la espada.

Los caballeros tomaban los títulos de don, señor, mosen y monseñor. Podian comer en la mesa del rey; solo ellos tenian derecho para llevar la lanza, la lorriga, la doble cota de malla, la cota de armas, el oro, el armiño, las martas de pieles, el terciopelo y la grana: ponian una giraldilla en su torre: esta giraldilla era con punta como los armarios para los simples caballeros, y cuadrada como las banderas para los caballeros mesnadores. Reconociase de lejos al caballero en su armadura: las barreras de las lizas y los puentes de los castillos se bajaban á su vista; los huéspedes que le recibian llevaban algunas veces el rendimiento y el respeto hasta el punto de abandonarles sus mugeres.

La degradacion del caballero traidor era horrosa: le hacian subir en un tablado, en donde rompian delante de sus ojos las piezas de su armadura; su escudo, borrado el blason, era atado y arrastrado á la cola de una vegua, cabalgadura derogante; y el heraldo de armas llenaba de injurias al innoble caballero. Despues de recitar las vigiliás fúnebres, el clero pronunciaba las maldiciones del salmo 108. Preguntaban tres veces el nombre de caballero, y el heraldo de armas respondia tres veces que ignoraba tal nombre, y no veia delante de él mas que una fé mentida. Derramaban entonces sobre la cabeza del paciente una cofaina de agua caliente, arrojabaule bajo del tablado con una

cuerda, colocábanle en unas angarillas, conduciánle á la iglesia cubierto con la mortaja, y los sacerdotes le salmodiaban las preces mortuorias.

Conferíase la caballería en la brecha, en la mina, en la trinchera de una ciudad sitiada, y en el campo de batalla en el momento de venir á las manos. Aumentándose la necesidad de soldados á medida que los nobles perecían, fué admitido el esclavo en la caballería; algunas cédulas de Felipe de Valois declaran hidalgo al hijo de un esclavo que hubiese sido armado caballero; los franceses han atribuido siempre la nobleza al arado y á la espada, y colocado en el mismo rango al labrador y al soldado. En lo sucesivo, en medio de las grandes guerras contra los ingleses, se crearon tantos caballeros, que se envileció este título. Francisco I añadió á las dos clases de caballeros *mesnadores* y *donceles*, una tercera clase, compuesta de magistrados y de gentes letradas, que se llamaron *caballeros de las leyes*. Por fin, no quedó de la caballería mas que un nombre honorífico escrito en los pergaminos, ó llevado por los segundones de las familias.

La educacion militar exige ahora que hablemos de la civil en los siglos que tratamos.

EDUCACION.

Entre los persas, griegos y romanos, era la educacion persiana, griega y romana: quiero decir con esto, que se enseñaba á los niños todo lo que respecta á la patria, in:truyéndolos solamente en las leyes, costumbres, historia y lenguaje de sus abuelos. Cuando en una época de civilizacion avanzada los romanos concibieron admiracion por la Grecia y escuelas de Atenas, se reducia esta admiracion á una curiosidad laudable de algunos ociosos patricios.

El mundo moderno ha presentado un fenómeno, del cual no hay ejemplo alguno en el mundo antiguo: los hijos de los barbaros se separaron de su estirpe por la educacion; encerrados en colegios, aprendieron lenguas que no hablaban sus padres, y que cesaban de hablarse en la tierra; estudiaron leyes que no eran las de su nacion; y no se ocuparon sino de una sociedad muerta, sin relacion con la sociedad viva de su tiempo. Los vencidos, salidos de otra sangre y perpetuando la memoria de lo que habian sido, encerraron con ellos á los hijos de sus vencedores, como quedándoselos en rehenes.

Formóse en medio de las generaciones groseras un pueblo inteligente fuera de la esfera en que se movia la comunidad material, guerrera y politica. Quanto mas sencillo, grosero, natural é iliterario era el espíritu alrededor de las escuelas, tanto mas refinado, sutil, metafísico y sábio era el interior de las mismas escuelas. Los bárbaros habian principiado por matar á los sacerdotes y á los monges; y cuando se hicieron cristianos, se pusieron á sus pies. Apresuraronse á contribuir á la fundacion de colegios y de universidades: admirando lo que no comprendian, creyeron que no podian conceder á los estudiantes sobrados privilegios: establecióse para los hijos una verdadera república con sus tribunales, sus costumbres y sus libertades, en el centro mismo de la monarquía de los padres.

La universidad de París, hija primogénita de nuestros reyes, aunque no descendia de Carlo-Magno, no era sola en Francia: existian veinte mas formadas á imitacion de ella; la de Montpellier fué célebre, y estudiaron en ella el derecho romano, asi que llegaron á ser menos raros los ejemplares de las Pandectas por el descubrimiento y las copias del manuscrito de Amalfi. Inglaterra, Escocia, Irlanda, Alemania, Italia, España y Portugal, poseian los mismos cuerpos de en-

señanza. Vemos en los agiógrafos y los cronistas, que un mismo escolar, á fin de abrazar los diferentes ramos de las ciencias, estudiaba sucesivamente en París, en Oxford, en Maguncia, en Padua, en Salamanca y en Coimbra. La universidad de París tenia un edificio para su uso, mucho tiempo antes que Luis XI hubiese creado semejante establecimiento.

Fácil es suponer qué actividad darian las instituciones de las universidades, libres de las leyes nacionales, á los entendimientos, y cuánto debían aumentar el tesoro comun de las ideas: porque todo lo hacen las ideas; producen los hechos, que no les sirven mas que de corteza.

Creáronse despues de las universidades una multitud de colegios. En tiempo de Felipe el Hermoso, que fundó la universidad de Orleans, se estableció el colegio de la reina de Navarra, el del cardenal Le Moyné, y el de Montaigu, arzobispo de Narbona. Desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del reinado de Carlos V, se cuenta la creccion del colegio de los lombardos para los escolares italianos; la de los colegios de Turs, de Lisieux, de Autun, la del *Ave Maria*, la de Mignon ó Grandmont, la de San Miguel, de Cambray, de Aubusson, de Bonnacour, de Tournai, de Maître Gervais y de Beauvais. (*Hist. de la Univ.*, tom. III, l. III, *Antiq. de Paris*; *Trés de Ch.*). A Francisco I se debe el establecimiento del colegio real, con las tres cátedras de lenguas hebrea, griega y latina: habian principiado á enseñar el griego en la universidad de París en tiempo de Carlos VIII, donde se esplicaban entonces los diálogos de Platon. Enrique II, Carlos IX y Enrique III aumentaron las cátedras de sabiduria con una cátedra de filosofia griega y latina, con otra cátedra de lengua árabe, y con otra cátedra de cirugía. Luis XIII, Luis XIV y Luis XV agregaron al colegio Real cátedras para el estudio del

derecho canónico, para el de las lenguas siria, turca y persa, para la enseñanza de la literatura francesa, de la astronomía, de la mecánica, de la química, de la anatomía, de la historia natural, del derecho de la naturaleza y del de gentes. El colegio de las Cuatro Naciones recuerda el nombre de Mazarino. Todo se formaba con grandes masas ó por grandes cuerpos en la antigua monarquía: clero, nobleza, tercer estado, magistratura y educación.

Tales universidades y tales colegios fueron otros tantos hogares donde se encendieron como llamas los ingenios cuya luz penetró en las tinieblas de la edad media: noche fecunda, poderoso caos, cuyos vacíos llevaban en sí un nuevo universo. Cuando la barbarie invadió la civilización, la fertilizó con su vigor y su juventud; al contrario, cuando la civilización invadió la barbarie, la dejó estéril, y pareció un anciano junto á su esposa joven: los pueblos civilizados de la antigua Europa se han renovado en el lecho de los salvajes de la Germania; los pueblos de la América se han extinguido en los brazos de los pueblos civilizados de la Europa.

San Bernardo, Abelardo, Escoto, Tomás de Aquino, Buenaventura, Alberto, Rojero Bacon, Enrique de Gante, Hugo de Saint-Cher, Alejandro de Hallais, Alaino de la Isla, Ivo de Triguero, Jacobo de Voragine, Guillermo de Nanjis, Juan de Mun, Guillermo Duranti, Juan Adam, Guillermo Peletiero, Bartolomé Glanvil, Pedro Bercheur, Alberto de Sajonia, Froissard, Nicolás Oresme, Jacobo de Dondis, Nicolás Flamelo, Accurse, Bartolo, Gracian, Pedro de Ailly, Nicolás Clemenjis, Gerson, Tomas Connecte, Benito Jentian, Juan de Courtecuisse, Vicente Ferrer, Juvenal de los Ursinos, Pico de la Mirandula, Chartier, Martuel de Auvernia, Francisco Vilon y Roberto Gaguin, forman la cadena de aquellos hombres que

nos conducen desde los primeros días de la edad media al tiempo del renacimiento de las letras. Su celebridad fué grande, y los sobrenombres con que los distinguieron prueban la ingénua admiracion de sus siglos: Alberto fué apellidado el Grande; Tomas de Aquino, el Angel de la escuela; Rojero Bacon, el Doctor admirable, Enrique de Gante, el Doctor solemne; Enrique de Suza, el Esplendor del derecho; Alejandro de Hallais, el Doctor irrefragable; Alaino de la Isla, el Doctor universal; Buenaventura el Doctor seráfico; Escoto, el Doctor sutil; y Gilles de Roma el Doctor profundísimo.

Estos hombres, con diversos talentos, formaban escuelas, y tenían discipulos como los antiguos filósofos de la Grecia. Alberto inventó una máquina parlante, Rojero Bacon descubrió quizás la pólvora (1), el telescopio y el microscopio; Jacobo de Dondis compuso un reloj celeste ó una esfera movable. Santo Tomas de Aquino fué un ingenio enteramente comparable á los mas raros ingenios filosóficos de los tiempos antiguos y modernos; se parece á Platon y á Malebranche en la espiritualidad, y á Aristóteles y á Descartes en la claridad y en la lógica. Los escotistas y los tomistas, los realistas y los nominales, resucitaron las dos sectas de la forma y de la idea. Por el año 1050 habian llevado á España los árabes los escritos de Aristóteles, y de España pasaron á Francia: Berengero, Abelardo y Gilberto de la Foreé hicieron renacer la doctrina del Estagirita; pero habiendo anatematizado su doctrina mucho despues los padres griegos y latinos, un concilio, celebrado en Paris en 1029, condenó á las llamas los

(1) Conocida por otra parte en la China, así como la brújula, la imprenta, el gas, etc. Estos descubrimientos materiales deben haberse hecho naturalmente en una sociedad de larga duracion, como la de los chinos.

escritos en los cuales estaba encerrada. La interdiccion duró mas de ochenta años: relajóse despues, y en 1447 fué tal el triunfo de Aristoteles, que no se enseñaba mas filosofía que la suya. Un siglo despues, Ramo, que osó levantarse contra su lógica, cayó victima del fanatismo escolástico: fué menester esperar á Gassendi y á Descartès para triunfar del preceptor de Alejandro.

Duranti, Bartolo, Alciato, y mas tarde Cújas, fueron las lútes del derecho. Podremos formarnos una idea de la influencia que aquellos hombres ejercian en su tiempo, recordando los efectos de sus lecciones: no bastando ya el sitio en que enseñaba Alberto el Grande á la multitud de los auditores, se vió obligado á enseñar al aire libre, en la plaza que tomó el nombre del maestro Alberto. Foulques escribia á Abelardo: «Roma te enviaba sus hijos para que los instruyeses; y la que habia oido enseñar todas las ciencias, manifestaba, confundote sus discipulos, que tu saber era todavía superior al suyo. Ni la distancia, ni la altura de las montañas, ni la profundidad de los valles, ni la dificultad de los caminos sembrados de peligros y de malvados, podian detener á los que corrian hacia tí. La juventud inglesa no se dejaba atemorizar ni por el mar interpuesto entre ella y tú, ni por el terror de las tempestades; y á tu solo nombre se precipitaba de tropel, despreciando los riesgos. La remota Bretaña te enviaba sus habitantes para que los instruyeses; y los de Anjou iban á humillar ante tí su ferocidad ablandada. El Poitou, la Gascuña, la Iberia, la Normandia, Flandes, los teutones y los succos ardientes en celebrarte, encomiaban y proclamaban sin cesar tu ingenio. Y no digo nada de los habitantes de la ciudad de París y de los puntos de Francia, así los mas distantes como los mas cercanos, ansiosos todos de recibir tus lecciones, como si tan solo junto á tí hubiesen podido hallar la instruccion que anhelaban.»

La muchedumbre de maestros y de escolares en la universidad era tal, que al ir en procesion á San Dionisio, cuando las primeras filas del séquito entraban en la basílica de la abadía, las últimas salian de la iglesia de los Maturinos de Paris. Llamada á dar su voto sobre la cuestion de la estincion del cisma, la universidad presentó diez mil sufragios, y propuso enviar á un entierro veinte y cinco mil escolares para aumentar su pompa. Vemos á este grande cuerpo figurar en todas las crisis politicas de la monarquía, y particularmente en los reinados de Carlos V, Carlos VI y Carlos VII. Manteniéndose en faccion ó en fidelidad, ó abandonaba ó reprimia las oleadas populares, mientras que los espiritus novadores, adoctrinados con sus lecciones, agitaban las cuestiones religiosas, y apresuraban, por lo atrevido de sus doctrinas y declamaciones contra los vicios del clero y de los nobles, las reformas de que Arnaldo de Brescia habia dado ejemplo en Italia, y Wickleff en Inglaterra.

Esta vida de las universidades y colegios ocupa un lugar considerable en la pintura de costumbres generales que me falta ejecutar.

COSTUMBRES GENERALES DE LOS SIGLOS XII, XIII Y XIV.

Pertenece á la moderna historia destruir una mentira, no de los cronistas, que están acordes en lo que respecta á la corrupcion de los siglos primeros, sino de la ignorancia y espíritu de partido de la época presente: se ha dado por supuesto que si la edad media era bárbara, al menos la moral y la religion servian de contrapeso á esta barbarie; hay algunos que se representan las antiguas familias, groseras sin duda, pero sentadas con una union santa en el atrio doméstico con toda la sencillez de la edad de oro. Nada mas contrario á la verdad que esta opinion.

Los bárbaros se establecieron en medio de la sociedad romana, depravada por el lujo, degradada por la esclavitud, y pervertida por la idolatría. Los francos, muy poco numerosos relativamente á la población gallo romana, no pudieron mejorar las costumbres; y hasta ellos mismos estaban corrompidos cuando entraron en la Galia.

Es grande error atribuir la inocencia al estado salvaje; todos los epítetos de la naturaleza se desarrollan en tal estado: la civilización sola enseña las virtudes morales. La profesión de las armas, que inspira ciertas cualidades, no produce la templanza: Santa Palaya se vé obligado á convenir en que los caballeros no se recomendaban por la rigidez de las costumbres.

De la sociedad romana y de la sociedad bárbara resultó una doble corrupción; bien se reconocen los vicios de una y otra sociedad, como se distinguen en su confluencia las aguas de dos ríos al unirse: la rapiña, la crueldad, la brutalidad y la lujuria animal, eran francas; la bajeza, la cobardía, la astucia, la torpeza del entendimiento y el refinado desarreglo, eran romanos.

Y estas distinciones no se deben entender de algunos años y de algunos reinados; se aplican á los siglos que precedieron á la edad media, desde el reinado de Clovis hasta el de Hugo Capeto, y á los siglos de la edad media, desde el reinado de Hugo Capeto hasta el de Francisco I.

El cristianismo trató, en cuanto pudo, de curar la gangrená de los tiempos bárbaros, pero seguían menos el espíritu de la religión que la letra; creían mas en la cruz que en la palabra de Cristo; adoraban el Calvario; pero no asistian al sermón de la Montaña. El clero se deprabó como la muchedumbre. Si queremos penetrar á fondo el estado interior de aquella época, habremos de leer los concilios y los actos de abolición

(cartas de gracia concedidas por los reyes), allí se manifiestan desnudas las plagas de la sociedad. Los concilios reprodujeron las quejas contra la licencia de las costumbres, y la investigación de los remedios para atajarla; los actos de abolición conservan los pormenores de los juicios y de los crímenes que motivaban las cartas reales. Las ordenanzas de Carlo-Magno y de sus sucesores están llenas de disposiciones para la reforma del clero.

Sabida es la horrorosa historia del sacerdote Anastasio, que fué encerrado vivo con un cadáver, por venganza del obispo Caulino (Gregorio de Tours). En los cánones añadidos al primer concilio de Tours en tiempo del episcopado de San Perpeto se lee: «Se nos ha referido que algunos *sacerdotes*, lo que es horrible (*quod nefas*), establecían posadas en las iglesias, y que en el lugar donde no deben oírse mas que oraciones y alabanzas de Dios, resonó el ruido de los festines, de palabras obscenas, de alteraciones y penitencias!»

Baronio, tan favorable á la corte de Roma, llama al siglo X el siglo de hierro: tantos desórdenes veía en la iglesia. El ilustre y sabio Gerberto, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II, y cuando no era mas que arzobispo de Reims, decía: «¡Roma deplorable! tú diste á nuestros antepasados las mas brillantes luces, y ahora estás sumergida en horribles tinieblas..... Nosotros hemos visto á Juan Octaviano conspirar, en medio de mil prostitutas, contra el mismo Othon á quien habia proclamado emperador: le derribaron, y le sucedió Leon el N.ºfito. Othon se ausentó de Roma, y Octaviano entró en ella; arrojó á Leon; cortó los dedos, las manos y la nariz al diácono Juan, y despues de quitar la vida á muchos personajes distinguidos, pereció él mismo en breve tiempo... ¿Será posible defender todavía que un número tan

grande de ministros de Dios, dignos por su vida y su mérito de ilustrar el universo, deban someterse á semejantes mónstruos, sin ningun conocimiento de las ciencias divinas y humanas?»

Nos queda una sátira de Aldaberon, obispo de Leon, que es un diálogo entre el poeta y el rey Roberto. «Adalberon representa los jueces obligados á llevar la capucha, los obispos despojados, reducidos á seguir el arado; y las sillas episcopales, cuando acababan de vacar, ocupadas por marineros y pastores. Un monge se ve trasformado en soldado; lleva un gorro de piel de oso; su túnica, en otro tiempo larga, es ahora corta, hendida por delante y por detrás; y de su estrecho ceñidor penden un arco, un carcax, unas tenazas y una espada. En otro tiempo no habia entre los ministros del Señor, ni verdugos, ni posaderos, ni ganaderos; no iban al mercado público, ni hacian blanquear las telas.»

Adalberon, estendiéndose en su asunto, observa que el noble y el esclavo no estaban sujetos á una misma ley, y que el noble era enteramente libre. El rey toma la defensa de la condicion servil. «Esta clase, dice, no posee nada sin comprarlo con duro trabajo. ¿Quién podria contar las penas, los viages y las fatigas que tienen que sufrir los esclavos? Sus lágrimas no tienen nunca fin.» Adalberon responde: «que la familia del Señor está dividida en tres clases; la una reza, la otra combate, y la tercera trabaja.»

Adalberon habia visto el fin de la segunda dinastia y el principio de la tercera; y habia hecho papel en las traiciones que se traman en la caída y en la renovacion de los imperios. Tal vez estuvo ligado intimamente con Emma, esposa de Lotero, aunque fué obispo: era de una familia distinguida de Lorena; habia estudiado bajo la direccion de Gerberto; no amaba á los monges, y se entrometia en la querrela de los obis-

pos nobles contra los religiosos plebeyos: Volvemos á encontrar en él aquella parte de la sociedad inteligente que no fué nunca bárbara.

San Bernardo no manifiesta mas indulgencia con los vicios de su siglo; y á San Luis le obligaron á cerrar los ojos á las prostituciones y desórdenes que reinaban en su ejército. Durante el reinado de Felipe el Hermoso se convocó un concilio espreso para remediar el desenfreno de las costumbres. El año 1351 los preladós y las órdenes mendicantes espusieron sus mútuas culpas en Avignon ante Clemente VII. Y el papa, favorable á los monges; apostrofó así á los preladós: «¿Y habláis de humildad vosotros, tan vanos y tan pomposos en vuestras cabalgaduras, y equipages? ¿Y habláis de pobreza, siendo así que sois tan codiciosos, que no os bastarian todos los beneficios del mundo? ¿Qué diré, pues, de vuestra castidad...? Vosotros odiais á los mendicantes, les cerrais vuestras puertas, cuando vuestras casas están abiertas para los sicofantas é infames (*lenonibus et truffatoribus*) »

La simonía era general; los sacerdotes violaban casi generalmente la regla del celibato; vivian con mugeres perdidas, concubinas y mozas: un abad de Noreis tenia diez y ocho hijos. En Vizcaya no querian mas que clérigos que tuviesen *comadres*; es decir, mugeres que suponian ser legítimas.

Petrarca escribió á uno de sus amigos. «Avignon se ha vuelto un infierno, la sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, las cátedras del pontifice y de los cardenales, el aire y la tierra, todo está impregnado de falacia; tratan como fábulas absurdas y pueriles el mundo venidero, el juicio eterno, las penas del infierno, y los gozos del paraíso.» Petrarca cita en apoyo de sus aserciones algunas anécdotas escandalosas sobre los excesos de los cardenales. Y él mismo, abad, casto y fiel amante de

Laura, estaba rodeado de bastardos: *Ebbe allora un figliuolo naturale, e, dopo alcuni anni, una figliuola; mi protestò che, non ostante queste licenze, egli non amo mai altra che Laura.* (Saggi.)

En un sermón pronunciado delante del papa, en 1364, el doctor Nicolas Orem probó que el Antecristo no tardaría en aparecer, por seis razones sacadas de la pérdida de la doctrina, del orgullo de los prelados, de la tiranía de los gefes de la iglesia, y de su aversión á la verdad.

Los cantores, que no perdonaban ni á los papas, ni á los reyes, ni á los nobles, no guardaban mas atenciones al clero que los sermones. «Di, pues, señor obispo; que nunca seras sabio como note hagan eunuco. — ¡Ah, falso clérigo, traidor, mentiroso, perjuro y relajado! San Pedro nunca tuvo rentas, ni castillos, ni dominios; y nunca pronunció excomunion alguna. Hay eclesiásticos que no brillan mas que por su magnificencia, y que casan á sus sobrinos con las hijas que tuvieron de su amiga.» (Raynouard, *Trovadores*).

«Una vil multitud que no combatió nunca, roba á los nobles su torre y su castillo: el cordero ataca al lobo. — Nuestro obispo vende un féretro por mil sueldos á sus amigos muertos. — El papa es quien reina; se humilla á los pies del poderoso monarca, y oprime al rey desgraciado.»

Toda la tierra feudal se parecia; á Inglaterra se la censuraba del mismo modo:

An other abbai is ther bi,
For soth a gret nunnerie, etc.

«Cerca de cierta abadía se halla un convento de monjas, á la orilla de un rio dulce como la leche. En los dias de verano las monjas jóvenes suben este rio

en góndolas, y cuando están lejos de la abadía, el diablo se mete enteramente desnudo, se acuesta en la ribera, y se dispone á nadar con agilidad. Arrebata á los monges jóvenes y vuelve á buscar las monjas. Enseña á estas una oración: el monge, bien dispuesto, tendrá doce mugeres al año, y sera en breve padre abad.» Suprimo varias obscenidades groseras escritas en antiguo inglés.

El *credo* de Pedro, labrador (Piter Plowman), es una amarga sátira contra los monges mendicantes.

J fond in a freture a Frere on a benche, etc.

«Encontré á un fraile horrible sentado en un banco: estaba grueso como un tonel; y era tan lleno de rostro, que parecia una vejiga hinchada por el viento, ó un saco colgado á sus dos megillas y á su barba: era un verdadero ganso, que hacia remover su carne como el lodo movedizo.»

Los castellanos y las castellanas cantaban, amaban, crecian, y por momentos no creian mucho en Dios. El vizconde de Beaucaire amenaza á su hijo Aucasino con el infierno sino se separa de Nicolasa, su amiga. El doncel responde que se le daba muy poco del paraíso, lleno de frailes haraganos y medio desuados, de clérigos viejos y mugrientos, y de ermitaños llenos de harapos. Quiere ir al infierno, donde tienen consejo pleno los grandes reyes, los paladines y los barones; alli encontrará mugeres hermosas que hayan amado á los ministriles y á los truanes, amigos del vino y de la alegría. (Le Grand d'Aussi, Raynouard, *Hist. de Phil.*, Aug. Capestigue, etc.) Un trovador pide un *pater* para que Dios conceda á todos los que aman, como el hijo del castellano de Aupais, el placer que disfrutó él una noche con Ojina. La condesa de Die escribió al trovador Rambaud, conde de Orange: «Mi bello amigo,

ven esta noche á ocupar en mi lecho el lugar de mi marido.» La condesa de Die era presidente de la corte de amor. Guillermo, conde de Poitiers, fundó en Niort una casa de relajacion á manera de una abadía: cada religiosa tenia una celda, y hacia varios votos placenteros; la priora y la abadesa gobernaban la comunidad, y los vasallos de Guillermo fueron invitados á dotar ricamente el monasterio. Habia tambien *mariscales* de prostitutas.

Vemos á un conde de Armagnac, Juan V, casarse públicamente con su hermana, y vivir con ella en su castillo con todo el honor de baronage. Nadie ignora los furros sensuales del mariscal de Rais.

Los nobles de la gaja ciencia no eran siempre tan corteses y tan donceles, que no se trasformasen algunas veces en malvados en los caminos reales y en los bosques. Los vecinos de Laon llamaron en socorro suyo á Tomás de Coucy, señor del castillo de Marne. Tomás, jóven todavia, robaba á los pobres y á los peregrinos que iban á Jerusalem, y que volvian de la Tierra Santa, y á fin de obtener dinero de sus cautivos, los enganchaba con su propia mano, *testiculis appendebat propria aliquotiens manu*, (Guiberti, *de vita sua*); y resultando una fractura con el peso del cuerpo, salian los intestinos por medio de la abertura. Tomás colgaba tambien á otros desgraciados de los pulgares, y les metia piedras gruesas en los hombros para aumentar su pesadez natural; se paseaba por encima de aquellos suplicios vivos, y acababa de matar á palos á las víctimas que no poseian nada, ó que rehusaban pagar. Habiendo arrojado un dia á un leproso en el fondo de una mazmorra, el nuevo Caco se vió sitiado en su cueva por todos los leprosos de la comarca.

El señor de Tournemine, emplazado en su casa de Auvernia por un ugier llamado Lobo, le hizo cortar el puño, diciendo que nunca se habia presentado ningun

lobo en su castillo sin que hubiese quedado una de sus garras clavada en la puerta.

Reginaldo de Pressigny, señor de Marans, cerca de la Rochela, desollador de vecinos, ladrón de caminos reales, y destrozador de pasajeros, se divertía en sacar un ojo y arrancar las barbas a todos los monjes que atravesaban las tierras de su señorío. Cuando enviaba al suplicio á los desgraciados que rehusaban rescatarse, y que clamaban por la justicia del rey, Pressigny, que en la apariencia sabía el latín, les respondía equivocando las palabras, que estaban engañados en lamentarse de no morir según las reglas, pues morían *jure aut injuria*.

La edad media ofrece un extraño cuadro, que parece ser el resultado de una imaginación poderosa, pero desarreglada. En la antigüedad cada nación sale, por decirlo así, de su propio manantial; un espíritu primitivo, que lo penetró todo, y se dejó sentir en todas partes, hizo homogéneas las instituciones y las costumbres. La sociedad de la edad media se compone de los restos de otras mil sociedades: la civilización romana, y el mismo paganismo, habían dejado huellas; la religión cristiana tenía sus creencias y sus solemnidades; y los bárbaros, francos, godos, burgundios, anglo-sajones, daneses y normandos, conservaban los usos y el carácter propios de sus razas. Mézclábanse todos los géneros de propiedades, y confundíanse todas las especies de leyes; el alen, el feudo, la mano muerta, el código, el Digesto, las leyes sálica, gombeta y visogoda, y el derecho consuetudinario. Encontrábanse todas las formas de libertad y de esclavitud: la libertad monárquica del rey, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del sacerdote, la libertad colectiva de los consejos, la libertad privilegiada de las ciudades, de la magistratura, de los cuerpos de artesanos y de mercaderes; la liber-

tad representativa de la nación; la esclavitud romana, la servidumbre bárbara y la esclavitud del extranjero; de aquí nacieron aquellos espectáculos incoherentes, y aquellos usos que parecían contradecirse unos á otros, y que no tenían mas lazo que el de la religion; dirisise que eran pueblos diversos sin ninguna relacion los unos con los otros, que se habían convenido tan solo en vivir bajo un dueño comun al derredor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia exterior ofrecia entonces la Francia un cuadro mas pintoresco y mas nacional que no el que presenta hoy dia. A los monumentos nacidos de nuestra religion y de nuestras costumbres, hemos sustituido, con deplorable afectacion de la arquitectura bastarda-romana, monumentos que no están en armonia con nuestro cielo, ni son á propósito para nuestras necesidades; fria y servil copia que ha introducido el engaño en nuestras artes; asi como la imitacion de la literatura latina ha destruido en nuestra literatura la originalidad del ingenio franco. No era asi como imitaba la edad media; los espíritus de aquel tiempo admiraban tambien á los griegos y á los romanos; inquirian y estudiaban sus obras; pero en vez de dejarse dominar, los avasallaban, los pulian á su modo, los hacian franceses, y aumentaban su belleza con aquella metamórfosis llena de creacion y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas en Occidente no fueron mas que templos convertidos en tales: el culto pagano era exterior, la decoracion del templo fué exterior; el culto cristiano era interior, la decoracion de la iglesia fué interior. Las columnas pasaban desde fuera hasta dentro del edificio, como en las basílicas en donde se celebraron las asambleas de los fieles cuando salieron de las criptas y de las catacumbas. Las proporciones de la iglesia sobrepujaron en esten-

sion á las del templo, porque la muchedumbre cristiana se amontonaba bajo la bóveda de la iglesia, y la muchedumbre pagana se esparcía en el peristilo del templo. Pero cuando los cristianos quedaron dueños, dejaron esta economía, y adornaron el paisaje y el cielo de sus edificios.

La arquitectura neogriega, por una misma emancipacion del espíritu humano, se manifestó en Oriente con el neoplatonismo; era natural que las artes siguiesen las ideas, y sobre todo las ideas religiosas, á las cuales se dedican con preferencia los pueblos. Los primeros ensayos, ó mas bien los primeros juegos de esta arquitectura, se hicieron notables en los templos de Dafne, de Balbek y de Palmira: desplegóse en Siria en los monumentos de Santa Elena, y se hizo cristiana en Jerusalem, en la época en que el neoplatonismo se hacia cristiano en el concilio de Nicea. Justiniano la hizo reinar, edificando sobre los fundamentos de la Santa Sofia romana de Constancio, la Santa Sofia neogriega de Isidoro de Mileto. De allí pasó á Italia, y desarrolló su arte en la iglesia octágona de San Vital en Rávena: Carlo-Magno, en el siglo octavo, reprodujo este monumento ampliado en Aix-la-Chapelle. «Edificó iglesias y abadías en diversos lugares, en honor de Dios y en provecho de su alma; entre otras fundó la iglesia de Aix-la-Chapelle, obra maravillosa, en honor de nuestra Señora Santa María.... Principió diversos palacios en varios puntos, de obra costosa: hizo uno cerca de la ciudad de Maguncia, y junto á otra ciudad que que tiene por nombre Ingelheim; y otro en la ciudad sobre el rio de Vahalam. Mandó en su reino á todos los obispos y á todos aquellos á quienes pertenecian los curatos, que reedificasen las iglesias y abadías que el tiempo habia arruinado »

Tres siglos mas tarde la arquitectónica nueva se presentó segunda vez en las playas latinas, y anunció

su vuelta por la edificación de la catedral de Pisa. Hay errores que consagra la voz popular, y á los cuales se ve obligada á someterse la ciencia; el neogriego en Italia fué llamado *arquitectura lombarda*, y en Francia *arquitectura gótica*, y ni los lombardos ni los godos tenían parte en ella: el mismo Teodorico se contentó con imitar ó reparar las masas del Foro y del Campo de Marte.

Mientras que la arquitectura neogriega, infiel al Partenon abandonado, se apoderaba de los edificios cristianos, invadía tambien los edificios mahometanos. Los árabes la *orientalizaban* por el califa Aroun y las Mil y una Noches: llevaronla con ellos en sus conquistas; de la mezquita del Cairo en Egipto llegó á la de Córdoba en España, casi al mismo tiempo en que los exarcas de Rávena la introducían en Italia. Así el descendiente de la Jonia apareció en la Europa Occidental, llevando en la una mano el estandarte del Profeta y en la otra el de Cristo: la Alhambra de Granada y San Marcos de Venecia atestiguan su inconstancia y las maravillas de sus caprichos. Aparecen mas órdenes distintas, mas arquivadas, ó arquivadas destrozadas; en vez de pórtico una portada; en vez de frontis una fachada; en vez de friso, de cornisa y de entablamento, una balustrada. En fin, con el siglo XIII relumbro aquella arquitectura de arcos diagonales, que reinó sobre todo en los países de la dominación franca, sajona y germánica; mas allá de los Pirineos y de los Alpes encontró las preocupaciones y las piezas maestras de la arquitectura mozarabe, del estilo bastardo-romano, y del primitivo dórico de la grande Grecia. La arquitectura de arcos diagonales fué una conquista de las cruzadas de Felipe Augusto y de San Luis.

A la columnita corta, á las gruesas columnas de historiados capiteles se substituyeron delgadas y largas

columnas en haces, ramificadas en sus extremos, desplegadas en roeles, y proyectando en los aires sus molduras delicadas, que eran como la fragil armazon de los techos. Sustituyéronse á los círculos llenos de los arcos, á los arcos abovedados con asas de canasto las ojivas, y los arcos en forma de arista, cuyo origen tal vez viene de Persia, y cuyo patron ó dechado es la hoja de la morera india, á no ser que el arco ojival sea el simple diseño de un fácil rasguño. El diagonal no se separa de tal modo del neogriego, que no se encuentren en él diferentes relaciones.

El círculo, figura geométrica rigurosa, no deja nada al arbitrio; la elipse, curva flexible, se entifa ó se endereza á voluntad del que la emplea: el diagonal, cuyo foco no es mas que el encuentro de dos elipses de un triángulo curvilíneo, se podia ensanchar y estrechar desde el mas corto diámetro hasta el diámetro mas largo; propiedad que dejaba inmenso juego al gusto del artista, y que explica la variedad del gótico. Ni un solo monumento de este orden se parece á otro, y en cada monumento ningun pormenor es rigurosamente simétrico; el adorno mismo está algunas veces calculado para no producir su efecto natural: varias figuras pequeñas, colocadas en los nichos ó en las molduras concéntricas de las puertas, se hallan arregladas de modo que podrian tomarse por arabescos, por volutas, por espirales, por collarines, y no por disposiciones del estatuario.

Imitando las construcciones sarracenas, levantáronlas y dilatáronlas los arquitectos cristianos; colocaron mezquitas sobre mezquitas, columnas sobre columnas, galerías sobre galerías; añadieron alas á los dos lados del coro, y capillas á las alas. Por todas partes reemplazó la linea espiral á la linea recta; en vez del techo liso ó encorvado, se vació una bóveda estrecha cerrada á modo de ataud ó de fondos de bagel; las

torres labradas sobrepusieron á los minaretes en altura.

La cristiandad elevaba con gastos comunes, por medio de demandas y limosnas, aquellas catedrales, cuya construcción cada estado en particular, no era bastante rico para pagar, y de las cuales ninguna está acabada. En tan vastos y misteriosos edificios se gravaban en relieve ó en molde, como con un sacabocados, los adornos del altar, los monogramas sagrados, los vestidos y las cosas del uso de los ministros: las banderas, las cruces con diversos adornos, los cálices, los viriles, los doseles, las capas, las capuchas, los báculos y las mitras, cuyas formas se vuelven á encontrar en la arquitectura gótica, conservaban los símbolos del culto produciendo efectos artísticos inesperados; bastante á menudo las canales estaban cortadas en figura de demonios obscenos ó de monges vomitando. La arquitectura de la edad media ofrecía una mezcla de trágico y de burlesco, de gigantesco y de gracioso, como los poemas y las novelas de la misma época.

Las plantas de nuestro suelo, los árboles de nuestros bosques, el trébol y el reble, decoraban también las iglesias, lo mismo que habían embellecido el acanto y la palmera los templos de la patria y del siglo de Pericles. Una catedral por dentro era un bosque, un laberinto, cuyos mil abovedados arcos, á cada movimiento que hacía el espectador, se interceptaban, se separaban, se enlazaban de nuevo en cifras, en aros, en revueltas; aclaraban este bosque algunos rosetones de luz incrustados de vidrios pintados, que parecían otros tantos soles brillando con mil colores bajo de la enramada: por fuera la misma catedral parecía un monumento, al cual hubiesen dejado su casco, sus botariles y sus tablados. Y á fin de que los apoyos de la nave aérea no afeasen la estructura, el cincel los había

cortado; no se veían mas que arcos de puentes, pirámides, agujas y estatuas.

Los adornos que no estaban juntos con el edificio se maridaban con su estilo: los sepulcros eran de forma gótica; y la basilica, que se elevaba como un gran catafalco por encima de ellos, parecía haberse amoldado á su forma. Todavía se admira en Auch uno de aquellos coros de madera de roble, tan comunes en las abadías, y que repetían los adornos de la arquitectura. Todas las artes del dibujo participaban de aquel gusto florido y compuesto: en las paredes y en los vidrios se veían pintados paisajes, escenas de la religion y de la historia nacional.

En los castillos las armas coloridas puestas en los losanges de oro, formaban cielos rasos semejantes á los de los hermosos palacios del *Cinquecento* de Italia. La misma Escritura estaba dibujada; el geroglífico germánico, substituido al pié derecho rectilíneo romano, hacia armonía con los escudos de armas y las piedras sepulcrales. Las torres aisladas que servían de centinelas en las alturas; los castillejos encerrados en los bosques, ó pendientes en las cimas de las rocas como los nidos de los buitres; los puentes puntiagudos y estrechos arrojados osadamente en los torrentes; las ciudades fortificadas que se encontraban á cada paso, y cuyas almenas eran á la vez murallas y adornos; las capillas, los oratorios, las ermitas colocadas en los lugares mas pintorescos á la orilla de los caminos y de las aguas; los campanarios, las agujas de las parroquias del campo, las abadías, los monasterios, las catedrales; todos aquellos edificios que ya no vemos sino en corto número, y de los que el tiempo ha ennegrecido, obstruido y roto las puntas; todos aquellos edificios tenían entonces el brillo de la juventud, salían de manos del artífice; la vista, en la blancura de sus piedras, no perdía nada de la ligereza de sus por-

menores, de la elegancia de sus enrejados, de la variedad de sus dibujos, de sus grabados, de sus cinceladuras, de sus calados, y de todos los caprichos de una imaginación libre é inagotable.

¿Se quiere saber hasta qué punto estaba cubierta la Francia de aquellos monumentos? Los trece volúmenes de la *Galia cristiana*, que no está acabada, dicen que había mil quinientas abadías ó fundaciones monásticas. El catálogo general presenta un total de treinta mil cuatrocientos diez y nueve curatos, y diez y ocho mil quinientas treinta y siete capillas, cuatrocientos veinte capítulos con sus iglesias, dos mil ochocientos sesenta y dos prioratos, y novecientos treinta y un hospitales; y el catálogo está muy incompleto. Jacobo Coeur contaba un millón y setecientos mil campanarios en Francia, y la *Sátira Menipea* reprodujo el mismo cálculo.

No era mucho dar un castillo, castillejo ó castillo grande por doce campanarios. El señor que poseía tres castellanías y una *ciudad cerrada*, tenía derecho de justicia; así es que se contaban en Francia setenta mil feudos ó sub-feudos, de los cuales tres mil eran titulados.

Un cálculo moderado presenta sobre estos setenta mil feudos, siete mil justicias altas á bajas, y supone por consiguiente siete mil *ciudades cerradas* ó fortificadas: la suma total aproximativa de los monumentos (así iglesias como capillas, ciudades, castillos, etc.), es un millón ochocientos setenta y dos mil novecientos veinte y seis, sin hablar de las basílicas, de los monasterios encerrados en las ciudades, de los palacios reales y episcopales, de las casas de ayuntamiento, de las alhóndigas públicas, de los puentes, de las fuentes, de los anfiteatros, acueductos y templos romanos que existían todavía en el Mediodía de la Francia. Ved aquí sin duda un suelo adornado con mas

profusion que en el día. La arquitectura religiosa, civil y militar gótica, formaba pirámides, y atraía de lejos la vista; la moderna arquitectura civil y la nueva arquitectura militar apropiada á las nuevas armas, lo han arrasado todo: nuestros monumentos se han humillado y nivelado como nuestros rangos.

¿Dejará nuestro tiempo testimonios tan multiplicados de su tránsito como el tiempo de nuestros padres? ¿Quién levantará al presente iglesias y palacios en todos los rincones de la Francia? No tenemos ya la autoridad real de una dinastía, ni la aristocracia hereditaria, ni las grandes corporaciones civiles y comerciantes, ni la grande propiedad territorial, ni la fé que removi6 tantas piedras. La libertad de la industria y de la razon no puede levantar mas que bolsas, almacenes, fábricas, mercados, cafés, figones, casas económicas en las ciudades, cabañas en los campos, y pequeños sepulcros por todas partes. Dentro de cinco ó seis siglos, cuando la religion y la filosofia saldarán sus cuentas, cuando computarán los días que les habrán pertenecido, y cuando una y otra enseñarán el catálogo de sus ruinas, ¿cual de las dos tendrá mas larga vida trascurrida, y mayor suma de memorias?

La poblacion, moviéndose alrededor de los edificios de la edad media, está descrita en las crónicas y pintada en las láminas; y casi igualaba á la poblacion de hoy día. Imaginé, por algunos cálculos cuyas pruebas no puedo insertar en un analisis, que la sobrefaz del suelo francés, tal como existe al presente, está cubierta por veinte y cinco millones de hombres: este número se deduce de las listas de los impuestos, de las quintas, del recuento de los habitantes de las ciudades, y del empadronamiento de las masas comunales cuando eran llamadas bajo sus banderas.

El pais era rico, y estaba bien cultivado, lo que demuestran la inmensidad y la variedad de las contri-

buciones reales y señoriales que he indicado sumariamente.

Así que Eduardo III, después de prestar homenaje á Felipe de Valois, regresó á Inglaterra, «la reina Felipa de Hainaut lo recibió, dicen las crónicas, alegremente, y le pidió noticias del rey Felipe, su tío, y de su noble linaje de Francia: su marido el rey le dió amplia aclaración del brillante estado en que había encontrado la Francia, y de los hombres que había en ella, y le manifestó que ningun otro país se le podía comparar.» Es cierto que la guerra cuando no estermina totalmente los pueblos, los multiplica, é influye en las instituciones mas que los hombres: el feudalismo, que debió su nacimiento y su poder á la guerra, fué destruido por ella en el reinado de Felipe de Valois, del rey Juan, de Carlos V, de Carlos VI y de Carlos VII.

Las diversas clases de la sociedad, y las diferentes provincias en la edad media, se distinguían las unas por la forma de sus vestidos, y las otras por sus modos locales: las poblaciones carecían del aspecto uniforme que una misma manera de vestir da ahora á los habitantes de nuestras ciudades y de nuestros campos. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las órdenes, los peregrinos, los penitentes pardos, negros y blancos, los ermitaños, las cofradías, los gremios de artesanos, los paisanos y los campesinos, ofrecían infinita variedad de vestidos; todavía vemos algo semejante en Italia. Si sobre este punto nos referimos á las artes, ¿qué puede hacer el pintor de nuestro vestido estrecho, de nuestro sombrerillo redondo, y de nuestro sombrero de tres picos?

Desde el siglo XII hasta el siglo XIV, el labrador y el paisano vistieron sayo ó casaca gris atada con un cinturón. El sayo de piel, ó el *pelicon*, del cual nació el sobrepelliz, era comun á todos los estados. El ropon

forrado y la bata larga oriental envolvian al caballero cuando dejaba su armadura; las mangas de la bata cubrian las manos, y se parecia al caftan turco de hoy dia: el gorro adornado de plumas, y la capucha ó caperuza hacian las veces de turbante. De la bata ancha pasaron al vestido estrecho, y despues volvieron á la bata, que fué blasonada en tiempo de Carlos V. Los calzones, tan cortos y tan estrechos, que rayaban en indecentes, se detenian en medio del muslo; las dos medias eran desemejantes, y llevaban una pierna de un color y otra de otro. Lo mismo sucedia con la cota de archero, que era medio negra y medio blanca, y con la caperuza, que era medio azul y medio colorada. «Y las batas se usaban tan estrechas, que al ponérselas y quitárselas parecia debian romperse. Otros llevaban las batas levantadas hasta los lomos como las mugeres, y las caperuzas partidas igualmente en dos. Y llevaban un calzon de una tela y otro de otra. Y llevaban las caperuzas y las mangas casi arrastrando, y mas bien parecian truhanes que otra cosa. Y por esto no fué maravilla si Dios quiso corregir la mala conducta de los franceses con su azote.» La ostentacion del lujo es odiosa sin duda en medio de la miseria pública; pero el gusto en los atavíos distinguió á nuestra nacion, cuando era aun salvaje, en los bosques de la Germania. Un francés asi se pone sus mejores vestidos para ir al cadalso ó á atacar al enemigo, como para ir á un festin; y lo que le disculpa es, que no cuida mas de su vida que de su vestido.

Por encima de la bata, en los dias de ceremonia, llevaban una capa, tan pronto corta como larga. La capa de Ricardo I era de una tela rayada, sembrada de globos y de medias lunas de plata, á imitacion del sistema celeste (Winisauf). Los collares pendientes servian igualmente de atavíos á los hombres y á las mugeres.

Los zapatos puntiagudos y rehenchidos á la *poulaine* estuvieron mucho tiempo en uso. El operario recortaba la parte superior como las ventanas de la iglesia; eran largos de dos pies para el noble, adornados al extremo con cuernos, garras ó figuras grotescas; alargáronse aun mas, de suerte que era imposible andar sin levantar la punta y atarla á la rodilla con una cadena de oro ó de plata. Los obispos descomulgaron los zapatos á la *poulaine*, y los trataron de pecado *contra naturaleza*: Carlos V declaró que eran *contra las buenas costumbres, é inventados en escarnio del Criador*.

En Inglaterra, un decreto del parlamento, prohibió á los zapateros hacer zapatos ó boreguis cuya punta fuese mayor de dos pulgadas. Las anchas babuchas cuadradas por el extremo reemplazaron al calzado de picos. Las modas variaban entonces tanto como al presente; era conocido el caballero ó la dama que imaginaba el primero ó la primera una *haligote* (moda) nueva: el inventor de los zapatos á la *poulaine* fué el caballero Roberto el Cornudo (W. Malmsbury).

Las hidalgas cubrían su delicado cutis con finísimo lienzo; vestían unas túnicas que subían envolviéndoles la garganta, con el escudo de armas de su marido á la derecha y el de su familia á la izquierda. Tan pronto llevaban los cabellos rasos, alisados sobre la frente, y cubiertos con un gorrillo entretegido de cintas; tan pronto hacían con ellos una pirámide alta de tres pies, á la que colgaban grñones, velos largos ó banderillas de seda, que caían hasta el suelo, y daban vueltas á voluntad del viento: en tiempo de la reina Isabel se vieron obligados á levantar y ensanchar las puertas para que pudieran pasar los tocados de las castellanas (Monstrelet). Sostenían tales tocados dos cuernos torcidos, armadura del edificio: de lo alto del cuerno, del lado derecho, descendía una ligera tela, que la jóven dejaba flotar, ó que recogía sobre su se-

no, como un griñon, envolviéndola en su brazo izquierdo. Una muger en pleno *esbatement*, ostentaba collares, braceletes y sortijas; ataban á su cintura enriquecida con oro, perlas y piedras preciosas, una escarcela bordada: galopaba sobre un palafren; llevaba un pajarito en el puño, ó una caña en la mano. «¿Puede darse cosa mas ridicula, dice Petrarca en una carta dirigida al papa en 1366, que ver los hombres con la barriga hinchada; por bajo largos zapatos puntiagudos, por arriba gorras cargadas de plumas; cabellos trenzados ondeando por detrás como la cola de un animal, y sostenidos en la frente con alfileres de cabeza de marfil?» Pedro de Blois añade, que estaba en buen uso hablar con afectacion. ¿Y qué lengua hablaban asi? la lengua de Wallace y del romance de Rou, de Ville-Hardouin, de Joinville y de Froissard.

El lujo de los vestidos y de las fiestas raya en increíble; nosotros somos mezquinos personajes en comparacion de aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. Viéronse en un torneo mil caballeros vestidos con ropa uniforme de seda llamada *cointise*, y al dia siguiente se presentaron con una vestimenta nueva, tambien magnifica. (Mateo Paris). Uno de los trages de Ricardo II, rey de Inglaterra, le costó treinta mil marcos de plata (Knyghton). Juan Arundel tenia cincuenta y dos vestidos completos de tela de oro. (Hollingshed Chron.)

En otra ocasion, y en distinto torneo, desfilaron al principio uno tras otro sesenta soberbios caballos ricamente cubiertos de caparazones, conducidos cada uno por un escudero de honor, y precedidos de trompetas y ministriles; siguiéronse despues sesenta damas jóvenes montadas en palafrenes, soberbiamente vestidas, y llevando cada una como de trailla, con una cadena de plata, un caballero armado de todas armas. La danza y la música hacian parte de aquellos *bandors*

(regocijos). El rey, los prelados, los barones y los caballeros saltaban al son de las gaitas zamoranas y de las *chiffonies*.

En las fiestas de Navidad había grandes funciones de máscaras: el infortunado Carlos VI, disfrazado de salvaje, y envuelto en una sábana impregnada de pez, pensó ser víctima de una de estas locuras: cuatro caballeros enmascarados como él fueron quemados.

Las representaciones teatrales principiaban en todas partes: en Inglaterra los tratantes de paños representaron la Creación; y Adán y Eva salieron enteramente desnudos. Los tintoreros representaron el Diluvio; la mujer de Noé rehusaba entrar en el arca, y dió un bofetón á su marido. (*Hist. de la poesía ingl.: Warton*).

La pelota, el mallo, el tejo, los bolos y los dados enloquecían todas las cabezas: queda una cuenta de Eduardo II para pagar á su barbero la suma de cinco eschelínes, la cual suma se la había prestado el barbero para jugar á cruz ó cara.

La caza era el mayor recreo de la nobleza: citábase jaurias de 1600 perros. Sabido es que los galos adiestraban los perros para la guerra, y que los coronaban de flores. Abandonaban las redes para uso de los plebeyos. Las cazas reales costaban tanto como los torneos: va unida tristemente á nuestra historia una de estas cazas.

Había llegado á Inglaterra el príncipe Negro, llevando en su compañía al rey Juan, que era prisionero suyo. Eduardo había dispuesto un grande recibimiento en Londres, tal como lo hubiese preparado á un potentado que le hubiese hecho una visita. El en persona, en medio de los príncipes de su sangre, grandes barones y caballeros, monteros, halconeros, pajes, oficiales de la corona, heraldos de armas y palafreneros, se puso al frente de una brillante caza en

un bosque situado en el camino del rey cautivo.

Cuando los picadores enviados á la descubierta anunciaron que se aproximaba Juan, se adelantó montado hácia él, bajó su caperuza, y saludando á su desgraciado huésped: «Querido primo, le dijo, seas bien venido á la isla de Inglaterra.» Juan bajó la caperuza á su vez, é hizo á Eduardo su saludo. «El rey de Inglaterra, dicen las crónicas, hizo al rey de Francia mucho honor y reverencia, le invitó al vuelo del gavilán para cazar y disfrutar de sus recreos.» Juan rehusó tales placeres con gravedad, pero con cortesía; por lo que saludándole de nuevo Eduardo, le dijo: «Adios, lindo primo:» y haciendo sonar la bocina, se internó con la caza en el bosque. Esta generosidad algo ostentosa no consolaba mas al rey Juan, que el humilde y pequeño caballo del príncipe de Gales; haciendo resaltar la prosperidad de un monarca, manifestaba demasiado la miseria del otro.

En cuanto á la comida, la anunciaban con el sonido de la bocina en la casa de los nobles: esto se llamaba *bocinar el agua*, porque se lavaban las manos antes de sentarse á la mesa. Comían á las nueve horas de la mañana, y cenaban á las cinco horas de la tarde. Se sentaban en bancos, tan pronto elevados, tan pronto bajos, y la mesa subía y bajaba á proporción. Del banco provino la palabra *banquete*. Había mesas de oro y de plata cinceladas; las mesas de madera se cubrían con manteles dobles llamados *doubliers*; los plegaban como ríos ondeantes que mueve suavemente fresco vientecillo. Las servilletas son mas modernas. Los tenedores, que no eran conocidos de los romanos, fueron tambien desconocidos de los franceses casi hasta el fin del siglo catorce; no los volvemos á encontrar hasta el tiempo de Carlos V.

Comían poco mas ó menos todo lo que nosotros comemos, y hasta con un esmero que ignoramos hoy

dia; la civilización romana no había perecido en la cocina. Entre los platos esquisitos encuentro el *delle-grout*, el *maupigyrnum* y la *karumpie*. ¿Que era esto? Servían pastelerías de formas obscenas, que llamaban con sus propios nombres; los eclesiásticos, las mugeres y las doncellas hacían inocentes estas desvergüenzas con púdica ingenuidad (1). La lengua estaba entonces enteramente desnuda; las traducciones de la Biblia de aquellos tiempos son tan íntegras é indecentes como el texto. *La instrucción del caballero Geoffroy Lataur-Landry, hidalgo anjovino, á sus hijas*, manifiesta la medida de la libertad de las doctrinas y de las palabras.

Hacían abundante uso de la cerveza, de la sidra y de vinos de todas clases: se menciona la sidra en la segunda dinastía. El clarete era vino clarificado mezclado con especias, y el hipocrás, vino endulzado con miel. En un festín que dió un abad, en 1310, se reunieron 6,000 convidados, y había 3,000 platos.

Las comidas reales estaban interpoladas con intermedios. En el banquete que Carlos V ofreció al emperador Carlos IV, se adelantó moviéndose una vasija por medio de resortes ocultos: veíase en el puente á Godofredo de Bullon rodeado de sus caballeros. A la vasija se siguió la ciudad de Jerusalem con sus torres cargadas de sarracenos, los cristianos desembarcaron, pusieron escalas en las murallas, y asaltaron la ciudad santa.

(1) *Alias fingunt oblonga figura, alias spherica et orbiculari, alias triangula quadrangulaque: quædam ventricolæ sunt: quædam pudenda muliebria, alie virilia (si dii placet) representant: adeo degeneravere boni mores ut etiam christianis obscene et pudenda in cibis placeant. Sunt etenim quos.... saccharatos appellitent.* (De re cibaria; lo. Bruyerino Cæmpugio Lugdunensi auctore, lib. VI, capítulo VII, pág. 402; prima editio. Lugduni, 1560).

Froissard nos hará ver mejor todavía una comida de un distinguido baron de su siglo.

«En el estado que os digo vivía el conde de Foix. Y cuando á media noche venia desde su cuarto á cenar á la sala, tenia delante de sí, doce teas encendidas que llevaban doce criados, las cuales doce teas se quedaban delante de su mesa alumbrando la sala, la cual sala estaba llena de caballeros y de escuderos; y siempre habia mesas dispuestas para cenar los que querian cenar. Nadie hablaba con él en su mesa si no le llamaba. Comia por costumbre aves con abundancia, y en especial las alas y las piernas tan solo, y casi no bebia. Tenia por gran diversion toda especie de música, y bien se echaba de ver. Hacía que los clérigos cantasen delante de él canciones y redondillas. Se sentaba á la mesa á las dos, y así veía con gusto platos de raros manjares, y vistos los enviaba á caballeros y escuderos. Antes que yo llegase á su corte, habia visto ya muchas de reyes, de duques, de principes, y condes y damas de alta gerarquía; pero esta me agradó mucho mas, porque en punto de armas sobresalía la del conde de Foix. En las salas, camaras y patios iban y venian caballeros que hablaban de los lances de honor y de guerra. No habia distincion y grandeza que allí no se hallase. Allí se sabian noticias de todos los reinos y paises, porque se recibian mensajes de todas partes por el cuidado y magnificencia del señor.»

Este conde tan célebre por su cortesía habia muerto con su propia mano á su hijo único. «El conde se irritó, y sin decir una palabra, salió de su cuarto, y se dirigió á la cárcel en que estaba su hijo: por desgracia tenia en la mano un pequeño cuchillo para limpiarse y pulirse las uñas. Hizo abrir la puerta de la prision, y tenia la hoja del cuchillo por la punta. Desgraciadamente metiendo esta punta en el cuello de su

hijo, le cortó no sé qué vena, y le dijo: «¡Ah malvado! ¿por qué no comes?» Salióse en seguida el conde sin decir ni hacer otra cosa, y se volvió á su cuarto. El hijo quedó espantado de la llegada de su padre, y como estaba débil del ayuno, y sintió la punta del cuchillo que le tocó la garganta en la vena, se volvió de otro lado y espiró.»

Froissard apenas tiene razones para disculpar el crimen de su huésped.

Se vieron abligados á establecer leyes suntuarias para la mesa: estas leyes no concedían á los ricos mas que dos servicios y dos clases de manjares, á escepcion de los prelados y de los barones, que comían de todo con entera libertad; no permitían comer carne á los negociantes, y una sola comida á los artesanos, en las otras comidas debían sustentarse con leche, manteca y legumbres.

La cuaresma, que era rigurosamente escesiva, no impedía las refacciones clandestinas. Una muger habia asistido con los pies desnudos á cierta procesion, y hacia la lacerada mas que diez. Al salir de ella la mogigata fué á comer con su amante un cuarto de cordero y un jamon. El olor llegó hasta la calle: subieron arriba; prendiéronla, y la condenaron á ser paseada por la ciudad con el cuarto en el asador, al hombro, y el jamon colgado al cuello. (Brantome).

Los viajeros hallaban por dó quiera posadas: cabalgando Jehan Froissard con el señor Espaing de Lyon, va de meson en meson preguntando la historia de los castillos que descubria á lo largo del camino, y que le referia el buen caballero su compañero. «Llegamos á Tarbes, y nos detuvimos en la posada de la Estrella, y permanecimos allí todo el dia, porque es una ciudad muy buena para mantener los caballos: ricos henos, ricas avenas y hermoso rio... despues

llegamos á Orthez. El caballero se apeó en su posada y yo me apeé en la posada de la Luna.»

Encontrábanse en los caminos carros ó literas, mulas, palafrenes y carruages tirados de bueyes: las ruedas de las carretas estaban hechas á la antigua. Los caminos se dividian en caminos de *pontazgos* y en sendas; varias leyes arreglaban la anchura: el camino de pontazgo debia tener catorce pies (Mss. Sainte-Palaye); las sendas podian estar sombreadas, pero era preciso escomondar los árboles á lo largo de los caminos reales, á escepcion de los *árboles de abrigo* (Ordenanzas). El servicio de los fundos escavó la infinita multitud de caminos de tránsito de que están llenos nuestros campos.

Los baños cálientes eran de uso comun, y tenian el nombre de estufas: los romanos nos habian dejado su uso, que no se perdió hasta el tiempo de la monarquía absoluta, época en que la Francia se hizo sucia.

En tiempo de Felipe Augusto gritaban en las calles de París:

¿Quereis bañaros, señor?
Los baños están cálientes,
Entrad, pues, sin detencion.

Era aquel tiempo admirable en todas las cosas; el limosnero, el monge, el peregrino, el caballero y el trovador, siempre tenian que decir ó que contar aventuras. Por la noche, sentados en los bancos que rodeaban el hogar, escuchaban ó la novela de Lanclothe del Lago, ó la lamentable tragedia del castellano de Coucy, ó la historia menos triste de la reina Pedauque, «ámpliamente calzada como los gansos, y como iba en otro tiempo en Tolosa la reina Pedauque (Ravelais):» ó el cuento del *gobelin* Orton, gran novelista que iba por el aire, y que fué muerto dentro de una puerca negra (Froissard).

La linda Melusina estaba condenada á ser medio serpiente todos los sábados, y hasta los otros días, á menos que un caballero no consintiese en casarse con ella, renunciando no verla el sábado. Raimondino, conde de Forez, habiendo encontrado á Melusina en un bosque, la hizo su muger; tuvo muchos hijos, entre otros un hijo que tenía un ojo colorado y otro azul; Melusina edificó el castillo de Lusignan. Pero en fin, habiendo querido Raimondino ver á su muger un sábado cuando era medio serpiente, escapóse ella por una ventana, y permaneció hada hasta el día del juicio. Cuando el castillo de Lusignan muda de dueño, ó cuando ha de morir alguno de la familia señorial, se aparece tres días Melusina en las torres del castillo, y da grandes gritos. Tal era la Psiquis de la edad media, y aquel castillo de Lusignan que admiró Carlos V, y cuya ruina deplora Brantome.

Con estos cuentos escuchaban también ó el serventesio del trovador contra un caballero traidor, ó los milagros de un piadoso personaje. Las vidas de los santos, recogidas por los Bolandistas, no eran de imaginación menos brillante que las relaciones profanas: encantos de hechiceras, torres de trasgos y duendes, viajes de jarulfos, esclavos rescatados, atacados por bandidos; viajeros salvados, y con quienes por causa de su belleza se casan las hijas de sus huéspedes (*Saint-Maxime*); luces que durante la noche revelan en medio de los zarzales el sepulcro de alguna virgen; y castillos que aparecen de repente iluminados. (*Saint-Viventius, Maure et Brista*).

San Deicolo se había extraviado; encuentra un pastor, y le ruega que le enseñe una posada: «No sé ninguna, dijo el pastor, sino es en un lugar regado de fuentes, en el dominio del poderoso vasallo Weissart. —¿Quieres conducirme allá?» respondió el santo. —No puedo dejar el ganado;» replicó el pastor. Deico-

lo clava su baston en tierra, y cuando volvió el pastor despues de haber conducido al santo, halló su ganado durmiendo apaciblemente alrededor del milagroso baston. Weissart, terrible castellano, jura hacer mutilar á Deicolo; pero Bertilda, esposa de Weissart, venera en gran manera al ministro de Dios. Deicolo entra en la fortaleza; los esclavos quieren apresuradamente desembarazarle de su capa; les da las gracias, y cuelga la capa de un rayo del sol que pasaba por entre la lumbrera de una torre. (Boll. tom. II, página 202.)

Querer desarrollar con método el cuadro de las costumbres de aquellos tiempos, seria á la vez intentar un imposible, y confirmar la confusion de las mismas costumbres. Es preciso sacar á luz confundidas todas aquellas escenas, tales como se sucedian sin orden, ó se enredaban en una accion comun y en un mismo momento: no habia unidad mas que en el movimiento general que arrastraba á la sociedad hácia una perfeccion lejana, por la ley natural de la humana existencia.

Veíase por un lado la caballeria, por otro el levantamiento de las masas rústicas; y en el clero todos los desarreglos de la vida, y todo el ardor de la fé. Los *galos* y las *galaş*, especie de penitentes de amor, se calentaban en el verano en grandes hogueras, y se cubrian de pieles; en el invierno no llevaban mas que una *cota simple*, y no ponian en sus ebimencas mas que verduras. *Muchos tiritaban de puro frío, y morian helados junto á sus amigas, y sus amigas tambien junto á ellos hablando de sus amores* (1). En tiempo de la *Vaudoisie de Arras*, los hombres y las mugeres retirados á los bosques, despues de haber hallado cierto de-

(1) Latourt. *Hist. de Poitou; Sainte-Pelaye., Mem sur l'anc. chev.* cinquieme partie, dans les notes, pag. 387.

monio, se entregaban á una prostitucion general. Los turlupinos practicaban iguales liviandades.

Varios monges libertinos quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir; durante la noche sacaron del féretro el cadáver del prelado, le despojaron de su mortaja, le azotaron, y quedaron absueltos por haber pagado cada año cuarenta sueldos de multa. Los frailes franciscanos habian renunciado *toda clase de propiedades*; y el pan cotidiano que comian era una propiedad. Si, decian los religiosos de las otras órdenes; asi, pues, el fraile franciscano que come, viola la constitucion de su órden, y está en pecado mortal, por la sola razon de que vive, y de que necesita comer para vivir. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los frailes franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. De aqui provino una guerra de cien años: y el conde de Mans, que fué despues Felipe de Valois, pasó los Alpes para defender la iglesia contra los Visconti y los frailes franciscanos (1).

Corrian al cabo del mundo, y apenas se atrevian, en el Norte de la Francia, á viajar de un monasterio á otro: ¡tan largo y peligroso parecia el camino de pocas leguas! Los giróvagos ó monges errantes (los cuales dependian de los caballeros andantes), caminando á pié, ó cabalgando en una pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos: se hacian quemar vivos por los papas, á quienes reprochaban sus desórdenes, y ahogar por los principes, cuya tiranía atacaban. Los hidalgos se emboscaban en los caminos y despojaban á los pasajeros, mientras que otros hidalgos se enseñoreaban en España, en Grecia y en Dalmacia, de in-

(1) *Spieil*, tom. I, pág. 73; *Hist. des ouvrages des sav.*, an. 4700, pág. 72; *Lett. sur le peché imaginaire*, pág. 22 et suiv.

mortales ciudades cuya historia ignoraban. Había córtes de amor, donde razonaban según las reglas todas del escotismo, y de las cuales eran miembros los canónigos; había trovadores y ministriles que vagaban de castillo en castillo, despedazando á los hombres con sátiras, y alabando á las damas en sus baladas; vecinos, divididos en corporaciones de artesanos, celebrando fiestas á sus patronos, en las cuales se mezclaban los santos del paraíso con las divinidades de la fábula; representaciones teatrales; fiestas de locos y de cornudos; misas sacrilegas; sopas de carne que comían en el altar; el *ite misa est*, al que respondían tres rebuznos de un asno; barones y caballeros que se empeñaban en misteriosas comidas á armar guerra en un país, y que hacían voto sobre un pavo ó sobre una garza real, de hacer hazañas por sus amigos; los judíos, atrozmente despedazándose entre sí, y conspirando con los leprosos para emponzoñar los pozos y las fuentes; tribunales de todas clases, condenando en virtud de toda especie de leyes, á toda suerte de suplicios, á acusados de todas las categorías, desde el heresiarca desollado y quemado vivo, hasta los adúlteros atados desnudos uno á otro, y paseados por medio del pueblo; el juez prevaricador sustituyendo al homicida rico condenado un preso inocente; legistas dando principio á aquella magistratura que recordó, en medio de un pueblo ligero y frívolo, la gravedad del senado romano: y para mayor confusión, para mayor contraste, la antigua sociedad civilizada, á la manera de los antiguos, perpetuándose en las abadías; los estudiantes de las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia; y el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría, mezclándose con el ruido de los torneos, con las corridas de caballos y de los héticos ejercicios. Coloquemos, en fin, dentro y fuera de aquella sociedad tan agitada, otro princi-

pio de movimiento; un sepulcro, objeto de todas las ternezas, de todos los pesares, de todas las esperanzas; que llevaba sin cesar mas allá de los mares, á los reyes y á los vasallos, á los valientes y á los culpables: los primeros para buscar enemigos, reinos, aventuras; los segundos para cumplir votos, espiar crímenes y acallar remordimientos.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las cruzadas, fué mucho tiempo para los franceses el país de la religion y de la gloria; volvian sin cesar los ojos hácia aquel hermoso sol, hácia aquellas palmas de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde descansaban los infieles á la sombra de los olivos plantados por Baudouino, y hácia aquellos campos de Ascalon, que conservaban todavía los restos de Godofredo de Bullon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sergino; hácia aquella Jerusalem un momento libertada, después caída otra vez en las cadenas, y que se presentaba á ellos como á Geremias, insultada de los pasajeros, inundada con sus lloros, privada de su pueblo, y sentada en medio de la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginacion y de fuerza, que marchaban con tanto boato por medio de los acontecimientos históricos mas variados, por medio de las heregias, de los cismas, de las guerras feudales, civiles y extranjeras; aquellos siglos de dos maneras favorables al ingenio, ó con la soledad de los claustros cuando la buscaban, ó con el mundo mas extraño y mas diverso, cuando le preferian á la soledad. No habia un solo punto de la Francia donde no aconteciese algun hecho nuevo, porque cada señorío secular ó eclesiástico era un pequeño estado que gravitaba en su órbita, y tenia sus facces: á las diez leguas de distancia ya eran diferentes las costumbres. Aquel orden de cosas, en extremo dañoso á la civili-

zacion general, imprimia en el espíritu particular un movimiento extraordinario; así es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á aquellos siglos. Nunca el individuo vivió tanto; el rey meditaba el engrandecimiento de su imperio, el señor la conquista del feudo de su vecino, el ciudadano el aumento de sus privilegios, y el comerciante cómo daría nuevo giro á su comercio. No conocian á fondo nada; nada habian agotado; todo lo creian; hallabanse á la entrada, y como al principio de todas las esperanzas, como un viagero que aguarda en la montaña el nacer del día, cuya aurora percibe. Registraban é indagaban lo pasado y lo futuro: con la misma alegría se descubria un viejo manuscrito, que un nuevo mundo: se avanzaba á largos pasos á unos destinos ignorados, pero cuyo instinto poseian todos, como tiene uno toda su vida presente su juventud. La niñez de los siglos fué bárbara, su virilidad llena de pasión y de energía, y han dejado su rica herencia á las edades civilizadas que llevaban en su fecundo seno.



HISTORIA DE FRANCIA.



FELIPE VI, LLAMADO DE VALOIS.

De 1328 á 1350.

Hasta el reinado de Felipe de Valois, las contiendas entre la Francia y la Inglaterra no habian ocasionado antipatía ni violencia alguna; mas en este tiempo se convirtieron en rivalidad nacional, y esta rivalidad dividió el mundo: comenzada en el país, se perpetuó durante dos siglos para propagarse en seguida por el mar: faltó á los ingleses la tierra y no el odio, y continuaron bramando con el Océano contra estas playas, de las cuales los habíamos arrojado.

Los dos pueblos se separaron para siempre; rompieronse los lazos del parentesco y de la familia, y la Inglaterra cesó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales la lengua francesa: el idioma desdénado del sajón vencido fué adoptado por los vencedores, por aborrecimiento á su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los insulares: sus lanas se convertían en tesoros en los mercados de Flandes: perfeccionábanse tambien con los ganados

que el duque de Lancaster sacaba de España y de Portugal; y fueron el alimento de los subsidios que Eduardo III necesitaba en la guerra que mantenía con nosotros. Felizmente la Francia no es una mercancía que pueda trocarse por sacos de lana; y en todos los tratados de división del reino de San Luis que el príncipe inglés hizo con su compadre Artevelle, el cervecero, solo faltó la firma de Du Guesclin.

El mal que causa un enemigo injusto redonda en beneficio de la nación oprimida, y esta es una ley preciosa de la Providencia: los primeros síntomas de la emancipación nacional estallaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan: las *grandes compañías* y la *jacobinería* (*jacquerie*) fueron los azotes que aumentaron la fuerza del derecho. En todas partes donde los hombres recobraron su independencia natural, esta independencia, imponiendo en seguida el freno de las leyes, hizo dar un paso á la libertad política. Cuando el pensamiento se ha libertado de su cárcel, aunque haya sido por un momento, conserva la memoria: una vez nacida la idea no perece ya; puede ser encadenada, pero prisionera inmortal gasta los hierros de su cautiverio.

A medida que la libertad común crecía, aumentábase el poder regular: la justicia real penetraba en las justicias particulares; las usurpaciones de la ley eclesiástica tuvieron un término, y hubo de sujetarse á la apelación como un abuso. La guerra nacional destruyó por la composición de los grandes ejércitos las guerras particulares: casi puede decirse que la pólvora, mudando la naturaleza de las armas, hizo saltar por los aires el antiguo edificio del feudalismo.

Pero todos estos adelantos de la civilización, y todas esas revoluciones en los espíritus, costumbres y leyes, se verificaron por grados en medio de todas las desgracias. Fué preciso que los franceses recibiesen

las tres lecciones de Grecy, de Poitiers y de Azincourt, para que supiesen defender su nativo país. Esta escena de nuestra historia se abre con el reinado de Felipe VI, llamado de Valois.



SUMARIO.

La viuda de Carlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de señores adjudica la corona á Felipe de Valois.—Exámen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administración de Felipe, indagaciones de los hacendistas.—Juana de Francia, que se habia casado con Felipe, conde Evreux, es proclamada reina de Navarra.—La Champaña y la Brie se entregan á Felipe en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas consignadas sobre el tesoro del rey y los dominios de la corona.—Consagracion del rey.—Felipe es apellidado el *Afortunado*.—Luis conde de Flandes viene á prestar fé y homenaje á Felipe, y á implorar su socorro contra los comunes de Flandes.—Guerra de Flandes.—Felipe va á tomar la oriflama á Saint-Denis.—Colores nacionales que no siempre han sido los mismos; su historia; que el blanco era el color de los ingleses, y el encarnado el de los franceses hasta el reinado de Felipe de Valois; en aquella época Eduardo III, pretendiente de la corona de Francia, tomó el color francés, y los franceses lo abandonaron cuando vieron que lo llevaban los ingleses.—La oriflama no era en su origen mas que la bandera de Saint-Denis, que desapareció en el reinado de Carlos VII, y fué reemplazada por el estandarte blanco.—Victoria de Cassel.—Intiman á Eduardo que rinda homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Viene á Amiens, y presta solemnemente el homenaje.—Conflicto entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje que habia prestado al rey en Amiens.—Proyecto de cruzada.—El papa piensa pasar á Italia: la santa sede en

Aviñon era un bien para la Francia, y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, y de edad de catorce años, se casa con Bonna de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia.—El proyecto de la cruzada se frustra.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de Mabaudes, condesa de Artois, su tia.—Roberto, convencido de haber hecho falsificar títulos, y de haberse servido de ellos, se retira al lado del duque de Brabante.—Niégase á comparecer en el tribunal de justicia.—El parlamento le condena á muerte, y el rey conmuta la pena en destierro perpetuo.—Roberto, disfrazado de mercader, se refugia á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo cerca de Felipe.—Comunes de Flandes.—Jacobo de Artevelle.—Eduardo, que meditaba la guerra contra Felipe, intriga con Artevelle.—Ambos monarcas se procuran aliados por una y otra parte.—Voto de la garza.

FRAGMENTOS.

VOTO DE LA GARZA.

Después de mucho tiempo abrigaba Eduardo el designio de atacar á la Francia; pero la magnitud de la empresa, y los embarazos interiores de su gobierno lo suspendian y espantaban. Tal vez jamás hubiese pensado en tomar las armas sin las instigaciones de Roberto de Artois, que retirado por espacio de dos años en Inglaterra, encendia en el corazon de Eduardo el odio de que él estaba poseido: el desterrado, para determinar á su huésped, se sirvió de un medio extraordinario.

En aquella época de nuestros males, confúndense de tal suerte la novela con la historia, y la historia con la novela, que apenas se las puede separar: varios bachilleres jóvenes de Inglaterra se presentaban en la córte del conde de Hainaut con el un ojo cubierto de paño, *porque habian hecho voto entre las damas de su pais, de*

que solo verian con un ojo, hasta que hubiesen ejecutado algunas hazañas con su cuerpo en el reino de Francia. El señor Gauthier de Mauny habia dicho á varios privados suyos, que habia ofrecido en Inglaterra en presencia de las damas y señores, que seria el primero que entraria en Francia, y que tomaria un castillo ó ciudad fuerte, distinguiéndose por sus hechos de armas. Frecuentemente los barones y los caballeros juraban por un santo ó por una dama al pié de la muralla enemiga apoderarse de ella en cierto número de dias, aunque el juramento fuese funesto á ellos, ó á su patria. Estos hechos, atestiguados por todas las crónicas, no se diferencian de los que se leen en las novelas, y recuerdan tambien los juramentos que hacian los bárbaros del Norte cuando se condenaban á llevar una larga barba, ó un anillo de hierro hasta que hubiesen muerto á un romano. La querrela de la Inglaterra y de la Francia en el siglo XIV reanimó el espíritu caballeresco: ambas naciones descendieron al palenque, de donde aun no han salido. Como la imaginacion estaba llena de las canciones de los trovadores y de las aventuras de las cruzadas, las costumbres se tiñeron con aquellos colores, y los reflejaron. Descúbrese en todas partes con la caballería histórica la imitacion de la caballería romántica, á la que la vida de los castillos, las cacerías, los torneos, las creencias religiosas y las empresas de amor, eran en extremo favorables. Confúndense, pues, á un mismo tiempo la verdad y la mentira, la naturalidad y el artificio, en las costumbres de aquellos tiempos, que debemos si es posible desentrañar y pintar.

Sainte-Palaye mira, pues, el voto de la garza como un hecho real rimado: entonces cantábase aun la historia como en otro tiempo en la Grecia: tenemos en verso el *Combate de los Treinta*, y la primera historia de Du Guesclin. Al comenzar el otoño del año 1338, y como

dice el poeta historiador, *cuando el verano ha declinado, el ave alegre ha perdido la voz, las viñas se secan, mueren las rosas, los árboles se despojan de las hojas que al-
fombran los caminos, Eduardo estaba en Lóndres en su palacio rodeado de duques, condes, pages, damas, doncellas y mancebos, y tenía la cabeza inclinada, embebido en amorosos pensamientos.* Roberto de Artois, retirado en Inglaterra, había ido á la caza, *porque se acordaba del hermosísimo suelo de Francia, de donde estaba desterrado.* Llevaba un pequeño halcon que había criado, *y tanto voló el halcon por los rios, que cazó una garza.* Roberto volvió á Lóndres, mandó asar la garza, la colocó entre dos platos de plata, se introdujo en la sala del festin del rey, seguido *de dos maestros de gaita, de un tañedor de guitarra, y de dos doncellas hijas de dos marqueses, que cantaban acompañándose al son de las gaitas, y de la guitarra.* Roberto gritó: *Apartaos; dejad pasar la empresa que el amor ha conseguido. Ved aqui la comida para los valerosos, para los que viven subyugados á las amorosas damas que tan lindo rostro tienen..... La garza es la mas cobarde de las aves, porque hasta su sombra le pone miedo. Regalaré la garza á aquel de vosotros que sea el mas poltron, y en mi concepto lo es Eduardo, desheredado del noble suelo de la Francia, de que era heredero legítimo, pero le ha faltado el valor, y por su cobardía morirá privado de su reino.* Eduardo se ruborizó estimulado por la cólera y por su escaso talento, palpitóle el corazón, y juró por el Dios del paraiso, y por su dulce madre, que antes de que pasasen seis meses desafiaria al rey de *Saint-Denis.* (Felipe).

Roberto prorumpió en una carcajada, y dijo en voz baja: «Ahora conozco mis deseos, y por mi garza tendrá principio una terrible guerra.»

Roberto volvió á tomar la garza puesta siempre entre los dos platos de plata, atravesó el salon del bau-

quete seguido de los dos ministriles *que tañian dulcemente* las gaitas, del tocador de guitarra y de las dos señoritas que cantaban así: «Voy al campo, que amor me lo ordena.» Roberto presentó la garza al conde de Salisbury, que estaba sentado *junto á su amiga*, que era gentil, cortés y de esbelto talle, é hija del conde Derby, y á quien Salisbury amaba fielmente. Roberto rogó al conde de Salisbury que jurase sobre la garza, y Salisbury respondió: «¿Podré cumplir mi voto exactamente? Sirvo á la dama mas hermosa que hay en el firmamento, y si la Virgen María estuviese aqui, dejando aparte su divinidad, no sabria distinguirla de la que amo. La he requerido de amor, mas se defiende, dándome, sin embargo, una graciosa esperanza de que me hará merced. Ruégole que me preste un dedo de su mano y que lo ponga sobre mi ojo derecho.—A fé mia, contestó la dama, que prestaré dos.—Y le cerró el ojo derecho con sus dos dedos.—¿Está bien cerrado, hermosa señora? preguntó el caballero con mucha gracia.—Si, respondió ella.—Ahora, bien, gritó de palabra y de corazon Salisbury, quiero y prometo á Dios Todopoderoso y á su dulce Madre, que resplandece de hermosura, que nunca se abrirá este ojo, ni por la distancia del tiempo, ni por el viento, ni por el dolor, ni el martirio, antes de entrar en Francia, é incendiar y combatir á las gentes de Felipe, ayudando á Eduardo. Y que suceda lo que quiera..... Y cuando Salebrin (el conde de Salisbury) hubo pronunciado su voto, permaneció con el ojo cerrado en la guerra.»



SUMARIO.

Eduardo declara que va á empuñar las armas para que le devuelvan las tierras tomadas en otro tiempo en Guyena.— Felipe emplea las fuerzas destinadas á la cruzada en defen-

sa de su reino.—Primeras hostilidades de una guerra que debia durar ciento veinte y seis años.—Tregua.—Eduardo apremiado por Artevelle se embarca en Douvres, y llega á Amberes, donde se habian reunido los príncipes de su confederación.—Compra de Luis de Baviera el título de vicario del imperio.—Declaracion solemne de guerra.—Hazañas de Gauthier de Mauny.—Invasion de la Picardía.—Los dos ejércitos se encuentran en Vironfosse, y se separan sin combatir.—Caballeros de la liebre.—Artevelle apremia al rey de Inglaterra para que tome el título de rey de Francia, librando así de la fé ofrecida á los flamencos.—Segunda campaña en la Guyena y en el Hainaut.—Combate naval de la Eclusa.—Queda destruida la flota francesa.

FRAGMENTOS.

PÉRDIDA DE LOS FRANCESES EN EL COMBATE NAVAL DE ECLUSA. GODEMAR DU FAY. CAUSA DE LOS ERRORES PADCIDOS EN ESTAS GUERRAS DEL SIGLO IV.

Consistió la pérdida de los franceses en treinta mil marineros y soldados: solo los genoveses, que eran diez mil, pidieron y alcanzaron la vida. De los tres almirantes que mandaban la flota, dos murieron con gloria.

Aquella accion naval pareció augurarnos lo futuro. ¡Cuánta sangre francesa ha teñido las ondas desde esta batalla de la embocadura del Mosa, hasta el combate dado en las aguas del Niló! El árabe desde el medio de sus arenas, y el flamenco desde la orilla de sus pantanos, han contemplado nuestros últimos y nuestros postreros desastres, á nuestros marineros arrebatados por los torbellinos de fuego ó abismados en las aguas. El carácter de los pueblos es algunas veces independiente de su suelo y de su posicion geográfica; Francia flanqueada por dos mares nunca ha podido

reinar largo tiempo en ellos: tambien Roma, hija de la tierra, no debió su imperio á Neptuno. No hemos tenido flotas formidables sino á largos intervalos, y por un momento, en los reinados de Carlo-Magno, Luis XIV y Luis XVI. Vencedores en las acciones particulares en que nuestros capitanes se batian como en un negocio de honor, sucumbiamos en las acciones generales, en que eran necesarias la obediencia y la disciplina: aquel espíritu de insubordinacion y de envidia que parece unido á nuestro pabellon, estalló desde nuestro primer combate naval, entre los almirantes encargados de oponerse al paso de Eduardo. Nosotros no habemos, ó casi no habemos participado de los grandes descubrimientos que han cambiado la faz del globo y las relaciones de los pueblos. En nuestras colonias hemos sido cazadores, aventureros, agricultores, mas nunca marineros: no hemos aparecido en las ondas sino como caballeros para conquistar la Inglaterra y la Palestina, para dar un monarca á Londres, un rey á Jerusalem, un emperador á Constantinopla, un duque á Atenas, y un príncipe á esa Lacedemonia, á la que nuestro postrer triunfo marítimo dió la libertad en Navarino. Si el Mediterráneo parece estarnos mas sometido que el Océano, es porque este mar que baña playas inmortales, se nos debe por el derecho de nuestra gloria.

En los primeros instantes ninguno se habia atrevido á participar á Felipe la destruccion de su flota, é instruyóle de ella uno de aquellos miserables que representaban entonces al pie del trono la libertad bajo el disfraz de la esclavitud; hombres que se vengaban del desprecio con la insolencia, y á quienes era permitido decirlo todo, porque todo lo sufrían: el bufon del rey le enteró, pues, de la muerte de treinta mil franceses por medio de una bufonada. Felipe no se acaloró con la memoria de tan fieles vasallos, y poniendo su

vida en manos de Dios, solo pensó en la defensa de su reino.

Adivinó que Eduardo atacaría á Tournay, cuya plaza mandaba Godemar de Fay, escudero de Tour-naisis, o gentil hombre de Borgoña, á quien Felipe había nombrado *soberano capitán y regente* de todo el país que dependía de Douay, de Lille y de Tournay. Era aquel un oficial bravo y experimentado, que salvó entonces la Francia para perderla en el paso de Blaque-Taque, ó bien sea porque hay un término á la fidelidad y al honor, ó bien porque los talentos se agotan, ó bien porque el héroe se hace semejante al vulgo de los hombres, cuando no muere en el día de su gloria. Felipe aumentó la guarnición de Tournay, *enviando allí la flor y nata de la caballería*; reunió en persona al pie de las murallas de Arras un brillante ejército, que se distinguió mucho con hechos parciales de armas y aventuras. Cometíanse frecuentemente en aquellos encuentros deplorables errores entre los combatientes, cuyas familias tenían ramas establecidas en Francia, en la Gran Bretaña y en los Países Bajos: todos aquellos enemigos eran franceses. Los ingleses del siglo XIV hablaban nuestra lengua, y tenían las mismas costumbres y la misma religion que nosotros: no vivían en un tiempo bastante remoto de la conquista, para haber olvidado su origen, y gloriábanse de ser normandos, y de encontrar en nuestro suelo á sus antepasados. Las provincias que la corona de Eduardo (hijo de una princesa de Francia) poseía en Guyena y en Picardía, multiplicaban los lazos de ambos pueblos: el odio que nuestros vecinos insulares concibieron contra nosotros, no comenzó sino con estas guerras, que fueron unas verdaderas guerras civiles.

SUMARIO.

Cartel enviado por Eduardo á Felipe de Valois, y datado en el año primero de nuestro reinado de Francia.—Felipe lo rebusa como rey por escrito, y lo acepta verbalmente como caballero.—Juana de Valois, hermana del rey de Francia, negocia una tregua, que se prolonga por espacio de dos años.—Asunto de Bretaña.—Historia de esta provincia.—El conde de Montfort presta homenaje del ducado de Bretaña á Eduardo.—El tribunal de los pares adjudica aquel ducado á Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

GUERRA DE BRETAÑA. LOS BRETONES.

La ejecución de este decreto mezcló al reino en los destinos de una de sus provincias, abrió á los ingleses las puertas de la Francia, y le dió en la persona de Du Guesclin un libertador.

Poco conocida hasta entonces la Bretaña en nuestra historia, componia en la estremidad occidental de la Francia un estado muy diferente de lo demas del reino, por el genio, costumbres y lenguaje de una parte de sus habitantes. Esta larga semi-ísla, de aspecto selvático, presenta un no sé qué singular; en sus estrechos valles, rios no navegables bañan castillos arruinados, antiguas abadías, chozas cubiertas de pajas, donde los ganados viven confundidos con los pastores. Sus valles se hallan separados entre sí ó por bosques llenos de acebos grandes como las hayas, ó por matorrales sembrados de piedras druidicas, en torno de las cuales se sostiene el ave marina y pastan las corpulentas vacas con sus tiernos terneros. El viagero camina muchos dias sin descubrir mas que

eriales, playas, y un mar que blanquea con su espuma; region solitaria, triste, tempestuosa, envuelta en nieblas, cubierta de nubes, y donde es eterno el silbido de los vientos y de las olas.

Necesario es que semejante país y sus habitantes hayan herido en todos tiempos la imaginacion de los hombres: los griegos y los romanos colocaron allí los restos del culto de los druidas, la isla de Sayne y sus vírgenes, el batel que pasaba á Albion las almas de los muertos en medio de las tempestades y de los torbellinos de fuego: los francos hallaron allí á Murman, y dieron á Rolando el cuidado de vigilar sus *marchas*; finalmente, los novelistas de la edad media lo convirtieron en el país de las aventuras, en la patria de Artus, de Iseult de las manos blancas, y de Tristan el Leonés. Entre los matorrales y valles de la Bretaña descúbrese algunos labradores cubiertos de pieles de cabra, con los cabellos largos, esparcidos y erizados, y véñse bailar al pie de una cruz, y al son de una zampoña, otros labriegos con vestido galo, el sayo ó la chupa pintarrajada, y hablando la lengua céltica.

Con una imaginacion viva y sin embargo melancólica, con un genio tan móvil como obstinado en su carácter, los bretones se distinguen por su bravura, su franqueza, su fidelidad, su espíritu de independencia, su fervor religioso, y su amor á la patria. Orgullosos y susceptibles, y poco á propósito para la corte, no ambicionan ni los honores ni los destinos. Aman la gloria mientras en nada se opone á la sencillez de sus costumbres, y no la buscan sino mientras se acomoda á vivir en sus hogares como un huésped oscuro y complaciente que participa del gusto de la familia. En las letras los bretones han manifestado instruccion, espíritu, originalidad, gracia y finura: testigos Hardouin, Sevigné, Sainte-Foix y Duclos: han dado á la

Francia el pintor mas insigne de las costumbres despues de Moliere, Lesage: al presente poseen a Lamenais: en las ciencias revindican á Descartes: en las armas sus guerreros se distinguen con cualidades particulares, que al primer golpe de vista los diferencian de los demas guerreros: en el reinado de Carlos V, Du Guesclin y sus compañeros, Clisson, Beaumanoir, Tinteniac; en el de Carlos VII, Taneguy-Duchastel; en el de Enrique III, Lanoue igualmente respetado de los de la liga y de los hugonotes; en el de Luis XIV, Duguay Trouin; en el de Luis XVI, Lamotte Piquet y Du Coedic; y en tiempo de la revolucion Charette, de Elbeé, La Roch jaquelein y Moreau. En todos estos soldados se descubren rasgos de semejanza, y por un género de ilustracion poco comun, fueron quizás mas estimados del enemigo, que admirados de su patria.



SUMARIO

Toma de Rennes por Carlos de Blois

FRAGMENTOS.

SITIO DE HENNEBON. JUANA, CONDESA DE MONTFORT. AVENTURA DE GAUBIER DE MAUNY Y DE LA CERDA.

Con la esperanza que tenia Carlos de Blois de poner fin á la guerra despues de la rendicion de Rennes, se apresuró en dirigirse á Hennehon, la plaza mas considerable de la Bretaña, en donde se habia cerrado Juana como ya esta espre-ado. Los sitiadores activaron los choques con vivacidad. La condesa de Montfort, armada de pies a cabeza, corria las calles á ca-

hallo, animaba, suplicaba, reprendia á los asalariados, mandaba á las mugeres que arrancasen las piedras de patios y calles, y las trasladasen á las murallas juntamente con las ollas de cal viva, para arrojarlas sobre el enemigo. Sin embargo, suena la campana: Guillermo Cadoudal que se habia retirado á Hennebon despues de la toma de Rennes, Ives de Treziguidy, el señor de Landremans, el castellano de Guingamp, los dos hermanos de Gueric y Enrique de Olivier de Spinefort, sostienen los esfuerzos de los asaltadores. La condesa se encarama á lo alto de una almena para vigilar el combate, y descubre que el campo de Carlos está desierto, porque señores, caballeros y plebeyos, todos concurrían al asalto. Descendiendo de la muralla, lánzase en su palafren, sale por una poterna lejana con trescientas lanzas, y prende fuego á las tiendas de los enemigos, quienes percibiendo á su espalda los torbellinos del ama y de humo, abandonan las escalas, y corren á apagar el fuego. La nueva Clorinda pretende volver á la fortaleza; pero halla cerrado el camino para la vuelta: dirige su caballo por la via de Aurai, ostendendo en la mano la espada y la antorcha, instrumentos de su victoria, y Luis de España la persigue sin poder alcanzarla. Retirada dentro de las murallas de Aurai, Juana reúne quinientos ó seiscientos aventureros: creíanla perdida en Hennebon, cuando al salir el sol del dia quinto volvió á aparecer junto á los muros. Empujo con su escuadron la puerta de una de las torres que le abrieron, y entró en la ciudad sitiada ondeando al viento las banderas, resonando las trompetas, y con confusion de los maravillados soldados.

Carlos de Blois divide entonces su ejército: con el duque de Borbon y Roberto Bertrand, mariscal de Francia, corre á sitiá á Aurai, dejando á Luis de España con el vizconde de Rohan delante de Hennebon.

Luis, de la casa de La Cerda, bravo español, que combatió por la Francia en tierra y en mar, mandó traer doce máquinas de guerra, y comenzó á batir las murallas del castillo, y los habitantes y las gentes asalariadas se aterraron, y pidieron capitular. El obispo de Leon, encerrado en la ciudad, llamó á su sobrino Enrique de Leon, que despues de haber vendido á Montfort servia en el ejército del conde de Blois, y convinieron en la rendicion de la plaza. En vano la condesa de Monfor conjuraba á los sitiados para que esperasen, ofreciéndoles que antes de tres dias recibirian socorros de Inglaterra: esperanza de que ella misma carecia. La condesa pasó la noche en la inquietud y en el llanto, porque veia perdido el fruto de su arrojó y de sus sacrificios; su marido prisionero, su hijo despojado, errante, fugitivo, y considerábase á sí propia entregada á su enemigo, y recibiendo los hierros de manos de aquel á quien habia disputado la soberanía de la Bretaña. Al dia siguiente el obispo de Leon mandó decir á Enrique su sobrino, que se acercase á las puertas. Ya avanzaba aquel para recibir la ciudad en nombre de Carlos de Blois, cuando Juana, que miraba el mar por una ventana enrejada del castillo, gritó en un trasporte de alegría: «Ya está aqui el socorro.» Dos veces repitió el mismo grito, y todos trepan á los muros, á las almenas, á la torre de la atalaya: vuélvense todos los ojos al mar que se veia cubierto de una multitud de grandes y de pequeños hageles que entraban en el puerto á velas desplegadas. El milagroso socorro sume primero á la muchedumbre en el silencio de la admiracion, y luego salúdalo el vulgo con los mas vivos clamores. Queda roto el convenio: solo el obispo de Leon se retira al campo de Carlos de Blois, y Mauny desembarca con su ejército.

La condesa manda entapizar los aposentos y los salones, y preparar un festin á sus huéspedes: des-

ciende del castillo, «marcha á su encuentro con sumo agasajo, y besa al señor Gauthier de Mauny y á sus compañeros, unos despues de otros, dos o tres veces como valerosa dama.» Sin embargo, Luis de España ordena redoblar el ataque: durante toda la noche que siguió á la llegada de los ingleses, ataca los muros con las máquinas mas fuertes, mientras que dentro solo se percibia el estruendo de la fiesta. Al dia siguiente Mauny hizo una salida, rompió los ingenios, é incendió una parte del campo francés. El ejército se movió para rechazarle, y cuando Mauny vió venir la cabalgada, «nunca, gritó, sea besado de dama ó de dulce amiga, si vez alguna entro en castillo ó fortaleza, antes de haber derribado á alguno de los que vienen.» Embrazando el broquel, precipitase con la espada en el puño contra los hombres de armas de La Cerda, los carga, los pone en fuga, «derriba á muchos de cabeza,» y entra en la fortaleza despues de haber cumplido su voto de caballero.

Luis de España, desesperado ya de apoderarse de Hennebon, levantó el sitio, se reunió con Carlos de Blois delante de Aurai, y se apoderó luego de Dinan y de Guérande. Despues de haber saqueado esta última ciudad, se embarcó en varios bageles mercantiles que halló en el puerto, y devastó las costas de la Baja Bretaña. Habiendo descendido cerca de Quimperlé, internóse tierra adentro: Mauny corrió en su busca, formó tres cuerpos de sus tropas, y marchó en seguimiento de Luis. Inferior en fuerzas, Luis intentó volver á la playa, y encontró el primer cuerpo de ingleses que derrotó; pero rodeado por los otros dos cuerpos, y por los paisanos bretones que le asaltaban con sus hondas, quedó herido. Desembarázase de la muchedumbre, dejando en su lugar á un sobrino, á quien amaba tiernamente, y á la mayor parte de sus soldados; y habiendo llegado casi solo á la orilla del

mar, encontró su flota entre las manos de los archeros de Mauny. Arrojóse en un batel con algunos compañeros: Mauny le siguió por el mar siempre de cerca, pero sin lograr jamás apoderarse de su persona. Luis baró en el puerto de Rhedon, saltó á tierra, tomó caballos, y huyó de nuevo: apenas habia desembarcado, llega Mauny, y corre en su alcance: y por fin La Cerda se salva en los muros de Rennes con la reputacion de ser uno de los mas diestros generales, y de los caballeros aventureros de aquella edad.

Mauny vuelve á sus bateles para regresar á Hennebón, y los vientos contrarios le obligaron á abordar en la costa vecina á Roche-Prion: «Señores, dijo á sus amigos, aunque abrumado de fatiga iria voluntariamente á asaltar ese fuerte castillo, si tuviese compañía.» Los caballeros respondieron: «Señor, acometido valerosamente, que nosotros os seguiremos hasta la muerte.» Gerardo de Maulain, que defendia la plaza, resistió el asalto: hirió gravemente á Juan de Bouteiller y á Mateo Dufresnoy, que habian tenido mas parte en el negocio de Quimperlé.

Gerardo de Maulain tenia un hermano, René de Maulain comandante de otro fuerte llamado Favet, que distaba de allí una legua; y habiendo sabido René lo que pasaba en la Roche-Prion, salió al campo con cuarenta hombres para socorrer á su hermano, encontró á los caballeros heridos, los hizo prisioneros, y corrió á encerrarlos en su fortaleza. Mauny abandonó el asalto para ir á su rescate, y ardiendo en deseos de librar á Bouteiller y á Dufresnoy, intentó apoderarse del fuerte de Favet; lo cual ocasionó un nuevo sitio y un nuevo combate. Gerardo de Maulain salió á su vez de la Roche-Prion, y fué á devolver á su hermano los servicios que habia recibido. Mauny tomó verse envuelto, abandonó á Favet, y dió principio á su retirada. En el camino descubrió otro castillo en

medio de un bosque, y el infatigable caballero lo asaltó, se apoderó de él, y marchó á encontrar en Hennebon á la condesa de Montfort, que le «festejó, besó y alabó» de sumo arrojo.

Sin embargo, Carlos de Blois habia tomado á Aurai, Vannes y Carhaix, y sitió de nuevo en Hennebon á su rival. Habian fortificado la plaza, y los habitantes se burlaban de las máquinas que primero les habian puesto tanto miedo: á cada piedra que lanzaban los ingenios reparaban trepando por las a menas el sitio en que habia descargado el golpe. Gritaban desde lo alto de la mural'a á los sitiadores: «¡I á buscar á vuestros empañeros que descansan en el campo de Quimperlé.»

Tales zumbas encendian en furor á La Cerda, que no curado todavía de sus heridas habiase reunido á Carlos de Blois. Luis era español, y sus resentimientos eran terribles: lloraba amargamente al sobrino que habia perdido en Quimperlé, y reuuelto á la venganza, pidió á Carlos de Blois por única recompensa de sus servicios, que le concediese lo que le pedaria. Dotado de un caracter humanísimo y de una virtud tan eminente, que le tributaron los honores de santo despues de su muerte, sin amor á la guerra, aunque no carecia de intrepidez, y estimulado únicamente á los combates por la ambición de su muger, Carlos no podia adivinar el galardón que Luis iba á pedirle, y le empeñó imprudentemente su palabra delante de una multitud de señores.

Entonces Luis de España le dijo: «Os ruego que hagais venir aquí al instante á los dos caballeros apisionados en el castillo de Favet, á saber: al señor Juan de Bouteiller y al señor Haberto Dufresnoy, y me los entregareis para que haga mi voluntad: este es el don que os pido. Me han echado, roto y herido, y han muerte á Alfonso mi sobrino. Sino puedo vengar-

me de otro modo, les haré cortar las cabezas delante de sus compañeros ahí dentro encerrados.»

Carlos, que habia quedado muy absorto, le respondió: «En verdad que os daré voluntariamente á los prisioneros porque pedis lo ofrecido: pero sería mucha crueldad digna de vituperio si quitaseis la vida á dos tan valerosos guerreros, y vuestros enemigos tendrían causa para hacer lo mismo con vuestros prisioneros cuando cayesen en sus manos; porque nosotros ignoramos lo que puede sucedernos mañana. Por lo que, querido caballero y buen primo, os suplico que os aconsejeis mejor.»

Luis declaró que si Carlos no cumplía su palabra, abandonaría al punto su servicio; y como la palabra de un caballero era inviolable, Carlos, desesperado, se vio obligado á enviar por los dos prisioneros. Mandólos conducir á su tienda, y todavía procuró, aunque en vano, disuadir á Luis de su propósito.

La noticia de lo que se intentaba en el campamento francés llegó á oídos de los sitiados: el dolor se apoderó del pecho de Mauny. Reunió al punto un consejo: los caballeros deliberaron, proponiendo primero una cosa y despues otra, y sin saber qué partido tomar para salvar á Bouteiller y á Dufresnoy. Gauthier habló el postrero: «Amigos, dijo, mucho honor sería el nuestro si lograsemos libertar á nuestros compañeros de armas. Si intentamos la empresa, y sucumbimos en ella, el rey Eduardo nos alabará, y lo mismo harán los hombres prudentes que en lo futuro oigan hablar de nosotros. Cumplamos, pues, nuestro deber, amados caballeros, debemos esponer nuestra vida por salvar la de tan valerosos señores.» Entonces Mauny esplicó el proyecto que habia concebido, y todos juraron ejecutarlo.

Resolvióse que una parte de la guarnicion mandada por Amaury de Clisson atacaría de frente el cam-

po de los franceses, mientras que Mauny, con una tropa de hombres escogidos, penetrando por la espalda hasta las tiendas del duque de Bretaña, se apoderaría de Bouteiller y de Dufresnoy. Tomaron las armas: Clisson mandó abrir la puerta principal de la ciudad con grandes gritos y estruendo de trompetas, y cayó sobre los sitiadores, quienes clamaron por socorro, y los franceses se precipitaron al lugar del combate. Entre tanto, Mauny, que habia salido por una puerta secreta, dio la vuelta al campo, y llegó á los pabellones de Carlos de Blois, y algunos criados que los guardaban emprendieron la fuga. Registra Mauny las tiendas, y halla á los prisioneros; los hace cabalgar en briosos corceles dispuestos de antemano, y se aleja á toda prisa, y entra en Hennebion, despues de haber cumplido la mas noble y patética aventura que la amistad, el honor y la caballeria han conservado á la posteridad. Creyeron algunos que Carlos de Blois habia secundado el libramiento de Bouteiller y de Dufresnoy; porque con facilidad se supone de la virtud una buena accion practicada, como se acusa al vicio de haberse hecho culpable de un crimen.



SUMARIO.

La condesa de Montfort envia embajadores solicitando de nuevo socorros de Inglaterra.—Hallan á Eduardo ocupado en la guerra de Escocia.—Carácter y costumbres de los escoceses.—Roberto de Artois desciende á Bretaña con la condesa de Montfort. Es herido en la ciudad de Vannes que habia tomado, y va á morir á Lóndres.—Bajada de Eduardo á las costas de Morbihan.—Suspension de armas convertida en tregua.—Tregua prolongada por tres años y rota casi en el acto.—Torneo con ocasion del matrimonio

del hijo segundo de Felipe de Valois —Arrestan á Clisson y á otros diez caballeros bretones por sospechas de traicion, y los condenan á muerte.

FRAGMENTOS.

AMORES DE EDUARDO III Y DE LA CONDESA DE SALISBURY.

No se habia aun visto correr en el cadalso la sangre de la nobleza; sangre que despues derramaron con abundancia Luis XI y el cardenal Richelieu. Los hidalgos que componian entonces, como los caballeros, la fuerza de las tropas, concibieron por Felipe una tibieza, que solo su adversidad pudo vencer: en Crecy pusieron en olvido la afrenta hecha á su cuerpo, solo atendieron al honor é infel ciudad del rey, y sino vencieron, supieron morir. Felipe, aplicando la ley como gran juez sin explicar los motivos, pareció un tirano, mientras que no era en la legislacion del tiempo mas que un príncipe severo. Al presente los tribunales solos pueden quitar la vida á los reos, y en las causas criminales el rey de Francia no se ha reservado mas que el derecho del perdon.

Un marido ultrajado, fué como en otro tiempo en Roma, la ocasion de un acontecimiento trágico. El rey de Inglaterra habia casado á Guillermo de Montagu, que despues fué conde de Salisbury, con Catalina ó Alice, hija del lord Granfton, una de las mas hermosas mugeres de su siglo. Parece que Eduardo se sintió al punto conmovido con la belleza de Alice, si hemos de juzgar por el principio del poema del voto de la garza. Eduardo no *pensaba en los combates, y vivia inclinado á los deseos de amor*. Los cuidados de la guerra no tardaron en ocupar la mente de Eduardo, y su naciente pasion se hallaba estinguida, cuando un acontecimiento vino á despertarla.

Los escoceses habian invadido el Norte de Inglaterra: los caballeros de Suecia y Noruega, los príncipes de las Hebridas y de los Orcadas, y los highlanders conducidos por el rey David Bruce, habian desolado las llanuras, insultando á Newcastle, y apoderándose por asalto de Durham.

Eduardo, avisado de estas devastaciones por Juan de Nevillé, que se habia escapado de Newcastle, mando á todos sus vasallos, desde la edad de quince años hasta la de sesenta, que tomasen las armas, y fuesen á encontrarle á las fronteras de Yorkshire. Despues del saqueo de Durham, David habia marchado por lo largo del rio Thyn hacia el pais de Gales, y habiase acercado al castillo de Salisbury, cuyo castillo habia sido dado á Montagu, entonces prisionero en Francia, en recompensa de sus servicios. La castellana, su muger, se hallaba encerrada en el casar donde mandaba Guillermo de Montagu.

Los escoceses, habiendo pasado la noche al pie de la torre, levantaron el campo al dia siguiente; mas el jóven Montagu salió con cuarenta caballeros, cayo sobre la retaguardia de los enemigos, mató é hirió mas de doscientos hombres, se apoderó de ciento y veinte caballos cargados con el botin recogido en Durham, y los condujo á sus torres cerrando las puertas. El ejército de Escocia volvió atrás, escaló el castillo, y los sitiados repelieron á los asaltadores; pero aproximándose la noche, David mandó suspender el ataque hasta la vuelta del sol, y alojarse en los contornos. «Entre tanto podian aparejarse y gemir y buscar un pedazo de tierra donde colocarse los acometedores, curar los heridos y reunir los muertos.» Al dia siguiente comenzó un nuevo ataque con mas furia que la víspera. «Alli estaba la condesa de Salisbury; que pasaba plaza de la mas hermosa dama, y de la mas entendida del reino de Inglaterra. La dicha condesa reanimaba

mucho á los de dentro, y con las graciosas miradas de tal beldad, y con sus dulces palabras, un hombre bien puede valer por dos en casos urgentes.» El segundo asalto no tuvo mejor éxito que el primero, y los escoceses se retiraron al oscurecer el día, resueltos á hacer un nuevo esfuerzo al amanecer.

Sin embargo, los sitiados estaban en la mas completa alarma, abrumados de fatiga y de heridas, y temiendo ser vencidos en el último asalto. Montagu reunió á los caballeros para tomar consejo; sabia por la declaracion de algunos prisioneros, que Eduardo habia llegado á Warwick, y hubiera deseado instruirle del estremo á que se veia reducido: mas ¿cómo habia de salir del castillo? Los pasos estaban cuidadosamente guardados: por otra parte todos los caballeros querian permanecer para defender á Alice, y cuando la miraban bañada en lagrimas, ninguno podia resolverse á abandonarla.

El castellano dijo á sus compañeros: «Señores, conozco vuestra lealtad y buen afecto. Intento por amor á madama y á vosotros correr la aventura, y ser yo propio el mensajero: estas palabras alegraron en estremo á la condesa y á sus compañeros.»

Habiendo Montagu hecho sus preparativos, salió solo en mitad de la noche con el mayor silencio: favoreció sus intentos una abundante lluvia que sobrevino, y pasó por medio de los centinelas enemigos sin ser sentido. Hallábase ya á bastante distancia, cuando al nacer el día encontró á dos escoceses que conducian dos toros y una vaca: mató á los bueyes é hirió á los soldados. «Id les dijo, y contad á vuestro rey que Guillermo de Montagu ha atravesado su campo, y que va á buscar en Warwick al rey de Inglaterra.» Bruce no juzgando á propósito esperar á Eduardo, levantó el sitio y se retiró.

Eduardo llegó al medio día al sitio mismo de don-

de habían partido los escoceses algunas horas antes: estimulado quizás por una pasión mal estinguida, había puesto suma diligencia para socorrer a la noble señora, á quien no había visto desde que se casó con el conde de Salisbury.

Al punto que Alce supo la venida del rey, mandó abrir todas las puertas del castillo, «y salió al encuentro tan ricamente ataviada, que todos se maravillaban. Y no era posible dejar de mirarla, y admirar su gran nobleza juntamente con la grande donosura, graciosa habla, y talle que la distinguían. Cuando llegó á la presencia del rey, inclinóse hasta el suelo dándole gracias de su socorro, y acompañóle al castillo para festejarle y honrarle. El rey no podía contenerse de mirarla, y no era extraño, porque nunca había visto tan noble, tan fresca, ni tan linda dama. Hirióle al punto el corazón una chispa de fino amor, que le duró por largo tiempo. Entraron en el castillo mano á mano, y condujole la dama primeramente al salón, y despues á su cámara, que estaba tan noblemente adornada, como que pertenecía á tan principal señora. Y el monarca miraba siempre con tanta energía á la gentil dama, que ella se llenó de rubor; y cuando la hubo mirado largo rato, se dirigió á una ventana, se apoyó en ella, y comenzó á estar muy pensativo.»

Habiendo la condesa ordenádolo todo para un festin, volvió adonde estaba el monarca, á quien encontró sumergido en el mismo ensueño, y atribuyó su tristeza al disgusto que le había causado la fuga del enemigo; asíes que procuro consolarle. «¡Ah, querida señora, dijo Eduardo, otra cosa conmueve y oprime mi corazón! Los dulces modales, el perfecto entendimiento, la gracia, la gran nobleza y la hermosura que en vos he encontrado me han sorprendido tan fuertemente, que conviene que me ameís.» Entonces res-

pondió la dama: «¡Oh querido señor! no intentéis burlarme ni probarme: no creo que príncipe tan noble y tan gentil como vos, haya pensado en deshonorar á mí y á mi marido, que es tan valeroso caballero, que tanto os ha servido y gime por vos entre prisiones.»

Cuando sirvieron el banquete, el rey, despues de haberse lavado, se sentó á la mesa entre sus caballeros, comió poco, y se mantuvo siempre pensativo; y concluida la comida se retiró al aposento que le habian preparado. Permaneció toda la noche en suma agitación: tan pronto le parecia odioso el engañar á un noble que le habia servido con tanta fidelidad; «y tan pronto amor le dominaba con tanta violencia, que olvidaba el honor y la lealtad.» Al dia siguiente se despidió de la condesa, conjurándola á que no tomase precaución ninguna contra él, mientras la dama le rogaba que abandonase sus designios.

Algun tiempo despues, el conde de Salisbury, cangado por el conde de Moray, escocés, regresó á Inglaterra: estaba tranquilo porque ignoraba la pasion del rey que no habia estallado aun. De vuelta á Londres, Eduardo mandó publicar un torneo con la esperanza de atraer á la condesa; ordenó al conde que condujese su esposa á la córte, y el conde ofreció obedecer. «Si me habeis entendido bien, dice el historiador que nos cuenta tan agradablemente esta aventura, sabreis que el rey de Inglaterra amaba ardientemente y de corazon á la linda y noble dama, la señora Alice, condesa de Salisbury. Amor le estimulaba de noche y de dia, y de tal suerte le representaba las gracias y la frescura de la bella, que no tomaba consejo de nadie, y no hacia mas que pensar siempre en Alice.» La castellana invitada á asistír al torneo, no osó negarse por temor de despertar en su marido sospechas de los designios del rey. Las fiestas duraron quince dias: vióse brillar en ellas al rey de Inglaterra en persona, á

Guillermo II, al conde de Hainaut, á Juan de Hainaut, su tío, á Roberto de Artois, á los condes Derby, de Salisbury, de Gloucester, de Warwick, de Cornouailles y de Suffolck, y un gran número de caballeros. Justas, peleas, pasos de armas, danzas de toda clase, sobrepujaron á cuanto se habia visto hasta entonces: desgraciadamente, Juan, primogénito del conde de Beaumont, fué muerto en el postrer combate contra la barrrera. Alice se presentó vestida con un sencillo traje en medio de las damas cargadas de atavíos; así estaba mas bella, y queriendo estinguir con su modestia el amor del monarca, lo inflamó

Se cree que en una de las danzas de aquellas fiestas fué en la que Alice dejó caer la cinta azul que ataba la especie de elegantes sobre calzas que usaban entonces. Eduardo la levantó con presteza; sonriéronse los cortesanos: y el rey se volvió á ellos diciendo: «Infame sea el que piense mal de esto.» Algunos años despues el monarca mandó reparar el castillo de Windsor, «que el rey Artus hizo edificar y fundar allí, donde primeramente comenzó la noble tabla redonda, de la que tantos valerosos varones y caballeros salieron á trabajar con sus armas y sus proezas por todo el mundo.» Cuando el espíritu romántico y la ignorancia de los tiempos daban crédito á estas fábulas; Windsor pareció propio para lugar clásico del establecimiento de la orden que Eduardo queria crear en testimonio de su pasion: mandó levantar una capilla dedicada á San Jorge, é instituyó *la orden de la Jarretiera*, que pareció á los caballeros *una distincion muy honorifica*, y que servia de cebo al amor: y ha quedado como una de las cinco grandes órdenes de Europa. El frágil monumento de la galanteria de un rey de Inglaterra ha resistido á todas las tempestades que han conmovido el trono británico. Cromwell estuvo un momento tentado á vender el honor, que tanto se aprecia al presente de

llevar un cordón tomado de la rodilla de una muger. ¿Qué son en efecto los objetos mas graves de la historia, la fé de los altares, la santidad de las costumbres, la dignidad del hombre, la independencia, la civilización misma, si pasan con mas presteza que los estatutos de la vanidad y los privilegios del capricho? La antigüedad ignoró los nombres de las mugeres en los fastos de las naciones, á no ser como esposas, madres é hijas; no mezcló la sociedad en las debilidades que el cristianismo se esforzaba en advertir con sus lecciones: la antigüedad ignoró los asuntos domésticos decorados por la aristocracia de la edad media, y vémoslos espirar por la vuelta de los pueblos á la libertad.

Han acusado á Eduardo de no haber vencido á Alice sino por violencia, y sea lo que fuere, el conde de Salisbury creyó á Alice culpable. Clisson y los señores bretones decapitados, habian contraído empeños secretos con la condesa de Montfort y el rey de Inglaterra. En testimonio de su fé habian enviado sus sellos á Eduardo, quien los dió á guardar al conde de Salisbury; el conde, aprovechándose de la ocasion para vengarse del seductor ó del robador de su esposa, mostró los sellos á Felipe, y Felipe hizo cortar la cabeza á los traidores.

La mas evidente prueba de la infidelidad de los señores bretones es el resentimiento que manifestó Eduardo por su suplicio. Si Clisson hubiese sido fiel siempre al partido del conde de Blois y de la Francia, ¿hubiese causado tanta admiracion á Eduardo su muerte? En la carta que escribió al papa quejandose, califica á los condenados de *Nobles afectos* á su persona. Pretendió con una guerra injusta castigar una sentencia arbitraria, se declaró vengador de aquellos de quienes no era rey, y reparador de una ofensa de que no era juez.

SUMARIO.

Godofredo de Harcourt, de resultas de una querrela con el mariscal de Briquebec, pasa á Inglaterra y presta homenaje á Eduardo, como rey de Francia, de las tierras que poseia en Normandía.—Retrato de Godofredo de Harcourt, hombre mediano en una elevada fortuna.—Felipe vendido en todas partes, tórnese sombrío y cruel.—Hace alianza con el rey de Castilla.—Juan de Hainaut, conde de Beaumont, vuelve á Felipe.—Nuevos impuestos: gabela.—Hacienda en tiempo de la tercera dinastía desde Hugo Capeto hasta Felipe de Valois.—Nombres de los gefes de la gabela conservados por la historia con los nombres mas ilustres de la caballería, para mostrar las lágrimas de los pueblos detrás de la gloria de las armas.—Eduardo pide socorros pecuniarios á su parlamento, que se los otorga mediante algunas concesiones: subsidios propicios á Inglaterra y funestos á Francia, que contribuian á la libertad de un pueblo y á la servidumbre de otro.—Hostilidades en Guyena.—Toma de Aiguillon por los ingleses.—Gauthier de Maunoy encuentra el sepulcro de su padre en La Reole.—Proezas de Agos en el castillo de esta ciudad.—Renúevanse las hostilidades en Bretaña.—Quimper es tomado por asalto.—La carnicería no cesó hasta que encontraron un niño de teta *que mamaba aun despues de muerta su pobre madre*.—Muerte del conde de Montfort.—Retrato de este señor—Montfort no faltó á la fortuna, sino la fortuna le faltó á él, y su esposa le robó la gloria.—Sucesos de Flandes.

FRAGMENTOS.

CAIDA DE ARTEVELLE.

Gastado Artevelle en las conmociones populares, cansado tal vez de sus democráticas orgías, que para se genio carecian del atractivo de la novedad, no ha-

:

biendo producido sus acciones por el convencimiento de una opinion fuerte, sino por el impulso de mezquinos celos plebeyos contra la desigualdad de rangos, Artevelle pensaba solamente en asegurar sus riquezas: hubiese podido preguntar á sus hijos: «¿este oro huele á sangre?» como Vespasiano preguntaba á Tito, si la pieza de moneda que le presentaba, olia al impuesto que la habia producido. Pero para reirse pacificamente de las victimas que habia causado, y del pueblo á quien habia engañado, necesario era que Artevelle cambiase de posicion. Restábanle dos partidos que tomar: apoderarse del poder supremo, ó descender de su tribunado, y confundirse con la muchedumbre. El apoderarse del poder supremo exigia un talento de que carecia Artevelle, y tampoco se atrevia á desprenderse del tribunado. No hay seguridad en abdicar el crimen, porque su corona deja señales en la frente que ha ceñido, y es preciso sufrir la terrible legitimidad.

Artevelle, no abrazando ni el uno ni el otro partido, recurrió á un espediente que descubria la parte vulgar de la naturaleza de aquel hombre; despues de haber desencadenado á la muchedumbre, imaginó darle un señor, que no fuese el antiguo principe del pais á quien aborrecia, y á quien juzgaba haber ultrajado demasiado. Sucede con frecuencia que un **déspota** popular, despues de haberse entregado á los desórdenes de la libertad, se retira al abrigo del yugo de otro tirano, con tal que este tirano sea de su eleccion, y que haya participado de sus excesos. Artevelle fijó los ojos en Eduardo, que habia figurado en todas sus cábalas, y servido y aprobado sus furores. Cuanto mas inuoble era para un monarca, segun las ideas del tiempo, haber sido el aliado y el cortesano de un cervecero, tanto mas debia el monarca entrar en los proyectos del tal mercader. Artevelle maquinó nombrar

al príncipe de Gales duque de los flamencos, del mismo modo que había nombrado á Eduardo rey de los franceses.

Para concertar el negocio, Eduardo desembarcó en el puerto de Eclusa hácia mediados del mes de junio del año 1345; traía consigo á su hijo y á muchos barones y caballeros. Los diputados de Flandes se trasladaron por su parte á Eclusa con Artevelle, aunque ignoraban lo que iba á tratarse en aquella entrevista: celebróse el consejo á bordo del gran navío donde estaba el rey de Inglaterra, y que se llamaba Catalina. Allí Artevelle propuso desheredar al conde Luis de Flandes, y á su hijo Luis, y dar el condado de Flandes, con el nombre de ducado, al príncipe de Gales, hijo de Eduardo.

Existe en el corazón del hombre un fondo de justicia que reaparece cuantas veces no están mudas las pasiones. En aquel momento los diputados de Flandes, que conservaban su sangre fría, se indignaron con una proposición que hería el carácter bondadoso de los unos y leal de los otros; y respondieron que no podían tomar sobre sus hombros *un asunto tan grave, que en lo venidero podía tocar á su país*, y que era preciso participarlo á los comunes de Flandes; y se retiraron.

Artevelle, dejando que se adelantasen á Gante los diputados, cometió una de aquellas faltas que deciden de la suerte del hombre: si hubiese hablado el primero, quizás hubiera atraído á los vecinos, pero su crédito comenzaba á debilitarse. Un rival peligroso, Gerardo Denis, jefe de los tejedores, se encumbraba sobre las ruinas de su fortuna. O bien sea que este nuevo tribuno se doblase el oro de la Francia, ó bien que abrazase un partido generoso por su propio convencimiento, ó bien que obrase por espíritu de oposición á Artevelle, nunca dejaba de rebatir las proposi-

ciones del postrero; y Artevelle conocia tan perfectamente lo fatal que le era Gerardo Denis, que estaba resuelto á deshacerse de él.

Llegados los diputados á Gante, convocaron el pueblo en la plaza del mercado, y dieron cuenta de las conferencias de Eclusa. El pueblo, tan ardiente en el bien como en el mal, manifestó su descontento con murmullos; entonces Gerardo Denis tomó la palabra:

«Gentes honradas, hasta aqui hemos combatido por nuestras inmunidades; y Artevelle, que se apellidaba su defensor, os propone ahora hacerles traicion. Mas si cesamos de ser libres, todo nos servirá de acusacion en el momento. ¿Y cómo nos justificaremos? ¿Qué nos quedará de nuestras sangrientas rebeliones? ¡Crímenes y cadenas! El hombre que os ha atraído, quiere entregaros á la Inglaterra. Príncipe por príncipe, ¿no tenemos uno nacido de nuestra sangre, criado entre nosotros, á quien conocemos, que nos conoce, que habla nuestra lengua, por quien hemos orado, cuyo nombre saben nuestros hijos como el de sus vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron con nosotros? Porque hayamos obligado á nuestros condes á que viajen, ¿será nuestro país una propiedad criminal que deba pasar á los ingleses por derecho del fisco! ¡Ah! por Dios, si queremos un señor, no seamos tan desleales que desheredemos á nuestro señor natural, para dar su lecho al primer artesano que lo pida.»

A los tales discursos, Denis y sus partidarios añadieron una razon que debia obrar mas inmediatamente sobre la multitud: nueve años hacia que Artevelle gobernaba la Flandes, y habia acumulado un tesoro, tanto de sus prevaricaciones y multas, como de las rentas del estado; y el amor del oro, pasion de las almas comunes, le perdió.

Habiendo Artevelle dejado á Eduardo en Eclusa,

se había dirigido á Brujas, y despues á Ipres, á cuyos habitantes convenció á favor de sus designios. De allí se trasladó á Gante, donde cabalgando por las calles acompañado de sus amigos y de la guardia estrangera que le había dado Eduardo, conoció que había urdida alguna trama en contra suya, porque los que tenían costumbre de saludarle, volvíanle la espalda, y entraban en sus casas. El pueblo murmuraba y decía: «Ved ahí al que es ya tan gran señor, que quiere disponer del condado de Flandes.» Llegado á su casa, mandó cerrar las puertas y las ventanas, porque el conocimiento que tenía del vulgo, le hizo adivinar á la primera señal la borrasca. Apenas se había encerrado, cuando se sublevó el cuartel entero, y rodearon la casa del cervicero como para un asalto. Los criados de Artevelle se mantuvieron fieles, como rara vez acontece á los desgraciados: defendiéronse vigorosamente, y mataron é hirieron á muchos individuos; pero por fin cayeron las puertas destrozadas, y la multitud se derramó por el interior del edificio dando alaridos. Entonces Artevelle apareció en una ventana con la cabeza desnuda y en ademán de suplicar. «Buenas gentes, ¿qué quereis? ¿que os mueve? ¿por qué os mostrais tan airados contra mí? ¿En que he merecido vuestra cólera?—¿Dónde está el tesoro de Flandes? gritaron los amotinados.—Nada he tomado, dijo Artevelle. Venid mañana, y os dejaré satisfechos.—No, no, no escapareis de ese modo: habeis enviado el tesoro á Inglaterra, y debeis morir.»

Al oír semejante amenaza Artevelle, juntó las manos y comenzó á llorar. «Señores, dijo, yo no soy mas que lo que vosotros me habeis hecho. Me jurásteis en otro tiempo que me defenderiais contra todos, y ahora pretendéis quitarme la vida sin justicia: traed á la memoria el tiempo pasado, y no olvidéis mi cortés proceder. Os he gobernado en plena paz con tanta abun-

dancia, que nada os ha faltado, ni trigo, ni cebada, ni las demas mercancías. Quereis galardonar muy mezquinamente los grandes bienes que os he proporcionado.»

Sus lágrimas no conmovieron al pueblo: era el ciervo llorando delante de los cazadores. La muchedumbre gritó en masa: «Bajad y no nos arengueis desde tanta altura.» Artevelle leyó en estas palabras su sentencia: cerró la ventana, y probó á salvarse por una puerta de la espalda para refugiarse en una iglesia vecina: esperaba encontrar un asilo á los pies de aquel, cuya misericordia no se cansa como la piedad de los hombres. Mas ya llenaban la casa mas de cuatrocientos amotinados, y habiendo Artevelle tropezado con ellos, fué despedazado. Recibió la muerte de manos de Gerardo Denis, que parecia obrar impulsado por mas noble motivo, y que no queria ser mejor que él. Siende el pueblo en la república legislador, juez y soberano, puede hacer la ley, pronunciar el fallo y ejecutarlo: el asesinato por la democracia es inicuo, pero legal. Artevelle se habia sujetado á semejante gobierno.

Eduardo supo en Eclusa al fin de aquel, que era, segun Froissard, *su grande amigo y su querido compadre*: dió las velas para Inglaterra, amenazando á Flandes, y declarándose siempre vengador de la muerte de los traidores. No tenia mas gana de pelear con los flamencos, que estos de hostilizarle, y asi es que enviaron una diputacion que le encontró en Lóndres. «¡Oh amado señor! le dijeron, teneis hijos é hijas de mucha hermosura: el principe de Gales no dejará de ser un varon poderoso, aunque no tenga la herencia de Flandes. Vos teneis una hija menor, y nosotros un tierno doncel, á quien alimentamos y guardamos, y que es heredero de Flandes; ambos pudieran enlazarse con el himeneo.» Semejantes voces suavizaron el do-

lor fingido de Eduardo, y Artevelle cayó en olvido, como todos aquellos cuya fama no estriba en el genio ni en la virtud.


SUMARIO.

Juan, duque de Normandía, hijo mayor del rey, marcha á Guyena, y despues de haber tomado á Angulema, sitia á Aiguillon con mas de cien mil hombres — Resistencia de los sitiados mandados por el conde de Derby.

FRAGMENTOS.**INVASION DE LA FRANCIA POR EDUARDO.**

Este sitio fué fatal; por él se determinó Eduardo á pasar á Francia, y se vió privado Felipe de cien mil hombres que hubiesen podido hallarse en la batalla de Crecy. Todo estaba dispuesto en los consejos de la Providencia. «Pero, dice el grave historiador que conoció muy bien nuestras antigüedades, las desgracias que ha padecido la Francia, y las grandes victorias del rey Eduardo, no debian persuadir la justicia de sus quejas, sino que se debian mirar como castigo de los vicios de los franceses. La restitucion de pérdidas y conservacion del estado hasta el presente, manifiestan que no ha sido arruinada.»

El duque de Normandía habia jurado no abandonar el sitio de Aiguillon hasta tomar la ciudad, á no ser que su padre le llamase: y envió al condestable de Eu y á Tancarville para que participasen á Felipe la resistencia que experimentaba. Felipe retuvo á su lado á ambos señores, y mandó decir á su hijo, que continuase el sitio hasta que obligase á la ciudad á

rendirse por hambre, ya que no podía por fuerza.

Sin embargo, el rey de Inglaterra, instruido de lo que pasaba en Guyena, preparábase á socorrer en persona al conde de Derby. Reunió en el puerto de Southampton mil buques, cuatro mil hombres de armas, diez mil archeros, diez y seis mil soldados de infantería ligera, de los que diez mil eran del país de Gales, y seis mil irlandeses: dejó el gobierno de Inglaterra encargado á los arzobispos de Cantorbery y de York, á los obispos de Lincolá y de Durham, y á los señores de Percy y de Neville; y confió la guardia particular de la reina al conde de Kent, su primo. Eduardo, habiendo soplado vientos favorables á fines del mes de junio del año 1346, se dió á la vela con toda su escuadra para las costas de Gascuña.

Llevaba á su lado en el navío á Godofredo de Harcourt y al príncipe de Gales, que tenía entonces quince años: los otros señores embarcados eran los condes de Hereford, de Northampton, de Arundel, de Cornouailles, de Warwick, de Huntingdon, de Suffolck y de Oxford. Entre los barones y caballeros contábase Juan Luis y Rojero de Beauchamp, Renaldo de Cobham, los señores Mortimer, de Mowbray, de Roos, de Lucy, de Felton, de Bradestan, de Mouton, de Man, de Basset, de Berkley y de Willoughby. Otros combatientes que se hicieron despues célebres, como Juan Chandos, Fitz Warren, Pedro y Jaime de Audelay, Rojero de Wettevalle, Bartolomé de Burgherst, y Ricardo de Pembridge, se hallaban también á bordo de la *Barcada*, en el simple rango de donceles. Debemos añadir algunos estrangeros, como Oulphart del Ghistelle, del país de Hainaut, y cinco ó seis caballeros alemanes.

Durante dos dias, los buques caminaron prósperamente hacia el puerto donde se dirigian: si hubieran entrado en Gironda se hubiese salvado la Francia, pero

la Francia debía perderse. El que domina en el mar, hizo cesar el viento que favorecía la flota, y envió otro que la repelió violentamente contra Cornouailles, y echaron áncoras. Eduardo esperó, ansiando la vuelta del primer viento, no dudando que la tempestad que ondeaba entonces su pabellón le conduciría al triunfo.

Hemos dicho que Godofredo de Harcourt se había embarcado en la *Nave real*: nunca había opinado que se atacase á la Francia por el lado de Guyena, demasiado lejana del centro de nuestro imperio, y defendida como provincia fronteriza por una multitud de castillos; parecía que alguno hubiese revelado á aquel traidor la cólera celeste, aunque la venganza y el odio sobresalen en inteligencia. Cuando Harcourt vió la flota repelida á las costas de Inglaterra, se aprovechó de aquel incidente para hacer vacilar la resolución de Eduardo. «Señor, le dijo, siempre os he aconsejado, y os aconsejo aun, que tomemos tierra en Normandía, ninguno se opondrá á vuestro desembarco. Hace mucho tiempo que los pueblos de aquel cantón están sin armas, y nunca han visto la guerra: toda la nobleza de la provincia hállase ocupada en el sitio de Aiguillon. Encontrareis un país abierto, lleno de populosas ciudades no muradas, donde vuestros soldados se enriquecerán para veinte años. Ruégoos que me escuchéis, y respondo de todo con mi vida.»

El rey prestó oídos al consejo, y mandando levar áncoras, quiso servir él mismo de piloto, pasó con su navío á la cabeza de la flota, é hizo volver las proas hácia las costas de Normandía. Las calamidades de cien años fueron el fruto de la inspiración de un momento y del cambio de los vientos en la atmósfera.

Los franceses, que tantas veces habían devastado los territorios extranjeros, iban a su turno á experimentar las abominaciones de la conquista: desde la invasión de los normandos no habían visto á los ene-

migos en el corazón de su país, y ahora, pasados cuatro siglos, un normando se preparaba á sembrar la desolación. Los mil buques ingleses se presentaron delante de La Hogue-Saint-Wast, en Cotentin: cubierto de sus armas, rodeado de sus caballeros, Eduardo que venia en el gran navio que precedia á los otros, desarrollaba al viento los colores de Inglaterra, que eran blancos entonces, porque nosotros habiamos adoptado el encarnado. Abordó sin obstáculos, como se lo habia anunciado Godofredo de Harcourt, en el puerto de La Hogue el 12 de junio de 1346. Cerca del cabo de este nombre vertieron los franceses en el reinado de Luis XIV su sangre para reponer á un monarca inglés en el trono de sus mayores.

La tierra de San Salvador, que pertenecia á Godofredo de Harcourt, estendiose hasta La Hogue, y desde encima de los navios ingleses, Harcourt descubria el sitio mismo de su nacimiento, y las playas llenas de los recuerdos de su juventud. Al enseñar á Eduardo el país que iba á devastar, podia decirle:

«Ahí está la torre de la iglesia en que fui bautizado; aquella es la habitacion del castillo en que me crié: ahí vuestros soldados podrán deshonar el tálamo de mi madre, y mas allá desenterrar los huesos de mis abuelos.»

Cuando Godofredo imprimió sus huellas en la arena, ¿cómo pudo ver sin conmoverse á los labradores huyendo delante de él en los mismos campos en que habia pasado su infancia, y por los propios caminos que le guiaban al techo paterno? Un historiador figura á Roma diciendo á Manlio Capitolino: «Manlio, te he mirado como el mas querido de mis hijos cuando arrojabas á los enemigos desde lo alto del Capitolio; pero ahora que desgarras mi seno, ve, desventurado, y así seas precipitado como los galos de los cuales has alcanzado victoria.»

La Francia, llena de heridas, con los ojos llorosos, y envuelta en su despedazado manto, hubiera podido decir á Godofredo de Harcourt: «Caballero falso y traidor, te aguardo en Crecy sobre el cuerpo sangriento de tu hermano fiel á su patria. ¡En vano te arrepentirás! tu arrepentimiento no durará mas que tu inocencia. Traidor de nuevo, morirás con fe mentida, doblemente infamado por tu crimen y por el perdón de tu rey.»

Habiendo la flota echado el ancla, verificóse el desembarco en una playa desierta; imágen de lo que iba á ser nuestra patria hollada por los ingleses. Eduardo cayó, segun dicen, al fijar la planta en la arena, como César en Africa, y como Guillermo el Bastardo en Inglaterra. Vertió sangre de la nariz, y los caballeros horrorizados con el presagio dijeron al rey: «Querido señor, volved á vuestra nave, y no os internéis en tierra, porque esta señal es para vos no lisonjera.» Eduardo respondió alegremente: «El signo es muy bueno; esta tierra me desea.» Hay palabras y aventuras propias de todos los conquistadores; el mismo instinto y las mismas costumbres distinguen á los animales de presa.

En el sitio mismo del desembarco armó caballero el rey de Inglaterra á su hijo el principe de Gales: la tierra de Francia tiene la propiedad de producir héroes, aun en sus enemigos. Eduardo nombró condestable al conde de Arundel, y mariscales á Godofredo de Harcourt y al conde de Warwick.

Cotentin forma una semi-isla, y Eduardo ordenó sus soldados segun la naturaleza del terreno que tenia que recorrer: dividiólos en tres cuerpos, dos de los cuales, es decir, las dos alas del ejército, mandadas por los dos mariscales, marchaban la una por la derecha, y la otra por la izquierda de la orilla del mar, barriendo las dos riberas de la semi-isla, mien-

tras que el cuerpo de batalla donde se hallaban Eduardo, el príncipe de Gales y el condestable, se dirigía al centro por medio de las tierras. Cada noche las dos alas se replegaban, y venían á acampar en los flancos de la cabalgada del rey. El conde de Huntingdon se habia quedado en la armada con ciento y veinte hombres de armas, y cuatrocientos archeros, y tenia orden de seguir costeando el movimiento de las tropas. Con esta hermosa disposicion militar, el ejército de Eduardo, moviéndose en una sola y larga linea, y abrazándolo todo delante de ella, se desarrollaba lentamente sobre la Francia como un océano de llamas.

Nada se libró en mar y en tierra de la desolacion de aquel monarca, que se decia rey de los franceses, y que venia á reinar sobre franceses: por mar todos los barcos, desde el navío mayor hasta el mas reducido batel, fueron tomados y reunidos á la armada inglesa: por tierra, todas las ciudades y aldeas sufrieron el saqueo y el incendio. Barfleur sucumbió la primera, y aunque se rindió sin resistencia, no por eso dejó de ser entrada á saco; perdió oro, plata y preciosas joyas. Encontraron tanto cúmulo de riquezas, que los saqueadores no se cuidaban de los paños forrados de verde.» Los habitantes aprisionados en la ciudad fueron sepultados en la armada inglesa: incendiaron á Cherburgo; el castillo se defendió, y destruyeron hasta los cimientos de Monteburgo, Valonia y Carentan.

El cuerpo de batalla no causaba menos estragos en medio del pais. «Godofredo de Harcourt iba delante de la batalla del rey con quinientas armaduras de hierro y dos mil archeros, y como conocia bien los pueblos de su patria, trazaba el camino. Halló el pais repleto y plantado de todas las cosas, y las trojes llenas de trigo y avena: las casas rebosando en riqueza, opulentos vecinos, carros, carretas, caballos, cer-

dos, carneros y bueyes que se criaban en aquel país, y que eran los mejores del mundo. Los habitantes huían delante de los ingleses, de tan lejos, que apenas oían hablar de ellos abandonaban sus casas y sus trojes del todo llenas. Así los ingleses incendiaban, robaban, destruían y saqueaban el hermoso país de Normandía.» Saint-Lo, donde había entonces fabricas considerables de paños, pereció; y habiéndose reunido los tres cuerpos del ejército inglés, adelantáronse hácia la llanura de Caen. Por la relacion de los infortunios de la Francia, aprendemos el curioso detalle de su cultura y de su industria interior en este tiempo.

No habían ignorado en París el armamento de los ingleses; pero no habían podido adivinar sobre qué punto descargaría la borrasca; apenas supieron que estallaría en el corazón del reino, cuando Felipe se apresuró á enviar á Caen al conde de Eu, condestable de Francia, y al conde de Tancarville, recientemente venido del sitio de Aiguillon. Lanzáronse en la ciudad acompañados de algunos hombres de armas y encontraron en ella á Guillermo Bertrand, obispo de Bayeux, que se había encerrado con la nobleza que había quedado en el país. Caen era una ciudad mercantily popular, *llena de ricos vecinos, de nobles damas y de hermosas iglesias*, pero sus murallas estaban abiertas en varios puntos, y su castillo bastante fuerte no defendía la ciudad sino por un lado. Trescientos genoveses mandados por el señor de Wargny componían toda la guarnicion. Ya era un gran progreso en administracion el poder mantener, como lo hacia Felipe entonces, cien mil hombres en Gascuña; mas no habiéndose establecido aun el sistema de tropas asalariadas, lo restante del reino se hallaba sin una defensa regular. La edad media, que no tenía ejército permanente, existía en el estado mas favorable á la

libertad, y por la falta de luces fué un tiempo de esclavitud: cuando las luces se estendieron, llegaron los soldados.

La armada inglesa habia tocado la embocadura del Orne, rio que pasa por Caen; y Eduardo, acampado á dos leguas de la ciudad, creia que iba á experimentar alguna resistencia. El conde de Tancarville queria con razon que se contentasen con defender el puente sobre el Orne, el castillo y el recinto de la ciudad, y que se abandonasen los arrabales; mas los vecinos dijeron que se reconocian con fuerzas suficientes para combatir al rey de Inglaterra en campo abierto. Apoyó el condestable este pensamiento fanfarron, y por sus consecuencias fué acusado de incapacidad, cobardia y traicion. En otro tiempo habia recibido dones y presentes de Eduardo: durante su cautividad en Inglaterra se hizo enteramente sospechoso por los halagos de este principe. Para un trono son necesarias las victorias, y Felipe solo conocia desgracias: la desdicha releva a los mortales del juramento de fidelidad.

Eduardo, resuelto á esterminar una ciudad, oyó misa al nacer el sol; algun tiempo despues, violando los sepulcros y asesinando los pueblos, mandó celebrar magnificos oficios por los nobles normandos decapitados por la felonía de Godofredo de Harcourt.

Sin embargo, los vecinos de Caen, ordenados en batalla no cumplieron lo que habian ofrecido: apenas vieron que se acercaban las banderas de los ingleses, y oyeron silbar las flechas, huyeron. Los enemigos entraron confundidos con ellos en la ciudad, porque el rio venia tan escaso, que se le vadeaba por todas partes. El condestable se puso en salvo con el conde de Tancarville, en una puerta á la entrada del puente delante de la iglesia de San Pedro. Varios caballeros y escuderos se refugiaron en el castillo: el condes-

table subido á las almenas, distinguió, mirando á lo largo de la calle, á los archeros ingleses matando á los habitantes, y sin perdonar á ninguno. Entre los soldados reconoció á un caballero tuerto, Tomás Holland, con quien habia en otro tiempo contraído amistad en las guerras de Prusia y de Granada. Llamóle, y se le entregó con el conde de Tancarville y otros veinte caballeros.

Los habitantes, viendo que no les daban cuartel, formaron barricadas, y comenzaron á defenderse; arrojaban de las ventanas y desde encima de los techos, muebles, ladrillos y piedras sobre los ingleses. Estos hundian las puertas, se abrian camino con el hierro y el fuego, violaban las mugeres en medio de las llamas y asesinaban á todos sin distincion de edad, de sexo y de condicion. Cada edificio daba ocasion á un asedio, donde se repetian los horrores que se ejecutan en una ciudad tomada por asalto. Mas de quinientos ingleses habian perecido en aquel tumulto. Eduardo, que estaba furioso, mandó pasar á cuchillo á todos los franceses, y que un vasto incendio coronase la obra. Godofredo de Harcourt se hallaba presente cuando se dió la órden: por la vez primera sintió remordimientos; espuso al monarca estrangero que le quedaba todavía un pais dilatado que atravesar, y á Felipe á quien combatir; que le importaba contener á sus soldados, porque los vecinos de Caen desesperados, venderian caras sus vidas, y que si por el contrario usaba de misericordia, encargábase Harcourt de reducir la ciudad en breves horas.

Este consejo, al que cedió Eduardo, ahorrando algunos males particulares, causó un mal general á la Francia. En el principio de una invasion, el ejemplo de un sacrificio inflama los corazones, los hace palpitar á impulso de la virtud y de la gloria, é inspira aquel entusiasmo que hace una nacion invencible: los

trescientos esparciatas salvaron la Grecia en las Termópilas. Harcourt cabalgó de calle en calle, mandando de parte del rey de Inglaterra, que ninguno, bajo pena de horca, fuere osado á prender fuego á las casas, violar mugeres, ni matar á los hombres que no opusiesen resistencia. Los vecinos cesaron al punto de combatir, y abrieron sus puertas: entonces comenzó una especie de saqueo regular, que duró tres dias. Eduardo se reservó en la parte del botin las joyas, la bajilla de plata, la seda, las telas preciosas y los paños. Compró de Tomás de Holland, por la suma de veinte mil nobles, al condestable y al conde de Tancarville. Ambos señores fueron embarcados en el gran navio de la armada inglesa con sesenta caballeros prisioneros y trescientos vecinos, de quienes esperaban rescate, no obstante que todo lo habian perdido. El navio trasladó á Lóndres á los cautivos y á los mas preciosos despojos. A los ojos del resto de los ingleses, este era un cebo para que corriesen á saquear la Francia.

Caen encerraba el sepulcro de Guillermo el Bastardo: el suelo en que descansaba su tumba habia sido en otro tiempo disputado á los restos del principe por un vecino llamado Ascelino, que decia que aquel pedazo de tierra, propiedad de su padre, habia sido tomado contra toda justicia por Guillermo cuando vivia. Los hijos de los compañeros que Guillermo habia conducido á la conquista de Inglaterra, volvian á conquistar y á profanar sus cenizas.

Dos cardenales legados, á quienes Eduardo no queria escuchar, fueron testigos de la ruina de Caen. He notado ya, y notaré en adelante, los esfuerzos de la santa sede para contener la efusion de sangre en las guerras crueles. Era un espectáculo que conmovia el ver á los hombres de misericordia siguiendo por todas partes á los hombres de sangre, procurando ha-

cer caer las armas de sus manos, rogando antes del combate, llorando despues de la victoria, siempre rechazados, jamás cansados, palomas de paz errando de campo de batalla en campo de batalla con los buitres.

Felipe reunia en Saint-Denis un ejército, y los príncipes sus vasallos, sus aliados ó sus amigos, se apresuraban á reunirse en su auxilio. El conde Beaumont, Juan de Hainaut, poco tiempo hacia reconciliado con la Francia, corrió con un gran número de caballeros; el duque de Lorena se puso al frente de trescientas lanzas; y los condes de Saboya, de Salbruges, de Flandes, de Namur, de Blois, toda la nobleza que no se hallaba en el sitio de Aiguillon, concurren á Saint-Denis. Juan, rey de Bohemia, hallábase entonces en sus estados: su hijo Carlos acababa de ser elegido emperador: el antiguo emperador escomulgado, Luis de Baviera, inquietaba al nuevo emperador, y el rey de Bohemia habia perdido la vista: tantas razones parecian deber detenerle en Alemania; mas cuando recibió los correos de Felipe, en vano intentaron contenerle sus ministros. El viejo monarca que se ha convertido en un modelo de lealtad, dijo á sus barones: «¡Ah! ¡ah! aunque ciego, no he olvidado nunca el camino de Francia. Quiero ir á defender á mis queridos amigos y á los hijos de mi hija, á quienes pretenden robar los ingleses.» Juan partió en efecto con su hijo Carlos, y vino al encuentro de Felipe.

Eduardo habia salido de Caen. Los titulos solos de los capítulos de nuestras crónicas dan una idea de su marcha, «de los males que los ingleses hicieron en Normandía, de cómo fué saqueada tal ciudad, y de cómo el pais entero fué incendiado, despoblado y robado.» Tomó primero el camino de Evreux, pero hallando cerrada la ciudad, no quiso atacarla; apoderóse y entregó á las llamas á Louviers, ya conocida por

sus fábricas de paños: de allí se adelantó á Rouen; los condes de Evreux y de Harcourt tenían en ellas el mando. Godofredo de Harcourt pudo ver flotar sobre la muralla de Rouen la bandera de su hermano.

Felipe había mandado romper todos los puentes del Sena, desde París hasta Rouen; y el mismo rey, habiendo descendido de París con su ejército, encontrábase en Rouen en el instante en que los ingleses se presentaron al otro lado del Sena. Eduardo pasó sin insultar la ciudad, de la que le separaba el río; espía la ocasion de entrar en Picardía para retirarse á Ponthieu que le pertenecía. Subió el Sena, continuando sus estragos: Felipe marchaba por la orilla opuesta arreglando su movimiento al de los enemigos, á quienes seguía por las huellas de sangre y á la claridad de los incendios. Redujeron á cenizas á Pont-de-l'Arche, Vernon, Mantes, y á la villa de Meulan: los forrajeadores penetraron en el pais de Chartrain. El ejército inglés llegó de este modo hasta Poissy, cuyo puente estaba destruido, mas desgraciadamente quedaban los machones y las ataduras, lo cual facilitó su restablecimiento: Felipe llegó á París al propio tiempo que Eduardo á Poissy. La civilizacion de los tiempos modernos ha puesto fin á los desastres voluntarios de las antiguas guerras; pero los bárbaros mismos rara vez verificaron una invasion con tanta inhumanidad como esta carrera sangrienta de Eduardo.

Derramáronse por los contornos de Poissy partidas inglesas, que convirtieron en cenizas el castillo de San German en Laye, Nanterre, Ruel, Saint-Cloud y Neuilly. Por la noche desde París se distinguia en el cielo la reflexion de las llamas, y de dia desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, descubriáanse las aldeas por los espesos torbellinos de humo que se elevaban. Los habitantes de París no habian corrido un peligro semejante desde la invasion de los primeros norman-

dos: á semejanza de los ciudadanos de Lacedemonia, antes del tiempo de Epaminondas, sus esposas no habían visto los fuegos del campamento enemigo. Al presente, París ha recibido al estrangero dentro de sus muros, y Esparta se levanta de sus ruinas.

Felipe intentó ponerse á la cabeza de su ejército en Saint-Denis, y la muchedumbre se arrojó á sus plantas: «¡Ah, señor y noble monarca! ¿qué vais á hacer? ¿Quereis abandonar la noble ciudad de París? Los enemigos se hallan á dos leguas de distancia, y pronto estarán aqui. Si vos partis, ninguno habrá que nos defienda de ellos.» El rey respondió: «Buenas gentes, no temais á los ingleses: no se acercarán á vosotros. Voy á Saint-Denis al frente de mis gendarmes, porque quiero cabalgar contra los ingleses, y combatirlos.»

Estas palabras no calmaron enteramente los ánimos: los terrores del pueblo van casi siempre mezclados con la sedicion y la locura: por una parte no querian que el rey se alejase, porque París quedaba sin defensa: y por otra negábanse á tomar las medidas necesarias para poner la ciudad á cubierto de un golpe de mano. París no estaba todavía rodeado de murallas, ó las que habia levantado Felipe Augusto no existían ya, y el rey mandó abrir trincheras. Era preciso derrocar algunas casas, y los propietarios se opusieron: notad la fuerza de la libertad civil en un tiempo en que la libertad política no era nada. El pueblo tomó el partido de los propietarios: el rey de Bohemia corrió con quinientos caballos á calmar la sedicion, lo que únicamente se consiguió abandonando la obra.

A estas turbaciones y rebeliones de hombres, que nada tenian que perder, y se alegraban de la pública calamidad, mezclábanse otros motivos de confusion: todo se habia inundado de traidores pagados por Eduardo con sus rapiñas: estos traidores se aumenta-

ban con el rebaño de los débiles y gentes sin corazón y sin carácter naturalmente unidas á los malos, especie de falsarios, que son causa del miedo y de la adversidad. Muchos comenzaron á creer que el rey de Inglaterra tenia derecho á la corona de Francia, porque vencía.

El interés era grande, y asombroso el espectáculo: Eduardo en Poissy, en la cuna de San Luis, y Felipe en Saint-Denis, en el sepulcro del mismo monarca, ambos dispuestos á lanzarse de sus barreras, y á disputarse el cetro del rey que se habia llevado su corona al cielo.

A juzgar por las apariencias iba á triunfar el derecho de justicia. Mientras Eduardo no habia encontrado obstáculo alguno, habiase adelantado abismando el país; mas tuvo que pensar en la retirada al punto que se presentó Felipe; lo mismo que el lobo, dice Mezerai, que despues de haber hecho gran carnicería en un redil, cuando oye ladrar á los mastines, no piensa sino en retirarse á los bosques. La retirada no era fácil. Eduardo no se hubiera atrevido á arrojarse sobre una ciudad como París, apoyada por un ejército de cien mil hombres. Si hubiera vuelto atrás, hubiéranle perseguido en un suelo arrasado: y si insistia en su primer proyecto de acantonarse en el Ponthieu, el Sena, cuyos puentes habian sido destrozados, cerraba el camino al príncipe inglés, y aun cuando hubiera pasado, hallárase encerrado entre las aguas de aquel rio, las del Oise, el curso del Somme, y el ejército francés que estaba en Saint-Denis. Sin embargo, este era el único plan que tenia apariencias de triunfo.

Cuatro dias hacia que Eduardo preparaba en secreto los materiales necesarios al restablecimiento del puente de Poissy, y habia divulgado la voz de que no pudiendo atravesar el Sena por el sitio donde se habia acantonado, tentaria el paso mas arriba de París. El

dia de la Ascension celebró en la abadía de las Damas la fiesta de la Virgen: dió un gran banquete con suma afectacion, que presidió ornado con un traje sin mangas, de color de escarlata, forrado de armiño, como hubiera podido hacerlo San Luis, tranquilo en el seno de su reino, y en el lugar de su nacimiento: sus tropas habian recibido orden de ponerse en movimiento para circunvalar á París. Engañado por aquellas maniobras y por falsas noticias, Felipe habia acampado en el puente de Antony, con el fin de cortar el camino á los enemigos. No salió de Saint-Denis hasta que Eduardo, por medio de una contramarcha, repasó el Sena en Poissy, cuyo puente habia recompuesto con prodigiosa diligencia. La vanguardia de los ingleses, mandada por Godofredo de Harcourt, estaba apenas al otro lado del Sena cuando tropezó con las milicias de Amiens, guiadas por cuatro caballeros de Picardía. Harcourt atacó á aquellos plebeyos, que se defendieron valerosamente, pero que quedaron derrotados y tomados sus bagajes; mil y doscientos de los llamados *buenas gentes*, fueron muertos en el campo despues de haber arrostrado y hecho frente los primeros á los destructores de su pais. Tales eran aquellos comunes que formaban el fondo de la verdadera nacion francesa, y de los que para eterno oprobio nunca habla nuestra historia, sino para darles nombres afrentosos.... ¿Los orgullosos nobles eran mas bravos, cubiertos con sus coseletes y sus cascos de hierro á prueba de flecha y de lanza, que los paisanos armados de un baston ó de una hoz, y espuestos casi desnudos á la carga de aquellos centauros de bronce? No estaba lejos el momento en que la pólvora, brillando en Crecy, igualaria los peligros, nivelaria las clases en el campo de batalla, y permitiria en fin á la gloria inscribir al pueblo francés en sus propios anales.

Felipe no supo hasta despues de dos dias que ha-

bian levantado las tiendas inglesas; y aunque tenia á la cabeza de las huestes un general mas diestro que él, no por eso carecia de arrojo ni de conocimientos militares: no debemos atribuir gran parte de sus increíbles faltas y de los triunfos de sus enemigos, sino á aquel vértigo de infidelidad que se habia apoderado de una parte de sus vasallos: tan verdadero es, que no todos los entendimientos conocian evidentemente la ley sálica. Entonces reconoció, dice un historiador, que estaba rodeado de traidores que le engañaban con falsas noticias, y daban aviso á los ingleses de todos sus pasos; y desesperado de haber dejado escapar la presa, corrió en su seguimiento. Propuso la batalla á Eduardo en la llanura de Vaugirard si queria retroceder, ó entre Pontoise y Francoville, si preferia detenerse y esperar. Eduardo respondió que no necesitaba consejos de su enemigo, y siguió el camino.

Llegados á los campos de Beauvois, arrasólos como los restantes, pasó por debajo de las murallas de Beauvais, cuyos arrabales incendió y saqueó, porque su obispo defendió arrojadamente la ciudad. La abadía de San Luciano, fundada por Childerico, estaba cerca de Saint-Germain-des-Pres, el edificio religioso mas antiguo de la Francia, y Eduardo sentó allí sus cuarteles: habiéndolos levantado al dia siguiente, miró atrás, y habiendo visto las llamas que salian de las torrecillas de sus huéspedes, mandó prender á algunos incendiarios. Había vuelto en sí por politica, y mandó respetar las iglesias: órdenes risibles que no engañan al cielo y que no escucha el soldado.

Asi parecia la patria, asi sus ciudades, sus cabañas, los templos de su religion y los monumentos de sus reyes. Crecy iba á coronar tantos desastres, y á terminar la marcha triunfal de Eduardo por medio de las ruinas.

De la abadía de San Luciano vino á alojarse en

Milly, de Milly á Grand-Villiers: desfiló por delante de Dargies, incendió el castillo, y forrageó en los contornos. La ciudad de Poix no se defendió; solo habian quedado en sus dos castillos *dos lindas señoritas*, hijas del señor de Poix, las cuales hubieran sido deshonradas si el señor de Basset y Juan Chandos no las hubiesen conducido á la presencia del rey de Inglaterra. Los vecinos de Poix se libertaron del saqueo por una suma considerable; mas al dia siguiente mediaron contestaciones, y siguió á ellas la matanza general de los habitantes. En fin, Eduardo acampó en Airaines, y envió sus mariscales para que buscasen un paso en el Somme.

Alli debieran haber terminado sus triunfos y comenzado sus espiaciones; Felipe corriendo á marchas forzadas, iba á presentarse á la cabeza de cien mil hombres animados como su rey por la mas justa venganza.

Los ingleses no contaban mas de treinta mil combatientes: hallábanse fatigados con tan largo camino, y embarazados con el botin; y cercados por el mar, el ejército francés y el rio Somme, cuyos puentes yacian rotos ó custodiados, creian tocar el momento de su pérdida. Los mariscales ingleses habian intentado en vano forzar el puente de Remy, despues el de Long en Ponthieu y el de Pequigny; y no habiendo podido descubrir vado alguno en el Somme, volvieron á dar cuenta á Eduardo de sus inútiles investigaciones: en aquel momento entraba Felipe en Amiens.

Arrepintiéndose de sus triunfos, el monarca de Inglaterra, envió á proponer una suspension de armas, ofreciendo volver cuanto habia tomado; mas ¿podia tornar la vida á los labradores, á los vecinos pacíficos, á las familias inocentes inmoladas por su ambicion? ¿Tantas calamidades debian considerarse como juegos de los reyes, que no dejan huella alguna cuando pla-

ce á los mismos reyes interrumpirlos? Gefe y padre de la patria, el monarca lleno de dolor y de resentimiento, lo rehusó todo: un historiador dice que Felipe, no aceptando las proposiciones de Eduardo, se mostró injusto, y se hizo culpable de los infortunios de la Francia: esto es abusar del espíritu filosófico, y juzgar los acontecimientos por su resultado. Felipe debía obtener para sus pueblos una reparacion solemne: debía procurar que los extranjeros recibiesen una leccion duradera, y que aprendiesen cuál seria su suerte si volvian jamás á renovar aquellas incursiones de salteadores. Un enemigo de tan mala fé como Eduardo no hubiera podido escapar tan pronto del peligro si hubiese comenzado de nuevo sus estragos. Mas la batalla de Crecy fué desgraciada: la fortuna no siempre sigue á la justicia, y los derechos de la segunda no son menos reales, aunque los abandone la primera.

«El rey de Inglaterra, dice Froissard, estaba muy pensativo en Airaines, oyó misa al salir el sol, y mandó tocar las trompetas para partir.» Atravesó el pais de Vimeu, y se acercó á Abbeville: incendió una grande aldea en los contornos, y fué á dormir al hospital de Oisemont. Felipe, partido de Amiens, hallábase á la una de la tarde en Airaines: allí encontró provisiones de carnes, pan, piernas asadas, vino en toneles y barriles, y muchas mesas ordenadas que los ingleses habian dejado. Los mariscales de Eduardo que habian descendido por lo largo del Somme hasta Saint-Valery, siempre con el ánsia de buscar un vado, volvieron aquella tarde á decir á su amo, que no habian sido mas dichosos que la vez primera. Si Felipe se hubiera adelantado algunas horas, ó si hubiesen guardado mejor el vado de Blaque-Taque, habia llegado la hora de los ingleses.

El monarca y el ejército que habian causado tantos estragos, resentíanse á su vez del terror que ha-

bian inspirado. Perdida su reputacion como general, menospreciado como rey, aborrecido como hombre, Eduardo debia acabar como un aventurero y como un incendiario. La derrota hubiérale convertido en un gefe sin mérito, sin prevision, sin arrojo, y el triunfo le convirtió en un capitan ilustre: parece que la victoria es el ingenio; en un momento separa el oprobio de la gloria.

Era de noche: ninguno dormia en el campamento inglés; los unos se dolian del botin que iban á perder; los otros lloraban á sus esposas, á sus hijos y á su patria. Los soldados que habian explorado el rio, hacian horribles relaciones: otros creian oir ya los clamores del ejército francés que habia ofrecido no dar cuartel al enemigo; juramento que Felipe habia pronunciado en su colera, y que no hubiera cumplido lo-grada la victoria.

Los gefes no tenian menores alarmas: estrechado contra el mar, y retirado bajo su tienda como un jabalí en su cubil, Eduardo lanzaba en silencio miradas sombrías que eran mas tiernas al fijarse en su hijo: este príncipe jóven, destinado á ser el modelo de la caballería, estaba sin saberlo en la víspera de su nomenclatura, y brillaba ya con la aurora de aquella gloria próxima á amanecer para él. Su armadura negra, dando una gracia particular á su alta estatura y á su juventud, realzaba todavia la blancura de su tez; porque era alto y pálido, tal como han pintado despues al capitan Bayardo, aunque era mas hermoso.

Para determinar, reúne Eduardo su consejo á la luz de las antorchas: inspirado por la desgracia de la Francia, manda que se le presenten los prisioneros del territorio de Vimeu y de Ponthieu, preguntándoles si sabian algun vado mas allá de Abbeville, y prometiendo al que lo manifestase la libertad y veinte cautivos. En criado, llamado Gobino Agace, se hallaba entre

estos desventurados; la historia ha conservado su nombre innoble, como el de aquellos hombres de perdición que emplea la Providencia cuando quiere castigar á los pueblos.

Este criado declaró que existía un vado por el que podían pasar de frente en muchos sitios doce soldados, dos veces al día, en baja mar: el fondo de aquel vado componíase de una arena blanca y dura, de la que había provenido el nombre de *Blanche-Taque*, ó de *Blanche-Tache*, ó de *Blanche-Cayeux*. El criado añadió que se le podía atravesar en carros, y que el agua solo llegaba á la rodilla del hombre. «Campesino, gritó Eduardo trasportado de alegría, si sale verdad lo que dices, romperé tus cadenas y las de todos tus compañeros, y te regalaré cien escudos nobles.» Y Gobino Agace le respondió: «Señor lo aseguro con mi cabeza.»

Al instante ordenó Eduardo á sus capitanes que estuviesen preparados: á media noche sonó la trompeta: *liaron las acémilas, cargaron los carros*, y tomaron las armas. Al despuntar el día los ingleses abandonaron á Oisemont, y comenzaron á desfilar: serviales de guía Gobino Agace: Harcourt iba en la vanguardia: así dos franceses marchaban á la cabeza de la fuga de nuestros enemigos. Salía el sol cuando llegaron al vado, y si la alegría de los ingleses había sido grande cuando se lisonjearon atravesar el Somme, mayor fué su despecho al llegar á sus orillas; porque el mar estaba alto, y la corriente venía de ribera á ribera. Al otro lado del río descubriáanse doce mil franceses ordenados en batalla, y mandados por el bravo Godemar de Fay, que tan valerosamente había defendido á Tournoi. Felipe, previendo que el enemigo descubriría el vado de *Blanche-Tache*, había destacado de su ejército mil hombres de armas y seis mil archeros genoveses. Este cuerpo, al que se reunieron los comunes de *Abbeville*,

pasó el Somme en Saint-Seigneur, y descendió á Blanche-Tache.

Cuatro horas largas trascurrieron hasta que el vado estuvo practicable: entonces el monarca inglés dió la señal, y mandó á los dos mariscales Warwick y Harcourt que atravesasen el Somme «con las banderas al viento, en nombre de Dios y de San Jorge, caminando delante los mas valerosos y los mejor montados.» Eduardo, seguido del príncipe de Gales, se arrojó en el agua con la espada en la mano: los caballeros franceses de la orilla opuesta bajan las lanzas, vienen á su encuentro, y reciben ardentemente al enemigo. Empéñase el combate en el lecho mismo del rio: el peligro de los ingleses era inminente, porque no tenían mas que dos horas para verificar el paso de sus tropas, carros y bagajes, á causa de que la vuelta del flujo los hubiera arrebatado. En la ribera que dejaban comenzábanse á descubrir los corredores del ejército de Felipe. La necesidad dobla las fuerzas y el arrojo de los enemigos: sus archeros arrojaron á flechazos á los archeros genoveses que ocupaban la ribera derecha del Somme. Harcourt y Warwick llegaron á la orilla con algunos escuadrones, cargaron á los franceses, los arrollaron, y ganaron un terreno, en el que se formó detrás de ellos el ejército de Eduardo, á medida que salió del agua. Entonces las milicias mandadas por Du Fay, emprendieron la fuga, y él mismo se vió obligado á retirarse.

Apenas el enemigo hubo pasado, cuando la vanguardia de nuestro ejército entró en el campamento abandonado por los ingleses: apoderóse de los carros, y prendió á trescientos ó cuatrocientos rezagados. Fácil hubiera sido ejercer represalias en aquellos incendiarios de cabañas, pero concediéronles la vida. Felipe llegó y vió á Eduardo al otro lado del Somme, é intentó seguirle, mas ya la alta marea llegaba al va-

do, y hubo que perder un dia para retrogradar y atravesar el rio en Abbeville. Eduardo efectuó el paso el 24 de agosto de 1346, dia de San Bartolomé.

Tal es la narracion que Froissard y otros muchos despues de él nos ofrecen del encuentro de Blanche-Tache; pero el continuador de Nanjis y el autor anónimo de la crónica de Flandes, afirman que Godemar de Fay se retiró sin combatir. Mezeray añade que era pariente de Godofredo de Harcourt, y que se vendió á Eduardo: lo cierto es que Felipe intentó prenderle despues por traidor. Mas la cólera del rey escitada por la desgracia y el testimonio de dos historiadores que adoptan todas las hablillas populares, no bastan para destruir la narracion circunstanciada de Froissard, y para deshorrar la memoria de un antiguo capitán que habia dado tantas pruebas de arrojo y de fidelidad. Felipe contaba cien mil combatientes; si en vez de doce mil hombres hubiese enviado treinta mil al vado de Blanche-Tache, número igual al del ejército de Eduardo, probable es que los ingleses se hubiesen perdido.

Eduardo, pasado el vado, dió gracias á Dios, mandó llamar á Gobino Agace, le concedió la libertad juntamente con sus compañeros, y le dió los cien nobles ofrecidos y un caballo.

El enemigo entraba en las llanuras abiertas, donde los franceses no dejarian de esperarle; no podia vivir mas que del saqueo y el saqueo retardaba su marcha. Si Eduardo aceleraba la retirada con un ejército fatigado, y en presencia de tropas frescas y superiores en número, no tardaria en convertirse la retirada en fuga: sabia que los comunes de Flandes le enviaban un socorro de treinta mil hombres, y estas distintas consideraciones le determinaron á no precipitarse, á elegir solo posiciones fuertes para ponerse

al abrigo de Felipe, ó combatirle teniendo alguna ventaja.

Con tal acuerdo, que revelaba las miras y los talentos de un capitán, señaló para su primer campamento una altura que domina á Crecy, aldea para siempre famosa en la orilla del pequeño río de Maye. El condado de Ponthieu había sido dado en dote á Isabel, hija de Felipe el Hermoso, y madre de Eduardo: el rey de Inglaterra tuvo por buen agüero el defenderse si le atacaban en la tierra materna que parecía deber amarle: los hombres se juzgan mas fuertes cuando pueden autorizarse con alguna cosa semejante á la justicia.

Felipe, que temia aun que se escapase el enemigo, no dejó tomar reposo á sus tropas, que desfilaron por el puente de Abbeville. Alojado en la abadía de San Pedro de aquella ciudad, el monarca convidó á cenar á los príncipes, de los que la mayor parte hicieron entonces lo que los mártires cristianos llamaban *el banquete libre*, el último banquete antes de ir á morir. El 23 de agosto de 1346 al despuntar la aurora, el ejército francés todo entero había pasado el Somme: marchaban á su cabeza cuatro reyes: Felipe el Afortunado, rey de Francia; Juan el Ciego, rey de Bohemia; Carlos su hijo, electo emperador, llamado rey de los romanos, y el monarca destronado de Mallorca. Distinguiáanse tambien allí el conde de Alençon, hermano del rey, que fué causa de que se perdiese la batalla; el conde de Blois, su sobrino; Luis, conde de Flandes y su tierno hijo; los condes de Saucerre; de Auxerre; Juan de Hainaut, conde de Beaumont; los duques de Lorena y de Saboya, y toda la nobleza que no estaba en el sitio de Aiguillon; y entre los escuderos y caballeros, Harcourt, hermano mayor de Godofredo de Harcourt.

Al salir de Abbeville, engañado por una noticia

falsa, creyó Felipe que los ingleses habían abandonado á Crecy, y había andado ya dos leguas por camino opuesto, cuando supo que Eduardo conservaba sus primeras posiciones. Fué preciso hacer alto, mudar de camino, y enviar á reconocer al enemigo. Miles Desnoyers, porta-oriflama, y los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Basele, dice el mongé, se encargaron de aquella mision.

El ejército inglés, dividido en tres cuerpos, cubria la colina de Crecy: en la cúspide de la colina habia un bosque que Eduardo hizo circunvalar de foso, y en el que habían encerrado los bagajes y los caballos, porque Eduardo habia dejado á pie á los hombres de armas, esceptuando unos mil y doscientos caballeros derramados por las dos alas de la infantería. El bosque formaba el último atrincheramiento, que sin embargo, no hubiera servido mas que de matadero y no de abrigo á los asalariados que se hubiesen retirado á él en caso de derrota: la izquierda de los ingleses cubriala el bosque de Crecy; la derecha la ciudad de este nombre, obras de tierra y árboles tendidos: su frente aparecia libre, pero estrecho, de suerte que el ejército asaltador debía perder allí la ventaja del número.

Los tres cuerpos escalonados designaban tres medias lunas paralelas sobre la colina; cada uno de estos cuerpos se subdividia en tres lineas; la primera de archeros, la segunda de infantería de Gales é irlandesa; y la tercera de hombres de armas ó de caballería á pie.

El primer cuerpo, que servia de vanguardia casi á la falda de la colina, contaba ochocientos hombres de armas, una tercera parte de infantería y dos mil archeros; mandábalo el príncipe de Gales, teniendo á su lado á Godofredo de Harcourt, á los condes Warwick y de Kenfort, á Chándos, al señor de Man, y á toda la flor de la caballería,

Colocado encima del primero, el segundo cuerpo se componia de ochocientos hombres de armas, y mil y doscientos archeros. Tal vez tenian su mando los condes de Northampton y Arundel.

La colina estaba coronada por el tercer cuerpo, compuesto de setecientos hombres de armas y dos mil archeros. Tal vez en lo interior de esta division se ocultaban maquinas desconocidas.

De este modo, para lograr una victoria Felipe tenia que vencer nueve líneas fuertes subiendo la pendiente.

Aquella noche, vispera de la batalla, Eduardo dió una gran cena á los condes y barones, y cuando estos se hubieron retirado entró en su oratorio levantado dentro de una tienda, y permaneci6 solo y de rodillas delante del altar hasta media noche. Acabadas sus preces, ech6se sobre una piel de oveja, y se levant6 el 26 al vislumbrar el dia: oy6 misa y comulg6 juntamente con el príncipe de Gales, y la mayor parte de sus gentes se confesaron y se pusieron en estado de comparecer en presencia de Dios. Felipe habia hecho otro tanto en la abadía de San Pedro de Abbeville. En aquel tiempo la oracion pronunciada debajo de un casco, no era reputada debilidad, porque el caballero que alzaba la espada al cielo, pedia la victoria y no la vida.

Concluida la oracion y oida la misa, los tres cuerpos volvieron á tomar su lugar los unos sobre los otros, como se ha dicho, cada caballero al pie de su bandera, formando en la colina un espectáculo magnífico. Eduardo, montado en su palafren, con un baston blanco de la mano, «seguido de sus mariscales, fué al paso de fila en fila, amonestando á los condes, barones, caballeros, escuderos y gentes asalariadas, á que conservasen su honor, y cumpliesen con sus deberes, y decia todo esto riéndose con tanta dulzura y

con tan alegre rostro, » que los mas tímidos se reputaban seguros al mirarle. Cuando hubo visitado así sus tres líneas de batalla, retiróse *cerca de medio día* a la que mandaba en persona, y desde donde podia mirar los sucesos del combate. El ejército bebió y comió por orden de los mariscales, y despues los soldados se sentaron en tierra sin dejar sus filas, con los cascos y los arcos delante de ellos, aguardando al enemigo.

El porta-oriflama, Miles Desnoyers, los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Basele, enviados por Felipe á la descubierta, encontraron á los enemigos sentados de aquella manera, como segadores preparados en una colina para segar un campo de trigo: los ingleses descubrieron á los caballeros franceses, y dejaronles que lo examinasen todo á su placer: esta superioridad de sangre fria y de confianza, anunciaban ya á que lado se inclinaria la fortuna. Eduardo habia prohibido principalmente que, bajo pretesto alguno, rompiesen las filas: contaba justamente con el hervoroso ardor de nuestros soldados: habia aprendido ya á vencerlos por el exceso de nuestro arrojo.

El tumulto y la confusion de nuestro ejército formaban un triste contraste con la calma y la regularidad de las huestes enemigas; teníamos mil intrépidos capitanes, pero ninguno general. Desde los primeros movimientos no reinaba el acuerdo sobre el orden que habia de observarse. Los ballesteros genoveses marchaban detrás de la caballería, a la cola de la columna: el rey de Bohemia espuso el poco caso que se hacia de aquellos estrangeros, cuyo valor conocia, y que ellos solos debian oponerse á los archeros ingleses. La magestad del anciano rey, y su esperiencia en la guerra, persuadieron á Felipe, y mandó que pasasen los genoveses á la cabeza de las tropas; mas el impetuoso

conde de Alenzon criticó el acuerdo tomado, porque le impedía encontrar el primero al enemigo.

Cuando el ejército francés se adelantó hácia Crecy, hallábase dividido así: quince mil ballesteros, casi todos genoveses, mandados por Carlos Grimaldi y Antonio Doria, formaban la vanguardia: venia en seguida Carlos, conde de Alenzon y hermano del rey, con cuatro mil hombres de armas, y el monarca venia despues al frente del cuerpo de batalla, compuesto igualmente de caballería, en el que se encontraban los reyes estrangeros y la alta nobleza. El duque de Saboya, recientemente llegado con mil caballos guiaba la retaguardia en union con el rey de Bohemia. Una infantería innumerable erraba á la ventura por el campo, obstruyendo los caminos, é incomodando á las tropas regulares. Acompañaban á cada guerrero de á caballo tres ó cuatro peones para servirle, como en nuestros dias en los cuerpos de mamelucos: debemos á las guerras de las cruzadas semejante organizacion de la caballería y el uso de la ballesta y del vestido largo.

Al ver que volvian los cuatro caballeros enviados á la descubierta, Felipe gritó: «¿Qué noticias traéis?» Los enviados miráronse los unos á los otros, porque ninguno se atrevia á tomar la palabra para responder. Felipe mandó al monge de Basele que se esplicase; y este caballero suizo ó de Champaña, que estaba al servicio del rey de Bohemia, y pasaba por uno de los capitanes mas experimentados del ejército, respondió: «Señor, hemos cabalgado, y visto y examinado la posicion de los ingleses. Por mi parte aconsejo, salvo siempre el mejor dictámen, que dejéis aqui á vuestras gentes que de-cansen acampadas y acomodadas lo restante del dia. Porque antes que lleguen los postreros, y ordenéis vuestras líneas de batalla, será tarde; y porque vuestras gentes se hallarán cansadas y fatiga-

das y sin arrojo, y lucharán con enemigos frescos y nuevos. Así podreis por la mañana ordenar la batalla con mas madurez y arte, y entreteneros en examinar á vuestros enemigos, y pensar por qué lado debeis atacarlos, porque estad seguro de que os aguardarán.»

Nunca se habia dado un consejo mas saludable; porque hacia muchos dias que el ejército caminaba á marchas forzadas; habia pasado la noche desfilando por delante de Abbeville, y habia andado seis leguas al trote de la caballería; y hallábase sin aliento, abrumado de fatiga y de calor, como que reinaban los dias mas ardientes del estío; no habia tomado alimento, y finalmente, una tempestad que mugia aun, habia mojado á hombres y caballos, humedecido las armas, y casi inutilizado los arcos de los genoveses.

Felipe penetró la sabiduría del consejo, y mandó suspender la marcha del ejército: los dos mariscales de Montmorency y Saint-Venant corrieron por todas partes gritando: *Detened las banderas en nombre de Dios y de San Dionisio*. Costumbres, usos y lenguaje que manifiestan que *Dios* era en aquel tiempo el único señor soberano, y que los mariscales de Francia llenaban entonces funciones confiadas ahora á los oficiales inferiores.

Los genoveses hicieron alto, depusieron sus armas, y comenzaron á preparar y distribuir sus raciones; mas el conde de Alenzon que los seguia con su caballería, ó no oyó la orden, ó no quiso obedecerla. La juventud que le rodeaba creíase como insultada, porque los genoveses habian de descubrir al enemigo antes que ella, y juró no se pararia hasta que los pies traseros de sus caballos se imprimiesen en las huellas de los estrangeros que marchaban á la cabeza de la columna. El conde de Alenzon halló á los genoveses ocupados en su alimento, los trató de cobardes, y los forzó á continuar el camino. Los últimos cuerpos del

ejército no quisieron quedar rezagados, y un movimiento general arrastró al monarca y á los mariscales, no obstante sus esfuerzos. Los comunes que cubrían todos los campos que median entre Abbeville y Crecy, oyendo la voz de sus gefes, y notando el apresuramiento de la caballería, creyeron que los contrarios habian venido á las manos: blandieron, pues, sus diversas armas, y gritaron á grandes voces: ¡*A la muerte! ¡á la muerte!* Cada señor se precipitó con sus vasallos para llegar el primero; y ciento veinte mil hombres se empujaron, se colocaron y se oprimieron en un reducido espacio: un eclipse conmueve la imaginación, una borrasca aumenta el desórden, y en medio de los torrentes de la lluvia, al estruendo de los truenos y al grito repetido de ¡*A la muerte!* ¡*á la muerte!* llegan á la vista del enemigo.

Los ingleses se levantan en silencio, y solos los archeros ordenados en primera línea dan un paso adelante: la infantería irlandesa y del país de Gales de la segunda línea, desenvaina su larga y su corta espada, y los hombres de armas de la tercera línea levantan sus lanzas *tan derechas, que se asemejan á un pequeño bosque.*

Si Felipe no habia podido detener su ejército antes de llegar al campo de batalla, mas imposible le era en presencia de los ingleses: la vista del enemigo produjo en Felipe el efecto que causa siempre en todos los franceses: el ardor del combate y el furor guerrero. «Ved, gritó, á los malvados que han degollado á mis pobres pueblos; perdido, incendiado y despoblado la Francia. Vamos, señores, barones, caballeros, escuderos y hombres buenos de los comunes, vengamos nuestras injurias, olvidemos odios y rencores pasados, si existen entre nosotros, y corteses y sin orgullo portémonos en esta batalla como hermanos y parientes.»

Aunque eran ya las tres de la tarde del 26 de

agosto de 1346, dióse la señal á los ballesteros genoveses para que comenzasen el ataque: secretamente ofendidos de las palabras ultrajantes del hermano del rey, pidieron un momento de reposo: espusieron que estaban consumidos de fatiga y de hambre; que la lluvia habia aflojado las cuerdas de sus ballestas, y que no se hallaban en estado de llevar á cabo grandes hazañas en la batalla. Habiendo escuchado tales palabras el conde de Alenzon, gritó: *Carquemos á esos pícaros que así faltan á sus deberes, y marchó contra ellos.* Obligados á correr al combate los genoveses, dieron principio gritando muy espantosamente para invadir á los ingleses. Tres veces tornaron á gritar, deteniéndose á cada grito, y corriendo despues al enemigo: á la tercera vez lanzaron sus flechas, que cayeron sin resultado.

Los archeros ingleses descubrieron sus arcos que habian tenido en las bolsas durante la lluvia, encorvâronlos hasta las plumas de las saetas, y despidieron á la vez tan gran número, que se parecian, dicen los historiadores, á la nieve ó á una grande ola que caia sobre los genoveses. Los italianos se echaron sobre los hombres de armas del conde de Alenzon, y Grimaldi y Doria recibieron la muerte procurando reorganizar su gente.

Felipe descubrió el desórden, y perseguido siempre por la idea de traicion, gritó: «Matad, matad á esos pícaros que nos impiden el camino.» El conde de Alenzon mandó tocar á carga, y pasó con su caballería por encima del vientre de los genoveses: heridos por las flechas inglesas, hollados por las plantas de nuestros hombres de armas, cortan las cuerdas de sus ballestas, y se dispersan en todas las direcciones: los archeros contrarios asestan sus tiros á aquella espesa nube, y caen los caballeros traspasados de lejos con sus caballos.

El conde de Alenzon se abre paso por entre los archeros genoveses que huían y los archeros ingleses que avanzaban, choca con la segunda línea de tropas mandadas por el hijo de Eduardo, rompe también aquella infantería, y hállase en presencia de los caballeros del príncipe de Gales, que le cargan á su turno. El conde de Flandes con su hijo el delfín Vienés y el duque de Lorena, se desprenden del cuerpo de batalla francés, y corren á participar de la gloria y de los peligros del conde de Alenzon. Las lanzas se cruzan; las espadas reemplazan á las lanzas rotas, y todos aquellos reyes, condes, duques, barones y caballeros, en vez de pelear juntos, combaten los unos después de los otros. La independencia bárbara dominaba todavía los entendimientos con las ideas románticas: tratábase únicamente de labrar una reputación particular de arrojo, sin inquietarse por el éxito general: nunca brillaron más valor y menos destreza. El cielo estaba ya sereno, pero con desventaja de los franceses, porque tenían el viento y el sol de cara; y á medida que caían, eran degollados en tierra por los de gales y los irlandeses.

Felipe, al distinguir al conde de Alenzon en lo más espeso de la segunda línea de los ingleses, temió por la vida de su hermano: volvióse á los suyos, y les dijo: «¡Vamos!» y se volvió con el cuerpo de batalla; entonces la segunda línea enemiga descendió de la colina para sostener al príncipe de Gales y contener al monarca de Francia, y reanímose la batalla.

El príncipe de Gales, acometido por el conde de Alenzon, se hallaba próximo á sucumbir, y Warwick y Godofredo de Harcourt que mandaban la guardia del hijo de Eduardo, enviaban á pedir socorro á su padre. «¡Cómo! dijo Eduardo al mensajero, ¿mi hijo está muerto ó en tierra, ó herido que no puede ayudarse?» El caballero respondió: «No plazca á Dios, señor.»

El rey añadió: «Volved á su presencia y á la de aquellos que os han enviado, y decidles de mi parte que no me manden mensajes, sucédales lo que suceda, mientras que mi hijo tenga vida, y añadidles que mando yo que dejen al jóven que gane sus espuelas, porque quiero, si Dios lo ordena, que la victoria sea suya.»

Tal respuesta, en que la ingenuidad caballeresca se unia á la firmeza de un antiguo romano, reanimó el esfuerzo de los dos mariscales ingleses. Harcourt debia sufrir el castigo de su victoria conseguida contra su patria, como acontece á todos aquellos que se obstinan en largas venganzas que solo á Dios pertenecen. A Godofredo se le habia dicho que se habia descubierto la bandera del conde su hermano: iba en busca de él para salvarlo; pero el conde no habia querido sobrevivir á la afrenta del triunfo de Godofredo, y se habia hecho asesinar por los enemigos de la Francia.

El rey de Bohemia estaba en la retaguardia con el conde de Saboya, y se le dió cuenta de los acontecimientos, *¿y dónde está Carlos mi hijo?* preguntó: respondiéronle que peleaba valerosamente gritando: *Soy rey de Bohemia*, y que habia recibido ya tres heridas.

El anciano rey, estimulado por los sentimientos de padre y por el valor; rogó al duque de Saboya que marchase al socorro de sus amigos, y el duque partió con la retaguardia. No caminaban con bastante pres- teza segun los deseos del monarca ciego, que decia á sus caballeros: «Compañeros, hemos nacido en una misma tierra, bajo un mismo sol, y nos han criado y alimentado para un destino mismo, y asi os protesto que no os abandonaré en este dia, y mientras me dure la vida.» Cuando iban a alcanzar ya al enemigo, añadió á su comitiva: «Señores, sois mis amigos, y exijo

de vosotros que me conduzcáis tan adelante, que pueda descargar fendientes con mi espada.» Los caballeros respondieron que lo harían de buena gana. «Y para no perderle en la confusión, ataron su caballo al freno de sus caballos, colocando al rey delante, para mejor cumplir su deseo, y así se dirigieron juntos contra sus enemigos.»

El rey de Bohemia, guiado por sus caballeros penetró hasta donde estaba el príncipe de Gales, y ambos héroes, de los que el uno comenzaba y el otro terminaba su carrera, ensayaron algunos pasos de lanza, ilustrando para siempre sus primeros y sus últimos golpes. La muchedumbre separó á los dos campeones tan diferentes en edad y esperanzas, pero que tanto se parecían por su nobleza, su generosidad y su denuedo. «El rey de Bohemia se adelantó tanto, que hirió con su espada á mas de cuatro, y peleó muy vigorosamente, haciendo lo mismo los de su comitiva, y tanto se internaron en el campo inglés, que todos quedaron allí, y al día siguiente los encontraron en el mismo sitio, y en torno de su señor, con los caballos atados juntos.» Verdadero milagro de fidelidad y de honor. Las musas, que despertaron entonces del profundo sueño de la barbarie, se apresuraron á inmortalizar al anciano y ciego monarca: Petrarca lo cantó, y el jóven Eduardo adoptó su divisa, que fué la de los príncipes de Gales: consistía en tres plumas de avestruz con estas palabras indescas escritas al rededor, *Yo sirvo*: á la Francia pertenecía tener servidores tan fieles.

Sin embargo, continuaba el combate, y habiendo sido muertos el conde de Alenzon y el conde de Flandes, comenzaron á replegarse los hombres de armas de entrambos príncipes: el hermano de Felipe espiaba con un fin digno de su estirpe los infortunios de que había sido la causa primera.

Súbitamente nuestros soldados creyeron percibir el estallido del rayo, y sintiéronse heridos por una muerte invisible: Dios mismo parecía declararse en favor de sus enemigos, y lanzar el trueno en medio de la batalla. Por la primera vez el estruendo del cañon hirió el oido de los franceses: horrorizáronse; mas acompañóles el instinto de las futuras victorias que obtendrían un día con aquella arma, y una nube de humo, desgarrada por rapidos fuegos, cubrió su gloria y su desgracia. Aquella oscuridad bélica debía envolver en adelante los altos hechos, los grandes combates, y el espectáculo de sangre que tanto complacian al sol y á los caballeros.

Eduardo habia colocado seis cañones en la colina; la pólvora era ya conocida, pero aun no se habia empleado en las batallas. La guerra antigua y la guerra moderna, el genio de Du Guesclin y el de Turenna, se encontraron en los campos de Crecy. La lanza, la flecha y la bala hieren á un mismo tiempo al caballo y al caballero; la oriflama, el estandarte real, las divisas diversas cortadas por el sable, vense tambien atravesadas por esas balas de hierro que rompen al presente las banderas. Levántanse montones tan altos de armas, de cadáveres y de caballos, que los que conservan aun la vida, se encuentran circundados, bloqueados é inmóviles en medio de aquellas barricadas de muertos.

Todos perecen, reyes, príncipes, caballeros, hombres de armas y plebeyos. En medio de tanta carnicería, el mismo Felipe buscaba solo el tiro que debia poner fin á su existencia: en la primera descarga habia quedado muerto su caballo: bajó de él, y al ver caer al monarca, habiase levantado un grito de «¡Salvemos al rey!» Último recurso de los franceses, postrer sentimiento que los animaba cuando todo lo habian perdido. Los contrarios oyeron aquel grito de

honor, de fidelidad, de ternura y de dolor, y aumentaron las esperanzas de la victoria. Juan de Hainaut que estaba cerca de Felipe, logró con harta pena que subiese en otro caballo: en vano le suplicó que se retirase; Felipe, que insistía en socorrer á su hermano ya vencido, penetró sin escuchar nada por los batallones enemigos, y recibió dos heridas, una en la garganta y otra en el muslo. Ya el sol se habia puesto, y el rey obstinábase en morir por los franceses que habian muerto por él, y Juan de Hainaut se vió obligado á usar de violencia. Asíó del freno al caballo del monarca, y arrastrando tras sí á Felipe, grito: «Señor, retiraos: ya es tiempo; no os sacrifiqueis tan simplemente; si habeis perdido la batalla esta vez, otra la ganareis.»

La noche, lluviosa y oscura, favoreció la retirada de Felipe, que habia entrado en el campo de batalla con ciento veinte mil hombres, y salió con cinco caballeros: Juan de Hainaut, Carlos de Montmorency, los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Montsault. Llegó al castillo de Broye, y las puertas estaban cerradas: llamaron al comandante, que asomandose á las almenas preguntó: «¿Quién llama á estas horas?» Y el monarca respondió: «Abrid: es la fortuna de Francia.» Frase mas bella que la de César. en la tempestad; confianza magnánima y honrosa, así al vasallo como al monarca, y que pinta la grandeza de uno y de otro en la monarquía de San Luis. Del castillo de Broye Felipe se dirigió á Amiens.

Dos horas hacia que habia anochecido, y los ingleses no se creían aun seguros del triunfo, hasta que vino á revelarles su victoria el silencio que reinaba en el campo de batalla. Inquietos por no oír nada, encendieron luminarias, y entrevieron á su pálida luz los inmensos funerales que los rodeaban. Algunos movimientos mudos indicaban los restos de una vida sin

conocimiento; varios heridos, perdidas la palabra y la voz, levantaban la cabeza ó los brazos sobre las regiones de la muerte: escena indefinida y formidable entre la resurreccion y la nada.

Eduardo, que durante toda aquella jornada no se habia ni aun puesto el casco, descendió entonces de la colina adonde estaba el principe de Gales, y le dijo estrechándole entre sus brazos: «Dios os dé perseverancia: vos sois mi hijo.» El principe se inclinó y se humilló honrando á su padre: las luminarias encendidas por los soldados alumbraban aquellos abrazos en medio de tantos jóvenes privados para siempre de las caricias paternas. Por las venas del hijo y del nieto de la hija de Felipe el Hermoso circulaba la misma sangre francesa que bañaba sus pies; y podian contar á su madre, que vivia aun, lo que habian visto en la vasta y ardiente cámara donde yacian los cuerpos de sus parientes y de sus amigos.

Cuando vino el día reinaba una niebla tan espesa, que á pocos pasos ya no veian los objetos. Los comunes de Rouen y de Beauvais, y otras tropas mandadas por los delegados del arzobispo de Rouen y del gran prior de Francia, y mil hazaas guiadas por el duque de Lorena, adelantábanse á socorrer á Felipe, ignorando lo que habia pasado. Los ingleses plantaron en un sitio elevado las banderas que habian caido en sus manos: engañados por aquellas enseñas de la patria, corrían los franceses á colocarse en torno suyo, y eran degollados: el duque de Lorena, el arzobispo de Rouen y el gran prior de Francia perecieron con sus gentes.

Eduardo quiso enterarse de la estension de su triunfo, y diputó á Reginaldo de Cobham y á Ricardo de Stanfort, para que contasen los muertos, juntamente con tres heraldos para reconocer los escudos, y dos clérigos para escribir los nombres: regresaron por la noche y presentaron el padron fúnebre.

En aquellos fastos de honor hallábanse inscritos, según Froissard, mil y cien gefes de príncipes, ochenta ricos-hombres de pendon y caldera, mil y doscientos caballeros de un escudo (sirviendo con su sola persona), y treinta mil hombres de otras gerarquías. Varios historiadores afirman que perecieron treinta mil hombres el día de la batalla, y sesenta mil al siguiente: exageracion manifiesta: olvidan siempre en el cálculo de las antiguas batallas, el tiempo material que se necesitaba para matar, cuando no se empleaban las máquinas de guerra, y principalmente entonces, que no conocian esa especie de artillería de los tiempos modernos, que se lleva á la vez filas enteras de soldados. Treinta mil ingleses, porque no debemos contar el efecto de los seis cañones que tiraron por corto espacio á la caída de la tarde, y verosímilmente mal servidos, treinta mil ingleses hubieran muerto entonces á ochenta mil franceses en cinco ó seis horas á tiros de flecha y á golpes de lanza y de espada: y aun no es bastante, porque la division del ejército enemigo mandada por Eduardo en persona, no entró en el combate. Roberto de Avesbury, en su historia de Eduardo III (1), nos ha conservado una carta de Miguel Northburgh, testigo ocular. La referida carta reduce el número de los hombres de armas muertos el día de la batalla, á mil quinientos cuarenta y dos, sin contar las gentes de á pie, y el día siguiente, á dos mil y mas. Northburgh nombra como sigue á los principales gefes que perecieron en las diversas acciones. «Fueron muertos el rey de Bohemia, el duque de Lorena, el conde de Alenzon, el conde de Flandes, el conde de Harcourt y sus dos hijos (particularidad notable), el conde de Aumale, el conde de Nevers, y su hermano el señor de

(1) Véase esta carta en la excelente edicion de Froissard, por M. Buchon.

Thouars, el arzobispo de Sens, el arzobispo de Nimes, el alto prior del hospital de Francia, el conde de Saboya, el señor de Morles, el señor de Guyes, el señor de Saint-Venant (mariscal), el conde de Bosingburgh, seis condes de Alemania, y otros condes, barones y señores, cuyos nombres no pueden saberse todavía. Y Felipe de Valois y el marqués que se llama el elegido de los romanos (Cárlos de Luxemburgo, electo rey de los romanos) escaparon heridos.» Esta carta tiene la fecha de Calais á 4 de setiembre, nueve dias solamente despues de la batalla.

Preciso es añadir a estos muertos distinguidos el rey de Mallorca, el conde de Blois, nieto del rey de Francia, los condes de Sancerre y Auxerre, el duque de Borbon, y los dos gefes de los genoveses, Grimaldi y Doria.

Habiéndose levantado del campo por órden de Eduardo los cadáveres de estos señores fueron inhumados en sagrado en el monasterio de Mantiney, cerca de Crecy. Knighton y Walsingham aseguran que los ingleses solo perdieron un escudero, tres caballeros y unos pocos soldados: la victoria no cuenta sus muertos, y el que triunfa no pierde nada.

La alta aristocracia de Francia ha experimentado tres derrotas grandes por los ingleses, Crecy, Poitiers y Azincourt, del mismo modo que la alta aristocracia romana perdió contra los cartagineses las batallas de la Trebia, de Trasimena y de Canas. Estos desastres, que nos costaron la sangre y no la gloria, convirtiéronse en último resultado en provecho de nuestra civilizacion y de nuestras libertades. Abrióse en el campo de Crecy una herida en el seno de la alta nobleza de Francia; herida que dilatada en Poitiers, Azincourt y Nicópolis, agotó el cuerpo aristocrático. No tardó en aparecer, despues de las derrotas de Felipe de Valois y de Juan, su hijo, una nobleza de la que casi no se

habia oído hablar, y que sucedió á la primera, del mismo modo que la segunda nobleza franca se habia presentado despues de la rota de Lotero en la batalla de Fontenay. Habian despreciado la pobreza de los ricos-hombres de provincia, y fué una fortuna el encontrar su espada: á los Charny, Ribaumont, Du Guesclin, La Tremouille, Boucicault y Saintre, siguieron los Pothon y los La Hire, y perpetuaron aquella estirpe heróica hasta Bayardo y el capitán La Noue. Esta segunda caballería, no menos ilustre, sustituida á los grandes barones, formó la transicion entre el ejército aristocrático y el ejército plebeyo. Du Guesclin dió principio al arte militar moderno y á la disciplina: la jacobería y las grandes compañías enseñaron á los paisanos que podian batirse tan bien como sus señores. El llamamiento de la nobleza reemplazó poco á poco al levantamiento en masa de los vasallos; y el llamamiento se hizo inútil cuando se establecieron en el reinado de Carlos VII las tropas regulares. La dignidad real, así como el ejército nacional, acrecentaron su fuerza con la estenuacion del cuerpo aristocrático militar: la antigua constitucion del estado se alteró en su parte virtual y la sociedad caminó, por lo que parecia una desgracia, al grado de civilizacion en que la vemos al presente. Puede decirse que entre los muertos del campo de batalla de Crecy fueron encontradas la corona de Francia y la nacion francesa.

La última aparicion de los nobles como soldados se verificó en la batalla de Ivry, en aquel cuerpo de dos mil hidalgos armados desde la cabeza hasta los pies. Hacia fines del reinado de Enrique IV, el furor de los desafios debilitó los restos de la segunda aristocracia: finalmente, en los reinados de Luis XIII y de Luis XIV, los hidalgos, ó sirvieron en los cuerpos privilegiados reputados nobles, ó se convirtieron en oficiales del ejército nacional. En su nueva situacion no

desmintieron su fama: las batallas dadas por Condé y por Turena, atestiguan que si los nobles habiau cambiado de fortuna, no por eso habia degenerado su valor. En los campos de Clostercamp y en los de Fontenoy, en tiempo de Luis XV; en la guerra de América, en el de Luis XVI, la Francia no tenia por qué avergonzarse de sus Assas y de sus La Fayette. Al principiar la revolucion no quedó ya mas recurso á los pobres hidalgos, convertidos en francos, que su espada, y corrieron á ponerla á los pies de aquellos, que segun sus ideas, tenian el derecho de exigir el servicio y abandonar la victoria por el infortunio. Si esta fué una falta, fué la del honor, y supuesto que la nobleza debia acabar, mejor era que encontrase su fin en el mismo principio que le habia dado la vida. Poco despues se desplegaron las virtudes de la armada plebeya. Al presente, si llega la Francia á generalizar el sistema de guardias nacionales, destruirá el de ejércitos permanentes, y restablecerá los levantamientos ya antiguos en masa de los comunes, los llamamientos de los plebeyos sustituirán á las convocaciones de los nobles, y la democracia llenará el deber de la aristocracia. Los hombres giran en un círculo, é incesantemente repiten las mismas instituciones en otro espíritu, con diferentes nombres.



SUMARIO

Felipe llegado á Amiens se esfuerza en vano en reunir nuevos soldados para dar una segunda batalla.—Quiere mandar prender á Godemar du Fay, y lo disuade de su propósito Juan de Hainaut.—Godofredo de Harcourt se postra con *la saga* al cuello á los pies de Felipe, que le perdona.—Eduardo pone el sitio á Calés, y el duque de Normandia

levanta el de Aiguillon.—Los ingleses de Guyena invaden el terreno hasta el Loira.—Continuación de la guerra en Bretaña.—Heroísmo de Godofredo de Pontblanc en Lannion.—Carlos de Blois cae prisionero en el sitio de la *Roches de Rieu*.—Muerte del vizconde de Rohan, de los señores de Chateaubriand y de Roye, de los señores de Laval, de Tournemine, de Rieu, de Boisboissel, de Machecon, de Rostorner, de Loheac y de la Jaille.—Batalla de Neville, en la que David Bruce, rey de Escocia cae prisionero de la reina de Inglaterra.—Aumento de impuestos.—Aumento y alteración de las monedas.—Multitud de pensiones asignadas sobre el tesoro en calidad de feudos.—Aventura de Luis de Male, conde de Flandes, hijo de Luis, muerto en la batalla de Crecy.—Gauthier de Mauny obtiene un salvo-conducto para atravesar la Francia, y volver desde Guyena al campo de Eduardo, que sitiaba á Calés.—Carácter del tiempo: la fe religiosa se muestra en la fe política: no es la civilización intelectual de la especie, sino la civilización del individuo.—La política de alta esfera hace desaparecer la barbarie, y el fanatismo del honor caballeresco ocupa el lugar de la virtud del ciudadano.—Felipe marcha al socorro de Calés, que padecía los estragos del hambre.—Alegria de los habitantes de Calés, cuando desde lo alto de sus murallas descubren el ejército de Felipe, marchando de noche en orden de batalla á la claridad de la luna.—Su dolor cuando se aleja sin haberlos podido socorrer.

FRAGMENTOS.

RENDICION DE CALÉS.

Los que habitaban la abandonada ciudad vieron desde la altura de sus fuertes la retirada del rey, y exhalaron un grito como los hijos a quienes desamparan sus padres. «Era tan grande su dolor y hambre, que el mas robusto apenas podia tener se en pie.» Persuadidos ya de que no tenian esperanza de auxi-

lio, se presentaron á Juan de Viena, y le suplicaron que se entablasen negociaciones con Eduardo.

El gobernador subió á las torres de la muralla de la ciudad, é hizo señal á los enemigos de que deseaba parlamentar; é instruido de ello el rey de Inglaterra, envió á Gauthier de Mauny y al señor Basset á oír las proposiciones de Juan de Viena. Cuando estuvieron á distancia conveniente para poderse oír, gritó el anciano capitán: «Amados señores, sois caballeros muy valerosos en hechos de armas. Ya sabéis que el rey de Francia, á quien tenemos por señor; nos ha enviado aquí para que guardemos esta ciudad y su castillo: hemos hecho lo que hemos podido, mas nos han faltado los auxilios. No tenemos ya con que sustentarnos, y preciso será que todos muramos de hambre, si el noble monarca, señor vuestro, no se compadecede de nosotros. Dignáos rogárselo por piedad, y que nos deje ir libres.»

«Juan, respondió Gauthier de Mauny, no es la intencion del monarca que os vayais como os plazga, sino que os sometais todos á su voluntad, para rescatar á los que quiera, ó condenarlos á muerte.»

El gobernador repuso: «Gauthier, eso sería demasiado duro para nosotros. Somos un número reducido de caballeros y de escuderos, que hemos servido lealmente al rey de Francia, nuestro soberano y señor, del mismo modo que lo hariais vosotros en iguales circunstancias. Hemos llevado á cima muy mal nuestra empresa, mas estamos resueltos á sufrir cuanto haya que sufrir, antes que consentir que el menor mancebo de la ciudad reciba mas daño que el mayor de nosotros. Os rogamos, pues, por vuestra cortesía, que hagais presentes nuestros votos al monarca de Inglaterra, y esperamos de su mucha bizarría, que con la gracia de Dios mudará de dictámen.»

Los dos caballeros ingleses regresaron á la presen-

cia de su amo, y le refirieron las razones del gobernador. Eduardo, irritado por la larga resistencia de la plaza, y recordando las ventajas que los habitantes de Calés habian obtenido sobre los ingleses en los combates marítimos, queria condenarlos á todos á la muerte. Mauny, tan generoso como valiente, osó declarar al rey, que por haber sido leales servidores de su príncipe, no merecian aquellos franceses que los tratase asi; y que Felipe, cuando tomase alguna ciudad, podia usar de represalias. «Finalmente, añadió, podriais muy bien, señor, cometer un error y dar un ejemplo muy funesto.» Los barones y los caballeros ingleses que estaban presentes fueron de la opinion de Gauthier. «Pues bien, señores, gritó Eduardo, no quiero ser solo contra todos vosotros. Señor Gauthier, id y decid al comandante de Calés, que me entregue seis de los mas ricos ciudadanos, y que vengan con la cabeza desnuda, los pies descalzos, el lazo al cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en las manos: haré de ellos lo que me plazca, y perdonaré á los restantes.»

Mauny llevó esta respuesta á Juan de Viena, que permanecia apoyado en las almenas; Juan rogó á Mauny que le esperase mientras enteraba á los ciudadanos de la proposicion de Eduardo: mandó tocar la campana, y hombres, mugeres, niños y ancianos se reunieron en las plazas: el gobernador les contó los pasos que habia dado, y cual era la última voluntad del rey de Inglaterra.

Un silencio profundo reinó primero en la asamblea, y los ojos de todos buscan las seis victimas que deben comprar con su sangre la vida de los restantes ciudadanos: aquella muchedumbre, medio consumida por el hambre, no tardó en prorumpir en llanto: «Comenzó á llorar toda la gente y á hacer tal duelo que no habia corazon tan duro que no se compadecie,

se, y el señor Juan (el anciano gobernador) también vería tiernas lágrimas.» Requeríase una pronta respuesta, y el tiempo concedido espiraba: un hombre se levantó, el lector ha adivinado su nombre, Eustaquio de Saint-Pierre. Su inmensa fortuna, y la consideración de que gozaba, le hacían notable y le daban las condiciones exigidas para morir. La historia nos ha transmitido su discurso: palabras santas que deben permanecer íntegras. «Señores, grandes y pequeños, mucha lástima sería el dejar morir un pueblo como este de hambre, ó de otro modo, cuando hay un medio de salvarle, y mucho mérito contraerá á los ojos de Dios Nuestro Señor el que de tantas calamidades lo preserve. Tengo mucha esperanza de lograr el perdón de Nuestro Señor, si muero por salvar este pueblo, y quiero ser el primero, y presentarme voluntariamente en camisa, con la cabeza desnuda y el lazo al cuello en presencia del rey de Inglaterra.

«Cuando Eustaquio hubo pronunciado tales palabras, todos le adoraron por agradecimiento, y muchos hombres y mugeres se arrojaron á sus plantas llorando tiernamente.»

La virtud es contagiosa como el vicio; apenas Eustaquio había cesado de hablar, cuando Juan de Aire, que tenía dos hermosas hijas, declaró que acompañaría á su compadre. Jacobo y Pedro de Wissant, hermanos, ofrecieron á su vez ir en compañía de sus primos Eustaquio de Saint-Pierre y Juan de Aire; y fueron tan magnánimos como Eustaquio en su sacrificio, porque sino tuvieron el primer pensamiento, inmoláronse también á una muerte, de la que él solo debía recoger el honor. En efecto, los nombres de Juan de Aire, de Pedro y de Jacobo de Wissant, son generalmente ignorados, y todos conocen el de Eustaquio de Saint-Pierre. Y por esta razón deben reputarse como mas ilustres entre las seis víctimas, las

dos únicas que no fueron designadas en nuestras crónicas: todo francés debe tener presente este olvido de la historia, y rendir un tributo de gratitud á los dos héroes inmortales sin nombre, del mismo modo que los antiguos elevaban altares á los dioses que no conocian.

Los anales de Calés aseguran, que los dos últimos candidatos de la muerte fueron sacados por suerte entre mas de ciento que se brindaron despues de los cuatro primeros; y un escritor conjetura que el gran número de concurrentes es quizá la causa de que no hayan llegado á nosotros los nombres de los dos últimos ciudadanos, y de que se perdiesen en la gloria comun de aquellos Decios. Otra versión no autorizada asegura que Eduardo exigió ocho personas; cuatro caballeros y cuatro ciudadanos.

Recientemente herido, abrumado por los años, las enfermedades, el dolor y la fatiga, y pudiéndose apenas sostener, Juan de Viena subió en una hacanea y escoltó á los seis ciudadanos hasta las puertas de la ciudad. Los héroes caminaban en camisa, con la cabeza y los pies desnudos, y el lazo al cuello, como lo habia exigido Eduardo, y semejantes á los sacerdotes que en aquella época se adelantaban seguidos del pueblo en las calamidades públicas, á ofrecer un sacrificio espiatorio. Eustaquio y sus compañeros iban con las llaves de la ciudad en las manos: «Cada uno llevaba un puñado. Las esposas y los hijos de estos torcian sus manos, y gritaban fuerte y amargamente: así llegaron hasta la puerta entre ruegos, gritos y lágrimas:» espectáculo que no habia vuelto á ver el mundo desde los dias en que Régulo salió de Roma para regresar á Cartago. El gobernador entregó á Eustaquio de Saint-Pierre, á Juan de Aire, á Pedro y á Jacobo de Wissant, y á los dos incógnitos en manos del señor de Mauny, recomendándolos á su cortesía:

«Señor Gauthier, os entrego como comandante de Calés, con consentimiento del desgraciado vecindario de la ciudad, á estos seis ciudadanos..... Yo os pido, noble señor, que os digneis interceder con el rey de Inglaterra para que no sean entregados á la muerte.»

Entonces abrieron la barrera, y los seis ciudadanos fueron conducidos á la presencia de Eduardo por medio del campo enemigo. Segun Tomás de la Moorey Knighton, el gobernador de Calés acompañó con parte de la guarnicion á los prisioneros, y entregó por si mismo las llaves de la ciudad al monarca de Inglaterra. Los condes, los barones y los caballeros que rodeaban al rey británico, estimulados por la admiracion que les causó la relacion de Gauthier de Mauny, invitaron con sus murmullos á Eduardo, á que igualase la generosidad de aquellos ciudadanos. El monarca permaneció inflexible. «Conservó su sangre fria, y miró con mucha crueldad á los ciudadanos, porque aborrecia en extremo á los habitantes de Calés, por los grandes daños y contrariedades que le habian causado en los tiempos pasados en el mar.»

Mandó cortar la cabeza á los ciudadanos. «¡Ah, noble señor! le dijo Gauthier de Mauny, procurad enfrenar vuestro furor..... Si no teneis piedad de ellos, todos dirán que sois cruel por condenar á la muerte á unos honrados ciudadanos que se han entregado en vuestras manos para salvar á los otros.»

Entonces el rey rechinó los dientes y dijo: «Señor Gauthier, callad,» y mandó llamar al encargado de cortar cabezas.

La reina de Inglaterra se hallaba á la sazón en el campamento: estaba embarazada, «y lloraba tan tiernamente de piedad, que no podia sostenerse: arrodillóse delante del rey, su señor, y le dijo: ¡Ah noble señor! despues que pasé el mar con tanto peligro, nada os he exigido ni demandado. Ahora os ruego humilde-

mente, que por el hijo de Santa María y por mi amor perdoneis á esos hombres.

«El rey esperó á que hablase su bella esposa, y miro á la dama que lloraba muy tiernamente arrodillada: enterneciósese el corazón, y le respondió:—¡Ah señora, mas quisiera que no os halláseis aquí.... Tomadlos, os los entrego, puesto que es vuestro gusto.—La buena señora contestó:—Señor, gracias.

«Levantóse la reina, y mandó levantar á los seis ciudadanos, y les quitó los lazos del cuello, los condujo en su compañía á su cámara, les hizo vestir y comer, y despues los regaló seis nobles, ordenando que los pusiesen en salvo.»

Eduardo tomó posesion de Calés. «Cabalgó en ella con mucha gloria en compañía de los barones y los caballeros, con gran multitud de ministriles, trompetas, tambores, zamponas y otros instrumentos que sería prodigioso poder recordar.» No dejaron en la ciudad mas que «tres franceses, un sacerdote y otros dos ancianos, hombres honrados y consuetudinarios de las leyes y ordenanzas de Calés, y fué para enseñar las heredades, porque el rey quería volver á poblar la ciudad con ingleses. Mucha compasion causaba el ver como los nobles vecinos y los ciudadanos, y los hermosos mancebos se veian obligados á abandonar sus bellos edificios, sus heredades, sus muebles y sus haberes, porque nada podian tomar.»

Parécenos leer una de las mas gloriosas páginas de la historia romana, colocada casualmente, y como por equivocacion, en medio de la historia de la caballería. Las virtudes civiles de Eustaquio de Saint-Pierre, de Juan de Aire, y de los dos Wissant, contrastan con las virtudes militares de los Ribaumont, Charny y Mauny: dos sociedades contrarias se presentan á la vez, y ambas honran la especie humana.

Calés fué repoblada por los ingleses. Estableció

Eduardo en ella treinta y seis familias ciudadanas de las mas ricas, y otras trescientas personas de menos estado. Las franquicias que se concedieron á esta ciudad llamaron a su seno muchos habitantes. Regaló Eduardo las mejores casas de la ciudad á algunos de sus caballeros, como Mauny, Cobham, Stanfort y Barthelemy de Burghersh: la reina Felipa recibió la herencia de Juan de Aire. Algunos franceses obtuvieron tambien propiedades en Calés. Eustaquio de Saint Pierre entró en posesion de una parte de sus bienes, y obtuvo una grande pensión.

A fines del último siglo generalizose entre nosotros una especie de espíritu de decoro: complacianse en rebajar las acciones heroicas: del mismo modo que no querian la religion de nuestros abuelos, mostrábanse tambien incrédulos con su gloria. Apenas descubrieron que Eustaquio de Saint-Pierre habia recibido una pensión de Eduardo, cuando creyeron haber conseguido un triunfo con este descubrimiento: observaron que los historiadores ingleses guardaban silencio sobre los hechos contados por Froissard con motivo de la rendición de Calés, y dudaron de tales hechos. Mas ¿no se habia visto al siglo de Augusto callar por lo que mira á Ciceron? ¿Las larguezas de Eduardo á Eustaquio de Saint-Pierre no son un nuevo homenaje rendido al sacrificio de aquel gran ciudadano? ¿La admiracion que escitó en los enemigos de la Francia, debe disminuir la que nosotros le profesamos? Desgraciado de aquel que busca en la vida privada de un hombre razones para admirar menos sus acciones públicas, seguro es que semejante deprimidor de virtudes nunca ejecutará acciones que merezcan pasar á la posteridad.

Una injusticia de la misma naturaleza se habia cometido antes con Felipe de Valois. Froissard y el continuador de Nanjis aseguran que los habitantes de

Calés anduvieron errantes por Francia sin recompensa y sin asilo, mendigando el pan de la caridad. Felipe no tuvo culpa de aquella ingratitude: dos ordenanzas de este rey, y otras ordenanzas de Juan y de Carlos, sus sucesores inmediatos, otorgaron á los de Calés empleos, privilegios y propiedades. La ordenanza de 8 de setiembre de 1449 menciona una concesion notable: Felipe da á los vecinos de Calés, arrojados de sus hogares, todos los bienes y herencias que pudieran pertenecerle por cualquiera razon ó motivo: así concedía el rey sus propios bienes en cambio de los que sus vasallos habian perdido: esta especie de pena de talion que se imponia á sí mismo, no por el crimen, sino por la desgracia, está conforme con un espíritu patético de igualdad y de justicia. Calés debia ser restituida á la Francia en 1558 por Francisco de Guisa, hombre destinado á hacer desaparecer la última huella de los males que habia causado á la Francia Eduardo, y á dar principio á otros nuevos.



SUMARIO.

Treguas continuadas distintas veces hasta la muerte de Felipe.—Hambre y peste general.—Asesinato de los judios.—Disciplinantes.—Tentativa sobre Calés.—Combate singular de Eduardo y de Eustaquio de Ribau mont.—El delfin de Auvernia abandona sus estados á Felipe: Jacobo, rey de Mallorca, le habia cedido ya el Rosellon, la Cerdaña y el señorío de Montpellier.—El papa compra á Aviñon de la reina Juana de Nápoles.—Felipe se casa en segundas nupcias con Blanca, hija de Felipe, rey de Navarra, que habia destinado primero á su hijo Juan, duque de Normandía, que era viudo.—Felipe murió como Luis XII. victima de su pasion á la reina, que prolongando su vida hasta una

edad muy avanzada, vió la desolacion de la Francia, que comenzó bajo el reinado del rey Juan, y terminó en el de Carlos V, para volver á comenzar en el de Carlos VI.

FRAGMENTOS.

MUERTE DEL REY.

Estando en su lecho de agonía hizo llamar Felipe á sus hijos el duque de Normandía y el de Orleans. En aquellos instantes en que desaparecen todas las ilusiones, cuando solo queda la memoria del bien ó del mal que uno ha hecho, protestó el rey de su buen derecho en la guerra que se habia obligado á sostener, y de sus titulos legitimos á la corona. Dijo, pues, al duque de Normandía que fué su sucesor: «Hijo mio, defended con valor la Francia despues de mi muerte. Ocurre muchas veces, como me ha sucedido á mí, que los que combaten por una causa justa experimentan reveses; pero deben fundar sus esperanzas en Dios, que no permite que el reinado de la iniquidad sea durable. Amaos, hijos míos, conservad la justicia y consolad á los pueblos.»

Un monarca que teme que sus infortunios le hagan mirar como culpable, y que se cree obligado á probar á su sucesor la justicia de sus derechos, no obstante el mal éxito de sus empresas, hubiera igualmente confesado la sinrazon de los mismos derechos y el castigo merecido por una ambicion criminal. ¿Y á quien hacia semejante confesion, á quien recordaba las vias impenetrables de la Providencia? Al rey Juan, á quien la adversidad marcaba ya con su sello, adversidad, que, sin embargo, no debia perder á la Francia, porque Dios *no permite que el reinado de la iniquidad sea durable.*

El primero de los Valois subió el 22 de agosto de

1350 á poner su causa á los pies de aquel que dá y quita los reinos conforme le place, y cuya voluntad es el poder eterno y la infalible justicia.

JUAN II.

DESDE SU ADVENIMIENTO A LA CORONA, HASTA LA BATALLA DE POITIERS.

De 1350 á 1356.

Felipe VI, llamado de Valois, dejó el cetro á su hijo Juan, segundo de este nombre, porque cuentan á un hijo de Luis X, Juan I, que no vivió mas que cinco dias: tambien colocaron igualmente en el número de los monarcas á Luis XVII, de tierna edad. La ley sálica estaba en este punto de acuerdo con el carácter nacional: en Francia la inocencia y el infortunio no escluyen de la corona.

Juan habia recibido una educacion tan escogida, como descuidada habia sido la de su padre; amó y protegió las letras tanto como las habia despreciado Felipe, y á sus mandatos debemos las primeras traducciones de Tito Livio, de Salustio, de Lucano, y de los Comentarios de César. Buscó y recompensó el mérito, y sentia por una especie de instinto lo que no veía con los ojos del entendimiento. Tuvo á la vez los defectos y las prendas propias para perder los imperios: el ímpetu de carácter y la irresolucion de espíritu; el arrojo que no consulta sino al honor, y la magnanimidad que todo lo sacrifica al cumplimiento de su palabra. En un tiempo en que la injusticia era en Francia la libertad, protegió la justicia; en amistades no hubo un hombre mas fiel; pero rara vez perdonan á los reyes el tener amigos y el no tenerlos.

En 26 de setiembre de 1350, Juan se ciñó en Reims la corona que debía ornar su féretro en Londres. El día de su consagracion armó caballeros á los príncipes y nobles que no debían volver ya á la vaina la espada que recibían de su mano. La pompa fué soberbia; los gastos prodigiosos, y cada nuevo caballero recibió segun costumbre, á espensas del rey, el vestido de ceremonia con pieles preciosas y terciopelo doble de oro y seda. París se conmovió á la vista de su monarca; entapizáronse las calles; los artesanos divididos en cuerpos de oficios, los unos á pie, los otros á caballo, presentáronse vestidos de un modo uniforme, pero distinto en cada cofradía. Las fiestas duraron ocho días, y una ejecucion sangrienta puso término á tan funesto regocijos.

Juan mandó decapitar al conde de Eu, condestable de Francia, que bajo su palabra habia vuelto de nuevo de la prision de Inglaterra. Dijose, pero sin probarlo, que el condestable vendía á su patria á ejemplo de tantos franceses.



SUMARIO.

La tregua concluida con Inglaterra en el reinado anterior, confirmase por los cuidados del papa, y prorógnase en varias veces para tres años.—Sin embargo, nunca cesan del todas hostilidades en Guyena y en Bretaña.—Combate de los treinta.—Creacion de la orden de la Estrella.—Sorpresas del castillo de Guines por Eduardo, que decía que las treguas eran mercantiles.—Pesquisas inútiles del tribunal de Cuentas sobre las malversaciones de la hacienda.—Juan elegido juez en una querrela de honor entre el duque de Bruusvick y el duque de Lancaster.—Muerte del papa Clemente VI.—Primer crimen del rey de Navarra.

FRAGMENTOS.

DEL REY DE NAVARRA.

Cárlos el Malo, tercer azote de su patria, aparece en la escena despues de Roberto de Artois, que habia desaparecido ya, y de Godofredo de Harcourt, que iba tambien á desaparecer. Como hemos dicho, era hijo de Juana, hija de Luis el Pendenciero, reina de Navarra, y de Felipe, conde de Evreux, príncipe de la sangre: por maternal herencia poseia un estado importante hacia los Pirineos, y por herencia paterna tierras, ciudades y castillos en Normandía. Su poder se aumentó todavía cuando subió á yerno del rey, que le dió en esponsales á su hija Juana, de edad de ocho años. Cuanto mas se acercaba Cárlos al sólio, mas parecia desearle y aborrecerle: si se hubiese desechado la ley salica, el rey de Navarra hubiera tenido pretensiones mas fecundas al trono que las de Eduardo, puesto que era hijo de una hija de Luis, y que Eduardo no descendia sino de una hija de Felipe el Hermoso. De aquí provino el que Eduardo auxilió á Cárlos tan solo el tiempo necesario para asolar la Francia, pero no el suficiente para que triunfara.

Cárlos el Malo se hizo digno de su nombre: era un espíritu inquieto, un alma negra, impotente en los crímenes como en los excesos, y cuyas prendas eran abortadas como sus vicios. La historia habla de su hermosura, de su liberalidad, de su elocuencia y de su bravura, y estas cualidades no produjeron fruto alguno: tambien se muestran cubiertos con adornos los mónstruos que son adorados en las orillas del Nilo.

Su carácter es una escepcion en medio de los caracteres de su siglo: Cárlos no era tanto un caballero como uno de aquellos tiranos que oprimian enton-

ces las repúblicas de Italia, y nació como Marcelo, para las turbulencias civiles, que anunciaban la aparición del pueblo en sus propios negocios, y una revolución en las costumbres.

La dignidad de condestable de Francia había pasado despues de la ejecución del conde de Eu, á Carlos de España, hermano de Luis de España. Este extranjero, conocido con el nombre de La Cerda, es el primero de los favoritos que se unió á los Valois como una rama bastarda de su familia: acusaron á La Cerda de haber impelido á Juan á un acto de rigor para apoderarse de los despojos de la víctima. Ora fuese ó no verdadera la acusacion, lo cierto es que Carlos de España se hizo odioso al punto que tomó la espada de condestable; perdónase algunas veces al que vierte la sangre, pero nunca al que recibe su precio.

SUMARIO.

Cárlos el Malo, celoso de La Cerda, le hace asesinar.—Salta del asesinato á la traicion, se liga con la Inglaterra, y arrastra á sus proyectos al conde de Harcourt y á Luis su hermano.—Tratado vergonzoso para el rey Juan, concluido en Mantes, y perdon solemne concedido al rey de Navarra.—Riñe éste de nuevo.—Otro tratado concluido en Valognes, casi tan vergonzoso como el de Mantes.—Espira la tregua con la Inglaterra.—Eduardo desembarca en Calés, y entra por primera vez en Francia por la puerta cuyas llaves tenia.—Vuelve á Inglaterra obligado por la invasion de los escoceses.—Cárlos el Malo seduce á Cárlos el delfín, de edad de diez y siete años, que despues fué Cárlos el Sábio.—Indúcele á fugarse de la córte bajo pretesto de que el rey Juan preferia á sus otros hijos.—El delfín, acusado por los remordimientos, revela el secreto á su padre.—Juan, aunque habia concedido nuevo perdon al rey de Navarra, se resuelve á vengarse de él.—Convocacion de los estados.

FRAGMENTOS.

LOS TRES ESTADOS.

En menos de cincuenta años trascurridos desde la primera convocacion regular de los estados hasta la convocacion de los mismos en tiempo del rey don Juan, se desenvolvieron los principios políticos con una fuerza y una claridad, que nadie hubiese podido prever. Si el reino hubiese sido un cuerpo compacto; si los vasallos no hubiesen ejercido la soberanía en las provincias poseidas por ellos; si una guerra de invasion no hubiera distraído de la política á los entendimientos, es probable que se hubiesen fundado los tres estados como el parlamento de Inglaterra. Los estados de 1355 y los que siguieron, tuvieron ideas mucho mas exactas de los derechos de una nacion, que las que entonces tenia el parlamento británico. No sabemos donde los vecinos apenas emancipados, donde los prelados y los señores feudales habian podido beber nociones tan claras del gobierno representativo en medio de las preocupaciones del tiempo, y de la oscuridad y del caos de las leyes: la viveza del entendimiento de los franceses suple la esperiencia de los siglos.

Verdad es que el infortunio, poderoso maestro de la especie humana, aceleró el desarrollo de las verdades políticas en el reinado de Juan, y durante la regencia de su hijo. Un hecho grande se presenta por todas partes en la historia: jamás entran los pueblos en el goce de sus derechos, sin pasar por medio de los males inherentes á las revoluciones combatidas. En vano tales revoluciones se cumplen en el fondo de las costumbres; en vano se hacen inevitables como las producciones naturales del tiempo: los gefes de los imperios no quieren reconocer que ha llegado el mo-

mento. Los intereses particulares oponen resistencia á los intereses generales: la lucha se abre, y se vuelve mas ó menos sangrienta, segun el movimiento de las pasiones, el carácter de los individuos, el acaso y los accidentes de la fortuna. Deploremos las calamidades que llevan consigo las mudanzas, pero aprendamos de la historia que son necesidades de las que no pueden sustraerse los hombres. ¿Cuándo se harán las revoluciones sin esfuerzos y sin injusticias? ¿Cuándo se habrán esparcido bastante las luces, y rayado tan alta la civilizacion, que los pueblos y los reyes cedan mutuamente los derechos que no deben negarse ni usurparse? Ese es un secreto de Dios.

Los estados de la lengua de Oïle; es decir, del pais consuetudinario, en el que se reconocia sin embargo el Leone-ado, aunque pais de derecho escrito, se reunieron en la gran cámara del parlamento en París el 2 de diciembre del año 1355. El arzobispo de Rouen, Pedro de Laforest, canceller de Francia, abrió la asamblea con un discurso que pronunció en nombre del monarca: espuso las necesidades del reino, y declaró que el rey estaba dispuesto á abandonar la alteracion de las monedas, si los estados hallaban el medio de reemplazar aquella especie de tributo por un subsidio equivalente. Fijemos en el reinado de Valois la creacion de los impuestos.

Juan de Craon, arzobispo de Reims, en nombre del clero; Gauthier de Brienne, duque de Atenas, en nombre de la nobleza; Esteban Marcel, preboste de los mercaderes de París, en nombre del tercer estado, protestaron su amor y su fidelidad al rey; y pidieron permiso de retirarse para deliberar entre sí sobre los subsidios que debian concederse y sobre la reforma de los abusos.

Su declaracion estaba concebida en estos términos: Ningun reglamento tendrá fuerza de ley hasta tanto

que lo aprueben las tres órdenes; y la orden que haya negado su consentimiento, no estará obligada por el voto de las otras dos. Semejante declaración iguala el tercer estado con el clero y la nobleza. La libertad sobrepasa ya los límites de la monarquía constitucional; porque al presente basta para la aprobación de la ley la mayoría absoluta de votos; y por el decreto de los estados, una orden corrompida ó facciosa lograba detener el movimiento del cuerpo político.

No se dice si el rey fué llamado á sancionar el decreto constituyente de los estados de 1355; ignorábase, pues, el principio del poder de la corona tal como le admitimos ahora, lo cual no es tan admirable como la fuerza adquirida por el tercer estado: porque aun no se habian cumplido dos siglos desde que era aun esclavo, y desde que el rey tampoco era nada en medio de sus grandes vasallos. La libertad vuelve á la sociedad por todos los canales, del mismo modo que la sangre sube al corazón por todas las venas.

Obtenido este punto, pagaron al rey Juan con un voto que puso á su disposición treinta mil hombres de armas, que componían un cuerpo de noventa mil combatientes, porque no entraban en este número los comunes que componían la infantería del ejército. Un impuesto sobre la sal, y otro de ocho dineros sobre todos los objetos que se vendiesen, esceptuando las ventas de las heredades, debían producir por espacio de un año la suma de cincuenta mil libras al día; suma que se juzgaba equivalente para el sostenimiento de los treinta mil hombres de armas. Los estados se reservaban la elección de las personas sometidas al levantamiento, y de las reglas del impuesto, del que ninguno, ni aun el rey y la familia real, debían esceptuarse.

El rey dió el 28 de diciembre de 1355 una orden conforme á lo que habian deliberado los estados: pro-

metía no tocar el dinero destinado para la guerra y consentir en que se distribuyese á los hombres de armas por una comision de los diputados de los estados, lo que era entregar el poder ejecutivo al poder legislativo. El monarca se obligaba por otra parte á fabricar monedas fuertes y duraderas, á renunciar en los viajes para sí y su casa, y los grandes oficiales de boca y de guerra, las requisiciones de trigo, de vino, de víveres, de carretas y de caballos que los paisanos estaban obligados á suministrar. Prohibíase á los acreedores trasferir su deuda á las personas privilegiadas ó mas poderosas que ellos: ordenábase á todas las jurisdicciones que dependiesen de los jueces ordinarios: arreglábase el número de los sargentos, restringiéndolo como abusivo; y encargábase á los referidos sargentos que no exigiesen cosa alguna á mas de su salario: prohibíase el comercio á los jueces y oficiales de cualquier tribunal, y se confirmaban todas las ordenanzas en favor de la clase de agricultores.

En cuanto á las cosas de la milicia, el rey empeñaba su palabra de no acudir á los llamamientos en masa sin una necesidad evidente, y consultando á los estados si fuese posible. Prohibíanse las revistas falsas con penas rigurosas; los caballos debian estar marcados para ser reconocidos al revistarlos, y con el fin de que un hombre de armas no recibiese dos ó tres veces la paga por el mismo caballo. Hacíase responsables á los capitanes de los desórdenes que cometiesen los soldados: las tropas de paso no podian detenerse mas de un dia en las ciudades, y si permanecian mas tiempo, no habia obligacion de darles la etapa, y se les podia obligar á pasar adelante. El monarca se obligaba por último á no concluir paces ni treguas sino de acuerdo con una comision de las tres órdenes de los estados.

Tal es esta ordenanza, que se ha comparado en ciertos puntos con la gran carta de Juan, rey de In-

glaterra, primer manantial de la libertad británica: por las prohibiciones de semejante ordenanza se trasluce lo que estaba permitido. Mas los estados de 1355 sobrepujaban en principios políticos y administrativos á las luces de su siglo, y cambiaban la naturaleza de la monarquía. Asi es que en el momento no quedó cosa alguna de aquellos saludables ensayos: el tiempo y la desgracia hicieron abortar en un suelo mal preparado aun los gérmenes de una civilización demasiado elevada.



SUMARIO.

Dirigese el rey á Rouen á arrestar con sus propias manos al rey de Navarra en un banquete.—Manda quitar la vida en su presencia al conde de Harcourt, al señor de Graville, á Maubué de Mainant y á Oliveros Doublet.—El rey de Navarra hecho prisionero, es conducido á la torre del Louvre ó al castillo de Gaillard, y de allí al Chatelet.

FRAGMENTOS.

BATALLA DE POITIERS.

Admirables son los defectos del rey; su cólera lo ciega, y pasa mas pronto que su bondad, que viene demasiado pronto á perdonar al único culpable que hubiera sido preciso castigar: se cree seguro de su justicia, y es detenido en la ejecucion por su misericordia; quebranta demasiado las leyes, para que no sea aborrecida la corona, y no lo suficiente para salvarla: en una palabra, probó perfectamente que un hombre honrado no puede ser mal rey, y que no puede convertirse tan fácilmente en tirano. Los errores que, como los de Juan, son sensibles, suministran á

:

Los entendimientos adocenados ocasion de prorumpir en lugares comunes de moral, y á los perversos un motivo de triunfo: los clamores fueron universales; Felipe de Navarra, hermano de Carlos, y Godofredo de Harcourt, el célebre traidor perdonado, tío del conde á quien decapitaron, sublevaron la Normandía: entregáronse al rey de Inglaterra, reconocieronle por rey de Francia, juraron secundarle en la conquista de este reino, y prestaronle homenaje de sus dominios. Eduardo por su parte obró como habia obrado en otro tiempo en la muerte de los señores bretones, y envió á todas las córtés de la cristiandad un manifiesto, declarando: «Que los nobles decapitados ó encarcelados por Juan, que se llamaba rey de Francia, habian sido traidoramente muertos; que no habian concluido tratado alguno con él, y que por el contrario Eduardo habia mirado siempre al rey de Navarra y á sus parciales como enemigos de Inglaterra.» ¿Godofredo de Harcourt era enemigo de Eduardo?

Para apoyar el manifiesto descendió á Normandía el duque de Lancaster, y los ingleses reunidos á los navarros, formaron un ejército de cuarenta mil hombres de armas, sin contar las gentes de á pie. Juan se adelantó contra los aliados, que acababan de tomar y de arrasarse á Verneuill de Perche: los ingleses se retiraron á los bosques de l'Aigle, y Juan puso sitio á Breteuil, que no abrió sus puertas sino despues de oponer una resistencia de dos meses.

Juan, de regreso á París, supo que el príncipe de Gales, despues de haber saqueado la Auvernia, el Lemosin y el Berri, se acercaba á Turena; y al punto juró marchar contra el príncipe, y combatirle en todas partes donde le encontrase. Convocó á los barones, grandes vassallos, señores, nobles y caballeros de su reino, ordenando que ninguno faltase al llamamiento, y se reuniese en los caminos de Blois y de Tours.

Verificóse la reunion en las llanuras de Chartres: Craon, Boucicault y el ermitaño de Chaumont, se adelantaron con trescientos hombres de armas para reconocer y hostigar al enemigo.

El príncipe Negro habia tenido primero el designio de reunirse en Perche con el ejército del duque de Lancastre; pero hallando guardados los pasos del Loira, y sabiendo que Felipe reunia fuerzas considerables, volvió á tomar el camino de Burdeos por Turena y Poitou: perdió algun tiempo en el castillo de Romorantin, en el que se habian encerrado Boucicault, Craon y el ermitaño de Chaumont, empeñados en una escaramuza, y este fué el primer sitio en que jugó el cañon, asi como en Crecy fué la primera batalla. ¿Tenia, pues, cañones en su ejército el principe de Gales? Sin embargo, no los empleó en la batalla de Poitiers: nuestros grandes barones desdeñáronse igualmente de hacer uso de ellos en la batalla de Azincourt, no obstante que podian echar mano de una artillería formidable para aquel tiempo. El arrojo caballeresco despreciaba unas armas que podian igualmente ser las del cobarde y las del valiente.

Deteniéndose el principe de Gales delante de Romorantin, habia cometido una falta que debia perderle, y sin embargo, su error le cubrió de gloria y á la Francia de luto: dió á Juan tiempo para alcanzar el ejército inglés, que á no mediar este sitio imprudente, hubiera entrado en Guyena sin disparar un tiro.

Los franceses pasaron el Loira por diferentes puentes.

Comenzaban á faltar los víveres al príncipe Negro, y habia dado un rodeo para evitar el acercarse á Poitiers, que permanecia fiel á la Francia; su movimiento permitió al rey, que seguia la línea mas corta, que llegase á la presencia de los ingleses.

Enviaron estos á la descubierta doscientas armaduras de hierro, «*todos montados sobre escogidos corceles,*» y mandados por Buch. Precipitáronse sobre las tropas del monarca, vieron el campo cubierto de hombres de armas, y atacaron á los rezagados. En el instante en que Juan iba á entrar en Poitiers, supo que se habia empeñado el ataque, y volvió atrás con el grueso de su ejército.

Los corredores ingleses alcanzaron al príncipe de Gales, y le refirieron las noticias que habian adquirido, y cuán numeroso era el ejército francés. El príncipe respondió: «Fáltanos saber ahora como le combatiremos con ventaja.» Tomó posiciones en un terreno de difícil acceso: Felipe por su parte se detuvo, y la noche que sobrevino tendió su manto sobre ambos campamentos.

Al día siguiente, domingo 18 de setiembre, el rey hizo cantar una misa en su tienda, y comulgó con sus cuatro hijos Carlos, Luis, Juan y Felipe, y los señores de las flores de lis, que es como se llamaban entonces los príncipes de la sangre.

Concluida la ceremonia, Juan reunió su consejo, y propuso atacar al enemigo, aprobando el parecer del rey todo el consejo.

Los historiadores han censurado el acuerdo del monarca; pero no han tenido en consideracion ni las circunstancias ni las costumbres. No cabe duda en que hubiese sido mas seguro obligar por el hambre á los ingleses á que se rindieran; pero tambien era posible y mas heróico el vencerlos. Sino se hubiese perdido un día; si el duque de Orleans no se hubiese retirado con la tercera parte del ejército en el momento del empeño, es muy probable que el príncipe de Gales hubiera sucumbido. ¡Y qué motivo tan justo de resentimiento no tenia el rey contra los ingleses! En aquellos tiempos las batallas no eran cálculos, eran fruto del

acaso, ó de un impulso guerrero; casi nunca producian grandes resultados, ni cambiaban la faz de los imperios: reducianse á acciones en que se decidia, no la existencia, sino el honor de las naciones. Asi es, que los príncipes se enviaban carteles para encontrarse en un sitio convenido, como los simples caballeros se emplazaban para un campo cerrado. Los heraldos de armas eran los portadores de tales desafios: «Id á Troyes, dice el conde de Bukingham á los dos heraldos de armas que envió al duque de Borgoña en el reinado de Carlos V, hablad á los señores, y decidles que hemos salido de Inglaterra para ejecutar hechos de armas, y alli donde creamos encontrarlos, alli los buscaremos; y por cuanto nos consta que una parte de las flores de lis y de la caballería francesa descansan alli, hemos tomado este camino, y si quieren decirnos algo, en el campo nos hallarán.»

Llevaban tan lejos algunas veces dos ejércitos la delicadeza y el honor, que se negaban á aprovecharse de las ventajas del terreno. Con frecuencia los generales y los reyes pronunciaban el juramento de batirse con sus enemigos en todas partes donde los encontrasen, del mismo modo que los dioses de Homero juraban por sí mismos ejecutar cosas que no siempre eran justas, ó á la manera de los antiguos germanos, que se obligaban á llevar una larga barba ó un anillo de hierro hasta que hubiesen vencido á un romano. Dos naciones que descendian así á la liza, no podian negarse al combate, semejantes á un hombre valeroso, que no puede evitar el desnudar el acero cuando se ve ofendido con un baldon.

Resolvióse, pues, en el consejo del rey el marchar en derechura contra el enemigo: diéronse al punto las órdenes: las cornetas y las trompetas resonaron alta y distintamente; los ministriles tañeron sus instrumentos, mientras los soldados se preparaban; los se-

ñores desplegaron sus banderas; los caballeros saltaron sobre sus bridones, y colocáronse allí donde el estandarte de las lises y la orillama flotaban al viento. Veíanse correr los cabalgadores, los persebantes, los heraldos de armas, los pages, los escuderos con el traje, el blason y la divisa de sus señores. En todas partes brillaban hermosas corazas, ricas armaduras, lanzas, escudos, yelmos y pendones: allí se encontraba toda la flor de la Francia, porque ningún caballero ni escudero había osado quedarse en sus castillos. Percibíanse por entre el estruendo de los clarines las voces de los gefes y el relincho de los caballos, los gritos de armas de los diferentes señores: *Montmorency, el primer cristiano; Chatillon, el noble duque Montjoye, el gavilán blanco, Montjoye Borgoña, Borbon Nuestra Señora*. Sofocaba toda aquella gritería el nombre de *Francia, Montjoye, San Dionisio*, y las preces en honor de la Virgen que se confundían con la canción de Rolando.

Los vasallos, con la cabeza desnuda al pie de la bandera de su parroquia, llevando una especie de camisas sin mangas y un manto corto; los barones con espuelas y largas ropas forradas de pieles, marchando bajo la divisa de sus damas: la infantería con sayos armada de arcos, de ballestas, de bastones con puntas de hierro y de hoces; la caballería cubierta de hierro y con el casco y la lanza; los obispos con cota de malla y mitra: los legatarios, los confesores, las cruces, las imágenes de los santos, las máquinas de guerra modernas y antiguas, todo esto en fin, visto en un ejército, presentaba á la luz de los rayos del sol un espectáculo tan extraordinario como brillante y variado.

Las tropas reunidas pasaban de sesenta mil combatientes, y veíase en ellas al hermano y á los cuatro hijos del rey, á la mayor parte de los señores de la flor de lis, á ilustres comandantes extranjeros, y á tres

mil caballeros que llevaban banderas. Todos aquellos guerreros tenían á su cabeza al monarca, que sino era el capitán mas ilustre de su reino, era al menos el mas bravo soldado y el primer caballero.

Por consejo del condestable Juan de Brienne, y de los dos mariscales Audeneham y Clermont, habíase dividido el ejército en tres cuerpos ó tres *batallas*, como decían entonces. El duque de Orleans, hermano del rey, que tenía á sus órdenes treinta y seis banderas y doscientos peones, mandaba la primera batalla; el gefe de la segunda era el delfín Carlos, duque de Normandía, llamado despues Carlos el Sábio; seguíanle sus dos hermanos Luis y Juan, y custodiaba á los tres príncipes la guardia de los señores de Saint-Venant, de Landas, de Vondenay y de Cervolles, llamado el Archidiácono, que despues fué un célebre aventurero. El rey dirigía la tercera batalla con Felipe, el menor de sus hijos, tronco de la segunda casa de Borgoña.

Estas tres masas, que hubiesen podido arrollar al enemigo cercando la posición del príncipe de Gales, se colocaron en línea oblicua, un corto espacio detrás los unos de los otros. El ala izquierda, la mas avanzada contra el enemigo, mandada por el duque de Orleans, solo estaba separada de los ingleses por un montecillo, cuya ocupacion no se tuvo por interesante: el delfín comandaba el centro, y el rey la reserva, al ala derecha. Se juzgará de las disposiciones militares de este tiempo, cuando se sepa que se practicaban antes de hacer el reconocimiento del terreno ocupado por el príncipe de Gales.

Mientras que el ejército francés se ordenaba en batalla, el rey envió á Eustaquio de Ribaumont, á Juan de Landas y á Ricardo de Beaujeu, á examinar el campo del caballero que habia ganado sus espuelas en Crecy. Entre tanto Felipe, montado en un caballo blanco, recorría las líneas, y decia: «Cuando estais en

vuestras ciudades, amenazais á los ingleses, y deseais tener el casco y la cabeza delante de ellos. Ya estais en su presencia: miradlos; haced patente su impericia, y vengad los perjuicios que os han causado.» El ejército respondió á una voz: «Señor, Dios nos ayude.»

Los tres caballeros enviados á la descubierta volvieron y dieron cuenta al monarca de lo que habian observado.

El enemigo se halló atrincherado sobre una altura que habia en medio de una viña, y cerca de una aldea llamada *Maupertuis*, á la que solo se podia ir por un camino hondo, guarnecido á una y otra parte de dos cercados espesos, y era tan estrecho, que apenas podian caminar de frente tres caballeros juntos; y el príncipe de Gales habia emboscado los archeros detrás de los cercados. Al llegar al cabo del desfiladero, encontrábase el ejército inglés, compuesto cuando mas de dos mil hombres de armas, de cuatro mil archeros y de quinientos aventureros. De estos siete ú ocho mil hombres, solos tres mil eran ingleses, y los demas franceses ó gascones.

El príncipe habia mandado apearse á su caballería, que no podia maniobrar en el sitio donde estaba: el todo formaba sobre la cúspide de la colina un cuerpo de infantería pesada, atrincherada entre los zarzales y las viñas, y cubierto su frente por los archeros ordenados en forma de grada. Habia dispuesto así las huestes Jaime de Audeley, caballero muy experimentado.

Si el rey Juan llevaba consigo la flor de la caballería de Francia, al príncipe Negro acompañaban los guerreros mas valerosos de Inglaterra y de la Guyena: entre los primeros sobresalian Juan Lord Chandos, los condes de Warwick y de Suffolk, Ricardo de Stanfort, Jaime de Audeley, y Pedro su hermano, el señor Basset y otros muchos: entre los segundos contábase Buch, Juan de Chaumont, los señores de Lesparre, de

Rozem, de Montferrant, de Lauduras, de Prumes, de Bourguenze, de Aubrecicourt y de Chistelles, que al fin eran franceses.

Habiendo Ribaumont pintado al rey la posicion de los enemigos, Juan le preguntó cómo seles debía atacar: «Todos á pie, respondió Ribaumont, esceptuando trescientas armaduras de hierro escogidas entre los mas diestros y los mas valerosos caballeros, entraremos en el camino hondo para romper á los archeros. A las armaduras seguirán los restantes hombres de armas á pie, para acometer á los hombres de armas ingleses ordenados en batalla en la altura, al extremo del desfiladero, y para pelear mano á mano.»

Juan siguió este consejo, que le lisonjeaba por su atrevimiento: mejor aconsejado, hubiera debido atacar á los archeros por la espalda, y desalojarlos de los dos cercados antes de empeñarse en el desfiladero. Los mariscales segun el plan adoptado, designaron los trescientos caballeros que debían abrir el camino: los restantes hombres de armas fueron desmontados; mándoseles quitar las espuelas, cortar las picas, y reducir las á cinco pies de largas, para servirse de ellas con mas facilidad en la refriega. Un cuerpo de alemanes, mandado por los condes de Nidan, de Nassau y de Saarbruck, permaneció á caballo para sostener en caso de necesidad á los trescientos hombres de armas en el ataque del desfiladero. El rey, acompañado de veinte caballeros, se puso en medio de los alemanes, para ver de mas cerca el principio de la accion. Dispuesto todo asi, se dió la señal para empezar la batalla.

Ya los trescientos hombres de armas habian embrazado sus broqueles, cuando vieron venir á un caballero, que pidió hablar al monarca: era el cardenal de Perigord. El papa no cesaba de trabajar en la reconciliacion de la Francia y de la Inglaterra; los dos cardenales de Urgel y de Perigord habian sido envia-

dos á los dos ejércitos para empeñarlos en la paz y tratar de la libertad del rey de Navarra. El cardenal de Perigord no se habia desanimado con el mal éxito de sus primeras tentativas, y siguiendo las huellas de los príncipes rivales, habia llegado en el instante mismo en que iban á medir sus diferencias.

Corrió adonde estaba el rey de Francia, y luego que lo descubrió, se apeó del caballo, se inclinó, y gritó juntando las manos: «Querido señor, aqui teneis á toda la flor de la caballería de vuestro reino reunida contra un número reducido de vuestros enemigos. Si obteneis lo que deseais sin combatir, ahorrareis la sangre cristiana, y la vida de vuestros vasallos. Ya sabeis que Dios tiene en su mano la suerte de las armas, y os conjuro en nombre de ese mismo Dios y de la caridad, para que me permitais ir al campamento del príncipe de Gales á representarle su peligro y las ventajas de la paz.»

El rey respondió: «Plácenos que obreis asi, pero volved pronto.»

El cardenal marchó á galope hácia el campo de los ingleses: al nombre de la religion, las barreras de los dos ejércitos se abrian y dejaban pasar á su ministro: halló al hijo de Eduardo rodeado de sus caballeros, cubierto con su armadura negra, y llevando la divisa de los príncipes de Gales pendiente del escudo del anciano-rey de Bohemia: presagio que anunciaba á Poitiers el destino de Crecy: «Sin duda, hermoso mancebo, le dijo el enviado del papa, que si hubiérais examinado el ejército del rey de Francia, me autorizariais para que concluyera con él un tratado.» El príncipe respondió: «Me conformaré con todo, menos con la pérdida de mi honor y el de mis caballeros.» El cardenal replicó: «Decís bien, hermoso mancebo:» y regresó aceleradamente al campo de los franceses.

Suplicó al monarca que suspendiese el ataque

hasta el día siguiente: «Vuestros enemigos, decía, no pueden escaparse: concededles algunos momentos para que descubran su peligro.» Negose Juan por acuerdo de la mayor parte de su consejo: pero por miramiento á la santa sede consintió en fin en aquella dilacion, que dió tiempo á los ingleses para atrincherarse y para reanimar el ardimiento del soldado, y que fué la causa principal de la pérdida de la batalla.

El rey mandó levantar una hermosa tienda de color de grana en el sitio mismo en que se hallaba, y las tropas dejaron las armas, á escepcion del cuerpo mandado por el condestable y por los dos mariscales.

El cardenal que regresó al campo inglés y volvió en seguida al de los franceses, presentó al rey las proposiciones del principe de Gales, reducidas á ofrecer que entregaria los prisioneros que habia hecho, las ciudades y castillos que habia tomado en el discurso de tres años: obligábase por espacio de siete á no empuñar las armas contra la Francia; y Villani añade, que se conformaba en pagar doscientos mil nobles ó escudos de oro, por los estragos que habia ocasionado su ejército. El principe solicitaba la mano de una hija del rey, y para dote de la princesa el ducado solo de Angulema: finalmente, reclamaba la libertad de Carlos el Malo, y se empenaba en hacer aprobar á Eduardo las condiciones del tratado.

Juan, á quien los historiadores representan como un temerario, habíase mostrado en extremo moderado, concediendo á los ingleses la suspension de armas, é iba á dar una nueva prueba de su espíritu conciliador, aceptando las ofertas del principe Negro cuando Reinaldos de Chauveau, obispo de Chalons, se levantó en el consejo, y dijo:

«Señor, si mal no me acuerdo, el rey de Inglaterra, su hijo, y su hermano el duque de Lancaster, os

han insultado en varias ocasiones, y sembrado vuestro reino de cadáveres y ruinas. Por tierra humillaron á vuestro padre Felipe, y asesinaron á vuestra nobleza, y por mar han asaltado vuestros navios, é incendiado vuestros puertos como piratas. ¿Y qué venganza habeis tomado? ¡Y qué! ¿En recompensa de tantos crímenes entregareis vuestra hija en unas manos teñidas con sangre francesa? Dios os entrega vuestros principales enemigos, esos orgullosos ingleses, esos gascones infieles, esos cobardes que vienen de degollar á los sacerdotes y á los labradores, esos incendiarios que han entregado á las llamas las cabañas que humean todavía, ¡y los dejareis escapar! ¿Creeis que obran de buena fe al proponeros tales condiciones? ¿No conoceis su perfidia? Bajo pretexto de que ha de ratificar el tratado el monarca inglés, ganarán tiempo, y Eduardo se negará á confirmar los artículos estipulados. Entre tanto, el duque de Lancaster, que tala el Perche con su ejército, se habrá reunido al príncipe de Gales, y la victoria coronará quizás á vuestros enemigos. ¡Dios nos preserve de mayores infortunios! Pido que no haya dilaciones; y que dejen de suspender vuestra venganza proposiciones insidiosas, y la lentitud de vuestro consejo.»

Este discurso, cuyo vigor sostuvo el prelado con la lanza en la mano, encendió en el pecho del rey el ardimiento bélico, y los barones gritaron: «¡A las armas!—Id, dijo Juan al cardenal, id, y decid al príncipe de Gales que se entregue prisionero con ciento de sus principales caballeros. Con tal condicion dejaré pasar su ejército.» El príncipe, al oír estas palabras que le refirió el cardenal, respondió: «Mis caballeros no se toman sino con las armas en la mano. En cuanto á mí, suceda lo que quiera, no tendrá la Inglaterra que pagar mi rescate.»

Tales conferencias ocuparon todo el domingo; y

mientras duró el consejo, varios caballeros de ambos ejércitos corrieron á caballo por delante de las líneas de uno y otro campo. En una de estas correrías, el mariscal de Clermont encontró á Juan Chandos: ambos habian adoptado en sus armas el mismo emblema, que consistia en una dama vestida de tela azul y rodeada por los rayos del sol: «Chandos, dijo el mariscal, ¿desde cuando habeis tomado mi divisa?—Desde que habeis vos adoptado la mia, contestó Chandos.—Si nuestras huestes, replicó Clermont, no estuviesen á punto de venir á las manos, os probaria en el acto que no debeis usar mi divisa.—Si, gritó Chandos, mañana nos encontraremos, y os haré ver que la dama azul es mas mia que vuestra.» Esta querrela de caballería costó la vida al mariscal, que fué muerto por Chandos.

La noche tendió su velo: los franceses, provistos de viveres abundantes, fiando en su número y valor, pasaron la noche durmiendo; los ingleses, faltos de todo, velaron y se fortificaron: en torno del campo, y delante de los archeros, abrieron fosos profundos, que revistieron de empalizadas, y en la parte mas débil de su línea se cubrieron con los bagages y carros. Mandó el príncipe de Gales que presentasen el botin recogido, y dividiéndolo en tres porciones entre su campo y el de los franceses, hizo que les prendiesen fuego. Este sacrificio no dejó ya á los ingleses nada que perder, y los torbellinos de llamas y humo que se levantaban la vispera de la batalla entre las tinieblas, sirvieron para disimular los trabajos del enemigo, y pasmar á nuestros soldados.

Salió el sol que debia alumbrar un dia tan funesto á nuestra patria, y halló los corazones alimentados con falsas esperanzas (19 de setiembre de 1356). Los franceses se colocaron en el mismo orden que el dia anterior, y los ingleses cambiaron algun tanto sus

preparativos. Instruidos, no sabemos como, de la manera con que serian atacados, ordenaron al frente de su línea cierto número de caballeros para sostener el choque de los mariscales: ocultaron tambien trescientos hombres de armas y trescientos archeros á caballo detrás de una colina, á cuyo lado opuesto se estendia el cuerpo mandado por el delfin y sus dos hermanos. Estos seiscientos hombres tenian orden, luego que viesen la accion empeñada, de dar la vuelta al cerro, y flanquear las tropas del delfin. El cardenal de Perigord volvió á presentarse, pero dijéronle de parte de los franceses que se retirase: entonces se dirigió al campamento del príncipe de Gales, de quien era vasallo, como hijo de Guyena: «¡Bello príncipe, le dijo, haced lo que podais, puesto que es necesario batirse!» El príncipe respondió: «Confio, como igualmente mis caballeros, que Dios favorecerá mis derechos.» El cardenal se reunió al otro legado en la altura de una colina, donde levantaron sus manos al Dios de paz, mientras que en la llanura invocaban al de las armas.

Rodeado de sus compañeros de armas el príncipe Negro, pronunció el siguiente discurso:

«Señores, sino somos mas que un número reducido contra el poderoso ejército de nuestros enemigos, no por eso debe desfallecer nuestro arrojo. No el soldado, sino Dios da la victoria. Si salimos vencedores, nuestro triunfo será mas brillante; si morimos, tengo un padre y dos hermanos, y vosotros amigos que nos vengarán; no penseis, pues, sino en pelear denodadamente. Si á Dios place, me vereis hoy llenando los deberes de buen caballero.»

El príncipe de Gales conservó á su lado á Chandos, que no obstante corrió al choque de los mariscales de Francia: deseaba tambien retener á Audeley; pero habia hecho voto de pelear en la primera fila en

todo combate en que el rey de Inglaterra ó sus hijos se hallasen en persona; permitióle, pues, el príncipe de Gales que cumpliera su voto, y corrió á colocarse al frente de la línea, entre los hombres de armas que sostenían á los archeros.

Los franceses lanzaron el grito de armas. A esta señal los dos mariscales de Francia, los condes de Audeneham y de Clermont, penetran en el desfiladero á la cabeza de trescientos caballos destinados á franquear el camino. Apenas estuvieron entre los dos cercados que coronan el camino, cuando los archeros allí atrincherados lanzaron sobre ellos una nube de flechas, cuyas flechas largas, barbudas, dentelladas, y arrojadas á tiro seguro por un enemigo invisible, clavábase en el espeso batallón. Los caballos heridos uno tras otro, espantados y furiosos con el dolor, relinchan, se encabritan, no quieren pasar adelante, se vuelven de lado, tropiezan, y caen debajo de los ginetes. Las últimas filas intentan pasar por encima de las primeras ya caídas, atropéllanse y aumentan el peligro y la confusión. Sin embargo, los dos mariscales con algunos archeros vencen los obstáculos, y llegan al frente del ejército inglés, donde descubren una nueva línea de archeros, y á Jaime de Audeley á la cabeza de sus hombres de armas. Los bravos mariscales que habían salido casi solos del desfiladero, no pudieron sostener un combate tan desigual: Clermont murió á manos de Chandos; y de Audeneham, derribado en tierra por Audeley, se vió obligado á rendirse.

No tardó en divulgarse la noticia de la derrota. Los caballeros detenidos en medio del desfiladero entre sus propias filas caídas, y los hombres de armas á pie que los siguen, no pudiendo pasar adelante ni atrás, permanecen inmóviles, espuestos á las flechas que los traspasan y los clavan á sus caballos, y solo salen de aquella horrible confusión gritos y alaridos.

Los hombres de armas que ya penetraban por el camino, se replegan al cuerpo mandado por el delfin Carlos: en tan críticos momentos, los seiscientos caballeros ingleses ocultos detrás de la colina, salen de su emboscada, y corren á tomar por la espalda aquel mismo cuerpo. El terror se apodera de los soldados asalariados, y los hombres de armas desmontados se dispersan. Los señores de Landas, de Vondenay y de Saint-Venant, á quienes estaba confiada la guardia de los tres hijos del rey, juzgan demasiado pronto perdida la batalla, los fuerzan á alejarse; y Landas y Vondenay, despues de haber dejado á los príncipes en manos de Saint-Venant, volvieron á ponerse al lado del monarca en compañía de Angle, Saintré y Cervolles.

Habiéndose desbandado las tropas del delfin, las del duque de Orleans emprendieron cobardemente la fuga con su gefe: únicamente quedaron en el campo de batalla el escuadron de caballería alemana y la division mandada por el rey, á la que se unieron muchos caballeros que no habían podido resolverse á dejar abandonado á su señor.

Sabedor de la derrota de los dos primeros cuerpos franceses, el príncipe de Gales mandó á sus hombres de armas que montasen á caballo. Juan Chandos dijo al príncipe: «Señor, pasemos adelante: la victoria es vuestra; Dios estará de vuestra parte: acometamos al rey de Francia, pues sé que por su valor no huirá, y nos esperará.» El príncipe respondió: «Vamos, Juan, no me verás hoy volver atrás.» Y en seguida gritó á su bandera: «Bandera, adelante en nombre de Dios y de San Jorge,» y descendió de la colina con todo su ejército.

El monarca, mandando estrechar las filas, corrió al encuentro de los ingleses que salian del desfiladero para atacarle; sobresalía en medio de los suyos,

por su alta estatura, su aire marcial, y por las flores de lis doradas de que estaba sembrada su cota de mallas; caminaba á pie como los demas caballeros, y llevaba en la mano un hacha de dos filos, arma de los antiguos francos. A su lado venia* su hijo Felipe, que apenas contaba catorce años, como el leoncillo junto al leon. Todos los historiadores convienen en que si la cuarta parte de nuestro ejército hubiera combatido como su rey, hubiese logrado la victoria. El combate fué terrible; por una parte peleaba el principe Negro, rodeado de Chandos, de Buch, rival famoso de Du Guesclin, de Audeley, de Aubrecicourt, de los condes de Warwick y de Suffolk, mariscales de Inglaterra; y por otra el rey Juan acompañado de Jacobo de Borbon y de Pedro de Borbon, padre de Luis II de Borbon, cuyas virtudes anunciaron las de Enrique IV; los dos principes de Artois, hijos de un traidor, y ambos fieles; los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, todos tres alemanes, y dignos de ser franceses; de Guichard de Beaujeau, de Guillermo de Nesle, de Guillermo de Montagu, de Ricardo de Angle, de los señores Chambly, de la Hense, de Pons, de Tancarville, de Laval, de Damp-Marie, de La-Tour, de Humieres, de Urfé, de Duras, de Gaucher de Brienne, condestable de Francia y duque de Atenas, titulos que le imponian la obligacion de morir gloriosamente; del obispo de Chalons, que espiró con el casco en la cabeza, como Adhemar en las murallas de Jerusalem; de Godofredo de Charny, el valiente porta-oriflama; de Eustaquio de Ribau mont, tan célebre por la corona de perlas que Eduardo le dió delante de Calais; de La Fayette y de la Rochefoucauld, nombres que las armas han cedido á las letras; finalmente, de Juan de Saintré, reputado por el mas bravo caballero de su tiempo, y cuyo nombre han consagrado los romances galos.

Sostuvo bien la primera carga la caballería de los alemanes; pero se retiró despues de haber perdido á los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, que eran sus gefes. Los caballeros franceses de diferentes provincias, colocados en fila con sus escuderos alrededor de la bandera de sus soberanos, combatian tan pronto por pelotones separados, tan pronto mezclados y confundidos. El príncipe de Gales con Chandos atacó la division del condestable, y el caudillo de Buch con los mariscales de Inglaterra se encontró en frente del rey.

Juan vió que se acercaba con una alegría intrépida, y aunque abandonado de las dos terceras partes de sus soldados, no pensó ni un momento en retroceder, resuelto á salvar el honor francés sino podía salvar la Francia. Como los hombres de armas habian acortado sus lanzas, el rey no pudo mandar que montasen á caballo como lo habia hecho el príncipe de Gales con los suyos. A los ingleses acompañaban además los archeros, que decidieron la victoria, hiriendo de lejos á los peones pesados que no podian alcanzar á sus ligeros enemigos. El ejército inglés todo á caballo, cayó con grande algazara sobre el ejército francés todo á pie: las oleadas de los combatientes impeliáanse mutuamente hácia Poitiers, y ejecutóse la mayor matanza en los contornos de aquella ciudad. Los habitantes, temiendo que los vencedores entrasen confundidos con los vencidos, se negaron á abrir las puertas.

Ya habian perecido los mas bravos; disminuíase el estruendo en el campo de batalla; aclarábanse las filas á golpe de vista, y los caballeros caian los unos tras los otros como un bosque del que se cortan los árboles. Charny, levantando la oriflama, luchaba todavía con una multitud de enemigos que pretendian arrancarla de sus manos. Juan, con la cabeza desnuda, porque se le habia caido el casco con el movimiento del combate, con dos heridas en el rostro, presentaba su

frente sangrienta al enemigo. Incapáz de temer por su existencia, enternecióle la suerte de su hijo herido ya al parar los golpes que asestaban á su padre: quiso que se alejase el regio niño, y le confió al cuidado de algunos señores: mas Felipe se escapó de las manos de sus guardias, y volvió al lado de Juan, á pesar de sus mandatos. No teniendo bastantes fuerzas para herir, velaba por los días del monarca, gritándole: «Padre mio, guardaos: á la derecha, á la izquierda, á la espalda:» á medida que veia que se acercaba el enemigo.

Los gritos habian cesado. Charny, tendido á los pies del monarca, apretaba entre sus brazos entorpecidos por la muerte la oriflama que no habia abandonado: no quedaban ya en pie sobre el campo de batalla mas que las flores de lis, y la Francia entera no existia ya sino en la persona de su rey. Juan, empuñando el hacha con las dos manos, defendiendo la patria, el hijo, la corona y la oriflama, inmolaba á cuantos osaban acercarse. No se veian en torno suyo mas que algunos caballeros caidos y llenos de heridas, que se reanimaban en el polvo á la voz de su soberano, hacian un último esfuerzo, y caian para no levantarse mas. Mil enemigos intentaban apoderarse del rey en vida, y le decian: «Señor, rendíos.» Juan, fatigado y sin cesar de perder sangre, nada escuchaba, y apetecia la muerte.

Un caballero penetra por medio de la muchedumbre, aparta á los soldados, se acerca respetuosamente al rey, y hablando en francés, le dice: «Señor, en nombre de Dios, rendíos.» El monarca, admirado con el sonido de la voz, bajó el hacha, y respondió: «¿A quién me he de rendir? ¿á quién? ¿dónde está mi primo el principe de Gales? Si le viera, le hablaría.—No está aquí, respondió el caballero, pero rendíos á mí, y os conduciré á su presencia.—¿Y quién sois vos?»

preguntó el rey.—Señor, soy Dionisio de Morbec, caballero de Artois. Sirvo al rey de Inglaterra, porque me vi obligado á abandonar mi pais por haber muerto un hombre.»

Juan se quitó el guante de la mano derecha y lo echó al caballero, diciéndole: «A vos me rindo.» Al menos el rey de Francia entregó su espada á un francés.

No se veian ya ni banderas ni pendones en el campo de Poitiers: el príncipe de Gales ignoraba aun toda su gloria; Chandos le aconsejó plantar su bandera en un matorral, para reunir sus tropas y descansar. Levantaron una tienda encarnada, donde entró el príncipe: los oficiales de su cámara le quitaron el casco, y le dieron á beber; las trompetas tocaron llamada. Los caballeros ingleses y gascones corrieron llevando tras sí un número prodigioso de prisioneros; soldado hubo que presentó diez: tratáronlos con una generosidad extraordinaria; á la mayor parte les dieron libertad bajo palabra, y con la simple promesa de un rescate, que procuraron no fuese demasiado grande para no arruinarlos.

Los dos mariscales de Inglaterra llegaron á la presencia del hijo de Eduardo, quien les pidió noticias del rey de Francia; «Señor; respondieron, no sabemos que se ha hecho; mas es preciso que haya muerto ó caido prisionero, porque no ha abandonado sus huestes.» Chandos habia pronosticado ya que Juan no huiria, conocido *su valor*; y Warwick declaró que debia haber caido muerto ó prisionero, porque no habia cesado de pelear; y vamos á ver al príncipe de Gales proclamando á Juan, el mas bravo caballero de su ejército: un monarca francés, cuyo denuedo es tan altamente reconocido hasta por sus enemigos, puede ser vencido sin cesar de reinar; los reyes cabelludos no

perdieron la corona que habían recibido sobre un escudo, sino bajo la púrpura.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: «Id, os ruego, y recorred á lo lejos el campo, de suerte que me deis noticia del rey de Francia.» Warwick y Cobham partieron montados en sus caballos, y treparon á un cerro para mirar en torno suyo: descubrieron un tropel de hombres que caminaban lentamente, y se detenían á cada paso. Los dos barones descendieron al punto de la colina, y dieron espuela á los bridones corriendo por aquel lado, y al acercarse al tropel gritaron: «¿Quién va ahí?» Respondiéronles: «El rey de Francia, que ha caído prisionero, y se lo disputan mas de diez caballeros y escuderos.»

Juan, en medio de aquellos soldados, llevaba su hijo de la mano, espuesto á los mayores peligros, porque los ingleses y los gascones se arrebataban á su turno la presa, despues de habérsela quitado á Dionisio de Morbec. Todos gritaban al hablar del rey: «Yo le he rendido: yo le he rendido.» Juan decia: «Conducidme cortesmente en compañía de mi hijo á la presencia del príncipe de Gales, mi primo. No riñais por mi presa, porque soy bastante poderoso para haceros ricos á todos.» Tales palabras apaciguaban por un momento á los hombres de armas, pero apenas habían dado un paso, cuando comenzaban de nuevo su contienda. Warwick y Cobham se arrojaron sobre la muchedumbre, apartaron á los soldados, les prohibieron bajo pena de la vida acercarse al monarca, apeáronse de los caballos, saludaron al rey y á su hijo, y acompañáronlos á la tienda del príncipe de Gales.

Advertido ya de la llegada del rey, el hijo de Eduardo salió á recibir al ilustre prisionero, se inclinó delante de él hasta el suelo, le acogió con palabras corteses, le rogó entrar en su tienda, mandó traer vino y aromas, «y lo presentó por su mano á Juan y á su

hijo, segun dicen las crónicas, *en señal de su gran amor.*» Asi están escritas en el cielo las derrotas y las victorias; asi se levantan y sucumben los imperios. Ocho siglos antes, el primer rey franco triunfó de los visogodos casi en el sitio mismo en que Juan cayó prisionero de los ingleses, y Charny pereció defendiendo la oriflama en los campos en que cuatrocientos años despues Larrochejaquelein debia morir por la bandera blanca.

Llegada la noche, el príncipe Negro mandó poner en su tienda una mesa abundantemente provista, en la que se sentaron juntamente con el rey y su hijo, los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan de Artois, los condes de Tancarville, de Etampes, de Damp-Marie, de Graville, y el señor de Parthenay: los demas barones y caballeros franceses, compañeros de los peligros y de los infortunios de su señor, hallábanse colocados en otras mesas. El príncipe de Gales servia en persona á sus huéspedes, y se negó constantemente á tomar parte en la comida del rey, diciendo que no tenia bastante presuncion para sentarse en la mesa de un príncipe tan grande, y de un hombre tan valeroso. «Querido señor, decia á Juan, no os abatais, si Dios no ha querido en este dia acceder á vuestros deseos, mi señor padre os tratara con todos los honores que mereceis, y os propondrá condiciones tan justas, que quedareis para siempre amigos. Debeis regocijaros, aunque la victoria no haya sido vuestra, porque habeis adquirido el alto renombre de valiente, y escedido á cuantos han peleado á vuestro lado. No digo esto, amado señor, para consolaros, porque todos mis caballeros que han presenciado el combate, están de acuerdo en concederos la prez y la corona.»

Hasta entonces Juan habia sobrellevado su desgracia con ánimo magnánimo; de sus labios no habia salido ni una queja: ninguna señal de debilidad habia

vendido al hombre; pero cuando se vió tratar con aquella generosidad, cuando vió á sus mismos enemigos que le negaban en el trono el título de rey de Francia, reconocerle como rey en las cadenas, reputóse realmente vencido. Escapáronse las lágrimas de los ojos, y lavaron las huellas de sangre que quedaban en su rostro. En el banquete del cautiverio, el rey cristianísimo pudo decir como el rey santo: «*Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*»

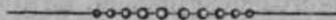
Los demas prisioneros comenzaron á llorar al ver el llanto del monarca, y suspendióse por breves instantes el festin. Los guerreros franceses, jueces tan generosos en las acciones nobles, miraban con un murmullo de admiracion á su vencedor, que apenas contaba veinte y seis años. «¡Qué monarca promete á su patria, decían, si vive y persevera en su fortuna!»

Las palabras de los desgraciados son proféticas: si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros, debió tener en vista de las inconstancias de la suerte, un presentimiento de su propio destino. El príncipe vivió pocos días. Su hijo, que se sentó en el trono de Inglaterra, vendido por los mismos nobles que habian combatido en Poitiers, obligado á recurrir á la proteccion del heredero del rey Juan, depuesto por un parlamento ingrato, y encerrado en una torre; su hijo, digo, condenado á morir de hambre, luchó largos días contra la muerte, y ansió en vano en sus últimos momentos las migajas del convite que su padre victorioso dió á un monarca desgraciado. La gloria misma del vencedor de Poitiers pereció en los campos en que arrojó una luz tan clara.

Mas arriba de la antigua abadía de Nouillé y de la poblacion de Beauvoir, en el Poitú, sobre lo alto de una colina cubierta de juncos marinos, creyéronse encontrar los vestigios de un antiguo campo. Hacia el medio del campo se nota la abertura de un pozo me-

dio cegado, y esto es todo lo que atestigua la existencia de un héroe. El lugar de Maupertuis ha desaparecido, y en el país nadie se acuerda de que haya existido. Por otro capricho de la suerte, el lugar en donde se ven vestigios del campo inglés, se llama hoy Cartago; como si la fortuna, para jugar con los hombres, se haya complacido en borrar un nombre famoso con otro más famoso, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (†).

(1) Véase sobre la palabra Cartago el *Ensayo ó disertación sobre el campo voeladense*, en las disertaciones de Leboeuf. Ved también las *Vidas de los capitanes ilustres en la edad media*, por Mr. Mazas. Encuéntranse en esta obra exactas noticias y observaciones sobre la batalla de Crecy, de Poitiers y de Azincourt. He corregido en mi narración los nombres propios, miserablemente estropeados por nuestros historiadores, que han seguido á Froissard y á las crónicas de Flandes. La edición de Froissard por Mr. Buchon me ha servido en extremo para estas correcciones, aunque no he adoptado enteramente el texto. También he recibido de Poitiers planes y documentos sobre la batalla de este nombre.



ANALISIS RAZONADO
DE LA
HISTORIA DE FRANCIA,

DESDE LA BATALLA DE POITIERS, EN TIEMPO DEL
REY JUAN EN 1356, HASTA LA REVOLUCION
DE 1789.

JUAN II.

De 1356 hasta 1364.

Parecía que había la Francia tocado el término de su ruina: su hacienda estaba exhausta, y sus ejércitos se trasformaban en tropas de bandidos que despedaban su seno: sus pueblos se sublevaron; sus estados atacaron al trono, que quedó vacío por la cautividad del soberano: un príncipe de la sangre, huyendo de su prisión, vino á mezclar á las violencias extranjeras las discordias domésticas: dió veneno al heredero de la corona cautiva: traidores en la iglesia y en la nobleza, facciosos en el tercer estado; dentro las sediciones y los crímenes del tribunado, fuera los horrores de la anarquía civil y militar: y el único remedio que quedaba á tantos males, era un príncipe que apenas rayaba en los diez y ocho años, y cuyo proyec-

to de fuga con el rey de Navarra, y cuya conducta en la batalla de Poitiers, habíale quitado la estimación de los franceses y los enemigos. ¿Quién podía adivinar que aquel joven sería Carlos el Sabio, salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Carlos V no era sino la cabeza; necesitaba un brazo, y Dios lo habia formado al propio tiempo, Mientras que el delfin se retiraba oscuramente de Poitiers despreciado por los vencedores, un noble tan desconocido como él combatia por Carlos de Blois en los matorrales de la Bretaña. Sin belleza, sin gracia, sin fortuna, de un talento tan mediano, que no habian podido lograr que aprendiese á leer; aquel noble medio labrador no se distinguia en la apariencia por ninguna de las prendas que anuncian á los héroes, á escepcion del valor. Nuestras crónicas, que le mencionan en aquella época por primera vez, le dan el nombre de *cierto doncel*. Y era Du Guesclin, el primer gran capitán que la Europa habia visto desde el tiempo de Roma, y á quien nuestros abuelos dan el nombre de *el buen condestable*: ¡tan fecundo es el suelo de Francia! ¡tantos recursos tiene en la desgracia nuestra patria!

Carlos y Du Guesclin se presentan juntos, nacidos el uno para el otro, y ambos para la nacion; y tanto mas ilustres, cuantos mas obstáculos se oponian á sus victorias. Cuando Dios envia á los ejecutores de su venganza, el mundo se allana delante de ellos; consiguen triunfos extraordinarios con medianos talentos; ningun adversario diestro les disputa el triunfo, y todo se arregla para que hasta sus errores les sirvan para aumentar su poder. El cielo, para secundarlos, sienta en los tronos á la locura y á la estupidez, y no aparece un general en el campo, ni un ministro en los consejos. Tales esterminadores logran la sumision del

pueblo en nombre de las calamidades de que han sufrido, y del terror que las mismas calamidades han inspirado. Arrastrando tras ellos un rebaño de esclavos armados, deshonorados por cien victorias, con el hacha en la mano y los pies bañados en sangre, van al extremo de la tierra, como hombres ébrios impelidos por Dios, que constituye su fuerza, y de quien reniegan.

Mas cuando la Providencia, por el contrario, quiere levantar un reino y no abatirlo; cuando echa mano de sus servidores y no de sus enemigos; cuando destina á los mismos servidores una gloria verdadera, y no una espantosa nombradía, en vez de ofrecerles llano el sendero, opóneles obstáculos dignos de sus virtudes. Asi es fácil de distinguir el azote del Salvador, y el hombre enviado para destruir, del hombre nacido para reparar. Aparece el primero cuando no brillan los talentos, y el segundo encuentra á cada paso diestros adversarios capaces de poner en duda sus triunfos: nada contraria al uno, es dueño de todo, y sírvese para triunfar de medios inmensos: todo se opone al otro, no es dueño de nada, y cuenta tan solo con los mas débiles recursos. El delfin se bate con Eduardo, poderoso monarca, guerrero afortunado, soberano de un reino floreciente y de la mitad de la Francia: lucha contra Carlos el Malo, príncipe cuyos crímenes daban importancia á sus artificios, contra Marcelo, Le Coq y Pecquigny, triunvirato formidable por la triple alianza del poder popular, aristocrático y religioso. Du Guesclin combatió contra el príncipe de Gales, contra Chandos y Buch, rivales que le aventajaban en nombradía y le igualaban en mérito. Careciendo de dinero y de crédito, tuvo que vender las joyas de su esposa para sostener á sus compañeros de armas: tan pronto no tuvo por soldados sino á caballeros bravos, pero indóciles, y á paisanos indisciplinados, tan pronto su ejército se compuso de una muchedumbre de salteadores, que no

le seguían sino por el milagro de su gloria. Y sin embargo, el príncipe y el súbdito llevaron á cima su obra, batieron al extranjero, restablecieron el orden, é hicieron florecer las leyes, las letras, el comercio y la agricultura, y después de haber brillado juntos los dos en la escena del mundo, salieron ambos de él casi al propio tiempo: el buen condestable fué á dormir á Saint-Denis á los pies de Carlos el Sabio. Despertados en nuestros días en sus tumbas, unidos siempre por el mismo destino, han salido á la luz después de una noche de cuatro siglos: las cenizas del rey que arrancó á los ingleses nuestra tierra natal, han sido arrojadas al viento, y manos francesas han roto el féretro de Du Guesclin: arca santa, delante de la cual caían las murallas enemigas.

París, después de la batalla de Poitiers, recibió á Carlos con honores y con respeto, ó bien porque los hombres no puedan negarse á saludar al infortunio como maestro suyo, ó bien porque procuran desempeñarse prontamente de su deuda, para alejarse en seguida sin remordimientos, y manifestar sin trabas su ingratitud. El delfín había sido nombrado por su padre lugar-teniente general del reino, algún tiempo antes de la batalla de Poitiers, y en calidad de tal gobernó la Francia hasta su mayor edad, época en que tomó el título de regente, que ninguno le disputó. El primer cuidado de Carlos fué convocar los estados, que en su última sesión se habían emplazado para el mes de noviembre; y reuniéronse en la cámara del parlamento.

Ochocientos diputados componían toda la asamblea de la lengua de oíl: presidía á la nobleza el duque de Orleans, hermano del rey; al clero, Juan de Craon, arzobispo de Reims; y al tercer estado, Esteban Marcelo, preboste de los comerciantes. El canciller pronunció el discurso de apertura, y estimuló á los di-

putados á que se ocupasen en las necesidades de la Francia y de la libertad del rey. Las órdenes se reunieron separadamente, nombraron una comision compuesta de cincuenta miembros, con dos de las tres órdenes, y elegidos entre los diputados mas opuestos al príncipe, cuya comision debia trabajar en el proyecto de reforma general.

Ordenadas las bases de aquel plan, rogaron al príncipe que se presentase en los Franciscanos, donde se habian trasladado los estados; y quisieron obligarle á que mantuviese secreto lo que temian que decirle, á lo cual se negó.

Entonces el obispo de Leon, Roberto le Coq, se levantó y tomó la palabra: atribuyó los infortunios públicos á los aduladores y consejeros de que se habia rodeado el rey Juan: presentó una lista de proscricion de veinte y dos personas, exigiendo que se abriese su proceso: propuso que se formase una comision sacada del seno de los estados, para que vigilase los diferentes ramos de administracion, y finalmente pidió que Carlos no tomase medida alguna sin conocimiento de un consejo igualmente elegido entre los diputados, terminando el obispo su discurso con solicitar la libertad del rey de Navarra. A este precio los estados ofrecian el levantamiento de treinta mil hombres de armas, el impuesto de un décimo y medio, ó de tres vigésimas partes sobre los bienes de la nobleza y del clero, y el tercer estado se obligaba á pagar por cada diez hogares un hombre de armas.

Pasma el ver á un cuerpo que carecia aun de experiencia, caminar tan directamente á su objeto, y seguir con firme paso los caminos que despues se han seguido.

Los estados de 1356 (5 de febrero) y los de 1357 (7 de octubre), se encontraron poco mas ó menos en el mismo caso que la Asamblea legislativa

en 1792. La Francia en ambas épocas tenia que hacer frente á una guerra estrangera, mientras que interiormente se ocupaba de la reforma de sus leyes, y se verificaba una grande revolucion politica. La misma causa dada produjo algunos efectos idénticos: los estados de 1356, por el instinto natural que estimula á las reuniones de los hombres, lo mismo que á los individuos, á aprovecharse de las circunstancias, se constituyeron: ya habian dado un paso inmenso en las sesiones anteriores, y dieron otro mas considerable despues de la batalla de Poitiers.

Pero el peligro de las armas estrangeras, las disensiones internas y las resistencias locales, desvirtuaron estos elementos, y produjeron algunos efectos semejantes á los crímenes que hemos presenciado en 1793. Se alzaron tribunos: Marcelo, Roberto le Coq y Pecquigny exaltaron las pasiones de la muchedumbre. Marcelo, tomando el poderío de señor, disponia segun su capricho de esos reyes medio desnudos, embrutecidos por la miseria, verdaderos salvajes en medio de la civilizacion, pero salvajes degradados de la nobleza de los bosques, que solo tenian el orgullo de sus harapos.

El rey de Navarra, libre de su prision de Arleux en Pailleul por Juan de Pecquigny, gobernador de Artois (1357), corrió á Paris y vino á aumentar la discordia. Arengó al pueblo convocado en Pré aux Clecs, donde se celebraron asambleas semejantes al Foro, en las calles y en San Jacobo del Hospital, donde Marcelo, Consac, regidor, Juan de Dormans, canceller del ducado de Normandía, y el delfin mismo, pronunciaron discursos en medio del pueblo, que pasaba de una opinion á otra, escuchando uno tras otro á los oradores. No hemos visto tales escenas en 1793: el pueblo que tomó entonces una parte tan activa en los acontecimientos, jamás deliberó en masa, y

no obligó á los principales personajes del estado á que viniesen á discutir su causa delante de él, pues hasta la Convencion desechó la apelacion al pueblo.

París se convirtió en un momento, en 1357, en una especie de antigua democracia, en medio del feudalismo. Inventaron colores nacionales, adoptaron la caperuza, mitad de paño encarnado, y mitad de azul verdoso con broches de plata esmaltada, y pusieron esta inscripcion: *Al buen fin*. Abriéronse las cárceles á propuesta del rey de Navarra, que entregó la lista de los criminales que debian recobrar la libertad, á saber: «Ladrones, asesinos, salteadores de caminos, falsos monederos, falsarios, violadores, raptos de mugeres, perturbadores del reposo público, hechiceros, brujas y envenenadores.» A tales sucesos siguieron los asesinatos: el monarca no pereció en estas turbulencias, porque estaba prisionero de los ingleses, mas el heredero del trono estuvo espuesto á los mas inminentes peligros.

Y no se diga que el formar proceso al rey era una idea que no podia ocurrir entonces, porque, por el contrario, era una idea natural en los tiempos antiguos.

El artículo décimooctavo del testamento de Carlo-Magno contiene esta notable disposicion: «Si algunos de nuestros nietos nacidos ó por nacer son acusados, ordenamos que no se les motile la cabeza, que no les saquen los ojos, que no les corten miembro alguno, ni les condenen á muerte sin preceder una madura discusion y exámen (1).» ¡Y es Carlo-Magno el que habla, Carlo-Magno, cuyos nietos nacidos ó por nacer estaban destinados al solio!

(1) De nepotibus vero nostris, scilicet filiis prædictorum filiorum nostrorum, qui ex eis vel jam nati sunt vel adhuc nascituri sunt, placuit nobis præcipere ut nullus eorum per

En el reinado de su hijo, Luis el Pio, una asamblea nacional juzgó y condenó á Bernardo, rey de Italia, y otra asamblea forzó al mismo emperador Luis á descender del trono, del mismo modo que un congreso posterior volvió á sus manos el cetro. Algun tiempo antes del advenimiento de la rama de los Valois al trono, el parlamento de Inglaterra habia despojado de la corona á Eduardo II, padre de Eduardo III. El espíritu de las dos primeras órdenes de los estados de la edad media tendia á establecer un derecho de supremacia sobre la autoridad real: la iglesia romana absolvía á los súbditos del juramento de fidelidad, y los concilios generales privaban á los papas de la tiara; los grandes vasallos miraban á los reyes como á sus iguales, y este principio de igualdad no necesitaba de la fuerza y de la desgracia para producir su consecuencia natural. ¿Podemos creer, por ejemplo, que Carlos el Malo, que habia envenenado al delfin, formado el designio de robar al rey Juan, de encerrarle en una torre, y de quitarle la vida en ella, hubiera tenido escrúpulo de juzgar al mismo monarca? Las dietas de Alemania conservaban el principio electivo del imperio, y las mismas dietas deponian los emperadores. Una asamblea de notables nombró primero en Francia la regencia, y despues puso la corona en la cabeza de Felipe de Valois, y no está lejos de despojar del cetro el que lo concede.

En cuanto á los comunes, los de Flandes tenian á sus principes en tutela; los comunes de Inglaterra habian votado la sentencia que condenó á Eduardo II. Los comunes de Francia de 1355, 1356 y 1357, cons-

quaslibet occasiones quamlibet ex illis apud se accusatum sine justa discussione atque examinatione aut occidere, aut membris mancare, aut excæcare, aut invitum tondere faciat. (*Capitul.*, Baluz., t. I, pág. 446).

tituyeron los estados sin embarazarse con los privilegios de la dignidad real, y sin solicitar la sancion del principe para restablecer la independenciam.

El derecho divino no se habia erigido aun en principio: es verdad que los reyes decian que el poder dimanaba de Dios y de su espada; pero decianlo siempre al repeler las pretensiones de las potencias extranjeras, y nunca al combatir la autoridad nacional. Juan Petit, en el reinado de Carlos VI, sostuvo públicamente con motivo del asesinato del duque de Orleans, la doctrina del regicidio; y á fines del siglo XVI, el parlamento de Paris principió el proceso criminal de Enrique III. Mariana resucitó la doctrina de Juan Petit antes que Milton la sentase en la causa de Carlos I. Debemos, pues, reconocer que el principio abstracto de la inviolabilidad de la persona del soberano, principio tan sagrado y tan saludable, pertenece á la monarquía constitucional, que la ignorancia de las pasiones cree contraria al poder y á la seguridad de los reyes: necesario es tambien reconocer que la aristocracia y la teocracia habian juzgado, depuesto y quitado la vida á los soberanos antes de que la democracia imitase su ejemplo.

La tregua que siguió á la batalla de Poitiers, en vez de ser favorable á la Francia, aumentó la confusion.

Desbandáronse las tropas nacionales y estrangeiras, de las que no habia ya necesidad, y que no se podian pagar; las cuales se eligieron gefe, y formaron las grandes compañías que desolaron la Francia. Una de estas compañías, que se llamó *sociedad de lo adquirido*, asoló la Provenza é hizo temblar al papa en Aviñon. Tras las primeras compañías aparecieron los *pilotos* y los *tarde-venidos*, que batieron á Jacobo de Borbon en Brignais en 1361, quien murió de resultas de las heridas, asi como su hijo Pedro: el conde de

Forez pereció en la accion. Arnaldo de Cervolles, llamado el Archipreste, el caballero Verde, Meschin, Aymerigot, Cabeza Negra, y otros muchos, repetian con sus hechos de armas en las gargantas de los valles que ocupaban, y en los castillos de que se habian apoderado, cuanto nos refieren los romances de los incrédulos y encantadores.

Otra plaga habia estallado, la jacoberia ó jacobismo. Los campesinos se sublevaron contra los nobles ó hidalgos, á quienes habian apodado *Jacobo buen hombre*, apodo que los hidalgos les habian dado primero: acusaban, y no sin fundamento, á una parte de la nobleza de haber huido en Poitiers, de suerte que su insurreccion provenia á la vez del sentimiento de la opresion que habian sufrido, de la sed de independencia que los atormentaba, del deseo de vengar al rey, y de un movimiento patriótico contra la invasion estrangera. Combatieron á las huestes inglesas con un arrojo que hubiera librado mas prontamente á la Francia, si hubiesen tenido imitadores. El levantamiento de los paisanos de Beauvoisis, de Soissons y de Picardía, marca el nacimiento de la monarquía de los estados, del mismo modo que el levantamiento de los labradores de la Vandé señaló el fin de la propia monarquía. En medio de las detestables crueldades del jacobismo, Guillermo Caillet, Guillermo Lalouette, y su criado el Gran-Ferré, fueron sin embargo, unos héroes.

Los campesinos, tanto los que se habian sublevado como los que habian permanecido en sus casas, habian fortificado sus aldeas y colocado vigias en los campanarios de las parroquias: cuando se acercaba el enemigo, los vigias tocaban la campana, ó daban la señal de alarma con una trompeta, y al punto los labradores esparcidos por el campo se retiraban á la iglesia. Los habitantes de las riberas del Loira alber-

gábanse por la noche en los bateles que anclaban en medio del río. En París prohibióse tocar las campanas, excepto la del «fuego (1358) desde despues que se hubiesen cantado visperas, hasta despues de amanecido el día siguiente» para que los vecinos que asistian á sus trabajos no se distrajesen con algun sonido. Cubriéronse los caminos de yerbas, y los monasterios se vieron abandonados: las huertas sin cultivo, no sirvieron ya sino de campo de batalla á las distintas tropas de salteadores, de jacobos, de asalariados ingleses, navarros y franceses que se sucedian en ellas como las hordas de árabes que atraviesan el desierto, y no se conocia la existencia del hombre en tales soledades, sino por el humo de los incendios que se levantaba en los edificios.

Conservamos aun las lamentaciones latinas que se cantaban sobre las desgracias de estos tiempos, y la copla para los buenos-hombres:

Jacques Bonshommes,
 Cessez, cessez, gens d'armes et pietons,
 De piller et manger le bonhomme,
 Qui de long-temps Jacques Bonhomme
 Se nomme:

Ved aqui lo que hicieron los *jacobos*, los *compañeros*, los *vecinos de París*: debióles Francia el principio de una infantería nacional, que reemplazó á la infantería del feudalismo de los comunes, juntamente con el sentimiento de independencia natural á la fuerza armada; fuerza tiránica cuando triunfó regularmente, y libertadora cuando nació espontáneamente en el seno de un pueblo oprimido.

La Francia no se libertó, pues, de la conquista en el reinado de Carlos V, por la energía de las masas populares, como en la última revolucion, sino por la sabiduría de la corona, así es que el vencimiento fue

mas lento. De la insurreccion de los habitantes de París, solo quedaron los hondos fosos y las murallas levantadas por los parisienses en menos de dos años, y en un momento de terror pánico que les causó Marcelo.

La revolucion politica producida por los estados de 1356 y 1357 no pasó de las murallas de París, porque París no comunicaba entonces su movimiento al reino, ni era la capital de la Francia, sino la de los dominios del rey. Era un gran comun que obraba espontáneamente, al que no imitaban los otros comunes, y cuyo nombre apenas sabian; pues Saint-Denis en Francia era mucho mas conocido por su celebridad religiosa que París. En el pais de la lengua de oc y de la lengua de oïl existian dos ciudades, que igualaban en riquezas y aventajaban en hermosura á la fangosa Lutecia, de la que Felipe Augusto habia apenas empedrado algunas calles.

Viéronse los gérmenes de la libertad politica perdidos en medio de la monarquia feudal, que aun conmovidas sus instituciones, conservábase omnipotente por sus costumbres. Asi es que despues de los estados de 1356 y 1357, notamos disminuirse su poder apenas nacido. La corona que los habia convocado para defenderse, los temió, y su reaparicion en los tiempos de calamidades juzgóse desde entonces como una señal de apuro, enlazándose su memoria á la de los infortunios que no habian ocasionado, y para cuyo reparo no se les dejaba tiempo. El parlamento en su ausencia usurpó el poder politico que se le escapaba, principalmente el derecho de queja y la sancion del impuesto. Sea lo que fuere, lo cierto es que la monarquia de los tres estados, sustituida á la monarquia feudal, es la que nos ha trasmitido la monarquia representativa, despues de la corta aparicion de la monarquia absoluta de Luis XIV y de Luis XV.

Concluyóse la paz entre el regente y el rey de Navarra en 1359, y en el propio año espiró la tregua con Inglaterra. Batiéronse y entablaron negociaciones para la libertad del rey Juan: propúsose en efecto un proyecto vergonzoso de tratado, que desecharon las tres órdenes de los estados. Guillermo de Dormans, abogado general, leyó desde las gradas de mármol de la corte el tratado al pueblo reunido, y el pueblo gritó, «que dicho tratado no podía pasar ni debía concluirse, y que la nación entera estaba resuelta á sostener la guerra con el monarca inglés.»

Vino despues el tratado de paz de Bretigny, firmado en Bretigny lez-Chartes el 8 de mayo de 1360. No debo pasar en silencio una observación, que me parece se ha escapado á los historiadores: Juan, cediendo tantas provincias á Eduardo, no cedia sin embargo un palmo de los dominios de su reino propiamente dicho. Tan solo los señores independientes como La Marche, Cominges, Perigord, Chatillon, Foix, Armagnac y Albret, variaban de príncipe, y no reconociendo jamás en la corona de Francia el derecho de darles otro soberano, apelaron en el reinado de Carlos V á la misma corona, y sacudieron el yugo extranjero. De suerte que el descubrimiento de la monarquía feudal no podía compararse en manera alguna al descubrimiento de la monarquía compacta y constitucional de nuestros dias.

El rey Juan volvió á Francia despues de cuatro años, un mes y seis dias de cautiverio, el 25 de octubre de 1360; concurrió á un torneo en Saint-Omer, oró en Saint-Denis, que valia mas, y verificó su entrada en Paris el 13 de diciembre. Caminaba bajo un paño de oro sostenido por cuatro lanzas: fuentes de vino manaban en las calles entapizadas; porque el pueblo francés admira al infortunio como á la gloria.

En esta época Du Guesclin entró al servicio de la

Francia: comenzaba á hacerse famoso. «Hallarás (lector) una alma fuerte alimentada en el hierro, formada bajo de las palmas, y en la que Marte tuvo escuela largo tiempo. Bretaña le sirvió de ensayo, los ingleses de aprendizaje, y Castilla de palenque: sus acciones eran heraldos de su gloria, los reveses, teatros levantados á su constancia, y la muerte, basa de un trofeo inmortal.» (*Vida de Du Guesclin*).

La Francia habia perdido varias provincias por el tratado de Bretigny, y recibió en retorno de su pérdida un presente que le fué funesto. Felipe de Rouvre, de edad de quince años, último duque de la primera casa de Borgoña, que habia subsistido trescientos treinta años desde Roberto de Francia, primer duque, hijo del rey Roberto, y nieto de Hugo Capeto, murió en el castillo de Rouvre por las fiestas de Pascua en 1362. El ducado, y una parte del condado de Borgoña, y todo lo que venia de la herencia directa de Eudes IV, tocó al rey Juan, hijo de Juana de Borgoña, hermana de Eudes. Juan habia reunido primero su rica sucesion á la corona, y si hubiera mantenido aquella reunion, hubiese evitado muchos infortunios á su dinastía; mas dió la investidura del ducado de Borgoña á su cuarto hijo Felipe, duque primero de la segunda casa de Borgoña. «En reconocimiento, dice el título dado en Germany en 6 de setiembre de 1363, al celo que Felipe habia mostrado á Juan, esponiéndose á la muerte, y combatiendo intrépidamente á su lado en la batalla de Poitiers, en la que este hijo tan querido habia sido herido y caido prisionero en su compañía.» El mismo título nombra al duque de Borgoña primer par de Francia. Juan regularizó la ronda ó guardia nacional de París, y regresó á Inglaterra á morir.

¿Quiso entregarse él mismo en rehenes en vez de su hijo el duque de Anjou, que habia faltado á su fé?

Muy propio es de su carácter. ¿Volvió á Londres á satisfacer una pasión, *causa joci*? pregunta el continuador de Nanjis. ¿Fué el rival de Eduardo con la condesa de Salisbury? Eduardo contaba cincuenta años: la condesa no era ya jóven, y el mismo Juan frisaba en los cuarenta y cuatro. Los personajes que habian figurado en el reinado de Felipe de Valois envejecian; muchos habian ya abandonado la escena; un mundo nuevo principiaba; el príncipe Negro, que nunca fué popular en Inglaterra, habia ascendido á príncipe soberano de Aquitania; traslucíase ya en Carlos el regente á Carlos el Sabio, y Du Guesclin hacia olvidar á los héroes de Poitiers. ¿Terminó Juan su trágica historia con una novela? Todo es creíble en los hombres. Acabó Juan sus días el 8 de abril del año 1364: iluminaban sus exequias en San Pablo de Londres cuatro mil hachas y cuatro mil cirios: no habian los ingleses encendido tantas lumbreras para reconocer los cadáveres del campo de batalla de Crecy. El cuerpo del rey Juan fué trasladado á Francia, y se le dió sepultura al lado del grande altar de la abadía de San Dionisio el 6 de mayo del mismo año 1364.

Observemos en la parte exterior del reino de Juan la república de Nicolás Rienzi en Roma, y la condenacion de Marino Faliero, dux veneciano. De tiempo en tiempo salian á luz los principios populares como los volcanes al través de las masas que sobre ellos gravitan.

CARLOS V.

De 1364 á 1380.

Una cualidad debe realzarse en Carlos V, entre todas aquellas que poseia: el conocimiento de los hombres y la necesaria inteligencia y perspicacia para

apreciar su mérito. Se sirvió de todo lo que era superior alrededor suyo, sin verse obligado él mismo a la superioridad. Contentándose con citar dos ejemplos, escogió para sus ejércitos á Bertrand Du Guesclin, y á Bureau de Larivière lo escogió para su consejo. Los mismos defectos de Carlos V le sirvieron de utilidad; la debilidad de su cuerpo, condenándolo al retiro, favoreció mucho al desarrollo de su espíritu. Du Guesclin libertó la Francia de las grandes compañías, obligándolas á penetrar en España. Las guerras del príncipe de Trastámara y de Pedro el Cruel mezcláronse á las guerras de Francia, y produjéron revoluciones en que el príncipe Negro y Du Guesclin acrecentaron su nombradía. En Bretaña había aparecido Clisson, y Carlos de Blois había perecido en la batalla de Aurai.

Los grandes barones de la Gascuña se sublevaron contra los ingleses que los habían oprimido. Carlos V mandó notificar al príncipe Negro que se presentase en París «para oír en derecho las referidas quejas y agravios hechos por vos á vuestro pueblo, que quiere alegarlos en nuestra corte; y así no hagais falta.» Un criado del altar del rey fué el portador á Londres de una carta de Carlos V, que declaraba la guerra á Eduardo, quien no quería dar crédito á sus ojos, y juntamente con sus ministros examinó repetidas veces los sellos estampados en aquella inesperada declaración. Eduardo, dormido á la sombra de los laureles de la victoria, no había observado ni la fuga de los años, ni las mudanzas ocurridas en torno suyo, ni la renovacion de la especie humana, en medio de la cual quedan algunos hombres del tiempo pasado, á quienes no se comprende ya, y que no comprenden nada. El astro del vencedor de Crecy se eclipsaba: su gloria, que pertenecía á otro siglo, nada tenía que ver con la juventud, que con pasiones distintas, descubría un porvenir también diverso. El lector de la his-

toria es como el hombre que envejece y que ve desaparecer uno á uno á sus amigos y contemporáneos; á medida que va volviendo páginas, ocúltanse los personajes; una hoja separa los siglos del mismo modo que una palada de tierra las generaciones.

Chandos no existia ya, y el príncipe de Gales tambien habia muerto. Eduardo hizo una tentativa para desembarcar en Francia con el designio de socorrer á Touars, la última plaza que le quedaba en el Poitú; mas esta vez el mar desconoció su cabeza emblanquecida por la edad, y le repelió; porque el viento de la fortuna henchia otras velas. El príncipe de Gales, vuelto á Lóndres, espiró de edad de cuarenta y seis años en el palacio de Westminster: dejó un hijo, el desgraciado Ricardo II, á quien disputaron hasta la legitimidad de su nacimiento. Eduardo III no tardó en seguir al príncipe Negro al sepulcro; no era ya el brillante caballero de la condesa de Salisbury, sino el esclavo de una cortesana que le robó en su lecho de muerte, y le arrancó del dedo el anillo que llevaba (1377).

Debemos notar, en 1371, el nacimiento de Juan de Borgoña, y de Luis, duque de Orleans: así se forma la cadena de las prosperidades y de los infortunios de los imperios. El gran cisma de Occidente estalló en 1379 con la muerte de Gregorio XI y la doble elección de Urbano VI y de Clemente VII. Carlos V se pronunció por el último papa, y la universidad siguió el mismo partido. Principiaron las revueltas en Flandes; y el duque de Bretaña, sosteniendo con firmeza la alianza de Inglaterra, vió sublevarse contra su persona la nobleza de su ducado. Finalmente, Du Guesclin, después de haber experimentado la desgracia de la corte, y puesto quizás en manos de Carlos V la espada de condestable, lo cual no está probado, fué á morir delante del *Castillo-Nuevo* de Randan. Sabemos

que depositaron en su féretro las llaves de la ciudad, y que cuando las colocaron en él, todavía respiraba. En el testamento de Du Guesclin y en su codicilo de 9 y 10 de julio de 1380, toma el título de condestable de Francia. Bertrand dijo á Olivier de Clisson, compañero suyo: «Señor Olivier, veo la muerte muy cerca de mí y no puedo hablaros mucho. Decid al rey que siento mucho no poder servirle mas tiempo, aunque lo he hecho con toda fidelidad, y si Dios me hubiese concedido mas tiempo, tenía esperanzas de vaciar el reino de enemigos de Inglaterra. Hay buenos servidores que desempeñarán estos oficios, y vos, Olivier, sereis el primero. Os suplico que tomeis la espada que me confió cuando me entregó la del condestable, y os dignéis volvérsela, porque él sabrá disponer de ella, y hacer la eleccion en persona digna. Le recomiendo á mi esposa y á mi hermano; y adios, no puedo mas.» Du Guesclin no sabia escribir, pero sí firmar: he visto su firma, *Beltran*, debajo de varias disposiciones de familia.

Cárlos V no sobrevivió á Du Guesclin mas que dos meses y cuatro días; murió en el castillo de Beaufort-sur-Marne el 16 de setiembre de 1380, al medio dia. Este príncipe decia de los reyes: «No los juzgo felices, sino porque pueden hacer bien:» frase que pinta toda su vida.

El reinado de Cárlos V fué el reinado de la reparacion y de la reconstruccion de la monarquía. El arte militar hizo progresos considerables en tiempo del buen condestable, de Bayardo en su juventud, y de Turena en su edad madura. Una obstinada prudencia tuvo á Cárlos V encerrado en su palacio porque se acordaba de Crecy y de Poitiers, y queria confiar la suerte de la Francia, no al impetu, sino á la perseverancia del valor francés. Dejó el reino abierto á las correrías de Eduardo, que paseó sus tropas desde Bur-

deos á Calés y desde Calés á Burdeos, mientras quiso. Nuestros soldados, desde lo alto de las murallas donde los tenian confinados, veian con despecho semejantes correrías; mas los ingleses perdian siempre varias plazas; las provincias cedidas se fatigaban con el yugo estrangero, y los grandes vasallos de la corona repetian sus quejas á las plantas de Carlos V, que aplicando la mano al corazon de la Francia, sentia que volvía á la vida, y podia hablar como señor.

CARLOS VI.

De 1380 á 1422.

Fué presa la minoria de Carlos VI de las depredaciones y rivalidades de tres tios paternos, que eran tutores de este príncipe, á saber: los duques de Anjou, de Berry y Borgoña: el duque de Borbon, sugeto apreciable, no pudo contrabalancear los males de una administracion que carecia de talento y de justicia.

Levantamiento de Rouen y de París, y saqueo y asesinato de los judíos asentistas y recaudadores: estados en que se habla del *pueblo* y de la nacion: guerra civil de Bretaña y desórdenes ocasionados por el cisma; tal es el prólogo de la tragedia, cuyo primer acto se abre con la locura de Carlos VI. El virtuoso abogado general Juan Desmarets fué conducido al cadalso como cómplice de los tumultos, á los que habia por el contrario opuesto la autoridad de su virtud.

«Señor Juan, le decian al conducirle al suplicio, pedid gracia al rey y os perdonará.» Desmarets respondió: «He servido al rey Felipe su bisabuelo, al rey Juan y al rey Carlos su padre, franca y lealmente: los tres reyes solicitaron de mi distintas cosas, y así no haré lo que decís mientras conserve el conocimiento

de hombre: á Dios solo quiero pedir gracia.» Palabras magnánimas cual nunca se pronunciaron.

Las ejecuciones nocturnas comenzadas en este reinado continuaron: no se borra la iniquidad ocultándola.

Arrojaban los cuerpos en el Sena con este cartel: «Dejad pasar á la justicia del rey:» advertencia hecha al Loira para que en 1793 dejase pasar la justicia del pueblo. Los asesinatos jurídicos datan desde el gobierno de los Valois, porque ya caminaban á la monarquía absoluta.

Juan, hijo del duque de Borgoña, se casó con Margarita de Hainaut, y Carlos VI, de edad de diez y siete años, se desposó con Isabeau, hija de Esteban, duque de Baviera, que contaba catorce años. Existían nombres que espresan por sí solos los decretos del destino (1385). «Acostúmbrase en Francia, dice Froissard, el que á las hijas de los altos señores las vean y examinen desnudas otras señoras, para saber si están bien formadas, y si son aptas para tener hijos.» Al menos el vientre de esta muger, que debía ser examinada *enteramente desnuda*, había de albergar á Carlos VII.

Gran proyecto de desembarcar en Inglaterra (1386); quinientos barcos reunidos en el puerto de Eclusa; cincuenta mil caballos destinados al embarque, y numerosas municiones de guerra y boca, entre las que había barriles de yemas de huevos cocidos y picados como la harina. Habían construido una ciudad de madera de tres mil pies de diámetro, guarnecida de torres y de atrincheramientos, la cual se componía de piezas enlazadas, que se montaban y volvían á desmontar cuando les placía, y que podía contener un ejército: no tenemos al presente en nuestro estado de industria perfeccionada la idea de una obra tan gigantesca de maquinaria y carpintería; y es evidente por las obras de madera de la edad media que nos restan, que habían llegado en este ramo á mayor altura que nos-

otros. Condecoraban los barcos de la flota la escultura y la pintura; la plata y el oro cubrían los mástiles, cuya magnificencia nos recuerda la de la flota de Cleopatra. La alta aristocracia había descendido desde el mas alto punto de su poder, al mas alto grado de su riqueza: habíase entregado al lujo como la mayor parte de los poderes, y por consiguiente su fuerza declinaba; porque los cortesanos que hicieron tan grandes preparativos, viéronse abrumados bajo su peso. Las intrigas y las pasiones del duque de Berry, los robos de los agentes de toda clase, y la vuelta de la fria estacion, impidieron que la Francia lanzase contra la Inglaterra los males que esta le habia causado; y así fueron vanos los sacrificios de los propietarios, que se vieron recargados con la cuarta parte de su renta para una inútil amenaza (1386).

Los principes de la primera casa de Valois eran fastuosos, limitados é ingubernables, y habian llenado el palacio de una multitud de criados condecorados, que son las sanguijuelas del pueblo y la plaga de la corte. Esta noble muchedumbre gozaba de inmunidades abusivas, y no existia un solo supernumerario de guardaropía, que mientras aguardaba el ejercicio de sus funciones, no estoviese exento de las cargas públicas.

El 4.º de enero de 1386 vió el fin del rey de Navarra, hombre que amaba el crimen con el mismo ardimiento con que amaba los escesos; si hubiese conocido un medio de reanimar el placer en su corazón, hubiéralo practicado, del mismo modo que se valía de la sábana impregnada en espíritu de vino, en la cual se envolvía para recobrar las fuerzas agotadas en los brazos de las mugeres, en cuya sábana pereció quemado.

Debemos colocar en el año 1386 el desafio judicial de Juan de Carrouges y de Jacobo Legris. La da-

ma de Carrouges decia que habia sido violada en la torre de su castillo por Jacobo Legris, gentil-hombre del conde de Alenzon: «Jacobo, dijo ella á Legris, habeis procedido vilmente avergonzándome, pero el oprobio no caerá sobre mí, si Dios permite que vuelva mi marido.» Hallábase á la sazón en Escocia. Legris fué muerto: Carrouges pasó á Africa á pelear con los moros, y no volvió mas.

En 1387 ocurrió la aventura de Oliveros de Clisson y del duque de Bretaña, aventura contada en todas las historias, y últimamente por un historiador que no me deja cosa alguna que añadir (M. de Barante). Bavalan libró á su señor de un crimen y de los remordimientos Clisson pagó una multa de cien mil libras, y entregó cuatro plazas al duque, porque los nobles poseian todavía algunas plazas fortificadas: salieron fiadores de la multa los señores de Laval y de Chateaubriand. En 1387, llegado Carlos VI á mayor edad, tomó las riendas del gobierno.

En 1389 celebróse un oficio solemne en Saint-Denis por el reposo del alma de Du Guesclin, y el obispo de Auxerre pronunció el elogio del buen condestable: la primera oracion fúnebre se dijo por Du Guesclin, y la postrera por el gran Condé, porque despues de Bossuet no debemos contar ya á ninguno, en razon de que aquel era un nuevo género de elocuencia inspirada por la gloria de nuestras armas, y noblemente agotado entre los féretros de los dos famosos adalides.

La Europa tembló al nombre de la potencia otomana, que no tardó en apoderarse de Constantinopla, y en oprimir á la antigua patria de la civilizaci6n, la que espira ahora devolviendo la libertad á la Grecia.

Bayaceto propalaba que pasaria á Occidente, y daría á comer á su caballo cebada sobre el altar de San Pedro de Roma: reaccion de las cruzadas, asi como

las cruzadas habian sido la reaccion del primer desbordamiento de las naciones del islamismo en los paises cristianos. La guerra de esterminio no ha cesado entre los pueblos de Cristo y de Mahoma, sino cuando se ha debilitado en ambos pueblos el principio religioso.

Marcharon al socorro de Sigismundo, rey de Hungría, diez mil franceses, entre quienes se contaban mil caballeros y mil escuderos de las familias mas ilustres de Francia, mandados por los mas altos señores, á cuya cabeza se distinguia Juan de Nevers, segundo duque de Borgoña, y que para causar tantos daños á la Francia, iba á adquirir en las cárceles de Bayaceto el sobrenombre de Juan sin Miedo. La batalla de Nicópolis perdida, contribuyó, como lo he notado ya, con las batallas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, á la dislocacion del ejército aristocrático y al establecimiento del ejército nacional. Cuando el duque de Borgoña salió de los calabozos de Bayaceto, Bayaceto entró en las prisiones de Tamerlan. Sin embargo, las grandes invasiones se verificaban en Asia.

El duque de Turena, que despues fué duque de Orleans, se casó con Valentina de Milan, hija de Galeas Visconti. Pedro de Craon, favorito del duque de Turena, cayó en desgracia por haber revelado á Valentina de Milan una infidelidad de su marido. Craon era el enemigo del condestable Clisson, y pariente del duque de Bretaña.

Isabeau comenzaba á descubrir su inclinacion al lujo y á la galanteria, é instituyóse la corte del amor por el modelo de las cortes de justicia. Entre los oficiales de aquella corte encuéntranse confundidos con los principes de la sangre y con los nobles mas antiguos de Francia, á los doctores en teologia, á los vicarios, capellanes, canónigos y curas. En esta época han colocado los novelistas las aventuras de Juan de Sain-

tré. Las verdades mas terribles no rompen el hilo de la fábula: caminan tan pronto separados, tan pronto confundidos en aquel siglo los crímenes y los amores, las fiestas y los asesinatos, la historia y la novela, y todos los desórdenes de un mundo real y de un mundo fabuloso; porque la imaginacion tomaba parte en los crímenes, y los crímenes se apoderaban de la imaginacion. Los furores del cisma y la invasion de los ingleses complicaron las querellas de los habitantes de Borgoña y de Armañaque.

En 1392 el duque de Turena obtuvo el ducado de Orleans en cambio del de Turena.

Craon asesinó al condestable de Clisson el día de la fiesta del Santísimo Sacramento en 1392, y Clisson no murió de sus heridas. Carlos VI quiso tomar venganza de Craon, refugiado al lado del duque de Bretaña, y el ejército recibió orden de ponerse en marcha. En el bosque de Mans, una especie de fantasma envuelta en una sábana, y con la cabeza y los pies desnudos, se precipitó de entre dos árboles, y asió la brida del caballo de Carlos VI, diciéndole: «*Rey no pases adelante; vuelve, porque vas vendido*» El espectro internóse en el bosque sin que le persiguiesen; y Carlos, temblando y con las facciones alteradas continuó su camino. Un page que llevaba la lanza del rey la dejó caer sobre el casco de otro page, y al oír aquel estruendo el rey, salió de su arrobamiento, desenvainó la espada, y cayó sobre los pages gritando: «¡Adelantel adelante contra los traidores!» El duque de Orleans corrió, y Carlos se echó sobre él: «Huid, sobrino de Orleans, le dijo gritando el duque de Borgoña, monseñor os quiere matar, monseñor está descompuesto. Dios que le guarde.» El rey no mató ni hirió á ninguno, aunque lo hubiese dicho Monstrelet; y condujéronle á Mans en una *carreta de bueyes*: los tíos del rey, el duque de Berry y el duque de Borgoña, tomaron

las riendas del gobierno. La Riviere, Lemercier, Montaigu y Le Begue de Vilaines, ministros de Carlos, recibieron orden de retirarse; y el condestable de Clisson huyó á Bretaña, porque el duque de Berry le amenazó con sacarle el único ojo que le quedaba. Benedicto, papa de Roma, dijo que Dios habia quitado el juicio al rey, porque habia defendido al anti-papa de Aviñon; y Clemente, papa de Aviñon, sostenia que el monarca habia perdido el valor, porque no habia destruido al anti-papa de Roma. El pueblo francés compadeció al rey, y oró por él, mientras que los grandes se gozaban con la idea de poder conducir á su arbitrio la nave del estado. Jorge III, en una monarquía constitucional, ha estado privado largos años de inteligencia, y esta es la época mas gloriosa de la monarquía inglesa: Carlos VI, en una monarquía absoluta, permaneció el mismo número de años en un estado de demencia, y aquella es la época mas desastrosa de la monarquía francesa: en la monarquía representativa la razon nacional toma el lugar de la razon del rey, y en la monarquía absoluta, la locura de la corte reemplazó á la locura del monarca.

El parlamento, esto es, todas las cámaras reunidas (1392), confirmó el edicto de Carlos V, que fijó en los catorce años la mayoría de los reyes. Púsose la tutela de los hijos de Francia en manos de la reina y de Luis de Baviera, hermano de la reina; y algun tiempo despues espidióse el titulo de regente al duque de Orleans, hermano del rey. Habia un consejo de tutela, que se componia de doce personas; mas no habia designado un consejo de regencia: Carlos VI hizo su testamento, y vivió despues de haber dispuesto de todas las cosas, como si realmente hubiese muerto.

Y no tardamos en oir hablar de este rey muerto, como á padre de hijos que nacen casualmente, y tambien porque estuvo á punto de quemarse en un baile

:

de máscaras, en que figuraba el insensato disfrazado de salvaje; como negando que habia sido rey, y borrando con furor su nombre y sus armas; rogando que quitasen de su presencia cualquier instrumento con que pudiesen herir a alguno; diciendo que mas queria morir que causar el menor daño; conjurando en nombre de Jesucristo á los que tuviesen culpa de sus sufrimientos, que no le atormentasen mas, y que acelerasen su fin; gritando á la vista de la reina: «¿Quién es esta muger? libradme de ella;» y recibiendo engañado en su lecho á la hija de un tratante de caballos que la reina mismale enviaba para que le reemplazase. ¡Sombra augusta, desventurada y lastimera, en torno de la que se agitaba un mundo real de sangre y de fiestas! ¡Espectro regio, cuya helada mano tomaban para firmar las órdenes de destruccion, y que hallándose inocente de los actos que revestian con su nombre á la luz del sol, volvía de noche al seno de los vivos, para lamentar los males de su pueblo! ¿Qué testimonio nos resta de la enfermedad de este monarca, á quien no pudieron curar un *mago* de Guyena con su libro *Simagorad*, y dos frailes, que fueron los primeros criminales á quienes asistieron en su muerte los confesores? ¿Qué monumento duradero atestigua entre nosotros las calamidades de un reinado que pasó entre la aparición de una fantasma y la de una pastora? Una pesada ironía del destino de los imperios y de la suerte de los mortales, un juego de naipes.

Durante el año 1395, se dió el decreto que establece confesores para los criminales; pero el sacramento de la Eucaristía se les negaba aun en el último siglo. Muchos concilios habian reprobado esta clase de rigorismo, incompatible efectivamente con la caridad cristiana, y principio moral de una religion que muere en inocencia el arrepentimiento.

Los reos enviados al cadalso se paraban dos veces

en el camino: en el patio de las Hijas de Dios besaban el crucifijo, recibían el agua bendita, bebían un poco de vino, y comían tres bocados de pan, cuya ceremonia se llamaba *el último bocado del reo*. Sauval observa que esta costumbre se parece á la comida que las judías daban á las personas condenadas á muerte, y al vino de mirra que los judíos presentaron á Jesucristo. ¿No sería quizás una imitación de la última cena de los mártires, *la cena libre*? Las ejecuciones se verificaban casi siempre los domingos y días festivos: los franciscanos asistieron primero á los criminales, y tuvieron por sucesores á los doctores en teología de la casa de Sorbona: función sublime del sacerdote, que comenzó á ejercer en 1395 por el edicto de un monarca de Francia desgraciado, y que debía dar en 1793 el último consolador á un rey de Francia todavía mas desventurado.

Era costumbre también ofrecer vino á los jueces que asistían á la muerte del condenado, y el verdugo adelantaba el valor de aquel vino. El preboste de París abonó en 1477 al verdugo la suma de doce libras y seis dineros por haber suministrado pan, peras, y doce medidas de vino á los señores del parlamento y á los oficiales del rey, que estaban en el desvan mientras se confesaba el duque de Nemours. (Armagnac).

El año último del siglo decimocuarto vió dos papas que renunciaron, y dos reyes juzgados y depuestos por dos asambleas nacionales: el rey de Inglaterra, Ricardo II, y Wenceslao, emperador de Alemania. Wenceslao, hombre ébrio y desordenado, se cuidaba tan poco del imperio, que despues de depuesto vendió por algunos toneles de vino á los habitantes de Nuremberg el derecho de soberanía que conservaba sobre ellos. Luis de Anjou no fué feliz en su expedición contra Nápoles. El duque de Burdeos intentó sorprender á Burdeos y á Bayona durante las turbulen-

cias que produjo la deposición de Ricardo II; no salió con su intento, y no pudiendo la corte de Francia despojar á Enrique de Lancaster, entabló con él un tratado.

Estallaron las querellas de las casas de Orleans y de Borgoña. Encuéntrase cierta grandeza en la casa de Borgoña, é inspira sumo interés la de Orleans: arrástranos sin querer á su partido, y perdonámosle la debilidad de sus costumbres en gracia de su amor á las artes, de su fidelidad á la desgracia y de su heroísmo. Por su rama ilegítima pasa de los Dunois á los Longueville, y por su rama legítima asciende de Valentina de Milan á Luis XII y á Francisco I.

La casa de Borgoña cometió el primer atentado: Juan Sin Miedo, que habia sucedido á su padre Felipe el Osado, hizo asesinar al duque de Orleans el 23 de noviembre de 1407. Los dos príncipes se habian jurado en el consejo del rey amistad inviolable: *habian tomado los aromas y bebido vino*; habíanse abrazado al dejarse, y comulgado juntos: el duque de Borgoña habia ofrecido comer en casa del duque de Orleans, que le habia convidado, y sin embargo no asistió al banquete de los muertos, á cuyo seno envió al día siguiente al convidado de Dios en la mesa santa, y á su huésped en el festín de los hombres.

El duque de Borgoña negó primero su crimen, y despues se jactó de él: último recurso de aquellos que son demasiado culpables para no ser convencidos, y demasiado poderosos para que se les castigue. El pueblo detestaba al duque de Orleans, y cantó su muerte: los crímenes solo inspiran horror en las sociedades donde reina la paz: en las revoluciones componen parte de ellas mismas, y son el drama y el espectáculo.

Habiéndose divulgado en París la noticia del asesinato, la reina horrorizada se trasladó al edificio de San Pablo, poniéndose la muger adúltera bajo la sal-

vanguardia de la demencia real. No tardó en tener que huir delante del duque de Borgoña, y condujo á Tours al rey enfermo: Valentina de Milán sucumbió bajo el peso de su dolor, sin haber podido lograr justicia. Acusáronla de sortilegio, y sus sortilegios consistían en sus gracias: esta italiana, que trajo á nuestro áspero clima y á la Francia bárbara las costumbres de la civilización y el amor á los artes, debió parecer una maga: hubieranla quemado por su hermosura, como quemaron á Juana de Arc por su gloria.

El tratado de Chartres puso todo el poder en manos del duque de Borgoña: cortaron la cabeza al señor de Montaigu, administrador de la hacienda, con lo cual nada se remedió, y convocaron una asamblea para reformar el estado, que se quedó sin reformar. Los príncipes descontentos tomaron las armas contra el duque de Borgoña. El duque de Orleans, hijo del duque asesinado, se había casado en segundas nupcias con Buena de Armañaque, hija del conde Bernardo de Armañaque, por lo que el partido del duque de Orleans, capitaneado por el conde Bernardo, tomó el nombre de Armañaque. En vano principiaron un tratado en Bicetre, porque se preparaban de nuevo para la guerra. Los Armañques sitiaron á Paris: el duque de Borgoña llegó con su ejército, é hizo levantar el sitio: y al través de tantos males, reanimóse la antigua guerra de los ingleses.

Estalló la sedición en Paris, forzando los amotinados los palacios del rey y del delfín: la facción de los carniceros tomó el sombrero blanco; y el duque de Borgoña, perdido el poder, se retiró. Abriéronse negociaciones en Arras.

El rey de Inglaterra desembarcó en Francia, y habiéndose perdido la batalla de Azincourt, renováronse los infortunios de Crecy y de Poitiers. Paris se vió entregado á los burguñones despues de haber sido

gobernado por los Armañques: las cárceles fueron violentadas, y los presos asesinados. Los ingleses se apoderaron de Rouen, y Enrique V tomó el título de rey de Francia.

El duque de Borgoña y el delfin concluyeron un tratado de paz en 1419 en Ponceau. ¡Vana esperanzal! la enemistad era muy enconada, y Juan Sin Miedo pereció asesinado en el puente de Montereau.

Felipe el Bueno, nuevo duque de Borgoña, hace alianza con los ingleses para vengar á su padre. Enrique V se casa con Catarina de Francia, y Carlos VI lo reconoce por su heredero, perjudicando al delfin. Dos años despues de firmado el pacto de Troyes muere el rey Enrique V en Vincennes, y Carlos VI fallece en Paris.

Al volver de los funerales de Enrique V, rey de Inglaterra, el duque de Bedford dispone los de Carlos VI en Francia. Esta carrera entre dos féretros, entre el féretro mas glorioso, como del mas feliz monarca, y el mas oscuro, como del mas desgraciado de los monarcas, es una leccion tan seria como filosofica. ¿Quién se aprovechará de ella? Ninguno.

CARLOS VII.

De 1422 hasta 1461.

Hallábase el delfin en Espally, castillo colocado en Velay, y segun opinion de otros en Mehun-sur-Yevres, en Berri, cuando tuvo la noticia de la muerte de su padre. Proclamándole rey un pequeño número de criados que estaban á su lado, vistióse de negro, y oyó la misa en la capilla del castillo: despues se desplegó la bandera con las flores de lis de oro. Una docena de domésticos gritó: «Navidad;» y el delfin quedó convertido en monarca.

Richemont, Dunois, Xaintrailles y La-Hire, defendieron el honor francés, sin poder arrancar la Francia á los estrangeros; mas apareció Juana, y salvóse la patria (1).

Un no sé qué milagroso se entrevé en la historia de las desgracias y de la prosperidad de aquellos tiempos: una vision extraordinaria habia quitado la razon á Carlos VI: misteriosas revelaciones arman el brazo de la Doncella: una causa sobrenatural quitó la Francia á la dinastía de San Luis, y devolviosela un prodigio.

Brillan en el carácter de Juana de Arc la ingenuidad de la aldeana, la debilidad de la muger, la inspiracion de la santa, y el arrojo de la heroína.

Cuando hubo conducido á Carlos VII á Reims, y héchole consagrar, quiso volver á guardar los ganados de su padre; detuviéronla, y cayó en manos de los burguiñones en una vigorosa salida que hizo á la cabeza de la guarnicion de Compiègne. El duque de Bedford mandó cantar un *Te-Deum*, y creyó que la Francia entera habia caído en su poder. Los burguiñones vendieron la Doncella á los ingleses por la suma de diez mil francos, y trasladáronla á Rouen en una jaula de hierro, encerrándola allí en la gruesa torre del castillo. Comenzaron su proceso, dirigido por el obispo y por un canónigo de Beauvais: «*Y una doncella tan sencilla*, dicen los historiadores, *que cuando mas sabia el Padre Nuestro y el Ave María, no se turbó ni un punto, y dió muchas veces respuestas sublimes.*» Condenáronla á ser quemada viva como hechicera, y ejecutóse la sentencia el 30 de mayo de 1431.

Habian levantado una hoguera en la plaza del mercado viejo de Rouen, en frente de los dos tablados en

(1) Véanse los detalles sobre Juana de Arc y su mision, Tomo XIX, *Varietades literarias*.

que se colocaban los jueces seculares y eclesiásticos, ó por mejor decir, los asesinos en ambas leyes: Juana iba vestida con ropas mugeriles, y llevaba en la cabeza una mitra en que se veian escritas estas palabras: *apóstata, relapsa, idólatra, herética*. Juana, sin embargo, no habia adorado mas altares que los de su pais: dos dominicos la sostenian, y llevábala atada, porque los ingleses habian hecho agarrotar á sus verdugos aquellas manos que no habian podido encadenar sus soldados.

Juana pronunció de rodillas una breve plegaria: se encomendó á Dios y á la piedad de los asistentes, y habló generosamente de su rey, que la olvidaba. Los jueces, el pueblo, el verdugo, y hasta el obispo de Beauvais, lloraban.

La sentenciada pidió un crucifijo, y un inglés, rompiendo su baston, formó una cruz: Juana la tomó como pudo; la besó, la estrechó contra su seno, y subió á la hoguera. Bayardo quiso espirar pendiente del pomo de su espada, que formaba una cruz de hierro.

El segundo confesor de la Doncella borraba con sus virtudes la infamia del primero, y no abandonaba á la penitente. Como habian querido presentarla al pueblo en espectáculo, la hoguera estaba muy elevada, siendo asi causa de que el suplicio fuese mas doloroso y mas largo. Cuando Juana sintió que la llama llegaba á ella invitó al hermano Martin á que se retirase con el otro religioso que le acompañaba. El dolor arrancó algunos gritos á aquella infeliz y gloriosa jóven. Los ingleses permanecian tranquilos, porque no percibian ya aquella voz, sino en el campo del martirio. La última palabra que pronunció Juana en medio de las llamas fué *Jesus*, nombre del consolador de los afligidos y del Dios de la patria.

Cuando creyeron que habia espirado la Doncella, apartaron los tizones que ardian para que el pueblo

podiese verla: todo estaba consumido, escepto el corazón, que hallaron entero.

Tres grandes poetas han cantado á la Doncella: Shakespeare, Voltaire y Schiller: Juana en Shakespeare es una hechicera, que tiene los demonios á sus órdenes; en Schiller una mujer divina inspirada por el cielo, que debe el valor á su inocencia, y que pierde el valor cuando experimenta una pasión. La Doncella de Shakespeare reniega de su padre, simple pastor, y declara que está embarazada para retardar su suplicio: tan pronto dice que es *Alenzon quien posee su amor*, tan pronto que *René, rey de Nápoles, ha triunfado de su virtud*: sin embargo, Shakespeare, á pesar de su sangre inglesa, pone en boca de la Doncella sentimientos heroicos. Házela decir á Carlos VII que duda atacar al enemigo: «Mandad á la victoria, y la victoria es vuestra.» Cuando cae prisionera grita: «¡Con que ha llegado la hora de que la Francia cubra con un velo su soberbio penacho, y deje caer su cabeza en el regazo de la Inglaterra!» Cuando condenan á la heroína, pronuncia las siguientes palabras: «Juana de Arc ha vivido casta y sin que deba reprenderse sus pensamientos. Su sangre pura, que vuestras manos bárbaras derraman injustamente, clamará venganza contra vosotros en las puertas del cielo (1).»

Schiller en su admirable tragedia, pone estas palabras en los labios de Juana inspirada: «¿Y ha de sucumbir el reino? Esta comarca gloriosa, la mas bella que el sol alumbra en su carrera, ¿ha de ser encadenada...? ¡Y qué! No tendremos ya rey, rey nacido en nuestro suelo! ¡El rey que nunca muere desaparecerá de nuestro país...! ¿El extranjero que quiere reinar sobre nosotros, amará la tierra en que no descansan los despojos mortales de sus abuelos? ¿Enten-

(1) Obras de Shakespeare, colec. Guizot.

derá su corazón nuestra lengua? ¿Ha pasado sus primeros años en medio de la juventud francesa, ó puede ser el padre de nuestros hijos?»

Y Voltaire, el poeta francés, comparado con el poeta inglés y el poeta alemán, ¿que palabras hace pronunciar á la doncella? Reconozcámoslo en honor del tiempo en que vivimos: semejante crimen del ingenio, semejante desorden de la imaginación, no sería ya posible en nuestros días: Voltaire se vería obligado á ser francés por sus sentimientos y por su gloria. Antes del establecimiento de nuestras nuevas instituciones, solo teníamos costumbres privadas; mas al presente tenemos costumbres públicas, y do quiera que estas existen, no puede insultarse facilmente á la patria: la libertad es la salvaguardia de las glorias nacionales que pertenecen á todos los ciudadanos. Por otra parte, Voltaire como historiador y filósofo, es tan exacto, como impío é inicuo es Voltaire poeta (1).

El tratado de Arras reconcilió al rey de Francia y al duque de Borgoña; París abrió sus puertas al mariscal de Isle-Adam (1436), y Carlos VII, un año despues, verificó en aquella ciudad su entrada solemne. Habíase concluido una tregua entre Francia é Inglaterra, que espiró en 1448.

Carlos VII y sus generales volvieron á tomar la Normandía, la Guyena y á Burdeos, y los ingleses fueron arrojados de Francia, donde despues de tan prolongada ocupacion y de tantos infortunios, solo conservaron á Calés, primera conquista de Eduardo III (1449, 1450, 1451, 1452, 1453). Talbot, el postrero de los héroes de aquella edad en las filas inglesas, habia sido muerto en la batalla de Castillon.

(1) Teatro alemán, colec. *Ladvoeat*. Véase el *Ensayo sobre las costumbres*.

Entonces vivía Inés Sorel, *dama hermosa*, que reinaba en el corazón del rey y le estimulaba a la gloria. Carlos VII tuvo tres hijas de Inés Sorel, Carlota, Margarita y Juana: Monstrelet asegura que este monarca no mantuvo con su querida sino relaciones morales y de meras palabras (1445, 1446).

El delfín, (Luis XI), encerrado en el Delfinado por espacio de quince años, tan pronto en sedición abierta, tan pronto conspirando en secreto contra su padre, se retiró al lado del duque de Borgoña; donde permaneció seis años (1456).

Abrióse un proceso contra el duque de Alençon, príncipe de la sangre, que resultó condenado á muerte; conmutáronle la pena en la de cárcel, de la que le libertó Luis XI para encerrarle de nuevo, porque volvió á conspirar.

Rivalidad de las casas de Yorck y de Lancaster en Inglaterra. Revoluciones y guerras de la *rosa blanca* y de la *rosa encarnada* (1457, 1458, 1459, 1460 y 1461).

Carlos VII se deja morir de hambre por el temor de que le envenene su hijo, y espira en Meun de Berry el 22 de julio de 1461. Se ha dicho muy ingeniosamente que solo había sido el testigo de las maravillas de su reinado.

Carlos VII era ingrato, insociable y ligero; defectos que le fueron útiles en la desgracia, porque sintiéndola menos, pareció dominarla.

Veinte años de infortunios mudaron los entendimientos y comunicáronles una actividad admirable. Las leyes, la administración, el arte militar, las ciencias y las letras progresaron aguijoneadas por las necesidades de una sociedad, á la que atormentaban todas las plagas de la guerra civil y de la guerra extranjera. El poder popular se aumentó con las pérdidas del poder aristocrático; al mismo tiempo que la dig-

nidad real puesta en duda, que la corona atacada en su esencia consagraron sus derechos legítimos recurriendo á los de la nacion.

No se representan grandes escenas ni se juzgan grandes causas delante de los pueblos, sin que las masas adquieran nuevas ideas, y se agrande el círculo del entendimiento humano. Asi vemos en el reinado de Carlos VI y de Carlos VII suceder los movimientos populares á los movimientos aristocráticos, y cometerse excesos de naturaleza distinta; y la matanza de los sacerdotes y de los nobles en las cárceles, anuncian el renacimiento de las pasiones plebeyas. El incremento de la propiedad en la clase media; el aumento de las ciudades y de su poblacion; el progreso del derecho civil; la destruccion material del cuerpo de los nobles; la multiplicacion de los segundos de las familias nobles, casi todos privados de herencia, y que no teniendo recursos para vivir como sus hermanos mayores, se confundian por su miseria con el estado llano, fueron las principales causas que produjeron en los reinados de Carlos VI y Carlos VII una de las grandes trasformaciones de la monarquia.

En tiempo de Carlos VII espiraron las leyes del feudalismo, quedando únicamente sus hábitos. Habiendo obligado la conquista estrangera á la defensa comun, entregáronse naturalmente las voluntades al gefe militar, en torno del cual se habian agrupado; y esto nunca se verifica sin que perezca la libertad. Durante las turbulencias del estado, la nacion no consintió ni pudo consentir el tributo impuesto para pagar el sueldo de las compañías regulares: y la corona heredó de tales turbulencias un impuesto no votado y un ejército permanente, que son los dos ejes de la monarquia absoluta. Las costumbres degeneraron en semicaballerescas y semi-soldadescas: «el caballero se trasformó en soldado de á caballo, y el hidalgo á pie

en soldado de infantería.» Los hermanos Bureau fundaron la artillería, y todos en aquella época, ciudadanos y letrados, corrieron á las armas.

Cárlos VII instituyó el consejo de estado, que vino á ser el consejo ejecutivo. No componiendo ya parte del consejo del rey el parlamento, vió mejor deslindadas sus funciones judiciales, al propio tiempo que conservó las funciones políticas de que se habia apoderado: porque á fines del siglo XIV habian casi cesado de convocar los estados.

La historia de las ideas principia á confundirse con la historia de los hechos: los espectáculos modernos comienzan, ó al menos, habiendo comenzado ya, se desenvuelven. A los combates de animales, á los bufones de la primera y de la segunda dinastía, sucedieron en tiempo de la cuarta los trovadores ó bardos, los juglares, los ministriles, la asociación de la *Madreloca*, los *Cofrades de la pasión*, los *Niños sin cuidados*, los *de la Cabeza*, los *Cornudos*, las *Moralidades* representadas por los clérigos de la *Basoche*, la *Dignidad real de locos* por los estudiantes, y finalmente los *Misterios*, placeres groseros sin duda, é infancia del arte, en que todo se hallaba confundido, la música, la danza, la alegoría, la comedia, la tragedia; pero escenas llenas de movimiento y de vida, y que nos hubieran producido una literatura mucho mas original y mucho mas fecunda, si nuestros ingenios no se hubieran hecho griegos y latinos en el reinado de Luis XIV. Los *Niños sin cuidados* representaban principalmente la comedia: su gefe se llamaba *el príncipe de los asnos*, y llevaba un capucho, en el que sobresalian dos orejas de asno. El gefe de los cornudos era conocido con el nombre de *abad de los cornudos*. No sé si se ha notado alguna vez que las primeras ediciones del *Mar de las historias y crónicas de Francia*, están adornadas con mayúsculas muy bellas, y con vi-

ñetas que representan al *príncipe de los asnos*, y otras escenas poco castas. El matrimonio entre los antiguos no fué nunca como entre los modernos, y principalmente entre los franceses, un motivo de zumba; lo que consiste en que las mugeres no se mezclaban en la sociedad antigua como se mezclan en la sociedad moderna. La comedia naciente no perdonó las cosas ni las personas; fué licenciosa como las costumbres que tenía á la vista, y osada como las guerras civiles en medio de las cuales se levantó. La tragedia cobró su mayor esplendor durante las turbulencias de la Fronda.

El furor de aquellos espectáculos rayó tan alto, que todos quisieron ser actores; y los príncipes, los militares, los magistrados y los obispos se agregaban á las cuadrillas cómicas, cuya profesion era libre. Así el entendimiento pasaba por grados de los placeres materiales á los intelectuales. El cristianismo, que habia introducido la moralidad en las pasiones, habia combinado y modificado las mismas pasiones de una manera enteramente nueva, y el ingenio podia beneficiar aquella mina no explotada todavía, y cuyas vetas eran inagotables.

Desde el punto á que habia llegado la sociedad en tiempo de Carlos VII, podia llegar igualmente á la monarquía absoluta: percíbense muy claramente el punto de enlace y el punto en que se cruzan los dos caminos; pero la libertad hizo al o, y dejó caminar al poder. El motivo es, que despues de la confusion de las guerras civiles y extranjeras, y despues de los desórdenes del feudalismo, las cosas se inclinan á la unidad del principio gubernamental. La monarquía en ascension debia llegar al mas alto grado de su pujanza; era preciso que destruyendo del todo la tiranía de la aristocracia comenzase á hacer sentir la suya, antes que la libertad pudiese reinar á su

vez. Así se han sucedido en Francia por un orden regularizado la aristocracia, la monarquía y la república; el noble, el rey y el pueblo: habiendo abusado todos los tres de su poder, por fin han consentido vivir en paz en un gobierno compuesto de sus tres elementos.

LUIS XI.

De 1461 á 1483.

* Sobre el cadáver palpitante del feudalismo vino á ensayar Luis XI la monarquía absoluta. Este príncipe singular, colocado entre la edad media que moría y los tiempos modernos que tenían nacimiento, con una mano estrechaba la libertad noble sobre el cadalso, y con la otra arrojaba al agua en un saco la joven libertad ciudadana: y sin embargo ésta le amaba, porque inmolando á la aristocracia, adulaba la pasión democrática, la igualdad.

Luis XI, que es un personaje único en nuestros anales, no parece pertenecer á la serie de los reyes franceses, porque era un tirano justiciero, de bajas costumbres, querido y menospreciado del vulgo, y que hacia decapitar al condestable y aprisionar á las urracas y á los grajos, acostumbrados por los habitantes de París á decir: *ladron, sal fuera*. Era al propio tiempo un hombre zorro, que con gentes despreciables llevaba á cima grandes empresas, que trasformaba sus criados en heraldos de armas, sus barberos en ministros, al gran preboste en *compadre*, y á dos verdugos, de los que el uno era alegre y el otro triste, en *compañeros*. Ganaba con su destreza lo que perdía por su carácter, reparando como rey los defectos que tenía como hombre; caballero denodado á los veinte años, y pusilánime en su vejez, que espiró rodeado de su-

plicios, de jaulas de hierro, de abrojos, de asadores, de cadenas llamadas *las chicuelas del rey*, de ermitaños, de empíricos y de astrólogos. Murió despues de haber creado la administracion y las manufacturas, construido caminos, establecido los correos; despues de haber declarado permanentes los oficios de la judicatura, fortificado el reino con su politica y sus armas, y visto como bajaban al sepulcro sus rivales y sus enemigos, Eduardo de Inglaterra, Galeas de Milan, Juan de Aragon, Carlos de Borgoña, y hasta el heredero del duque. Tanta fatalidad iba unida á la persona de un príncipe, que por *gentil industria* envenenó á su hermano el duque de Guyena, *cuando menos lo pensaba*, rogando á la Virgen, *su buena dama, su querida y su grande amiga*, que consiguiese su perdon. (*Brantome*).

Luis XI hizo otras cosas por *gentil industria*: «El bárbaro, despues del tratado (de Conflans), mandó arrojar en el rio á muchos habitantes de Paris por sospechas de que eran partidarios de su enemigo: atábanlos de dos en dos en un saco.

«Las almas grandes escogen osadamente favoritos ilustres y ministros experimentados. Luis XI no tuvo por confidentes y por ministros sino á hombres nacidos en el fango, y cuyo corazon era inferior á su estado. Pocos tiranos ha habido que hayan hecho morir á tantos ciudadanos á manos de los verdugos y en suplicios mas crueles. Las crónicas de su tiempo suben á cuatro mil los vasallos castigados con pena de muerte durante su reinado, en público ó en secreto.

«Quiso el rey que se interrogase al duque de Nemours en su jaula de hierro, que sufriese en ella el tormento, y que oyesé allí su sentencia. Confesáronle en seguida en una sala cubierta de negro.

«Colocaron bajo del cadalso en las calles de París á los tiernos hijos del duque, para que cayese encima de ellos la sangre de su padre. Salieron de allí teñidos con ella, y en aquel estado condujéronlos á la Bastilla, sepultándolos en unos calabozos construidos en forma de banastas, donde el tormento que experimentaba su cuerpo equivalia á un continuo suplicio. Arrancábanles los dientes por intervalos.

. . . . En el reinado de Luis XI no apareció ni un hombre grande: envileció la nacion, no tuvo virtud alguna: la obediencia lo fué todo en el pueblo que permaneció tranquilo, como los presidiarios en el presidio.» (*Voltaire*).

La perplegidad no cabia sino en las maneras de Luis XI; mas no en su cabeza, donde: como él mismo decia, *llevaba todo su consejo*. Sus cartas atestiguan esta verdad: escribia á Saint-Pierre, gran senescal: «Señor senescal, decid á Saint-André, que quiero que me sirvan en utilidad mia y no de la avaricia, mientras dure la guerra; y sino hace la razon, obligadle á hacerla por fuerza, y apoderaos de sus prisioneros, y entregadlos al saqueo como los otros.

. . . . Señor senescal, me admira mucho que los capitanes y Mr. de Saint-André no alaben la orden que he dado de que todo se entregue á saco: lo que quiero es, que otras veces lo pasen todo á cuchillo, y que no hagan mas prisioneros, ni se apoderen de caballos, ni de bagages, y asi jamás perderemos batallas.

. . . . Decid á Mr. de Saint-André, que esta es la vez primera que me ha desobedecido capitan alguno; y si insiste en desobedecer, ponadle la mano en la cabeza, y quitadle por fuerza los prisioneros, que os juro que no tardaré en separar su cabeza de los hombros; pero pienso que el traidor no desobedecerá, porque no puede.»

¿No parece quien así escribe un esbirro de la Convencion? Y en efecto, Luis XI era el hombre del terror del feudalismo.

La idea de las cadenas y de los tormentos habíase grabado con tanta fuerza en la imaginacion de Luis, que fatigado de las disputas de los *nominales* y de los *realistas*, mandó encadenar y clavar en las bibliotecas las voluminosas obras de los primeros, para que no pudiesen ser leídas. Y este mismo hombre protegió contra la universidad y el parlamento á los primeros impresores venidos de Alemania, y á quienes reputaban hechiceros: un tirano levantó en Francia la imprenta; ese resorte grande de la libertad.

Los caprichos mismo de Luis XI llevaban impreso el carácter de la dominacion; tenia prisionero á Wolfango Poulhain, que poseia la confianza de María de Borgoña, y consentia en rescatarle con tal que añadiese al precio convenido las jaurías llamadas del señor de Bossu. Le Bossu no queria de modo alguno ceder sus perros, y despues de muchos correos espeditos por una y otra parte, enviaron los perros al monarca, quien los guardó sin dar libertad á Poulhain; y no le soltó hasta que no lo solicitó.

Pareciase este principe á los judios de su tiempo; prestaba dinero sobre fianza de provincias y de plazas á los soberanos de la familia que lo necesitaban. Juan de Aragon empeñó los condados de Cerdaña y de Rossellon por trescientos mil escudos de oro, y Margarita de Anjou le habia hipotecado la ciudad de Calés por la suma de veinte mil escudos. Margarita era esposa de Enrique VI, rey de Inglaterra, prisionero en la torre de Lóndres, despues de haber sido rey de Francia en su cuna; y era hija del buen rey René, que no llegó á reinar; pero que componia versos y pintaba cuadros, que redactaba leyes para los torneos, que llevaba por emblema una anafe, y que dis-

minuía los impuestos cuantas veces soplabá el Norte en la Provenza. René en nada se parecía á Luis.

La política de Luis XI ha sido el objeto de la crítica general de los historiadores: han dicho que debía haber admitido para el delfin el matrimonio de María de Borgoña, heredera de Carlos el Temerario, ó el de Juana, hija de Fernando y de Isabel: que si hubiese aceptado el primer enlace, se hubieran reunido los Países Bajos á la Francia, y no hubieran resultado las dilatadas guerras que tanta sangre costaron; y que si hubiese dado su asentimiento á las segundas bodas; es decir, á las del delfin y de Juana, hija de Fernando y de Isabel, Juana no se hubiera casado con Felipe, hijo de Maximiliano y de María de Borgoña, y no hubiera sido por consiguiente madre de Carlos V. Por el primer matrimonio el delfin (Carlos VII) hubiera agregado los Países Bajos, el condado de Artois, la Borgoña, y el Franco-Condado, á la monarquía de San Luis; y por el segundo, sus hijos hubieran heredado el reino de España, y sido despues señores de América.

No es así como debemos juzgar la política de Luis XI: el objeto de este príncipe no fué nunca dilatar su reino en el exterior, sino abatir la monarquía feudal para crear la monarquía absoluta. En vez de desear las conquistas, renunció la investidura del reino de Nápoles, y no dió oídos á las propuestas de Génova; «Los genoveses quieren entregármeme, decia, y yo los entrego al diablo.» Mas compró los derechos eventuales de la casa de Penthièvre en la Bretaña, y cuantas veces podía afianzar por el dinero alguna buena ciudad en el interior de sus estados, no lo dejaba por pereza.

Los señores empobrecidos vendian entonces sus casas mas célebres, y Luis XI, como un regateador de glorias antiguas, compraba á bajo precio las mercancías que no volvía ya á vender.

El constante trabajo de la vida de Luis XI, y la idea fija que le dominó, fueron el abatimiento de la alta aristocracia y la centralización del poder, y todos los bienes y males que ocasionó nacen de semejante preocupación. Si declaró *que no se daría oficio alguno que no vacase por muerte, renuncia ó delito*, principio de la inamovilidad de los jueces, no fué para hacer independiente la ley, sino para comunicarle mas fuerza; porque sabia muy bien violar los decretos, mudar los jueces en su provecho, y nombrar comisiones ejecutivas. Si abolió la pragmática-sancion, no fué para favorecer á la corte de Roma, sino en odio de todo lo que llevaba el sello de la libertad. Si creó los parlamentos de Burdeos y de Dijon, y si hizo nuevas divisiones del territorio, no fué por un principio de equidad y de orden general, sino porque deseaba destruir el espíritu de provincialismo, y tener en todas partes *gentes del rey*. Si pensó en establecer la uniformidad en los vestidos y la igualdad en los pesos y medidas, no fué con el intento de que desapareciesen aquellos obstáculos de la barbarie, sino para atacar las autoridades señoriales. Si estableció los cien nobles con pico de cuervo, origen de los guardias de corps; si recibió en su servicio á los suizos, uniéndoles un cuerpo de diez mil hombres de infantería francesa, no fué con el intento de crear un ejército nacional, sino con el de formar una guardia para su persona. Cuando se humillaba en presencia de Eduardo IV y del duque de Borgoña, no lo hacia porque desconociese su grandeza, sino para conseguir el placer de perseguir en el interior de Francia á los señores mas poderosos. Hostigó sin descanso al duque de Bretaña; daba mas importancia á la conquista de sus estados, que á los del duque de Borgoña, porque no queria tener á sus espaldas un principado independiente; puerta siempre abierta en su reino, por la que podia

entrar el enemigo. Mandó ó dejó atosigar á su hermano el duque de Guyena, porque no queria infantiles dotados, asi como no queria grandes vasallos: el infantazgo era en efecto una especie de desmembramiento.

Esta cadena de ideas le condujo al menosprecio del matrimonio del delfin con Maria de Borgoña. El delfin era un niño de ocho años, feo y mal formado, y Maria una linda princesa de veinte años, que hubiera tenido que esperar, en una especie de viudez de diez años, que creciese aquel aborto, cuyos diez y ocho años hubieran quizás desdeñado los treinta de Maria: Luis XI tenia demasiada penetracion para no calcular lo que podia haber sucedido durante aquellos largos esponsales sin boda, y el menor accidente bastaba para romper tan débiles lazos. Detestaba ademas á los flamencos, y los flamencos le detestaban: el espíritu de libertad que reinaba por espacio de tres siglos en sus comunes manufactureros, inspiraba antipatía. Los condes de Flandes eran mas bien los súbditos de los flamencos, que los flamencos vasallos suyos; porque en aquel pais cerrado, antigua cuna de los francos, se ha conservado hasta nuestros dias el fuego de independencia y de denuedo que animaba á los compañeros de Clovis.

¿Qué hubiera practicado Luis XI, tutor de su hijo, con unos ciudadanos que hicieron castigar con el último suplicio á los ojos mismos de Maria de Borgoña sus dos ministros Humbercourt y Hugonet? Alzar patíbulos era quebrantar los derechos de Luis XI; le pareció, pues, mas seguro y mejor apoderarse del ducado de Borgoña, que recaía naturalmente en la corona por la muerte de Carlos el Temerario, porque las hijas no heredaban el infantazgo. Enseñoreóse de las ciudades del Somma y de otras muchas del Artois, sobre las que tenia pretensiones harto fundadas; y

para extinguir el derecho de soberanía que tenía el Artois sobre la ciudad de Bolonia, trasladó y confirió la soberanía á la santa Virgen, *su querida, su grande amiga.*

El matrimonio del delfín y de María de Borgoña, hubiérale comprometido con el cuerpo germánico: el Franco-Condado, el Luxemburgo, el Hainaut y la Holanda excluían del imperio, y Luis XI no quería querellas cuando no estaba seguro del éxito. Tales consideraciones le indujeron á preferir lo cierto á lo incierto, á tomar lo que podía conservar, y á abandonar lo que presentaba alternativas peligrosas. No favoreció tampoco la unión de Carlos de Angulema, de la casa de Orleans con la heredera de Carlos el Temerario, porque esto hubiera sido restablecer bajo otro nombre el poder de los duques de Borgoña. Mas si desechó el matrimonio del delfín con María, buscó el casamiento del mismo delfín con Margarita, hija de María y de Maximiliano; porque por una parte había proporción en la edad, y por otra remuneraba á Margarita con los condados de Artois y de Borgoña, y esta dote no daba pie á contestaciones con Flandes y con el imperio. No se verificó el enlace, porque la dama de Beaujeu, que siguió la política de su padre, prefirió para su hermano Carlos VII á la heredera de Bretaña.

Luis XI era en todas las cosas lo que debía ser para completar su obra. Nacido en una época social, en que nada estaba consumado y todo comenzado, siguió un sistema monstruoso, indefinido, original suyo, y que participaba de las dos tiranías, entre quienes aparecía. La prueba de su energía bajo semejante forma, era que temía la muerte y el infierno, y sin embargo sobreponíase á este pavor cuando creía necesario cometer un crimen. Verdad es que esperaba engañar á Dios como á los hombres, y que tenía amu-

letos y reliquias para toda especie de delitos. Luis XI ocupó su lugar, y vivió en su época; y tales circunstancias encierran en sí tanta fuerza, que el ingenio mas vasto fuera de su lugar puede ser impotente, y el entendimiento mas limitado en una situación dada, puede desquiciar el mundo.

Luis XI al fin de su vida enfermó en Plessis-lez-Tours, devorado por el miedo y por el fastidio. Arrastrábase de un extremo á otro de una larga galería, teniendo delante de los ojos para único recreo cuando miraba por las ventanas, un paisaje de rejas de hierro, de cadenas y de horcas que conducian á su castillo, y por único paseante de aquellos contornos presentábase Tristan, el gran preboste compadre de Luis. Los combates de los gatos y de las ratas, las danzas de las tiernas aldeanas y de los aldeanos que figuraban en las torres de Plessis la imágen de la felicidad y de la inocencia campestres, desarrugaban la frente del tirano. En seguida bebía la sangre de los niños para recobrar la juventud; remedio que parecia de todo punto conforme con el temperamento del enfermo. Aplicábanle, dicen las crónicas, *terribles y prodigiosas medicinas*; mas no hubo mas remedio que morir. Luis XI tomó el primero el título de rey cristianísimo, y los protestantes arrojaron al viento sus cenizas: los escesos de la libertad religiosa y política profanaron la tumba del que habia abusado del poder y de la religion.

Los principales consejeros de aquel rey fueron Felipe de Comines, hombre complaciente, que ha dejado memorias osadas, y Juan de Lude, hombre aun mas sencillo, y á quien su señor daba el nombre de *Juan de las habilidades*.

Luis XI dejó dos hijas y un hijo legítimo, la dama de Beaujeu, Ana, duquesa de Orleans y Carlos VIII. Este príncipe villano impuso tambien á las mugeres

el despotismo de sus caricias, y tuvo de Margarita de Sassenaje una hija, que habiéndose casado con Aymar de Poitiers, fué la abuela de la bella Diana de Poitiers.

Cuando desapareció Luis XI, cayó la Europa feudal; Constantinopla fué tomada, renacieron las letras, se inventó la imprenta, y el descubrimiento de América estaba á punto de verificarse: la grandeza de la casa de Austria se deja ya presentir por el enlace de la heredera de Borgoña y de Maximiliano. Enrique VIII, Leon X, Francisco I, Carlos V, y Lutero con la reforma, no están muy distantes: estamos al borde de un nuevo mundo.

CARLOS VIII.

De 1483 hasta 1498.

Du Haillant no concede que Carlos VIII sea hijo de Luis XI, ó que sea al menos hijo de la reina Carlota de Saboya: así lo habia oido afirmar. Segun ese modo de pensar, muchos reyes dejarian de ser hijos de sus pretendidos padres, porque esas historias de hijos supuestos se renuevan de reinado en reinado en todos los paises. Además, el adulterio es siempre un crimen, y en la familia particular de los príncipes, la infidelidad de las mugeres es aflictiva; mas en la familia general de los pueblos poco importaria, sino fuese la violacion del derecho y el desórden moral, el origen del régio niño: si debia á una ficcion legal las ventajas de la herencia y las cualidades de un hombre grande, soberano de hecho y de derecho, tomaria prestada del nacimiento y del ingenio su doble legitimidad. Mas Carlos VIII era en efecto hijo de Luis XI

El postrero, por un rasgo notable de su política, habia ordenado que Ana de Francia, dama de Beau-

jeu, su hija, se encargase del gobierno de la persona del rey. Luis XI habia recordado los abusos de la regencia en el reinado de Carlos VI. Los estados de Tours de 1484 confirmaron á Ana en el gobierno, no obstante la oposicion del duque de Orleans, que se habia dirigido al parlamento de Paris, y que declinó su competencia volviendo á enviar el negocio á los estados. Los estados nombraron un consejo de diez personas, al que debian asistir los príncipes de la sangre. El punto mas elevado de la monarquía de los estados encuéntrase en el reinado de Carlos VIII y de Luis XII.

Carlos VIII mandó poner en libertad á Carlos de Armañaque, hermano de Juan, muerto en Lectoure; y todos los Armañaques fueron puestos en libertad ó reintegrados en sus bienes. Pereció en la horca Landois, favorito de Francisco II, duque de Bretaña.

Enrique VII de Inglaterra derrotó y quitó la vida á Ricardo III: Enrique VII, de la rama de Lancaster, se casó con Isabel de York, y confundió los derechos de ambas casas que por tanto tiempo se habian disputado la corona.

El duque de Orleans, descontento de la córte, habiase retirado á Bretaña, y dió principio con la ayuda de los bretones y de una tropa de ingleses, á la guerra civil, que duró poco. Fué derrotado, y cayó prisionero en la batalla de Saint-Aubin, que ganó Luis II, señor de la Tremoille (1488).

Carlos VIII se casó en 1494 con Ana, heredera del ducado de Bretaña; y Margarita, hija de Maximiliano, con quien aquel se habia desposado y enviado en seguida á su padre, dió su mano al infante de España, Juan de Aragon.

En 1492, con la caida de Granada, se dió fin á la dominacion de los moros en España, y Cristóbal Colon descubrió la América.

Espedicion de Carlos VIII á Italia. Hasta entonces la Italia no habia visto á los franceses sino como una especie de aventureros; mas luego que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena feudal, pudieron ya salir de su pais á la cabeza de la nacion. Los derechos de Carlos VIII á la soberanía de Nápoles consistian en la cesion que le habia sido hecha por Carlos de Anjou, heredero de su tio René. Carlos VIII llegó á Roma en 1494, y encontró un imperio tan quimérico, como el reino que intentaba conquistar: Andres Paleólogo, heredero del imperio de Constantinopla, que no existia, cedió sus pretensiones al rey de Francia, y el papa Alejandro VI entregó Zizimo, hermano de Bayaceto, que vivia desterrado en el territorio de la santa sede, á Carlos. Carlos VIII entró en Napoles el 24 de febrero de 1495 con los ornamentos imperiales, ó bien los llevase como emperador de Occidente, ó como emperador de Oriente. La liga concluida en Venecia entre el papa, el emperador, el rey de Aragon, Enrique VII, rey de Inglaterra, Ludovico Esforcia y los venecianos, obligó á Carlos VIII á evacuar la Italia; y los franceses volvieron á pasar los Alpes despues de haber vencido á Florencia. Causó admiracion la artilleria francesa: por la primera vez un ejército regular de nuestra nacion apareció en la hermosa comarca donde debia adquirir un dia tanta gloria.

Carlos VIII espiró en el castillo de Amboise el 7 de abril de 1498: su hijo el delfin habia muerto á la edad de tres años, y apoderóse del sόlio una rama colateral.

«Carlos VIII, de escasa estatura y escaso entendimiento, dice Comines, era tan bueno, que no es posible encontrar mejor criatura.»

LUIS XII.

De 1498 á 1515.

El mas hermoso renombre de los reyes de Francia lo alcanza Luis XII: unánimemente fué aclamado padre del pueblo. Aqui la palabra *pueblo* va acompañada de mucho mérito y valor, y anuncia una revolucion; no es una frase comun que se aplica á una multitud dominada mucho tiempo por un señor; es una palabra nuevamente introducida en el idioma para designar una nacion libertada, que se formó de los despojos de los siervos y súbditos del feudalismo. Esta nacion abria la puerta á los tiempos modernos, y poseia la fuerza y el esplendor que tuvo en su primera trasformacion, cuando los francos convertidos en franceses entraron en los siglos de la edad media.

Luis XII era biznieto de aquel Luis, duque de Orleans, por quien la sangre italiana comenzó á circular en las venas de nuestros monarcas, y á inspirarles el gusto de las artes: estirpe ligera y romántica; pero elegante, brava, inteligente, y que amalgamó la civilizacion con la caballería. Nunca se repetirán demasiado las palabras de Luis XII cuando se sentó en el sòlio: «El rey de Francia no venga las querellas del duque de Orleans (1498).»

Luis XII se casó con la viuda de Carlos VIII; y la Bretaña fué el último gran feudo que se incorporó á la corona. Asi pereció la monarquía feudal, que habiendo comenzado con la desmembracion sucesiva de las provincias del reino, terminó con la reunion sucesiva de las mismas provincias al reino, como los rios que saliendo del mar vuelven al mismo mar. Faltaba todavía la sumision de los condados de Flandes y de Artois que poseia el archiduque de Austria; pero re-

duciase á un vano homenaje, al que ni el que lo tributaba, ni el que lo recibía, atribuía idea alguna de obediencia ni de superioridad. Los restos de la monarquía feudal duraron largo tiempo en la monarquía absoluta, del mismo modo que vemos al presente los restos del despotismo imperial figurando al lado de la libertad constitucional. Lo pasado se prolonga en lo futuro, y una nación no puede ni debe separarse de sus tumbas.

El tribunal del Echiquier en Normandía se erigió en parlamento: así caían una á una las piezas de la antigua armadura gótica.

Luis XII encendió la guerra en Italia. Cuando cesaron nuestras querellas interiores, tuvieron principio las exteriores, porque era necesario un nuevo campo al instinto guerrero de la Francia. Luis XII pretendía el ducado de Milán por los derechos de Valentina de Milán, su abuela, y el reino de Nápoles por los derechos de la casa de Anjou. Dominaban entonces en Roma los abominables Borgias: César Borgia, el héroe de Maquiavelo, y Alejandro VI con su hija triplemente incestuosa, llamada Lucrecia, para ofrecer á Roma un contraste famoso con el antiguo poder romano. Conquistóse á Milán en el espacio de veinte días, y el reino de Nápoles en menos de cuatro meses, cuyo reino fué ocupado de concierto con Fernando el Católico. No tardaron los franceses y los españoles en desavenirse por la partición de aquel estado (1500, 1501 y 1502): D'Aubigny perdió la batalla de Seminara el viernes 24 de abril, y el viernes 28 del mismo mes el duque de Nemours fué vencido y muerto en Ceriñola por Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán. La casa de Armañaque se acabó en la persona del duque de Nemours, y el duque de Nemours no era nada menos que el último descendiente de Clovis: ¡extraños restos del principio del siglo dé-

cimo sexto! El parlamento de Aix habia sido creado en 1504.

Sin embargo, Carlos V habia nacido en 1500, y Alejandro murió en 18 de agosto de 1503. Despues de Pio III, que no ocupó la silla pontifical sino veinte y cinco dias, viene Julio II, cuyo nombre anuncia el reinado de las artes, y una revolucion en la clase de influencia que la córte de Roma ejerció en el mundo cristiano. La córte romana dejó de ser plebeya, y por un doble error se unió al poder aristocrático cuando ya espiraba: la era política del cristianismo iba en decadencia.

Los estados de Tours de 1506 nos muestran estas asambleas en su mas alto punto de perfeccion, separadas de la magistratura parlamentaria y del poder ejecutivo. Abriólos Luis XII en sesion regia, rodeado de los príncipes de la sangre y de toda su córte, y teniendo á su derecha al canciller de Francia; esta es la misma forma con que comienzan ahora las sesiones legislativas, y al propio tiempo una prueba de que los grandes de la córte no componian, ó no formaban ya parte de los estados.

La liga de Cambray, formada contra los venecianos, se disipó como todas las coaliciones en las que príncipes enemigos se reunen por un interés momentáneo.

Enrique VII de Inglaterra murió, y sentóse en su trono Enrique VIII (1509 y 1510).

Julio II hizo alianza contra los franceses en Italia con Fernando, Enrique VIII y los suizos. El último de los caballeros franceses, Bayardo, digno de cerrar la época de la caballería, se distinguió en Saint-Felix y en la jornada de la *Bastide* (1514). Concilio general de Pisa, en que Julio II es citado por Luis XII: concilio de Letran en oposicion al de Pisa.

Batalla de Rávena ganada el día de Pascua, 11 de abril de 1512, á los confederados, por el duque de Nemours, el caballero Bayardo, Luis de Arce y Lautrec. El duque de Nemours compró con la vida la victoria, muriendo á la tierna edad de veinte y tres años. El príncipe se llamaba Gaston de Foix, hijo de María, hermana de Luis XII, quien habia erigido en ducado el condado de Nemours, y condecorádole con la dignidad de par (1507). No debemos confundirle con Armañaque, duque de Nemours, el último de los merovingianos de que hemos hablado.

Luis XII perdió el Milanesado, y no conservó en Italia mas que algunas plazas y el castillo de Milán. El concilio de Pisa se trasladó á Milán y en seguida á Lion; Julio II fulminó anatema contra el reino de Francia; y principalmente contra la ciudad de Lion: esto era menospreciar los tiempos, porque los rayos del Vaticano, del mismo modo que el feudalismo, quedaban agotados, porque las antiguas costumbres no estaban ya en uso.

Fernando se apoderó del reino de Navarra; Maximiliano Esforcia recobró la soberanía del Milanesado, y los Médicis la de Florencia: el emperador Maximiliano I quiso hacerse papa, y la reina Ana de Bretaña murió. Siguióla al sepulcro Julio II, á quien sucedió Leon X: Luis XII recobró el Milanesado, y finalmente lo perdió en la batalla de Novara. Maximiliano, Enrique VIII y los suizos atacaron la Francia, y todo se arregló por medio de varios matrimonios, de los que algunos quedaron en proyecto, y los otros se realizaron. Luis XII se casó con María, hermana de Enrique VIII, en brazos de la cual encontró la muerte. El conde de Angulema, que despues fué Francisco I, amaba á María, y se alejó por miedo de perder la corona. Semejante cálculo no era propio de su edad ni de su carácter: así es que no cedió sino al consejo

de Grignaux, ó de Gouffier, ó de Duprat (1512, 1513, 1514, 1515).

Luis XII murió el 1.º de enero 1515 en el palacio de Tournelles de París: redujo los impuestos á mas de la mitad: amaba tiernamente á sus súbditos, que le pagaron con el mismo amor, no obstante sus faltas en la política exterior, y deseó todas las esenciones que podian gozarse en una monarquía como aquella. Es preciso que observemos que en esta época, y hasta en la presente en que vivimos, regulaban los pueblos su aborrecimiento ó su amor, segun los mayores ó menores impuestos que pesaban sobre ellos. Hoy dia, cuando la especie humana ha ganado en inteligencia y en civilizacion, las naciones prodigan menos sus afecciones á esa clase de intereses materiales, y conceden con mas gusto el título de padre al soberano que aumenta sus libertades, que al que escasea sus intereses.

FRANCISCO I.

De 1515 hasta 1547.

Era biznieto Francisco I de Luis de Orleans y de Valentina de Milan. Tres generaciones eran las que habian mudado la faz del mundo, y cincuenta años desde el descubrimiento de la imprenta, aunque no libre, habian producido un movimiento extraordinario en los espíritus. Las controversias de Lutero próximo á aparecer, ó no se hubiesen estendido tan rápidamente, ó hubiesen sido sofocadas, si la prensa no estuviera á punto para difundirlas.

Francisco I entró en Italia (1515): el 14 de setiembre dió á los suizos en Marignan el combate que Tribulcio llama *el combate de los gigantes*; y esta fué la primera victoria de consideracion que lograron los

franceses despues de sus derrotas de Crecy, Poitiers y Azincourt. La batalla de Marignan no tenia ya ninguno de los caractéres que distinguian á las primeras batallas; las cuales se diferenciaban de aquella, como las batallas de la revolucion de la de Marignan. El senado de Venecia declaró en un decreto que Francisco I y los príncipes de su dinastía eran nobles venecianos; decreto que Luis XVIII quiso borrar con su mano cuando recibió la órden de salir de Verona. Principio de la venalidad de los destinos, que produjo la inamovilidad de los jueces.

Fernando, rey de Aragon por sí, rey de Castilla por su esposa Isabel, rey de Granada por derecho de conquista, rey de Navarra por usurpacion, heredero de tres bastardos con corona, murió, y Carlos V subió al trono.

El tratado de Friburgo produjo entre la Francia y los suizos la paz llamada perpétua, que no dejó á aquellos mas que el honor de derramar su sangre por los franceses (1516).

Concordato entre Leon X y Francisco I, al que se opusieron el clero, la universidad y el parlamento, como atentatorio á la libertad de la iglesia nacional. Levantóse Lutero en el mismo año 1517 contra las indulgencias predicadas en Alemania. Enrique VIII ocupaba el sόlio, é iba á descargar otro golpe contra la fé catόlica, de la que primero se constituyó *defensor*.

En 1521 fué herido en la fortaleza de Pamplona, que asediaban los franceses, Ignacio de Loyola: Loyola fué para los *reformados*, lo que Santo Domingo habia sido con los albigenes; mas la matanza del dia de San Bartolomé no destruyó el protestantismo, y las cruzadas esterminaron á los albigenes.

Carlos V fué elegido emperador despues de la muerte de Maximiliano, y su rival era Francisco I (1519). Entonces la Francia se halló envuelta por las posesio-

nes de la casa de Austria; España conquistadora en América y en las Indias, decía que el sol no se ponía en sus estados. El descubrimiento de América produjo una revolución en el comercio, en la propiedad y en la hacienda del mundo antiguo: porque la introducción del oro de Méjico y del Perú disminuyó el precio de los metales, aumentó el de los granos y artefactos, hizo que mudasen de mano los bienes raíces, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, de la que los lombardos y los judíos habían dado la primera idea. Con los capitalistas nació la población industriosa y la constitución artificial de los fondos públicos. Y habiendo entrado en este camino la sociedad, se renovó respecto de su hacienda, del mismo modo que se había renovado en sus relaciones morales y políticas.

A las aventuras de las cruzadas se siguieron las aventuras de Ultramar, de mayor importancia: el globo se agrandó, comenzó el sistema de las colonias modernas, y la marina militar y mercantil se acrecentó por toda la extensión de un Océano sin playas. El mar interior del mundo antiguo no fué ya mas que un lago de poca importancia, despues que la riqueza de las Indias venían á Europa por el cabo de las Tempestades. Con tres años de diferencia, el venturoso Carlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavía.

Mas lo mismo que ocasionó los progresos de los otros pueblos en el camino de la independencia y de la civilización, encadenó á las naciones sometidas al cetro de Felipe II: América, España y los Países Bajos perdieron la libertad para muchos siglos. Los campos de Flandes, donde los comunes habían por tanto tiempo combatido por su emancipación, no se vieron ya ensangrentados sino por los cadalsos ó por las batallas que en ellos dieron las casas de Francia y de Austria.

La entrevista de Francisco I y de Enrique VIII cerca de Guines, llamada *el campo del paño de oro*, fué la última ostentación de los tiempos feudales, un simulacro de torneos, de consejos plenos, de las costumbres antiguas que habían ya pasado, y que no eran más que un espectáculo (1520).

El duque de Bouillon declaró la guerra al emperador, quien creyó que la Francia apoyaba en secreto al duque: principió de las guerras entre Carlos V y Francisco I. Pierdese de nuevo el Milanesado, y muere Leon X, que dió su nombre á su siglo: Leon escribia á Rafael: «Vos hareis célebre para siempre mi pontificado:» tales palabras encerraban una profecía. Desgraciadamente el renacimiento de las artes se paralizó en el momento de la reforma, cuya rigidez proscribía las artes. Si el ardor religioso de los siglos que levantaron los monumentos góticos hubiera existido aun en tiempo de Miguel Angel y de Rafael, ¡cuántas obras clásicas hubieran adornado á Roma ya enriquecida!

A Leon X sucedió Adriano VII, que dejó la tiara á Clemente VII, también Médicis (1524).

Toma de Rodas por Soliman II (1522).

El condestable de Borbon, á quien perseguía la duquesa de Angulema, pasó al servicio de Carlos V: el marqués de Villena, á quien el emperador pidió que prestase su palacio al condestable, respondió: «Nada puedo negar á vuestra magestad; pero si el duque de Borbon se aposenta en mi alcázar, lo entregaré á las llamas al punto que salga de él, como lugar infestado por la traición, y en el que no podrá habitar en adelante un hombre honrado.» Único traidor que han tenido los Borbones en su dinastía.

El capitán Bayardo fué muerto en la retirada de Rebeca (1524). «Salió un tiro de arcabúz, cuya piedra vino á herirle en los riñones, rompiéndole el grande

hueso. Cuando sintió el golpe, se puso á gritar: ¡Jesus! y luego añadió: ¡Ah! ¡Dios mio! muerto soy. Tomó su espada, y besó su empuñadura en forma de cruz, y continuó en voz alta: *Miserere mei Deus, secundum misericordiam tuam.* Quedó de repente pasmado y falto de espíritu, y faltó poco para que cayera; pero aun tuvo valor para asirse del arzon de la silla, y permaneció así hasta que un noble doncel, su mayordomo, le ayudó á bajar, y colocó debajo de un árbol. Sus tristes criados estaban pasmados, y entre ellos su mayordomo que jamás lo abandonó. Derramaba lágrimas el gentil-hombre viendo mortalmente herido á su señor, y sin remedio para su vida; mas el buen caballero lo consolaba, diciéndole: «Jacobo, mi amigo, deja tu tristeza: es voluntad de Dios que yo salga de este mundo; él me ha dispensado por su gracia mas bienes y honores que merecía, y el sentimiento que tengo al morir, es por no haber hecho tanto bien como era de mi obligacion.»

El condestable de Borbon, del partido de los enemigos, se presentó á consolar á Bayardo: «Señor, le dijo el capitán, no tengais piedad de mí, sino de vos, que os habeis armado contra vuestro rey, vuestro país y vuestra fé.» Borbon insistió y habló de los buenos cirujanos: mas Bayardo replicó: «Conozco que estoy herido de muerte, y la recibo con gusto.» Fuese el condestable con las lágrimas en los ojos, gritando: «Dichoso el príncipe que tiene un servidor como ese, y la Francia no sabe lo que pierde hoy.» El marqués de Pescara (Fernando Francisco de Avalos) dijo: «Quisiera Dios, gentil caballero Bayardo, que me hubiese costado una cuarta parte de mi sangre, sin recibir muerte, y no comer carne en dos años, y teneros en salud prisionero mio.»

Batalla de Pavía en 14 de febrero de 1525. No se encuentra el original del famoso billete: *Todo está*

perdido menos el honor; pero la Francia, que lo hubiera escrito, lo tiene por auténtico. Juan, que cayó prisionero en Poitiers, se vió servido en la mesa por su vencedor, y tratado en Lóndres como un monarca triunfante; pero Francisco I fué trasladado á speramente á su prision de Madrid: los caballeros á quienes el monarca francés deseaba volver á la vida, no existian ya. Por lo demas, los estados de Borgoña de 1526 no se creyeron obligados por el tratado de Madrid, que separaba sin su consentimiento la Borgoña de la Francia: los estados de Paris de 1539 negáronse tambien á ratificar el tratado negociado con motivo de la libertad del rey Juan; porque solo es durable la independencia de los pueblos, cuantas veces se ve obligada á levantar su voz por sí sola.

El año del cautiverio de Francisco I vió á Alberto, margrave de Brandeburgo, gran maestre de la órden Teutónica, abrazar el luteranismo, y apoderarse de las provincias de la órden: los descendientes de Alberto se han sentado en el trono de Prusia.

El tratado de Cambrai de 1529 puso fin á las guerras de Italia entre Francisco I y Carlos V, y la Bretaña se reunió á la Francia por un artículo espreso. Antes del edicto de 1566, nuestros reyes disponian libremente en nuestros bienes patrimoniales, y no debian ser inenagenables sino por su reunion al dominio; por lo que debemos distinguir dos cosas en el antiguo derecho comun de la tercera dinastía: la propiedad particular del príncipe, y la propiedad general de la corona.

Francisco I fundó la infanteria francesa, que reemplazó á los peones alemanes que servian á nuestras órdenes: formóse primero nuestra infanteria por el modelo de las legiones romanas, y dividióse en cuerpos de seis mil hombres. Volvióse despues á la division en bandas de quinientos ó seiscientos hombres,

que fué el origen de nuestros regimientos. Enrique, hermano segundo de Francisco el delfin, se casó en Marsella con Catarina de Médicis (1532 y 1533).

El cisma de Inglaterra estalló en 1534 con motivo del divorcio de Enrique VIII para casarse con Ana Bolena: en el mismo año 1534, las doctrinas de Calvino se introducian en Francia bajo la proteccion de Margarita, reina de Navarra, hermana de Francisco I: tambien en el mismo año fundó Ignacio de Loyola la sociedad de Jesus. Cuando las ideas de los pueblos llegan á su madurez para una mudanza, acontece que se presentan príncipes que las desenvuelven. Nueva guerra entre Francia y España con motivo de la decapitacion por Francisco Esforcia del enviado de Francia en Milan. Cárlos V, que habia vuelto vencedor de su expedicion de Africa, es vencido en Provenza y en Picardia.

Enrique asciende á delfin con la muerte de Francisco, su hermano mayor, que habia sido atosigado. Dispérsanse los anabaptistas con el suplicio de Juan de Leyde en Munster (1536). Cárlos V es aplazado al tribunal de los pares de Francia, como vasallo rebelde, del mismo modo que lo habia sido el príncipe Negro; resurreccion ridicula de los derechos perdidos de la monarquía feudal (1537).

Cárlos V atraviesa la Francia (1539), dirigiéndose á sofocar las turbulencias que habian sobrevenido en la ciudad de Gante, cuna de los tribunos y asilo de los reyes.

El mandamiento de Villers-Coterets (1539) dispone la brevedad de los procesos, que los tribunales eclesiásticos no usurpen los derechos de la justicia ordinaria y la redaccion en francés de los actos públicos. Causa admiracion que no se espudiese mas pronto este mandamiento; necesario era aguardar los progresos de la lengua que no comenzó á salir del caos, y

á ser bastante inteligible hasta el reinado de Francisco I. Si desde el año 1281, el emperador Rodolfo obligó á escribir los actos imperiales en lengua vulgar, fué porque el alemán era una lengua madre, hablada en todos tiempos por un pueblo que la entendia. La lengua francesa no era mas que un patués nacido principalmente de las lenguas romana y latina, y trascurrieron siglos antes que se convirtiese en lengua general en toda la estension de la monarquía. Eduardo III pudo prohibir el uso de la jerga romana en los tribunales ingleses, porque encontró detrás de aquella jerga el inglés ó el bajo alemán, conservado por los sajones conquistadores.

Los procedimientos criminales que eran casi públicos, dejaron de serlo en tiempo del canciller Poyet.

Principian á aparecer los nombres famosos en los reinados siguientes: el cardenal de Lorena y su hermano el primer duque de Guisa, la esposa del condestable, Ana de Montmorency y Catarina de Médicis (1540).

Francisco I estableció nuevas relaciones en el exterior: envió embajadores á Constantinopla cerca de Soliman II, y los recibió de Gustavo-Wasa, rey de Suecia, príncipe célebre por su arrojo y sus aventuras, que convirtió la Suecia al luteranismo, y fué el jefe militar de los protestantes (1542).

En 1544 ganaron los franceses la batalla de Cérizoles.

En 1545 primeras esterminaciones de las guerras de religion en Francia, y ejecucion de las ciudades hugonotas de Cabrieres y de Merindol.

Los dos gefes del cisma, Lutero y Enrique VIII, murieron, el primero en 1546, y el segundo en 1547: Francisco I, que comenzó la persecucion contra los hugonotes, siguió al sepulcro, dos meses despues, al tirano de las libertades políticas, y al fundador de la li-

bertad religiosa de Inglaterra (4.º de marzo de 1547).

Cárlos V se arrastró nueve años por la tierra después de su rival; abdicó la corona en 1556, se retiró al monasterio de San Justo, de Estremadura, y celebró en vida sus propios funerales: envuelto en la mortaja, tendido sobre el féretro, cantó desde el fondo de aquel féretro el oficio de difuntos que celebraban los religiosos en torno suyo. «Y este era el varon por quien se dilató el mundo, como dice Montesquieu, y apareció otro mundo nuevo.» El Nuevo Mundo dió la muerte á Francisco I; el destino de Cárlos V pesó enteramente sobre el monarca francés. Importunado hasta en sus últimas agonías por la rivalidad de sus mancebas y de las mancebas de su hijo, Francisco I murió como cristiano que conoce sus debilidades, y Cárlos V espiró como un ambicioso que se reviste con la capilla del fraile y con la mortaja, despechado de no haberse podido apoderar de los despojos del mundo. Las debilidades del monarca español no fueron aparentes como las del monarca francés, cuya galantería era tan brillante como su valor: han acusado á Cárlos V de un incesto misterioso, que en las sombras del cláustro dió nacimiento á un héroe; sus pasiones tenían impreso el sello de la gravedad, del secreto y de la profundidad que le caracterizaban.

Hay épocas en que la sociedad se renueva, en que catástrofes imprevistas, acaso felices ó desgraciados, descubrimientos inesperados determinan un cambio largo tiempo preparado en el gobierno, las leyes, las costumbres y las ideas. Y una revolucion que parece súbita, no es sino obra del trabajo continuo de la civilizacion que se acrecienta, y el resultado de la misma civilizacion hácia la perfeccion necesaria, eficiente y propia de la naturaleza humana. En las revoluciones, aun en aquellas que nos parecen retrógradas, descúbrese un paso de hecho, una luz adquirida para lle-

gar á una verdad determinada. Las consecuencias no se dan inmediatamente á conocer saltando del principio que las produce: han de trascurrir cincuenta años para que se note la trasformacion verificada en los pueblos por los acontecimientos que pasaron medio siglo antes.

Asi, cuando Francisco I subió al trono, el descubrimiento de América, la toma de Constantinopla por los turcos, la invencion de la imprenta, que habian precedido al reinado de este rey, comenzaban á obrar extendiendo el dominio del hombre físico y moral. Desafiar mares desconocidos y explorar nuevos mundos, eran esfuerzos dignos del espíritu caballeresco y religioso que reinaba aun, dignos de las letras, de las ciencias y de las artes que renacian, y dignos del gobierno y del comercio que buscaban nuevos manantiales de poder y de riquezas. Parecia que se hubiese descubierto espresamente la imprenta para multiplicar y derramar los tesoros que los griegos desterrados de su patria habian trasladado á Occidente. Las correrías á la otra parte de los Alpes de Carlos VIII y de Luis XII, habian difundido por la Galia el amor á las comodidades de la vida largo tiempo perdido. Milan, Florencia y Siena vieron reaparecer aquellos nombres que habian conocido en tiempo de la conquista de los normandos y de Carlos de Anjou: la Pálice, Nemours, Lautrec y Vieilleville, no encontraron ya, como sus padres, una tierra semi-bárbara, sino una tierra clásica, en que el genio de Augusto habia resucitado, en que á manera de los antiguos romanos suavizaron sus virtudes rústicas á la voz de las artes, que segunda vez habian venido de Grecia. Cuando Bayardo adquiria el alto renombre que le dieron sus proezas, adquirialo en medio de la Italia moderna, de la Italia en toda su frescura, y que estaba en todo el esplendor de la nueva civilizacion; adquirialo en medio de los palacios le-

vantados por Bramante, Miguel Angel y Paladio, de aquellos palacios cuyas paredes se veían cubiertas de cuadros que acababan de salir de las manos de los mas célebres pintores; adquiriálo en la época en que se desenterraban las estatuas y los monumentos de la antigüedad, mientras que Gonzalo de Córdova, Tribulcio, los Pescaras y Strozzi combatian; en que los artistas se vengaban de sus rivales á puñaladas, en que las aventuras de Romeo y Julieta se repetían en todas las familias, y en que el Ariosto y el Tasso cantaban la caballería de que Bayardo era el último modelo.

Las guerras de Francisco I, de Cárlos V y de Enrique VIII, confundieron los pueblos y multiplicaron las ideas. Los ejércitos regulares, conocidos en Europa desde fines del reinado de Cárlos VII, hicieron desaparecer los restos de las milicias feudales. Los bravos de todos los países se encontraron en estas tropas disciplinadas; y Bayardo peleó quizá con los hijos de Pizarro y de Hernan Cortés, que habían visto desplomarse los imperios del Perú y de Méjico. Los infieles, á quienes los caballeros iban á buscar al fondo de la Palestina, apoderados de Constantinopla, y convertidos en aliados nuestros, intervenían en nuestra política, y su príncipe enviaba al renegado griego Barbarroja á combatir en favor del papa y del rey cristianismo en las costas de la Provenza.

El cambio fué, pues, general en Francia; hasta los vestidos se alteraron, y las antiguas y las nuevas costumbres confundieronse en una mezcla única. Escribieron la lengua naciente con talento, primor y naturalidad la hermana de Francisco I, la reina de Navarra, Francisco I, que componía versos tan bien como Marot, Rabelais, Amyot, los dos Marots, y los autores de Memorias. El estudio de los clásicos, el de las leyes romanas, la erudicion general se emprendieron

con ardor, y las artes adquirieron una perfeccion que nunca han escedido en Francia. La pintura que tanto brillaba en Italia, adornó nuestros bosques y nuestros castillos góticos, cuyas torrecillas y almenas coronaron las órdenes de Grecia. Ana de Montmorency, que rezaba sus Padres nuestros, ornaba á Ecoeuen con obras clásicas; Primatice embellecía á Fontainebleau; Francisco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo Corazon de Leon, asistia á la muerte de Leonardo Vinci, y recibia el último suspiro de aquel gran pintor; y el condestable de Borbon, cuyos soldados, como los de Alarico, se preparaban para saquear á Roma; el condestable de Borbon, que debia morir de una bala de cañon disparado quizas por el grabador Benvenuto Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder, la vida y las costumbres de un antiguo y poderoso vasallo de la corona.

Francisco I, que en realidad no fué un grande hombre, pero que alcanzó el título de *gran rey*; este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo á las mugeres á la córte. Esta córte literata, galante y militar, mezclaba con los amores las bélicas hazañas, y entonces tuvo principio el reinado de esas favoritas que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía. De todas estas favoritas una sola, Inés Sorel, fué útil al principe y á la patria.

Una aventura escogida entre mil bastará para dar á conocer la alta sociedad del tiempo de Francisco I: Brantome, que con distinto talento imita muchas veces á Froissard, es en tales materias un narrador perfecto: He oido contar una aventura del reinado de Francisco I, del bello Gruffy, que era escudero del rey, y murió en Nápoles en el viage de Mr. de Lautrec, y de una muy elevada dama de la córte que se enamoró de él, porque era muy bello, y comunmente

le llamaban el hermoso Gruffy; mas yo no he visto un retrato que le represente tal.

«La dama ganó un día á un criado suyo de quien se fiaba, de todos desconocido, y que nunca se veía en su cámara, el cual buscó al escudero y le dijo, que una muy linda y honesta señora se encomendaba á él porque estaba tan enamorada, que deseaba yacer en su compañía mas que con mancebo alguno de la corte; pero que no queria por todos los bienes del mundo que la viese y la conociese, sino que á la hora de acostarse, y cuando se hubiesen retirado los cortesanos, vendria á buscarle el criado á un sitio convenido, y que desde allí le guiaria al dormitorio de la dama, bajo pacto que habia de taparle los ojos con un pañuelo blanco, como al trompeta que conducen á la ciudad enemiga, para que no pudiese ver ni reconocer el lugar, ni la cámara en que entraria; y que le tendria siempre sujeto con las manos, á fin de que no pudiese desatarse el pañuelo, pues así lo habia encargado su señora, que no queria ser conocida hasta un tiempo cierto y fijo que le indicó. Partió el mensajero dejando á Gruffy pensativo y desvelado, porque imaginaba si seria alguna treta que le jugaria algun enemigo de la corte para que cayese en celada. Imaginaba tambien qué dama seria, si elevada ó de la clase media, ó humilde, ó hermosa, ó fea, que le desagradaba mas, aunque de noche todos los gatos son pardos. Por lo que despues de haber conferenciado con uno de sus mas intimos amigos, resolvió tentar la aventura; y al dia siguiente, cuando el rey, las reinas, las damas y todos los cortesanos y cortesanias se retiraron á dormir, acudió al sitio señalado por el mensajero, que no tardó en presentarse, y al verle le dijo solamente: *Vamos, señor, que la dama os espera.* Vendóle los ojos, y le condujo por lugares estrechos, oscuros, tortuosos y desconocidos, de suerte que el

escudero dijo francamente, que no sabia donde estaba; y despues entró en el aposento de la señora, asaz sombrío y oscuro, en el que nada se veía ni conocia, como en un horno apagado.

«Hallóla exhalandó perfumes, lo cual le dió muy buenas esperanzas.

. y despues, habiéndole desátado el pañuelo, le guió al lecho de la dama que le esperaba, y yació junto á ella.

y no encontró cosa alguna que no le placiese, tanto su cutis como el lecho y las sábanas que tentaba con las manos, y asi pasó una noche deliciosa con aquella hermosa dama á quien oi nombrar.

. Sólo le fastidiaba, segun decia, el que no le hablase ni una palabra.

«Ella se guardaba, porque el escudero sin saberlo hablaba con ella muchas veces al día como con las otras damas de palacio, y por eso la hubiera conocido al instante. Mas no olvidaba las zalamerías, los halagos y las caricias, y Gruffy se ballaba muy bien.

«Al despuntar el día, el mensageró avisó y levantó, vistió y vendó al escudero del rey, acompañándole al sitio mismo de donde habia venido, y se despidió hasta la vuelta, que no tardaria.

«El bello Gruffy, despues de haberle dado cien veces las gracias, le dijo adios, y que siempre le encontraria pronto á volver; asi lo hizo, y la fiesta duró un mes, al cabo del cual tuvo Gruffy que partir á Nápoles, y al despedirse de la dama no consiguió ni una palabra de su boca, sino suspiros y lágrimas, que sentia caer de sus ojos. De suerte que partió sin conocerla y sin descubrir indicio alguno.»

Necesario es ahora colocar la reforma en medio de aquellas costumbres licenciosas y ligeras: la reforma pretendia resucitar el primer cristianismo entre cristianos envejecidos, asi como Francisco I queria repro-

ducir la caballería entre soldados que llevaban mosquetes y arcabuces.

La reforma es el acontecimiento mas importante de aquella época; abrió los siglos modernos, y los separó del siglo indeterminado que siguió á la desaparicion de la edad media.

Hasta entonces habíanse notado frecuentemente heregías en la iglesia latina, pero de corta duracion, y que nunca habian alterado el orden político. El protestantismo fué desde su origen un negocio de estado y dividió á los ciudadanos: las metamorfosis verificadas en las leyes y en las costumbres, debian necesariamente producir mudanzas en la religion; porque era imposible mudar el exterior del edificio sin que se resintiesen las bases del mismo.

La reforma despertó las ideas de la igualdad antigua, estimuló al hombre á enriquecerse, á indagar, á aprender: fué propiamente hablando, la verdad filosófica, que revestida de la forma cristiana, atacó á la verdad religiosa. La reforma contribuyó poderosamente á trasformar una sociedad de todo punto militar en una sociedad civil é industriosa: este bien es inmenso, mas confundióse con infinitos males que la imparcialidad histórica no nos permite omitir.

El cristianismo comenzó entre los hombres por la clase plebeya, pobre é ignorante: Jesucristo llamó á los humildes, que acudieron á su llamamiento. La fé ascendió por grados á las clases elevadas, y sentóse por fin en el trono imperial. El cristianismo era entonces católico ó universal, porque la religion llamada católica partió desde el suelo para llegar á la cumbre social, y hemos visto que el papismo no era mas que el tribunado de los pueblos cuando principió la edad política del cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto; introdujose por la cabeza del cuerpo político, apoderán-

dose de los príncipes, los nobles, los sacerdotes, los magistrados, los sabios y los literatos, descendiendo lentamente á las condiciones inferiores; y el sello de ambos orígenes distinguió á las dos comuniones.

La comunión reformada nunca ha sido tan popular como el culto católico, porque su estirpe de príncipes y patricios no simpatizó con la muchedumbre. Justo y moral el protestantismo, es exacto en el cumplimiento de sus deberes; pero su bondad nace mas de la razon que de la ternura: viste al que está desnudo, pero no le abraza en su seno; abre asilos á la miseria, pero no vive ni llora con ella en sus mas abyectos lugares: consuela al desgraciado, pero no le compadece. El fraile y el cura son los compañeros del pobre, y pobres como él, tienen por compañeras á las entrañas de Jesucristo: los andrajos, la paja, las llagas, los calabozos no les inspiran ni disgusto ni repugnancia: la caridad ha llenado de perfumes á la indigencia y al infortunio. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron á Jesucristo resucitado: bendice el cuerpo del mendigo moribundo, como despojo sagrado de un ser amado de Dios, y que resucita para la vida eterna. El pastor protestante abandona al indigente en su lecho de muerte; para él los sepulcros no son una religion, porque no cree en los lugares espiatorios, donde las preces de un amigo libertan á una alma que padece: en este mundo no se precipita en medio del fuego y de la peste, y conserva para su familia privada los cuidados afectuosos que el sacerdote de Roma prodiga á la gran familia humana.

Bajo el aspecto religioso, la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó la carencia completa de fé: la razon es la independenciam del espíritu puesto entre dos abismos: la duda ó la incredulidad.

Y por una reaccion natural la reforma, al presen-

tarse en el mundo, resucitó el fanatismo católico que se extinguía: podíamos, pues, acusarla de haber sido la causa indirecta de los horrores del día de San Bartolomé, del furor de la liga, del asesinato de Enrique IV, de las matanzas de Irlanda, de la revocación del edicto de Nantes, y de las persecuciones llamadas de los dragones. El protestantismo gritaba contra la intolerancia de Roma, al mismo tiempo que degollaba á los católicos en Francia, echaba al viento las cenizas de los muertos, encendía las hogueras de Sirven en Génova, se manchaba con las violencias de Munster, y dictaba leyes atroces que han abrumado á los irlandeses, libres apenas de su tiranía despues de dos siglos de opresion. ¿Qué pretendia la reforma en lo relativo al dogma y á la disciplina? Imaginaba raciocinar perfectamente negando varios misterios de la fé católica, al propio tiempo que defendia otros tan difíciles de comprender como los primeros. Atacaba los abusos de la corte de Roma; pero la civilizacion los hubiera destruido con sus progresos, y en todas partes se levantaba la voz hacia largo tiempo contra los mismos abusos. ¿Erasmus, Rabelais y otros muchos no comenzaban á notar y demostrar sin el auxilio de Lutero los vicios que el poder indefinido y la barbarie de la edad media habian introducido en la iglesia? ¿Los reyes no habian sacudido el yugo de los papas? ¿El largo cisma del siglo XIV no habia fijado los ojos de la muchedumbre en la ambicion del gobierno pontificio? ¿Los magistrados no mandaban hacer pedazos y entregar al fuego las bulas?

Penetrada la reforma del espíritu de su fundador, fraile envidioso y bárbaro, declaró la guerra á las artes. Apartando la imaginación de las facultades que distinguen al hombre, cortó al genio las alas, y lo ató al suelo. Se desenfrenó con motivo de algunas limosnas destinadas á elevar la basílica de San Pedro en el

mundo cristiano: ¿acaso hubiesen rehusado los griegos los socorros exigidos de la piedad para levantar un templo á Minerva?

Si la reforma en sus principios hubiese obtenido un pleno triunfo, hubiera establecido, al menos por espacio de algun tiempo, otra especie de barbarie: calificando de superstición la pompa de los altares, de idolatría las obras clásicas de la escultura, de la arquitectura y de la pintura, tendia á hacer desaparecer la alta elocuencia y la sublime poesía, á deteriorar el gusto repudiando los modelos, á introducir la aridez, la frialdad, la sutileza en el entendimiento, á sustituir una sociedad remontada y enteramente material á una sociedad fácil y de todo punto intelectual, y á sustituir las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de las operaciones mentales. La observación de un hecho confirma tales verdades.

En los diversos ramos de la religion reformada, esta comunión se acerca mas ó menos á lo bueno, segun que se halla mas ó menos apartada de la religion católica. En Inglaterra, donde se ha conservado la gerarquía eclesiástica, las letras han tenido su siglo clásico. El lateranismo retuvo ciertas chispas de imaginación, que procuró apagar el calvinismo, y que despues descendió hasta el cuácaro, que queria reducir la vida social á modelos groseros y á la práctica de los oficios.

Shakespeare, segun todas las probabilidades, era católico; Milton imitó de un modo claro algunos trozos de los poemas de San Avito y de Masenio, y Klopstock ha copiado la mayor parte de las creencias romanas. En nuestro tiempo no ha brillado en Alemania la sublime imaginación hasta que se ha debilitado y desnaturalizado el espíritu del protestantismo: Goethe y Schiller han desplegado su ingenio tratando ason-

tos católicos: Rousseau y Mad. de Staël son una escepcion ilustre de la regla; pero ¿son protestantes á la manera de los primeros discipulos de Calvino? Los pintores, los arquitectos y los escultores de los cultos disidentes, acuden al presente á Roma á buscar las inspiraciones que les permite beber la tolerancia universal. La Europa, ¿qué he dicho? el mundo hállase cubierto con los monumentos de la religion catolica. Debémole la arquitectura gótica, que rivaliza en sus detalles y eclipsa en grandeza las obras de la Grecia. Tres siglos se han cumplido desde que nació el protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania y en América: practicando millones de hombres, ¿y qué ha creado? Solo puede enseñarnos las ruinas que ha causado, y entre las cuales ha plantado varios jardines ó establecido manufacturas. Rebelde á la autoridad de la tradicion, á la experiencia de las edades, á la antigua sabiduria de los ancianos, el protestantismo prescinde de lo pasado para fundar una sociedad sin raices. La reforma, adoptando por padre á un fraile aleman del siglo XVI, renunció á la magnífica genealogía que remonta al católico por una série de santos y de hombres grandes hasta Jesucristo, hasta los patriarcas, y hasta la cuna del universo. El siglo protestante negó desde su principio todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo del otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad cuando no era ya necesario defenderla.

La reforma no solo restringia el ingenio en la elocuencia, la poesia y las artes, sino que comprimia los grandes corazones en la guerra: el heroismo no es mas que la imaginacion en el órden militar. El catolicismo no habia producido los caballeros; el protestantismo tuvo capitanes valerosos y amigos de la virtud, como La Noue, pero sin vehemencia; crueles algunas veces a

sangre fría, y austeros menos en sus costumbres que en su meate, siempre los Guisas eclipsaron á los Châtillons. El único guerrero de movimiento y de vida que contaron los protestantes en sus filas, Enrique IV, desertó de ellas. La reforma produjo á Gustavo Adolfo, á Carlos XII y á Federico; mas nunca hubiera producido á Bonaparte, y del mismo modo que abortó á Tillotson y al ministro Claudio, y no creó á Fenelon ni á Bossuet, del mismo modo originó á Iñigo Jones y á Webb, y no dió nacimiento á Rafael y á Miguel Angel.

Se ha dicho que el protestantismo ha sido favorable á la libertad política, y que ha emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Es cierto que en su cuna la reforma fué republicana, pero en el sentido aristocrático, porque sus primeros discipulos fueron nobles. Los calvinistas imaginaron para la Francia una especie de gobierno de principados federales, que la hubieran hecho semejante al imperio germánico, y ¡cosa estraña! el protestantismo hubiera resucitado el feudalismo. Los nobles se precipitaron por instinto en el nuevo culto, porque despertaba en ellos una especie de recuerdo de su éstinguido poder; pero pasado el primer hervor, los pueblos no heredaron del protestantismo especie alguna de libertad política.

Fijad los ojos en el Norte de Europa, en los países en que la reforma nació y se ha conservado, y observareis en todas partes la voluntad única de un señor; en Suecia, en Prusia y en Sajonia permanece la monarquía absoluta, y en Dinamarca reina el despotismo legal. El protestantismo no triunfó en los países republicanos: no pudo introducirse en Génova, y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una iglesia secreta, que se cerró porque las artes y el hermoso sol de Mediodía éranle mortales. En Suiza solo se arraigó en los

cantones aristocráticos análogos á su naturaleza, y esto todavía con suma efusion de sangre; y los cantones populares ó democráticos, Schwitz, Ury y Unterwald, cuna de la libertad helvética, la rechazaron. En Inglaterra no ha sido el vehiculo de la constitucion, formada mucho tiempo antes del siglo XVI, bajo la bandera de la fé católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de la corte de Roma, el parlamento habia juzgado ya y depuesto á los reyes, y los tres poderes eran distintos: el impuesto y el ejército no se decretaban sin el consentimiento de los lores y de los comunes; habíase inventado la monarquía representativa, y marchaba; el tiempo, la civilizacion y las luces que crecian, hubiérandle añadido los resortes que le faltaban, tanto bajo la influencia del culto católico, como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de conseguir el engrandecimiento de sus libertades con la destruccion del culto de sus padres, que ni el senado de Tiberio fué tan vil como el parlamento de Enrique VIII, cuyo parlamento llegó al extremo de decretar que la voluntad única del tirano fundador de la iglesia anglicana tenia fuerza de ley. ¿Fué la Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? Lo cierto es que el protestantismo en nada ha alterado las instituciones: allí donde ha encontrado una monarquía representativa ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y en Suiza, las ha adoptado: donde ha hallado gobiernos militares, como en el Norte de Europa, se ha acomodado á ellos, y aun los ha hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república plebeya de los Estados Unidos, no por eso han debido su emancipacion al protestantismo; porque no las han libertado las guerras religiosas, sino el levantamiento contra la opresion de la madre patria protestante como ellas. El Mariland, estado católico y muy populoso,

hizo causa común con los otros estados, y al presente la mayor parte de los estados del Oeste son católicos, y los progresos de esta comunión en aquel país libre son superiores á cuanto pueda creerse, á causa de que se ha amalgamado con su elemento natural el pueblo, mientras que las otras comuniones permanecen allí en una profunda independencia. Finalmente, después de aquella gran república protestante de las colonias inglesas, acaban de levantarse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas, y no cabe duda en que estas, para llegar á la independencia, han tenido mas obstáculos que vencer que las colonias anglo-americanas, que se habian alimentado con las ideas del gobierno representativo antes de haber roto los débiles lazos que las unian al seno materno.

Con la ayuda del protestantismo, una sola república se ha formado en Europa, la de Holanda; pero es preciso reflexionar que la Holanda pertenecía á esos comunes industriales de los Países Bajos, que durante mas de cuatro siglos lucharon para sacudir el yugo de sus príncipes, y se administraron en forma de repúblicas municipales, celosos católicos como eran. Felipe II y los principales de la casa de Austria no pudieron sofocar en la Bélgica ese espíritu de independencia; y esos mismos sacerdotes católicos son los que hoy día acaban de volverla al estado republicano.

Preciso es, pues, deducir de la estricta investigación de los hechos, que el protestantismo no ha emancipado los pueblos; ha proporcionado á los hombres la libertad filosófica, no la libertad política; y la primera de estas libertades no ha conquistado en parte ninguna á la segunda, á no ser en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿Por qué Alemania tan filosófica naturalmente, y armada con el protestantismo, no ha dado paso alguno hácia la libertad política en el

siglo XVIII, mientras que la Francia, tan poco filosófica por temperamento, y bajo el yugo del catolicismo, ha obtenido en el mismo siglo su completa libertad?

Descartés, fundador de la duda en el raciocinio, autor del *método* y de las *meditaciones*, destructor del dogmatismo escolástico; Descartes, que sostenía que para encontrar la verdad era necesario olvidar las opiniones recibidas; Descartes fué tolerado en Roma pensionado por el cardenal Mazarino, y perseguido por los teólogos de Holanda.

* El hombre teórico desprecia extraordinariamente la práctica: juzgando desde la altura de sus doctrinas las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, remontando sus atrevidas indagaciones hasta los misterios de la naturaleza divina, siéntese y se cree independiente, porque únicamente tiene el cuerpo encadenado. Pensarlo todo y no hacer nada, es al mismo tiempo el carácter y la virtud del genio filosófico que desea la ventura del género humano, el espectáculo de la libertad le encanta, y poco le importa verle desde las ventanas de una cárcel. Como Sócrates, el protestantismo ha sido un comadron de los talentos, y desgraciadamente los que ha dado á luz no han sido hasta ahora mas que bellos esclavos.

Ademas, la mayor parte de las reflexiones sobre la religion reformada, no deben aplicarse sino á lo pasado: al presente los protestantes, lo mismo que los católicos, no son lo que han sido: los primeros han ganado en imaginacion, en poesia, en elocuencia, en razon, en libertad, en verdadera piedad, tanto como han perdido los segundos. Las antipatías entre las diversas comuniones no existen ya: los hijos de Cristo, de cualquiera línea que provengan, se han estrechado al pie del calvario, tronco comun de la familia. Los desórdenes y la ambicion de la corte romana han cesado; no han quedado ya al Vaticano sino la virtud de los primeros

obispos, la proteccion de las artes, y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á recomponer la unidad católica, y con algunas concesiones por una y otra parte no tardarán en ponerse de acuerdo. Volveré á repetir lo que he dicho ya en esta obra: para esparcir sobre el mundo un nuevo brillo, el cristianismo solo espera un genio superior venido á su hora, y ocupando su lugar la religion cristiana entra en una nueva época: como las instituciones y las costumbres, sufre la tercera trasformacion; cesa de ser política; llega á ser filosófica sin dejar de ser divina: su círculo flexible se estiende con las luces y con la libertad, y la cruz marca continuamente su inmóvil centro.

ENRIQUE II.

De 1547 hasta 1559.

Solo fueron los doce años del reinado de Enrique el preámbulo de esta nueva sociedad, que se formó durante el tiempo de los últimos Valois, y que no se parece á la sociedad comenzada con Luis XI y acabada con Francisco I. Notemos los famosos sucesos de la batalla de San Quintin perdida por el mariscal de San Andrés, el levantamiento del sitio de Metz defendido por el duque de Guisa, la toma de Thionville y de Calés por el mismo príncipe, que pusieron fin á las conquistas de Eduardo III, y establecieron nuestras fronteras militares y la ligá en defensa de la libertad germánica entre Enrique II, el elector de Sajonia y el marqués de Brandeburgo. La paz de Cateau-Cambresis, obra del condestable de Montmorency, hizo perder á Enrique II las ventajas que comenzaba á conseguir sobre las armas españolas.

Los demas acontecimientos consisten en el matrimonio de Juana de Albret, heredera de Navarra, con

Antonio de Borbon, padre de Enrique IV; en el matrimonio de María Estuarda con Francisco el delfín; en el advenimiento de María al trono de Inglaterra, la que restableció al punto la religion católica, y dejó su corona á otra muger, á la famosa Isabel, y en la abdicacion y muerte de Carlos V.

En el interior de la Francia la persecucion contra las reformas se estendió y se regularizó con la intervencion de la ley: el edicto de Escouen les impone la pena de muerte, prohibiendo el disminuirla. Enrique II mandó arrestar en 1559 á cinco consejeros del parlamento de Paris, acusados de ser fautores de heregia, entre los que se hallaban Luis Faur y Dubourg, que se atrevieron á echar en cara á Enrique sus adulterios, atacar los vicios de la corte de Roma, y anunciar que el poder de las llaves propendia á su ruina. El bautismo de fuego consistia en colgar un protestante encima de una hoguera, y en sumirle diferentes veces en las llamas, bajando y subiendo la cuerda. Enrique II y Diana de Poitiers asistieron al espectáculo como á un pasatiempo: el almirante de Coligny se presentaba en la escena, y organizábanse las tres facciones de Montmorency, de Chatillon y de Guisa. Entonces, que el entendimiento humano poseia un instrumento para multiplicar la palabra y difundir el pensamiento por las masas; entonces, que todo se llenaba de luz y de inteligencia, la monarquia, próxima á vencer las postreras libertades aristocráticas, entregábase por el camino de los abusos y de los vicios al gusto del poder absoluto.

Enrique II murió de una herida en el ojo que recibió de manos de Montgomery en una justa, y el reinado del mismo príncipe habíase abierto con el desafío de Jarnac y de la Chataigneraie.

FRANCISCO II.

De 1559 hasta 1560.

Los reinados de Francisco II, de Carlos IX, de Enrique III, y una parte de Enrique IV, componen un drama único, cuyos principales papeles son: por lo que respecto á las mugeres, Catarina de Medicis, Margarita de Valois, Maria Estuarda, Juana de Albret, la duquesa de Nemours, Mad. de Montpensier, madama de Aumale, Mad. de Noirmourtiens, Gabriela de Estreés, y algunas otras: de la clase de príncipes, prelados y guerreros, los dos primeros Guisas, Francisco de Guisa y el cardenal de Lorena; la segunda generacion de los Guisas, Enrique, llamado el Acuchillado, el cardenal de Guisa, el duque de Mayena, el duque de Nemours, la esposa del condestable Ana de Montmorency, el almirante de Coligny y Chatillon; Antonio, rey de Navarra, su hijo, Enrique de Bearné, y los dos príncipes de Condé; l'Hopital, el primer Molé, Harlay, Brisson y de Thou.

En segundo término del cuadro presentanse otros personajes: las doncellas de honor de Catarina de Medicis, los favoritos de Enrique III y de su hermano el duque de Alençon, los satélites de los Guisas: Maugiron, Saint-Mesgrin, Joyeuse, d'Espéron, Bussy, los asesinos de San Bartolomé, Maurevert, Besme, Cocornas, Tomás, el perfumista de Catarina de Medicis; sin olvidar á Poltrot, á Jacobo Clemente, y finalmente á Ravaillac, que cerró mas tarde la lista de aquellos monstruos.

Los letrados y los sábios no deben pasarse en olvido en esta escena, porque cada uno de ellos representa en ella su papel, segun la religion que profesan.

ba: Juan de Bellai, cardenal; Melanchthon, Beauvais, gobernador de Enrique IV; Juan Calvino, Carlos Esteban, Estelán Jodelle, Carlos Dumoulin, Enrique de Oysel, Pedro Ramus, du Tillet, Belleforest, Juan de Montluc, obispo de Valencia; Pibrac, Romsard, Saint-Gelais, Amyot, Bodin, Charron, Cujas, Fauchet, Garnier, du Haillan, Lipse, de Mesme, Miron, Montaigne, Nicot, de Ossat, Passerat, Pitou, Scaliger, y de Serres. Entonces el Tasso contaba a la Italia la gloria de los antiguos caballeros, que Cervantes iba a inmortalizar por distinto camino en España: Camoens alababa el Oriente descubierto; el genio de la edad media que habia aparecido en la tierra con el Dante, descendia glorioso a la tumba con Shakespeare; y Ticho-Brahé, abandonando el verdadero sistema del mundo desenvuelto por Copérnico, adquiria el titulo de restaurador de la astronomia en aquellas regiones de que los romanos no habian oido hablar sino como de la patria desconocida de los bárbaros destructores de su imperio.

Los personajes notables que ocupaban los solios extranjeros son: Sixto V, Isabel y Felipe II. De los cuatro reyes que gobernaron la Francia durante tales turbulencias, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV, el primero no es célebre sino por la belleza y los infortunios de su viuda, de Maria Estuarda, que transmitió a su hijo un nombre funesto y una sangre de cadalso.

El gobierno, en tiempo de Francisco II, cayó en manos de los tíos maternos de aquel príncipe, Francisco de Guisa y el cardenal de Lorena. El cardenal tenia relaciones íntimas con Catarina de Médicis: «Uno de mis amigos, no hugonote, dice l'Estoile, me ha contado que estando acostado en compañía de un criado del cardenal, en un aposento por donde se pasaba a la habitacion de la reina madre, vió a media

noche al dicho cardenal con un vestido ligero que atravesaba al cuarto de la reina, y que su amigo le dijo, que si hablaba jamás de lo que habia visto, perderia la vida.»

La muger del condestable de Montmorency y la duquesa de Valentinois vieron perdido su crédito. Antonio de Borbon y el cardenal su hermano, fueron enviados á España, bajo pretesto de acompañar al palacio de Felipe II á Isabel de Francia. Estalló la conspiracion de Amboisa contra los Guisas; dirigiala en secreto el príncipe de Condé.

Publicáse el edicto de Romorentin, que concede á los obispos la facultad de intervenir en el conocimiento del crimen de heregia. Desgraciadamente fué autor de este edicto l'Hopital, y le redactó para impedir el establecimiento de la inquisicion.

Convócanse los estados de Orleans, y son enviados á ellos el rey de Navarra y el príncipe de Condé; este es arrestado como caudillo de una nueva conspiracion; es juzgado y condenado á perder la cabeza, y libertado por la muerte de Francisco II (2539, 1560).

CARLOS IX.

De 1560 hasta 1574.

Quisiéronse separar los estados de Orleans de 1560 con motivo de la muerte del rey, diciendo que su poder habia espirado. Pero los detuvo la fuerza del principio de que la autoridad del rey jamás muere. Dieron el decreto sobre materias eclesiásticas, el reglamento de justicia, y las sustituciones reducidas á dos puntos. Las órdenes ó decretos de los estados ataban tan poco á la autoridad real, que Carlos IX revocó por su declaracion de Chartres de 1562 el artícu-

lo 4.º de la ordenanza de Orleans, que restablecía la pragmática.

Catarina de Médicis, sin ser regente del reino en la menor edad de Carlos IX, gozó de una autoridad que se prolongó durante todo el reinado de aquel príncipe y el de Enrique III. Se ha pintado tantas veces el carácter de esta muger, que no presenta ya sino un lugar como muy gastado; falta solo hacer una observacion: Catarina era italiana, hija de una familia de mercaderes, y educada en el principado de una república; estaba acostumbrada á las tormentas populares, á las facciones, á las intrigas, á los envenenamientos y á las puñaladas; no tenia ni podia tener las preocupaciones de la aristocracia y de la monarquía francesa, el sobrecejo de los grandes, el desprecio de los humildes, las pretensiones del derecho divino, y el amor del poder absoluto cuando era el monopolio de una dinastía; no conocia nuestras leyes, ni se cuidaba de ello, y quería hacer pasar la corona á su hija. Era incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo; en calidad de incrédula no profesaba odio alguno á los protestantes, é hizolos asesinar por política. Finalmente, si la seguimos en todos sus actos, conoceremos que nunca vió en el vasto reino de que era soberana, mas que á Florencia agrandada, los tumultos de su república, el levantamiento de un barrio de su ciudad natal contra otro barrio, y la querella de los Pazzi y de los Médicis en la lucha de los Guisas y de los Chatillons.

Triunvirato del duque de Guisa, del condestable de Montmorency y del mariscal de San Andrés: el rey de Navarra fortificó aquel triunvirato. Conferencia de Poissy, en que el cardenal de Lorena abogó por los católicos, y Teodosio de Beze por los hugonotes. El príncipe de Condé queda absuelto por decreto del parlamento de la conjuracion de Amboisa, á cuya cabeza

se hallaba sin embargo. María Estuarda vuelve á Escocia; tuvo un secreto presentimiento de sus desgracias.

«Apenas había nacido, como suele decirse, y cuando todavía mamaba, los ingleses asaltaron la Escocia, y fué menester que su madre, por miedo de aquella furia, la fuese ocultando de tierra en tierra de Escocia.

Y no bastando esto tuvo que meterla en los bateles, y esponerla á las olas, borrascas y vientos del mar, y la trasladó á Francia para su mayor seguridad. . . . La fortuna adversa la dejó, y tomola la próspera de la mano.» (*Brantome*).

No permaneció largo tiempo. Viuda de Francisco II, regresó á una comarca semi bárbara, con el corazón lleno de la imagen del esposo que había perdido: llevaba luto vestida de blanco, cantaba las elegías que componía por sí misma, y acompañábase al laud.

Si je suis en repos,
 Sommeillant sur ma couche,
 J'ay qu'il me tient propos,
 Je le sens qui me touche:
 En labeur, en rezoy,
 Toujours est pris de moy.

Embarcóse en Calés en los primeros dias de setiembre de 1564, á principios del otoño, y vió naufragar un navío al salir del puerto. Apoyada en la popa del barco, y con los ojos clavados en la ribera, prorumpió en lágrimas cuando perdió de vista la tierra; y permaneció cinco horas enteras en aquella actitud, repitiendo sin cesar: ¡Adios Francia; adios Francia! Y cuando sobrevino la noche: ¡Adios mi querida Francia; te pierdo de vista, repeta, y nunca te volveré á ver! No quiso bajar á la cámara del navío: tendieron unos tapices sobre el castillo de popa, y acostóse allí

sin tomar alimento. Mandó al piloto que la despertase al nacer el día si descubría aun la costa de Francia: en efecto, la tierra permanecía visible al despuntar la aurora, y María Estuarda la saludó con estas últimas palabras: *¡Adios Francia, no hay remedio; adios Francia, no volveré á verte ya!* (Brantome). Otra desterrada, mas infeliz aun, ha podido pronunciar las últimas frases al ir á pedir un abrigo al palacio solitario de María Estuarda.

Primer edicto en favor de los hugonotes, y el parlamento se niega al principio á registrarlo: primera guerra civil por consecuencia de la matanza de Vassy. El príncipe de Condé, declarado jefe de los protestantes, se apodera de la ciudad de Orleans: Rouen cae en poder de los hugonotes; y Antonio, rey de Navarra, padre de Enrique IV, herido delante de aquella plaza el 16 de octubre de 1562, muere de resultas de la herida y á causa de su intemperancia: habia sido protestante, y se habia hecho católico. Juana de Albret, su esposa, de católica que era se convirtió en *hugonota muy fuerte*, dice Brantome.

Batalla de Dreux, que perdieron los hugonotes. Los dos generales de uno y otro ejército cayeron prisioneros, el príncipe de Condé, jefe del ejército protestante, y el condestable de Montmorency, jefe del ejército católico. El mariscal de San Andrés quedó muerto en el campo. El duque de Guisa decidió la victoria, y por la noche partió su cama con el príncipe de Condé, su prisionero: el príncipe de Condé no pudo dormir, y el duque de Guisa durmió toda la noche (1562).

Poltrot asesinó al duque de Guisa delante de Orleans: es probable que el almirante Coligny supiese el proyecto del asesinato. Las últimas palabras de Guisa á Poltrot, aunque sabidas de todos, nunca deben omitirse.

Des Dieux qui nous servons connois la différence:
Le tien t'a commandé le meurtre et la vengeance;
Le mien, lorsque ton bras vient de m'assessiner,
M'ordonne de te plaindre et de te pardonner.

Francisco de Guisa fué superior á su hijo Enrique, aunque no representó tan importante papel: necesario es remontarse á la época de los romanos para encontrar tanta gloria y tanto ingenio heredados por una misma familia. Este es el punto mas elevado de la segunda aristocracia, que arrojó al espirar tanto esplendor como la primera: no era tan moral, pero sí mas civilizada y mas inteligente.

El 19 de marzo de 1563, primer tratado de paz entre los católicos y los hugonotes, que dieron los primeros el ejemplo de llamar á los estrangeros en su auxilio, y entregaron á los ingleses el Havre-de-Grâce, que volvió á tomar Carlos IX. Cierrasé el concilio de Trento; el reino no recibió sus decretos de policia y de reforma.

En 1564 la ordenanza del castillo de Rosellon, en el Delfinado, fijó el principio del año en 1.º de enero: abriase antes el año el sábado santo despues de vísperas, y como este dia no era fijo, producía errores cronológicos. Como la sociedad moderna habia nacido del cristianismo, el año habia adoptado la era, y renacia con Cristo.

La historia de los monumentos artísticos exige que hablemos de los primeros trabajos de 1564, al edificar el palacio de las Tullerías; elegante arquitectura, que echan á perder las pesadas obras con que la han engrandecido y confundido.

En 1565 se verificó en Bayona la entrevista del rey y de Catarina de Médicis con Isabel de Francia, esposa de Felipe II, y el duque de Alba. Se ha dicho que

se confirmó en aquella entrevista la matanza de los gefes hugonotes, concebida en el concilio de Trento en 1563 por el cardenal Cárlos de Lorena. La reina, levantando tropas despues del viage de Bayona, alarmó á los protestantes regnicolas y estrangeros, ocasionó la segunda guerra civil en Francia, y dió principio á las revueltas de los Países Bajos.

Apenas fijamos la atencion en esta época en el abandono del sitio de Malta por los turcos, del mismo modo que en tiempo de Luis XIV no reparamos en el sitio de Candia sino por la muerte del héroe de la Fronda. Sin embargo, los infieles eran mas formidables que nunca, y el espíritu de las cruzadas no existia ya. D'Aubusson, l'Isle-Adam y La Valette, representantes de la caballeria, eran como unos monarcas sin estados, no sin gloria, que sobreviven á su poder.

La primera ordenanza de Moulins reunió y asimiló los dominios poseidos por el rey á los dominios de la corona: otra ordenanza tambien de Moulins reformaba la administracion de justicia, y aun al presente forma el fondo del derecho comun en el nuevo código (1566).

La asociacion de los *mendigos*, para oponerse al establecimiento de la inquisicion, sublevó los Países Bajos. El príncipe de Orange huyó, y al año siguiente el duque de Alba mandó cortar la cabeza al conde Horn y al conde de Aignemont.

La batalla de San Dionisio señaló la segunda guerra civil: el condestable Montmorency mandaba el ejército real, y el ejército protestante marchaba bajo las órdenes del príncipe de Condé y del almirante Coligny. El condestable recibió ocho heridas, y rompió con el pomo de su espada los dientes á Jacobo Estuardo, que le disparó el último tiro de pistola: habia vivido en el reinado de cuatro reyes, y contaba setenta y cuatro años. Este condestable, hombre limitado, gro-

sero y rígido, formó en parte la gloria nacional de Montmorency, cuya casa era un resto de la primera aristocracia, que se había conservado en medio de la segunda (1567).

Vamos á copiar una anécdota que pinta al hombre y la época; el condestable, *gran sacudidor de las personas*, se hallaba en Burdeos, y Strozzi le pidió permiso para deshacer un navío de trescientas toneladas, llamado el *Monte real*, que le parecía viejo, para que se calentasen los guardias del rey. El condestable consintió en ello, mas los jurados de la ciudad y los consejeros de la corte reclamaron contra el acuerdo, diciendo que el navío era bueno, y podía servir aun.

«¿Y quién sois vosotros, asnos, gritó el condestable, que queréis oponeros? Sois muy atrevidos de lengua; hago bien, y si me enfado haré deshacer vuestras casas en vez del navío.»

Brantome en un trasporte de admiración, esclama: «¡Y llenos de miedo guardaron silencio avergonzados! Y el navío quedó deshecho despues de comer, porque nunca se había visto tanta diligencia y actividad en los soldados.»

¿A quién pertenecía el navío? ¿Al estado ó á los particulares? Ved aquí la idea que tenían entonces de la propiedad pública ó privada, de la autoridad de las leyes y de los magistrados. Descúbrese en las palabras del condestable la mezcla de las dos épocas, la insolencia aristocrática y el despotismo monárquico.

Segunda paz de 1568, llamada la paz breve, y seguida inmediatamente de la tercera guerra civil. Aventuras y muerte trágica de don Carlos y de Isabel de Francia. La reina Isabel manda arrestar á María Estuarda, refugiada en Inglaterra, el canciller de l'Hopital se retira de la corte.

Batalla de Jarnac ganada el 13 de marzo de 1569 por el duque de Anjou, que despues fué Enrique III, á Luis I, príncipe de Condé, muerto despues del combate por Montesquieu. El almirante de Coligny y el príncipe de Bearne, Enrique IV, declarado gefe del partido, tranqui izan á los hugonotes.

Batalla de Montcontour del 3 de octubre del mismo año, perdida por el almirante de Coligny.

Tercera paz concluida en San German en el mes de agosto de 1570. En 1574 propónese el matrimonio de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, con Margarita, hermana de Carlos IX y de Enrique III.

Las batallas de nuestras guerras civiles y religiosas, que tanto ruido movieron, desaparecen al presente entre las grandes batallas de la aristocracia en tiempo del feudalismo, perdidas casi todas peleando contra los estrangeros, y las grandes batallas de la democracia durante la revolucion, ganadas casi todas peleando contra los estrangeros.

De la época de los Valois solo se cuenta una batalla cuyo recuerdo sea europeo, el de la batalla de Lepanto: alli se encontraron frente la una de la otra las dos religiones que no habian podido terminar su querella durante nueve siglos. Grecia esclava vió al menos humillados á sus tiranos, y pudo tener el presentimiento del último combate naval que debia volverle en Navarino la libertad que en otro tiempo habia conquistado en Salamina.

El año 1572, nacido de las entrañas de un tiempo todo sangriento, conservó y no enjugó la sangre del alumbramiento materno. Juana de Albret, reina de Navarra, fué á París á casar á su hijo Enrique con Margarita de Valois, y el almirante de Coligny y los señores protestantes dirigiéronse tambien alli para asistir á las bodas y conferenciar sobre la guerra de los Países Bajos. La reina de Navarra murió tal vez

envenenada: «Reina que no tenía de muger mas que el sexo, con un alma enteramente entregada á las cosas varoniles, y el entendimiento á los negocios, y con un corazon invencible en las calamidades.» (D'Aubigné).

«El rey la llamaba tia, su todo, su mas amada.... Por la noche al retirarse dijo á la reina su madre riéndose: ¿Y qué os parece, señora? ¿represento bien mi papel?» (L'Estoile).

Enrique, rey de Navarra, se casó con Margarita de Valois: «Despues que se ejecutó la matanza de San Bartolomé, el rey decia riéndose y jurando por Dios, segun tenia de costumbre, y con palabras que el pudor obliga á callar, que su Margarita, que estaba preñada, casándose habia cogido en el lazo á todos los rebeldes hugonotes.» (L'Estoile).

Maurevert hiere al almirante de un tiro de arcabuz, y los hugonotes son asesinados el dia de San Bartolomé.

Coligny recibe el primero la muerte: «Besme, Haustefört, Hattain, encuentran al almirante en pié y herido de muerte; ruégales que tengan piedad de su vejez, y sintiendo sus frias espadas que traspasan su cuerpo, prolonga su vida abrazándose á la ventana para que no le arrojen bajo, donde precipitado hartó los ojos del hijo á cuyo padre habia mandado quitar la vida.» (Tavannes).

El mismo historiador añade; «El rey de Navarra y el príncipe de Condé son conducidos á la presencia del rey, que les propone la misa ó la muerte, y amenaza al príncipe de Condé que no oponia dificultad. Escediéronse del acuerdo de matar únicamente á los gefes, y la furia popular arrebató la vida á muchas mugeres y niños: pasaron de dos mil los muertos.»

Tavannes hubiera querido que la matanza no comprendiese mas que á los gefes de los hugonotes,

y se ganase la batalla en Paris, sosteniendo «que aquella carnicería no merecía reprensión alguna siendo hija del temor, y motivada por un incidente; que bastaba sucumbiesen los príncipes y mariscales de Francia (el rey de Navarra, el príncipe de Condé, los mariscales de Montmorency y de Damville), y que no debían padecer por los culpables los príncipes inocentes. . . .»

El mariscal de Retz defendía lo contrario: «Que era necesario llevarlo todo á sangre y fuego, que aquellos príncipes educados en su religión, cruelmente ofendidos con la muerte de su tío y de sus amigos, se resentirían; que no se debía ofender á medias; que en aquellos designios extraordinarios se debía considerar primero si eran necesarios, precisos y justos, y que habiéndolos juzgado tales, nada se había de despreciar para conseguir la paz, que era el blanco de sus deseos. Prevaleció la opinión del señor Tavannes por ser mas justa, y por creer que el mariscal de Retz ambicionaba los estados de que quería apoderarse.»

Tal es la doctrina de los asesinos claramente esplicada: no se ha inventado en nuestro tiempo.

Después de la matanza del día de San Bartolomé (1), Carlos IX *pareció enteramente mudado, y decían que no se notaba ya en su rostro aquella dulzura que acostumbraba á mostrar.* (Brantome).

Aquel execrable día que no produjo mas que mártires, dió á las ideas filosóficas una ventaja que no perdieron nunca sobre las ideas religiosas, y haciendo odiosos á los católicos, aumentó la fuerza de los

(1) La razon de no dar detalles sobre el día de San Bartolomé es la siguiente: Bonaparte mandó trasladar á París el archivo del Vaticano; inmenso y precioso tesoro que examinado mudaría en gran parte la historia moderna. Sea lo que fuere, el exámen de aquel depósito sobre la época de San Bartolomé, me ha puesto en posesion de los despachos de

protestantes. En 1573 estalló la cuarta guerra civil por el levantamiento de la ciudad de Montauban. El senescal de Perigord, Andrés de Bourdeille, escribía al duque de Alençon el 13 de marzo de 1574: «Si el rey, la reina y vos no oponéis á las revueltas del estado mas remedio que el pasado, temo veros igualados conmigo.»

El duque de Anjou puso sitio á La Rochelle. Cuarta paz ventajosa á los hugonotes. El duque de Anjou, que fué despues Enrique III, fué á ceñirse la corona de Polonia, y á contar en los bosques de Lituania á su médico Miron los asesinatos cuya idea le impedia dormir: «Os he hecho venir aqui para daros cuenta de las inquietudes y agitaciones de esta noche, que han turbado mi reposo pensando en la ejecucion de San Bartolomé.» Al dejar la Francia mas habia perseguido al duque de Anjou la memoria de sus amores que la de sus crímenes, y escribía con su sangre á María de Cleves, primera esposa de Enrique I, príncipe de Condé.

En el año 1574 seformó el partido de los *políticos*, ó de los centros, que triunfaron al fin como en todas las revoluciones, porque es el partido de los hombres de razon, y la razon es una de las condiciones de la vida social. Los políticos contaban por gefes al duque de Alençon y á los Montmorency, y la faccion mas débil, la de los hugonotes, se unió naturalmente á los *políticos*. La Mole y Coconas fueron decapitados por intrigas: al primero amaba la reina Margarita, y al segundo Enriqueta de Cleves, duquesa de Nevers.

Salviati, encargado de negocios entonces de la corte de Roma en París. Sus despichos, algunas veces en cifras, pero con la traduccion entrelineada, inspiran sumo interés, y quizás los publicaré un dia, añadiendo en forma de introduccion la historia completa del dia de San Bartolomé.

Cárlos IX hacia dos años que se consumia lentamente, y felicítabase de no haber tenido hijos por temor de que no fuesen tan desgraciados como él. Habiéndole participado la sublevacion de los príncipes, respondió: «Al menos hubiesen aguardado mi muerte.» Murió en el castillo de Vincennes el 20 de mayo de 1574. Dos dias antes de que espirase, los médicos habian mandado retirar á todos los que entraban en su cámara, «excepto tres personas, La-Tour, Saint-Pris y su nodriza, á quien S. M. amaba mucho, aunque era hugonota. Habiéndose recostado sobre un cofre, comenzó á dormitar, y habiendo oido que el rey se quejaba, y lloraba, y suspiraba, se acercó poco á poco á su cama, y habiendo descorrido la cortina, comenzó á decirle el rey exhalando un gran suspiro, y llorando tan fuerte que el llanto ahogaba sus palabras: ¡Ah! nodriza mia, amiga mia, nodriza mia; ¡cuánta sangre y cuantos asesinatos! ¡Ay! *seguí perversos consejos. ¡Oh Dios mio! perdóname, si así te place..... ¿Que haré? Estoy perdido: bien lo veo.* Entonces el ama de leche le dijo: Señor, caigan los asesinatos sobre aquellos que os los aconsejaron; pero vos, señor, no podeis hacer mas, y con tal que no presteis vuestro asentimiento y los excreis, creed que Dios nunca os los imputará, y los cubrirá con el manto de la justicia de su hijo; mas por amor de Dios, cesad de llorar. Y habiendo tomado S. M. de sus manos un pañuelo, porque el suyo estaba empapado en lágrimas, le hizo señal de que se retirase y le dejase descansar.»

Aqui vemos á un monarca que disparaba por las ventanas de su palacio contra sus vasallos hugonotes; á un monarca católico dándose en rostro sus asesinatos, entregando el alma en medio de los remordimientos, vomitando su sangre; vertiendo torrentes de lágrimas, y sin mas socorro ni consuelo que

el de su nodriza, que era hugonota. ¿No tendremos compasión de ese monarca de veinte y tres años, nacido con talentos felices, gusto de las letras y artes, y un carácter naturalmente generoso, á quien depravó una execrable madre con todos los abusos del libertinage y del poder? Carlos IX habia dicho á Ronsard en unos versos, cuya naturalidad y elegancia debia haber imitado el mismo Ronsard:

Tous deus également nous portous des couronnes,
Mais, voi, je la rezois; poëte, tu la donnes.

¡Dichoso este príncipe si no hubiese recibido una corona doblemente manchada con su propia sangre y la de los franceses, adorno incómodo á la cabeza para inclinarla en el cabezal de la muerte!

El cuerpo de Carlos IX fué llevado sin pompa á San Dionisio, acompañado de algunos archeros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara y por Brantome, célebre escritor que modelaba los vicios de los magnates como se acostumbra con los semblantes de los difuntos.

ENRIQUE III.

De 1574 hasta 1589.

Así que supo Enrique III la muerte de su hermano, se escapó de Polonia como de una cárcel, huyendo de la corona de los Jagellons, que tenia por demasiado leve, y queriendo abroamar sus sienes con la de San Luis: «Cuando le pusieron la corona sobre la cabeza (en su consagracion en Reims el 15 de febrero de 1574) dijo dos veces en voz alta que le ofendia con su peso, y dos veces se deslizó, como si hubiera querido caer.» (L'Estoile).

Habian aconsejado á Enrique III en Viena y en Venecia, que concluyese la paz con los hugonotes: no dió oídos al consejo, porque detestaba igualmente á los unos y á los otros, á los Guisas y á los protestantes; y comenzó el reinado de los favoritos (1574).

La primera generacion de los Guisas finó este mismo año con el cardenal de Lorena (26 de diciembre de 1574). «El día de su muerte y la noche siguiente levantóse en Aviñon, en Paris y en casi toda la Francia un viento tan impetuoso, que no habia memoria de otro igual. Los católicos del partido de Lorena decian que la vehemencia de aquella tormenta presagiaba la cólera de Dios contra la Francia, muerto un prelado tan bueno, tan grande y tan sábio; y los hugonotes propalaban, por el contrario, que era el conventículo de los diablos que se reunian para venir á buscarle; y que hacia bien en morir aquel día, porque estaban muy ocupados. Divulgaban tambien que durante su enfermedad, cuando intentaban hablarle de Dios, solo respondia villanias. y que el arzobispo de Reims, su sobrino, oyendo semejante lenguaje, habia dicho riéndose: No advierto señal alguna en mi tío para desesperar de su vida, pues todavía son muy naturales sus palabras y sus acciones.» (L'Estoile). Catarina creyó verle despues de su muerte.

El duque de Alenzon se puso á la cabeza de los descontentos, é Isabel le envió socorros. Lesdiguières condujo á los protestantes del Delfinado en vez de Monthron, que cayó prisionero y fué decapitado; cuyo partidario acostumbraba decir que el juego y las armas hacen á los hombres iguales (1575).

Enrique, rey de Navarra, se escapó de la córte, y se hizo gefe de los hugonotes, abjurando la religion católica que habia abrazado por fuerza. Quinta paz ó quinto edicto de pacificacion, que concede á los pro-

testantes el ejercicio público de su religion: otorgábalos en los ocho parlamentos del reino cámaras; legitimaba los hijos de los sacerdotes y de los frailes casados, y rehabilitaba con una confusion injuriosa la memoria del almirante, de La Mole y de Coconas. Esta era la conquista de las nuevas opiniones sobre las opiniones antiguas, y un extraño pero natural resultado del día de San Barolomé; mas tal resultado no fué durable, porque la revolucion no habia descendido á las clases populares. El quinto edicto de pacificacion produjo una reaccion, que fué la *Liga*.

El genio de los Guisas habia concebido la idea de la Liga; habiale ocurrido al cardenal de Lorena en el concilio de Trento, y habíala abandonado por la muerte de Francisco de Guisa; mas volviola á abrazar el Acuchillado. Los nobles de Picardía y los magistrados de Perona formaron en 1576 una confederacion, que es la primera pieza oficial de la Liga.

Habiéndose puesto al frente, y componiendo el ejército de los protestantes los nobles de Bearne, de Guyena, de Poitou, del Delfinado y de Borgoña, colocáronse á la cabeza, y en las filas de los católicos los hidalgos de Picardía y de las demas provincias. Enrique III, inspirado por su madre, que confundia las revoluciones con las intrigas, juzgó destruir los proyectos de los Guisas, declarándose jefe de la Liga, y así se unió á una faccion que le detestaba, y cuyos furores legalizó su nombre.

Bajo el gobierno de la Liga el pueblo no tenia el timon de los negocios, sino que marchaba á la cola de los grandes; no habia formado un gobierno aparte, sino que habia adoptado lo que existia; únicamente se hacia servir por el parlamento, y habia trasformado sus curas en tribunales. Cuando Mayenne lo juzgaba á propósito, mandaba prender á quien le parecia entre

el pueblo y los Diez y seis, tribunal de salud pública de aquel tiempo.

Ademas la Liga, sean los que fueren sus crímenes, salvó la religion católica en Francia; es decir, dió soldados y un gefe á los viejos principios y á las antiguas ideas, á las que atacaban los nuevos principios y las ideas nuevas. La dignidad real hallábase combatida por la Liga, que intentaba mudar la dinastía, y por los protestantes, que tendian á desnaturalizar la constitucion del estado, y este doble asalto que debia destruir la corona, la salvó, cuando Enrique IV abandonando á los protestantes, cuyo culto protegió, se reunió á los católicos, á los cuales dió rey.

Sexto edicto de pacificacion menos favorable que el quinto (1577).

A este año corresponde la expedicion de don Sebastian á Africa; y el príncipe, á quien quizas aguardan aun varios montañeses de Portugal, pereció en un combate contra el rey de Marruecos. Camoëns, tendido en su lecho de muerte, y alimentándose apenas con las limosnas que un fiel esclavo mendigaba para él en las calles de Lisboa, exclamó al saber la suerte de su rey: «La patria está perdida, pero al menos muero con ella.» Y el Tasso, casi tan desgraciado como Camoëns, felicitaba en hermosos versos á Vasco de Gama, porque le habia cantado *el noble ingenio, cuyo vuelo glorioso habia escedido el de los navíos que encontraron las regiones de la aurora.*

Al lado del atrevido navegante, del gran monarca portugués y de los dos grandes poetas, ¡qué innobles y qué pequeños parecen aquellos favoritos de la fortuna, y aquellos príncipes tan poco dignos de su alto rango! Entonces era cuando los espadachines Caylus, Maugiron y Livarot se batian contra d'Entragues, Ribera y Schomberg; cuando Enrique III mandaba levantar á Caylus, Maugiron y Saint-Mesgrin estatuas

y sepulcros que no tenían don Sebastian en los desiertos de Africa, Gama en las riberas de la India, y los cantores de Jerusalem y de las Lusiadas en las arenas del Tajo y del Tiber.

«Para celebrar la memoria de Caylus y de Maugiron, á causa de sus grandes picardias y detestables blasfemias, Enrique de Valois les hizo levantar soberbias estatuas de mármol blanco, fundadas sobre una base, en torno de la cual habia muchas descripciones como de generosos personajes, á pesar de que el siglo sabia todo lo contrario, y los católicos llevaban á mal que se profanase un lugar santo (que era la iglesia de San Pablo en Paris) con las efigies de semejantes libertinos y renegados.» (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

El duque de Alençon, ascendido á duque de Anjou, llamado por los católicos de los Países Bajos, mostróse indigno de la soberanía con que querian condecorarle: «*Príncipe*, decia el rey de Navarra, que después fué Enrique IV, *que no tiene valor, y si un corazon doble y maligno, y el cuerpo mal formado.*» Margarita de Valois, que le habia amado mucho, declaraba que *si la infidelidad era desterrada de la tierra, él solo podria volver á poblarla* (1578).

La orden del Espiritu Santo creada en 1579, ó por mejor decir, modelada por la orden *del Espiritu Santo ó del Buen Deseo* de Luis de Anjou, fué al principio mal recibida. Enrique III, electo rey de Polonia el dia de Pentecostés, y elevado al solio de Francia el aniversario del mismo dia, instituyó su orden en memoria de ambos advenimientos. Se ha dicho que esta orden tenia un origen mas misterioso, indicado por el enlace de las cifras, que segun pretenden, designaban á los favoritos del rey y á su manceba, Margarita su hermana. Segun Brantome, la orden no debia sostenerse, porque habia *pasado por la cocina*, ha-

biendo sido dada á Combaut, gefe de los criados de la mesa del rey. Las reflexiones que hemos hecho con motivo de la órden de la Jarretiera, son aplicables igualmente á la órden del Espíritu Santo. Las huellas de la sangre de Luis XVI se han borrado en las calles de París: las cenizas de Napoleon se ocultan en la roca de una isla desierta, y la cinta de Enrique III ha vuelto á aparecer en el palacio de Catarina de Médicis, delante del cual cayó la cabeza del rey mártir, y en el que descansó la del vencedor de Europa; finalmente, todavía cubre en el alcázar de los Estuardos el pecho del desterrado, que abdicando la corona (como lo he dicho ya en el prólogo de estos *Estudios*), ha verosimilmente hecho abdicar con él á todos los reyes, poderosos vasallos de lo pasado, bajo la soberanía de los Capetos.

Una ordenanza retrógrada espedita á consecuencia de las actas presentadas por los estados de Blois de 1576, determina que los «plebeyos, y no nobles, que comprasen feudos nobles, no por eso se ennoblecian, ni pasaban al grado de nobles.» La nobleza conocía que habian sido invadidas sus filas, y como sucede siempre la vispera de las grandes revoluciones se quería recobrar por medio de los actos del poder, lo que el tiempo habia usurpado.

Portugal cayó en las manos de Felipe II, despues de la muerte del cardenal Enrique, que habia sucedido á don Sebastian. Isabel, reina de Inglaterra, lisonjeó al duque de Anjou con la esperanza de darle su mano, y los estados de Holanda privaron de la soberanía de los Países Bajos á Felipe II, confiriéndola al duque de Anjou. El condado de Joyeuse y la baronía d'Épernon fueron erigidos en ducados y dignidad de par para los dos favoritos de Enrique III, que espendió 300,000 escudos en las bodas del duque de Joyeuse, prometiéndole otros 400,000. Los tributos ele-

vados á 32 millones escedieron en 23 millones á los del último reinado (1580, 1581).

Reformóse el calendario gregoriano en 1582.

El duque de Anjou, celoso del príncipe de Orange, quiso apoderarse de Amberes; mas los vecinos rechazaron á los franceses, y perecieron en la refriega cuatrocientos nobles y mil y doscientos soldados. El príncipe francés, despreciado y abandonado, se retiró á Termonde. «Hablando dos días despues de aquel desastre de la muerte del conde de Saint-Aignan, oficial valiente y muy fiel á su servicio, que se habia ahogado en aquella ocasion, creo, dijo, que si alguno hubiese tenido el gusto de contemplar á Saint-Aignan en aquellos momentos, le hubiera visto hacer agradables gestos. Aludía á la costumbre que tenia el conde.» Así se recompensaban la sangre y los servicios heroicos. El duque de Anjou murió al año siguiente, de edad de treinta años; y con su muerte el rey de Navarra heredaba la corona, porque Enrique III no tenia hijos.

El duque de Guisa se aprovechó de esta ocasion para poner en movimiento la Liga, de que se habia declarado jefe: tratabase, segun decia, de alejar del sòlio á un príncipe herético; mas Guisa, aunque codiciaba la corona, no se atrevió á ceñirsela. Baltasar Gerard asesinó al príncipe de Orange en Delft: los Países Bajos quisieron pasar al poder de Enrique III, que se negó á sus proposiciones: Francia, por un destino constante, perdió tambien la ocasion de dilatar sus fronteras hasta las orillas del Rhin (1584).

El cardenal de Borbon, en un manifiesto toma el título de primer príncipe de la sangre, y pide que la corona se conserve en la rama católica: el papa y casi todos los príncipes de Europa apoyan su declaracion, que era la consecuencia de un tratado hecho con el rey de España para sostener la Liga. El rey permaneció

pasivo en medio de aquellos desórdenes, y la Liga principió la guerra por su cuenta contra los hugonotes.

Sixto V, fiel traslado de los grandes pontífices de antiguos tiempos había sucedido á Gregorio XIII: desaprobó la liga, y escomulgó al rey de Navarra, á quien declaró indigno de ceñir la corona. Enrique IV apela al parlamento y al concilio general, y hace colocar esta apelacion hasta en las puertas del Vaticano. En Paris comienzan á tomar el gobierno los Diez y seis. Guerra de tres Enriques; Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y Enrique, duque de Guisa (1585, 1586).

Cortan la cabeza á Maria Estuarda en el castillo de Fotheringay el 18 de febrero de 1587, despues de diez y nueve años de cautiverio. Las coronas no eran inviolables: «La vispera de su muerte bebió al fin de la cena delante de sus gentes, mandándoles que hiciesen otro tanto; y obedeciéndola pusiéronse de rodillas, y mezclando sus lágrimas con el vino, bebieron tambien.» El dia de su muerte «mandó á una de sus doncellas que le vendase los ojos con el pañuelo que espresamente había dedicado para aquel acto. Vendada se arrodilló apoyándose en un tajo, y prefiriendo que ejecutasen la sentencia con una espada, á la francesa; mas el verdugo, acompañado de sus satélites, le hizo poner la cabeza en el tajo, y se la cortó con una azuela.» (*Pasquier*). Fuesen los que fuesen los años de Isabel y de Maria, es probable que la rivalidad de muger y la superioridad del talento y de la hermosura costaron la vida á la postrera.

Los Diez y seis imaginaron apoderarse de la persona del rey, y hacerle descender del trono. La Sorbona dió una sentencia, en que se decia que era lícito quitar el gobierno al príncipe que no procediese como debía, del mismo modo que se quita *la administracion al tutor que se tiene por sospechoso*. ¿Las doctrinas de

la monarquía antigua respetaban mas la magestad de los reyes y el *derecho divino*, que las doctrinas de la monarquía constitucional? Enrique III se consolaba recibiendo la orden de la Jarretiera y fundando los Fuldenses en Paris.

Enrique de Navarra ganó la batalla de Coutras, en la que fué muerto á sangre fria el duque de Joyeuse, como lo habiau sido Francisco de Guisa delante de Orleans, el príncipe de Condé en Jarnac, el mariscal de San Andrés en Drex, y el condestable Montmorency en San Dionisio. El de Bearne, en vez de aprovecharse de su victoria, retrocedió: este príncipe se jugó muchas veces la corona contra sus amores, y quizás sus mismas debilidades, unidas á su denuedo y á sus infortunios, le hicieron tan popular.

Enrique I, príncipe de Condé, murió envenenado en San Juan de Angel; y Carlota de la Tremoille, su muger, acusada del envenenamiento, fué declarada inocente ocho años despues por auto del parlamento, dado por orden espresa de Enrique IV. La viuda de Condé, que estaba preñada, dió á luz un hijo, que fué Enrique II de este nombre, abuelo del gran Condé. Su estirpe heróica se parecia á una llama siempre próxima á extinguirse, y por último se apagó.

Año 1588: Jornada de las barricadas.

Concertáronse los Diez y seis con el duque de Mayena, en ausencia del duque de Guisa, que se había alejado de Paris temeroso de que le sorprendiese el rey, y resolvieron apoderarse de la Bastilla despues de haber muerto, si podian, al caballero du Guet, al primer presidente, al canceller, al procurador general, á Mrs. de Guesle y d'Espesses, y á algunos otros. Contaban con apoderarse del arsenal por medio de un fundidor atraído á su partido, que debía abrirles las puertas. Los comisarios y los sargentos, fingiendo que conducian presos de noche, estaban encargados de

ocupar los edificios de los tribunales. Otra banda de conjurados habia de estar pronta á precipitarse sobre el Temple, las casas consistoriales y el palacio de la justicia, en el momento en que, segun costumbre, se permitiese la entrada al público. En cuanto al Louvre, debia ser bloqueado y sitiado á un mismo tiempo, tomando las calles que allí desembocan; y pasando á cuchillo la guardia, arrestarian al rey.

En el consejo secreto en que se discutió el plan de la insurreccion de los partidarios de la Liga, uno de los conjurados espuso que existian en París muchos ladrones, y seis ó siete mil jornaleros, á quienes no era posible dar parte de la empresa, y que una vez entregados estos al pillage, se aumentarían como una bola de nieve, y echarían á perder el plan. Convencidos con la advertencia que pareció exacta, concibieron la idea de levantar barricadas, que consistían en cerrar con cadenas la entrada de las calles y colocar sobre las cadenas toneles llenos de tierra. Levantadas las barricadas, no debia permitirse á persona alguna que las pasase sin dar el santo y seña, y mostrar un objeto convenido: cuatro mil hombres tan solo ocuparían la entrada de los atrincheramientos para ir al Louvre á atacar los guardias del rey y los puntos que ocupaban las fuerzas militares. La nobleza, aposentada en diversos cuarteles de la ciudad, seria degollada con los *politicos* y los *sospechosos*, y daríase el grito de *viva la misa!* para que todos los buenos católicos tomasen las armas, imitando el mismo dia el ejemplo de París las ciudades de la Liga. Al punto que se hubiesen apoderado de la persona de Enrique, quitarían la vida á los miembros del consejo, y darían otros ministros al rey, perdonando su persona, con tal que ofreciese no mezclarse en adelante en ningun asunto.

Enrique III, advertido de aquellas tramas, no quiso darles crédito, engañado por Villequier, que le re-

petia que el pueblo le amaba demasiado para emprender cosa alguna contra su corona. La Bruere, La Chapelle, Rolland, Le Clerc, Crucé, Compan, gefes principales de los Diez y seis, se reunieron de nuevo en la casa de Santeul, cerca de San Gervasio. Hallábase tambien allí Nicolás Poulain, que lo habia revelado todo al rey, y leyóse una carta del duque de Guisa, que ofrecia maravillas. La Chapelle desplegó un gran mapa de grueso papel, en que se veian figurados Paris y sus arrabales: los diez y seis cuarteles de la capital fueron reunidos en cinco cuarteles, señalando á cada uno de ellos para gefe un coronel y un capitán. Hecha la division, calcularon que podian prometer al duque de Guisa treinta mil hombres bien armados.

El Acuchillado envió por su parte capitanes experimentados que se ocultaron en Paris: la puerta de San Dionisio, cuyas llaves tenia, debia franquearse á d'Aumale, que se introduciria en la capital la noche del domingo de Cuasimodo, con cincuenta caballos; el duque de Espernon rondaba por orden del rey desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana, y dos individuos de la ronda vendidos á la Liga se habian encargado de matarle.

Incrédulo como la debilidad que teme obrar, Enrique hubiera podido hacer arrestar veinte veces á Le Clerc y á sus cómplices en los conciliábulos que le indicaba Nicolas Poulain; pero habia llegado á concebir sospechas de aquel fiel servidor, creyendo que era adicto al partido de los hugonotes, é interesado por lo mismo en abultar los males; porque el pusilánime cobra ódio al que le enseña los peligros.

El rey no halló otra cosa mejor en medio de tantos riesgos, que ir pacificamente á San German á conducir al duque de Espernon y regresar ocho dias despues. Mad. de Montpensier advirtió á los Diez y seis que la mina habia reventado, y que ella habia pedido

á Enrique III que recibiese al Duque de Guisa, su hermano, que se presentaria solo á justificarse con su magestad de los proyectos de que *sinistramente* le acusaban. Enrique prohibió al duque de Guisa la entrada en Paris; pero ó se dió mal la orden, ó se ejecutó peor, porque no se encontraron algunos escudos en el tesoro para hacer partir un correo. En medio de tantos miles de tramas, Mad. de Montpensier habia observado que el rey iba á pasearse casi sin escolta al bosque de Vincennes, y al instante concibió el proyecto de apoderarse de su persona, y achacar el hecho á los hugonotes, procediendo á la matanza de los *politicos*. Desbaratóse el plan tambien por la revelacion de Poulain. El duque de Guisa fué á Paris, á pesar de la prohibicion del rey, asegurado por Catarina de Médicis, que le prometia arreglarlo todo en su provecho. La reina madre, despreciada por su hijo, queria recobrar su imperio embrollando los negocios y los intereses.

La entrada del Acuchillado en Paris fué un triunfo: la muchedumbre se precipitó detrás gritando ¡viva Guisa! ¡viva la columna de la iglesia! besando su vestido y haciéndole tocar los rosarios como á un santo. Las mugeres echaban desde las ventanas sobre su cabeza hojas y flores: Luisa de l'Hopital-Vitry, encubrada en una tienda de la calle de San Honorato, bajó su mascarilla, y gritó: «Buen príncipe, pues estás ya aqui, todos nos hemos salvado.» El gefe de la Liga se apeó en el palacio de Soissons, que habitaba la reina madre: Catarina se turbó, pero tranquilizóse luego, y acompañó á su huésped al alcázar real. Llevabanla en su litera, y el duque marchaba á pie á su lado: llegados al Louvre, encontraron la guardia doblada, y los suizos formados, los archeros en las salas, y los gentiles hombres en las cámaras. En aquellos momentos Enrique III deliberaba sobre si debia

hacer quitar la vida á su enemigo en su presencia ; y habia sido llamado Alfonso Corso, apodado Ornano, para que sirviese de verdugo. El duque de Guisa entró con Catarina en el gabinete del monarca, que le echó en cara el haber violado su mandato. El duque pronunció entre dientes varias excusas, y aprovechándose de un momento en que Enrique vaciló, retiróse sin ser arrestado. Verificóse una segunda entrevista en el alcázar de Soissons, pero entonces el pueblo custodiaba al duque de Guisa.

Sin embargo, el jueves 4 de mayo el rey mandó entrar en Paris cuatro mil suizos : vetalos desfilar e vulgo en silencio, y parecia bastante tranquilo, cuando un *fanfarron de la corte*, segun la espresion de Pasquier, creyéndose seguro de la victoria, dijo en alta voz, *que no habia muger honrada que no se entregase á discrecion de un suizo*. Estas palabras pronunciadas en el puente de San Miguel, produjeron una esplosion como la chispa que cae sobre la pólvora: en un momento desempedrarón las calles, y trasladaron las piedras á las ventanas, tendieron las cadenas por ellas atrincherándolas con muebles, tablazones, vigas y toneles llenos de tierra: tocaron á rebato, y las tropas reales que habian quedado sin órdenes, fueron encerradas en los atrincheramientos y en las últimas barricadas que llegaban hasta los postigos del Louvre.

No se dejó ver el duque de Guisa en las primeras horas: retirado en su morada, pensaba en los medios de retirarse. Cuando supo el éxito favorable de la insurreccion, se presentó, y se oyeron las voces de : *¡Viva Guisa!* y él, besando su gran sombrero, exclamaba: *Amigos míos, ya es bastante; bastante, señores; ahora victoread al rey*. La guardia de suizos en el Mercado Nuevo, atacada con piedras y arcabuces, sufrió la baja de treinta hombres muertos ó heridos. Estos extranjeros, cuyo destino era representar tan triste pa-

pel en nuestras turbulencias domésticas, no se defendían, sino que tendían las manos á la muchedumbre, y mostrando sus rosarios, gritaban: *Somos buenos católicos*, del mismo modo que habieran podido decir en las últimas barricadas: *Somos buenos liberales*. El duque de Guisa los libertó, y permitió á los soldados del rey que se retirasen, mandando abrir las barreras cerradas á su espalda. Las negociaciones entabladas por Catarina no tuvieron resultado, y los predicadores declararon, que *era necesario ir y prender al hermano Enrique de Valois en su Louvre*. Setecientos ú ochocientos estudiantes y trescientos ó cuatrocientos frailes se pusieron á asaltar el palacio por el lado de París, mientras que unos quince mil hombres amenazaban embetirlo por el lado de la campiña. El monarca, no pudiendo perder un momento, salió á pié con una varilla en la mano, y llegado á las Tullerías donde estaban las caballerizas, «montó á caballo con los de su comitiva que pudieron; Dualde le calzó las botas, y habiéndole puesto la espuela al revés: Todo es lo mismo, dijo el rey, no voy á ver á mi querida... Y estando á caballo se volvió hácia la ciudad, y juró no volver á entrar en ella sino por la brecha.» Ya no vió á París sino desde la altura de Saint-Cloud, y no volvió á pisar sus calles.

Un pastor de ganado, ascendido á papa, hacia entonces reparar á San Juan de Letran, y reedificaba el obelisco de los Faraones; y habiéndole anunciado un correo que el duque de Guisa habia entrado casi solo en París, esclamó: *¡Qué imprudente!* no tardó en llegar á su noticia que Enrique habia dejado escapar su presa, y gritó: *¡Qué pobre hombre!* Enrique III fué á parar á Chartres, y recibió en vez de diputados una procesion de penitentes: á su cabeza venia un hombre con una gran barba sucia y mugrienta, cubierto con un cilicio, y por encima un tahalí, del que colgaba

un alfange. Llevaba una trompeta vieja y llena de brin, á la que hacía despedir por intervalos sonidos agudos y discordes.

Después se descubría al hermano Ángel de Joyeuse... Representaba al Salvador subiendo al Calvario. Habíase dejado atar, y pintar en el rostro gotas de sangre, que parecía caer de su cabeza coronada de espinas. Arrastraba al parecer con mucho trabajo una larga cruz de carton pintada, y dejábase caer de cuando en cuando exhalando ayes lastimosos.

La historia viva ha repetido estos hechos de la historia muerta, tan famosos en otro tiempo. ¡Qué son en efecto sino la jornada de las barricadas y el día de San Bartolomé, las grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 12 de agosto de 1792, las matanzas del 2, el 3 y el 4 de setiembre del mismo año, el asesinato de Luis XVI, de su hermana y de su esposa, y en fin todo el reinado del terror! Y mientras me ocupaba en aquellas barricadas que echaron un rey de Paris, otras barricadas hacían desaparecer en pocas horas tres generaciones de reyes. La historia no aguarda ya al historiador; traza una línea, y llévase un mundo.

La jornada de las barricadas nada produjo, porque no era el movimiento de un pueblo que procura conquistar su libertad; la independencia política no era todavía una necesidad comun. El duque de Guisa no soplaba una sedicion para el bien de todos, sino codiciaba solo una corona; despreciaba á los habitantes de Paris, aunque los acariciaba, y no se atrevía á fiarse demasiado de ellos. No se habia trazado un círculo de ideas nuevas, y su familia habia esparcido folletos probando que descendia de Loreto, duque de Lorena; sentaba que la dinastía de los Capetos no tenia mas derecho que la usurpacion; y que los Lorenas eran los herederos legítimos del trono, como últimos vástagos.

La fábula llegaba tarde. Los Guisas representaban el tiempo pasado; luchaban por interés personal contra los hugonotes revolucionarios de la época que representaban lo futuro; y con lo pasado no se hacen revoluciones.

Los pueblos, por su parte; no miraban al duque de Guisa sino como al jefe de una santa liga que había corrido á libertarlos de los edictos pecuniarios, de los favoritos y de las reformas; no tendian la vista mas lejos, y parecían el duque de Guisa de una naturaleza superior á la suya, un hombre nacido para ser su señor en vez de su tirano. Si la Sorbona, y los frailes y los curas predicaban la desobediencia á Enrique III y los principios del regicidio, era porque la iglesia romana nunca había admitido el poder absoluto de los reyes, y siempre había defendido que se les podía depouer en ciertos casos y por ciertas prevaricaciones. Así todo se verificaba sin las grandes convicciones de las doctrinas políticas, sin la fé en la independencia, que todo lo vence; había pie para revueltas, pero no para una transformación, porque no había cosa alguna bastante cimentada, ni bastante destruída. El instinto de libertad no se había trocado aun en razon: los elementos del orden social fermentaban todavía en las tinieblas del caos; la creacion comenzaba, mas no había sido hecha la luz.

La misma insuficiencia se observaba en los hombres; no tenían bastantes defectos, ni mérito, ni vicios, ni virtudes para producir una mudanza radical en el estado. En la jornada de las barricadas, Enrique de Valois y Enrique de Guisa fueron inferiores á su posicion; al uno faltó el valor y al otro el crimen. Entregóse el negocio á los estados de Blois.

Profundamente simulado como los entendimientos de corta estension, el Acuchillado usaba con el papa, con el rey de España, con el duque de Lorena, con

el cardenal de Borbon, un lenguaje diferente y acomodado á cada uno: ocultaba muy bien sus intenciones, y cuando todo estaba maduro para obrar, con-temporizaba, y no se resolvía á dar el último paso. Descubriase en la conducta del duque de Guisa mas orgullo que audacia, mas presuncion que talento, mas desprecio al rey que ardor por la dignidad real: é intrigaba á caballo como Catarina en su lecho. Libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no sacaba del trato de las mugeres sino un cuerpo debilitado y pequeñas pasiones: contaba en su apoyo la religion y una nacion, y las puñaladas desen-lazaron una tragedia que parecia deber acabar con batallas, con la caida del trono, y con el cambio de dinastia.

La jornada de las barricadas, tan infructuosa, le dió sin embargo mucho honor en su partido. «¿Pero qué milagros no hemos presenciado despues de ocho meses con el favor de Dios? ¿Quién puede hablar sin grande admiracion de la jornada de las barricadas, viendo á un gran pueblo que jamás habia salido de las puertas de la ciudad para llevar armas, que al notar al frente de sus tiendas los escuadrones reales armados y dispuestos en todas las grandes y fuertes plazas de la ciudad, formó barricadas con tanta diligencia, que rechazó todos esos escuadrones hasta el Louvre, sin grande efusion de sangre?» (*Oracion fúnebre del duque y cardenal de Guisa.*)

La semejanza de los elogios y de las palabras con lo que leemos todos los dias, da solamente alguna importancia á este pasage olvidado en un folleto de la Liga.

Catarina, que sin miramiento á la ley sálica, queria que recayese la corona en su hija, casada con el duque de Lorena, apresuró en Rouen (11 de julio de 1588) el edicto de union, que restablecia la paz,

concediendo inmensas ventajas á la Liga, hacinando los honores y los cargos sobre el duque de Guisa, y escluyendo á los príncipes no católicos de la corona: el rey lo firmó llorando. Entonces Felipe II de España perdía su invencible armada, del mismo modo que Enrique III de Francia perdía su honor. Mas los sucesos que sobrevinieron demostraron que Enrique III por su parte se entregaba á aquel abandono de su dignidad, no tanto por cobardía cuanto por venganza. Los estados debían reunirse en Blois en el mes de octubre para sancionar el edicto de union: Guisa y Enrique pensaban en su corazón terminar en ellos sus diferencias.

El monarca se puso primero en posición de obrar despidiendo á sus ministros Bellievre, Cheverny, Villeroi, Pinart y Brulart, y nombró en su lugar á Montholon, Ruzé y Revol. No fijaron la atención en esta mudanza; que sin embargo no dejaba en el consejo varón alguno capaz por su situación ó su experiencia de oponerse á los intentos de su dueño. La reina madre llegó enferma al castillo de Blois con su hijo, y los estados se abrieron el 16 de octubre (1588). «Habiendo entrado los diputados, cerrada la puerta, y sentado el duque de Guisa en su silla, cubierto con un traje de raso blanco, la capa recogida á un lado, penetrando con sus ojos la espesa asamblea, para reconocer y distinguir á sus servidores, y con una sola mirada fortalecer la esperanza del adelanto de sus proyectos, de su fortuna y de su grandeza, y decirles sin hablar, os veo, se levantó, y hecha una reverencia, y seguido de doscientos gentiles hombres y capitanes de guardias, salió á recibir al rey, que entró lleno de magestad, y llevando al cuello su gran orden.» (Mathieu).

«El discurso del rey pronunciado con suma elocuencia y magestad, no agradó á los de la Liga; el

duque de Guisa mudó de color y perdió la serenidad, y aun mas el cardenal, que escitó al clero á que se quejase á su magestad.» (L'Estoile). El monarca se vió obligado á hacer mudanzas en su discurso antes de darle al público. Cuando lo corregía sobrevino una tempestad tan oscura, que tuvieron que encender luces, por lo que «se dijo que Enrique habia hecho su testamento y el de la Francia, y que le habian alumbrado con antorchas fúnebres para ver como exhala-
ba el rey el último suspiro.»

Los diputados de las tres órdenes eran casi todos del partido de Guisa: Enrique en las cartas que dirigió á los soberanos extranjeros para justificarse del asesinato de los dos hermanos, asegura: «Que en la asamblea de los tres estados no habian perdonado medios, empleando á varias personas en las provincias para apoderarse de las elecciones, y quitar la autoridad y la obediencia á su magestad, haciéndola odiosa á sus súbditos.»

Veamos cual era el plan del duque de Guisa: ofrecer al rey su dimision de lugarteniente general del reino, decir que queria retirarse para conseguir de los estados la espada de condestable, y dueño entonces de todas las fuerzas del país, deponer á Valois, y encerrarle en un convento. El cardenal de Guisa juraba que no queria *merir antes de haber puesto y sostenido entre sus piernas la cabeza del tirano, para hacerle la corona con la punta de un puñal.* Este era un acuerdo de familia: Mad. de Montpensier llevaba colgadas á su lado unas tijeras de oro, *para hacer, segun ella decia, la corona monacal á Enrique,* cuando fuese confinado á la soledad del claustro. Jamás quiso perdonar esta muger á Enrique III favores ofrecidos ó desdeñados, ó algunas frases que se le escaparon á este monarca sobre enfermedades secretas. Estos pequeños detalles serian poco dignos de la gravedad de

los fastos de la especie humana, si en Francia la historia del amor propio no estuviese unida con frecuencia á la de los crímenes (4).

Todas las baterías estaban ase-tadas para romper el cetro en las manos de Enrique de Navarra, heredero legítimo, pero protestante. El duque de Guisa hacia muy poco caso del de Bearne, por los recuerdos de su juventud y por la humilde condición en que le habia visto: «La vispera de Todos Santos (1572), dice l'Estoile, el rey de Navarra jugaba con el duque de Guisa á la pelota, y el poco caso que hacia del joven reyezuelo prisionero, á quien ofendia con palabras y con títulos mal sonantes, cual si fuese un simple page ó lacayo, lastimaba el corazon de los hombres honrados que los veían jugar.»

Falta saber si los estados hubiesen adjudicado la corona al duque de Guisa; la reina madre pretendia que pasase á la rama mayor de Lorena: el viejo cardenal de Borbon reivindicaba los pretendidos derechos, y Felipe II mezclaba sus intrigas y sus armas en aquellas pretensiones y discordias.

Sea lo que fuere, Enrique III despechado ardió en deseos de venganza, y condújose con un disimulo tan profundo, que no parecia, posible en un alma tan enervada y en un hombre tan envilecido.

Comenzó por acostumar al cardenal de Guisa á que viniese frecuentemente al alcázar, bajo pretesto de hablarte del mariscal de Matignon. El rey queria con-

(1) Las zumbas de Enrique III podian tambien tener por objeto alguna imperfeccion visible. Quando Mad. de Montpensier supo el asesinato de aquel príncipe, dijo á sus mugeres: *¿Y qué os parece? ¿Mi cabeza no se sostiene bien ahora? Me parece que no oscila ya como oscilaba antes. ¿No puede cederse de estas palabras de Mad. de Montpensier, que tenia cierto cabeceo, y que hacia alusion á alguna zumba de Enrique III?*

servar al mariscal en su cargo de lugarteniente general de Guyena; y el cardenal de Guisa, que deseaba obtener aquel empleo, inducia á los estados á que pidiesen la exoneracion de Matignon. El rey lisonjeaba doblemente las pasiones del cardenal, dirigiéndose á él para moderar los estados, y dejándole la esperanza de conseguir la plaza que su ambicion codiciaba.

Enrique fingió despues mayor fervor; mandó edificar encima de su cámara celdas, con el fin de albergar en ellas á los capuchinos; pues decia que estaba resuelto á abandonar el mundo, y á entregarse á la soledad. *En un tiempo en que se trataba de su vida y de su corona, parecia, al mirarle, casi privado de movimiento y de sentido.* Escribió de su propia mano una memoria para que se entregasen frontales de altar y otros ornamentos de iglesia á los capuchinos. Engañaron de tal suerte al duque de Guisa aquellas señales de una imbecil debilidad, que no queria creer proyecto alguno del monarca: *Es demasiado poltron,* decia á la princesa de Lorena: *No ose atreverá,* decia á la reina madre, que al parecer le avisaba al mismo tiempo que aconsejaba quizás su muerte.

Enrique ordenó de antemano todo lo que debia hacer en la semana de Navidad, semana que habia fijado para la catástrofe, comprendido el viernes, para cuyo dia habia anunciado su peregrinacion á Nuestra Señora de Clergy. Los mas celosos criados del principe desesperaban de su seguridad al verle entregar á sus tareas, porque le creian sincero. Del mismo modo que el duque de Guisa recibia continuas noticias de los proyectos del rey, no cesaban de advertir á Enrique las maquinaciones del duque de Guisa: el duque d'Espernon le enviaba detalles en sus cartas; y lo que es mas extraño, el duque de Mayena y el duque de Aumale pertenecian al número de los denunciadores; el uno envió á Blois un gentil hombre, y el segundo á

su muger, para que instruyesen de todo al rey. No puede dudarse de este hecho, puesto que Enrique III lo cuenta en su declaracion pública del mes de febrero de 1589 contra el duque de Mayena: afirma que el duque le habia mandado á decir, que sino venia en persona á revelar le el crimen proyectado por su hermano, era porque hallándose en Lion temia llegar tarde; y confirma tambien el hecho el duque de Nevers en su *Tratado de la toma de las armas*. Y sin embargo, á pesar de la declaracion de Enrique III, la Liga, á falta de otro, puso Mayena á su cabeza. El mismo Mayena se habia negado á tomar parte en las tramas urdidas contra la vida del rey, principalmente en aquella que debia ejecutarse el dia del oficio fúnebre de la reina de Escocia, y una vez habia querido batirse contra su hermano el duque de Guisa.

En cuanto á la duquesa de Aumale, habiase obligado desde el nacimiento de la Liga á advertir al rey cuanto tramasen contra su persona: desgraciadamente Villequier, que vendia á Enrique III, habia recibido con frecuencia las confidencias de aquella muger. El 10 de noviembre de 1588 escribió una carta á la reina madre, y Catarina llamó á su hijo, que le envió á Miron, su médico, para que tomase sus órdenes: «Decid al rey, respondió Catarina, que le ruego baje á mi gabinete, porque tengo que decirle cosas que importan á su vida, á su honor y á su estado.» El rey bajó acompañado de uno de sus familiares y de Miron, y Catarina y su hijo se retiraron á una ventana. Cuando el rey se despidió, los dos testigos, que habian permanecido al extremo opuesto de la sala, oyeron pronunciar distintamente á la reina madre estas palabras: «Hijo mio, es preciso despachar; harto tiempo hemos aguardado, pero dad vuestras órdenes de modo que no os engañen como os engañaron en las barricadas de París.» Otros han creido que Catarina ignoró

el proyecto de Enrique, y que se hubiera opuesto á él por el sistema de contrapeso que empleaba para conservar su autoridad en medio de las facciones; pero debemos preferir en tal caso la narracion de un testigo auricular (Miron).

Observaron que el duque, que habia tenido noticia de la conferencia, se paseó mas de dos horas muy agitado dando señales de impaciencia, en medio de los *pages* y de los *lacayos* por el terraplen de la torre del castillo llamado Perche-au Breton.

El castillo de Blois estaba unido á la ciudad por un camino practicado en la roca; vasto edificio, en que estaba impresa la mano de los diversos siglos, desde la fabrica feudal de los Chatillons y la torre del castillo Renaud, hasta las obras medio griegas y medio góticas de Luis XII, de Francisco I y de sus sucesores, y allí se verificó una de las catástrofes mas trágicas de la historia.

Tres dias antes el Acuchillado habia convidado á cenar al cardenal su hermano, al arzobispo de Lion, al presidente de Neuilly, á La Chapelle-Marteau, preboste de los comerciantes de Paris, y á Mendreville, todos de su faccion. El duque, por uno de esos vagos presentimientos que advierten los peligros, tenia intencion de hacer un viage á Orleans, y dijo á sus convidados pidiéndoles consejo, que se le avisaba de una empresa que tenia el rey entre manos contra su persona.

El arzobispo de Lion se pronunció enérgicamente contra todo proyecto de retirada: esto era en su concepto perder una ocasion que nunca volveria á presentarse, despues de haber tenido la fortuna de haber hecho convocar los estados, y de haber reunido tantos miembros de la santa union; y sostuvo que el duque de Guisa podia disponer del tercer estado, del clero, y de una tercera parte de los miembros de la nobleza. El presidente de Neuilly se mostraba muy

alarmado; La Chapelle-Martean pretendia que nada habia que temer; pero Mendreville declaró, jurando, que el arzobispo de Lion hablaba del rey como de un príncipe sensato y bien aconsejado, y que el rey era un loco que obraria como tal: que no tenia penetracion ni prevision, y que si habia concebido una empresa, la llevaria a cabo mal ó bien. Y que asi era necesario ostentarse fuertes en su presencia, pues de otro modo no estaban seguros.

El duque de Guisa confesó que Mendreville tenia mas razon que todos los demas, pero añadió: «Mi negocio está reducido a tales términos que aun cuando viesse entrar la muerte por la ventana, no saldria por la puerta huyendo.»

El rey por su parte habia reunido su consejo, compuesto de los señores de Rieux, de Alfonso Ornano y de los secretarios de estado.

«Largo tiempo hace, dijo, que vivo bajo la tutela de los señores de Guisa. Siempre he tenido diez mil motivos para desconfiar de ellos, pero muchos mas desde la apertura de los estados. Estoy resuelto á castigarlos; pero no por la via ordinaria de la justicia, porque Guisa tiene tanto poder en este sitio, que si le abriésemos un proceso, sentenciaría por si mismo á los jueces. Quiero, pues, que le quiten la vida de antemano en mi cámara: tiempo es ya de que sea solo rey, porque el que tiene compañero en el gobierno, tiene superior.» (*Pasquier*).

Habiendo cesado el monarca de hablar, uno ó dos miembros del consejo propusieron el encareclamiento legal y el proceso en forma: todos los demas fueron de opinion contraria, defendiendo que en los crímenes de lesa magestad, el castigo debia preceder al juicio.

Corroboró el monarca esta opinion espresándose asi: «Encarcelar al Guisa, seria meter en el lazo al

jabalí que sería mas poderoso que nuestras cuerdas.» (*L'Estoile*).

Deliberóse sobre el día en que se daría el golpe: el rey declaró que haría asesinar al duque de Guisa en la cena que el arzobispo de Lion debía darle en el domingo que precedía á la festividad de Santo Tomás. Después la ejecución se retardó hasta el miércoles siguiente, día del mismo Santo Tomás, y por fin se dilató al 23, ante-víspera de Navidad.

Habiéndose sentado el duque de Guisa el 22 en la mesa á comer, encontró debajo de la servilleta un billete concebido así: «*Guardaos, que están á punto de jugaros una mala pieza.*» Escribió al pie con lapiz: *No se atreverán*, y arrojó el billete bajo de la mesa. El mismo día el duque de Elbeuf le dijo que al siguiente se atentaría contra su vida: «*Ya veo, primo mio*, respondió el Acuchillado, *que habeis consultado vuestro almanaque, porque todos los almanaques de este año tienen tales amenazas.*» (*L'Estoile*).

El monarca habia anunciado que se trasladaría al día siguiente 23 á la Noue, casa de campo situada al extremo de una larga calle en los contornos del bosque de Blois, para pasar la víspera de Navidad orando. Tranquilizado con el proyecto del pretendido viaje, el cardenal de Guisa escitó á su hermano á partir para Orleans, diciendo que se consideraba bastante fuerte para apoderarse de Enrique y conducirle á París. Una vez entregado en manos de los habitantes de París, hubieranle depuesto los estados como incapaz de reinar, y confinádole á un castillo con la pensión de doscientos mil escudos: hubieran proclamado rey en lugar suyo al duque de Guisa: tal era el último plan, porque los planes variaban. Catarina misma habia pensado privar á su hijo de la corona; pero dándole en su retiro mugeres en vez de oro, como cadenas mas seguras, y entonces hubiera pedido el trono

para el duque de Lorena. Dos grandes conspiradores procuraban, pues, adelantarse para arrancarse mutuamente el poder y la vida: uno y otro conocían sus tramas respectivas, y el mas disimulado triunfó del mas vano.

El 22 el rey, despues de haber comido, se retiró á su cámara á las siete, y dió orden á Lioncourt, primer escudero, de que le esperase una carroza en la puerta de la galería de los ciervos á las cuatro de la mañana siguiente, 23 de diciembre, siempre con el pretesto de ir á la Noue. Al mismo tiempo envió al señor de Marle á que invitase al cardenal de Guisa á que pasase al castillo á las seis, pues deseaba hablarle antes de partir. Avisaron al mariscal de Aumont, á los señores de Rambouillet, de Maintenon, de O, al coronel Alfonso Ornano, á otros individuos del consejo, y á los cuarenta y cinco gentiles-hombres ordinarios, para que se encontrasen á la misma hora en la cámara real.

A las nueve de la noche el rey llamó á Larchant, capitán de guardias de corps, y le ordenó que á las siete horas de la siguiente mañana se situase con algunos guardias en el sitio por donde debia pasar el duque de Guisa cuando fuese al consejo, y que Larchant y los suyos presentasen al príncipe un memorial pidiendo que se les pagasen sus sueldos. Que luego que el duque entrase en el salon del consejo, que se reunia en la ante-cámara del rey, se apoderase Larchant de la escalera y de la puerta, y no dejase entrar, salir, ni pasar á nadie. Que otros veinte guardias se colocasen con el mismo Larchant en la escalera del antiguo gabinete por donde se bajaba á la galería de los Ciervos.

Dispuesto de este modo, entró Enrique en su gabinete con Termes, que era Rojero de Saint-Lary de Belgarde, tan conocido despues. A media noche Va-

lois le dijo: «Hijo mio, id á acostaros, y decid á Dualde que no deje de despertarme á las cuatro, y venid á la misma hora. El rey tomó la palmatoria y fuese á dormir con la reina.» (*Miron*).

El duque de Guisa velaba entonces al lado de Carlota Beaune, nieta de Semblanzai, casada primero con el señor de Sauve, y en segundas nupcias con Francisco de la Tremoille, marqués de Noirmoutiers. Tan hermosa como inconstante, iba, segun la espresion libre de Labreur, á dormir de un partido á otro partido. Relacionada en otro tiempo con el duque de Alençon y con el rey de Navarra, participaba á Catarina de Médicis y al duque de Guisa los secretos que sorprendia al placer. Esta vez procuró ilustrarle sobre los peligros que corria, le conjuró para que huyese, pero el duque creyó menos sus consejos que sus caricias, y permaneció: no volvió á su casa hasta las cuatro de la mañana, hora en que le entregaron cinco billetes; que le amonestaban á que tomase precauciones contra el monarca. El duque puso los billetes debajo de la almohada. Le Jeune, su cirujano, y otros muchos clientes que lo rodeaban, rogábanle que no despreciase los avisos: «Nunca acabaremos, respondió: durmamos, y vosotros id á acostaros.» (*Miron*).

El 23 á las cuatro de la mañana, Duhalde llamó á la puerta de la cámara de la reina, y la señora de Piolant, primera camarista, corrió á los golpes: «¿Quién es?» preguntó ella. «Duhalde» respondió este: «Decid al rey que son las cuatro.» «Está durmiendo, y tambien la reina,» replicó la señora de Piolant. «Despertadle, repuso Duhalde, ó daré tales golpes que despierte á los dos.»

El rey no dormia porque su inquietud era demasiado viva, y habiendo sabido que era Duhalde, pidió sus botines, su vestido y la palmatoria; levantóse, y

dejando á la reina toda conmovida, entró en su gabinete, donde ya le aguardaban Termes y Duhalde. Tomó las llaves de las celdas destinadas á los capuchinos; subió alumbrado por Termes, que llevaba un candelero delante del rey; abrió Enrique una celda, y cerró en ella á Duhalde pasmado; volvió á bajar, y á medida que se presentaron los cuarenta y cinco gentiles-hombres de su guardia, condújoles á las celdas, donde los encarceló uno á uno como á Duhalde. Los personajes convocados al consejo comenzaban á llegar al gabinete del rey, donde entraban por medio de un pasillo estrecho y oblicuo que Enrique habia hecho construir espresamente en un extremo de su dormitorio que precedia á aquel gabinete. Habia tapado la puerta ordinaria de la cámara; y cuando los ministros y los señores entraron, el rey dió libertad á sus presos, los condujo silenciosamente, encargándoles que no hiciesen ruido, porque la reina madre estaba enferma, y habitaba bajo de aquel piso.

Tomadas tales precauciones, el rey volvió al consejo, y repitió la necesidad á que se hallaba reducido de prevenir las tramas del duque de Guisa. El mariscal de Aumont vacilaba, porque el monarca habia prometido y jurado el 4 de diciembre por el Santo Sacramento del Altar, perfecta reconciliacion y amistad con el duque de Guisa: «Primo mio, le habia dicho, ¿creeis que tenga una alma tan perversa que os quiera mal? por el contrario, declaro que no hay persona alguna en mi reino á quien ame mas, como lo manifestaré dentro de poco tiempo. . . .» Este ateista, Enrique de Valois, selló su traicion con un cirio del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

Calmaron los escrúpulos del mariscal de Aumont, esforzándose en probarle que el duque de Guisa habia faltado el primero á su palabra.

El rey pasó del gabinete del consejo á la cámara, donde estaban reunidos los gentiles hombres, y les habló de esta suerte:

«No hay ninguno de vosotros que no reconozca cuanto honor le he dispensado, eligiéndole entre toda la nobleza de mi reino para confiar mi persona á su valor, vigilancia y fidelidad. Debeis estarme agradecidos, y sin embargo quiero yo estarlo á vosotros en una ocasion urgente en que me van la honra, el estado y la vida. Bien sabeis los insultos que he recibido del duque de Guisa, los que he sufrido con tanta paciencia, que han dudado de mi poderío y de mi valor, al ver la dulzura que he empleado para suavizar ó contener el curso de su violenta y furiosa ambicion. Resuelto está á emplear la última violencia contra mi persona, para disponer despues de mi corona y de mi vida. He quedado reducido á tal extremo, que es preciso que muera yo ó que muera él, y que sea esta mañana. ¿Querreis servirme y vengarme?»

Todos á una voz gritaron que estaban prontos á matar al rebelde; y Sariae, noble gascon, tocando con su mano el pecho del rey, le dijo: *¡Cabeza de Dios, señor, yo os le entregaré muerto!*

Enrique les rogó que moderasen los testimonios de su celo, por miedo de que despertasen á la reina madre. «Veamos, dijo en seguida: ¿quién de vosotros tiene puñal?» Tenianlo ocho gentiles-hombres, y el de Sariae era de Escocia. Los ocho gentiles-hombres, provistos con el armad del asesino, quedaron principalmente elegidos para permanecer en la cámara y descargar los primeros golpes, y el rey añadió otro guardia llamado Loignac, que no tenia mas que espada. Otros doce de los cuarenta y cinco fueron colocados en el antiguo gabinete, adonde el rey debia enviar al duque, y recibieron orden de matarle ó de acabarle de matar á estocadas cuando abriese la mampara de

terciopelo para entrar en el gabinete. Los restantes guardias se colocaron en la escalera que comunicaba del gabinete á la galería de los Ciervos. Nambu, uquier de cámara, debía no dejar entrar ni salir á ninguno, sino por orden espresa del rey; y el mariscal de Aumont se sentó en el consejo para asegurar al cardenal de Guisa y al arzobispo de Lion, muerto el duque.

Retiróse el rey al aposento que miraba á los jardines, habiéndolo dispuesto todo con la sangre fria de un general que va á dar una batalla decisiva; no se trataba mas que de un asesinato y de la muerte de un hombre; pero este hombre era el duque de Guisa. Habiendo quedado solo Enrique, no tenia tranquilidad; iba, venia, no podia estar quieto en un punto, y presentábase en la puerta del gabinete. Lleno de interes y de piedad por los asesinos, escitábalos á que se precaviesen contra el arrojó y la fuerza del otro Enrique, á quien estaban encargados de inmolar. «Es alto y vigoroso, y si se desprendiese de vosotros, me causaria mucho dolor.» Vinieron á decirle que el cardenal de Guisa habia entrado en el consejo, pero su hermano no llegaba, y la tardanza desazonaba cruelmente al monarca.

Dormía el duque; anhelaba reparar con las dulzuras del sueño sus fuerzas agotadas en los placeres de esta misma noche en que se preparaba su muerte: á entrar iba en una noche mas larga, que le daría tiempo para descansar, próximo como estaba á caer de los brazos de una muger en las manos de Dios. Sus ayudas de cámara no le despertaron hasta las ocho, diciéndole que el rey iba á ponerse en marcha. Levantase con prontitud, se viste una armilla de raso gris, y sale para dirigirse al consejo.

Llegado al terraplen del castillo, acercósele un noble de Auvernia, llamado La Salle, y le rogó que no pasase adelante: «Amigo mio, le respondió, tiempo

hace que me he curado las aprensiones.» Apenas había dado cuatro ó cinco pasos mas, cuando encontró á un vecino de Picardía, llamado d'Aubencourt, que intentó detenerle, y el duque le trató de asno. Aquella misma mañana había recibido nuevos billetes que le anunciaban su suerte, y había dicho al meterse el último en la faltriquera: «Este ya es el noveno.» Al pie de la escalera del castillo el capitán Larchant le presentó, como le había mandado el rey, un memorial pidiendo la paga de los guardias, y eran los mismos guardias que imploraban su bondad los que habían de asesinarle: así se aprovechaban del carácter generoso del duque para quitarle las sospechas que hubiera podido concebir á la vista de los guardias.

Llegado á la sala del consejo, admiróse al ver al mariscal de Aumont, porque únicamente habían de tratarse asuntos de hacienda. Sentóse, y un momento despues dijo: «Tengo frio; me duele el corazon; que enciendan fuego.» Cayéronle gotas de sangre de la nariz y lágrimas de los ojos; debilidad que atribuyeron mas á algun exceso, que al presentimiento. Habiéndose sentado delante del fuego, dejó caer el pañuelo, y puso el pie encima por descuido: Fontenai ó Morte-fontaine, tesorero de ahorros, lo levantó del suelo, y el duque de Guisa rogó á Fontenai que lo entregase á Pericart, su secretario, para que le diese otro, diciéndole al propio tiempo que viniese á buscarle al instante: «Quería, como muchos han creído, dice Pasquier, advertir á sus amigos el peligro en que pensaba estar.» Saint-Prix, primer criado de cámara del rey, presentó al duque frutas secas que había pedido cuando le acometió el desmayo.

Habiendo sabido Enrique la llegada del duque de Guisa, envió á Revol para que le dijese que descaba hablarle en el antiguo gabinete. El ugier de cámara Nambu, cumpliendo su consigna, negó el pasó á Re-

vol, y éste volvió adonde estaba el monarca con el rostro lleno de pasmo: «¿Dios mío, qué tenéis? preguntó el rey. ¿Qué ha sucedido que estais pálido? Vais á echarlo todo á perder. Frotaos las mejillas, frotaos las mejillas, Revol.» Explicada la causa de la vuelta de Revol, Enrique abrió la puerta del gabinete, y mandó á Nambu que dejase pasar á Revol.

Marillac, magistrado de París, daba cuenta de un asunto de gabela, cuando Revol se presentó en la sala del consejo: «Señor, dijo el duque de Guisa, el rey os llama, y está en el antiguo gabinete:» y Revol se retiró. El duque de Guisa se levantó, guardó varias frutas secas en una cajita, arrojó las restantes sobre los tapices, y dijo: «¿Y qué quiere?» Acomodó la capa sobre sus hombros, echándola ya á un lado, ya á otro, como si estuviese alegre: recogióla debajo del brazo izquierdo, y púsose los guantes sosteniendo la cajita en la mano del brazo que afianzaba la capa: «Adios, señores,» dijo á los miembros del consejo, y empujó la puerta de la cámara real: Nambu la abrió, salió luego, tiró de ella, y la cerró.

Guisa saludó á los guardias que estaban en la cámara, los guardias se levantaron, se inclinaron y acompañaron al duque como por respeto: uno de ellos le pisó el pie: ¿era este el último aviso de un amigo?

Guisa atravesó la cámara, y al entrar en el corredor estrecho y oblicuo que conducia á la puerta del antiguo gabinete, asió su barba con la mano derecha, y medio se volvió para observar á los gentiles-hombres que le seguian. Montlery, el mayor que estaba cerca de la chimenea, creyó que el duque queria retroceder para ponerse en defensa, y abalanzándose le cogió del brazo; y clavándole el puñal en el pecho, gritó: «Traidor, morirás.» Effranats se arrojó contra sus piernas, Saint-Malines le dió otra puñalada de la

garganta al pecho, y Loignac le metió la espada por los riñones.

El duque, al recibir los golpes, decía: ¡Ah, amigos míos! ¡ah, amigos míos! Herido por detrás con el estoque de Sariae, exclamó en alta voz: ¡Misericordia! «Y aunque tenía la espada en la capa y las piernas cogidas, llevábalos sin embargo empujados de un extremo á otro de la cámara; tan vigoroso era.» Caminaba con los brazos tendidos, los ojos apagados, y la boca abierta como si estuviese ya muerto. Apenas le tocó uno de los asesinos, cayó sobre el lecho del rey; jamás en tan vergonzoso lecho espiró tanta gloria. El cardenal de Guisa, sentado en el consejo con el arzobispo de Lion, oyó la voz de su hermano que pedía perdón á Dios: «¡Ah! dijo, matan á mi hermano.» Hizo atrás la silla para levantarse; pero el mariscal de Aumont, con la mano puesta en la espada: «No os movais, voto á Dios, cardenal, que el rey tiene que ajustaros la cuenta.» El arzobispo de Lion, juntando las manos, exclamó: «Nuestra vida está en manos de Dios y del rey.» Encerraron despues al cardenal y al arzobispo en las celdas de los capuchinos, y de allí los trasladaron á la torre de Moulins.

Informado Enrique de que la empresa habia sido llevada á cima, saltó de su gabinete para ver la víctima: dióle un puntapie en la cara, del mismo modo que el duque de Guisa lo habia dado al almirante de Coligny el dia de la matanza de San Bartolomé. Contempló por un instante al duque, y dijo: «¡Dios mio, qué alto es! aun parece mas alto muerto que vivo.» (*L'Estoile*). Despues le tocó con el pie, y hablando con Loignac, le preguntó: «¿Te parece que está muerto, Loignac?» Entonces Loignac, asiéndole de la cabeza, respondió á Enrique de Valois: «Creo que sí, porque tiene el color de muerto, señor.» Así Enrique de Valois, traidor, cobarde y poltron, hizo morir á aquel magnanimo

príncipe. . . . Y creo que si el duque de Guisa hubiese tan solo respirado cuando le tocó con el pie, hubiera caído lleno de horror á su lado.» (*Vida y muerte de Enrique III*).

Los cortesanos no cesaban de repetir sus zumbas insultando al hombre á quien habian adulado, y llamábanle el *hermoso rey de Paris*, nombre que le habia dado Enrique.

Uno de los secretarios de estado, Beaulieu, recibió orden de registrar al duque: encontróle al lado del brazo una llavecita unida á una cadena de oro, en las faltriqueras de los calzones una bolsa que contenia doce escudos de oro, y un billete, en el que habia escritas estas palabras de mano del duque: *Para mantener la guerra en Francia se necesitan 700,000 libras todos los meses*. D'Entragues sacó de su dedo un corazon de diamantes. (*Miron*). «Los cuarenta y cinco le quitaron la espada y las preciosas sortijas que llevaba en los dedos.» (*Vida y muerte de Enrique III*). Beaulieu, habiendo terminado el registro, y observando que la ilustre víctima respiraba aun, le dijo: «Duque, ya que os quedan pocos minutos de vida, pedid perdon á Dios y al rey.» El rey era quien hubiera debido pedir perdon á Dios y al duque de Guisa, que se lo hubiera concedido. «Entonces el príncipe de Lorena, sin poder hablar, exhaló un grande y profundo suspiro con voz ahogada, y entregó el alma: cubriéronle con un manto gris, y encima una cruz de paja.» (*Miron*).

En un folleto de aquel tiempo cuéntase una anécdota poco conocida. Dijose que habiendo el rey ordenado arrestar á los principales católicos, mandó conducirlos á su presencia, y enseñádoles el cadaver del duque de Guisa, les dijo: «Señores, aquí teneis á vuestro rey de Paris ornado como merece. . . . Hecho esto presentáronle al príncipe de Joinville, al que el rey mostró el cuerpo muerto alli tendido, cuyo

espectáculo de tal suerte conmovió el corazón del joven, que horrorizado quiso arrojarle sobre el cuerpo de su padre, pero el rey le detuvo; y no pudiendo el príncipe besar al autor de sus días, y darle el último adiós, prorumpió en palabras injuriosas contra los asesinos, por lo que el rey le condenó á muerte, que se hubiero ejecutado, si Carlos el delfin, que estaba presente, y que naturalmente amaba al príncipe, no se hubiese arrodillado delante del rey, suplicandole que le concediese la custodia del príncipe, con obligacion de presentarle cuando se lo mandase.» (*Sangrientas crueldades ejercidas con el cardenal de Guisa, etc.*)

Dos horas despues entregaron el cadáver del duque de Guisa á Richelieu, prevoste de Francia, y abuelo de aquel cardenal que no perdonó á los grandes, y que los hizo morir á manos del verdugo.

Al día siguiente fué muerto en la torre de Mou-lins el cardenal de Guisa á golpes de alabarda. Púsose de rodillas, cubrióse la cabeza y dijo á los matadores: «Cumplid vuestra *comision*.» Eran cuatro por precio de cien escudos cada uno: los bonos de los septembristas eran de cinco francos, porque habia bajado el precio de la sangre. El cardenal de Guisa era mas perverso, tenia mas resolucion, y tanto valor y ambicion como el duque; pero habíalos consagrado á su hermano mayor. Quince días antes la duquesa de Guisa se habia trasladado á París para esperar en él su próximo alumbramiento, y habíala seguido Mad. de Montpensier.

Richelieu, acompañado de sus archeros, setrasladó á la sala del tercer estado, prendió al presidente de Neuilly, á Marteau, presidente del comercio, y á Compans y á Cotteblanche, regidores de París; mas no habia recibido orden de hacer saltar á la asamblea por las ventanas.

Habia Enrique apurado todo el rigor que le resta-

ha en el asesinato de los dos hermanos: no llamó á sus tropas de Poitu para marchar en seguida sobre París, y no se apoderó de Orleans. Cuando se presentó á su madre despues del asesinato, le dijo: «Señora, ahora yo solo soy el rey, no tengo compañero.» Ella le respondió: «¿Qué pensais haber hecho? ¿Habeis dado órden para asegurar las ciudades? Bien cortado está eso, hijo mio; pero es preciso coserlo.» Catarina estaba moribunda, y falleció el 5 de enero de 1589, «en Blois, en donde era adorada y reverenciada como la Juno de la córte. Asi que exhaló su último aliento, se hizo el mismo caso de ella que de una cabra muerta.» (*L'Estoile*).

En el mismo dia, y al siguiente de la muerte de los Guisas, Enrique III mandó arrestar al cardenal de Borbon, á la duquesa de Nemours, al duque de Nemours, su hijo, al principe de Joinville, al duque de Elbeuf y al arzobispo de Lion: á los demas señores de la liga salvóles la ligereza. Cerráronse todas las tiendas y caian torrentes de agua. Los cuerpos del duque de Guisa, trasladados á una de las salas bajas del castillo, fueron hechos pedazos por el verdugo, y despues quemados durante la noche en hogueras, y finalmente arrojadas al rio sus cenizas. Un rey de Francia dormia encima de aquellas llamas, escuchando quizás los golpes del hacha que despedazaba los cuerpos de sus grandes vasallos, y percibiendo quizás el olor de la carne de las víctimas. Si seguimos otra version mucho menos auténtica que la de Miron y de l'Estoile, los cuerpos de ambos hermanos fueron arrojados en cal viva. Madama de Montpensier aguardaba en París al fraile que debía salir de sus brazos para ir á clavar su cuchillo en el vientre de Enrique III, asi como el duque de Guisa habia salido de los brazos de madama de Noirmoutiers para caer á los golpes del puñal de los guardias de aquel monarca.

En 1807, al volver de Tierra Sansat pasé, por Blois, y visité el castillo que estaba lleno de prisioneros de guerra. Un soldado polaco me enseñó la sala de los estados, la sala en que el duque de Guisa había sido asesinado, y sobre cuyo pavimento habían creído descubrir por largo tiempo manchas de sangre. ¿Qué se había hecho Enrique III, rey de Polonia? ¿Qué había sido de la dinastía de los monarcas franceses? ¿Dónde está al presente el que llevó sus soldados mas allá del Vistula, el que mudando la faz de Europa había puesto en olvido las épocas mas gloriosas de nuestra historia? El Loira ha precipitado las cenizas del duque de Guisa en el Océano, que encierra las de Napoleón al otro lado de la tierra: así los siglos van borrándose los unos á otros. Solo queda Dios que pueda dar cuenta de la vanidad de los hombres.

Cuando la noticia de la muerte de ambos hermanos se divulgó en la capital, reinó un momento de estupor y miedo; mas no tardaron en levantarse los de la Liga: el duque de Aumale, creado gobernador de París, mandó registrar las casas de los *realistas* y de los *políticos*, y prender á los sospechosos. El predicador Lincestre declaró que el villano *Herodes* (anagrama, en francés, del nombre de Enrique de Valois) no era ya rey de los franceses. Obligó á los oyentes á que jurasen derramar hasta la última gota de su sangre, y emplear hasta el último obolo de su bolsillo para vengar la muerte de los príncipes. El primer presidente de Harlay estaba sentado delante del púlpito: Lincestre le apostrofa y le grita: «Levantad la mano, señor presidente: levantadla alta; aun mas alta, para que el pueblo la vea.

El pueblo arrancó en todas partes las armas reales, las rompió, las holló con sus plantas, las arrojó en los arroyos, y destruyó los hermosos monumentos erigidos en la iglesia de San Pablo á Saint-Mesgrin,

Caylus y Maugiron. Bussy Le Clerc encerró en la Bastilla y en la Consergeria al parlamentó casi entero; obligaron al presidente Brisson á tener audiencia; á Eduardo Molé, consejero de la córte, á llenar las funciones del procurador general; y á Juan Lemaitre y Luis de Orleans á aceptar la plaza de abogados del rey. Brisson entregó el 21 de enero ante dos escribanos una protesta secreta contra todo lo que se viese obligado á hacer ó á decir contra los intereses del monarca: precaucion y presentimiento de un hombre débil, que no era capaz de llenar todos sus deberes, y que, sin embargo, se sentia con arrojo para abrazar la muerte.

Un heraldo enviado por Enrique á los habitantes de Paris, fué despedido sin respuesta y con ignominia. La facultad de teología (es decir, segun el señor de l'Estoile, ocho ó diez sopistas y galopines de cocina) declaró á los vasallos absueltos del juramento de fidelidad y de obediencia á Enrique de Valois, en otro tiempo rey.

«Primum quod populus hujus regni solutus est et liberatus a sacramento fidelitatis et obedientiæ præfacto Henrico regi præstito. Deinde, etc.»

Segun pedia la duquesa viuda de Guisa, el parlamento publicó un decreto en la siguiente forma:

Decreto de la córte soberana de los pares de Francia, contra los asesinos y matadores del señor cardenal y duque de Guisa.

«Reunidas todas las cámaras, y vista por la córte la petición presentada por Mad. Catarina de Cleves, duquesa viuda de Guisa, tanto en su nombre, como en el de tutora natural de sus hijos menores: conteniendo que el difunto duque de Guisa, par y gran señor de Francia, su esposo, era hijo de un príncipe

que ha llenado todo el mundo con la fama de sus virtudes, tan útiles á la Francia, que habiéndola estendido por la parte de Alemania con la conservacion de Metz, la ha unido por la parte de Inglaterra al gran mar, su antiguo límite, con la toma de Calais, y librádola tambien del terror de una plaza, juzgada inespugnable, con la ruina de Thionville. Habiendo trabajado despues felizmente para purgar este reino del contagioso veneno de la heregia, de que estaba casi todo inficionado, y hallándose cereano á concluir su empresa, fué asesinado con traicion por los enemigos de Dios y de su iglesia, dejando tres hijos, que siempre se han mostrado verdaderos herederos de las virtudes de su padre, y celosos en la defensa de la religion católica, apostólica y romana.

. Aquellos que pretenden continuar siempre la dissolution, y preparar el camino á la dominacion de los hereges, no pueden imaginar mas propio medio que el asesinato de los príncipes que se han mostrado afectos al alivio del pueblo, y á la conservacion de la pura religion católica. Para la ejecucion de este plan han vuelto á jurar el edicto de union, renovando las otras promesas de seguridad con solemnes juramentos y otras simulaciones de benevolencia, y obligándose hasta con imprecaciones horrosas, despues de haber recibido la Santa Eucaristia. En fin, el dia 23 de diciembre, el duque de Guisa, que estaba sentado en el consejo, siendo llamado de parte del rey, y levantándose y marchando solo, y sin otras armas que su espada, como quien no podia pensar en tan indigna perfidia, es asesinado cruelmente por hombres dispuestos espresamente para este efecto.

. La suplicante desca en esta causa comision de la córte otorgada para informar de los hechos referidos, circunstancias y dependencias: y que á los

consejeros de dicha córte que le pareciere, sea cometida la informacion, vista y decretada contra aquellos que se hallaren culpables, y proceder conforme á derecho. Todo considerado la dicha córte y todas las cámaras unidas, han ordenado y ordenan se libre la comision á la que suplica.»

Este decreto resucitó el poder soberano del *tribunal de los pares* que lo ejercia sobre el rey, aunque el rey era el rey *legítimo*, el rey de Francia: el informe debia recaer contra aquellos á quienes *resultasen cargos y fuesen culpables*: los culpables eran los asesinos, y su jefe *Enrique de Valois*. Finalmente el parlamento se convirtió en tribunal de los pares, y aqui tenemos á la aristocracia entera resucitada y apoyada por el ardimiento popular, volviendo á comenzar su vida de un momento por el proceso de un rey: ¿qué mas ha hecho la democracia de 1793?

Por otra parte, Enrique III, despojando de la vida á ambos Guisas, habia obrado segun los principios de la monarquía de entonces: la justicia dimanaba del rey; el rey era el juez soberano, y tambien el poder constituyente y el poder ejecutivo: hacia la ley y la aplicaba: llevaba la espada y la mano de la justicia: tenia derecho de pronunciar sentencia y de herir: un asesinato por su parte podía ser inicuo, pero era legal. El despotismo se fundaba en los mismos principios que la democracia: las espoliaciones y las matanzas son legales si las ejecuta el pueblo soberano, y las confiscaciones y los asesinatos son igualmente legales si se ejecutan en nombre del monarca absoluto.

Aqui encontramos cara á cara á la antigua aristocracia y á la antigua monarquía con sus principios y sus inconvenientes.

Celebróse un oficio solemne en Nuestra Señora en honor del duque y del cardenal de Guisa; en todas partes presentaban á la vista del público sus retratos

ó sus imágenes con cirios y traspasadas á puñaladas. Pasaban y volvían á pasar por las calles procesiones, en que hombres y mugeres, mancebos y doncellas, iban confundidos y medio desnudos de iglesia en iglesia. «El religioso caballero Aumale veíase ordinariamente en ellas tirando por medio de un cañuto confites olorosos á las doncellas á quienes daba colaciones, y entre los que no ponía en olvido á la santa viuda, que cubierta solo de una tela fina y de un encage que le llegaba al cuello, se dejó llevar del brazo por medio de la iglesia de San Juan, y galantear con escándalo de muchos.» (*L'Estoile*).

Pero nada llamó tanto la atención como una procesion general de niños de ambos sexos, en número de cien mil, con cirios encendidos, que apagaban con sus pies, diciendo: «Permita Dios que se extinga en breve de todo punto la dinastía de los Valois.»

Los predicadores redoblaban las invectivas contra el monarca: «Este tiñoso, decía el doctor Boucher, va siempre peinado á la turca, y lleva un turbante que no se ha quitado nunca, ni aun para comulgar por reverencia á Jesucristo; y cuando el desventurado hipócrita parecía dirigirse contra los alemanes, usaba un vestido alemán, forrado y con broches de plata, que significaban la buena inteligencia y acuerdo que reinaban entre él y esos diablos negros; en una palabra, tiene la cabeza de turco, el cuerpo de alemán, las manos de harpía, las piernas de inglés, los pies de polaco, y el alma de un verdadero diablo.»

Lincester, cura de San Gervasio, anunció el miércoles de Ceniza que no predicaría el Evangelio, sino que predicaría «la vida, fechos y abominables hazñas del pérfido tirano Enrique de Valois. . . .»

. . . . Sacó de la faltriquera un candelero del rey, que los Diez y seis habían quitado de las celdas de los capuchinos, y en el que había unos sátiros grabados,

que afirmó ser los dos demonios del rey, á los cuales adoraba el tirano por dioses.» (*L'Estoile*).

Enrique III habia sido uno de los asesinos del día de San Bartolomé; era religioso hasta la superstición; amaba á los frailes, habia fundado una nueva orden en París, la de los Fuldenses, y pasaba una parte de su vida visitando iglesias, haciendo procesiones y peregrinaciones con los pies desnudos y en hábito de penitente. Era enemigo terrible de los reformados; habia ganado contra ellos á fuerza de valor las dos batallas de Jarnac y de Montcontour, y finalmente se habia declarado jefe de la liga: mas nada de esto le valió, porque tenia contra sí el odio de los sacerdotes, que preferian á los Guisas. La manera con que lograron quitarle la opinion popular, es una obra maestra de industria y de calumnja: todo lo emplearon, sermones, libelos y grabados. En una oracion fúnebre del duque de Guisa, Muldrac de Senlis compara á Enrique de Valois al rico avariento, «á quien hemos visto, dice, no solo cubierto de púrpura y de escarlata, sino con sus favoritos así vestidos y aun con mas riqueza, viviendo disolutamente y bailando del todo desnudo con una muger (1) pública, que espresamente ha hecho venir de remotos países.»

«No se trata, dice otro escrito, hablando del rey y del duque de Espernon, no se trata sino de vivir sensualmente: desterrando la virtud á larga distancia, emplean hoy (en secreto sin embargo) una especie de libertinage (2), y mañana otro; haciéndose servir en la mesa por mugeres enteramente desnudas, y comiendo despues otros escesos.»

Malos grabados representaban al Loira arrastrando en su curso á los ahogados, con esta esplicacion:

(1) Cambio la palabra del texto,

(2) Cambio tambien la palabra.

«Imágen de las crueldades que Enrique de Valois ha ejecutado contra los hombres honrados que no aprobaban sus delitos.» En otro grabado veíase una gran mano, en la que había pintadas tres flores de lis, arrebatando de los cabellos con los dedos retorcidos á una religiosa arrodillada delante de un Crucifijo. La inscripción decía: «Retrato de una virgen religiosa violada en Poissy por Enrique de Valois.»

Otra mano, deslizándose al través de los hierros, asia una cruz enriquecida con diamantes, y recostada sobre una almohada de terciopelo: leíase debajo de la imágen: «Copia del sacrilegio cometido por Enrique de Valois en la santa capilla de París.» Acusaban al mismo príncipe de haber dicho, al mirar la corona de espinas de la santa capilla: «Muy gruesa tenía la cabeza Jesucristo.»

El duque de Mayena, estimulado por su hermana la duquesa de Montpensier, habia llegado á París, y el consejo de la union le declaró lugar-teniente del estado real y corona de Francia. París, distinto entonces de lo que era en los tiempos feudales del rey Juan, comenzaba á tomar sobre la Francia compacta y centralizada el ascendiente que ha conservado, y el resto del reino católico le imitó, y se reveló contra la autoridad de Enrique III.

Este príncipe habia cerrado en Blois los estados el 16 de enero de 1589; y de allí, no pudiendo dirigirse á Orleans, habiase retirado á Tours casi sin tropas. Llamó á su lado á los miembros fugitivos del parlamento de París y del tribunal de cuentas, y entabló negociaciones con el rey de Navarra.

El de Bearne, durante la sesion de los estados de Blois, habia presidido la asamblea de las iglesias reformadas en La Rochele; hacia la guerra en Poitou y en la Saintouge, teniendo á su cabeza al duque de Nevers, que mandaba las tropas reales. Por medio del

consejo de Mornay publicó un manifiesto que tendió á su union con Enrique III y con los franceses; brillan en él sus sentimientos, su carácter y su estilo: «Pluguiese á Dios que nunca hubiese sido capitán, puesto que debía hacer mi aprendizaje á espensas de la Francia. Dispuesto estoy á pedir al rey mi señor la paz y el reposo de su reino y el mio... Me han intimado varias veces que mudase de religion; ¿pero cómo? con la daga en la garganta.

Si deseais simplemente mi bien, os doy las gracias; pero si deseais mi conversion por el temor de que os violente un día, os engañais.»

El rey de Francia temia unirse al rey de Navarra; su repugnancia hubiera sido fundada en politica si hubiese sido el gefe de la opinion católica; mas era el duque de Mayena el que se hallaba á la cabeza de aquella opinion, como hermano y sucesor del duque de Guisa. Sin embargo, ambos reyes se pusieron de acuerdo por la mediacion de Diana, legitimada de Francia, y hermana natural de Enrique III, y estipularon una tregua de un año, con condicion de declarar juntamente la guerra al duque de Mayena. Presentóse el duque con su ejército, y estuvo á punto de apoderarse de Enrique en la ciudad que le servia de asilo. La entrevista de Enrique III y del de Bearne, se verificó en Plessis-les-Tours el último día del mes de abril de 1589. El rey de Francia esperaba al rey de Navarra en los jardines del castillo de Luis XI. Entonces no habia ni trampas, ni asadores ni rejas de hierro, ni calabozos, sino una multitud de capitanes y de soldados curiosos de aquel espectáculo de union, en medio de los odios tan vivos que dividian la Francia.

El de Bearne llegó «con toda su tropa, en la que ninguno llevaba capa ni penacho, sino el príncipe: todos usaban banda, y el príncipe iba vestido de soldado, con la armilla raida en los hombros y en los cos-

tados de la coraza. Los calzones eran de terciopelo de color de hoja muerta, la capa de escarlata, y el sombrero gris con un gran plúmero blanco.»

Los dos Enriques estuvieron viendo largo espacio sin poder acercarse á causa de la muchedumbre; en fin, el primer Borbon se arrojó á los pies del último Valois, que le levantó, y le abrazó dándole el nombre de hermano.

Enrique de Navarra escribió á Mornay: «Se ha roto la valla, no sin muchas advertencias de que si fuese ahí seria muerto; he pasado el agua encomendándome á Dios.» Poco mas ó menos esta era la situacion del duque de Guisa en Blois, pero la confianza del Acuchillado nacía de su desprecio y de su despecho, y la del de Bearne de una conciencia pura.

Los reyes se adelantaron hácia Paris, y la reunion del ejército protestante y del ejército católico bajo el mismo estandarte, trocó la naturaleza de los sucesos. Hasta entonces habia sido posible que aquellas guerras civiles y religiosas produjesen una verdadera revolucion, porque mientras la reforma tuvo una bandera aparte, su marcha á lo futuro, y la independencia de sus principios, hubieran podido ocasionar una mudanza en la constitucion del estado; mas luego que los católicos y los hugonotes se alistaron bajo un jefe comun, perdióse el espíritu aristocrático republicano; la monarquía triunfó, y las revueltas de la Francia no fueron ya sino una cuestion vulgar de personas y de estériles desgracias.

Hubo algunas refriegas; y los soldados del ejército de Mayena obligaban á los sacerdotes á bautizar á los becerros, carneros y puercos, y á darles los nombres de carpas, sollos y barbotas.

Enrique, descomulgado por el papa, recibió la noticia de la excomunion en Etampes. «El remedio, dijo el de Bearne, es vencer, y os absolverá.» Un gen-

til-hombre enviado de parte del rey á Mad. Montpensier, le anunció: que puesto que alimentaba el fuego de la sedición, tuviera entendido que si alguna vez caía en las manos del rey, la haría quemar viva. La dama respondió: «El fuego es para los sodomitas como él.» Los reyes sentaron sus reales delante de París; sus ejércitos reunidos, comprendiendo en ellos los diez mil suizos que mandaba Sancy, ascendían á mas de cuarenta mil hombres. Enrique III se alojó en Saint-Cloud en la casa de Gondy, y contemplando la capital de Francia desde lo alto de las colinas, decía: «París, cabeza demasiado gorda para el cuerpo, es menester sangrarte para curarte.» (*D'Avila*). Jacobo Clemente puso fin á sus amenazas y á sus esperanzas; mató al rey con un cuchillo el 4.^o de agosto de 1589. «Podeis juzgar, señor, escribe un testigo ocular, qué espectáculo tan lastimoso y miserable sería al ver por una parte al rey ensangrentado con las tripas en la mano, y por otra á sus fieles servidores, que llegaban uno tras otro llorando, gritando y desalentados.» (*Carta de La Guesle*).

Carlos de Valois, hijo natural de Carlos IX, y de María Touchet, conde de Auvernia y duque de Angulema, encontró á Jacobo Clemente cuando iba á ver al rey: «Vé á aquel monstruo de fraile, dice en sus brevísimas memorias, á quien la naturaleza había dado tan mal aspecto, que mas tenía cara de demonio que de figura humana.»

La hermana del duque de Guisa, la orgullosa Montpensier, no había vacilado en entregarse á aquel diablo para ponerle el puñal en la mano.

Hizo colocar Enrique un altar enfrente de su cama; celebró la misa su capellan, y en el momento de las elevaciones pronunció Enrique estas palabras: «Señor Dios, si tú conoces que mi vida puede ser útil y provechosa á mi pueblo y á mi estado, consérvame,

y prolonga mis días, si no toma mi cuerpo, y salva mi alma: hágase tu voluntad.» (*Certificaciones de muchos señores*).

Llegó el rey de Navarra, y Enrique III le tendió la mano: «Hermano mio, le dijo, ya veis como me han tratado vuestros enemigos y los míos: *guardaos no hagan con vos otro tanto*. Enrique declaró que el rey de Navarra era su legítimo sucesor, é invitó á los señores presentes á que le reconociesen.

«No siento el haber vivido poco, pues muero en Dios: sé que la última hora de mi vida será la primera de mi felicidad; pero compadezco á los que me sobreviven, á mis buenos y fieles servidores.

Os conjuro por la inviolable fidelidad que debéis á vuestra patria, y por las cenizas de vuestros padres, á que permanezcais firmes y constantes defensores de la libertad comua, y á que no dejéis las armas hasta que hayais limpiado enteramente el reino de los perturbadores del reposo público; y puesto que la division sola socava los fundamentos de la monarquía, conservaos unidos y juntos en una misma voluntad. Me consta, y puedo responder de ello, que el rey de Navarra mi cuñado, legítimo sucesor de la corona, se halla muy instruido en las leyes del reino para no mandar justa y razonablemente, y me prometo que á vosotros no se oculta la obediencia que le debéis. Confiad el fallo de vuestras diferencias religiosas á los estados, y aprended de mí que la piedad es un deber del hombre para con Dios, sobre quien el brazo de carne no tiene poder: adios, amigos míos; trocad vuestras lágrimas en oraciones, y rogad por mí.» (*Historia de las últimas revueltas, lib. V.*) Enrique III espiró el miércoles 2 de agosto á las dos de la tarde, habiendo perdonado antes *a los que habian abierto su herida*. (*Certificacion de los señores*).

Si el dolor dominaba en Saint-Cloud, en París reinaba la alegría: maldecido aquí, bendecido mas allá, admirado por un partido, despreciado por otro, personaje importante ó nulo dentro de un límite y de un día, arrastrado del mausoleo al albañal, ó trasladado del albañal al mausoleo; tal es el destino del hombre que adquiere nombradía en tiempo de facciones. Las palabras verdaderas de Enrique III en el lecho de muerte fueron graves y valientes, aunque los de la liga pusieron en su boca diferentes discursos, del mismo modo que los revolucionarios falsificaron las *Memorias* de Clery, y supusieron que Luis XVI había pronunciado en el cadalso espresiones innobles. En 1589 vendíanse por las calles de París *los lamentables improperios de Enrique de Valois*. «¡Oh Satanás! al principio me escanciaste buen vino. . . .

Ya está pronunciada mi sentencia; mi sepulcro está aparejado en las tinieblas para recibirme, á causa de mis pecados. ¿En dónde está ahora la grandeza de mis tesoros? ¿La multitud de mis barones y gentiles-hombres? ¿En dónde se hallan mis gendarmes y las órdenes de mis ejércitos? ¿En dónde el aparato de mis delicias? ¿En dónde mis perros de caza? ¿Mis caballos ligeros? ¿Mis pájaros cantadores? ¿En dónde están las hermosas salas pintadas y tapizadas? ¡Oh pecados míos y delicias mías! ¿me volveis lo que me habeis prometido?

¡Oh! ¿quien será mi leal amigo, que me socorra en esta última necesidad y estrecha hora de mi partida?

. Estoy atormentado por la vehemencia del calor, por el furioso rigor del frío, por las tinieblas, huido, hambre, sed, hedor, horrible vision de demonios, y gritos perpétuos y espantosos, y por el gusano de mi mala conciencia. Mis blandas manos, que para desterrar ó el frío ó el ardor del sol, se cubrían en otro tiempo de guantes, y mis brazos her-

mosos adornados de brazaletes, mis pies, y todo mi cuerpo sufre tormento. Soy feo, villano, sufrido, pesado, oscuro; cosas tristes y desconsoladoras se me representan

Permaneceré en tormentos y eterna privación de la vision de Dios.»

Los individuos de la liga convertian á Enrique III en enemigo de Dios, y los revolucionarios convertian á Luis XVI en enemigo de la libertad.

El efecto que produjo la muerte de Enrique en el campamento de ambos reyes pintóse á los habitantes de París con una mezcla de exaltacion, de ironía y de verdad, propias para obrar sobre la muchedumbre. «Esparcióse al instante por todo el campo la noticia de aquella súbita muerte; Espernon contristóse, y lloraba como un becerro; los guardias mirábanse los unos á los otros con los brazos cruzados; los políticos que habian hecho sacar sus estados para conservarlos mejor, llenáronse de asombro, y los suizos de vino. Los que pensaban suceder en la corona con el corazón alegre, maldecian á los de la liga, y aun mas al pobre fraile dominico, que despues de muerto fué arrastrado por cuatro caballos y quemado. Su alma subió al cielo con los bienaventurados; en cuanto á la de Enrique no es menester decirlo.» (*Relacion verdadera de la estraña y súbita muerte de Enrique de Valois*).

Cuando Mad. de Montpensier recibió la primera noticia del asesinato, echóse al cuello del mensajero y le dijo: «¡Ah, amigo mio, seais bien venido! ¿Y es verdad? ¿ese infame, ese pérfido, ese tirano ha muerto? Solo siento una cosa, que nó haya sabido antes de morir que soy yo la que le he hecho matar.» Corrió en busca de Mad. de Nemours, su madre, subió en una carroza, y fué de calle en calle distribuyendo bandas verdes, especie de luto irónico con-

sagrado á los locos. «¡Buenas noticias, amigos míos, gritaba, buenas noticias! El tirano ha muerto; ya no existe Enrique de Valois en Francia.» (*L'Estoile*).

Mad. de Nemours, desde las gradas del convento de los franciscanos, arengó al pueblo: encendieron fuegos de alegría; los predicadores canonizaron á Jacobo Clemente, y publicaron las actas del *Martirio del hermano Jacobo Clemente, de la orden de Santo Domingo*. Vendian al vulgo el retrato del fraile con unos versos dignos del héroe.

Un jeune jacobin, nommé Jacques Clément.
 Dans le bourg de Saint-Cloud une lettre presente
 A Henri de Valois, et vertueusement
 Un couteau fort poirtu dans l'estomac lui plante.

Sixto V en pleno consistorio declaró que el regicidio de Jacobo Clemente era comparable para la salud del mundo á la Encarnacion y á la Resurreccion, y que el arrojó del religioso dominico eclipsaba el de Eleazar y el de Judit. El papa carecia de convicciones políticas y de talento, y no era sincero en sus sacrilegas comparaciones; pero importábase enardecer á los fanáticos prontos á asesinar á los reyes en nombre del poder papal. El parlamento de Tolosa mandó que todos los años se hiciese una procesion solemne el dia del asesinato del rey. (*Dupleix*).

Por lo demas, nunca puñalada alguna produjo mayores resultados y una revolucion más súbita: dispersó un ejército formidable que sitiaba á París, cortó una rama del árbol de San Luis, y estendió otra rama real. La diadema católica ciñó la cabeza de un príncipe hugonote, que abandonando el protestantismo, privó á los correligionarios de su gefe, y destruyó las esperanzas futuras que habia creado la reforma.

Coligny, el condestable de Montmorency, el ma-

riscal de San Andres, Francisco de Guisa y el primer cardenal de Guisa; los dos Condés, Enrique de Guisa y el cardenal su hermano, y Catarina de Médicis, no existían ya: así los personajes mas notables de los reinados de Enrique II, de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III habian desaparecido antes, ó juntamente con el último príncipe de aquella dinastía. El reinado de los Valois espiró en Saint Cloud el 2 de agosto de 1589, y el de los Borbones, que comenzó allí el mismo día, terminó el 31 de julio de 1830.

Ahora es muy esencial desarrollar el cuadro de las costumbres que reinaron desde el tiempo de Enrique II hasta el de Enrique IV, porque ofrece episodios nunca vistos en Francia, y que nunca volverán á verse. Las orgías sangrientas de la república revolucionaria no renacerán jamás; las costumbres de ambas épocas parecen haber agotado los hechos.

El desorden y la crueldad son los dos caracteres distintivos de la época de los Valois.

El día de San Bartolomé, sin hablar de la matanza general, un individuo llamado Tomás se alababa de haber muerto á ochenta hugonotes. Coconas horrorizó al mismo Carlos IX con su relacion: habia arrebatado treinta hugonotes de las manos del pueblo, y los habia muerto á estocadas despues de haberlos hecho abjurar su fé, bajo promesa de conservarles la vida. El perfumista de Catarina de Médicis, «hombre curtido en toda especie de crueldades y de crímenes, iba á las carceles á traspasar á puñaladas á los hugonotes, y no vivia sino de asesinatos, maldades y envenenamientos.»

Tenían á sueldo asesinos, como si fueran criados; teníanlos los Guisas, los Chatillons y los reyes; teníanlos todos los que podían pagarlos; y estos asesinos, á quienes todos conocían, rara vez eran castigados. Habiendo Carlos IX, su hermano, entonces rey de Polo-

nia, y despues Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y el bastardo de Angulema, ido á comer á casa de Nantouillet, prevoste de París, robáronle la vagilla de plata. Aquel mismo dia Nantouillet habia ocultado en su casa cuatro matones para que cometiesen un asesinato, que ejecutaron en efecto; y habiendo oido el estruendo que hacian los reyes, creyéronse descubiertos, y salieron de su escondite con la pistola en la mano.

Margarita de Valois mandó dar de puñaladas en su lecho á Du Gouast, favorito de Enrique III.

A mas de los asesinos asalariados habia valentones que se provocaban los unos á los otros, y que resucitaron la memoria de los gladiadores galos; estos jóvenes, que seguían el partido de un señor, pasaban los dias en las salas bajas del Louyre ejercitándose en las armas ó en el campo, saltando fosos, ó manejando la pistola ó la daga. Los amigos se unían con terribles juramentos, y cuando un amigo se ausentaba, el otro amigo se vestía de luto, dejaba crecer su barba, rehúsaba todos los placeres, y parecia abismado en una profunda melancolia. Las mugeres estraban tambien en esta especie de reuniones romanticas: á la menor señal de su directora, debían precipitarse en un rio, aunque no supiesen nadar, entregarse á las bestias feroces, ó hacerse pedazos con un puñal.

Jugaban con la muerte: Enrique III llevaba un largo rosario, cuyos granos eran calaveras, y al que daba el nombre de *azote de sus grandes hacaneas*. Llevaba tambien calaveras pequeñas pintadas en las cintas de sus zapatos; á creerle hubieran trasformado los bosques de Bolonia en un cementerio, que hubiera sido lo que es al presente el cementerio del Oeste. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers mandaron que les presentaran las cabezas de Coconas y de La Mole sus amantes, decapitados, y las besaron, embalsama-

ron y bañaron con sus lágrimas. Villequier mató á su esposa porque no queria prostituirse á Enrique III, y Simiers quitó la vida á su hermano, caballero de Malta, porque le amaba su muger. Baleins condenó á muerte en su castillo á un jóven que habia seducido á su hermana: la sentencia se redactó por un pretendido escribano en un falso tribunal de justicia, y Baleins pronunció la sentencia y la ejecutó. El soldado corso San Pietro aborció á Vanina su muger, y habiéndole amenazado con que le formarían proceso, se presentó en el tribunal y dijo: *¿Qué importa al rey, qué importa á la Francia la buena ó mala inteligencia de Pedro con su muger?* Pero no perdió su estimacion, ni recibió castigo alguno.

Todos los días habia refriegas de ciento contra ciento, de doscientos contra doscientos, como en la edad media de Italia; y por cualquier motivo desafíos de uno contra uno, de dos contra dos y de cuatro contra cuatro: los mas conocidos son los de Caylus, Mau-giron, Antragues, Riberac, Schomberg y Livarot.

Bussy de Amboisa habia amado á Margarita de Valois, que no lo oculta en sus memorias; y adicto al duque de Anjou, Bussy insultaba sin cesar á los favoritos del monarca. «Habiendo entrado en la cámara real con aquel bello continente que le era natural, el rey le dijo que queria se pusiese de acuerdo con Caylus. . . .» Bussy le respondió: «Señor, si quereis que le bese, estoy pronto.» Y diciéndolo y haciéndolo, le dió un beso en la pierna. (*Margarita de Valois*).

Bussy tenia una intriga con la esposa de Carlos de Chambres, conde de Montsoreau, gran cazador del duque de Anjou, y en una carta que escribia á aquel principe le decia que habia caído en sus *redes la corza del gran cazador*. El duque de Anjou enseñó la carta á Enrique III, que odiando á Bussy, la comuni-

có al marido ofendido, y Montsoreau obligó á su mujer á que diese una cita á Bussy en el castillo de Constancieres, donde le hizo asesinar. Bussy, gobernador de Anjou, era abad de Bourgueil, y su mensajero de amor era lugar-teniente criminal de Saumur. «Tal fué el fin del capitán Bussy, de un arrojo invencible, de mano pesada, fiero y osado, tan valiente como su espada...; pero vicioso y poco temeroso de Dios, lo que causó su desgracia, no habiendo llegado á la mitad de sus dias, como acontece á los hombres de su ralea.» Bussy, gran matador del dia de San Bartolomé, degolló á Antonio de Clermont, su pariente, con quien tenia un pleito. «Todos estos espadachines, dice L'Estoile, no creian en Dios sino á beneficio de inventario.»

El señor vizconde de Turena, que fué despues mariscal de Bouillon, y que tenia por segundo á Juan de Sontaut, baron de Salignac, se batió en la playa de Agen contra Juan de Durfort de Duras-Rauzan, y Jaime de Duras, su hermano. El vizconde de Turena recibió á traicion diez y siete heridas. A Rauzan se le acusó de haber ceñido una cota de mallas debajo del vestido, ó de haber apostado diez ó doce hombres que asaltarán durante el desafio al vizconde de Turena.

Del mismo modo que en las proscripciones romanas, quitaban la vida para confiscar los bienes, sin forma de juicio, y sin que hubiese vencidos ni vencedores. «En aquel tiempo la buena señora Catarina hizo ahorcar en la cárcel á Lomenie, secretario del rey, porque su favorito Retz queria la tierra de Versalles que pertenecia al primero, é hizo morir á otros muchos para recompensar á sus servidores con las confiscaciones.» (L'Estoile).

La crueldad de las costumbres privadas se repetia en la guerra: Alfonso Ornano, hijo del corso San Piero, ejecutaba por sí mismo las sentencias de muerte

que pronunciaba contra sus soldados. Un sobrino suyo, que habia faltado á los deberes militares, se presentó á comer con su tío: Alfonso se levantó, le dió de puñaladas, lavóse las manos, y se sentó en la mesa.

Montluc, del partido católico, dice en sus Memorias: «Recobré dos verdugos, á quienes se dió despues el nombre de lacayos míos, porque venian frecuentemente conmigo. Era fácil conocer por donde habia pasado, porque en los árboles de los caminos se encontraban las señales.—Enseñaba á sus hijos á imitarle y á bañarse en sangre, que el mayor no economizó el día de San Bartolomé.» Quedó herido este hombre feroz en el asalto de Rabasteins de un tiro de arcabuz, que le traspasó ambas mequillas, y se le llevó parte de la nariz: en el resto de su vida ocultó con una máscara sus facciones despedazadas á manera de las víctimas, y tuvo intenciones de acabar sus días en una ermita situada en lo alto de los Pirineos, como los osos.

Su rival en ferocidad entre los calvinistas, era el baron de Adrets: «Tenia una mirada feroz, la nariz aguileña, el rostro escuálido y descarnado, y lleno de manchas de sangre negra.» (*De Thou*). En Mentbrison divertíase en hacer saltar desde lo alto de la torre á los prisioneros que habia hecho. Uno de ellos vacilaba, y tomó dos veces carrera; mas Adrets gritó: *Dos veces es demasiado*. El prisionero le respondió: «Saltad vos en diez.» Aquí se reconoce al soldado francés.

Los reformados sorprendieron la ciudad de Niort. «Allí ejecutaron toda clase de barbaridades y de crueldades, y despues de haber apresado á todos los sacerdotes de la ciudad, viendo que uno de ellos no queria separarse de su religion por mas tormentos que le diesen, le asieron, y despues de haberlo atado como verdugos, le abrieron vivo el vientre en presencia

de los demas sacerdotes , y sacáronle por el agujero las partes nobles, que tiraban á la cara de los otros para que se intimidasen y renegasen de Dios. . . . Emplearon la mayor crueldad imaginable en la persona de una muger que menospreciaba sus amenazas, la cual, habiendo visto matar á su marido que combatia por la fé católica, reprendiólès su barbarie, y la cogieron y amarraron, jurando que le arrancarían la vida sino renegaba de la misa. . . . Los verdugos, viendo su constancia, escogitaron una muerte que los diablos mismos no hubieran inventado, llenaronle por la naturaleza el vientre de pólvora, y prendiéronle fuego, quemando de este modo sus tripas, y dejándola morir en semejante martirio.»

El condestable de Montmorency pagaba los males con males. «Deciase en los ejércitos que era preciso guardarse de los padres nuestros de Mr. el Condestable, porque al rezarlos, ó mientras los recitaba, decia: Prended á este, atad aquel á un árbol; pasad á otro por entre las picas al instante, ó arcabuceadlos á todos en mi presencia: hacéd pedázos á esos pícaros, entregad á las llamas tal pueblo, y prended fuego en todas partes un cuarto de legua en contorno.»

Las costumbres de Enrique III y de su córte en nada se parecen á las que hemos visto hasta aqui en la historia de Francia, porque se nos presenta con admiracion en medio de la sociedad moderna una especie de Eliogabalo cristiano. Los perros, los papayos, los trages de muger, los favoritos, las procesiones de penitentes, llenan con los duelos, los asesinatos y los hechos de armas, las páginas del reinado de un monarca que tanto distaba ya de los tiempos feudales.

«Enrique III daba justas, bailes, torneos y máscaras, á las que asistia de ordinario vestido de muger, abria su armilla, y descubria el cuello, en el

que llevaba un collar de perlas, y los adornos mismos que las damas de la corte.»

En un festin suntuoso las mugeres vestidas de hombres sirvieron en la mesa, y en otro banquete «las mas hermosas y honradas de la corte medio desnudas y con los cabellos tendidos como desposadas, se emplearon en el servicio.»

«No obstante los negocios de la guerra y de la rebellion, iba ordinariamente en coche con la reina su esposa por las calles y casas de París, escogiendo los perros que le agradaban; tambien visitaban los monasterios de monjas de los contornos de París, para escoger los tales perritos con gran sentimiento de las damas que los tenían, y mandaban que les leyesen la gramática y aprendian á declinar.»

«El nombre de favorito, dice L'Estoile, comenzó entonces á andar en boca del pueblo (1576), á quien eran muy odiosos, tanto por las maneras irónicas y allaneras, cuanto por sus trages afeminados, y por los dones inmensos que recibian del rey: llevaban los cabellos largos, rizados, y con adornos de terciopelo como las mugeres, y las gorgueras de las camisas de tela de adorno, estiradas y largas medio pie, de manera que sus cabezas encima de las gorgueras parecian la cabeza de San Juan en un plato.»

Tomás Arthus nos pinta á Enrique III acostado en un lecho largo y espacioso, quejándose de que le despiertan demasiado temprano al medio dia, con un lienzo y una máscara en la cara, y guantes en las manos, tomando caldo y volviendo á abismarse en la cama. En un salon vecino, Caylus, Saint-Mesgrin y Maugiron, rízanse los cabellos, y empléanse en el tocador con sumo esmero, hácenles las cejas, pónenles dientes, pintanles el rostro, y consumen un tiempo preciso en adornarlos y perfumarlos. Preséntanse en la cámara de Enrique III «meneando de tal suerte el cuerpo, la

cabeza y las piernas, que creia iban á caer tan largos como eran... Mas á ellos les parecia aquel modo de andar mas bello que los demas.»

Enrique abrazaba á sus favoritos delante de todo el mundo; poniales collares y pendientes; pasaba los dias con ellos en gabinetes secretos: por la noche dormia en su compañía en una vasta sala, en la que habia lechos separados con tabiques como en un dormitorio, y el favorito del dia participaba del tálamo de su rey. En esta cámara comun fué donde Saint Luc intentó despertar los remordimientos de su dueño, hablandole por el cañon de una cerbatana.

Las mugeres representaban un papel principal en todas aquellas intrigas: Catarina de Médicis habia mantenido íntimo comercio con el primer cardenal de Guisa, como sobrina de los dos papas Leon X y Clemente VII, decian los hugonotes. Acusáronla de haber corrompido de intento á su hijo Carlos IX: «En vez de enseñar al régio jóven todas las virtudes, rodeóle de blasfemadores y de impíos: acercó á su persona, para que le solicitasen, á hombres viles, y perdió el decoro hasta el punto que le sirvió de proveedora (1).» (*Discursos prodigiosos*). Divulgaron que habia intentado emponzoñar el ejército entero del príncipe de Condé.

Madama de la Bourdaisiere, abuela de Gabriela, llenaba la córte con la fama de sus aventuras. «Era tan bella en su vejez, dice Brantome, que hubiérase dicho que aun era jóven, porque sus cinco hijas, cuya hermosura rayaba tan alta, no la eclipsaban.»

La duquesa de Nevers, jóven aun, no conservó largo tiempo la memoria del fin trágico de Coconas: sorprendiéronla en otras citas, originando así el título de una de las primeras obras de la ingeniosa sátira, titulada: *Biblioteca de madama de Montpensier*. El tí-

(1) Cambio la palabra del texto.

tulo era: *Modo de medir los prados brevemente, por madama de Nevers.*

He hablado ya de la bella de Sauve, esposa en segundas nupcias de Francisco de la Tremoille, marqués de Noirmoutiers.

Ana de Estrées, marquesa de Coenvres, hija de Mad. La Bourdaisiere, y madre de Gabriela, habia abandonado á su marido para vivir con el marqués de Alegre. Fué muerta en Issoire cuando los católicos tomaron por asalto aquella ciudad el 28 de mayo de 1577: su cuerpo despojado enseñó un adorno singular de aquellos tiempos de libertinage.

Otras damas de mas elevada esfera, tales como la duquesa de Guisa, mantenian relaciones, que casi siempre terminaban con asesinatos. Saint-Mesgrin fué asesinado á las once de la noche saliendo del Louvre, por unos treinta hombres, á cuya cabeza creyó reconocer al duque de Mayena. Habiéndolo sabido en Gasuña el rey de Navarra, dijo: «Me alegro de que el duque de Guisa, mi primo, no haya sufrido con paciencia que le deshourase un cualquiera; asi debia hacerse con todos esos galanes de la córte que se atreven á acercarse á las princesas para galantearlas.» (*L'Estoile*).

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus grandezas y de los infortunios del reino *con la sola vista de sus brazos de marfil*, segun el padre La Coste, y habia triunfado del marqués de Canillac, que la guardaba en su castillo. Fingia amar á la esposa de Canillac. «Lo gracioso fué, dice de Aubigné, que luego que el marido (Canillac) volvió la espalda con rumbo á París, Margarita la despojó de sus alhajas, la despidió como una mendiga con todos sus guardias, y se hizo dueña y señora del castillo. El marqués pasó plaza de tonto, y sirvió de objeto de risa al rey de Navarra.»

Margarita lloraba los objetos de su afecto cuando los habia perdido; hacia versos á su memoria, y declaraba que siempre les seria fiel:

Atys, de qui la perte attriste mes années;
 Atys, digne des vœux che tant d'âmes bien nées,
 Que j'avois élevé pour montrer aux humains
 ¡Une œuvre de mes mains!

Si je cesse d'aimer, qu'on cesse de prétendre
 Je ne veux désormais être prise, ni prendre.

Y aquel mismo dia se enamoraba dejando embusteros á su amor y á su musa. Habiendo sido decapitado La Mole, contó sus pesares *al hermoso Jacinto*. «Y el pobre diablo de Aubiac, cuando iba al suplicio, en vez de acordarse de su alma y de su salud, besaba un manguito de terciopelo azul que le restaba de los presentes de su dama » Aubiac, al ver á Margarita por la vez primera, habia dicho: «Quisiera *ser amado de ella* (1), aunque me ahorcasen de aqui á algun tiempo.» Martigues llevaba consigo á los combates y á los asaltos un perrito que le habia regalado Margarita. De Aubigné pretende que Margarita mandaba hacer en Usson las camas de sus doncellas en extremo altas, «para no desollarse, como solia, los hombros cuando pasaba á ellas á cuatro pies buscando á Pominy,» hijo de un calderero de Auvernia, ascendido á secretario de Margarita. El mismo historiador la prostituye desde la edad de once años á Antragues y á Charin, y la entrega á sus dos hermanos Francisco, duque de Alenzon, y á Enrique III; mas no debemos dar enteramente crédito á de Aubigné, hugonote, arisco, ambicioso descontento, y de un espíritu cáustico; porque Gibrac y Brantome no hablan así.

(1) El texto es mas franco.

Margarita no amaba á Enrique IV, porque le parecia sucio. «Recibia á Champvallon en un tálamo alumbrado con hachas, y entre dos sábanas de tafetan negro.» Habia dado oidos á Mr. de Mayena, «hombre gordo y craso, y voluptuoso como ella; al vizconde de Turená; al rufian de Pibrae, cuyas cartas enseñaba á Enrique para que se riese; á Date, de condicion humilde en Provenza, y á quien habia ennoblecido en Usson con seis varas de tela de seda; y á Bajaumont,» amante último de la larga lista que habia comenzado Antragues, y que habia continuado, con los favoritos ya citados, el duque de Guisa, Saint-Luc, y Bussy.

En medio de aquel desbordamiento no debemos negar su lugar á las rígidas costumbres de los reformados, y á la vida austera de los magistrados católicos que se parecian á los romanos del tiempo de Cincinato, trasladados á la corte de Eliogábalo. Duplésis Mornay era el ejemplar del partido protestante: su virtud le daba el derecho de advertir á Enrique IV sus debilidades, y en el campo de batalla de Coutras, y en el momento en que iba á comenzar la accion, recordó al monarca de Navarra, jóven entonces, que habia introducido el desórden en una familia honrada con lazos criminales, y que debia á su ejército la reparacion pública del escándalo, y á Dios en cuya presencia se presentaria quizás, la humilde confesion de su falta. Enrique se confesó con el ministro Chandieu, y dijo á los señores de su corte que le disuadian: «Nunca nos humillamos bastante delante de Dios, ni nos ensoberbecemos bastante delante de los hombres:» arrodillóse en seguida con sus soldados protestantes, y el pastor pronunció la oracion. Joyeuse, que estaba á la cabeza del ejército católico, los vió y gritó: «El rey de Navarra tiene miedo.—No lo creais, respondió Laverdin, nunca oran sin estar re-

sueltos á vencer ó morir.» Joyeuse perdió la batalla y la vida.

Dornay, como Sully, permaneció fiel á su religion quando Enrique IV la abjuró; y ultrajado por un noble, pidió justicia á Enrique IV, que le respondió: «Mucho siento, señor Duplessis, la injuria que habeis recibido, y de la que participo como rey y como amigo vuestro. Como monarca os haré justicia, y á mi tambien; y si solo fuese vuestro amigo, ninguno tendria la espada mas pronto á desenvainarla, y que mas alegremente os sacrificase su vida.» En tiempo de Luis III, Mornay gozaba aun de consideracion; pero habiendo caido en desgracia, y viéndose obligado á renunciar su gobierno de Saumur, resolvió ausentarse de Francia. «Grabarán en mi sepulcro, decia, en tierra estrangera: *De edad de setenta y tres años, y despues de haber empleado sin mucha cuarenta y seis en el servicio de los dos grandes reyes, vióse obligado á buscar su tumba fuera de su patria.*»

Los magistrados católicos ofrecian todavia el ejemplo de costumbres aun mas graves y mas santas: por espacio de muchos siglos no recibieron ni presentes, ni visitas, ni cartas, ni mensajes relativamente á los procesos. Estábales prohibido el beber y comer con los litigantes: no podia hablárseles sino en la audiencia; y no podian comerciar ni presentarse en la corte sin orden del rey. La justicia fué primero gratuita: los consejeros en el parlamento recibian cinco sueldos de *Paris* al dia, el primer presidente mil libras al año, y los otros tres presidentes quinientas libras: dábanles ademas una capa de invierno y una capa de verano. Eran precisos treinta años de ejercicio para conseguir con el titulo de pension la continuacion de tan módica recompensa. Quando aquellos magistrados no estaban de servicio, no recibian paga, y volvian á enseñar el derecho en sus escuelas. En tiempo de Car-

los VI el parlamento estaba tan pobre, que su secretario no pudo escribir el proceso verbal de algunas fiestas otorgadas á París porque no habia pergamino y el tribunal no tenia dinero para comprarlo. Todos los gastos del parlamento de París en el siglo décimo cuarto, elévanse á la suma de once mil libras, moneda de aquel tiempo.

En cuanto á la ciencia, aquellos antiguos magistrados la consideraban como una parte de sus deberes, y desde la infancia hasta la vejez, su vida era un estudio continuado. «El año 1345, dice Enrique de Mesmes, hijo del primer presidente Mesmes, fui enviado á Tolosa á estudiar leyes con mi preceptor y mi hermano, bajo la direccion de un anciano noble con la cabeza blanca, que habia viajado mucho tiempo por el mundo. Nos levantábamos á las cuatro, y habiendo dirigido nuestros preces á Dios, íbamos á las cinco al estudio con nuestros gruesos libros bajo del brazo, el tintero y la vela en la mano.»

De Thou encontró á Carlos de Lamoignon en Valencia, donde Cujas esplicaba á Papiniano, y acompañó en Italia á Pablo de Foix y á Arnaldo de Ossat. De Foix hacíase leer mientras cenaba en la posada, y por vía de descanso, algunas páginas de Aristóteles y de Ciceron en su lengua original, ó los comentarios de Cujas sobre el Digesto: de Thou era el auditorio; y de Choesne, que fué presidente en Chartres, el lector. El canciller de Aguesseau cuenta poco mas ó menos lo mismo hablando de la educacion que le daba su padre. «Mi padre nos llevaba casi siempre consigo en sus frecuentes viages: su carroza era una especie de escuela, en que trabajábamos bajo la direccion de tan gran maestro. Despues de la oracion de los viajeros, con la que mi madre comenzaba siempre la marcha, esplicábamos los autores griegos y latinos. . . .

. La regla ordinaria de

mi padre y de mi madre era reservar para el ejercicio continuo de su caridad la décima parte de cuanto recibian. Miraban á los pobres como á hijos suyos; de suerte que si tenian diez mil francos para gastar, no empleaban mas que ocho, y daban dos mil á los pobres, á quienes reputaban como sangre suya propia por una adopcion santa y gloriosa para ellos, que ponía á Jesucristo mismo en el número de sus hijos. Pero las calamidades públicas y particulares aumentaban casi siempre la parte de los pobres, escediendo la indicada proporcion.»

En la muerte de uno de los antepasados de Thou, el parlamento declaró que no solamente asistiría á las exequias de su presidente, sino que lloraría su pérdida tanto tiempo quanto reinase la justicia en los tribunales, cuya declaracion se inscribió en los registros. En 1388 comenzaban á usarse en la corte las literas y las carrozas; y la esposa del presidente de Thou no iba jamás por la ciudad sin llevar detras un criado, para servir de regla y de ejemplo á las otras mugeres.

En tiempo de los Valois encontramos un Chrestien de Lamoignon: existen ciertas familias, como ciertos hombres, que están largo tiempo ocupadas en buscar su genio, y quedan desconocidas hasta que lo encuentran. Los Lamoignons, de valientes y oscuros caballeros se trasformaron en ilustres magistrados; pero parece que conservaban alguna cosa de su primer destino; su toga fué la cota de armas, y la Providencia guardó á Malesherbes un campo de batalla, un combate glorioso, y una muerte á filo de espada. Chrestien de Lamoignon, del siglo décimo sexto, habia estudiado con Cujas, asi como su padre Carlos con Alciato, y vivió en medio de las guerras civiles. Entre otras aventuras cuéntase que volvió de Bourges á Paris disfrazado de mendigo, y entró en su casa como

Ulises pidiendo limosna: sus hermanos y hermanas recibieronle con lágrimas de alegría. Baviile no era al principio mas que una masia que contenia apenas dos ó tres aposentos para hospedar á los estrangeros, y en el mas espacioso colocábanse cuatro camas. Después Baviile se trocó en un castillo, en el que se reunia la mas selecta é ilustre sociedad: madama de Sevigné encontraba alli en una biblioteca célebre «al padre Rapin y á Bourdaloue, cuyo entendimiento era admirable, y que tenia una facilidad prodigiosa.»

Una anécdota pinta la sencillez de las costumbres de los antiguos magistrados: «Claudio de Bullion, dice el presidente de Lamoignon en sus Memorias, habíase criado con mi padre. Dábale placer el contarme como los ponian á ambos sobre una borrica en dos cestos, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, y que añadian un pan al cesto en que iba mi padre, porque no pesaba tanto como Claudio.»

El primer presidente estipulaba con sus arrendatarios: «Que en la vispera de las cuatro grandes fiestas del año, y en tiempo de las vendimias, quedaban obligados á proporcionar una carreta cubierta, con paja fresca dentro para que se sentasen en ella María Sapi, su esposa, y su hija Genoveva; como tambien un borrico y una borrica para cabalgadura de su camarera, mientras que el primer presidente marcharia delante en una mula acompañado de su clérigo, que iria á su lado.»

Aquellos hombres tan sencillos, tan doctos, tan íntegros, que caminaban en medio de las generaciones nuevas como oráculos de lo pasado, eran al mismo tiempo jueces intrépidos: no solo eran los custodios de las leyes, sino sus soldados, que sabian morir por ellas.

Brantome, hablando del canciller de l'Hopital, dice: «Era otro Caton el Censor, que sabia muy bien

censurar y corregir el mundo corrompido. Así lo parecía con su gran barba blanca, su rostro pálido, y su continente tan grave, que hubiérase dicho al verlo que era un verdadero retrato de San Gerónimo.

«No era fácil jugar con aquel gran juez y rústico magistrado; porque si algunas veces era dulce, cuando veía clara la razón..... Las bellas letras suavizaban sin embargo mucho su rigor justiciero. Era gran orador, y muy fecundo, gran historiador, y sobre todo muy divino poeta latino, como lo han mostrado muchas de sus obras.»

L'Hopital, poco amado de la corte y desgraciado, se retiró pobre á una casa de campo cerca de Etampes. Acusábanle de moderado en sus opiniones religiosas y políticas, y enviaron asesinos para que le quitasen la vida despues del día de San Bartolomé. Sus criados se apresuraban á cerrar las puertas de la casa. «No, no, dijo, sino es bastante para que entren la puerta pequeña, abrid la grande.»

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canceller ocultándola en su casa, y él mismo debió su salud á los ruegos de la duquesa de Saboya. Poseemos su testamento en latin, que Brantome tradujo en francés.

«Aquellos que me desecharon, dice l'Hopital, tomaban una máscara de religion, y ellos mismos carecian de piedad y de religion: os puedo asegurar que nada los pasmaba mas, que pensar que mientras yo permaneciese en el cargo, no les seria permitido rasgar los edictos del rey, ni robar sus haciendas y las de los vasallos.

«Por fin, hace cerca de cinco años que tengo aquí una vida como Laertes. y no quiero refrescar la memoria de los padecimientos sufridos en ese departamento de la corte.»

Caíanse las paredes de su casa, y apenas tenia con

que alimentar á sus viejos criados y á su numerosa familia: consolábase como Ciceron con las musas. Mas hubiera deseado ver los pueblos con la libertad recobrada; y murió cuando los gusanos no se habian comido aun los cadáveres de las victimas del fanatismo, ni los habian devorado los peces y los cuervos.

Despues de la jornada de las barricadas, el duque de Guisa fué á visitar con su comitiva al primer presidente Aquiles de Harlay. «Paseábase por su jardin, y admiróse tan poco de su venida, que se desdeñó de volver tan solo la cabeza, y de suspender el comenzado paseo; y habiendo llegado al fin de la calle, dió la vuelta, y al darla vió al duque de Guisa que venia á su encuentro. El grave magistrado, levantando la voz le dijo: Mi alma es de Dios, mi carazon de mi rey, y mi cuerpo está entre las manos de los malvados que pueden hacer de él lo que quieran.» El desprecio de la virtud hollaba el orgullo de la ambicion.

Mateo Molé, durante las revueltas de la Fronda, respondió á las amenazas: «Seis pies de tierra darán siempre cuenta del hombre mas grande del mundo.»

Aqui se acaba la pintura de las costumbres del siglo XVI; juntamente con la de los siglos feudales compone la galería de cuadros de nuestro antiguo edificio monárquico.

Por lo demas, la historia, que cuenta lo bueno como lo malo, reconoce al presente que no se ha tratado á los Valois con imparcialidad. En su reinado comienza la mejora de las leyes administrativas, civiles y criminales: cuéntanse cuarenta y seis en el brevisimo reinado de Francisco II, ciento ochenta y ocho en el de Carlos IX, y trescientas treinta en el de Enrique III: las mas notables fueron obra del canciller de l'Hopital.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I, continuando hasta el de Luis XIII, y de ningun

modo el siglo de Luis XIV: el palacio de las Tullerías, el antiguo Louvre, una parte de Fontainebleau y de Anet, la capilla de los Valois en San Dionisio, y el palacio de Luxemburgo, son ó eran del gusto dominante de las obras del gran rey.

La dinastía de los Valois fué una dinastía literata, ingeniosa, y protectora de las artes que amaba. Debémosle los mas hermosos monumentos: nunca en pais ni en época alguna, la aplicación de la estatuaria á la arquitectura hizo tantos progresos como en Francia en el siglo XVI. Atenas no presenta objetos superiores á las cariatidas del Louvre. Luis XIV miraba á los artistas como á obreros, y Francisco I como amigos. Luis XIV, soberano mas verdadero que los Valois, les fué inferior en inteligencia y en denuedo. En derredor de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III, descúbranse todavía los restos independientes de la aristocracia; alrededor de Luis el Grande, los descendientes de los orgullosos señores de la Liga no son mas que cortesanos, trocando el orgullo de su independencia por la vanidad de sus nombres, haciendo consistir su honor en servir, y no desenvainando la espada sino en defensa de su señor. El mismo Enrique IV tiene algo menos de noble y de real que los príncipes de quienes heredó la corona: todos juntos se hallan oscurecidos por los Guisas, verdaderos monarcas de esta época.

En el reinado de los últimos Valois, la verdad religiosa luchó cuerpo á cuerpo con la verdad filosófica, y la aniquiló: hubo un choque entre lo pasado y lo futuro: triunfó lo pasado, porque tenia un Guisa á su cabeza.

ENRIQUE IV.

De 1589 hasta 1610.

Muerto Enrique, se dividió el ejército. Parte de los católicos se unió á Enrique IV; otra parte lo abandonó, poniéndose á las órdenes de Vitry y de Espernon. Viéndose obligado Enrique IV á levantar el sitio de París, se refugió á Dieppe, para recibir allí los socorros que esperaba de Isabel. Hallábase entonces en aquel estado miserable que pinta á Sully. «Mis camisas están hechas girones, mi armilla tiene los codos remendados, y hace diez días que como y cenó ya en una casa, ya en otra.»

Los miembros de su consejo eran de parecer que se embarcase para Inglaterra, y Biron se opuso: «Salir de Francia, gritó colérico, aunque solo sea por veinte y cuatro horas, sería espatriarse para siempre.» Mézeray pone en su boca un áspero y elocuente discurso.

Combate de Arques y de los arrabales de Dieppe. Enrique IV recibió allí muchos feudientes, y dió otros tantos, y decía al descargarlos lo que decían los reyes cristianísimos al tocar los lamparones. «El rey te toca, Dios te cure.» El campo de batalla inspiraba al de Bearn, y su valor era su ingenio. En la terrible toma de Cahors, en la que se batió cinco días enteros, herido en diversas partes, habiéndole conjurado sus soldados para que se retirase, respondió: «Mi retirada de esta ciudad sin haberla asegurado á mi partido, será la retirada de mi alma fuera de mi cuerpo.»

En Contras dijo á los oficiales que se ponían delante de él en el momento de la carga: «A la espalda, no me ofusqueis, quiero que me vean.» Y también dijo al príncipe de Condé y al conde de Soissons:

«Vive Dios que teneis la sangre de los Borbones, y os haré ver que soy su primogénito.»

Atacado á un mismo tiempo por el baron de Frenet y por Chateau Renaud, Frontenac derribó al primero de un sablazo; y Enrique, agarrando al segundo del cuerpo, le gritó: «Ríndete, filisteo.»

En un vigoroso combate que hubo cerca de Yvetot con los duques de Parma y de Mayena, les mató tres mil hombres. Cubierto todo de sangre y de sudor despues de la pelea, decia á los capitanes que le rodeaban: «Vive Dios que si pierdo el reino de Francia, al menos estoy en posesion del de Yvetot.»

En Ivry, que es el gran hecho de armas de su vida, sus palabras tomaron el carácter elevado de su gloria: hablábale de procurarse una retirada, y respondió ásperamente: «No hay mas retirada que el campo de batalla.»

Schomberg le pidió la paga de sus tropas: «Nunca el hombre valeroso, gritó Enrique, pide dinero la vispera de una batalla.» Al dia siguiente, arrepintiéndose de aquellas palabras duras, añadió: «Señor de Schomberg, este será quizás el último dia de mi vida, y no quiero despojar del honor á un bravo: declaro, pues, que os conozco por un hombre de bien, é incapaz de hacer una cobardia: abrazadme.—Señor, repuso Schomberg, vuestra magestad me hirió ayer, y hoy me mata.» Schomberg perdió la vida peleando al lado del monarca.

En el momento de ir á la carga, Enrique volviéndose á los suyos les dijo: «Guardad vuestras filas; si perdeis vuestras banderas, las cornetas y las guias, este penacho blanco que veis en mi casco, os servirá de tal mientras me quede una gota de sangre: seguidle: siempre le hallareis en el camino del honor y de la gloria.»

El oficial que llevaba el estandarte real quedó he-

rido de una bala en el ojo, y al retirarse de las filas comenzaron á huir las tropas reales. Enrique las detuvo, y les dijo: «Volved el rostro, sino para combatir, al menos para ver como muero.»

Cuando era pacífico dueño de la corona, enseñó un día al mariscal de Estrées á uno de los guardias que iban á la portezuela de su carroza: «Ved, le dijo, al soldado que me hirió en la batalla de Aumale.»

El viejo cardenal de Borbon, á quien llamaban Carlos X, murió en su prision de Fontenay en Poitou; no amaba á los de la Liga, de quienes entonces era el pretendido rey, y decia: «El rey de Navarra mi sobrino hará su fortuna, y mientras estoy con ellos, siempre es á un Borbon á quien reconocen.»

Enrique IV, vencedor de todos sus enemigos, acercóse á París, cuyas avenidas cerro: este sitio es famoso por las últimas locuras de la Santa Union, por una hambre horrorosa, y por la generosidad del de Bearne. La sátira Menipea describió la gran procesion que coloca en la apertura de la Liga, y que pertenece al año 1590. Los ingeniosos autores han añadido tan solo á los frailes y al clero los principales personajes de este drama tragi-cómico.

«Tal fué la procesion. El dicho doctor Roze, dejando su capucha rectoral, tomó el traje de maestro en artes, con la muceta y el roquete, y su gola encima, rasurada la barba y la cabeza, la espada ceñida, y una partesana al hombro. Los curas Hamilton, Boucher y Lincestre, armados con mas estrañeza formaban la primer fila, y delante de ellos marchaban tres novicios con vestido arremangado, llevando en la cabeza un casco encima de la capucha, y una rodela colgada al cuello, en la cual estaban pintados los blasones y divisas de dichos señores. Julian Pelletier, cura de San Jaime, marchaba al lado, ya delante, ya detrás, vestido de color de violeta, con la corona y la

barba recién hecha, una cota de malla en la espalda, puñal y alabarda en el hombro izquierdo, en forma de sargento, que sudaba y se fatigaba para colocar á cada uno en su puesto y alineacion. Seguian despues de tres en tres cincuenta ó sesenta religiosos, tanto franciscanos como jacobinos, carmelitas, capuchinos, mínimos, buenos hombres, fuldenses, con sus capuchas y hábitos abrochados, armados á la antigua usanza católica, por el modelo de las epístolas de San Pablo: habia entre otros seis capuchinos que llevaban un morrion en la cabeza con una pluma de gallo, vestidos de cotas de malla, y la espada ceñida encima de los hábitos; el uno llevaba una lanza, el otro una cruz, el otro un venablo, el otro un arcabúz, y el otro una ballesta, todo mohoso por humildad católica: los otros, casi todos llevaban picas, que blandian continuamente á falta de mejor pasatiempo, y se veia un fuldense cojo, que todo armado se hacia lugar con una espada de dos manos, con una hacha en la cintura, y su breviario colgado á la espalda, que bailando sobre un pie hacia el molinillo delante de las señoras. Iban á la cola tres mínimos, que llevaban encima de los hábitos una coraza con correas, descubierta la espalda, la celada en la cabeza, y la espada y pistola en la cintura, con un arcabuz de garabato sin horquilla: detrás caminaba el prior de los jacobinos, llevando una alabarda de mano izquierda, y armado á la ligera; pero todos marchaban con buena union católica, apostólica, romana, y parecian los antiguos ballesteros de Francia. Quisieron en su marcha hacer una salva; pero lo prohibió el legado, por miedo de que sucediese algun mal á su persona ó á alguno de los suyos, como al cardenal Cayetano. Despues de estos buenos padres venian cuatro mendicantes, que habian multiplicado en muchas órdenes, tanto eclesiásticas como seculares; despues los Diez y

seis de cuatro en cuatro, reducidos al número de los apóstoles, y vestidos como los representan en el día del Corpus. Seguían detras los prebostes de comerciantes y regidores, cubiertos con trages de diferentes colores; despues la corte del parlamento, las guardias italianas, españolas y walonas del señor lugar-teniente, y los gentiles-hombres graduados por la Santa Union, y algunos veterinarios de la cofradia de San Eloy. En seguida venian el señor de Lion con mansedumbre, el cardenal de Pellevé con humildad, y el legado, verdadero espejo de perfecta hermosura; delante de él el dean de Sorbona llevaba la cruz, de la cual pendian las bulas del poder. *Item*: madama de Nemours, representando á la reina madre, ó gran madre (*in dubio*) del rey futuro: sostenia la cola de su vestido la señorita de La Rue, hija de la noble y discreta persona, Mr. de La Rue, antes sastre en el puente de San Miguel, y ahora uno de los gentiles-hombres y consejeros de estado de la Union; la seguian Mad. viuda de Montpensier con su banda verde gastada con el uso, y Mad. lugar-teniente del estado y corona de Francia, con las señoras de Blin y de Bussy Le Clerc. Avanzábase y se dejaba ver el señor lugar-teniente con dos maderos delante, con ropages forrados de armiños, y á sus lados dos valones con sobrevestas de archero negras, sembradas de cruces rojas de Lorena.»

Aquellas miserables farsas entretuvieron por algun tiempo el hambre del pueblo, que no tardó á darse á conocer con todo su horror. Despues de haberse alimentado con animales inmundos, gatos, perros, y otros, y con las pieles de los mismos animales, y despues de haber devorado los niños, llegaron á moler los huesos de los muertos, con que hicieron pólvora y no harina; porque el pan, conservando su virtud, quitaba la vida al que lo comia. Mad. de Montpensier no

quiso trocar por joyas del valor de mas de dos mil escudos, un perrito que se reservaba como el último recurso. Treinta mil personas sucumbieron: en las calles estaban amontonados los cadáveres, y arrastrábanse entre ellos los medio vivos. Verificábanse en aquellos cementerios sin hoyos prostituciones impotentes, pagadas con algunos viles alimentos á manos descarnadas: el hombre arrastraba asi su vida con las culebras sobre los cuerpos moribundos.

«Habiendo salido de casa Mr. de Nemours con objeto de visitar los puestos de las murallas de la ciudad, encontró á un hombre que, todo horrorizado, le dijo: ¿Dónde vais, señor gobernador? No paseis por esa calle, que he visto una muger medio muerta, que tiene enroscada al cuello una serpiente, y en torno de ella muchas fieras envenenadas.» (*L'Estoile*).

Durante este tiempo, Enrique IV permitia que sus soldados subiesen en el extremo de sus picas víveres á los habitantes de París, y daba libertad á los aldeanos que habian traído carretas de pan á alguna poterna, distribuyéndoles dinero, y diciéndoles: «El en paz. Enrique es pobre, si mas tuviera, mas os daría.» Y el de Bearne negociaba, aguardaba al duque de Parma, y ponía en olvido sus amorosos cuidados con la abadesa de Montmartre, porque habia nacido ya su nueva pasion á Gabriela de Estrées; disfrazábase de paisano para ir á verla á Coeuvres por entre mil peligros.

El duque de Parma obligó á Enrique IV á abandonar el bloqueo de París, y Sixto V murió fatigado por la Liga: Gregorio XIV que le reemplazó, publicó las letras monitorias contra Enrique. El caballero de Aumale murió en San Dionisio, que habia intentado sorprender, y del mismo modo murió La Noue delante del castillo de Lamballe, combatiendo por el monarca. «Gran guerrero, decia Enrique, y hombre aun

mas honrado.» El duque de Mercoeur hacia la guerra en Bretaña por su propia cuenta, y de acuerdo con Felipe II. El duque de Guisa, hijo del Acuchillado, se escapó de su prision; y los Diez y seis quisieron que se casase con la infanta de España, y que se ciñese la corona. Los de la Liga aborcaron á Brisson, Larcher y Tardif, y el duque de Mayena corrió á Paris, y mandó prender á su turno á cuatro de los Diez y seis. Aquí finó la autoridad de aquel tribunal de seguridad de la Liga, que no habia carecido ni de audacia ni de talento; pero al que no dejaron obrar la multitud de poderes superiores al suyo. Los miembros del tribunal, en vez de llevar á cabo sus proyectos abiertamente como un poder reconocido, viéronse obligados á obrar en secreto como conspiradores, y esto los destruyó. No propendian á la libertad, sino al cambio de dinastía, y nada hicieron despues del suplicio de sus compañeros, porque el cadalso los deshonró.

El duque de Parma entró en Francia para hacer levantar el sitio de Rouen, y salió con la suya. Murió en la batalla de Epernay el mariscal de Biron: el duque de Parma espiró en los Países Bajos; gran capitán, que estableció el arte moderno de la guerra. El duque de Espernon, viendo que los negocios del de Bearne se mejoraban, volvió á la córte, ó por mejor decir al campamento, porque entonces el Louvre de Enrique IV era una tienda (1590, 1591, 1592).

Estados de la Liga convocados en Paris, arruinados por la ridiculez y por las pretensiones de diversos candidatos á la corona. Los españoles pedian la abolicion de la ley sálica, para que recayese el cetro en su infante: el parlamento dió un decreto en favor de la ley sálica, y consiguió la victoria sobre los estados. El duque de Mayena, descontento de los españoles, entabló conferencias en Surena con los católicos. Enrique abjuró en la iglesia de San Dionisio el 25 de ju-

lio de 1593, y se hizo consagrar en seguida en Chartres: remendáronle la armilla por una suma de dineros, cuyo recibo todavía existe; y aquellos remiendos no desdecían al parecer del manto real enteramente nuevo del de Bearne.

Enrique IV se vió desde su nacimiento, y por los acasos de su vida, á la cabeza de la reforma y de las ideas nuevas, pero la reforma no contaba sino con la minoría de la nación contra el antiguo culto y las ideas antiguas. Los franceses católicos desechaban á un rey protestante, no obstante su derecho hereditario, y podían hacerlo así, como los ingleses protestantes desecharon á un rey católico. La Liga, culpable con el último de los Valois, era inocente respecto del primero de los Borbones, á no ser que se defiendan que las naciones no tienen derecho de conservar el culto que han elegido, y las instituciones que les convienen. El peligro era inminente: los estados ilegalmente convocados sin duda eran temibles, porque todos los cuerpos políticos tienen una fuerza prodigiosa en los momentos de crisis; y España, apoyada por la corte de Roma y por sus preocupaciones populares, hallábase pronta, aliándose al príncipe de Lorena, á disponer del solio. El heredero legítimo no podía defenderse sino con soldados extranjeros; recurso triste para un rey nacional; los protestantes que lo apoyaban eran en corto número, mas inclinados á la aristocracia que á la monarquía, y los católicos adictos á su persona no le seguían, sino porque habia prometido instruirse en su religion. No restaba, pues, á Enrique IV evidentemente mas que un partido, el de abjurar: asunto que era de su conciencia; y si vió la verdad en el lado donde veía la corona, tuvo razon en mudar de culto. Solo es sensible que escriba á Gabriela con motivo de tener que abjurar: «El domingo daré el salto peligroso.»

Una vez unido al clero y á las grandes masas populares, ya no necesitó otra cosa que comprar uno á uno á los capitanes que mandaban en las ciudades. Los nobles se habian apoderado de las fortalezas y de las capitales, del mismo modo que en los principios de la dinastia de Capeto, y hubiéramos visto renacer los señoríos, si las costumbres hubiesen sido las mismas, y el tiempo no hubiera progresado. Enrique IV reconquistó muchos castillos como Luis el Grande, y compró otros: el espíritu aristocrático tocaba á su término. París abrió sus puertas al primer Borbon el 22 de marzo de 1594: el poder absoluto que comenzaba á reinar, suprimió todos los escritos del tiempo, y prohibió bajo pena de la vida la impresion y la venta: Francisco I sintió el primer instinto contra la libertad de la prensa, y Enrique IV concibió la primera razon.

En 1594 Juan Chatel dió á Enrique IV una cuchillada en el labio, y los jesuitas fueron desterrados de Francia. En 1595 ocurrió la refriega de Fontaine-Francoise, una de las mas furiosas que hubo jamás. Enrique peleó con la cabeza desnuda y con todo el ardimiento de un soldado jóven: escribió á su hermana: «Poco ha saltado para que hayas sido mi heredera.»

El papa absolvió al rey, y el duque de Mayena se sometió en 1596. Cuando Enrique entró en París, la única venganza que ejerció contra madama de Montpensier fué jugar á los naipes con ella: y la única venganza que tomó de su hermano el duque de Mayena, relleno y torpe, fué hacerle marchar pronto á un jardín.

Edicto de Nantes: tratado de Vervins (1598): matrimonio de Enrique con María de Médicis, el primer año del siglo décimosétimo. ¿Por qué no se encontraron allí los Médicis?

Conspiracion del mariscal de Biron: muerte de Isa-

bel, reina de Inglaterra. El primer Estuardo Jacobo I se ciñe la corona de la Gran Bretaña en la época en que el primer Borbon acababa de sentarse en el sólio de Francia. Establecimiento de las fábricas de seda, tapices, loza y cristal: colonización del Canadá. Creían hacer progresos mercantiles, y los hacían políticos: la propiedad de la industria vive de la libertad, y rompiendo sus trabas crecen las luces. Enrique IV, á quien en todas partes perseguían las pasiones, no consiguió que le prestasen oídos ni la señorita de Guercheville, ni Catarina de Rohan, ni la duquesa de Mantua, ni Margarita de Montmorency, y vió al príncipe de Condé, marido de la última, retirarse con ella á Bruselas. ¿El príncipe de Condé era hijo de Enrique IV, y de Carlota de La Tremoille, acusada de haber envenenado á su marido para ocultar su preñez? Suponen que Margarita de Montmorency, solicitada por Enrique IV, le dijo: «Infame, quereis seducir á la esposa de vuestro hijo, pues ya sabeis que me habeis confesado que lo es.» (*Memorias para escribir la historia de Francia*).

Enrique IV, ó con el designio de perseguir al objeto de su nueva pasión, ó para realizar el proyecto de república cristiana, iba á llevar la guerra á los Países Bajos, bajo pretexto de la sucesión de Cleves y de Juliers, cuando le detuvo uno de esos enviados secretos de la muerte que ponen las manos en los reyes (14 de mayo de 1610). Estos hombres se levantan de repente, y se abisman luego en los cadalsos: ninguna señal los precede ni los sigue: enteramente aislados, cuelgan en este mundo de solo su puñal: su existencia y sus propiedades son las del acero; solo se les entrevé un instante al resplandor del golpe que descargan. Ravailiac no distaba mucho de Jacobo Clemente; y es un hecho único en la historia, que el último rey de una dinastía y el primer rey de otra, hayan sido asesinados de la misma suerte, cada uno por un

hombre solo, en medio de sus guardias y de su corte, y en el espacio de menos de veinte años. El mismo fanatismo estimuló á los dos asesinos; pero el uno inmoló á un príncipe católico y el otro á un príncipe que creía protestante. Clemente fué el instrumento de una ambicion personal, y Ravallac, como Louvel, el ciego mandatario de una opinion.

He hecho muchas veces la observacion de que la segunda aristocracia espiró en Arques, en Ivry y en Fontaine-Francoise, asi como la primera finó en Crecy, en Poitiers y en Azincourt. Desapareció de hecho y de derecho, porque Enrique IV publicó un decreto en virtud del cual la profesion militar no ennoblecia ya. En el reinado de Luis XII todo hombre de armas era noble, asi como el vecino que habia adquirido un feudo noble y lo servia militarmente. El artículo 258 de la ordenanza de Blois de 1579, habia destruido la nobleza que resultaba de feudos; pero Luis XV, en 1750, restableció la nobleza adquirida á precio de sangre, aunque el golpe era mortal. Enrique IV, guerrero, habia querido que las armas permaneciesen á prueba, y el ejército, compuesto de plebeyos, tuvo que acudir á la gloria para ennoblecerse.

Se ha formado generalmente una idea falsa del modo con que los Borbones subieron al solio. Por una parte solo se han contemplado los asesinatos del dia de San Bartolomé, los furores de la Liga, las intrigas de Catarina de Médicis, los excesos de Enrique III, y la ambicion de los principes de Lorena; por otra parte solo se ha atendido al valor, espíritu y lealtad de Enrique IV: se ha creido que todos los partidos habian sido fieles á su doctrina, que habian seguido siempre sus banderas respectivas, que los servicios habian sido recompensados, castigadas las injurias, y que cada uno habia sido pagado segun sus obras: tal no es la verdad histórica. Todo aconteció como en nuestros

días; cedióse á la necesidad, á los intereses creados por el tiempo, y el vencedor de Ivry no subió al trono con botas y espuelas al salir de la batalla, sino que capituló con sus enemigos y sus amigos, que no tuvieron muchas veces por recompensa mas que el honor de haber participado de sus desgracias.

Brissac, La Chatre y Bois-Dauphin, mariscales de la Liga, quedaron confirmados en su dignidad, porque todos habian contribuido al resultado con alguna venta. Laverdin, Villars, Balagni y Villeroy, gozaron del favor de Enrique IV. Por el artículo 10 del edicto de Folembrai, se reconocieron y declararon deudas de la corona hasta las deudas del duque de Mayena. El de Bearne era ingrato, olvidaba muchos servicios, y recompensaba pocos: «Subid, dice la duquesa de Rohan en su ingeniosa sátira apologética, subid las gradas, y penetrad hasta su antesala: oireis á sus gentiles-hombres que dicen: Arriesgué mi vida tantas veces en su servicio; le seguí tanto tiempo; estuve herido; estuve prisionero; perdi á mi hijo, á mi hermano ó á mi pariente: al partir de allí ya no me conocia; y si le pido la menor recompensa, me responde con aspereza. . . . Los efectos hablan y dicen en buen language: Amigos míos, ofendedme, y os amaré: servidme y os aborreceré.»

Enrique dejó perecer de hambre al fiel vecino que habia favorecido su fuga cuando se hallaba en París prisionero de Carlos IX. En la muerte de Enrique III, Enrique IV habia dicho á Armando de Gontaud, baron de Biron: «Ahora es cuando debeis poner vuestra mano derecha en mi corona; venid y me servireis de padre y de amigo contra esa gente que no ama ni á vos ni á mí.» Enrique hubiera debido retener en su memoria estas palabras: hubiera debido acordarse que Carlos de Gontaud, hijo de Armando, habia sido su compañero de armas; que la cabeza del que habia

puesto *la mano derecha en su corona* la había llevado una bala de cañón: y no tocaba al de Bearne unir la cabeza del hijo á la del padre. El gran maestro de los patibulos, Richelieu, desaprobaba el de Biron como inútil.

Mas el arrojo de Enrique IV, su ingenio, sus palabras oportunas, y algunas veces magnánimas, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, de viveza y de fuego, sus infortunios, sus aventuras, sus amores le darán eternamente vida: su fin trágico no contribuyó poco á su nombradía, porque desaparecer del mundo á tiempo es una condicion de la gloria. Enrique IV era tambien un perfecto administrador: manifestó su destreza logrando que viviesen en paz hombres que se detestaban, particularmente sus ministros, varones de talento, pero enemigos los unos de los otros, porque habian salido de distintos partidos. Los Borbones solo han contado cinco reyes en su breve monarquía absoluta, y en estos cinco reyes encuéntranse dos grandes príncipes y un mártir. Su sangre no era estéril.

Por lo demas, el siglo entero de Luis XIV guardó silencio sobre el abuelo de los Borbones; porque el gran rey no permitia mas nombradía que la suya. Apenas se lee el nombre de Enrique IV sino en un folleto de la Fronda, que ponía un dialogo entre el *rey de Bronce y la Samaritana*: la obra de Perefixe yacia en el olvido. Un poeta que tantas opiniones ha ensalzado juntamente con la suya, Voltaire, ha dado nueva vida al vencedor de Ivry; porque el talento tiene el privilegio de distribuir la gloria.

Desde el principio de la tercera dinastía hasta los Valois, no hubo en Francia guerra civil propiamente dicha. Las guerras feudales eran unas guerras de soberano á soberano, porque los señores eran verdaderos príncipes independientes. Si la mitad de la Fran-

cia, tomó las armas contra la otra en los reinados de Carlos V, Carlos VI y Carlos VII, fué porque la Francia estaba dividida entre dos soberanos, el rey de Francia y el rey de Inglaterra. La guerra civil se encendió en tiempo de Luis XI y de Carlos VIII, mas no duró sino un momento: desgraciadamente fué la religión la que dió nacimiento á las dilatadas guerras civiles de la Liga. Sin embargo, esta clase de guerras que tantos males causan á la especie son favorables al individuo: dan realce á las cualidades personales, y nunca se presentan en la escena tantos hombres distinguidos, como durante la discordia intestina de los pueblos. Casi siempre el tiempo que sigue á la discordia, es tiempo de esplendor, de prosperidad, de progreso, del mismo modo que los campos estercolados producen abundantes mieses.

Algunos hechos principales constituyen la revolución de la época que acabamos de recorrer.

La segunda aristocracia perdió los restos de su poder; los nobles quisieron ser los oficiales del ejército democrático, pronto á formarse en los reinados de Luis XIII y Luis XIV.

La monarquía de los estados se acabó con los Valois, y no sacó la cabeza sino un momento en tiempo de Luis XIII para perecer.

La monarquía parlamentaria subió al mas alto grado de su poder, y espiró por haber abusado de su fuerza en las revueltas de la Fronde.

La monarquía absoluta sentóse, pues, en el trono con el primer Borbon: ya no tenia esta monarquía sino que destruir algunos obstáculos que removió Richelieu.

Los estados, durante las guerras civiles, no correspondieron á lo que debia esperarse de un cuerpo tan poderoso, ó bien repeliese ó bien adoptase las nuevas opiniones: lo cual prueba que no habia en-

trado en el camino de las costumbres ó de la libertad del país. Los estados dieron decretos admirables de legislación civil y administrativa, pero no mostraron talento alguno político: domináronlos los caracteres individuales. Cuando quedó restablecido el orden en el reinado de Enrique IV, el entendimiento humano, despues de haber mudado tantas ideas, y haber atravesado por entre tantos crímenes, habíase engrandecido; pero el gobierno habíase encerrado en mas estrecho círculo. El parlamento rival, victorioso de la representación nacional, daba decretos políticos, disponia de la regencia, negaba ó concedía los impuestos, y así es que habia dos poderes legislativos. Los sabios, los letrados, los escritores adictos con preferencia á la toga, hacian oposicion á la autoridad de las tres órdenes. Los estados de la Liga acabaron de desacreditar las asambleas, que luchando sin cesar contra los abusos del feudalismo, de la corona, del parlamento y del pueblo, jamás habian podido contener el despotismo real, enfrenar la injusticia aristocrática, contener las usurpaciones de la magistratura, y encadenar las violencias populares.

El edicto de Nantes constituyó el estado civil y religioso de los protestantes, que obtuvieron un culto público, consistorios, escuelas, rentas y hasta fuerzas militares para proteger sus establecimientos. Los noventa y dos artículos generales del edicto, y los cincuenta y seis artículos particulares, reprodujeron poco mas ó menos las disposiciones del edicto de Poitiers y los convenios de Flex y de Bergerac. El codicilo secreto concedía á los calvinistas el poder conservar varias plazas fortificadas por espacio de ocho años.

Tales concesiones eran, por desgracia, *privilegios*: Enrique IV las respetó, pero Richelieu y Luis XIV pensaron que lo que se habia concedido podia revo-

carse. Los protestantes sostuvieron tres guerras contra Luis XIII: el duque de Rohan, su gefe, llamó á los ingleses en su auxilio, y fueron batidos. La Rochele sucumbió; y Luis XIV, despues de una larga série de seducciones y de persecuciones, revocó el edicto de Nantes en 1668.

Contando desde la conjuracion de Amboisa, 1560, hasta la publicacion del edicto de Nantes en 1599, trascurrieron treinta y nueve años de matanzas, de guerras civiles y estrañeras, interpoladas de algunos momentos de paz: tal es poco mas ó menos el periodo que ha recorrido nuestra última revolucion. El tiempo del degüello de San Bartolomé y de la Liga, es el tiempo del terror religioso, del que salió la monarquía absoluta, asi como el despotismo militar fué hijo del terror político de 1793. No corrió menos sangre francesa en las guerras y en las matanzas del siglo XVI, que en las matanzas y en las guerras de la revolucion. «Durante este tiempo (de la Liga) murieron prematuramente, y antes de sazón, mas de dos millones de personas, tanto de muerte violenta como de necesidad y pobreza, y de otras plagas.» (*Vida y conducta de Enrique de Bearne*).

Disipóse un capital inmenso: las deudas del estado ascendian en el reinado de Enrique IV á trescientos treinta millones de la moneda de aquel tiempo, sin hablar de otras sumas gastadas y no elevadas á deudas públicas, como puede verse por las autoridades siguientes: «El misero pueblo habia sido de tal suerte robado, vejado, saqueado y cargado de tributos y subsidios, sin descanso, ni medios de respirar, que no le quedaba ya modo de vivir; y desesperado, estaba resuelto á abandonar el pais de su nacimiento, para ir á vivir en tierra estraña; pues despues del tiempo mencionado, la antigua ciudad de Paris y paises circunvecinos habian dado 36.000,000 de libras, ó

cerca de ellas, rendidas por el clero de Francia, sin los dones, empréstitos y subsidios extraordinarios que sufrió, tanto dicha ciudad, como los otros territorios y provincias del reino: suma suficiente, no solo para conservar el estado de la Francia, sino tambien para hacer formidable con el terror el antiguo nombre francés, á todos los príncipes, potestades y naciones.» (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

En los países que ocupaban los hugonotes destruyeron los monumentos católicos, y se apoderaron de los bienes del clero: muchos sacerdotes se casaron, y permanecieron, sin embargo, católicos; y la corte de Roma sancionó sus matrimonios y legitimó sus hijos. La corte, por su parte, no dejó de apropiarse los bienes eclesiásticos.

«Su reinado (el de Carlos IX) fué funesto á los eclesiásticos, que se vieron vejados como los hugonotes: estos los habian perseguido con muertes, asesinatos, y espoliado de sus iglesias las santas reliquias; y Carlos les exigió cuantiosos diezmos, y enagenó y gravó los fondos temporales de la iglesia, de cuya venta sacó mucho dinero.» (*Brantome*).

Los diputados del clero de Francia reunidos en Melun, representaron á Enrique III, «que en muchos arzobispados y obispados no habia pastor alguno, y que en otras abadías y pingües beneficios tampoco se hallaban pastores, ascendiendo el número casi á lo infinito, pues de ciento treinta y cinco diócesis que habia en el Languedoc y en Guyena, por la no residencia de los obispos, por enfermedad de otros, y principalmente por no haber ministros nombrados, habian carecido por muchos años del óleo santo, teniendo que ir á buscarlo á España todos los días á la otra parte de los montes. Que ningun rey antes de Enrique III habia sido causa de tantos economatos,

dando pensiones á las mugeres, casi todas *cortesan*as, y á otras personas legas, de los bienes de la iglesia; y lo que es peor, traficando con los beneficios, y vendiendo, empeñando é hipotecando el dominio de Dios. Haciendo autorizar y justificar tales cosas por sentencias y leyes públicas en su gran consejo, donde del dinero proveniente de la venta de un obispado se pagaron las deudas del vendedor, y en su consejo mismo se adjudicó una abadía á cierta dama, como que se le habia entregado en don, y bajo el concepto de que despues de su muerte la gozasen sus herederos en partes iguales.» (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

Lo mismo que los católicos reprendian amargamente en Enrique III, lo aprobaban en Carlos IX.

A la venta, apropiacion y goce de los bienes de la iglesia por los legos, acompañaban la apropiacion, goce y venta de los bienes de los particulares, como en tiempo de la revolucion. Varios edictos y declaraciones ordenaban la confiscacion de los bienes de los hugonotes. El parlamento en 1689 dió un decreto «para que se procediese á la venta de los bienes de los de la nueva opinion. . . . Con el objeto de que el estado no se vea privado del fruto y de los socorros esperados de las apropiaciones, venta de los bienes y herencias de los de la nueva opinion.»

Una órden del duque de Mayena del mismo año exige al clero, á la nobleza, al tercer estado, á los habitantes de las ciudades y de los campos, el juramento á la union católica, el cual debian prestar dentro de los quince días contados desde el de la publicacion de la órden. El artículo IX establece: «Trascurridos los quince días dichos, se procederá á la apropiacion de los bienes muebles é inmuebles de todos los que rehusen ó desdeñen prestar dicho juramento, sean eclesiásticos, nobles ó del tercer estado: y si

un mes después de la apropiación no quisiesen prestarlo, ó no alegasen legítimos motivos de ausencia ó impedimento físico se les tendrá y reputará por enemigos de Dios y del estado, *y se procederá á la venta de los dichos muebles, etc.*»

Vemos que las matanzas, las injusticias, las espoliaciones no pertenecen solo, como se ha creído, á nuestros tiempos revolucionarios. Los terroristas del día de San Bartolomé y de la Liga eran personajes ilustres, reyes, príncipes, gentiles-hombres, Carlos IX, Enrique III, el duque de Guisa, Tavannes, Clermont, Coconas, La Mole, Bussy de Amboise, Saint-Mesgrin, y tantos otros; y no solo lanzaron á los vecinos de París contra los hugonotes, sino que ellos mismos se bañaron las manos en sangre. Los septembristas y los terroristas de 1792 y de 1793 eran demócratas plebeyos: á mas de los asesinatos individuales que cometieron, inventaron el asesinato legal, crimen horrible, que hizo dudar de Dios; porque si la justicia de la tierra puede armarse alguna vez con el hierro del asesino, ¿dónde está la justicia del cielo? ¿Qué queda á los hombres?

La gran mayoría de la nación aprobó el terror del día de San Bartolomé, y consideróse aquel terror como necesario. No encontramos un solo escrito de sus contemporáneos católicos contra Carlos IX, que tanto horror nos inspira al presente: alábanle por el contrario casi todos los hombres de mérito de aquella época: Du Tillet, Brantome, Ronsard; mientras que á Enrique III le colman de injurias.

He citado frecuentemente los folletos de la Liga, porque en ellos se sigue mejor el movimiento de las opiniones. Esta fué la vez primera que la prensa hizo un papel importante en las revueltas políticas; por su medio el pensamiento se convirtió así como en nuestros días en un elemento social, en un hecho que se unía

á los otros hechos, y les comunicaba nueva vida. La pluma era tan activa como la espada: como cada cual gozaba entera libertad en su partido, y solo estaba proscrito en el otro, existia realmente libertad de imprenta. Los osados pensamientos de Rabelais, el Tratado de la esclavitud voluntaria de la Beocia, los Ensayos de Montaigne, la Sabiduria de Charron, la República de Bodin, los escritos polémicos, y el Tratado en que Mariana llega á defender el regicidio, prueban que osaron examinarlo todo. Como se disputaban la sucesion á la corona, dividiéndose los católicos con este motivo, examinaron atrevidamente los principios de la monarquía, y les protestantes soñaron en la república aristocrática. La libertad política y religiosa disfrutaron un momento de completa licencia, apoyándose en la libertad de la prensa, su compañera, ó por mejor decir, su madre. Mas el horizonte que se abrió breves instantes para alumbrar el entendimiento humano, cerróse de repente. La reaccion que siguió á la accion cuando esta no se habia consumado aun, precipitó á la Francia en el yugo.

En resúmen, las guerras civiles y religiosas del siglo décimo sexto que duraron treinta y nueve años, engendraron la matanza del dia de San Bartolomé, deramaron la sangre de mas de dos millones de franceses, devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual, produjeron la confiscacion y la venta de los bienes de la iglesia y de los particulares, ocasionaron la muerte violenta de Enrique III y Enrique IV, asesinados, y comenzaron el proceso criminal del primero de estos reyes. La verdad religiosa, cuando está falsificada, no se entrega á amenos excesos que la verdad política cuando ha traspasado su término.

Voy á dejar la narracion de unos hechos y costumbres, que nada tienen de característico y pintoresco. Las costumbres del siglo XVII, no las opiniones,

eran poco mas ó menos las que precedieron inmediatamente á la época revolucionaria. Los franceses que hablaban la lengua de Luis XIII, de Luis XIV y de Luis XV, están tan cerca de nosotros, que parece los hayamos visto vivos. No ha mucho tiempo que han muerto algunos ancianos que habian conocido á Fontenelle. Fontenelle nació en 1657, y d'Espernon murió en 1642. La viuda del duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX, no falleció hasta el 10 de agosto de 1715. Algunas reflexiones sobre los cuatro reinados de la monarquía absoluta terminarán este *análisis razonado* de nuestra historia.

LUIS XIII, LUIS XIV, LUIS XV Y LUIS XVI.

De 1610 hasta 1793.

Confió el parlamento la regencia y tutoría de Luis XIII á María de Médicis. Sully (1611) se retira de la córte: habia pagado doscientos millones de deudas sobre treinta y cinco millones de renta, y dejó treinta millones en la Bastilla: no se puede comprender como este protestante rigido y fastuoso, que por otra parte era un hábil ministro, que vivia en su retiro como el último gran baron de la aristocracia, distraia las sérias ocupaciones, escribiendo sobre la antigua córte memorias tan obscenas como las de Brantome

Murió el duque de Mayena: nunca habia entrado del todo en la Liga y en las tramas de su hermano, porque tenia mas juicio que el Acuchillado, y ese espíritu comun tan útil para los negocios.

Concini, marqués de Ancre y su esposa, gobernaron á María de Médicis: intrigas de la córte: retiro de los príncipes: guerras civiles en que se mezcla el protestantismo (1614). Ultimos estados generales de 17 de octubre de 1614. Los comunes de Francia,

cuando fueron llamados á los estados por Felipe el Hermoso para oponerse á las usurpaciones de Bonifacio VII, concibieron su primer voto así: «Que plazca al señor rey guardar y conservar la soberana independencia de su reino, que es tal, que en lo temporal el rey no reconoce soberano en la tierra, á escepcion de Dios.» El último voto de los comunes á los estados de 1614 decia así:

«Suplicamós al rey mande á los señores manumitir en sus feudos á todos sus siervos.»

El primer voto del tercer estado, al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es pues una reclamacion por la libertad del rey: su postrer voto en el momento en que entrá en la esclavitud de la monarquía absoluta, es una reclamacion en favor de la libertad del pueblo; lo cual es nacer bien y morir mejor. He dicho por qué la monarquía de los estados no pudo establecerse en Francia.

Richelieu, cuyo talento por fortuna suya ninguno habia adivinado; fué nombrado secretario de estado por la proteccion del mariscal de Ancre; cuyo mariscal (1617) fué arrestado por Vitry, y asesinado por el pueblo. Su esposa, que tuvo en sus manos la cabeza cortada, pronunció la frase famosa que Voltaire ha desnaturalizado en parte. Los bienes del mariscal de Ancre pasaron á Luynes, favorito de Luis XIII, que habia ascendido al favor criando urracas. Desavenencias entre Luis XIII y su madre.

(1621) Guerra religiosa renovada por Rohan y Soubise. Los protestantes habian embrollado en su cabeza las ideas politicas, y querian convertir la Francia en república dividida en ocho círculos.

Richelieu, ascendido á cardenal, entró en el consejo (1624). Habíale protegido el mariscal de Luynes despues del mariscal de Ancre: su doblez originó su fortuna, y su orgullo su gloria. Enriqueta de Francia,

hermana de Luis XIII, se casó con Carlos I, rey de Inglaterra (1625).

El año 1626 vió el principio de las cábalas contra el cardenal de Richelieu, estimuladas por Gaston, hermano del rey, que perdía á sus amigos y huía siempre. Richelieu abatió á la vez á los grandes, á los hugonotes y á la casa de Austria. Trágica historia del duque de Montmorency y de Cinq-Mars.

Todas las libertades espiraron á la vez, la libertad política en los estados disueltos, la libertad religiosa con la toma de la Rochele; porque la fuerza hugonota quedó destruida, y el edicto de Nantes fué la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria murió á su turno: habíamos pasado de la escuela natural, sencilla, original de Amyot, de Rabelais, de Marot, de Montaigne, á la escuela artificial y campanuda de Ronsard. Malherbe entró en el primer camino; y eligieron con preferencia los asuntos que pertenecian á nuestras costumbres y á nuestra creencia. Entonces se levantó la academia francesa, tribunal elevado del clasicismo, que mandó comparecer en su presencia como primer acusado al genio de Corneille. Racine se presentó en seguida á imponer á las letras el despotismo de sus obras maestras, así como Luis XIV impuso el yugo de su grandeza á la política. Oprimidos por la general admiracion, en vano Chapelain, Coras, Le Clerc, Saint-Amand, querian conservar en sus obras la independencia de la lengua y del pensamiento: morian por la libertad del mal hablar, bajo los versos de Boileau, y apelaban de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Tuvieron razon en reclamar contra la estrechez de las reglas y la proscripcion de los asuntos nacionales, pero hicieron muy mal en ser pésimos poetas.

El primer ministro murió detestado y admirado,

el mismo año que la viuda de Enrique IV murió en Colonia reducida á la última miseria. Durante el reinado del cardenal de Richelieu, vemos arrastrando á algunos hombres del tiempo pasado, y progresando á otros hombres del venidero: Guisa y de Espernon, Turena, el jóven Villars y el jóven Condé. De Espernon es el único favorito que se convirtió jamás en personaje, no obstante su medianía: á fuerza de vivir y de insultar, este vecino honrado habia conseguido hacer creer que era un gran señor: no aparece enteramente inocente en el asesinato de Enrique IV. Los vasallos, como el gefe supremo, inclinábanse al despotismo, y llegábase poco á poco á la admiracion del poder.

Luis XIII, muerto en 1643, fué colocado entre Enrique IV y Luis XIV, como Luis el jóven entre Felipe Augusto y San Luis. Fué tan intrépido como su padre, y no participó de la grandeza de su hijo. En el reinado de Luis XIII solo se descubren un asunto y un hombre solo, Richelieu: preséntase personificado como la monarquía absoluta, y viniendo á dar la muerte á la vieja monarquía aristocrática. Este genio del despotismo se desvaneció, y dejó en su lugar á Luis XIV, encargado de sus plenos poderes.

El parlamento de Paris dió la regencia y la tutela á Ana de Austria, del mismo modo que la habia dado á Maria de Médicis en 1610; así ponía término á su usurpacion legislativa.

La monarquía parlamentaria que sobrevivió á la monarquía de los estados, llegó en la menor edad de Luis XIV á la impotencia: tuvo sus guerras: batiéronse en honor suyo, y sus decretos servian de tacos á los cañones. En su reinado momentáneo contó en el número de los magistrados á Mateo Molé, en el de los prelados al cardenal de Retz, en el de las heroínas á la duquesa de Longueville, en el de los héroes populares, al hijo de un bastardo de Enrique IV, y en

el de los generales, á Condé y á Turenna. Pero aquella monarquía neutra, que no era ni la monarquía absoluta ni la monarquía templada de los estados, aquella monarquía se presentaba entre la una y la otra, que no quería ni la esclavitud ni la libertad, que no aspiraba mas que á la ruina de un ministro político y diestro, aquella monarquía que contaba varios príncipes enredadores y facciosos, pasó rápidamente. Luis XIV, llegado á mayor edad, entró en el parlamento con un látigo, cetro y simbolo de la monarquía absoluta, y los franceses quedaron uncidos al yugo para ciento y cincuenta años.

Después de la comedia de Mazarino, representóse la tragedia de Carlos I, y Mazarino reconoció humildemente al protector. La monarquía de los estados habia tenido principio en Francia y en Inglaterra casi en un mismo momento en los siglos bárbaros; y llegó también casi en los mismos dias, en el siglo XVII, en Inglaterra á la monarquía representativa, y en Francia á la monarquía absoluta. La reforma religiosa que intentó Enrique VIII triunfó, y la reforma religiosa que intentaron los hugonotes, abortó: de esta diferencia de fortuna en la verdad religiosa, nació quizás la diferencia de posición en la verdad política. Las guerras parlamentarias de la Gran Bretaña, fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa que espiraba: las guerras de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa moribunda: la Inglaterra pasó á la libertad con una frente severa, y la Francia riéndose al despotismo.

El tratado de los Pirineos puso fin á la guerra entre Francia y España, y estipuló el matrimonio de Luis XIV y de la infanta Maria Teresa (1659). Restauracion de Carlos II en 1660: matrimonio de Luis XIV en el mismo año: muerte de Mazarino en 1664: fué un varón diestro, sufrido, insensible á las injurias, y

que suspiró por la vida. Arresto de Fouquet y principio de la elevación de Colbert. Luis XIV sale de las sombras en la muerte de Mazarino: conquista de Flandes. Louvois era ministro de la guerra; Turenna, Condé, Créqui, Grammont, Luxembourg, eran generales y capitanes (1667).

Conquista del Franco-Condado, y triple alianza entre Inglaterra, la Suecia y la Holanda. Paz entre Francia y España: Francia conserva las conquistas que había hecho en Flandes, y vuelve el Franco-Condado. Conversión de Turenna, quien cede á la *esposicion de la fé* de Bossuet: nombres ilustres (1668).

Supresion de las cámaras divididas en los parlamentos establecidos por el edicto de Nantes. Revueltas con motivo de las opiniones de Jansenio. Toma de Candia por los turcos: el duque de Beaufort, rey de los mercados, ó de la Fronda, pierde la vida en una salida. Edicto que permite el comercio á la nobleza (1669).

Muerte de Mad. Enriqueta, immortalizada por Bossuet. La Francia se une secretamente con Inglaterra: Luis XIV queria vengarse de los holandeses, que habian interrumpido sus triunfos sobre los españoles. Estaba ademas enojado por la libertad de los gaceteros republicanos, encarnizados contra su gobierno y su persona. Entra en Holanda, y la conquista: Guillermo III es nombrado estatuder, y principia á hacer tributár la fortuna del gran rey.

Las guerras continuaron durante todo el reinado de Luis XIV, y la última, la de 1701, la mas justa en su principio, y la mas desgraciada en sus resultados, dejó, sin embargo, á la casa de Francia la sucesion de la casa de España: el reino ganó el no tener ya necesidad de defenderse por la parte de los Pirineos, y el poder acudir con todas sus fuerzas á las fronteras del Oeste y del Norte.

Luis XIV ha hecho famoso el primer reinado de la monarquía absoluta, por su protección á las letras y á las artes, por sus conquistas, su administracion, sus fiestas y sus galanteos; porque en la historia del despotismo la magnificencia y las debilidades del príncipe se convierten en negocios de estado. Voltaire no ha dejado nada que añadir á la gloria del siglo de Luis XIV. Un autor moderno, severo en todo lo demás, ha hecho justicia á la administracion de Luis el Grande: solamente echa en cara á aquel rey lo que era necesario echar en cara á todos los reyes sus predecesores, y que se derivaba de la legislación romana. Nosotros no entendemos al presente la esclavitud; no concebimos ya cómo un hombre podia ser la propiedad de otro hombre, y sin embargo, los sábios, los filósofos, los hombres mas libres, y los mas ilustrados de la antigüedad la concebían y la encontraban justa. Tampoco comprendemos ahora cómo un juez podia aceptar los bienes del acusado, á quien habia juzgado y condenado, y sin embargo, en tiempo de Luis XIV los magistrados mas íntegros lo comprendían y lo hallaban natural. Aun al presente en Inglaterra, donde existe la confiscacion, los bienes confiscados por crimen de alta traicion, se distribuirían todavía entre los delatores y los favoritos de la córte. Extrañamos igualmente el que un príncipe tuviese una querida con el título de tal, y viniesen á idolatrarla el honor, el ingenio y la virtud; y en el siglo XVII esta idea parecia natural, y Bossuet se encargaba de reconciliar á Luis XIV con Mad. de Montespan. Este gran rey, en la demencia de su orgullo, osó imponer en su idea á la Francia como monarcas legítimos á sus bastardos adúlterinos legítimados. Bajo cierto punto de vista general valemos mas nosotros, hombres de nuestro siglo, ó por mejor decir, nuestro tiempo vale mas que el tiempo y los hombres que nos han precedido, y to-

do esto naturalmente por el adelanto de la razon y de la civilizacion; pero somos injustos cuando juzgamos á los que nos precedieron por las luces que no podian tener, y por las ideas que aun no habian nacido.

Todo se hizo individual en el reinado de Luis XIV. El pueblo desapareció como en los tiempos feudales, y hubiérase dicho que habia sobrevenido una nueva conquista ó una nueva irrupcion de los bárbaros, y únicamente era la invasion de un hombre solo. Observemos no obstante una diferencia: el nombre del pueblo no se encuentra en parte ninguna en la monarquía de Hugo Capeto, porque el pueblo no existia; no habia sino siervos, y la nacion militar y religiosa consistia en la nobleza y en el clero. En el reinado de Luis XIV el pueblo estaba creado: perdiase solamente en la arbitrariedad, lo que es causa de que volvamos á encontrarle en el instante en que rompió sus cadenas.

Cuando se terminó la lucha de la aristocracia con la corona, comenzó la lucha de la democracia con la misma corona. La dignidad real que habia favorecido al pueblo para desembarazarse de los grandes, conoció que habia elevado otro rival menos discolo, pero mas formidable. Establecióse el combate en el terreno de la igualdad. Hubo monarquía absoluta en el reinado de Luis XIV, porque la libertad aristocrática habia muerto, y la igualdad democrática apenas vivia: en ausencia de la libertad y de la igualdad, segada la una y en gérmen todavía la otra, dominó el despotismo, y no podia dominar otra cosa.

La monarquía absoluta nació el dia en que la sucesion real se vinculó en la familia de Capeto; y esta monarquía estuvo siete siglos creciendo al través de las trasformaciones sociales; y como toda institucion que no cae casualmente en el camino, subió grado por grado á su apogeo. El despotismo de Luis XIV fué un hecho progresivo y natural, llegado á su objeto, en su

tiempo y lugar; un resultado inevitable de las opiniones y de las costumbres de aquella época; un eslabón de la cadena que servía para unir el principio repudiado de la libertad con el principio no adoptado aun de la igualdad. Preciso era, en fin, que la dignidad real se desvirtuase como la aristocracia; que se experimentasen los abusos del gobierno de uno solo, como se había experimentado la opresión del gobierno de muchos. Al menos fué una fortuna para la Francia el haber producido en los momentos mismos un rey capaz de llenar con esplendor aquel período obligado de servidumbre: el heredero de Richélieu y el discípulo de Mazarino, era á propósito por su carácter para la autoridad absoluta que empuñaba: el hombre y el tiempo compitieron. El siglo de Luis XIV fué el soberbio catafalco de nuestras libertades, iluminado por mil lumbreras de la gloria, y que en derredor tenía un acompañamiento de hombres grandes.

Las révoltas de la menor edad de Luis XIV unidas á las victorias sobre el extranjero, acabaron de formar los generales y de crear un ejército regular; elemento indispensable del despotismo civilizado; así las revueltas, las victorias y los diestros capitanes de la república lo prepararon todo para la dominación de Bonaparte. En ambas épocas reinaba el cansancio de las revoluciones, y existían medios de conquista. Luis XIV, como Napoleón, cada uno, con la diferencia de su tiempo y de su genio, sustituyeron el orden á la libertad.

El hombre de la época ó del siglo tuvo, pues, ventajas sobre el hombre fástico ó de todos los siglos.

El feudalismo ó la monarquía militar noble, perdió sus principales batallas; mas los extranjeros no pudieron conservar las provincias que habían ocupado en nuestra patria, y fueron sucesivamente arrojados de ellas: el imperio ó la monarquía militar plebe-

ya hizo inmensas conquistas; pero se vió obligada á abandonarlas, y nuestros soldados al retirarse arrastraron dos veces consigo á los extranjeros á París: la monarquía real absoluta no fué á buscar lejos sus combates, y hannos quedado el fruto de sus victorias, porque todavía existe nuestra independencia asegurada en el círculo de murallas que trazó en torno de nosotros. ¿Y á qué se ha debido? al espíritu positivo del gran rey, y á la duracion de su reinado. Luis intentó dar á nuestro territorio sus barreras naturales, y se han encontrado en los papeles de su administracion consignados los proyectos de retirar la frontera de Francia hasta el Rhin, y de apoderarse de Egipto: tambien existe una memoria de Leibnitz sobre el mismo asunto. Si Luis XIV hubiera llevado completamente á cima sus intentos, no tendríamos ya al presente motivo alguno para guerras extranjeras.

Pero si las conquistas de la monarquía militar plebeya no se agregaron á nuestro suelo, como las conquistas de la monarquía real absoluta, produjeron un efecto moral, que no obtuvieron las utilidades de todo punto materiales de las invasiones de Luis XIV. Nuestros ejércitos, como los de Alejandro, han sembrado las luces entre los pueblos donde ondeó nuestra bandera: la Europa se hizo francesa bajo las huellas de Napoleon, así como el Asia se hizo griega con las correrías de Alejandro.

Luis XIV se parecía á Diocleciano, sin tener sus costumbres ni su filosofía: introdujo como el primero el fausto de Oriente en su corte, levantó á su semejanza monumentos, y fué como el gran administrador. La atención que fijaba en la agricultura estendiase á las demas partes del estado: y buscó hasta por los países extranjeros á los hombres que podian hacer florecer el comercio y las manufacturas. Magníficamente ocupado en sus placeres, trabajaba no obs-

tante con sus ministros, y como era laborioso, se enteraba de los mas mínimos detalles. El mas humilde aldeano le podia someter los planes que inventase, y conseguir audiencia de él; y con la misma mano con que protegía las artes, y obligaba á la Europa á ceder á nuestras armas, corregía las leyes, é introducía la unidad en los trages.

La monarquía absoluta no era un estado de privilegio para los individuos: creemos que la clase media se hallaba separada de todo, que los empleos eran patrimonio de los nobles, y sin embargo no hay cosa mas falsa. Los franceses tenían abiertas todas las carreras: los plebeyos figuraban casi exclusivamente en la iglesia, la magistratura y el comercio; y tambien obtenían la mas alta dignidad civil, la de canceller. Los individuos del estado llano se encumbraban á los primeros puestos militares y administrativos: Luis XIV no hacia distincion alguna en sus elecciones: Fabert, Gassion, Vauban mismo y Catinat, fueron mariscales de Francia, y Colbert y Louvois eran lo que mas tarde se llamó impertinente-mente *hombres de poco valer*. Generalmente hablando, en la monarquía antigua las familias nobles no suministraban los ministros. «El canceller Voisin, dice San Simon poseía la prenda mas necesaria, sin la que ninguno podia entrar ni entró nunca en el consejo de Luis XIV, en todo su reinado, si esceptuamos al duque de Veauvilliers; es decir, que pertenecia al estado llano.» Los embajadores del gran rey no todos eran grandes señores. La mayor parte de los obispos (¡y que obispos, Bossuet y Massillon!) salían de las filas de la mediaña, ó de los rangos enteramente populares.

Mas los celos de los ciudadanos contra la nobleza, que con tanta violencia estallaron al comenzar la revolucion, no provenían de la desigualdad de los em-

pleos, sino de la desigualdad de la consideracion. No habia hidalgo despreciable que no tuviese el privilegio de insultar ó de despreciar á los ciudadanos hasta el punto de negarse á cruzar la espada con ellos, porque el nombre de noble lo dominaba todo. Imposible era que á medida que las luces descendian á la clase media no se revelase esta contra las pretensiones de una superioridad que carecia de derechos. No son los nobles á quienes se ha perseguido durante la revolucion; ni son sus inmunidades, por ellos mismos abandonadas, las que se ha querido destruir; sino que en su persona se ha inmolado una opinion, opinion contra la que la Francia entera se sublevaria aun, si se procurase resucitarla.

Luis XIV reveló á la Francia el secreto de su fuerza, y probó que podia reirse de las ligas de la Europa celosa. Este principe tuvo una vez ochocientos mil hombres sobre las armas, once mil soldados de marina, ciento setenta mil marineros, mil discípulos de marina, ciento noventa y ocho navíos de sesenta cañones, y treinta galeras armadas. Los estrangeros que procuraban rebajar nuestra gloria, debian lo que eran á nuestro genio. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España, en todas partes se siguieron los reglamentos de Luis XIV para la administracion de justicia, la marina y el comercio, sus ordenanzas para el ejército, sus instituciones para la policia de los caminos y de las ciudades; y hasta nuestras costumbres y nuestros trages se copiaron servilmente. Algun pais que se alababa de sus establecimientos públicos, habia imitado en ellos á nuestra nacion, y no podia darse un paso por los reinos estraños, sin encontrar á la Francia mutilada.

El buen aspecto de Luis XIV tiene un pésimo reverso. Este principe que constituyó nuestra patria en la administracion, fuerza exterior, letras y artes, del

modo que la hemos visto, ahogó el resto de las libertades públicas, viojó los privilegios de provincias y de ciudades, puso por regla su voluntad, y enriqueció á sus cortesanos con odiosas confiscaciones. Ni soñó siquiera que la libertad, la propiedad y vida de unó de sus vasallos dejasen de pertenecerle.

En las ideas del tiempo, ó por mejor decir, en las ideas formadas por Luis XIV, esto no era extraño. Los entendimientos mas profundos, como San Simon, que no amaba á su monarca, y que pintó desnudas sus debilidades, no pensaba mas en el pueblo que el soberano.

Mas lo que entonces no se conocia, conociéronlo las generaciones siguientes; la impresion del despotismo duró, y cuando Luis XIV hubo cesado de vivir acusaron al rey de haber usurpado en provecho suyo la dignidad de la nacion.

Aquel príncipe causó igualmente un daño irreparable á su familia: la educacion oriental que dió á sus hijos, y la separacion completa del heredero del trono de los hijos de la patria, fueron causa de que ignorase el espíritu del siglo y de los pueblos sobre quienes debía reinar el primero. Enrique IV corria con los pies y la cabeza desnudos juntamente con los niños de la aldea por las montañas de Bearne. El gobernador que mostraba á Luis XV, jóven aun, la muchedumbre agrupada debajo de las ventanas de su palacio, le decia: «Señor, todo ese pueblo es vuestro.» Asi quedan esplicados los tiempos, los hombres y los destinos.

Sin embargo como el pensamiento social no retrocede aunque los hechos tiendan frecuentemente á lo pasado, las luces de la inteligencia formaron un contrapeso á los principios del absolutismo de Luis XIV. En el momento en que quedó destruido el antiguo derecho político y nacional de la Francia, creóse el de-

recho público exterior de las naciones, y aparecieron los publicistas con Grocio á su cabeza. El cardenal de Richelieu, abatiendo la casa de Austria, dió principio al sistema de la balanza europea, sistema conservado por Mazarino. Las relaciones diplomáticas se regularizaron, y los tratados confirmaron la existencia de los gobiernos populares que se habian hecho libres con las armas en la mano. Locke y Descartes habian aprendido á racionar, y Corneille habia desenterrado las virtudes republicanas.

Pascal escribió: «Este perro es mio, decian los pobres niños: este es mi puesto á la luz del sol: tal es el principio y la imagen de la usurpacion de toda la tierra.»

Pascal habia dicho igualmente: «Tres grados de elevacion del polo destruyen toda la jurisprudencia. El meridiano decide de la verdad ó de los pocos años de posesion. Las leyes fundamentales cambian, y el derecho tiene sus épocas: ridicula justicia, á la que un rio ó una montaña pone limites, porque lo que es verdad á la una parte de los Pirineos, es error á la otra.»

Añadamos á tales incursiones del pensamiento en las regiones todavia desconocidas, los efectos de la revolucion de Inglaterra y de la emancipacion de Holanda, que habian puesto en movimiento ideas directamente opuestas á los principios del gobierno de Luis XIV.

En fin, el espíritu mismo de la administracion, y el instinto de grandeza de aquel príncipe, favorecian la marcha progresiva del espíritu humano. Tratose de establecer la uniformidad en los pesos y medidas, de abolir el traje provincial, de reformar el código civil y criminal, y de igualar el impuesto en su distribucion. Habianse discutido varios proyectos para embellecer París; intentaban acabar el Louvre, hacer venir aguas, descubrir los pretiles, etc. La libertad

del púpilo, entonces única inviolable, habiadado un asilo á la libertad política, y tambien hasta cierto punto á la independencía religiosa. Massillon lo dice todo al hablar de la soberanía del pueblo; tampoco carece de lecciones el Telémaco: Bossuet se ocupó sériamente de la reunion de la iglesia protestante á la iglesia romana: no se apartaba de consentir el matrimonio de los sacerdotes, lo que hubiera producido un cambio forzoso en la confesion auricular y en la comunión frecuente: ¡tanto progresa la sociedad hácia su objeto, juntamente con la libertad que camina con su ayuda, y contra el designio de los hombres que componen la misma sociedad!

Los recuerdos del furor de la Liga y las revueltas de la Fronda, habian favorecido el establecimiento de la monarquía absoluta; y la memoria del despotismo de Luis XIV, cuando el gran rey descansaba en San Dionisio, hizo mas amarga la pérdida de la independencía nacional. La antigua monarquía habia atravesado seis siglos y medio con sus libertades feudales y aristocráticas, para venir á caer á las plantas del trigésimo sucesor de Hugo Capeto. ¿Cuánto duró el estado formado por Luis XIV? ciento cuarenta años. Al lado del sépulcro de aquel monarca no se descubren ya sino dos monumentos de la monarquía absoluta: la almohada de los desórdenes de Luis XV y la cuchilla de Luis XVI.

El siglo de Luis XV, precedido de las grandezas y de los desastres del siglo de Luis XIV, y seguido de la destruccion y de la gloria del siglo de la revolucion, eclipsase ofuscado por sus padres y sus hijos. Apenas cantó el pueblo un *Te-Deum* por la muerte de Luis, é insultó el féretro del príncipe inmortal, cuando el regente Felipe de Orleans tomó las riendas del imperio. El cardenal Dubois fué su digno ministro, y renacieron los vicios del reinado de Enrique III.

A la antigua corrupcion de las costumbres agregóse la corrupcion moderna, hija de las revoluciones súbitas de fortuna, y que debemos al nuevo sistema de hacienda. La deuda del estado ascendia á dos mil sesenta y dos millones, mas de cuatro mil millones de nuestra moneda actual. El duque de San Simon propuso la quiebra sancionada por los estados generales, que serian convocados para que aprobasen aquel robo, y el regente no quiso ni la quiebra ni la convocacion de los estados. Refundieron las monedas: borraron trescientos treinta y siete millones de créditos viciosos; y Law se encargó de estinguir el resto de la deuda por medio de su banca, que solo se compuso al principio de mil docientas acciones de tres mil francos cada una. Law es entre nosotros el fundador del crédito público y de la ruina pública. Su sistema ingenioso y sábio no ofrece en último resultado, como todo capital ficticio, sino un juego en el que viene á perderse el oro y las tierras contra el papel (1).

Habian nacido Voltaire y Montesquieu, y publicaban sus primeras obras: asi todo estaba preparado para el cambio de costumbres, de religion y de leyes. La santurronería de los últimos años de Luis XIV, el cansancio de las querellas teológicas, el fastidio de la vieja córte de Saint-Cyr; finalmente, el enojo de lo pasado, y el ánsia de lo futuro, naturales en las naciones ligeras, precipitaron á los franceses en un órden de cosas de todo punto distinto del que espiraba. Luis XV respiró en su cuna el aire infestado de la regencia: dotado de un carácter indeciso y de la mas insuperable de las pasiones, vióse abrumado con el peso enorme de una monarquía absoluta, y su entendimiento solo le servia para enseñarle sus defectos y sus vicios, como una antorcha en el abismo.

(1) Véase sobre el sistema de Law un escelente folleto de Mr. Thiers.

El parlamento había anulado el testamento de Luis XIV, y el edicto de 1717 despojó á los príncipes legitimados de la cualidad de príncipes de la sangre.

Muerto el regente, el duque de Borbon, primer ministro, casó á Luis XV con la hija de Estanislao Lekzinski, rey destronado de Polonia, especie de agüero para la posteridad de aquel reino. El abate Fleury, preceptor del rey, fué primer ministro despues del duque de Borbon, y ascendió á cardenal: el anciano sacerdote devolvió las fuerzas á la Francia agotada, dejando que se restableciese por sí misma con la ayuda de su temperamento robusto; cosa que todo el mundo ha dicho.

Hubo dos guerras con el Austria, y el vencedor de Denain volvió á presentarse en el campo de batalla á la edad de noventa y tres años. Al saber la muerte del mariscal de Berwick, muerto de una bala de cañon, gritó con enfado: «Siempre ha tenido fortuna este hombre.» Federico y María Teresa aparecieron en la escena.

El cardenal de Fleury murió, y el rey entró á gobernar: cayó enfermo en Metz, y si hubiera muerto, hubiérale llorado la Francia, que le llamaba el Amado. Batalla de Fontenoy. El Pretendiente descendió á Escocia, consigue dos victorias; y no marchó sobre Lóndres, porque habíase cumplido el tiempo de los Estuardos. Mientras la Francia corría á su ruina; la Inglaterra llegaba al mas alto punto de su poder. Paz de Aix-la-Chapelle. Querellas parlamentarias y jansenistas: cédulas de confesion. Conflicto del arzobispo de Paris, Beaumont, y de los administradores del Hotel-Dieu. Damiens atenta á la vida del monarca.

Comienza de nuevo la guerra entre Francia é Inglaterra con motivo de los límites del Canadá. Por la vez primera se lee el nombre de Washington en la narracion de un oscuro combate, dado en los bosques,

cerca del fuerte Duquesne, entre varios salvages, franceses é ingleses (1754). ¿Qué empleado de Versailles, que proveedor del Parque de los Ciervos, y que cortesano ó académico sobre todo hubiera querido trocar en aquella época su nombre por el de aquel plantador americano? En el mismo tiempo acababa de nacer el niño que debía tender un dia su mano amiga á Washington. ¡Cuántas esperanzas rodeaban la cuna de Luis XVI!

El duque de Choiseul se encargó de la secretaría de los negocios estrangeros, en reemplazo del abate de Bernis, hijo de sus cantares y de sus versos tan profundamente olvidados. El duque de Choiseul, varon instruido, y cortesano diestro, aunque orgulloso y ligero, debió su encumbramiento político á Mad. de Pompadour, que nombraba los ministros, los obispos y los generales. Esta muger, á quien María Teresa enloqueció, llamándola *su amiga*, precipitó la Francia en la guerra vergonzosa y fatal de 1757.

El duque de Choiseul es el autor del *Pacto de familia*; debémosle la creacion de los cuerpos de artillería y de ingenieros: y la espulsion de los jesuitas de toda la cristiandad católica fué en parte obra suya. Cuando fueron espulsados los jesuitas, su existencia no era ya peligrosa al estado; castigóse en lo presente lo pasado, lo cual acontece frecuentemente entre los hombres; las *Cartas provinciales* habian quitado su fuerza moral á la compañía de Jesus. Y sin embargo, Pascal es un calumniador de talento, que nos ha dejado una mentira inmortal.

Muerta Mad. de Pompadour, el duque de Choiseul no quiso aceptar la proteccion de Mad. Dubarry, y estimulábanle á ello la duquesa de Grammont, su hermana, y Mad. de Beauvau. Las grandes señoras de la córte que habian aceptado un taburete en casa de madama de Pompadour, escandalizábanse de que les

ofreciese el mismo favor Mad. Dubarry. Parecía que Luis XV faltaba a lo que debía a su cuna, haciéndoles la injuria de no elegir en su clase sus queridas, y la nueva mancha del príncipe pareció un ultraje a los derechos de la sangre noble, precisamente porque ocupaba su puesto. El canciller de Francia Maupeou; el duque de Aiguillon y el abate Terray, sirviéronse de Mad. Dubarry para acelerar la caída del duque de Choiseul. Esta muger degradada no era mala; sin ambicion y sin intriga hubiera de buena gana servido al primer ministro, si aquel no hubiese ultrajado su orgullo. Maupeou acababa de atacar la monarquía parlamentaria, que daba señales de querer revivir, y el duque de Choiseul quedó envuelto en la desgracia de los magistrados: desterrado a Chanteloup (1770), gemía allí en un destierro injusto, que acusaba la debilidad y la rápida decadencia de la monarquía absoluta. La duquesa de Choiseul, la duquesa de Grammont y la condesa de Dubarry, vivieron bastante, la primera para reclamar a su ilustre amigo, el abate Barthelemy, en los tiempos revolucionarios; la segunda para subir intrépidamente al cadalso, y la tercera para llevar al mismo cadalso las debilidades de su vida, y luchar con el verdugo en frente de las *Calcestreras*: Porcas ébrias y bajas, que podían alimentarse con la sangre de María Antonieta, pero que debieran haber respetado la de la señorita Lange.

El reinado de Luis XV terminó con el destierro de los parlamentos, el proceso de La Chalotais, la muerte del delfín, el matrimonio de su hijo mayor y de la archiduquesa de Austria, y la division de la Polonia, que son otras tantas calamidades. Luis XV murió el 40 de mayo de 1774, a los sesenta y cinco años de edad.

La época mas deplorable de nuestra historia es el reinado de este príncipe: cuando se buscan los perso-

nages, es preciso registrar las antesalas del duque de Choiseul, las guardaropías de Pompadour y Dubarry, nombres que no sabe uno como elevarlos á la dignidad histórica. La sociedad en masa se descompone: los hombres de estado se trasforman en hombres de letras; las gentes de letras en hombres de estado; los grandes señores en banqueros, y los asentistas generales en nobles señores. Las modas eran tan ridículas como de mal gusto las artes, y se pintaban pastoras con tontillo en los salones en que bordaban los coroneles. Todo estaba desordenado en los espíritus y en las costumbres, señal cierta de una revolución próxima. Los magistrados se avergonzaban de vestir la toga, y convertían en zumbas la gravedad de sus padres; los sacerdotes en el púlpito huían de pronunciar el nombre de Jesucristo, y no hablaban ya sino del *legislador de los cristianos*; los ministros caían los unos sobre los otros; el poder pasaba por las manos de todos; y el *buen tono* consistía en ser inglés en la corte, prusiano en el ejército, todo en fin, menos francés. Lo que decían y hacían no era mas que una cadena de inconsecuencias; queríanse conservar los abades, y no querían ya religion: ninguno podia ser oficial sino era noble, al paso que se desgañitaban contra la nobleza, y por fin introducían la igualdad en los salones, y las palizas en los campos.

Reinaba en la sociedad cierto espíritu pueril como en la sociedad romana en el momento de la invasion de los bárbaros: en vez de componer versos en el claustro, componíanlos en el *tocador*, y con una cuarteta se adquiría fama. La intriga elevaba y hundía cada día á los ministros, criaturas efímeras que llevaban al gobierno su ineptia, y su antipatía á los que les habían precedido; y de ahí nacía la mudanza continua de sistema, de proyecto y de miras. A estos enanos políticos seguía una nube de empleados, de lacayos, de

aduladores, de comediantes y de mancebas. Todos estos seres de un día se apresuraban á chupar la sangre del miserable, y abismábanse luego delante de otra generacion de insectos, tan fugitiva y devoradora como la primera.

Mientras que el pueblo perdía á la vez sus costumbres y su ignorancia, la corte, haciéndose sorda al estruendo de aquella vasta monarquía que se derumbaba, abismábase mas que nunca en un despotismo, que no tenia ya fuerzas para sostener. En vez de agrandar sus planes, de elevar sus pensamientos en progresion relativa al desarrollo de las luces, atrinchérase en sus preocupaciones, y no sabia ni someterse al movimiento de las cosas, ni oponerse con energia. Política tan miserable, que obliga á un gobierno á estrechar su esfera cuando el espíritu público se dilata, se hace notar en todas las revoluciones: esto equivale á encerrar un gran círculo en una pequeña circunferencia, y el resultado no es incierto. La tolerancia crecia, y los sacerdotes hicieron juzgar y sentenciar á muerte á un jóven, que en una orgía habia insultado un Crucifijo; el pueblo se mostró inclinado á la resistencia, y tan pronto cedian fuera de sazón á su voluntad, y tan pronto le resistian imprudentemente: desarrollábase el espíritu de libertad, y multiplicábanse las cartas-órdenes del rey. Al ver al monarca dormido en el seno del deleite, á los cortesanos corrompidos, á los ministros perversos ó ignorantes, á los filósofos, los unos minando la religion, los otros el estado; á los nobles, ó llenos de ignorancia, ó de los vicios dominantes; á los eclesiásticos oprobio en París de su clase, y en las provincias abrumados de preocupaciones; hubiérase creído que eran una multitud de obreros que se apresuraban á demoler un gran edificio.

Y como el pueblo francés no podia sin embargo

quedar enteramente obscuro, ganaba todavía la batalla de Fontenoy. Para impedir la prescripción contra la gloria, desde Assas hasta los campos de Clostercamp resonaba la voz del honor, y para conservar nuestros derechos sobre el ingenio, escribían sus obras Montesquieu, Voltaire, Buffon y los dos Rousseau. Desde aquí debe contemplarse el gran espectáculo que presenta el siglo décimooctavo, por deplorable que parezca al primer golpe de vista. Todas las clases de la sociedad estaban igualmente corrompidas; la corte y la ciudad, los letrados, los economistas y los enciclopedistas, los grandes señores y los hidalgos, los asentistas y los aldeanos, todos se parecían, como lo atestiguan las memorias que nos han dejado. Pero sería señalar causas demasiado insignificantes á la revolución el buscarlas en aquella vida de hombres acomodados, en aquella vida de teatro, de intrigas galantes y literarias, juntamente con los golpes de estado contra el parlamento, y con la cólera de un despotismo en decrepitud. La depravacion de las clases contribuyó sin duda á disminuir los obstáculos que debía encontrar la revolución; pero no era su causa eficiente, sino su causa auxiliar.

La civilización habia progresado por espacio de seis siglos; una multitud de preocupaciones quedaban destruidas, y mil instituciones opresivas habian venido al suelo. La Francia habia sucesivamente recogido los despojos de las libertades aristocráticas del feudalismo, del movimiento comunal, del impulso de las cruzadas, del establecimiento de los estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiástica y señorial, del largo cisma, de los descubrimientos del siglo décimosexto, de la reforma, de la independencia del pensamiento mientras duraron las turbulencias de la Liga y las revueltas de la Fronda, de los escritos de algunos ingenios osados, de la emancipacion de los

Paises Bajos y de la revolucion de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de tales recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV; la libertad durmió, pero no quedó anulada; y esta anígua libertad, así como la nobleza antigua, ha recobrado sus derechos recobrando su espada. Las generaciones del cuerpo y las del espíritu conservan el carácter de su origen respectivo. Cuanto produce el cuerpo, muere á semejanza suya; cuanto produce el espíritu, no perece nunca como el espíritu mismo. No se han engendrado aun todas las ideas; mas cuando nacen, es para vivir sin fin, y conviértense en el tesoro comun de la raza humana.

Tocábamos ya la época en que iba á aparecer la nueva libertad, hija de la razon, que debia reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. La corrupcionmisma de la regencia del siglo de Luis XV, no destruyó los principios de la libertad que hemos heredado; porque ésta no tiene su origen en la inocencia del corazon, sino en las luces del entendimiento.

En el siglo décimoctavo guardaron silencio los negocios para dejar el campo de batalla libre á las ideas. Sesenta años de un innoble reposo dieron al pensamiento espacio para desarrollarse, para ascender y descender por las diversas clases de la sociedad, desde el palacio hasta el habitante de la cabaña. Las costumbres debilitadas se hallaron así en un punto determinado, como acabo de notar, para no ofrecer resistencia á los espíritus, como suelen muchas veces, cuando están en su juventud y en su vigor.

Montesquieu, Rousseau, Raynal y Diderot, a pesar de sus declamaciones, fijaban la atencion de la muchedumbre en los derechos de la libertad política. Comenzábamos á conocer mejor la Inglaterra, y com-

parábase los dos gobiernos, mientras que Voltaire verificaba una revolucion en las ideas religiosas. Si la religion llegaba al extremo del ultraje, si tomaba un carácter sofisticado y limitado, conducia no obstante á la destruccion de las preocupaciones, y preparaba el renacimiento del verdadero cristianismo. La existencia de Voltaire era la gran existencia de aquel siglo. Todos los soberanos escribian á aquel hombre ilustre, y lisonjeábanse si recibian una palabra de su mano: Ferney era la córte europea. Este homenaje universal, tributado al ingenio que minaba con golpes redoblados los fundamentos de la sociedad entonces existente, caracterizaba la próxima transformacion de la misma sociedad. Y sin embargo, es cierto que si Luis XV hubiese acariciado al adulador de madama de Pompadour, si le hubiese tratado como Luis XIV trataba á Racine, Voltaire hubiera abdicado el cetro, y hubiese trocado su poderio por una distincion de antecámara, asi como Cromwell estuvo á punto de trocar el papel que representa ahora en la historia por la Jarretiera de Alice de Salisbury: tales son los misterios de la vanidad humana.

La obra insensible de los sesenta años fué tal, y tal el resultado en apariencia tan desemejante de su causa, que en el momento en que estalló la revolucion, admiráronse de que tanta debilidad, servidumbre y demencia hubiesen producido tanta energia, libertad y razon en los tres estados: y es que contemplaban el trabajo de las luces del entendimiento, y no el de la corrupcion de las costumbres. Catilina y los patricios jóvenes que fueron sus cómplices, meditaron en medio de sus excesos la destruccion de la libertad romana, y los jóvenes de la nobleza de Francia salieron de los brazos de las cortesanas de elevada ó humilde esfera, á hablaren nuestra tribuna, apenas abierta, el language de los hombres libres.

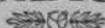
Luis XVI habia dado principio á la aplicacion de las teorías inventadas en el reinado de su abuelo por los economistas y los enciclopedistas. Aquel príncipe honrado restableció los parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, mejoró la suerte de los protestantes; y finalmente, el auxilio que prestó á la revolucion americana, socorro injusto, segun el derecho privado de las naciones, pero util á la especie humana en general, acabó de desarrollar en Francia los gérmenes de la libertad. La monarquía parlamentaria, despertada al fin por la monarquía absoluta, llamó á la monarquía de los estados, que salió á su vez de la tumba para transmitir á la monarquía constitucional los poderes hereditarios que habia recibido de los estados de 1355 y 1356: entonces el rey mártir salió del mundo.

En las fuentes bautismales de Clovis y el patíbulo de Luis XVI, debemos colocar el gran imperio cristiano de los franceses. La misma religion estaba de pie en las dos barreras que marcan las dos estremidades de esta larga arena. «Orgullososicambro, inclina «la cabeza, adora lo que has quemado, y quema lo «que has adorado:» dijo el sacerdote que bautizaba á Clovis con el bautismo del agua. «Hijo de San «Luis, subid al cielo:» dijo el sacerdote que asistia á Luis XVI en el bautismo de sangre.

El antiguo mundo fué sumergido. Cuando se retiraron las olas de la anarquía, apareció Napoleon en la puerta de un nuevo universo, como aquellos gigantes que la historia sagrada y profana nos pinta en la cuna de la sociedad, y que aparecieron en la tierra despues del Diluvio.

FIN.

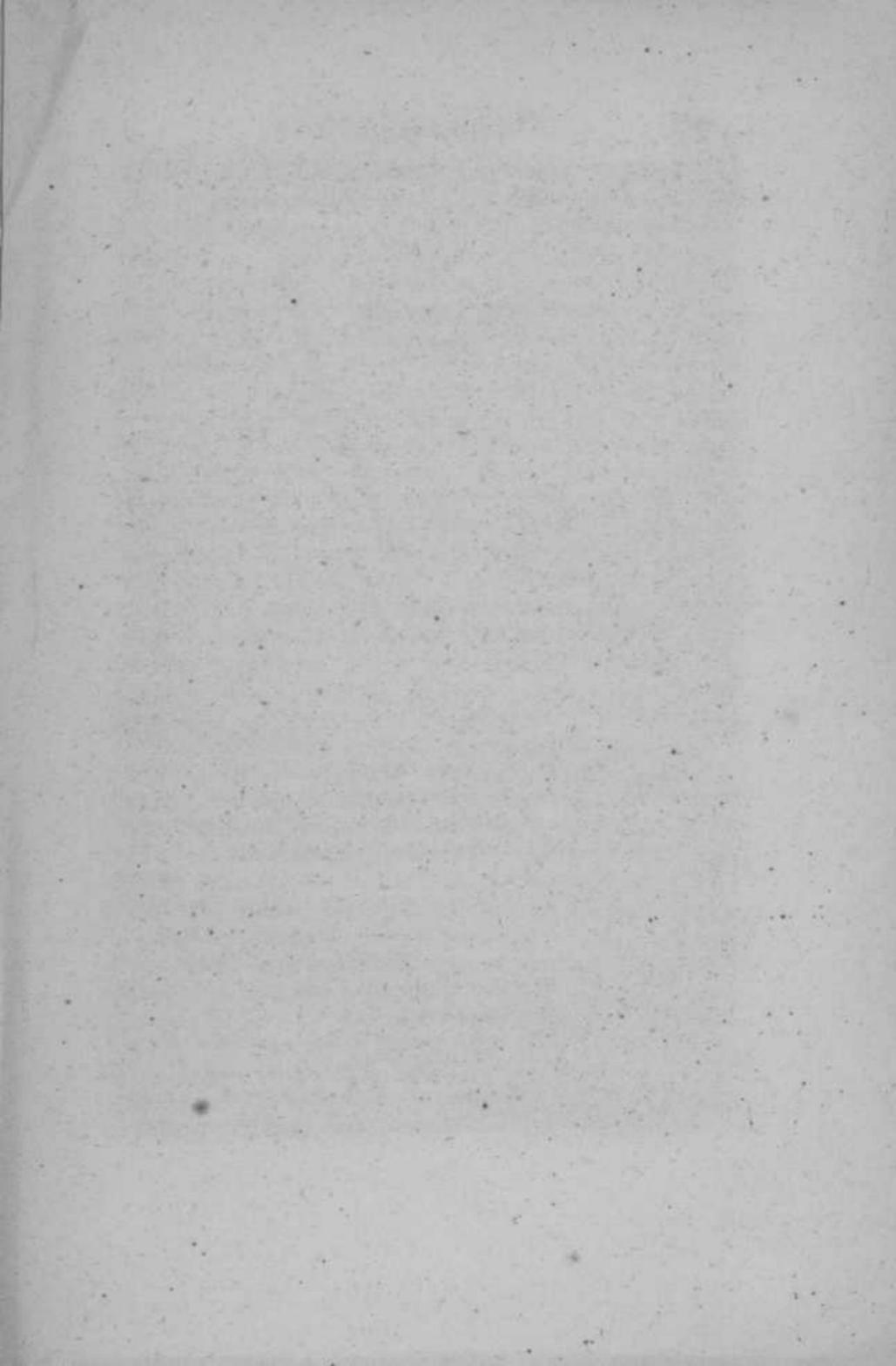
INDICE.

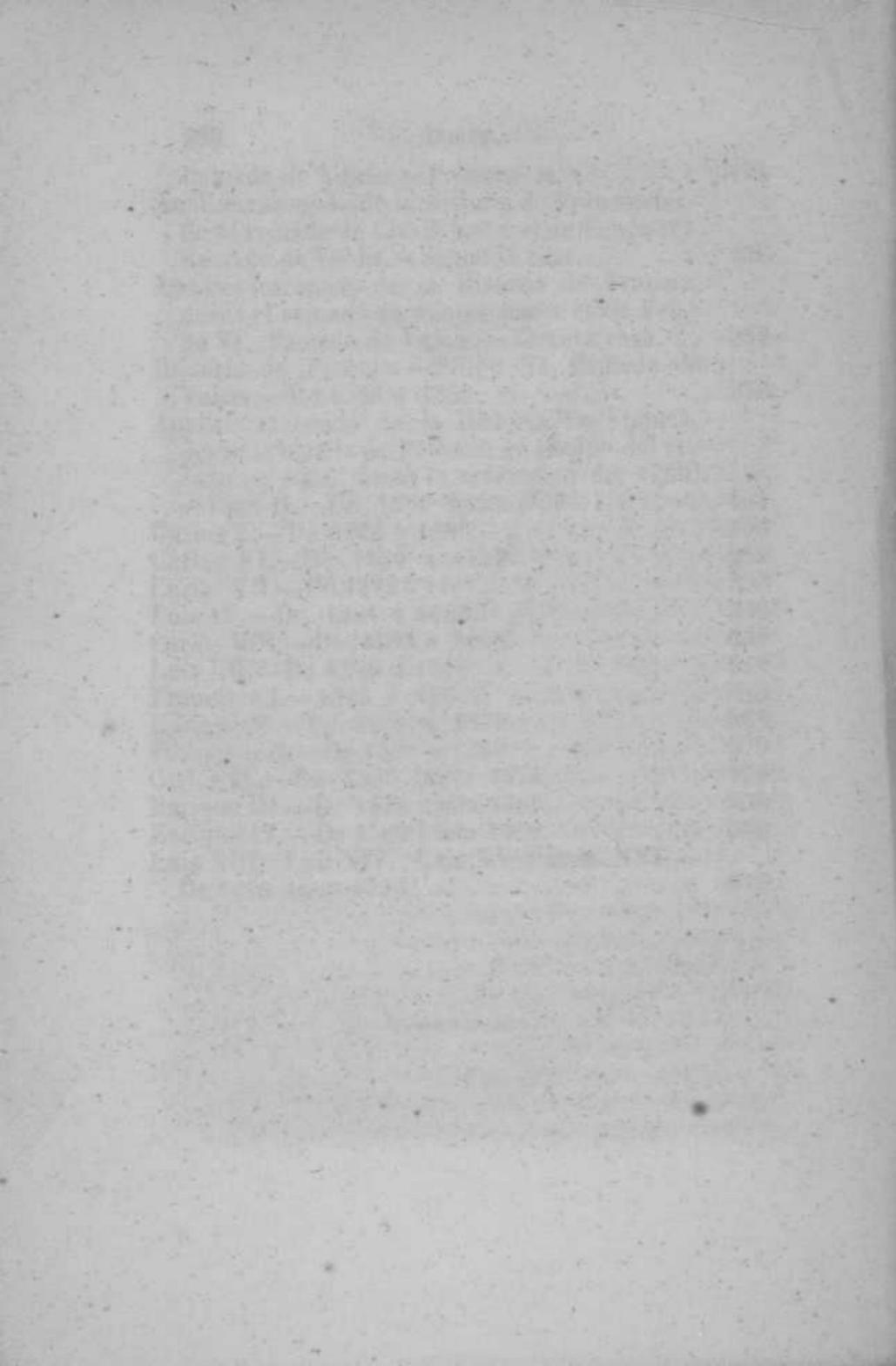


	PAGS.
Estudio quinto ó quinto discurso sobre la caída del imperio romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo, y la invasión de los bárbaros.—Primera parte.—Costumbres de los cristianos.—Edad heroica.	5
Discurso quinto.—Segunda parte.—Continuación sobre las costumbres de los cristianos.—Edad filosófica.—Heregias.	40
Discurso quinto.—Tercera parte.—Costumbres de los paganos.	67
Estudio sexto ó sexto discurso sobre la caída del imperio romano, el nacimiento y los progresos del cristianismo, y la invasión de los bárbaros.—Primera parte.—Costumbres de los bárbaros.	109
Discurso sexto.—Segunda parte.—Continuación de las costumbres de los bárbaros.	148
Aclaraciones sobre Atila.	181
Extracto del poema de los nibelungos, escrito en mil trescientas diez y seis estrofas de cuatro versos rimados (especie de alejandrinos), y dividido en cuarenta aventuras.	184
Análisis razonado de la historia de Francia, desde el reinado de Clovis hasta el de Felipe VI,	

llamado de Valois.—Primera raza.	491
Analisis razonado de la historia de Francia desde el reinado de Clovis hasta el de Felipe VI, llamado de Valois.—Segunda raza.	246
Analisis razonado de la Historia de Francia, desde el reinado de Clovis hasta el de Felipe VI, llamado de Valois.—Tercera raza.	251
Historia de Francia.—Felipe VI, llamado de Valois.—De 1328 á 1350.	376
Analisis razonado de la Historia de Francia, desde la batalla de Poitiers, en tiempo del rey Juan en 1356, hasta la revolucion de 1789. —Juan II.—De 1356 hasta 1364.	491
Cárlos V.—De 1364 á 1380.	505
Cárlos VI.—De 1380 á 1422.	509
Cárlos VII.—De 1422 á 1461.	520
Luis IX.—De 1461 á 1483.	529
Cárlos VIII.—De 1483 á 1498.	538
Luis XII.—De 1498 á 1515.	544
Francisco I.—1515 á 1547.	545
Enrique II.—De 1547 á 1559.	568
Francisco II.—De 1559 á 1560.	570
Cárlos IX.—De 1560 hasta 1574.	572
Enrique III.—De 1574 hasta 1589.	584
Enrique IV.—De 1589 hasta 1610.	652
Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI.—De 1610 hasta 1793.	672



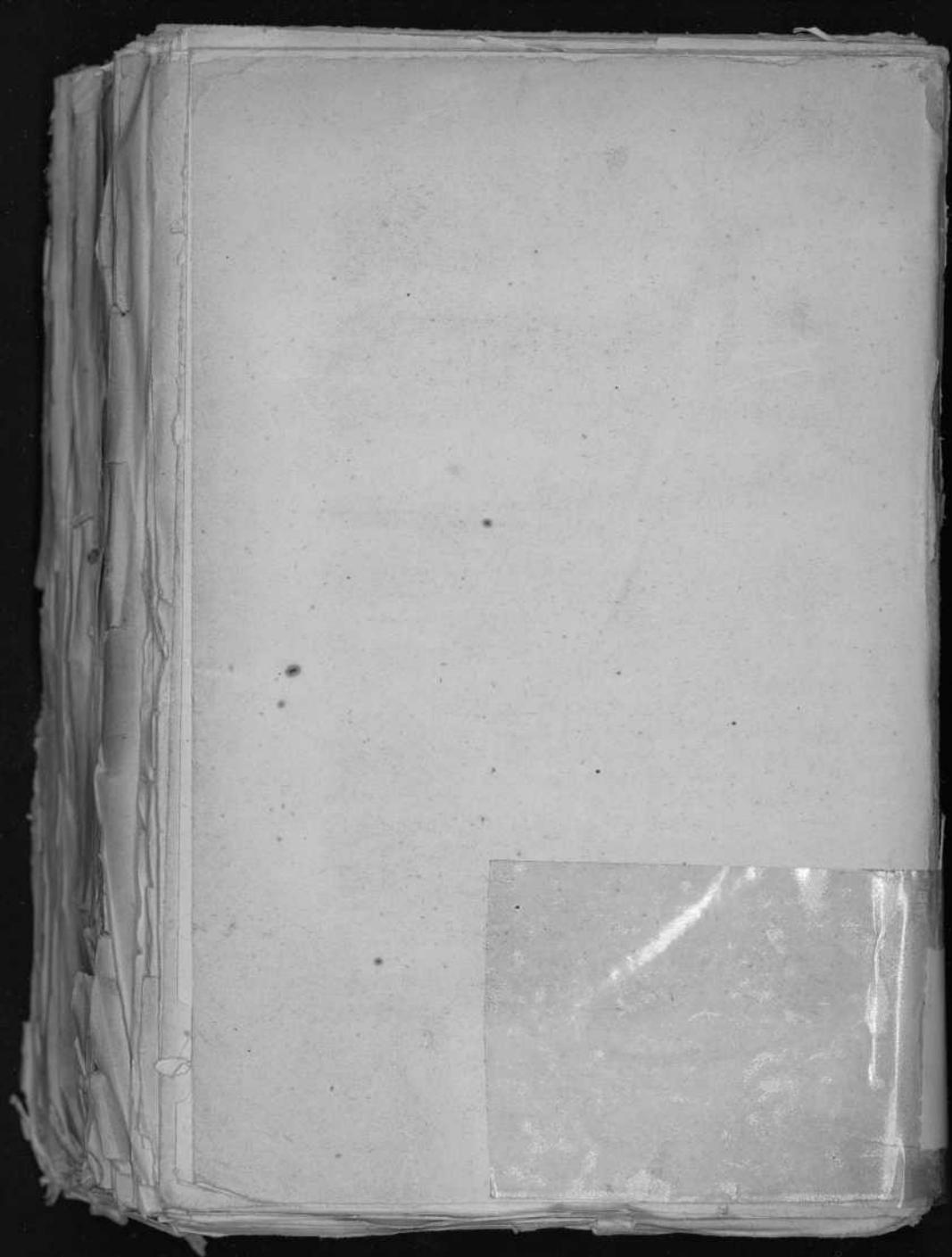












GU... SE... D...

IBI... E... A

P... DE... E... R

ECO... NÓ... CI...

HA... BA... A...

55

0 II

D-1
2040